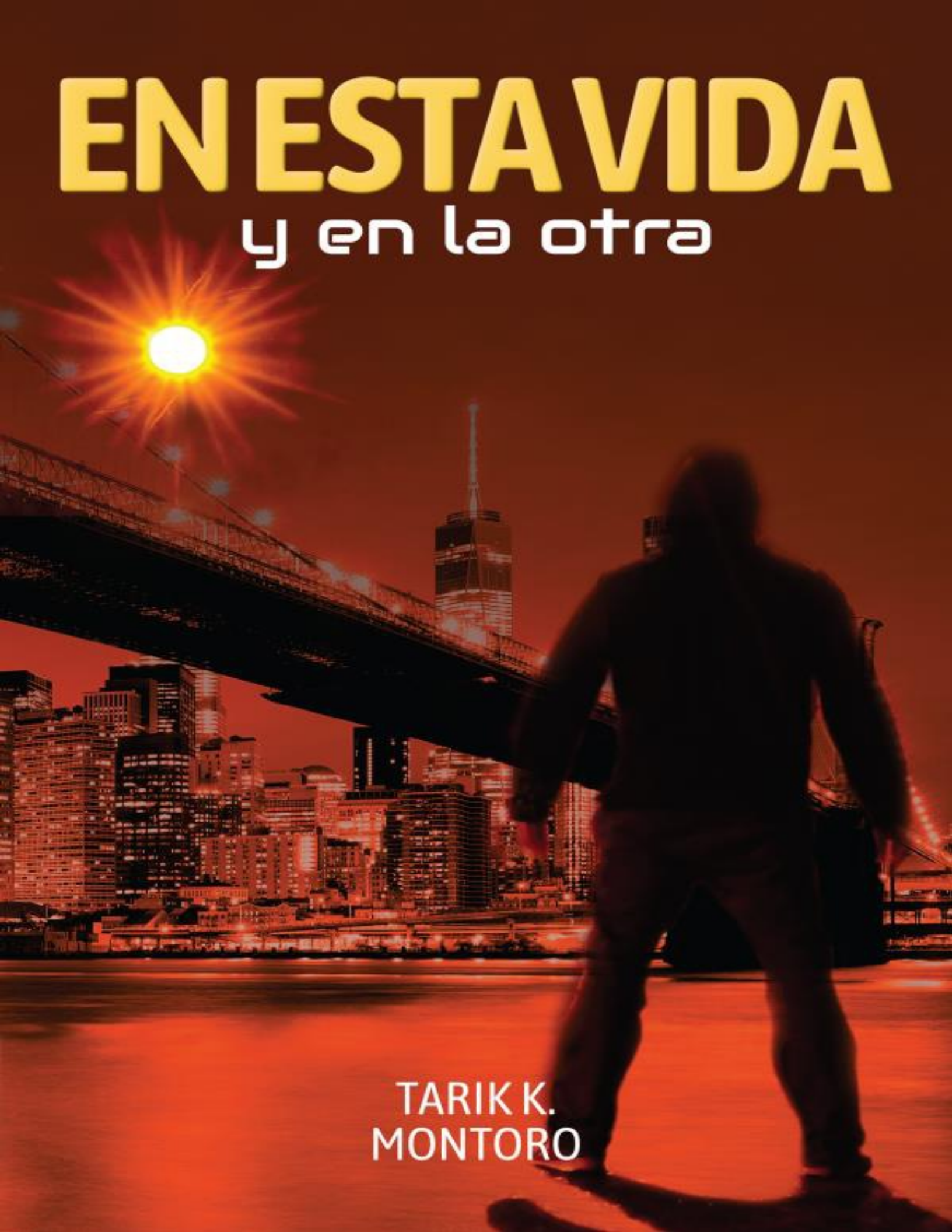
EN ESTA VIDA

y en la otra



TARIK K.
MONTORO

EN ESTA VIDA Y EN LA OTRA

Tarik K. Montoro

EN ESTA VIDA Y EN LA OTRA



EDITORIAL
LETRA MINÚSCULA

Primera edición: diciembre de 2024
ISBN: 978-84-1090-130-8
Depósito legal: B 23498-2024
Copyright © 2024 Tarik K. Montoro
M-005902/2019
09-RTPI-06641.4/2019
Editado por Editorial Letra Minúscula
www.letraminuscula.com
contacto@letraminuscula.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Dedicado a los hombres y mujeres de los servicios de emergencias, guardianes de carne y hueso. De vocación infinita. De alma alumbrada.

Si estás leyendo estas líneas es que has seguido las señales de El Orden. Recupera tu identidad. Recupera tus recuerdos, pero, sobre todo, no permanezcas indiferente. No desoigas tu propósito… Tu amor. Tu destino.

Este libro es una obra de ficción. Los hechos que se narran, personajes, nombres y apodos, son invención y, por lo tanto, cualquier parecido con personas vivas o muertas es del todo casual. Dicho esto, te doy la bienvenida y te animo a buscar la verdad que hay entre estas páginas.

Adelante.

CAPÍTULO 1. **ESTA PIEZA NO ES DEL PUZLE**

- *ANDRÍN (ESPAÑA), VERANO DE 1983*

Acababa de cumplir cuatro años. Solo era un niño, aunque ya hablaba con soltura, la suficiente como para empezar a preocupar a la pobre de mi madre. Este es uno de mis primeros recuerdos claros: cogido de su mano, acudíamos a una cita con el cura del pueblo. Ya, en anteriores ocasiones, mi madre había insistido al padre Damián sobre un asunto que comentarle. Por unas cosas u otras, nunca llegaba el momento de encontrar la soledad necesaria para presentarle esa inquietud, la que le impedía conciliar el sueño.

Te pongo en antecedentes: mi familia y yo vivimos en un pequeño pueblo del norte de España, se llama Andrín. Soy hijo único, mi madre es ama de casa y mi padre pasa largas temporadas fuera; es pescador, y por aquel entonces tenía campañas de más de tres meses. En el pueblo, y muy cerca de casa, viven mis tíos; ya te hablaré de ellos.

Por lo visto, mi madre se empezó a preocupar porque al hablar no se me entendía correctamente. Sí, era capaz por imitación de reproducir algunas palabras, pero, sin embargo, otras me las inventaba. Era este fallo el que tenía a mi madre un tanto apesadumbrada. Unos meses antes, acudimos al otorrinolaringólogo, preocupada por si algo les pasaba a mis cuerdas vocales. Diagnóstico del médico: todo normal.

Lo que ya comenzó a escamarla fue cuando, unas semanas más tarde, unos mochileros, peregrinos del Camino de Santiago de a saber qué país, preguntaban a mi madre por un albergue, o alguien en el pueblo que alquilara un camastro. Ellos se esforzaban por hacerse entender; toda clase de gestos para describir una cama, una ducha, algo de comer. Resultaba cómico. Era una pareja de rubios, casi albinos, ojos claros, lánguidos, y con el rostro tan pálido que a su lado nosotros parecíamos morenos.

Entre risas, los albinos ya lo daban por imposible. De esto no me acuerdo, no me acuerdo de ni lo más mínimo; solo sé lo que mi madre me contó mucho tiempo después. Al parecer, comencé a hablar con ellos, con la clásica torpeza de un niño de cuatro años. Lo que dejó perpleja a mi madre fue que no lo hice en castellano, sino en un perfecto inglés.

Según me ha contado, hasta entonces jamás había mantenido una conversación tan fluida como en aquella ocasión. Naturalmente, mi madre se quedó paralizada, y tras un rato conversando, los albinos me acariciaron la cabeza y se despidieron de nosotros con un pintoresco *«m*ochas grasias». Esta era la razón por la que había pedido cita para hablar a solas con el padre Damián.

Por fin llegó el día. Mi madre me vistió para la ocasión como si de un marinero en miniatura se tratase: traje azulado con ribetes blancos, zapatos brillantes y mis mejillas sonrosadas; daba la impresión de que jamás había roto un plato. El silencio que reinaba en nuestro caminar hacia la casa del cura hacía que a cada minuto me

preocupara más, sabiéndome responsable de ese corto trayecto.

No estaba acostumbrado a ver a mi madre tan callada. Ya una vez frente al portón, antiguo y de madera de roble, cuyo objetivo era separar el mundo terrenal de una pequeña parcela sagrada, y poco antes de entrar, mi madre se agachó a la altura de mis ojos y me dijo:

—David, hijo mío, habla solo si yo te lo digo; si no, permanece mudo.

Acto seguido, me volvió a preguntar lo que debía hacer. Yo se lo repetí y después llamamos a la puerta de la casa del cura.

—Buenos días, padre Damián. ¿Se puede?

—Por supuesto, adelante, la casa del Señor siempre está abierta. ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien, padre. Venía para hablarle de un asunto.

—Tranquila, hija, ahora hablamos. Déjame ofrecerte una taza de café y unas corbatas.

Mi madre nunca había estado en la casa del cura, tenía curiosidad por verla, pero en ese momento la prisa por conocer, por aliviar su temor, era más fuerte; y aunque no le apetecía ningún café, la educación y el formalismo la empujaron a contestar:

—De acuerdo, tomaré un café con leche y, cómo no, aceptaré uno de esos estupendos pasteles.

—Eso está mejor, Leticia. Si una preocupación nos quita el hambre, se transforma en una enfermedad —comentó el padre entre risas y carcajadas.

El padre Damián, en el pueblo, era algo más que un orientador espiritual. Me atrevería a decir que en ese tiempo era uno de los hombres más respetados no solo del vecindario, sino de toda la comarca. Afectivo, cariñoso en su trato, e igual de intenso en su firmeza, sobre todo cuando se trataba de mediar en algunas disputas entre vecinos. Altruista y entregado, no dejaba nunca nada a medias. Voluntarioso y discreto, ayudó a muchas familias en sus momentos más difíciles. Portavoz de todos los vecinos cuando se trataba de reclamaciones globales y fiel consejero matrimonial, el padre Damián era un camaleón con un solo propósito: ayudar al prójimo.

—Bien, y dime, Leticia, ¿qué es eso tan importante de lo que me querías hablar?

—Bueno, don Damián, no sé por dónde empezar. Usted, con eso de que ha sido misionero y ha viajado por medio mundo, seguramente sepa darle una explicación a una humilde pueblerina que jamás ha salido más allá de estos lindes.

—Pues sí, Leticia. He viajado mucho y he conocido a tantas personas que he sacado mis propias conclusiones. Latinoamérica, África, Estados Unidos, Canadá, Asia. Y, al final, todo ese viaje, y sin saber muy bien cómo, me ha conducido de vuelta a la tierra que me vio crecer. Será cierto eso que dicen, ¡que la cabra tira al monte!

—¿Y qué conclusiones son esas, si no es mucho preguntar?

Mi madre temía abordar el tema demasiado en frío, y el padre Damián era un gran conversador. El tono de su voz, su expresión corporal, los gestos de su rostro, todo se fundía en armonía con sus palabras. Tanto era así que hasta el tema más banal se tornaba interesante si era él quien lo contaba.

—Pues mira, Leticia, he recogido cientos de impresiones. El mundo está cambiando muy rápido. Y las personas cada vez se reúnen en ciudades más y más grandes. Aquí, la proximidad y cercanía con todos los vecinos, y pese a que en ocasiones las

diferencias y distintos puntos de vista generen malentendidos, siempre termina aflorando la fraternidad y la buena voluntad de lo justo, porque todo individuo, por mucho semblante de serio o rudo que finja llevar, siempre desea amar y ser amado, y nada hace a las personas más felices que este simple principio. Pero hoy en día, ¡ay, ay, ay!, nos lo estamos cargando todo, cegados por la avaricia, el egoísmo y la indiferencia. El ser humano se está convirtiendo en un animal carroñero y sin valores.

—Pues sí, padre, cada vez que veo el *Telediario* en la Primera Cadena, cambio a la Segunda para ver algún documental. Y me pregunto si todas esas cosas horribles que veo en esa caja serán ciertas.

—Pero mi fe, en el jefe y en el propio ser humano, me hace estar convencido de que no a mucho tardar los pueblos se enfrentarán a los intereses egoístas de sus líderes y proclamarán en alto: «¡No! No voy a hacer daño a mi hermano, no voy a robarle, y no voy a ser injusto».

Y se hizo un silencio corto.

—Señor, a veces cojo carrerilla y nadie me dice cuándo parar; menos mal, Leticia, que tu rostro es más transparente que la lluvia de abril.

Y comenzó a reírse a carcajadas de sí mismo, por el sermón que acababa de echar a mi madre. Y, de pronto, la expresión de su cara cambió rápidamente, como alguien distraído de algo pendiente y olvidado, y que al recordarlo se llena de preocupación.

—En fin, Leticia, no has venido a verme para escuchar las batallas y los desvaríos de un amante de la cháchara. Cuéntame qué te pasa, y espero poder ayudarte, o, al menos, ponerte en contacto con quien sí que pueda.

—Iré al grano, padre. Ya sabe usted que David es mi único hijo y, pese a no tener experiencia previa, existen pequeños detalles en su comportamiento que son, como poco, llamativos o especiales, digámoslo así.

—¿Y de qué se trata eso tan especial, Leticia? Porque yo aquí solo veo a un muchacho muy atento y formal. No se ha movido del asiento, ni se ha inmutado en todo este tiempo.

—Pues mire, don Damián, en casa es un muchacho que sí, corretea, tiene su curiosidad, pero al mismo tiempo se comporta de un modo extraño. Sin ir más lejos, este es uno de sus últimos dibujos.

El padre Damián se mostró escéptico y, antes de ver el boceto, en su mirada se reflejó el recuerdo de la experiencia vivida, como si algo muy malo estuviera a punto de ver.

Sin más preámbulos, sacó el dibujo de una carpeta y el padre Damián respiró aliviado, esbozando una inmensa sonrisa. Se trataba de un dibujo aparentemente arquitectónico, también conocido como plano en situación. Trazaba un edificio de grandes dimensiones, bordeado por varias calles, un río, así como árboles, un área recreativa, etc. Mi madre le explicó al padre Damián que para realizarlo había hecho uso de una cinta Betamax a modo de regla y un rotulador Carioca insertado en la tapa de un bolígrafo Bic, de manera que solo asomaba el borde de la punta, creando un trazo muy fino; lo cual le daba al dibujo el aspecto de haber sido dibujado por una impresora matricial.

El cura no dejaba de mirar el dibujo con cierto escepticismo, al tiempo que intermitentemente nos observaba a mi madre y a mí.

—Entonces, Leticia, ¿dices que tú misma viste cómo este chiquitín hacía este plano?

—Sí, padre, tal y como le he descrito.

—Y dime, Leticia, ¿ha mostrado más virtudes?

—Pues sí, padre, y esto es lo que en verdad me asusta. Habla un idioma que en casa nunca le hemos enseñado.

—¿Y qué idioma es ese?

—Me parece que es inglés, pero no estoy segura.

Y fue entonces cuando le contó la anécdota de los albinos. Y el cura me aguantaba la mirada, como aquel que trata de descubrir en el fondo del ojo la identidad del alma. Por eso este es uno de mis primeros recuerdos nítidos. El padre Damián, frente a mi madre, comenzó a hacerme algunas preguntas en inglés, pero yo no contestaba. Él me hizo varias, pero yo seguía sin articular palabra alguna, solo miraba a mi madre, obediente, esperando a que me diera permiso para poder hablar. Tras unos momentos en que el cura ya casi se sentía ridículo haciendo preguntas al aire, mi madre cayó en la cuenta y me dijo:

—Habla, hijo, habla sin miedo.

Y, sin que mi madre entendiera ni jota, comenzamos a dialogar.

—Entonces, ¿me entiendes?

—Sí, señor, perfectamente.

—He visto que has hecho un dibujo muy bonito. ¿No lo piensas colorear?

Aún recuerdo su voz suave y condescendiente. Yo contesté:

—Algo me dice que eso lo estropearía.

—¿Dónde has aprendido a hablar inglés?

—¿Qué es eso? —pregunté, ignorante de mí.

—Déjalo, hijo. No te preocupes. ¿Crees que podrías enseñarme a dibujar así?

—Podría, padre, pero sería más fácil si consiguiéramos una mesa de dibujo técnico con Parallex integrado.

Con mi contestación enmudeció, porque durante un momento dejó de prestarme atención, observando el suelo un buen rato con la vista dirigida al infinito y, tras meditar esos instantes, se giró hacia mi madre con la expresión del que se ha quedado sin palabras. Y entonces algo le devolvió la compostura, se volvió nuevamente hacia mí y me contestó:

—La mesa la puedo conseguir, pero eso del Parallex me tienes que explicar lo que es.

Mi madre se mordía el labio inferior, reflejo de su ansiedad, reviviendo la particular escena que días atrás le había robado el sueño. Finalmente, contesté:

—El Parallex es una regla sostenida por cables, generalmente de metal, que sirve para alzar líneas rectas y paralelas; es para que en la misma cantidad de tiempo podamos imprimir más bocetos.

Y de su boca salió el tímido susurro de una vocal:

—Aaahhh.

Y aquí vino la pregunta del millón.

—¿Quién eres tú realmente? ¡Destápate!

Ahora fui yo quien durante un momento se quedó absorto; en mi pequeña cabeza yo pensaba: «Pero si este señor me conoce perfectamente, ¿de qué me está hablando?».

—Soy David Fonseca, tengo cuatro años y vivo en el camino de San Roque —dije de

carrerilla.

Mi madre, que solo nos oía hablar como borrachos que balbucean, esperaba la ilustración que el padre Damián le pudiera ofrecer con sus conocimientos y experiencia. Mi inocente contestación llenó la cara del cura de una inmensa sonrisa, que derivó en un ataque de risa.

Con el tiempo, deduje que en su mente se veía a sí mismo como el protagonista de la película *El exorcista* al grito en alto de: «¡El poder de Cristo te obliga! ¡El poder de Cristo te obliga!».

Me mandaron salir del salón de la casa del cura, y marché al patio trasero de la casa. El cura me aseguró que si escarbaba un poco la tierra encontraría tesoros vivos; creo que se refería a las lombrices. Mientras, mi madre se quedó hablando a solas con el padre Damián.

—Y, bueno, padre, ¿qué explicación me da usted de lo que acaba de pasar?

—Mira, Leticia, existen muchos enigmas que aún con todo el esfuerzo humano no alcanzamos a comprender, pero te diré algo, la capacidad que tiene tu hijo es un don.

—¿Un don? Pero si eso es un don, ¿de dónde viene?

—Ya te he dicho, Leticia, que las virtudes que nos otorga el jefe son misteriosas, pero todo tiene un propósito en esta vida.

—Pero ¿cómo es posible que mi hijo hable otro idioma? ¿Eso de dónde sale?

—Hoy en día, la inmensa mayoría de las canciones, reportajes de televisión, e incluso, tú misma lo has dicho, los peregrinos que habitualmente pasan por el pueblo son anglosajones. Y los niños a estas edades son auténticas esponjas que absorben toda la información que les rodea y tu hijo debe de ser un verdadero tragón.

—Y ahora, ¿qué hago?

—Pues, Leticia, lo mismo que has hecho hasta ahora: cuidarlo, mimarlo y hacer vida normal. Estoy seguro de que tu hijo llegará a ser alguien con mucho éxito si continúa desarrollando esas capacidades. Podrá ser todo lo que él quiera: un científico de renombre, ingeniero, magistrado, notario. Tiene el talento, y tendrá el apoyo de su familia y, claro está, el del cura del pueblo.

—Muchas gracias, padre, ahora me quedo mucho más tranquila. Tiene mucho sentido lo que me ha dicho.

—Nada, nada; id con Dios, y tráeme a tu hijo las veces que puedas para hacer un seguimiento de sus progresos.

—Delo por hecho, padre.

Y así es como se quitó un gran peso de encima. Trató de seguir con su vida normal, ilusionada porque su hijo iba a ser alguien muy importante.

Ahora siento mucha vergüenza por todo lo que pasó después.

Pero todo a su tiempo.

CAPÍTULO 2. **EL REENCUENTRO**

- *ANDRÍN, OTOÑO DE 1983*

Ella parecía encantada con la idea de que su hijo fuera un destacado hombrecito de provecho, especial entre los demás. El suyo era un niño potentado, como si la ingente masa humana fuera un cielo nocturno y yo fuera la estrella que más brillaba, y los menos agraciados formaran parte de ese inocuo y oscuro vacío que funcionaba a modo de contraste.

Recuerdo perfectamente la vuelta a casa; era un día especialmente soleado para el clima habitual de esta parte de España. Tal y como habíamos ido, volvíamos por el mismo camino. Ahora todo era distinto, mi madre volvía a ser la de siempre. No paraba de hablar y describirme las plantas.

—Mira, hijo, ¿ves ese árbol tan alto, con esas hojas más pálidas? Es un sauce blanco, y de su corteza se obtiene un medicamento muy bueno para los dolores llamado aspirina. Y este olor tan agradable del bosque procede mayormente de los helechos, raíces y musgos que arropan nuestra tierra asturiana.

De camino a casa nos encontramos con Matilde, la hermana de mi madre, y en cuanto me vio hincó una rodilla en el suelo, extendió sus brazos con una enorme sonrisa, y naturalmente corrí hacia ella y nos fundimos en un fuerte abrazo.

—¿Qué pasa, *mozuco*? ¿Cómo está mi campeón? ¡Cada día estás más grande!

—¡Hola, tita! Muy bien, venimos de la casa del cura, es un lugar fantástico, y me traigo los bolsillos llenos de tesoros vivos.

Saqué unas seis o siete lombrices en un puñado, que sobresalían de entre mis dedos. Mi tía se quedó mirando los bichos durante varios segundos, disimulando el asco, hecho que no pudo evitar cuando se los acerqué a su cara.

—Pero, David, ¿estás *locu* o qué? ¡Eso no son tesoros, son criaturas del Señor que tratan de escapar de ti! ¿No ves que están muertas de miedo?

Me las quedé mirando, y entonces pensé que ciertamente mi tía parecía llevar razón.

—Yo no quiero que tengan miedo de mí, quiero ser su amigo y cuidarlas.

—Pues si quieres ser su amigo, déjalas al lado de un árbol con tierra húmeda y blanda, para que puedan esconderse bajo tierra, que es donde les gusta estar.

Y así lo hice. Después de eso, mi madre y mi tía se prepararon un café y salieron a la mesita de fuera a tomarlo. Aunque yo era muy pequeño, mi madre siempre me mantenía activo.

—David, trae unas galletas del armario bajo de la cocina, el que tiene la cortinilla.

Me faltaba tiempo cada vez que mi madre me pedía algo, y corrí a por las galletas.

—Déjalas aquí en la mesa y siéntate con nosotras.

Y mi tía no dudó en sentarme en sus rodillas para que me alcanzara la vista y las manos a casi toda la mesita. Entonces vi la caja de las galletas, y por primera vez leí en voz alta.

—Galletas María. La auténtica hojaldrada, suave y gustosa, deliciosa para niños y mayores.

A mi madre casi se le atraganta el café, y la tita se me quedó mirando como si no reconociera a ese muchacho que tenía en su regazo. Mi tía Matilde y mi tío José llevaban muchos años juntos. Habían intentado por todos los medios tener hijos, pero en aquel momento de nuestra historia reciente la ciencia no estaba tan adelantada, y la religión todavía pesaba mucho sobre esas decisiones médicas relacionadas con la concepción milagrosa de la vida.

Así que mis tíos, pese a ver insatisfechos sus deseos de paternidad, jamás dudaron de la voluntad divina y nunca tuvieron descendencia ni supieron cuál era la verdadera causa del problema. Bien pensado, antiguamente la ignorancia de tales cuestiones evitaba reproches innecesarios, que no son más que el reflejo del dolor de una astilla clavada en el corazón. Por tanto, mis tíos eran un matrimonio muy feliz que disfrutaba de la vida, y me trataban a mí como al hijo que nunca tuvieron.

Mi madre tuvo que dar nuevamente explicaciones de los repentinos cambios de conducta que su hijo mostraba. Le contó que acababa de venir de la casa del cura, precisamente por esta cuestión, y mi tía pareció encantada con la idea de tener a un pequeño cerebrito en la familia con el mejor porvenir.

El tío José era el clásico hombre grande de campo: la cara redondona, de tez pálida y mejillas sonrosadas. Su expresión era por norma el vivo reflejo de la honestidad, la bondad y la confianza plena, pero a la vez, cuando la circunstancia lo exigía, su rostro se tornaba en la mayor imagen de la seriedad, la disciplina y la contundencia. Tenía una granja productora de leche que daba trabajo a varios vecinos del pueblo.

Ese oficio requiere de una atención constante del ganado, las condiciones y la calidad. Como he dicho anteriormente, la tecnología no facilitaba tanto las cosas. Todavía era común ver carretas de tracción animal, ordeñar y repartir el cebo a mano, y hacer, en muchísimas ocasiones, las veces de veterinario. Mejor no hablar de que la jornada empieza a las cuatro de la madrugada y acababa … Bueno, ese trabajo nunca acababa. Mi tío deseaba delegar un poco en sus empleados y despreocuparse de su negocio, pero se le hacía imposible, de modo que raramente se tomaba un paréntesis.

Por aquel tiempo, las tareas se repartían en roles de hombres y mujeres. Por norma, era la esposa la que atendía los quehaceres del hogar, que proporcionalmente comprendían más esfuerzo para ellas que para ellos; si bien hay que decir que, por lo general, el respeto a esas tareas era tan grande que no había vez que nos sentáramos a la mesa y no se le llenara la boca a todo el mundo de sabrosa comida en la misma medida que elogios para la cocinera. Era la querida y discreta amante del hogar.

Retomando al asunto, mi tía comenzó a hablar de que habría que invertir en mi educación para no desaprovechar ese talento tan extraordinario. Fue la primera vez que escuché el nombre de la ciudad de Gijón.

Mi madre, fiel a sí misma, comenzó a organizar todos los detalles con meridiano orden y planificación. Ciertamente, y en ese momento, mi padre había salido a la mar el 3 de septiembre, y estábamos a 11 de octubre. Todavía quedaban casi dos meses, con suerte menos, para regresar a Santander con las bodegas del pesquero bien llenas, y de ahí a casa. Así es que no podía contar con él, de momento, en este asunto.

Si mi madre, en consenso con su hermana, quería llevarme a un respetable colegio

de Gijón, lo primero que debía hacer era buscar un medio de transporte. Mi tío podía ayudar todas las veces que sus faenas le permitieran, pero mi madre, acostumbrada a ser una mujer independiente y resuelta, empezó por comprarse una bicicleta. Su objetivo era poder trasladarnos a la población más cercana, Llanes, con el fin de empezar a ir a la autoescuela.

Recuerdo con claridad el primer viaje que hicimos a la autoescuela. Todavía me duele el trasero. Afortunadamente, mi madre se dio cuenta del detalle y al día siguiente colocó un cojín en el portabultos, que era mi asiento vip.

Con frecuencia, la lluvia inclemente e implacable era también fiel compañera de viaje. Pero ella se había propuesto sacar el permiso de conducir antes de que llegara padre, de modo que algunos días íbamos hasta en dos ocasiones. Estaba contenta, porque en la cochera tenía esperando el capricho de padre, que forzosamente debía mover de vez en cuando mi tío para que no se quedara sin batería y los neumáticos no cogieran formas planas.

Teníamos un coche nuevecito, francés, un Renault 11; por aquellos tiempos todo el pueblo le pedía a mi padre que se lo enseñara. Era un último modelo, y, generalmente, los paisanos solían aprovechar los turismos procedentes de las grandes ciudades como Madrid, donde los aburguesados tenían la extraña costumbre de deshacerse de ellos como el que cambia de zapatos.

Mi padre prefirió hacer un esfuerzo y comprarlo nuevo, porque odiaba ver matrículas de todas las provincias de España, excepto asturianas, y sabía que él no lo llenaría de herramientas, gallinas o mercancías.

A mí me daban los cochecitos y maquetas de camiones Pegaso que en la autoescuela tenían para enseñar mecánica, y no tardé en volver a impresionar al profesor, Tomás. Me dejó la maqueta con la condición de que la cuidara, pero no sé si por defecto profesional o qué, me dio una pequeña clase de los componentes básicos del vehículo.

—Mira, David, esta caja de metal tan grande que hay en el centro de la cabina es el motor, esto que sigue es la caja de cambios, delante está la dirección, que es lo que permite que las ruedas giren hacia donde queremos ir, y esto de aquí atrás es…

—Es el eje de transmisión, conformado por juntas cardan, ballestas reforzadas, calderines, chasis…

—Chavalín, veo que te gusta la mecánica. ¿Papá trabaja en un taller?

—No, señor, mi papá es pescador, pero me gustan mucho los coches.

—Cómo no te van a gustar los coches si eres un chicarrón. Cuando quieras ser mi ayudante, no tienes más que decírmelo. Confío en que cuides el camión, es el único que tenemos.

Y el profesor de autoescuela se quedó ensimismado observando que yo no jugaba con el camión, sino que lo que hacía era girarlo trescientos sesenta grados en todas las direcciones y lo volvía a posar con cuidado sobre el pupitre. Enseguida, retomó el curso de la clase, y veía a mi madre cogiendo notas sin parar en un cuadernillo.

No tardó demasiado en aprobar el carné de conducir. El país estaba inmerso en una corriente de progreso que animaba a la sociedad a cambiar algunas pautas. Pocas mujeres se veían al volante. Quizá por eso, tras superar el teórico por méritos propios, el examinador fue más benevolente con algunos errores que, como es natural en una

conductora sin experiencia, forzosamente deben aflorar. Aprobó sin ningún fallo leve.

Cuando la fecha prevista de retorno se iba acercando, las mujeres de las localidades colindantes solían reunirse en el faro de Tina Mayor. El farero ya las conocía sobradamente, las esposas de los pescadores se concentraban allí y le hablaban todas a la vez. Este viejo truco psicológico doblegaba rápidamente la voluntad de ese pequeño hombre acostumbrado a la soledad laboral, apoderándose rápidamente las mujeres de su puesto de trabajo. Perdían todas las disciplinas inherentes a las comunicaciones marinas y comenzaban a llamar a los barcos de sus maridos, que por lo general faenaban en manada y regresaban de su campaña en las costas de África.

A los marineros les encantaba escuchar por la radio la dulce y sensual voz de las mujeres. Para el grupo pesquero y resto de las embarcaciones mercantes y recreativas, era su particular versión moderna de las sirenas de mar. El barco en el que trabajaba mi padre se llamaba El Beluga. Su capitán compró este barco a un astillero alemán innombrable y lo adaptó para la pesca. Su diseño estaba concebido para desenvolverse bien en zonas de hielo de pequeño espesor, de ahí que la forma de su proa fuera más redondeada, y aunque él quiso llamarlo El Ártico, finalmente lo bautizaron El Beluga los compañeros del puerto de Santander por su semejanza con el cetáceo. En la vida marina está muy arraigado el componente agorero, por eso su capitán no pensó dos veces el nombre que le habían asignado e incluso le pareció estupendo.

Esa característica le daba ventaja cuando navegaba en sus campañas por el Atlántico Norte, pero en esta ocasión su velocidad de crucero era sensiblemente menor y el alcance de la radio no lograba contactar con El Beluga; aunque el San Vicente confirmó que venían detrás y sin incidentes. Se encontraban a unas setenta millas náuticas, así que, con un poco de suerte, mi padre estaría en casa en tres días.

Mi madre, orgullosa, instaló la L en la luneta trasera y se dispuso a familiarizarse con el coche. Normalmente, era el tito José el encargado de llevarnos al puerto, y aunque en esa ocasión mis tíos no se lo iban a perder tampoco, era mi madre la que llevaba los mandos de ese precioso Renault 11 plateado.

Lo recuerdo tan cómodo que, salvo algunos asientos de tren de esa misma época, no he podido sentir ese mismo nivel de confort. Además, el coche tenía un olor muy característico que no podría definir; era tan agradable que, hoy en día cuando algo se parece sutilmente, es como si hiciera un viaje en el tiempo y volviera a esos momentos.

El trayecto era corto, pero bien sabe Dios que fue intenso. Los tres parecían no parar de discutir en todo el camino. Mi madre y mi tía en la parte delantera, y nosotros atrás.

—Leticia, mete cuarta.

—Tú no le hagas caso, que lo haces muy bien. José-José, que te la cargas.

—Yo solo digo que el motor va muy forzado, nada más.

—Cuidado con el quitamiedos, el quitamiedos. ¡El quitamiedos!

—Veo que el quitamiedos te da miedo, ¿no?

—Creo que voy a cerrar los ojos, y si el Señor dispone que ha llegado mi hora, así será.

—Tranquilo, cuñado, que he aprobado a la primera y está todo controlado.

Según dijo esto último mi madre, que miraba a mi tío por el retrovisor interior, suavemente empezó a invadir el carril contrario, con la buena suerte de que de frente

venía un autobús. Luces, cláxones, gritos y rostros pálidos fueron también pasajeros de ese primer viaje a Santander. Contra todo pronóstico, llegamos de una sola pieza y sin incidente alguno. Mi madre echó el freno de mano, apagó las luces, fingiendo que el grandullón de mi tío no estuviera ahí, ni yo tampoco. Cerró el coche y caminamos hacia el muelle, de risas y conversando, como si acabáramos de viajar en una nube gomosa y plácida. Mi tío clavó su mirada en mí y, ojiplático y asentando varias veces con la cabeza y muy serio, me dijo:

—Vete acostumbrando, que son todas así.

Y después se echó a reír sin parar. Era tal el ataque de risa que le dio que yo, sin saber muy bien a qué se refería, por contagio lloraba con él sin parar de reír.

Por otro lado, las chicas, que era como las llamaba mi tío, se giraron sin entender qué pasaba, pero con la indudable intuición de que se trataba de ellas. Las dos al unísono alzaron la barbilla con desdén, giraron el rostro mirando al frente y continuaron. Mi tío aún siguió riendo un buen rato, consciente de las consecuencias maritales que tendrían lugar esa misma noche si no lo arreglaba.

Así es que, como la espera iba a ser indeterminada, a mi tío se le ocurrió la idea de pedir perdón acercándose a una churrería remolque, comprando chocolate y churros para todos. De ese modo, y cargados de bolsas y vasos, a modo de regalo, se eliminó aquella pequeña aspereza mientras esperábamos, junto al resto de las familiares, a nuestro añorado lobo de mar.

Nos colocamos en el espigón del puerto más solitario. Poco a poco, en la lejanía se podían ver las luces de los barcos, e increíblemente, aunque parecían un punto en el horizonte, tocaban sus bocinas y se oían con perfecta claridad. Esos sonidos procedentes del mar eran la viva imagen de la alegría. Ver cómo se aproxima un ser querido del que uno ha estado apartado tanto tiempo, y a sabiendas de los peligros inherentes de la profesión, hacen de cada reencuentro un motivo de celebración.

Es extraño. Cuanto más te separa la distancia y la obligación, también es mayor la nostalgia y el deseo de tener cerca a esa persona. Ese temor y esa incertidumbre por que todo saliera bien en el viaje producían a su regreso un efecto balsámico en toda la familia. Claro está, nadie le negaba nada a mi padre cuando estaba en casa, y se procuraba en ningún caso molestar o contradecirlo; y él, que era consciente de esto, lo interpretaba como un bonito gesto de amor y respeto. Mi madre me inculcaba este comportamiento porque sabía que en altamar las penurias, las abstinencias y el durísimo trabajo eran demasiado esfuerzo para el cuerpo, pero más si cabe para la mente.

Mi padre era un hombre de estatura mediana, fuerte, pero a la vez espigado. Sus manos parecían de papel de lija, llenas de heridas mal curadas y grietas profundas. Cumplía fielmente el estereotipo de marinero del norte: barba de quince días, gorrito de lana, el rostro acartonado y su mirada penetrante transmitían la experiencia y el eco de innumerables adversidades superadas en los confines. Un auténtico soldado del mar con cicatrices en el cuerpo y en el alma, y, cómo no, su pipa negra de brezo, inseparable compañera de viajes, cuyo castigo por la corrosión le daba, como lo hacía con mi padre, ese toque vetusto y misterioso sobre algo joven y sano.

Tuvimos que esperar bastante más que el resto de las familias para ver, saludar y sonreír a mi padre desde la cubierta. En la jerarquía del barco mi padre tenía un puesto

de especial relevancia; era el primer oficial, por encima de él solo estaba el capitán, y aquel dicho que reza «el capitán es el último en abandonar el barco» es más cierto de lo que parece.

Atracado y amarrado El Beluga, mi padre se quedó con su capitán hasta que este le ordenó que marchara para casa, con la promesa de que pronto se pondrían en contacto. La ventaja de un puerto como el de Santander, entre otras, era que las operaciones de carga y descarga se realizaban por estibadores; pero eso sí, el capitán debía quedarse para firmar los libros de registro y comprobar que los pesajes eran los adecuados.

Mi padre se llama Jeremías, pero todo el mundo le llama Jemy. Cuando por fin pudimos reunirnos con él, mi madre se echó a llorar. Supongo que sentir su ausencia durante varios meses acumulaba mucha tristeza que brotaba como un volcán cuando la energía del encuentro hacía desaparecer ese sentimiento, dando paso a la alegría, al amor y a la tranquilidad.

No es de extrañar la exagerada reacción de mi madre. Hacía unos meses otro pesquero gallego había desaparecido sin dejar rastro, dejando a los familiares de todos sus tripulantes en la mayor de las incertidumbres de la tragedia. Luego, mi padre nos contó que cambiaron sus rutas de pesca en una misión de búsqueda y rescate infructuosa. Inexplicablemente, la radiobaliza no fue disparada, y el pesquero acabó perdido en el océano. Nada se supo de él, ni la más mínima pista, ni un solo vestigio de los componentes del navío. Se especulaba con todo tipo de hipótesis violentas, accidentales, contrabandistas.

Se ensuciaba la honestidad del capitán, del barco y sus tripulantes con estupideces. Si todo ese entusiasmo se hubiera enfocado en la búsqueda, quizá y solo quizá las familias habrían obtenido alguna respuesta. Por eso mi madre se sentía más afortunada que nunca al ver regresar a su marido. Y aunque siempre le hubiera gustado instar a mi padre a dedicarse a otra cosa, ella lo conocía bien y era consciente de que su profesión era algo más que un oficio: era su vida, era su identidad. Mis padres se fundieron en un abrazo, mi madre se echó a llorar sobre el pecho de mi padre, y este acariciaba su cabello al tiempo que besaba sus mejillas. Los oía decirse algo, pero era tan bajito y sutil que no se discernía. Se miraban a los ojos, ambos apoyados en sus frentes, y no pararon de besarse hasta que mi padre vio más calmada a mi madre.

—¿Qué tal está mi chiquitín? —exclamó mi padre al cogerme en volandas girando sobre sí mismo.

A continuación, me dio un fortísimo abrazo y un beso con esa tupida barba, y aunque pinchaba como un erizo pude sentir sus labios en mi rostro dolorido.

Seguidamente, le dio dos enérgicos besos a mi tía para proseguir con un durísimo abrazo lleno de palmadas en la espalda a mi tío José.

Según íbamos hacia el coche, conmigo sobre sus hombros, mi tío iba poniendo al día de las novedades a mi padre. Sin embargo, la verdadera razón por la que mi madre se sacó el permiso de conducir era algo que entre mi tía y ella le habían ocultado al tío José. Simplemente, quería ser mi madre quien le contara el asunto de su muchacho.

Nos alcanzó la noche en esa fría y húmeda tarde de diciembre, y mi padre insistió en que condujera la protagonista del último viaje de pesadilla. Mi madre, valiente, arrancó

el coche bajo su atenta mirada desde el asiento de atrás y por fin nos dirigimos a casa entre acelerones, frenazos y contravolantes. Poco a poco nos acercábamos al calor del hogar por esa oscura carretera de doble sentido, dirección a Oviedo, solo interrumpida por los amarillos faros de los pocos vehículos que se nos cruzaban en el camino.

Llegábamos al pueblo de San Vicente de la Barquera. A la entrada del municipio, nos recibió el imponente puente de la Maza, y hasta ese momento nadie había advertido la decoración navideña que iluminaba de colores todas las callecitas. Los adultos tomaron la decisión de parar con la excusa de disfrutar de una cena carnívora. San Vicente es una localidad con un marcado carácter marinero, pero a la vez uno se puede comer un estupendo chuletón a la brasa, y era precisamente eso lo que el tito sabía que necesitaba mi padre, aunque él también tenía otros planes. Mientras todos estábamos en la mesa del restaurante, mi padre se levantó y nos dijo que tenía algo que hacer, que debía ausentarse un momento.

Se dirigió caminando por el borde del puerto pesquero. Una vez acabado este, un pequeño sendero verde de arbustos y setos conducía a un pasadizo ajardinado muy cuidado y engalanado con arbolitos de la flor de Pascua, vaticinio de la entrada en un lugar especial. A continuación, un majestuoso pórtico con arcos de medio punto salvaguardaba la entrada al santuario de la Barquera.

Cuando permanecíamos a la espera en el puerto de Santander y escuchábamos las sirenas de los barcos, yo pensaba que obedecían a un saludo hacia las amistades y familiares que pacientemente aguardábamos a la espera; sin embargo, formaba parte de un ritual de agradecimiento, saludo y respeto a la protección brindada por la Virgen de la Barquera, cuya imagen, ahora, se encontraba a escasos metros de mi padre.

La capilla se encontraba siempre abierta y mi padre en estricta soledad rezó unas oraciones a sus pies, alzó la mirada, le dio las gracias y se despidió lanzándole besos al aire con las palmas de sus estropeadas manos.

Regresó justo unos segundos antes de que le sirvieran la cena, todavía más feliz, contento y tranquilo. Resuelto por el deber cumplido, disfrutamos de una inolvidable reunión familiar, cargada de miradas cómplices entre mis padres, muestras de afecto, risas, anécdotas, vino, carne y ambiente navideño.

CAPÍTULO 3. **SE AVECINA EL CAMBIO**

- *PRINCIPADO DE ASTURIAS (GIJÓN), AÑO 1989*

Ella cumplió su promesa y me llevó cada día al colegio de Gijón. Se trataba de un centro educativo de pago, pero en aquel entonces mi madre había obtenido una beca de la comunidad autónoma para la inserción en el sistema de poblaciones rurales. No éramos una familia lo que se dice boyante económicamente.

Como cabía esperar, mi desconocido talento había llamado mucho la atención durante los primeros años de escuela. Era habitual que en los claustros y reuniones informales del profesorado saliera a relucir el asunto. Algunos pensaban que el centro no se encontraba a la altura de mis capacidades, otros le restaban importancia al hecho, y los menos profesionales… Bueno, los menos profesionales simplemente hacían acopio de la indiferencia.

No obstante, pronto dejé de ser el tema de conversación. Poco a poco dejé de prestar atención y, lo peor de todo, me senté al fondo de la clase, esa pequeña área más alejada de los sentidos del profesor. Este cambio significó mi refugio. Otros como yo, pero con motivaciones distintas, me acompañaban en ese último vagón. Trataban de hablar conmigo, me tiraban trozos de la goma de borrar, pero yo me mantenía impasible. No es que fuera un alumno conflictivo. Simplemente, prefería aprovechar el tiempo en dejar volar mi imaginación y crear un mundo paralelo que me hiciera olvidar todo ese aburrimiento de clases.

Cumplí la edad de diez años. Por ese entonces, unos cien alumnos habíamos pasado de curso. Estábamos enardecidos, orgullosos de haberlo superado. Entusiasmados. Esa vanidad se explicaba porque la diferencia radicaba en un cambio de bloque. Pasábamos del de los pequeños al de los mayores, y, por supuesto, el patio también era un universo nuevo para explorar. Lo que no habíamos calculado es que antes éramos los mayores del grupo de pequeños y ahora todo lo contrario. Ese ligero detalle se tornaría crucial en la felicidad del recreo.

Ya se notaba que el invierno venía pisando fuerte. Era noviembre, y el frío provocaba en todos nosotros la falsa ilusión de que fumábamos. Algunos chavales incluso hacían el movimiento completo con los dedos durante minutos. No me refiero a que se llevaban los dedos en V a la boca; es que hasta fingían retirar la ceniza a golpecitos con el pulgar, mientras hablaban de otra cosa, pendientes de su cigarrillo de fantasía.

Es curioso: cuando eres un renacuajo ansías ser adulto y, cuanto más mayor eres, más deseas volver a la juventud. Imagino que esta premisa responde al natural inconformismo del ser humano. En fin, a lo que iba. Esa mañana gélida, y mientras estábamos en clase, sonó el timbre del recreo. Yo no era un ferviente amante del deporte, pero conocía bien las reglas del patio.

Mis compañeros dejaban sus anoraks sobre los respaldos de las sillas y un minuto antes de la campana empezaban a ponérselo disimuladamente. El afán era llegar al

patio y coger las pistas de fútbol antes que las otras clases. La regla de oro en el patio era que los primeros en llegar al terreno se quedaban con él y escogían a sus invitados de juego.

Si lo piensas, los colegios tienen grandes semejanzas con las prisiones. Hay un muro que te separa del mundo exterior y existen guardas que vigilan tu estancia, tu comportamiento, solo que en este caso se llaman profes. Como en toda prisión hay bandas, y esas bandas están lideradas generalmente por un matón, y, en nuestro caso, ese cretino tenía nombre: Jonatán.

Jonatán iba a séptimo, pero en realidad debería estar en octavo. Se había rodeado de otros alumnos que, junto con él, y como yo, también se ocultaban en el final del aula. Parece increíble, pero a esas edades un año más de edad marca mucho la diferencia entre los muchachos. Este diminuto cretino había conseguido seducir a algunas ovejas con la falsa promesa de convertirlos en lobos, y ese pequeño grupo de cinco caminaba por el patio en formación triangular.

Nuestra clase ya llevaba meses en el bloque, y poco a poco todos observamos la evolución y el progreso negativo de la pequeña mafia. Generalmente, al cabecilla le gustaba sentarse en las escaleras, en desuso, del polideportivo, desde donde tenía una perspectiva global del recreo. Pero, en ocasiones, se acercaba al murete de la pista de fútbol y echaba de allí a quien estuviera, con el único fin de establecer su dominio y reforzar su autoridad.

Durante todos esos meses, los compañeros del cole evitaron por activa y por pasiva un enfrentamiento directo con él. Jonatán era un joven corpulento, había dado el estirón bastante temprano, con trece años él ya fumaba, y lo hacía de verdad. Cuando quería algo, simplemente lo cogía. Si el hambre le apretaba, le quitaba el Bollycao al primero que pasase. Si quería jugar al fútbol o al baloncesto, simplemente echaba al invitado. Se atrevía con todos, incluso con los de octavo, y ni tan siquiera los profesores le decían nada cuando se saltaba la valla por detrás del polideportivo y se iba a comprar tabaco o un cuerno de chocolate.

Las chicas… En fin, nunca lo entenderé. Se peleaban entre ellas por su atención, y besaba y tocaba a su antojo a todas. Daba la impresión de que estaban hipnotizadas con ese malhechor, y recibir un azote en el culo o un morreo de ese asqueroso representaba el éxito entre ellas.

Este chaval era conocido por su violencia y, aunque en ese momento los de mi clase llevaban poco con él, la leyenda, quizá exagerada, le precedía.

Ya habíamos oído hablar de este chulito incluso antes de cambiar de bloque. Se dice que el año pasado pegó a un profesor porque se negó a salir al pasillo, como castigo. Casi le expulsan y, aunque le cambiaron de clase y le exigieron repetir curso, nada de eso solucionó el problema.

Yo siempre estaba en el recreo con mi amigo Javier Álvarez. Éramos los mejores amigos desde que llegué al colegio aquel año 85 a mitad de curso. Mi buen amigo y yo siempre sacábamos «destaca» en las calificaciones, que después pasaron a llamarse sobresalientes; aunque en ese curso yo ya me estaba desviando por el aburrimiento que me daba todo. Javier, tan animoso, trataba siempre de alentarme diciendo que éramos los mejores de la clase. Que habíamos ganado todos los concursos de Ciencia, de Lengua, de Sociales, y que debíamos mantenernos así.

Lo cierto es que sentía una sana envidia por mí, ya que, mientras él no se levantaba de la silla de la habitación, yo ayudaba a mi tío en la granja, hacía todos los recados que me mandaba mi madre, leía libros de aventuras, y cuando mi padre estaba en casa no parábamos de hacer rutas a pie por los bosques y, llegado el momento, colaboraba en el pertrecho de El Beluga.

Para mí todo lo que escuchaba en clase me resultaba extrañamente familiar, y solo con atender me era suficiente para recibir las mejores calificaciones. Por cierto, mi profesora de inglés no sabía hablarlo, trataba de eludirme siempre que podía porque sentía vergüenza de no estar a la altura de las conversaciones que en alguna ocasión trató de mantener conmigo, aunque el secreto de su ignorancia siempre quedó entre ella y yo. Era muy buena profesora, se interesaba mucho en ayudar a todo alumno que tuviera dudas. Por su cuenta organizaba juegos para aprender el idioma, y así todos los muchachos mantenían la atención en una asignatura que de otra forma se tornaría muy insípida.

Desde que empecé el curso, cada vez me encontraba más distraído en todas las asignaturas. En lugar de escuchar, empecé a dibujar en clase, y la verdad es que parecía que no se me daba mal; lo malo es que había llamado la atención de los profesores, especialmente al de Ciencias Naturales, que era el mismo que nos daba Matemáticas, don Antonio Jarras. Así, antes de salir al recreo, me dijo que me quedara después de clase, que quería hablar conmigo. Me quedé en el pupitre mientras todos salían corriendo al patio, y a solas con mi profesor se acercó a mi lado y se sentó en una de esas sillitas. Ahí sentado estaba ridículo, pero, por otro lado, me pareció un gesto muy humilde por su parte. Así es que, con medio cuerpo fuera y el respaldo al borde de sus riñones, comenzó diciendo:

—Bueno, David, cuéntame, ¿en qué estamos fallando contigo?

—Me parece muy curiosa su pregunta.

—¿Por?

—Está desviando la culpabilidad de mi comportamiento y lo redirige hacia el profesorado; me da la impresión de que trata usted de evitar victimizarme.

—David, estoy acostumbrado a trataros a todos por igual, y se me olvida que tú eres especialmente distinto.

—Le pido disculpas por mi falta de atención en clase. Si es eso lo que le preocupa, trataré de no volver a suscitar en ustedes preocupación alguna que pudiera ser comunicada a mis padres.

—Mira, David, no he querido abordar tu caso en la hora de tutoría del jueves porque prefería que habláramos en privado. ¿Sabes de dónde viene la palabra «tutor»? Es una palabra procedente de la jardinería y consiste en una estaca recta insertada verticalmente junto a la planta que está en fase de crecimiento. Esa estaca, llamada tutor, tiene por misión hacer que esa nueva plantita crezca fuerte, sana y recta. Así es que, si yo soy el tutor, ¿adivinas quién eres tú?

—Soy la plantita que está creciendo.

—Correcto. A ver, David, yo no quiero andarme por las ramas contigo y me gustaría preguntarte algo, y que me respondas con sinceridad. ¿Crees que este colegio se está quedando corto para tus capacidades?

—No, señor, estoy muy contento aquí.

—Pues a mí me da la impresión de que todo lo que damos en clase te resulta exageradamente fácil, y por eso ya no tienes ningún interés. ¿Qué me dices?

—Lleva usted razón en eso. No sabría decirle qué me pasa, aunque entiendo que sentarme al fondo y hacer dibujos pudiera resultar una falta de respeto, también le puedo asegurar que no fracasaré en los exámenes.

—No lo dudo, muchacho. Precisamente por eso quería hablarlo contigo. Tu padre trabaja en un barco, ¿verdad?

—Así es, don Antonio.

—Lleva propulsión diésel, ¿no?

—Cierto, lleva un motor diésel intraborda de cuatro tiempos.

—¿Y cuánto corre?

—No es una embarcación diseñada para la velocidad; puede llegar a los doce nudos, que son unos veintidós kilómetros por hora.

—Tengo entendido que al entrar al puerto todas las embarcaciones deben hacerlo al ralentí, ¿no?

—Sí, señor.

—Bien, pues a mí me da que esa es la velocidad a la que trabajas aquí, tu cerebro es un motor muy potente que circula por el mar al ralentí, ¿me equivoco?

—No sabría decirle, profe.

—Bueno, David, yo creo firmemente en que aquí estás desaprovechado, pero tampoco sé a quién recurrir.

—Don Antonio, yo le agradezco mucho su interés. Pero no necesito nada.

—Tranquilo, David, tú déjame pensar y ya veremos qué puedo hacer contigo. De momento, sal al patio a divertirte con tus compañeros y ya hablaremos. Hale.

—Muchas gracias, don Antonio.

—Give me five.

Choqué con fuerza la mano del profesor, y salí del aula corriendo a la vez que, en una postura casi imposible, me ponía el abrigo de esquimal que me regaló mi tío unas semanas antes. Me encantaba ese abrigo verde oscuro; mi tío me dijo que el recubrimiento peludo de la capucha era de un oso de Alaska.

Todavía me quedaban unos veinte minutos de recreo, y al abrir el portón del vestíbulo que daba paso al patio, sentí la fuerza del frío combinada con la humedad y me costó por un momento mantener los ojos abiertos.

Buscaba a Javier oteando el horizonte del colegio, despacio y de derecha a izquierda. No lo veía. Y me parecía extraño, porque él y yo en estos casos siempre nos esperábamos a la salida del portón. Lo que sí pude ver fue un corrillo de muchachos, gritando al alza, formando una circunferencia perfecta que ocultaba lo que sucedía en su interior, como si de un circo romano estuviéramos hablando. Las niñas dejaron de jugar a la goma elástica y a la comba. El partido de baloncesto y de fútbol se detuvieron por completo. Incluso los Raros —el grupito de alumnos «peculiares» del colegio— dejaron de jugar al béisbol para ver lo que sucedía.

Seguidamente, una profesora, cuyo mote era la Esmirriada, corrió hacia allí. Recuerdo que verla correr transmitía un aspecto muy inquietante; era como ver a un bicho palo moverse con agilidad. Empujó a los chicos y se introdujo en el círculo como pudo. Yo también me acerqué. El corazón me dio un vuelco. Sentía cada latido tan fuerte que

parecía que se me fuera a salir del pecho. Ahí estaba el maldito Jonatán, pisando la cabeza de mi mejor amigo, levantando ambos brazos con los puños apretados en señal de victoria, mientras Javier yacía en el suelo inconsciente, con la cara llena de tierra y su saliva, densa, resbalando por el trozo de lengua que salía de su boca.

La profesora corrió para empujarle y que dejara de pisar a Javier. Todos los muchachos guardaban silencio, como testigos mudos, y a la vez cómplices del morbo y el gusto por la violencia. Según se acercaba a toda prisa, Jonatán dejó de pisar su cabeza, dirigiendo su pie al estómago de la seño en una patada con todas sus fuerzas. La Esmirriada cayó a plomo. Apenas podía respirar, se llevaba las manos a la tripa encogiéndose en el suelo en posición fetal, ahora también rodeada por todos los alumnos. Entre estertores, se pudo distinguir en su voz:

—Que alguien avise a la sala de profesores.

Nadie hizo caso.

CAPÍTULO 4. **RUMBOS PERDIDOS**

- *PRINCIPADO DE ASTURIAS (GIJÓN), AÑO 1989*

El pie de Jonatán volvió a la cabeza de Javier, justo en la misma postura que tenía previamente. Yo me había quedado paralizado. Nunca había presenciado algo así. Empecé a sentir en mi interior una energía brutal, mi respiración se aceleraba y la furia empezó a apoderarse de todo mi cuerpo. Miré a mi alrededor, ligeramente fuera del círculo, y pude ver la pelota de tenis y la estaca de madera que utilizaban los Raros para jugar al béisbol. Me apresuré a correr unos metros para alcanzar el palo, mientras oía al enfermo ese gritar:

—¡Esto es lo que pasa cuando me cabrean! ¡Le voy a chapar la cabeza!

Entendí que debía darme toda la prisa del mundo.

Cogí el palo firmemente con ambas manos y corrí hacia el interior del círculo; estaba decidido a golpearlo todas las veces que fueran necesarias y con todas las fuerzas con las que la naturaleza me había dotado. Todo parecía que iba a cámara lenta y a la vez muy rápido. Según estaba más cerca del círculo, y corría hacia él, sentía mis respiraciones más profundas y frecuentes. Era la primera vez en toda mi vida que notaba el irrefrenable deseo de hacer daño a otro semejante.

Solo me faltaban escasos metros para llegar como un gladiador al círculo de arena, y entonces sucedió algo que no me esperaba y que me dejó atónito. Un muchacho muy grande, de octavo, salió del círculo y caminando tranquilo me cogió del brazo, con la fuerza justa para detenerme, pero no como para tratar de hacerme daño. Lo conocía de vista, pero nada más. Era un joven que mediría ya un metro setenta, muy corpulento, casi llegando a gordo. Se me quedó mirando fijamente a los ojos con una expresión de calma y paz, completamente fuera de contexto para las circunstancias. Tenía la impresión de que nos conocíamos muy bien, pero no estaba la cosa para distracciones. Mi mejor amigo estaba tirado en el suelo como un trapo, y la profesora trataba de levantarse sin éxito entre sollozos y gestos de dolor. Entonces este muchacho habló, y, más que el qué, fue el cómo lo dijo.

—David, tranquilo. He venido a ayudarte. Relájate y deja que yo me encargue de esto. Javier no tiene nada grave. Confía en mí, todo va a salir bien, amigo mío.

Yo me quedé estupefacto. ¿Cómo ese chaval de octavo sabía quiénes éramos nosotros? Seguimos mirándonos a los ojos; él conservaba esa expresión sonriente. Su templanza me asustaba y a la vez me transmitía algo muy familiar. Relajé mi musculatura, e inmediatamente él liberó mi brazo. Con ambas manos, como un maestro samurái, le ofrecí la estaca de madera. Me sonrió y me dijo:

—No me hace falta.

Yo le dije:

—Por favor, ¡date prisa!

Su sonrisa se hizo más grande y asintió.

Entonces el casi gordo comenzó a separar a los muchachos del círculo con el mismo movimiento que el que bucea en una piscina. Se dirigió andando muy tranquilo hacia Jonatán; este se le quedó mirando y exclamó:

—¿Quieres ser el siguiente? ¡Montón de estiércol grasiento con ojos!

Él continuó caminando. Nuevamente dejó de pisar su cabeza, preparó sus puños en guardia y los orientó hacia nuestro inesperado amigo. Caminaba con los brazos relajados, las yemas de sus dedos apuntaban al suelo, como el que anda aburrido por una calle de tiendas. Todavía hoy recuerdo perfectamente el sonido del puño de Jonatán estrellándose en su cara; sonó igual que cuando das una palmada fuerte. Me extrañó porque en las películas suena más espectacular. Para la sorpresa de todos, ni se inmutó, ni tan siquiera pareció haberlo sentido; continuó andando con su media sonrisa.

Por primera vez vi el miedo en los ojos del cretino.

Con una voz muy seria amenazó al casi gordo:

—Si te resistes, será peor para ti.

Con su manopla le giró el rostro hacia un lado, sin golpearlo, pero con fuerza y velocidad. Su cuerpo parecía querer acompañar a la cabeza, a la vez que se negaba a abandonar su posición en guardia.

Finalmente, el cuerpo obedeció la posición imposible de sus cervicales y se giró, quedando su espalda contra su pecho. Su antebrazo derecho apretaba fuertemente la nuez de su garganta y con la mano izquierda empujaba su cabeza hacia delante, como si la barbilla tuviera que tocar su clavícula. Trató de luchar para despojarse de la opresión, mientras el casi gordo le susurraba al oído:

—¡Shhhhhhh, shhhhh!

Perdió el conocimiento, y lo acompañó posándolo con cuidado en el suelo. Todos estábamos boquiabiertos. Se puso de rodillas al lado, y comenzó a mover su cuerpo inanimado e inerte. Lo colocó de costado, adelantó su pierna y brazo derechos, situando el envés de su mano bajo su cara.

Parecía dormir plácidamente.

El fuerte estruendo del portón llegando al límite de tolerancia de sus bisagras retumbó como una pequeña bomba que anunciaba la llegada de la caballería. Los profesores, entre ellos don Antonio, observaban la estampa, se miraban mutuamente, como si no supieran muy bien qué hacer. El profesor de Sociales, don Alberto, se apresuró a poner la cabeza de Javier sobre sus muslos, gritando al aire:

—¡Traed agua! —Al tiempo que abofeteaba sus mejillas.

Don Antonio ayudó a incorporarse como pudo a la Esmirriada, pero aún no se encontraba con fuerzas para mantenerse en pie. Corrió hacia la jefatura de estudios, regresó dos minutos después e informó a los demás profes de que las ambulancias venían de camino.

El conserje, don Emilio, corría con su manojo de llaves hacia la puerta de salida del colegio. Siempre salíamos y entrábamos por ese acceso, pero al ver las dos hojas de esa puerta de metal abiertas, entendí que estaba diseñada para vehículos.

Pronto sonaron los acústicos de las ambulancias, cada vez con más fuerza, avisando de su proximidad. Sin ningún cuidado, subieron el pequeño escalón a toda velocidad y las dos ambulancias se balancearon como barcos en el oleaje. Se bajaron varios

operarios con unas enormes mochilas cuadradas y azules, y a toda prisa atendieron a los heridos del pequeño caos generado por el chungo del cole.

Afortunadamente, no fue para tanto, pero, aun así, también llegó un coche desconocido a gran velocidad. A todos nos pareció extraño. Era un Peugeot 405 azul oscuro; su interior albergaba a una pareja, hombre y mujer, con el semblante muy serio. Se acercaron a hablar con los profesores. El señor de bigote masticaba el palo de un chupachups, era tan alto como un castillo y grueso como un roble, y su expresión era muy observadora. Ella, delgada, más joven, vestía pantalones vaqueros de campana y camisa verde oscura, cuyo contraste con su pelo rubio y liso resultaba muy llamativo. Ambos se interesaron por lo sucedido, y pronto todos descubrimos quiénes eran cuando don Antonio se dirigió a ellos.

—Buenos días, agentes. Disculpen que les hayamos hecho venir, pero desde hace un tiempo somos incapaces de mantener a este joven bajo control.

—No se preocupen, estamos aquí para ayudarles.

—Este chico parece incorregible; su comportamiento es cada vez más violento e impredecible. Somete a los muchachos a través de la intimidación amenazante y en casos como el de hoy, mediante agresiones físicas; infringe todas las normas del centro.

—Me va a permitir… Debo entrevistarme con el responsable sanitario, para evaluar primeramente los hechos, y a continuación necesito hablar con todos los adultos testigos, si es posible en presencia del director del colegio.

La policía había tomado cartas en el asunto y hablaban de algo sobre una exploración a un menor. Mi amigo Javier había recobrado el conocimiento, pero todavía andaba algo aturdido, aunque aliviado de que hubiera pasado todo. Me contó que me estaba esperando junto al portón de madera, frotándose las manos para entrar en calor. Entonces Jonatán y sus secuaces se acercaron a él. Uno de ellos era de una clase cercana, y en tono desafiante le preguntaron:

—Primo, ¿ha sido este el que te ha pegado y te ha robado la chupa? —dijo chascando los dedos.

—Perdona, pero yo no he hecho nada de eso —aseguró asustado.

—¿Qué pasa? ¿Nos estás llamando mentirosos?

—¿Ha sido este piltrafa? —preguntó Jonatán, gritando al muchacho que estaba en su curso.

El joven se quedó mirándolo a los ojos, como disculpándose por lo que estaba a punto de suceder, mientras Javier, ojiplático, hacía sutiles señas de negación, de súplica. El muchacho bajó su mirada, avergonzado, y exclamó:

—Sí, primo, ha sido este.

—¡Te vas a enterar, cabrón!

El pobre de Javier, como yo, poco acostumbrado a estas cosas, corrió hacia la Esmirriada, que en ese momento fumaba un cigarro tan lánguido y estirado como ella, mirando al exterior del colegio, como soñando anhelos de libertad. Y el resto, bueno, pues ya se sabe.

Jonatán no volvió nunca al colegio; se lo llevaron a un reformatorio muy cerca de Oviedo, Sogrande, o algo así se llamaba. Con el tiempo, nos enteramos de que sus padres, ambos enganchados a las drogas, no le daban de comer ni le vestían. Debía

buscarse la vida. En casa le obligaban a robar en El Corte Inglés, para sufragar su consumo de drogas, y si no obtenía la cantidad necesaria sufría las palizas constantes de su padre, el cual le golpeaba a placer con un calcetín lleno de piedras o con la correa del cinturón. Supongo que la violencia solo genera más violencia, que a veces los monstruos son fabricados, y que no todos eran tan afortunados en la vida como Javier y yo. Con el tiempo, uno no puede evitar recordarlo con cierta lástima. Se convirtió irremediablemente en una víctima de sí mismo y su contexto. Javier nunca le guardó rencor, pero egoístamente todos nos alegramos de no tenerlo cerca.

Don Antonio era un profesor excepcional. Tenía una forma muy particular de impartir sus clases: tan pronto era extremadamente exigente con los estudios como que otro día nos enseñaba a jugar a la peonza en clase, como que contaba chistes andaluces. Pero, por encima de todo, nos hacía sentir mayores, porque en ocasiones como esta era transparente, justo e íntegro. Él nos explicó toda la desgracia que rodeaba a Jonatán, lo mucho que había tratado de ayudarle en vano y su sentimiento de fracaso sobre el asunto.

Pero imagino que, como siempre, la vida sigue. Lo que a Javi y a mí nos tenía en ascuas era el compañero de octavo que nos ayudó. ¿De qué nos conocía?, ¿por qué nos ayudó?, ¿y por qué me resultaba tan familiar?

El *mozu* nos ignoraba. Nosotros le mirábamos fijamente, pero en el patio él iba a su bola, con los chicos y chicas de su clase. Se le veía estudioso, porque se llevaba los libros al recreo y también parecía que ayudaba a sus compañeros en sus dudas. No le oíamos, pero se le veía gesticular con las manos, dando explicaciones, mientras sobre sus rodillas, en una carpeta, escribía cosas. Recientemente, había adquirido mucho protagonismo por lo sucedido, y aunque no parecía el prototipo de muchacho atractivo, durante un tiempo bastantes chicas le saludaban y sonreían con miradas coquetas.

Yo tenía mucha curiosidad y no lo pude evitar. Tenía que hablar con ese tipo, así que Javier y yo nos acercamos a él.

—Hola. Perdona que te molestemos. Solo queríamos darte las gracias por lo que hiciste y decirte que estamos en deuda contigo.

—No os preocupéis, no fue nada. Yo me llamo Carlos, ¿y vosotros?

Aquí me quedé muy descolocado. Javier y yo nos miramos extrañados. Dudé de mí mismo, de mi memoria y mi recuerdo. Pálido y avergonzado, tardé unos segundos en responder.

—Yo me llamo David, y este es mi mejor amigo, Javi.

—Encantado, chavales.

—La verdad es que me dejó sorprendido tu tranquilidad con Jonatán. Nadie le había hecho frente, y menos así.

—Es que hasta tercero hice judo. Será por eso.

—Supongo que por eso no quisiste el bate.

—¿Qué bate?

—El de béisbol, de los Raros.

—Ah, sí; es que me quedaba un poco lejos.

Pues ya me estaría volviendo loco si no fuera porque algunos compañeros de mi clase me vieron coger el palo, y ofrecérselo a él. En fin, no sé.

—Bueno… En todo caso, estuviste genial, y decirte que aquí tienes dos buenos amigos para lo que necesites.

Y los dos le dimos la mano. Me llamó la atención que lo notaba muy distinto. Carente de esa seguridad en sí mismo que tanto me había impresionado. Me estrechó la mano, pero fue como si la dejara muerta y débil, tuve que regular la intensidad de mi apretón porque inconscientemente me pareció que pudiera hacerle daño.

Yo no paraba de pensar en por qué Carlos, el casi gordo, no se acordaba de ningún detalle, por qué en el momento de la pelea nos llamó por nuestro nombre y ahora nos tuvimos que presentar. Por qué su rostro no tenía marca alguna del puñetazo que se comió, y por qué no recordaba nada de la estaca que le ofrecí. Definitivamente, nada tenía sentido, pero quizá la adrenalina del momento y la situación de estrés nos provocó a todos un falso recuerdo. No le quise dar más vueltas; dentro de la gravedad, todo salió bien y ahí se quedó la cosa.

El otoño iba pasando y el invierno llegaba muy crudo ese año. Nos parecía increíble poder ver los charcos del patio congelados. Algunos árboles completamente desnudos parecían resistir el frío con una chispa de vida latente. Como todos los años, las Navidades pasaron otra vez, en esta ocasión con la triste ausencia de mi padre, que se encontraba en altamar.

- *ANDRÍN, AÑOS 1991-1995*

Cada vez sus campañas eran más largas; el capitán y él a menudo discutían sobre las dificultades del negocio. El sector de la pesca pasaba por muy malos momentos; trabajar en la mar se terciaba prácticamente antieconómico, insostenible.

Mi padre trataba de convencer al capitán de otras opciones para con el barco y la tripulación, pero testarudo, y a un año escaso de jubilarse, no quería nuevos cambios, nuevos riesgos, nuevos desafíos. Cansado, pero consciente de la situación, su capitán le propuso traspasarle el negocio. Era extraño de imaginar: el capitán Jemy y su barco, El Beluga. Estar en segunda línea de batalla supone mucho trabajo, pero al final siempre uno se puede escudar en un superior. Pero si aceptaba no tendría en quién protegerse, en quién apoyarse cuando algún marinero pidiera explicaciones sobre las órdenes. Antes era fácil decir «porque así lo manda el capitán», pero ahora él sería el mandamás, el responsable de todas las decisiones importantes en la mar.

Ser capitán no es solo un puesto de mando, no es un trabajo cualquiera. La vida de cada uno de sus hombres está en sus manos. En muchas ocasiones, hay que elegir entre permanecer en un puerto amarrados a la espera del paso de un temporal, perdiendo ingentes cantidades de dinero, o arriesgar y luchar en la tormenta por ganarse el pan, confiando en la protección de Dios y la Virgen de la Barquera.

La responsabilidad y los riesgos asustan, y en cuanto llegó mi padre, a finales de enero, habló con su mujer. Le explicó los pros y los contras, y mi madre, fiel a mi padre y a sí misma, aceptó ilusionada la oportunidad como una bendición caída del cielo.

Al poco, mi padre se encontró como capitán de un barco pesquero, en una de las mayores crisis del sector. Una tarde, reunidos todos en casa con mis tíos, mi padre nos

explicó la situación.

—Ahora mismo, el mundo de la pesca se va a pique. Está dejando de compensar faenar porque los beneficios son casi inexistentes. Una vez quitados los gastos del fisco, Seguridad Social, reparaciones, gasoil, aparejos, etc., apenas queda nada, y no estoy dispuesto a despedir a ninguno de mis hombres o sobrecargarles de trabajo, que ya de por sí es duro e inclemente.

—¿Y cuál es tu idea, Jemy? Porque a mí con las vacas me está pasando algo muy parecido, ganan más los intermediarios que yo, y sin hacer nada.

—El cambio, el riesgo y la apuesta son la clave.

Mi madre y mi tía escuchaban con atención la conversación de los hombres, dispuestas a intervenir también en cualquier momento.

—No quiero ser negativo, pero ¿y si ese cambio sale mal?

—Dadme un momento, os voy a explicar una situación muy reciente. Detroit, una de las mayores ciudades de Estados Unidos, estaba especializada en la fabricación de vehículos americanos, gigantescos titanes de asfalto, coches de gasolina de motores enormes y consumos desmesurados. Aparatosos turismos de más de cinco metros de largo, difíciles de aparcar y caros de mantener. Fabricantes como Ford o General Motors no han sabido reaccionar para mantener su producción, su ritmo de trabajo. Y, aunque el sentimiento patriótico de los americanos es exagerado, el ciudadano corriente se ha decantado por los modelos japoneses, mejor diseñados, con más espacio interior, motores más eficientes, consumos irrisorios, fáciles de aparcar, más fiables y asequibles.

»Los fabricantes americanos, viendo lo que se les venía encima, no han sabido reaccionar, no han entendido la evolución del mercado, no han arriesgado y se han conformado con seguir haciendo lo mismo. Ahora, Detroit es etiquetada como la ciudad más peligrosa de todo el país, infestada de crimen e incendios intencionados. Miles de familias obreras huyen de ahí por la ausencia de empleo. Los estudios de Hollywood ruedan películas de catástrofes y zombis en los cientos de casas y calles abandonadas, sin luz ni servicios, donde la naturaleza reclama su espacio apoderándose de la ciudad y arrojando una imagen apocalíptica.

—¿Y qué tienes pensado hacer?

—Pues, he pensado meter El Beluga al astillero y primeramente revisar todo el casco, y, segundo y más importante, hacerle una drástica transformación a embarcación de transporte. Ya puestos en un crédito, pedir un poco más no cambiará mucho las cosas.

—Continúa.

—A lo largo de estos años, he conocido a las personas indicadas para dedicarme a esto, y aprovechando la ventaja de rompehielos de El Beluga, podré abastecer a las poblaciones del Atlántico Norte de naranjas, vino, aceite, alpargatas, todo lo que cualquier productor español quiera exportar.

—Bueno, Jemy, ese es tu mundo, eres tú quien se desenvuelve en él. Si lo tienes tan claro, adelante, cuentas con nosotros para todo lo que necesites.

Y ambos se estrecharon la mano, como si de un negocio se tratara. Ese apretón significaba: «Estoy contigo, no estarás solo, tu familia te apoya y nuestro optimismo te acompañará en esos viajes».

Para celebrarlo, mi padre y mi tío se fueron a por un buen lechal, lo trajeron a casa,

prepararon la barbacoa del patio; y aunque bien sabe Dios que hacía un frío de muerte, los dos con una cerveza en la mano se reían y agitaban la carne como si estuvieran en un *camping* de verano.

Recuerdo con claridad aquella noche, en el cenador exterior, rodeados de árboles, olor a plantas y de vez en cuando la brisa marina. Los bichos y búhos haciendo su vida; las mujeres y yo cerca de las brasas para no coger frío; y los hombres, un poco perjudicados por las cervezas, haciendo el ganso, recordando viejas anécdotas y contando chistes sin parar. Cené tanto, y era todavía tan pequeño, que me quedé dormido en el regazo de mi madre, y, como por arte de magia, desperté al día siguiente perfectamente arropado en mi cama y con el pijama puesto.

Mi padre se centró de lleno en su idea. Trataba de ser discreto, pero la ilusión era patente en su rostro. Cada tres días se acercaba al astillero y verificaba todos los cambios. Siempre hablaba de un ingeniero que era el que llevaba a cabo la parte teórica de las modificaciones. Recuerdo que discutía con él, llegaba a casa y se jactaba de que el ingeniero no sabía para qué eran algunas modificaciones, y al explicárselas se quedaba sorprendido por la creatividad del lobo de mar. Su idea era aprovechar cada centímetro cúbico para carga, pero la disposición debía permitir, en caso necesario, que ese mismo espacio fuera ocupado por contenedores marítimos, haciendo rápidos los procesos de carga y descarga. A la vez, y junto con el ingeniero, habían diseñado un sistema de puertas neumáticas que al abrirse pasaba de la mencionada estibación cúbica a carga a granel, aprovechando toda la superficie cóncava del navío y colocando automatismos para el anclaje de los *containers*.

Además, añadió grúas para carga y descarga autónoma, aumentó el tanque de combustible, amplió un poco la zona común de la tripulación y renovó los camarotes, reforzó el casco, revisó toda la mecánica y adaptó el motor a las duras condiciones del norte con anticongelante más potente, baterías auxiliares, manguitos y tuberías de mayor grosor, más iluminación y un esquife cerrado de salvamento hermético con calefacción, bengalas y provisiones. Solo el esquife le costó catorce millones de pesetas, pero mi padre pagaría más dinero por no tener que usarlo nunca.

Finalmente, a comienzos de julio ya estaba todo terminado y para mediados de mes ya tenía su primera carga programada. Debía transportar cuatro vehículos todoterreno, un contenedor con electrodomésticos, otro con muebles, un cargamento de botellas de vino tinto y un contenedor cisterna con productos químicos; y, con todo eso cargado, el barco casi no llegaba a la mitad de su capacidad. Por eso en la costa de Francia debía recoger más mercancía, harinas y cereales, todo con destino a un proveedor de las islas Feroe. Mi padre estaba contentísimo con su nueva apuesta, y todo iba saliendo a pedir de boca.

Por otra parte, yo ya estaba disfrutando de mis vacaciones y, como le prometí al profesor don Antonio, aprobé todo con sobresalientes. Sin estudiar. Sin centrarme. Sin esfuerzo. El tiempo siguió transcurriendo y mi aburrimiento no hacía más que crecer de curso en curso. La cosa no mejoró al pasar al instituto. Javier ya no estaba conmigo, se tuvo que ir con sus padres a Sevilla; cosas de trabajo, me dijo. Tuve que personarme en esa aula repleta de chicos desconocidos que, sin ninguna razón, me miraban como a un empollón reservado. Reconozco que las clases se me hacían largas y pesadas, y los únicos compañeros que se me acercaban lo hacían por el interés, para que les

explicara dudas sobre trigonometría, física o dibujo técnico.

Ya no era como en el colegio. Los profesores no nos conocían apenas, ni lo pretendían. Aulas grandes repletas de jóvenes estudiantes, tomando notas y presentándose a los exámenes. Pruebas y resultados, nada más. Si faltabas a clase, nadie pasaba lista; y si te colabas en otra nadie se daba cuenta. Y las Navidades pasaron otra vez, luego la Semana Santa, el verano; y otro curso se diluía, solitario y anodino. Mi madre se preocupaba por mí. Mi soledad la tenía en ascuas, y una parte de ella necesitaba cambiar las cosas, de modo que ese verano me apuntó forzosamente a un campamento de verano con chicos de mi edad.

Mis padres todavía se estaban recuperando de la inversión en El Beluga, pero con la ayuda de mis tíos tomaron la decisión de obligarme a ir de vacaciones. Le dieron un listado de dos páginas con todas las cosas que debía llevar: saco de dormir, esterilla, linterna, cuerda de diez metros, silbato, brújula, bañador, chubasquero, etc. Yo no sabía si me iba de vacaciones o me mandaban a la guerra, pero la verdad es que el hecho de ir rodeado de muchachos desconocidos al interior de la Península me suscitaba un extraño deseo, pero también pánico.

CAPÍTULO 5. **LA REVELACIÓN**

- *PROVINCIA DE ÁVILA, AÑO 1995*

En clase estudiábamos sobre el papel la geografía de todo el territorio nacional, mapas físicos y políticos, pero viajar por carretera e ir pasando por todos esos lugares es algo muy distinto.

El campamento se situaba en la provincia de Ávila, concretamente en un pequeño pueblo llamado Arenas de San Pedro. Mi madre, consciente de mi falta de entusiasmo, forzó mi viaje con la insistencia de mi tío.

Alguien le dijo que yo era un superdotado. Que en estos casos era frecuente un déficit de atención en clase porque al resultar todo tan simple se perdía el interés, y eso se extrapolaba al resto de las facetas de la personalidad. Otros le dijeron que seguramente padecía una extraña enfermedad llamada síndrome de Asperger. El afectado suele mostrar unas virtudes extraordinarias para el uso del lenguaje, las matemáticas y conceptos abstractos. Eso-eso está muy bien, de no ser porque me estaban llamando autista. Ni que fuera Rain Man, contando palillos y cartas.

Se supone que este diagnóstico a vuelapluma, otorgado sin ninguna garantía, especulado y sin confirmar por un psicólogo, no debería ofenderme, ya que personajes históricos y destacados, como Isaac Newton o Albert Einstein, padecieron este síndrome.

Ciertamente, pues sí, lo reconozco, era un poco reservado, pero tampoco mostraba una personalidad estrictamente hermética. No era el chico más divertido del mundo, pero empezó a despertarse en mí un gran apetito por algunos deportes.

Mi tío y mi tía siempre hablaban de hacer una ruta por la mitad sur del país, y mi viaje a Ávila era la excusa perfecta para escaparse. Ellos habían insistido a mi madre para que los acompañara, pero ella decía que no podía estar todavía más lejos de mi padre.

El autobús del campamento salía a primera hora del día 5 de agosto de aquel año 95 desde la céntrica plaza de Atocha de Madrid. El viaje fue una pasada, y casi anocheciendo nos recibió la inmensidad urbana de la capital. Hicimos noche en un pequeño y cómodo hotel cercano al parque del Retiro, y al día siguiente, después de desayunar rodeados de hombres de negocios trajeados, caminamos cuesta abajo, hacia Atocha, siguiendo las indicaciones de la recepcionista del hotel.

Eran las nueve de la mañana, y la acera estaba repleta de chavales con macutos gigantes y familiares por todos lados. El autobús estaba custodiado por unos pitufos, nos dijo un monitor. Yo pensé que me estaba bromeando, como si fuera todavía más crío. Al tiempo entendí que era así como apodaban a la Policía Local de Madrid, ya que vestían con camisa azul claro. Desde luego, las jergas autóctonas podían ser una barrera.

Todos llevaban unas mochilas profesionales y gigantes, parecían marchar al Himalaya. Yo, en cambio, llevaba un petate que le dieron a mi padre cuando hizo el

servicio militar. En realidad, era un saco de color verde con unas anillas en su extremo superior que para cerrarlo un pasador se introducía por ellas y abrochaba con un mosquetón. Todo iba dentro, no como los demás, que se veía que sus cantimploras y utensilios tenían su lugar perfectamente medido y diseñado para su correcto transporte. Yo a su lado parecía el pequeño hombre del saco.

Mis padres habían invertido cada peseta que tenían en el proyecto del barco y no iba yo a andarme con remilgos. Estuvieron a punto de vender el coche y ya me parecía raro que pudieran llevarme de campamento. Y es que mis tíos colaboraron para que yo no sufriera el tremendo esfuerzo familiar.

Andaba por el pasillo del autobús. Por vergüenza, me quedé de los últimos en subir y miraba a todos lados dónde podía sentarme. Llegué hasta el final del bus y tuve que regresar para sentarme en el único asiento libre. Pegado a la ventanilla, había un muchacho tan flaco y escuchimizado que sus ojos parecían el doble de grandes de lo normal.

—Perdona, ¿está ocupado?

—No, siéntate aquí.

—Hola, ¿qué tal? Soy David.

—Hola, yo Mario, pero todo el mundo me llama el Picueto. ¿De dónde eres tú?

—Soy de Asturias, ¿y tú?

—Yo soy de Albacete. ¿Sabes si se tarda mucho en llegar?

—Mi tío me ha dicho que unas dos horas.

—Estoy deseando llegar para empezar las vacaciones.

—¡Y yo!

Enseguida me cayó genial el muchacho. Reconozco que, de primeras, pasé de largo en el autobús, pero fue toda una suerte conocerlo.

Hay que ver lo que dos horas de viaje puede hacer en el paisaje. De pronto parecía que estaba de nuevo en casa, solo que no era tan verde y el sol brillaba con fuerza durante casi todo el día. Los monitores eran divertidísimos, nada serios, pero por mucho que me lo decían yo no me acostumbraba a llamarlos por su nombre, y siempre se me escapaba un «profe». El campamento era precioso; me recordaba al fuerte de Playmobil que tenía Javier y que tantas horas de felicidad nos había dado pocos años atrás. Había una muralla hecha de troncos sin ramas, todos colocados verticalmente y hundidos en el suelo casi un tercio de su longitud. En el interior había algunas construcciones hechas en ladrillo, pero la mayoría eran casetas de madera, también hechas con troncos dispuestos de manera cónica; los llamaban tipis, por su semejanza con las tiendas que utilizaban los indígenas americanos.

El primer día fue todo instalarnos, colocar los cacharros de higiene y dejar la ropa en el macuto. Allí no había armarios. Nos dijeron que extendiéramos las esterillas en el suelo en forma circular. En cada tipi éramos un total de seis chicos. Las chicas dormían con chicas, y los chicos, pues… con chicos y arañas.

Nos dijeron que aquel lugar era una instalación militar, que a veces la usaban de paso en las marchas de los soldados. Solo sé que, aunque con bichos en la cabaña, nuestro campamento era muy bonito. Pronto nos dieron un sándwich para abrir boca y nos dijeron que nos vistiéramos rápido con ropa de baño, que nos íbamos a las piscinas naturales.

—Oh, ¡no! La piscina no, por favor, es lo que peor llevo.

—Pero ¿qué te pasa?

—Pues, ¿no me has visto? ¡Que parezco el huesitos de la clase de Ciencias!

—¡Que no! ¡Estás estupendo! Vamos, date prisa, que no quiero llegar el último.

—Bueno, vale, pero ya verás cómo las chicas se ríen de mí, y no ligo con ninguna.

—A mí eso no me preocupa, las chicas me dan lo mismo.

—¡Ja! Eso es porque todavía no has besado a ninguna, ni te han hecho ojitos, ni te han escrito una carta de amor. Ay, amigo mío, qué te voy a decir a ti, pimpín… de mis puntiagudos huesos, si no entiendes nada del mundo femenino.

—Pues vale, sí, soy más inocente que una monjita; pero, *jodó,* date prisa en ponerte el bañador.

—¿Cuál te pondrías tú? ¿Este de flores rojas estilo hawaiano, para el joven desenfado y rebelde, o el psicodélico de rayas, cuyas rectas paralelas hipnotizan a las chicas de lado a lado?

—Tío, eres más pesado que una vaca en la pestaña. Y luego el raro soy yo.

—¡Necesito tu opinión! ¡Solo hay una ocasión para una primera impresión! Si vamos a ser amigos…

—¡El psicodélico! ¿Ya, contento?

—Mmmmmm, bien. Te haré caso y me pondré el de flores.

—Que te zurzan.

Desde luego, este muchacho tenía una pequeña tara. Para él las chicas era su única prioridad. Y yo, que ni tan siquiera me había fijado en ellas. Por eso en el autobús no hacía más que señalármelas con la mirada, poniendo esos ojos tan raros todavía más saltones y fuera de órbita.

Cada loco con su tema. Yo pensaba: «Pues yo a lo mío y ya está». El campamento se estaba convirtiendo en las mejores vacaciones de mi vida. Llevábamos una rutina relativa de actividades. Hacíamos de todo y cada día cosas nuevas: talleres de manualidades, senderismos, pesca, flora y fauna, clases de baile y canto, y lo mejor, las historias de por la noche.

Era una pasada escuchar a Germán, el monitor. Todas las noches, en derredor del fuego, contaba historias de todo tipo. Nos dejaba a todos embelesados. Ni la mejor película del mundo se podía comparar con sus relatos. Algunos de intriga, otros de risa, otros de miedo. Según empezaba la historia, podíamos adivinar de qué temática trataría tan solo con escuchar la melódica guitarra de Nieves, la monitora molona. A decir verdad, en el campamento no me quedaba tiempo para estar aburrido, y poco a poco, como todo lo bueno, se iba acercando el final.

Ya era el penúltimo día, y todas las intentonas del Picueto por seducir a las chicas habían fracasado. Él decía, sin embargo, que algunas de ellas no me quitaban el ojo de encima, pero la verdad es que yo no estaba nada interesado, y eso parecía enrabietar aún más a mi nuevo amigo.

Tuve que aprender lo que es el amor de la manera más extraña del mundo, para no perder la costumbre. Era mediodía y jugábamos sin parar en las piscinas naturales del río Arenal. Los trampolines, el puente y hasta la rampa de hormigón eran toda una experiencia de diversión. Yo, poco habituado a los rayos del sol, me había quemado levemente los hombros y tuve que comenzar a echarme crema. Hacíamos cola para

saltar desde el trampolín, y eso sí, el Picueto aprovechaba su delgadez para meterse entre los demás y avanzar por el linde del tablero, colándose una y otra vez. Él me precedía por delante. Antes que él, yo tenía otros cuatro chicos delante cuando saltó al agua, y volvió a emerger como un resorte, con una agilidad espasmódica. Nunca respetaba el orden de la fila y, claro está, pasó lo que tenía que pasar.

Yo estaba a punto de acariciar con mi rostro el trasero del muchacho de delante al subir las escaleras, todos allí apretados en fila. Escuchaba al Picueto por detrás murmurando entre todos:

—Ese es mi amigo, paso, paso, me está guardando el sitio, apartad, que voy, quita, quita, que voy con mi amigo.

Era un nervio pronto-prisa lleno de ansia, su cara todo un poema, hasta tenía el gesto de velocidad con los labios presionados y esos ojos saltones como huevos. Parecía que le iba a dar algo.

Ya más de uno le había calado, así es que, como suele suceder en estos casos, el que menos culpa tiene paga el pato. Hacíamos malabarismos los dos para poder caber en el tablero alargado. Alguien le empujó justo cuando estaba casi a mi lado y, como no podía ser de otra forma, el Picueto me empujó a mí, a su vez, para mantener la estabilidad sobre la plataforma. De manera que el que se pegó la leche padre fui yo.

Mis pies resbalaron hacia un lado, y todo mi costillar golpeó sobre el trampolín. La crema solar hizo que mi costado resbalara impidiendo que me agarrara. Al menos, estaba lo suficientemente adelantado para no caer sobre las rocas y el hormigón. Cuando emergí de las cristalinas aguas e intenté coger una bocanada de aire, mi cuerpo no obedecía, y cuanto más nervioso me ponía, peor. Parecía respirar por una pajita. Mi rostro pasó por todas las fases cromáticas del arcoíris; oía, sobre todo, a las chicas gritar con sus agudas voces nerviosas llamando a los monitores.

La primera en llegar al rescate fue Nieves. Sus manos calientes y suaves me colocaron sobre el suelo, sentado, me cogió la cara y me echó la cabeza un poco hacia atrás.

—Concéntrate en tu respiración, trata de relajarla y poco a poco tus pulmones se abrirán.

Fue como un truco de magia. En cuestión de segundos, el agobio cesó y mis inspiraciones pudieron ser más profundas. Yo me quería levantar, pero ella me dijo que todavía no era el momento, que debía reposar así un buen rato. Llegó Germán corriendo por el borde de la piscina. El resonar de sus chanclas golpeando sobre la superficie reflejaba su prisa.

No me gustaba ser el centro de atención, y por eso, aunque fuertemente dolorido, yo no paraba de decir que estaba bien. Nieves me dijo que debíamos ir a la enfermería. Era una caseta cuadrada de obras posada sobre el césped. La monitora llamó a la puerta, y mientras, yo miraba al suelo entre vergüenza y timidez. Una voz femenina nos recibió, ordenando que pasara solo yo, quedándose Nieves fuera del cubículo.

Estaba en medio de la sala, de pie, mientras ella me daba la espalda vestida con el clásico uniforme azul. Se preparaba cogiendo una pequeña linterna en forma de bolígrafo, y poniéndose un fonendoscopio al cuello. En las paredes de la caseta se podía ver una decoración mixta entre carteles del cuerpo humano, letreros oftalmológicos, dibujos a mano alzada, corazones de purpurina y fotografías de ella

abrazada con grupos de verano.

A este momento de mi vida lo llamo la revelación.

Me quedé mirando una de las fotografías donde salía la enfermera con más chavalas, todas poniendo cara de gansos; mi atención solo se centró en la enfermera, el resto ni tan siquiera era capaz de observarlo. Fue como pulsar un interruptor de la cocina. La luz quiere encender, pero comienza con algo tenue, para dar paso a intensos parpadeos de memoria, y tras unos segundos todo se ilumina con claridad.

De pronto recordé, en parte, quién era. Fue como si toda mi vida como David Fonseca se solapara con otros recuerdos, otras vivencias remotas. Otra persona, siendo yo mismo. Algo muy perturbador y difícil de asimilar. Me miraba las manos, reconociéndome, preguntándome a mí mismo: «¿Qué hago así?»; pero consciente de mi verdadera identidad. El efecto fue muy desconcertante. Volví a mirar la fotografía. Desubicado, quité la chincheta del corcho para ver la imagen más de cerca, cuando su voz me devolvió a la realidad:

—Venga, campeón, siéntate aquí, en la camilla.

Nervioso y asustado, me di la vuelta y al verla en persona las fuerzas me abandonaron. Mis piernas se doblaron en dos cayendo al suelo sobre las rodillas, y mis manos se apoyaron por inercia sobre los muslos. No podía levantar la cabeza; las lágrimas inundaban mi cara y caían sobre mi bañador como un grifo abierto. Le siguió una especie de arcada que me venía del pecho, no del estómago. No lo puedo describir mejor. Era mucha nostalgia.

Ella se apresuró a ponerse a mi lado y a abrazarme, diciéndome:

—¿Qué pasa, chico? Venga, cariño, tranquilo, sea lo que sea te vas a poner bien, cielo.

Levanté la mirada, vi sus grandes ojos verdes, su pequeña nariz respingona, su pelo liso y castaño recogido en una coleta y sus labios como los morritos de un pato. Para mí, el tiempo se detuvo en el reencuentro, en nuestra mirada cómplice, en el torbellino de la confusión, y, sin más, la besé. La besé con todo el amor del mundo, y me fundí con ella devolviéndola el abrazo, al tiempo que acariciaba su mejilla.

—Te he echado tanto de menos, Angie. —Se lo dije en inglés y ella me miró de nuevo.

Hubo unos segundos de silencio y, en un tono meloso y bajito, me dijo:

—No te entiendo, no hablo inglés y no podemos hacer esto, chico. No está bien —contestó sonrojada.

De pronto, en la puerta de la caseta de hojalata sonaron dos golpazos fuertes, como quien golpea con el canto del puño. Ella se levantó como un rayo, temerosa de que alguien hubiera visto lo que acababa de pasar, pero yo no podía dejar de mirarla encandilado. Qué mujer tan preciosa. Solté su antebrazo dejando resbalar mi diminuta mano, acariciando el envés de la suya. Nerviosa, me repitió que me sentara en la camilla. Ella tendría unos treinta años, faz juvenil. Sus dientecitos asomaban como los de un pequeño ratón, haciéndola parecer todavía más joven.

Aunque no era necesario, comprobó rápidamente que toda su ropa estuviera bien colocada y abrochada. La escuché tomar aire, y abrió la puerta. Era Nieves, la monitora, que esperaba fuera. Preguntaba por mí. La enfermera contestó:

—Parece que está bien, pero todavía me queda un poco. ¿Es de intercambio?

—Digamos que es… un chico especial. ¿Podría decirle que salga un momento? Será un minuto.

—Sí, claro —dijo casi tartamudeando.

Yo trataba de digerir todo lo que me estaba pasando. Nada cuadraba. La desesperanza se adueñaba de mí, para dar paso a la ira, a la impotencia, casi a la locura.

Nieves me hizo un gesto con la mano para que saliera, mirándome de forma inquisitiva, sin llegar a entrar en la caseta. No sé qué querría. En ese momento, me pareció la persona más inoportuna sobre la Tierra. Di un pequeño salto apoyado con mis manos en la camilla. Yo mismo me veía ridículo, descontextualizado. Mis ojos vidriosos y mi caminar arrastrado dejaban adivinar mi estado de ánimo. Nieves sonrió a la enfermera y le dio las gracias, prometiendo que enseguida me devolvería, cerrando la puerta tranquilamente.

De pronto, Nieves me cogió con fuerza por la espalda, de la camiseta, y me condujo hacia los enormes árboles que daban sombra al césped de la piscina. Casi agresiva, me empujaba, y yo apenas corriendo podía seguir su ritmo andando. Empecé a preocuparme.

—Nieves, Nieves, suéltame, ¿qué haces?

—¡Mírame bien, David! ¡Mírame a los ojos! ¡Mírame a los ojos y responde a mi pregunta! ¿Quieres morir? ¡Contesta! ¿Quieres morir?

Mi corazón latía a mil por hora; mi boca seca notaba las palpitaciones y el correr de la sangre me atizaba en la sien. La vista se puso un tanto borrosa.

—¡No! ¡No quiero!

—¡Dilo, dilo! ¿Qué es lo que no quieres?

—¡No quiero morir!

Entonces me soltó del cuello y Nieves comenzó a andar a mi alrededor, como pensativa, recobrando la respiración. Su caminar era muy distinto al de siempre; la sutileza femenina había desaparecido en ella.

—Mira, David, o Dustin, o como quieras que te llame. Ahora mismo tu vida y la mía corren un grave peligro.

—No entiendo nada, Nieves.

—Pero ¿todavía sigues pensando que soy Nieves? ¿No me reconoces?

—Lo siento, pero no. No sé quién eres y estoy asustado.

—¿No me recuerdas? Jonatán y el patio de tu colegio, ¿te dicen algo?

En cuanto me dijo eso, la vista empezó a darme vueltas. Era como si toda mi realidad se hubiese escapado como un líquido por una alcantarilla. ¿De qué sabía la monitora quién era Jonatán del colegio? ¿Por qué esa enfermera me recordaba tanto a Angie?

—Recuerdo la pelea —atiné a vocalizar con palabras rotas.

—Pues soy el mismo que te ayudó aquel día.

—Me acuerdo, siempre me pareció algo muy extraño. ¿Quién eres? —Soné temeroso.

—No es el momento de hacer preguntas, pero adivinarás que si estoy aquí, y ahora mismo, es porque tu situación es muy comprometida.

—No sé qué me ocurre. ¿Cuál es el peligro?

—Tu numerito con Alicia, la enfermera. Escúchame bien, te daré instrucciones

precisas y tú obedecerás. ¿Estamos de acuerdo? —Y repitió en alto—: ¿Estamos de acuerdo?

—Estoy de acuerdo. Seas quien seas, y vengas de donde vengas.

Lo que me estaba ocurriendo era inexplicable, pero también había un tañido familiar en ese encuentro.

—Mi existencia también corre grave peligro. Cada vez que, como ahora, ocupo un cuerpo, me vuelvo mortal. Sé que todo esto es mucha información de golpe, pero habrá tiempo de que lo entiendas. De que recuerdes. Yo soy tu protector, tu custodio, y mi deber es resolver la situación de peligro que tú mismo has generado, ¡insensato! ¡Métete esto en tu pequeña cabeza! Esa mujer no es Angie. Solo te ha recordado a ella, pero no lo es. Estás confundido.

—Bien, te escucho. ¿Qué debo hacer? ¿Y por qué estoy en peligro? —Sentía que me faltaba el aire.

—Te lo diré. Y, como te he dicho, las explicaciones te las daré más adelante, sin que mi existencia corra peligro a cada instante.

—De acuerdo —dije asustado.

—Antes de que Alicia se eche a dormir, debes hacer que su recuerdo no parezca tan especial, tan individual, tan característico.

—Correcto. ¿Y cómo lo hago?

—Eso, amigo mío, es asunto tuyo; ingéniatelas.

—¡Ayúdame! —supliqué.

—Créeme. Ya hago mucho más de lo que debo. Tengo que irme. Nos veremos pronto.

—¿Cuándo? —Oía más mi respiración que los sonidos que me rodeaban.

—Pronto. Mientras tanto, sé cauto con tu secreto. Nadie debe saber nunca, nunca jamás, lo que te está pasando. Si te equivocas solo una vez, puede ser tu fin. Si al despertar la enfermera tú no estás muerto, es que lo habrás hecho bien. Si fracasas, te estaré esperando.

En cuanto acabó la frase, la mirada de Nieves se quedó ausente. Estaba allí, rígida como los troncos de ese pequeño bosque. De su espalda comenzó a surgir una sombra alargada con aspecto humanoide, tan alta como un jugador de básquet. Brazos y piernas alargados, y el cuerpo fino como un espagueti. Su cabeza estirada, negra y oscura dejaba pasar la transparencia del bosque dibujando sus ojos con el fondo vegetal. Era una visión casi aterradora, si no fuera porque lo acababa de conocer, y, paradójicamente, lo sentía como algo mío.

Salió del cuerpo de Nieves como el que se quita un mono de trabajo. Alzó su mano en señal de saludo y se desvaneció como el humo de un puro en el aire.

Cogí de la mano a Nieves, observándola a ver si volvía en sí, mientras elucubraba con denuedo el sentido de todo eso. Dudaba de mi propia cordura, y a la vez tenía pánico, porque en el fondo de mi ser sabía que yo siempre había sido distinto. Por primera vez en mi vida, y aunque pareciera una locura, me ofrecían una razón, una explicación a mis extrañas circunstancias. Y, por supuesto, yo quería conocerla. Como bien le dije a mi recién conocido y alargado amigo, yo no quería morir.

Nieves volvió en sí. Se quedó con la mirada desubicada durante un tiempo, reflexiva, parecía un poco preocupada, como si hubiera sufrido una ausencia. Luego me miró,

procurando centrarse. Me sonrió con la ternura de siempre. Y me dijo:

—Me he quedado un buen rato ensimismada, a veces creo que se me va la chaveta. Vamos a la enfermería.

Yo masticaba todo lo que me acababa de decir la silueta del bosque y caí en la cuenta de que, aunque no sabía la explicación, debía arreglar el entuerto antes de que Alicia se echara a dormir. Y entonces empecé a pensar. Pronto sería la hora de comer y quizá ella fuese de echarse la siesta. Entendí que debía resolverlo rápido. Y aposté todo a una sola carta.

Nieves se acercaba de nuevo a dejarme en la enfermería. Confusa, me dijo:

—David, es curioso, pero creo que esto lo he soñado.

No recordaba que apenas quince minutos antes acababa de llevarme al mismo lugar. Llamó a la puerta y, mientras oía acercarse los pasos de Alicia sobre esa frágil caseta, le pedí a Nieves si por favor podía agacharse un momento, que tenía algo importante que decirle al oído. Un secreto. Ella no dudo en complacerme, cegada por mi aspecto inocente y juvenil; movida por la curiosidad, se agachó a mi lado y susurré a su oído:

—Gracias.

La puerta se abrió, y entonces besé a Nieves con tanta pasión e intensidad que ella misma también pareció olvidar que se estaba besando con un muchacho de quince años. Cuando separé mis pequeños y finos labios de los suyos, se quedó mirándome de tal manera que parecía intuir que la estaba utilizando. Que de alguna forma me había descubierto y sabía que ella formaba parte de mi plan. Aun así, seguí adelante, decidido, y le dije lo preciosa y bonita que era, y lo mucho que me gustaba el sonido de su guitarra sonando en esas mágicas veladas de verano. Le di las gracias y pedí perdón por hacerla participe involuntaria en la desdicha. No entendió casi nada, porque se lo dije todo en inglés. Casi enfurecida, Alicia saltó.

—¡Maldito enano! ¡Casanova! Así es que andas haciendo esto con todas las mayores, ¿te parece divertido?

Nieves se incorporó y me acarició la cabeza.

—Eres un granujilla, David. David el rompecorazones, ¡ja, ja, ja! Di que sí, la vida es corta, y hay que disfrutarla.

En mis adentros, le daba la razón, porque si mi estrategia salía mal mi vida sería corta. Muy muy corta. Pero, al menos, nadie sospechó nada y mi plan había salido a la perfección.

Ahora solo cabía esperar, rezar y cruzar los dedos.

CAPÍTULO 6. **DE VUELTA**

- *PROVINCIA DE ÁVILA, AÑO 1995*

Evidentemente, la enfermera no quiso volver a atenderme. Le dijo a Nieves que si andaba derrochando amor y cariño, eso era señal de que estaba perfectamente. El grupo caminaba por el sendero, como hacíamos a diario para volver al campamento. Como siempre, el Picueto se puso a mi lado durante todo el trayecto. Corría para delante y para atrás, le quitaba la gorra a uno, luego se la devolvía, bebía agua de las cantimploras ajenas, se paraba a coger flores. Era un nervio inquieto.

Yo solo caminaba tratando de pensar en todo lo que acababa de recordar. Nada me encajaba como era debido. No me podía borrar de la mente la silueta alargada y oscura abandonando el cuerpo de Nieves. Si le dijera esto a alguien, me encerrarían de por vida y tirarían la llave al mar. En mi mente tenía la fotografía de Alicia; ahora esa imagen era fiel testigo de mi súbito recuerdo y del asombroso parecido con ese amor llamado Angie.

El Picueto, en uno de sus ires y venires, me vio cabizbajo. Como un relámpago se acercó. No se lo impedí. De algún modo, necesitaba hablar con alguien, aunque fuera un chiquillo.

—¡Hostia, tío! *Tas* muy triste, ¿no? Si quieres, te puedo llevar al amor de tu vida.

—Ojalá, Picueto, ojalá.

—¿Lo ves? Te lo dije, nadie escapa de las garras del amor. ¡Ja, ja, ja!

—Llevabas razón, Picu, toda la razón. —Soplé la frase con un suspiro triste e incomprendido.

—¡Pues claro! Las chicas son lo mejor del mundo. ¡Lo mejor del mundo!

A él le gustaban todas, pero todas, todas. Bajitas, gorditas, escuchimizadas, morenas, rubias, pelirrojas. A veces hasta me daba miedo porque siempre me repetía:

—Amigo, ¡a mí me gustan todas, todas y algunos!

Y se echaba a reír como un loco, mirándome fijamente y relamiéndose. Yo no estaba para bromas. Pero, aun así, me contagió su risa desenfrenada.

Empecé a convivir con una madurez que trabajaba a dos ritmos.

Según nos acercábamos al campamento, tratábamos de adivinar el menú oliendo desde la distancia. La cocinera tenía una mano increíble con la comida. Cada plato que cocinaba estaba delicioso, aunque fueran verduras. Pero ese día yo tenía el estómago cerrado. Estaba muy preocupado por lo que me dijo la sombra; y ahora se me mezclaba todo tipo de recuerdos en la cabeza, pretéritos y presentes. Estaba teniendo un verdadero debate interno.

Comí lo que me entró y marché al tipi a tumbarme un rato. No paraba de pensar en la enfermera. Allí, acostado meditándolo, me di cuenta de que efectivamente no era ella; se parecía muchísimo, pero no. Sin embargo, había provocado en mí el atropello de mis memorias. Recuerdos que, pensándolo con lógica, no eran de este tiempo. Eran

tan precisos que no podían ser imaginaciones mías, pero a la vez estaba hecho un lío. Va a sonar imposible, lo sé, pero lo voy a hacer igualmente. Me presento de nuevo, parcialmente, con lo que conseguí recordar.

Mi nombre es, o era, mejor dicho, Dustin Sanders. Nací en Filadelfia, Estados Unidos, el día 18 de septiembre de 1943. Sí, efectivamente, en el año 1943. Sé cómo suena. Crecí en la ciudad del amor fraterno, pero creo que mi familia estuvo viajando por todo el país siguiendo la estela de mi padre, sargento de los AA, siglas de All American, 82.ª *División Aerotransportada*. Afortunadamente, conseguí alejarme del mundo militar contradiciendo las intenciones de mi padre, y, animado por mi madre, estudié en la Universidad de Harvard, Massachusetts, tan de moda hoy en día. De ellos no guardo imágenes claras, por más que me he esforzado. El caso es que me especialicé en arquitectura neoclásica. Me entusiasmaba, y lo seguía haciendo, después de todo.

No soy capaz de recordar cómo o cuándo conocí a Angie. De lo que estoy seguro es que nuestra casa era preciosa. Vivíamos en una vieja fábrica cerrada y rehabilitada como vivienda, en Nueva York. Nuestro piso diáfano entremezclaba el estilo victoriano de la decoración y el toque industrial natural del inmueble, fusionándose a la perfección.

Nos encantaba cuando llegaba el fin de semana y desayunábamos tranquilamente. Los dos nos vestíamos según el plan y disfrutábamos del aire libre. Recuerdo nítidamente mi afición a las motocicletas y el motor. Teníamos aparcada una preciosa Harley Davidson en el rellano de nuestra planta. La dejábamos ahí porque el montacargas, único elevador de la finca, había conservado toda su originalidad y sentido útil. Recuerdo como si fuese ahora mismo cuando cerraba su verja de abanico para subirla.

Podría seguir contando cientos de detalles vívidos, pero la realidad es que ahora soy alguien muy distinto. Soy un muchacho de quince años, asturiano, hijo de un marinero, preocupado por saber si al día siguiente morirá y aparecerá en otro lugar, siendo otra vez una persona distinta, o sin acordarme de nada. Aunque pensándolo bien, quizá eso hubiera sido lo mejor.

Allí tumbado, en soledad, sobre mi esterilla, trataba de usar al completo mi capacidad analítica intentando vislumbrar una hipótesis plausible sobre lo que estaba viviendo. Obviamente, lo único que podría explicar todo eso sería una reencarnación; pero, aun así, no le daba explicación alguna a la aparición de la sombra visitante. Tampoco recordaba en absoluto mi muerte en la otra vida. No podía ratificar ningún dato objetivo sobre mi existencia pasada, y nada podía confirmar ni desmentir si todo lo que creía saber era real o producto de alguna sugestión alucinógena.

Se supone que era mi última noche en el campamento, y quizá también sobre la faz de la Tierra. Esa tarde estuve más distraído que un *voyeur* en una playa nudista, no me centraba ni prestaba atención a nada. La incertidumbre, y sentirme atrapado en ese pueblecito de Ávila, debiendo interesarme por actividades juveniles, me estaba dejando sonado de la cabeza. Pero, sin duda alguna, mi mayor preocupación era pasar la noche, y si el resultado fuera satisfactorio, volver a encontrarme con la sombra. Tenía mucho que preguntar.

Esa noche no pegué ojo; la pasé en vela. Con esfuerzo, tratando de hacer memoria de otros tiempos, otra vida, me obcecaba en retrotraer los alejados recuerdos de Angie.

Me gustaba tanto. La necesitaba tanto y estaba tan enamorado de ella que no paraba de preguntarme si estaría viva y de qué manera podría ir a visitarla.

Pero, claro, el visitante me dijo que nadie, nadie, nadie podía saber lo que me estaba pasando. Era todo muy complejo. Recuerdo el azul oscuro matinal al alba entrando por los maderos del tipi. Todos roncaban a placer; algunos de los muchachos incluso hablaban en sueños. Un nuevo día llegaba con los cantos alegres de los pájaros, y, en cambio, yo me quedé profundamente dormido como resultado del cansancio y de la vigilia nocturna. Creo que dormí menos de tres horas. Eran las nueve de la mañana y todos se apresuraban con una impaciencia inusitada a desayunar al cobertizo. Los chicos hablaban de disfrutar a tope del último día, porque a las ocho de la tarde salía de nuevo el autobús con regreso a Madrid.

Me dejaba llevar por la corriente adolescente, pero extrañamente, aunque casi adulto en mi interior, también sentía la contradictoria necesidad de divertirme y hacer cosas de críos. Analicé ese sentimiento, esa dualidad entre infantilidad y madurez, y mi escasa imaginación quiso concluir que se trataría de alguna ausencia hormonal, o algún proceso fisiológico propio de mi actual edad corporal.

Desperté del corto descanso y me sentí feliz de no perecer. Había superado la prueba y todo marchaba bien. Por última vez acudíamos a la piscina. Y desde la lejanía miraba la caseta donde estaba Alicia, sin decidirme a hacer nada. Cualquier paso en falso podría ser una metedura de pata, y todavía no sabía qué podía y qué no podía hacer. Muy a mi pesar, decidí no acercarme a la caseta y contemplarla de lejos, como el vestigio mudo de una semejanza cruel.

La tristeza se adueñó de mi estado de ánimo, mientras permanecía sentado en el borde de la piscina con la mirada clavada en la enfermería. Como no podía ser de otro modo, el Picu se encargó de sacarme de mi letargo arrojándome con todas sus fuerzas un globo de peseta lleno de agua. El líquido helado en contraste con el sol que bañaba mi piel casi hace que me diera un soponcio.

Me levanté a toda prisa y corrí a por él, que escapaba como una lagartija asustada. No pude darle alcance, y poco a poco se me pasó el enfado, así es que desde lejos le dije que le perdonaba, y cuando le tuve cerca, confiado, le agarré sorpresivamente por el cuello con el brazo izquierdo y con el puño estrujado comencé a frotar su cabeza fuertemente y a toda velocidad con mis nudillos. Era lo que se conoce con el nombre de hacer una Coca-Cola.

En paz y algo distraído, nos bañamos y disfrutamos de nuestro último día juntos, olvidándome casi por completo de todas las preocupaciones; y, por un espacio de tiempo, siendo simplemente David Fonseca, un chico de quince años. Cuando todos insistíamos a los monitores en quedarnos un poco más, yo miraba la caseta por última vez, esperando que Alicia saliera a estirar las piernas, a fumar si fumaba o a que le diera un poco el sol en el rostro. Pero nada, aquella frágil puerta no se abría nunca. Algo en mi interior me empujaba a aquella puerta de hojalata, a enfrentarme a mis temores y a desoír los peligros advertidos, pero no caí en la tentación.

Era la hora de irnos y rezagado me junté con el grupo, siendo el último de la marcha. Me despedí de esa piscina tratando de guardar su imagen en mi memoria, mirando insistentemente hacia atrás mientras caminábamos al campamento por última vez.

Esa última comida nos supo a gloria. Estaba claro que era un día muy especial,

porque el menú también lo era. Comimos de primero una ensalada campera, de segundo filete con patatas fritas, y de postre había helados y yogures de chocolate. La mesa estaba repleta de refrescos, de todos los sabores. Esta vez los monitores no nos mandaban sentar en los bancos ni nos impedían ir de lado a lado por el cobertizo.

Después de comer, tuvimos que preparar y recoger todas nuestras cosas para meterlas en el autobús. Nos sobraban un par de horas, así es que los monitores nos llevaron a unas ruinas cercanas para que viéramos el atávico estilo de vida de los antiguos residentes, y, por esta vez, sin compañía del fuego nocturno, nos contó una historia de amor entre dos jóvenes del pueblo. Un amor prohibido entre una hermosa señorita y un joven campesino, cuyas familias enfrentadas rechazaban su relación, escapando de la comunidad en busca de su destino, en busca de libertad, lejos del odio para pelear por su amor. Yo no sé si se las inventaba o qué, pero Germán tenía un talento especial para introducirte en sus pensamientos, siempre con las palabras acertadas; era un orador excepcional, y, contando aquella historia mientras señalaba las casas medio ruinosas, se hizo de nuevo la hora de volver al campamento.

Como broche final, la cocinera, siempre tan entregada, había hecho cinco tartas gigantes de varios sabores, que nos estaban esperando en el cobertizo como guinda de ese maravilloso, anecdótico y revelador viaje de verano.

Casi todos los muchachos abrazaban sin parar a Carmen, nuestra cocinera, por todo lo bien que se portaba con nosotros. Esa mujer gordita se había ganado el cielo poniendo tanto empeño y amor en lo que hacía.

Montamos en el autobús de vuelta a Madrid, cantando la canción del *Kumbayá,* mientras Nieves nos acompañaba con su guitarra. Hasta el conductor se unió al coro. Poco a poco, y como la primera vez que me acercaba a Madrid, el cielo se iluminaba en la lejanía con ese fluorescente color naranja.

El Picu y yo intercambiamos los teléfonos, que en aquel entonces solo eran domésticos con alargados prefijos, con la esperanza de volvernos a ver algún día. En la plaza de Atocha la acera estaba nuevamente repleta de familiares aguardando nuestra llegada.

Les dimos un fuerte abrazo a Germán y a Nieves. Los chicos lloraban de tristeza, conocedores del final de la aventura. Pronto el colegio y las obligaciones agrias ocuparían la mayor parte del tiempo.

Estaba encantado de volver a encontrarme con mis tíos, que también venían muy morenitos de su ruta andaluza. Josito había dejado el coche aparcado cerca del Scalextric que bajaba a Legazpi, que es donde los pitufos le dijeron que podía aparcar con mayor facilidad. Nada más verme, mi tía percibió que no estaba bien del todo; aunque sin flojear, insistí en que estaba perfectamente, que estaba triste por acabar esas estupendas vacaciones. Mi tío se quedó plenamente convencido; mi tía, un poco menos.

Metí otra vez en el maletero del coche aquel petate verde, ahora todavía más asqueroso y sucio; con la salvedad de que, esta vez, venía cargado de recuerdos impensables.

Pasamos la noche por segunda vez en ese pequeño pero confortable hotel. Daba gusto poder ducharse en un baño con tantas comodidades, y meterse en una cama tan bien hecha, con las sábanas limpias y firmes, dejándose llevar por el cansancio al

mundo de los sueños.

Al día siguiente, el olor a tostadas y café invadía los pasillos y habitaciones del hotel. Me lavé los dientes, me quité el pijama, y junto con mis tíos bajamos al salón para desayunar, atraídos por el dulzor de la pastelería. Aquello era autoservicio, así es que uno se sentaba en la mesa que más rabia le diera y se levantaba a coger todo lo que el mostrador ofrecía, al gusto.

Mi tía me preguntó qué quería, y yo insistí en prepararme mi propio desayuno. Llegué con una pequeña bandeja a la mesa, cargada de un plato con tostadas, mantequilla y miel, un vaso de zumo de naranja, un platito con huevos y beicon, y una taza bien llena de café solo.

Mi tío se sorprendió, y escéptico pensó que me había equivocado de bebida, haciéndose gestos secretos con mi tía para ver cómo reaccionaba al probar el café. Desde luego, yo ni tan siquiera pensé en ese detalle, para mí fue algo tan natural como beber agua cuando tienes sed. Mis tíos se quedaron sorprendidos al verme acabar la taza, y por supuesto, preguntaron. Yo escapé como pude con pretextos, de que deseaba hacerme mayor y tal, para disimular, pero me dijeron que no iba a volver a tomar café sin el consentimiento de mis padres… ¡ni que fuera un yonqui!

Quería quitarme de la cabeza el pensamiento del reencuentro con la sombra, cuándo y dónde sería, y me preguntaba el por qué tardaba tanto en venir. Estaba impaciente por las explicaciones prometidas.

Lo buscaba en la mirada de cualquier desconocido, para ver si era él.

CAPÍTULO 7. **EL VISITANTE**

- *MADRID-ASTURIAS, AÑO 1995*

Retornamos a Asturias por la carretera del norte. El norte, qué bien sonaba eso. Apoyado contra la ventanilla, disfrutaba con la mirada ausente el paisaje cambiante.

Al atardecer entrábamos ya en el pueblo de Andrín, nuestro hogar. Desde hacía bastante, la mezcla de olor a vegetación, tierra y mar nos daba su particular bienvenida. Estaba deseando llegar a casa y abrazar a mi madre. Mi tío la llamó por teléfono desde Aguilar de Campoo, donde seducido por el aroma a galletas no pudo resistirse a comprar unas cajas. De modo que cuando llegamos a casa la cena estaba casi lista, para que, reunidos, le contáramos todo lo que habíamos hecho durante esas dos semanas.

Era un tanto grosero presumir de vacaciones mientras la pobre debió quedarse sola y sin disfrutar de ellas. Por eso, mis tíos no ponían mucho énfasis en describir su ruta por las ciudades del sur, sus playas de ensueño, y el duro estilo trabajador y desenfadado de sus habitantes, siempre generosos en sonrisas y gracietas.

Agotado por el viaje en coche, después de ducharme y cenar, comprobé que mi cama y yo también nos habíamos echado de menos. Hice un esfuerzo titánico para abrirla y no tirarme encima sin más. Recuerdo dejarme llevar, como el que cae en una profundidad acolchada perdiendo todas sus fuerzas, atrapado por Morfeo.

Mis tíos y mi madre se quedaron en el salón, hablando sin parar y la voz grave de Josito resaltaba entre la de las señoras, pese a sus esfuerzos fallidos por bajar el tono. La luz anaranjada de la lámpara pasando por el quicio de la puerta era un bálsamo relajante añadido, como una luz quitamiedos.

Estaba en los confines de lo más profundo del sueño, cuando un sonido, agudo e intermitente, comenzó a tirar de mí, estimulándome el despertar. Era un resonar parecido a una puerta sin engrasar, más agudo y estridente. Lo oía, pero no podía definir su procedencia.

Finalmente, me despertó por completo. Miré a la izquierda el despertador de la mesilla, y marcaba las tres y treinta de la madrugada. Miré hacia el otro lado de la habitación, donde justo antes de caer rendido veía ese resplandor anaranjado. Solo vi oscuridad. Una luz tenue blanca, del alumbrado público, se colaba por mi ventana imprimiendo el trazo de su celosía entre los pies de mi cama y el suelo. Por el rabillo del ojo me pareció ver algo moverse, cerca de la puerta. Centré mi atención en la negra oscuridad sin dejar de escuchar ese molesto ruido, que poco a poco parecía más el frotar un tenedor en una pizarra. Me apoyé sobre mis manos para incorporarme reposando en el cabecero de la cama, adormilado. Y en ese momento distinguí su contorno claramente, inmóvil a los pies de la cama, tan alto casi como el techo; erguido y alargado parecía mirarme fijamente, aunque apenas se vislumbraba su silueta con la negrura de la noche.

Parpadeé repetidamente para tratar de adaptar mi visión. Por más que quería calmarme, el susto lo tenía en el cuerpo, y ese sonido afilado como la nota más delgada de un violín seguía retumbando en mis oídos.

Camuflado entre las sombras, lo vi moverse despacio hacia la luz de la ventana, revelando, por fin, la forma de su cuerpo alargado y sombrío. Ahí estaba, alumbrado por esa luz blanquecina y sutil que entraba por la vetusta ventana de mi cuarto. El mismo gesto, allí de pie, alzando su estirada mano derecha a la altura de su hombro, tal y como lo recordaba por última vez. Saludando, como si de un jefe comanche se tratase.

Caminó despacio y suavemente colocándose justo delante de la ventana. Parecía darme la espalda, pero no se apreciaba claramente la dirección de su cuerpo. El sonido iba cambiando por distintos tonos, y ahora estaba seguro de que su procedencia surgía de mi especial visitante. Yo permanecía inmóvil a la espera. Sin querer hacer ni decir nada, observaba atento, presa del terror, también de la curiosidad y de la fascinación. De pronto, le dio por sentarse al borde de la cama, y recuerdo que, aun así, mediría lo mismo que un adulto en pie. Ni el colchón ni el edredón se movieron lo más mínimo; caí en la cuenta de que su presencia no debía de ser tangible.

Ese sonido tan molesto comenzó a definirse como una voz lejana entremezclada con la estridencia. De pronto, diferencié claramente una frase con un tono grave y pausado:

—Si me oyes, dímelo.

De inmediato reaccioné, tembloroso, tartamudeante y recién levantado, murmurando:

—Te oigo, te oigo.

—Tengo un grave problema y te seré sincero, he venido porque eres mi último recurso.

—¿A qué te refieres?

—Te necesito. Necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? ¿Yo? —le dije, extrañado.

—En ocasiones como esta, mi capacidad es muy limitada. No tenemos tiempo que perder.

—Sé que estoy en deuda contigo; sé que eres bueno. Confío en ti, sombra.

—¿Sombra? Bueno, está bien.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Uno de mis protegidos está malherido, sufriendo y atrapado. Lo he intentado todo y no ha dado resultado. Necesito que vayas a ayudarle cuanto antes.

Ambos nos incorporamos en señal diligente; y, sin perder un segundo, me dirigí al armario, cogí las primeras prendas que vi y comencé a vestirme a toda prisa. Procuré no hacer ruido, para no despertar a mi madre. Por último, me calcé las deportivas, volví a ponerme en pie, y, con tono firme y en voz baja, dije:

—Ya estoy listo. ¿Dónde está y qué le ha pasado?

—Está detrás de la iglesia de San Juan, en Oceño. La encontrarás en el borde occidental exterior del pueblo.

—Jolín, sombra, eso está lejos de aquí.

—¿Has olvidado conducir?

Y en mi cara se dibujó media sonrisa.

—Entendido, cogeré el coche de mis padres.

—Aunque no me veas, tu intuición te dirá por dónde es. Confía en ella.

Y desapareció mimetizando su imagen en la oscuridad. Sigiloso y excitado, cogí la mochila y lo primero que eché fue la linterna que me llevé al campamento. En silencio total, pasé por delante de la habitación de mi madre. La vi descansar, durmiendo, plácida y profundamente. Me detuve unos segundos mirándola y enseguida continué. Sabía que el tiempo apremiaba, pero, por otra parte, a la vez, era consciente de que también hacía mal. Continué por el pasillo, cogiendo del perchero las llaves del coche, hasta llegar al baño que estaba a la entrada de casa. Cerré despacio la puerta, pero las malditas bisagras no podían guardar silencio. Opté por cerrar a toda prisa, antes de encajar la puerta con el pomo girado, y funcionó.

Abrí el armario y revisé que hubiera lo esencial. Metí en la mochila toda la caja del botiquín. Cerrar la cremallera fue todo un esfuerzo, entre los nervios, la presión y las prisas. Abrí la ventana de par en par y lancé la mochila sobre el césped. Me subí con cuidado apoyado en el retrete y salté hacia fuera. Cogí de nuevo la mochila, en cuclillas y encorvado, corriendo hacia el coche. Estaba aparcado en la calle, justo encima de la farola. Dejé dos piedras a la altura de la rueda del conductor, junto al bordillo, para marcar justamente el lugar en que mi madre lo tenía aparcado. El cierre centralizado sonó como un relámpago en una noche muda. Me dio rabia y no pude evitar vigilar a todos lados, preocupado de que alguien me estuviera observando.

Me subí en el coche con un peso en el estómago, tembloroso por seguir el impulso de mis dictados. Deslicé el asiento hacia atrás y coloqué mi mochila en la butaca de al lado, controlando mi respiración sofocada. Dejé mi puerta entornada para no hacer ruido y giré la llave en el contacto. El volante se desbloqueó y el tablero se iluminó de rojo. Sentía el corazón en la garganta. No era prudente arrancar cerca de casa. Solté el freno de mano, girando ligeramente la dura dirección hacia la derecha, separando la rueda del bordillo. El coche comenzó a caer sigilosamente por efecto de la gravedad. Alejado lo suficiente, metí segunda, solté el embrague pisando el acelerador y el coche despertó con un rugido tenaz. Cerré la puerta en marcha, me puse el cinturón y, sin tiempo que perder, empecé a conducir apurando las marchas, acalorado de nervios, excitación y prisas.

Serían las cuatro de la madrugada cuando crucé el pueblo de Caldueño a toda velocidad entre sus pronunciadas curvas. Como un *flash,* mi atención se centró en un todoterreno arrancado y parado detrás del último caserío. Me llamó mucho la atención por varios motivos. Estaba al pie de la carretera con las luces encendidas y, bueno, hasta ahí, correcto. El problema era que sobre el techo del todoterreno dos luces azules y permanentes lo decoraban pintorescamente contrastando con su carrocería bicolor, verde y blanca.

—¡Mecachis en la mar! —grité, mientras golpeaba el volante y maldecía mi suerte.

Como era de esperar, los agentes de la Guardia Civil no tardaron un segundo en activar los acústicos y sus lanzadestellos. En medio de la noche, del silencio más rotundo y sin previo aviso, una feria móvil inició mi persecución.

Por un momento, y como acto reflejo, levanté el pedal del acelerador. Miré por el retrovisor y me di cuenta de que, entre que arrancaron y quisieron coger velocidad, todavía les sacaba una buena ventaja. Todo aquello estaba mal. Yo nunca habría hecho algo así. Pero, en esta ocasión, debía hacer todo lo posible por escapar. Alguien

estaba herido y atrapado. Mi mente funcionaba a toda prisa, y concluí que eludir la justicia era un mal necesario en honor a un bien mayor.

Reduje a tercera y pisé a fondo el acelerador del Renault. Haciendo gala de su potencia, el motor del coche me sorprendió con un empujón en la espalda. No sé cómo, pero esos malditos guardias me seguían en la distancia; pasaba una curva y los perdía de vista, pero al llegar a una recta aparecían de nuevo con sus destellos azules, como perseguidores infatigables.

Ese Nissan Patrol parecía correr más de lo que debía; y los guardias, implacables, no desistían. Apagué las luces del coche para camuflarlo en la oscuridad aprovechando el gris de su pintura, con el propósito de que las luces rojas de posición traseras no revelaran mi posición. Fue inútil, no se veía un carajo, y al frenar antes de cada curva, las potentes luces de freno brillaban como un faro en la noche. Me veía atrapado por la ley. Dudé de mí mismo, de lo que estaba haciendo, de mis valores más profundos. Y, por primera vez en mucho tiempo, me sentí solo, fracasado y próximamente capturado.

—¡No frenes, no hay tiempo que perder! ¡Continúa, yo me encargo!

Esas palabras de aliento y ánimo retumbaron en mis oídos, reconociendo de inmediato la voz de la sombra. Subía por la serpenteante ladera de la montaña, y, por debajo de mí, casi en paralelo, sin poder distinguir el interior del vehículo policial, nuestras miradas de conductores se cruzaron. Entonces del cielo, extrañamente despejado, surgió una luz muy brillante del tamaño de una canica gorda. De pronto, esa luz se tornó más y más grande acercándose a los dos coches y aumentando su tamaño. Era una luz ovalada, de color blanco intenso. A su alrededor parecían rotar unos brillos celestes, verdes, violetas y rojos, era inconsistente. La luz se interpuso entre nosotros, y los dos, impresionados por la visión, redujimos la velocidad hasta parar. Las luces del coche de la Benemérita comenzaron a parpadear apagándose finalmente.

El todoterreno se detuvo, y yo también, absortos por la visión. Pude ver cómo los agentes se bajaban del coche con sus linternas en la mano, el conductor empuñaba además su pistola, y el copiloto caminaba perplejo mirando la luz de colores que no parecía sólida. Trataban de encender esas alargadas y toscas linternas, pero solo unos tímidos reflejos intermitentes surgían de ellas.

La luminaria levitaba junto a ellos, casi en contacto con el suelo. Debía medir unos ocho metros de diámetro. Mi visión aventajada en altura me ofrecía una clara perspectiva. Todavía asombrado, podía ver miles de colores en el interior de esa burbuja. De pronto, volví a escuchar muy alta su voz:

—¡Vamos! ¿A qué esperas? ¡Huye, huye!

Volví a meter primera y revolucioné al máximo la máquina, obedeciendo, dirección a la iglesia de San Juan. Nadie me perseguía esta vez.

Pasados pocos minutos y cruzados varios desvíos a todo lo que daba el coche, vi elevarse la luz de la superficie, alzándose en perfecta vertical, muy lentamente y desvaneciéndose como un fuego artificial. Deduje que fue una maniobra de distracción, muy efectiva, por cierto, de mi aliado.

Finalmente, llegué al lugar indicado. Cuando bajé con la mochila al hombro, un tenue olor a quemado, procedente del coche, me advirtió de que había abusado de él. Acaricié su capó y, al llegar a la altura de los faros, le di dos palmaditas. Recordé que

era un gesto que hacía en la otra vida. Era mi forma de agradecerle lo bien que se había portado.

A toda prisa, saqué la linterna. No quise dejar los focos encendidos para no llamar la atención de los guardias. A saber, cuántos estarían buscándome. Empecé a rodear la vieja iglesia. Allí no había nadie. Ya estaba en la parte de atrás y seguía sin encontrar a ningún herido. Caminé por el prado, iluminando el campo con la triste linterna, que ofrecía un humilde color ámbar repleto de rayas. Un animal de cuatro patas con la silueta de un perro permanecía en actitud vigilante hacia mí en lo alto de la pequeña colina. Había advertido mi presencia mucho antes que yo a él, eso era indudable. Seguí avanzando y pensé que era buena idea iluminarme a mí mismo con la linterna, como gesto de confianza, para que no me tomase por una amenaza.

A pocos metros, pude distinguir que no se trataba de un perro, sino que era un lobo. El color pardo de su pelaje encrespado, el caminar alargado de sus patas y su mirada indómita lo dejaron claro. Caminó hacia los árboles y la frondosa vegetación salvaje. Lo perdí de vista, pero seguí sus pasos adentrándome en su terreno.

El tintineo de un resonar metálico hizo que dirigiese la luz hacia el origen del sonido. De la nada surgió un lobo que se dirigía hacia mí con todas sus fuerzas. Detenido por la tensión de una cadena atada a su pata trasera, no logró darme alcance. Asustado, traté de retroceder cayendo de culo, arrastrándome marcha atrás apoyado en las manos y los talones. Un alarido estremecedor acompañó la tensión de la cadena. Otro lobo, el que me había llevado hasta este, patrullaba inquieto y alerta en derredor. Al escuchar su quejido, se acercó, como a tranquilizarlo, al tiempo que yo no podía dejar de mirar sus agresivos colmillos, su rostro violento, inclemente, sin pestañear un segundo, advirtiéndome de que de poder escapar de esa cadena yo sería carne picada.

Alumbré sus patas traseras, y una de ellas estaba empapada literalmente en sangre. Un cepo atrapaba su muslo derecho, mordiéndolo sin descanso. El otro lobo lamía la herida con actitud impotente. Su mirada triste y el hocico ensangrentado de la herida ajena era la viva imagen de la fraternidad.

Tuve que sentarme y esperar paciente durante bastante tiempo, mientras el animal salvaje cuya vida estaba en peligro hacía algún signo de calmarse. Pero no parecía terminar de confiar. De pronto, el otro lobo, que hasta entonces permaneció siempre alejado y ambulante, se acercó a mí.

Tenerlo tan cerca con su respiración acelerada, su fortaleza y, por qué no decirlo, su mala fama fue todo un ejercicio de autocontrol de impulsos. Mi cuerpo gritaba:

—¡Corre! ¡Corre!

Sin esperarlo, se tumbó a mi lado, apoyando su cabeza sobre mis piernas. Este lobo sabía que yo había venido a ayudarlos.

Poco a poco y contagiado por su compañero, el animal herido comenzó a relajarse, destensando la cadena y tumbando su cuerpo de costado en el suelo. Cauteloso, me acerqué a él. Su expresión era totalmente distinta. Como depredador debió de comprender que de ser mi presa ya habría acabado con su vida, o, al menos, lo habría intentado. No obstante, sus orejas, el abrir de sus ojos, su tensión muscular, todo en él dejaba claro que era un animal siempre alerta y en guardia.

Me acerqué a la trampa que lo tenía preso. Sentí un escalofrío al ponerme en su lugar, empatizando con su dolor. Entonces pude admirar su coraje, fuerza salvaje y

valentía. Acariciando su lomo, su resoplar empezó a ser cada vez menos frecuente. Le dije con la voz más dulce que pude poner:

—Esto quizá te duela, compañero.

Miré atentamente el diseño de esa trampa, y por ningún sitio presentaba algún dispositivo de apertura, manivela o seguro. Quedó claro que se trataba de un cepo de resistencia. Solo abriéndolo con fuerza o haciendo palanca, contrarrestando su tensión, podría liberar al pobre lobo.

Metí los dedos como pude entre los dientes de esa mandíbula metálica y con todas mis fuerzas traté de forzar su apertura, sin éxito. El lobo parecía darse por vencido, pero yo no. Empecé a pensar qué podía hacer con los recursos tan escasos que tenía a mi alcance. Pensé en mi ropa, el coche, piedras, todo. Y, de la nada, como un clic, mi mente obtuvo respuesta. Acaricié de nuevo la cabeza del lobo, le miré a los ojos muy cerca y le dije:

—Vuelvo enseguida, no te rindas.

Corrí hacia el coche todo lo rápido que pude, abrí el maletero y bajo el cubrerrueda cogí el gato.

Regresé sin aliento al lugar y a toda velocidad me quité las zapatillas. Casi a la fuerza y en cuestión de segundos, extraje los cordones. Até cada uno de ellos a ambos extremos del gato bien reforzado con varias vueltas e hice lo mismo con cada dentellada de la trampa.

Era el momento de la verdad. Comencé a girar la manivela del gato y la mordaza acompañó su apertura con una facilidad pasmosa. Allí descalzo, casi a oscuras y entre sombras y lobos, me sentí más feliz que en toda mi vida. El lobo sacó su pata en un movimiento reflejo, tratando de ponerse en pie sobre ella. Lo calmé de nuevo y le dije:

—Espera, que te cure un poco.

Abrí la mochila y saqué el botiquín. Separé el tupido pelaje para ver el alcance de la herida. Era un buen mordisco. Eché agua oxigenada a porrón, y las burbujas brotaron como una pastilla efervescente. Con todo el tacto del mundo, limpié la herida con una gasa y la regué en yodo. Empapé un buen trozo de algodón y con un vendaje compresivo se lo adherí a la carne que afloraba viva, lo aseguré con bastante esparadrapo, y dije:

—Ya está. —Y le di un cachete cariñoso, celebrando el final de la agonía.

El lobo se puso de pie y giró sobre sí mismo. Apenas cojeaba. Me pareció increíble su temperamento duro, fuerte y resistente. Acercó sus ojos a los míos, oliéndome sin parar, y me acarició con su cabeza restregándose por mi cuello. Pude ver que al salvaje animal le surgían lágrimas de los ojos, aunque ni un sollozo evocaba su voz. Estaba triste y agradecido al mismo tiempo. Así lo entendí yo. Le dije de nuevo:

—No ha sido nada, tranquilo. —Y aunque sabía que quizá no me entendería, añadí—: Dale las gracias a nuestro protector, él me ha traído hasta ti.

Alejado unos metros, el otro lobo parecía esperarlo, impaciente por abandonar ese lugar de peligro. Y ambos marcharon en la oscuridad del bosque, no sin darse la vuelta por última vez para mirarme.

Todo lo rápido que pude desaté los cordones y los puse de nuevo en las deportivas. Recogí el botiquín, lo metí en la mochila y miré el cepo, que sin el gato estaba totalmente cerrado. Encadenado al árbol, traté de arrancarlo, pero no hubo forma.

Desistí, pero lo lancé a las ramas quedando colgado de una de ellas. Corrí al coche, abrí el maletero, y la luz de este alumbró mis manos y camiseta ensangrentados. Me la quité, me limpié con ella las manos, coloqué el gato en su sitio y de nuevo me puse al volante. Miré la hora; eran las cinco y media de la madrugada. Tenía otra hora de vuelta a casa, y debía conducir despacio para no llamar la atención. Bajé ligeramente la ventanilla del coche y en la distancia escuché los aullidos libres del lobo.

Reconozco que me sentí orgulloso y me pareció que todo lo sufrido mereció la pena.

Regresé por Unquera, que es el camino circular opuesto a por el que vine, sorteando así los lugares por donde me persiguieron los guardias. Aliviado por llegar a casa, coloqué el coche en la marca, bajo la farola, tiré las piedras a los matorrales con cuidado, y como un *ninja* entré de nuevo a casa por el baño. Cerré la ventana, me quité las zapatillas y caminé descalzo por el pasillo. Cerré la puerta de mi habitación y encendí la lamparita que tenía sobre el cabecero. Toda mi ropa estaba manchada. Me la quité, y la escondí entre el colchón y el somier. Me puse el pijama y, aún acelerado por todo lo vivido, traté de digerir, de comprender. Vi amanecer el día sin poder pegar ojo, otra vez. Todavía me duraba el efecto de la adrenalina y el estrés del peligro.

Caí rendido por el sueño, como si nunca hubiera salido de casa.

CAPÍTULO 8. **LA CONVERSACIÓN**

- *ANDRÍN, AÑO 1995*

Mi madre debería de trabajar para la Interpol o la CIA. ¡Caramba! Casi me pilla. Yo esperaba ansioso el retorno de la sombra. Tenía muchas dudas e interrogantes acerca de mi pasado, pero, sobre todo, me encantaría celebrar lo bien que nos había salido el rescate del lobo. Mi madre se dio cuenta de que alguien había tocado el asiento del conductor y también me comentó que juraría que el coche tenía medio depósito de combustible. Ahora la aguja estaba casi en reserva. Yo traté de hacer caso omiso de todo lo que me decía restándole importancia, pero, por si acaso, decidí tirar la ropa en un contenedor de basura lejos, muy lejos de casa. No podía dejar más pistas. Todo esto me sirvió de lección para darme cuenta de los errores cometidos, aunque también me di una palmadita a mí mismo por las cosas que hice bien.

Los días pasaban, y cada vez que veía un coche de la Guardia Civil no podía dejar de pensar en mis tenaces perseguidores, en si habrían cogido la matrícula y si andarían buscándome.

Mis dudas se despejaron al cabo de poco más de una semana, cuando anunciaron en un programa de entretenimiento la historia de un agente de la Guardia Civil que decía ser testigo de un avistamiento sobrenatural. Solo estaba en el programa uno de los dos. Él sostenía que su compañero no quiso respaldar lo que vieron porque tenía miedo al gabinete psicológico del cuerpo militar y también al qué dirán. Aun así, contó su historia. Me dio lástima ver cómo el presentador frivolizaba, escéptico, sobre los detalles del avistamiento.

—Entonces, agente, ¿usted piensa que ese inmenso destello de luz puede ser una amenaza a nivel mundial? —Y se reía sardónicamente.

—Solo sé lo que he contado, lo que mi compañero y yo vimos. Perseguíamos un Renault 11 gris que circulaba a toda velocidad, invadiendo carriles opuestos, y trazando las curvas y travesías como si escapara de algo. Quizá fuera perseguido por la luminaria, quizá solo fuera un loco al volante, no lo sé.

Sentí que se me aceleraba el pulso, me notaba otra vez la cara pálida. Mi madre, que lo estaba viendo, se quedó muy interesada al tratarse de un hecho de la zona y descolgó el teléfono para llamar a mi tía. Yo veía cómo ese agente estaba quedando casi en ridículo por contar su vivencia, cuando de pronto se recibió en el programa la llamada de una testigo que, despertada por las sirenas y en la distancia, vio la luz elevarse hacia el cielo y desvanecerse.

El agente de la Guardia Civil parecía respirar aliviado y recuperó la entereza perdida; su testimonio era respaldado por otro testigo, aunque su compañero no quiso participar de su versión. Este agente tuvo que redactar el informe de lo sucedido en solitario, su binomio se negó a dar cuenta de los hechos. Para mí todo tenía más sentido que para ellos, aunque no podía culpar al presentador de su reacción natural, sarcástica y poco

seria.

Ir a un programa para que te tomen por loco, no se te preste ninguna atención y sufrir el escepticismo cómico hace que, hoy en día, todavía me quite el sombrero por ese funcionario. El agente de la Guardia Civil solo quería avisar de que esa luz podía representar un peligro o una oportunidad, pero desde las instituciones nadie le hizo ningún caso y la televisión fue su última alternativa.

Yo solo estaba preocupado por que mi madre no relacionara los datos que estaban diciendo en la televisión con la falta de combustible y la fecha de la narración. Por otro lado, me habría encantado llamar y decir toda la verdad, y sacar la cara por él, pero eso no podía ser.

Días y días iban pasando, y yo no recibía la visita de mi buen amigo, la sombra. Traté de justificarle, pero en ocasiones malos pensamientos afloraban de mí. Ya estábamos en ese repetitivo proceso de vuelta a clase. Mi madre, asfixiada por los gastos, no pudo comprarme libros nuevos, así es que los de segunda mano que consiguió debieron de pertenecer a alguien con una fijación obsesiva por las ilustraciones fálicas. Total, no los iba a mirar mucho, así que me daba igual.

Cada noche esperaba su visita y finalmente se dignó a venir a hablar conmigo. Como la última vez, me despertó en plena madrugada. En esta ocasión, no me asusté lo más mínimo, incluso me permití el lujo de recriminarle su ausencia. Enseguida, me hizo un gesto con su mano para que guardase silencio, se puso al lado de mi cama y miró hacia la pared que teníamos enfrente. Juntó las dos manos y un haz de luz surgió de ellas.

Frente a mí tenía la clara imagen de un bosque, como un proyector iluminando la pared, llenándola de luz y color. No era exactamente como ir al cine, había profundidad y se respiraba el aire del follaje. Atento y sorprendido, no dejaba de mirar la pared, ahora convertida en ventana hacia otro lugar. La visión se movía elevada, como rodada por un gigante. Entonces vi el caminar de varios lobos, y la imagen se centró en el que habíamos ayudado, en su protegido. No llevaba la venda y caminaba con total normalidad. El animal miraba hacia nosotros, como si no viera nada, pero intuyera que alguien le observaba. La manada de lobos echó a correr y la visión comenzó a empequeñecerse en la pared hasta cerrar el cuadro. La sombra caminó unos pasos hacia delante y se giró clavando su mirada en mí.

—Has hecho un buen trabajo. Sin tu ayuda, habría muerto sin remedio.

—Lo hemos hecho juntos, sombra.

—Bien. Antes de que empieces con tus preguntas, debo decirte que no tengo respuestas para todo. Estoy un escalón por encima del limitado conocimiento humano, pero ambos estamos casi a la misma altura en el orden. Asentaré las bases para que lo entiendas, y después podrás hacer preguntas. Yo formo parte de un número incontable de semejantes. Todos nosotros tenemos asignados protegidos. Como habrás adivinado ya, tú eres uno de los míos. Nosotros somos seres de luz y vosotros seres de agua. Nuestra existencia es relativamente inmortal, a no ser que cojamos prestado el cuerpo de un ser de agua. Hacer eso es el último recurso, porque al ocuparlo no es protegido por su ser de luz; es como si se desconectara.

»Aparte de nosotros, otros seres, invisibles para mí y los que son como yo, ocupan esta realidad. Se llaman seres de fuego, aunque tú los conocerás con el seudónimo de

genios malignos o demonios. Debes comprender que el concepto del bien y el mal es relativo, nada es blanco o negro, sino más claro u oscuro. Erróneamente habéis pensado que la evolución espiritual tiene que ver con estos dos conceptos antagónicos, que, sin duda, influyen, pero no son determinantes. La clave está en el esfuerzo, la superación y la lucha constante desde que uno nace; eso os hace meritorios de evolución espiritual. Por ejemplo, tú has llevado a cabo una misión de rescate animal, ¿verdad? —preguntó con su voz estridente.

—Verdad.

—¿Y cómo te sientes?

—Me siento bien por ello, pero…

—Sé lo que me vas a decir. Te sientes mal por haber escapado de la policía, por infringir las normas. Por traicionar la confianza de tu madre y hacer algo tan grave como conducir un coche.

—Así es —dije suspirando.

—Pero a la vez has salvado una vida, una vida libre, de incalculable valor espiritual. Esos son los grises, amigo. Nada es tan sencillo. Todo se difumina en una realidad competitiva entre la vida y la muerte, entre lo correcto y lo prohibido, donde los pequeños detalles son importantes, pero el resultado es la clave.

—Entonces, ¿todo vale?

—¿No estás entendiendo nada o qué? No todo vale. Básicamente, el mal producido nunca debe superar al que uno trata de evitar. Si la balanza se inclina a la inversa, hemos perdido, y si esa tendencia se vuelve constante y predominante, tu destino será evolucionar en un ser de fuego.

—Lo voy entendiendo, pero ¿qué pasa conmigo?

—Tú eres una anomalía en ese proceso de evolución.

—Por favor, explícame eso, ¿qué es una anomalía?

—Uno debe superar distintas dificultades en la vida. Esas pruebas no pueden ser ofrecidas en una sola existencia, cada contexto vital os hace sufrir y esforzaros espiritualmente de maneras distintas. En ocasiones, al pasar de una vida a otra, el «borrado básico» no hace su trabajo correctamente. Si el borrado no ha funcionado es porque algo en esa vida ha marcado tu personalidad espiritual. Todo ser viviente trae consigo experiencias «remanentes».

—Explícamelo, quiero saberlo. —Estaba perplejo.

—La más imperativa es el instinto de supervivencia. Otras tendencias conductuales obedecen a ligeras improntas, tales como ser zurdo o diestro. Y, en ocasiones, el remanente se manifiesta en talentos importados de vidas anteriores, imborrables y ya permanentes. Te pondré algún ejemplo. El talento en la pintura, la música, la artesanía, el combate, las habilidades sociales…, podría seguir y no parar nunca. Pero lo que te ha sucedido a ti es poco usual. No infrecuente, pero sí especial.

—Entonces, hay más como yo.

—Pues claro. El universo ya estaba inventado antes de que tú y yo existiéramos. El orden establece varios tipos de existencia: las corrientes y las inversas.

—Te escucho.

—Tendría que empezar por conceptos difusos y abstractos, malinterpretados por vuestra civilización. El tiempo no existe como tal. Es un invento etiquetado para medir

los ciclos rotativos de vuestro mundo sobre su propio eje, sobre la órbita celeste de luz que habéis bautizado como Sol. Es tan penoso que habéis tenido que aplicar mediciones decimales y sexagesimales entremezcladas, y, aun así, cada cuatro años debéis corregir el exceso. Pues te diré que el tiempo es algo elástico, puede ir hacia delante y hacia atrás, aunque lo más normal es ir hacia delante. Hay existencias cuyas reencarnaciones retroceden en el tiempo y que, al igual que tú, recuerdan perfectamente no solo una vida anterior, sino muchas; es el ejemplo de Julio Verne o Nostradamus. Ellos también debieron ocultar su anomalía o singularidad mediante la literatura fantástica o la encriptación.

»Esta cualidad tuya es más frecuente en existencias retrocedentes. En las corrientes, la anomalía suele corregirse automáticamente en la infancia, así es que lo tuyo es algo muy especial. La remanencia puede manifestarse de muchas formas. Hay individuos cuyo espíritu queda anclado a una identidad sexual. Con frecuencia, aparecen otros casos de herencia cognitiva, fobias y temores de experiencias de otra vida, vértigos, pánico a la sangre o agujas, obsesiones infundadas, habilidades innatas, conocimientos inexplicables e incluso recuerdos borrosos, inconexos. Pero nunca he sabido de un caso tan completo como el tuyo. Porque, además, has conservado el don de conectar con otras realidades. Así es que debemos andarnos con mucha cautela, porque todo esto es nuevo para los dos.

—Quiero saber más —insistí.

—Respecto al tiempo, te diré que todos los seres de luz podemos viajar al futuro reciente y contemplar los acontecimientos venideros. Es nuestra forma de tratar de evitarlos. Cuando son pequeños peligros sobre uno mismo o ajenos, el ser de luz se lo dice a su protegido, sin llegar a revelarse, discretamente. Es como una comunicación telepática, o voz de la conciencia. Esa comunicación genera un mal presentimiento, una advertencia, se enciende la alarma. Algunos hacen oídos sordos y finalmente sucede la tragedia; otros escuchan el aviso y lo esquivan, y otros jamás se han dado cuenta de las señales. Intuiciones, sueños premonitorios, *déjà vu,* escalofríos, pequeños tirones en la ropa o sensaciones de alerta en situaciones de normalidad. Todas esas impresiones vaticinan un riesgo casi inminente, hay que saber escuchar, identificar las señales; esa es la ayuda que os podemos brindar.

—Háblame de los seres de fuego.

—Comparten la realidad contigo y conmigo, pero están muy alejados de mi percepción. Ellos endulzan a sus huéspedes con falsas promesas, regalos y obsequios; facilidades, al fin y al cabo. No obstante, puedo percibir el aura alterada y oscura de sus huéspedes, pero no puedo verlos.

—¿Cómo es eso?

—Lo entenderás muy fácilmente. Vosotros lo llamáis suerte; otros más afinados lo llaman magia. Los seres de fuego siempre se cobran su trabajo encaminando la orientación espiritual hacia su propia naturaleza. Necesitan que su huésped se transforme en uno de ellos. Es su sistema de reproducción. Vuestro mundo, como otros muchos, es un tablero de juego donde cada uno, libremente, elige su camino. Sois un lienzo en blanco que se deja seducir por las facilidades o, de lo contrario, lucha sin descanso a cada instante para conseguir el mismo resultado haciendo lo correcto.

»Ahora entenderás porqué hay personas a las que todo parece salirles de maravilla,

con una facilidad insólita; y otros, en cambio, para tener menos pelean el triple. Eso no tiene nada que ver con el contexto social, no te equivoques. Se trata de proporción, no sé si me sigues. Puedes ser un rey de la Edad Media y, sin embargo, tu vida presentarse mucho más sacrificada que la de un campesino. La clave está en la voluntad y en no sucumbir a los encantos de esas ayudas que nos dirigen hacia el lado malo de la balanza, el camino de la servidumbre eterna, el camino incorrecto.

—Háblame de eso que has llamado El Orden.

—Luz y oscuridad. Materia y antimateria. El yin y el yang. Todo se entremezcla y compite por un trozo de espacio. Tú solo preocúpate del siguiente paso. No quieras correr antes de saber gatear.

—¿Por qué estábamos en peligro en el campamento, cuando creí reconocer a Angie?

—Empezaré por mí. Ya te he dicho que si ocupo el cuerpo de un ser de agua quedo vulnerable. Se rompe el lazo entre esa persona y su protector. Si en un momento dado un peligro me hiciera fallecer, regresaría de nuevo reencarnado al escalón inferior, debiendo convivir con esa alma unido a ella en el mismo cuerpo. Ahora lo llamáis trastorno de la personalidad múltiple, antes se llamaba Géminis. Finalmente, cuando El Orden corrige la alteración tras convivencia armónica, los divide y los separa con el nacimiento de dos gemelos. Por eso cuando me introduje en el cuerpo de aquel muchacho de tu cole, o en el de la monitora, corría grave peligro.

—¿Puedes meterte en cualquier cuerpo?

—No. O, mejor dicho, sí, pero si lo hago en el cuerpo de una persona que disfruta de los favores de los seres de fuego estos intentarían matarme a toda costa. Por eso debo elegir muy bien. Y la situación debe ser extrema. Nosotros somos los que llenamos de valentía a una persona corriente que se lanza a las vías de un tren para ayudar a un desconocido. Somos el coraje del soldado que en una guerra carga a un extraño herido entre el silbido de las balas para salvarlo, aun siendo del bando opuesto.

—¿Y… yo?

—Las alteraciones tan severas como la tuya tienden a ser corregidas. Cuando cualquier ser viviente duerme, transmite en la fase rem todos los recuerdos diarios al Orden; si otro individuo advierte la anomalía, esta puede ser subsanada, y ya sabes lo que pasaría: volver a empezar.

—Me ha quedado claro. ¿Y dónde está Angie?

—Eso no me lo puedes pedir. Sería saltarse todas las reglas.

—¿Y si viajo a Estados Unidos y me pongo a investigar?

—Si eres un buen camaleón y nadie te descubre, lo puedes hacer. Pero sería arriesgado.

—Creo recordar dónde vivíamos, empezaré por ahí.

—No te olvides de que tienes quince años. Ya estás llamando mucho la atención con tus habilidades. Yo esperaría.

—¡Pues háblame claro! ¿Dónde está? ¡Yo te he ayudado, ayúdame tú a mí!

—Baja la voz. Has despertado a tu madre. Me tengo que ir. Recuerda bien todo lo que he dicho. Quizá no volvamos a vernos. Quizá esta relación no nos conviene.

—¡Solo te conviene a ti cuando quieres! ¡Yo no he dudado en ayudarte! ¡Ayúdame a encontrar a Angie!

El aspecto de la sombra comenzó a difuminarse, diluyéndose junto a la ventana.

—Sin prisa, amigo, todo a su tiempo. Empieza por donde te he dicho, y ten mucho cuidado.

—¡No te vayas! ¡Espera! —grité desesperado.

La luz de la habitación se encendió. Mi madre me miraba asustada mientras yo gritaba a la ventana, a la nada, lleno de rabia. Con los puños apretados golpeaba la cama sin cesar al tiempo que gritaba:

—¡Vuelve! ¡Vuelve aquí, miserable!

Mi madre corrió hacia la cama, abrazándome y tratando de calmarme. Repetía una y otra vez:

—Tranquilo, ya pasó, ya pasó.

Estaba deseando contárselo todo. Lo del campamento, lo de la fuga con el coche, lo de la sombra, lo de mi pasado, lo de Angie. Pero me contuve y fingí; tal y como ella pensó, fingí que había sido una mala pesadilla. Y, en parte, era así. Una pesadilla.

Mi vida sin Angie era exactamente eso.

CAPÍTULO 9. **NEGACIÓN VOLUNTARIA**

- *ANDRÍN, AÑO 1996*

Los días pasaban y pasaban y yo me veía atrapado en un bucle. No podía hacer nada. Demasiado joven como para irme de casa. Y, de no ser así, demasiado pobre para ponerme a indagar en mi pasado.

Durante unos cuantos meses, no pude dejar de pensar en todo lo que me había ocurrido. Traté de decirme a mí mismo que Angie estaba muy alejada de mí. Alejada en el tiempo y en la distancia. Que habría rehecho su vida. Que lo nuestro era imposible. Me lo dije tantas veces que al final acabé por aceptarlo.

Quise centrarme en mi nueva vida, guardar mi secreto en un estante del trastero de mi corazón y mirar adelante. Porque al mirar atrás solo sentía nostalgia, pena y duda. Y hacia delante todo era nuevo e impredecible. Una oportunidad de construir mi felicidad.

Quise olvidarme también de la sombra. De las cosas extrañas que hice. Y me centré en ser feliz con mi querida familia, mis amigos y mi porvenir. Disfrutar del futuro renunciando al pasado. De todas formas, nunca podría contarle a Angie quién fui. De encontrarla, lo único que sucedería es que me quedaría con las ganas de seguir vivo en mi pretérita existencia. Aun así, yo solo trataba de convencerme como un vendedor insistente. Para ello utilizaba mi habitual silogismo lógico, pero, en realidad, algo dentro de mí luchaba por emerger y buscarla. Yo solo me propuse domesticar a esa bestia para que me dejara tranquilo, para que me dejara vivir.

Ya no quería saber nada de los misterios ocultos de la vida. Del sino, del yin o el yang, de seres de fuego o de luz. Todo eso empezó a quedarme demasiado grande y traté de ignorarlo por completo. O eso creía yo.

Las vacaciones de Semana Santa estaban a escasos días. Había pegado un buen estirón y desde hacía tiempo me había centrado más en hacer ejercicio. Descubrí que me ayudaba a dejar de pensar. El sufrimiento y el dolor del esfuerzo me hacían vivir más equilibradamente. El esfuerzo… Tiene gracia. Mi conversación con la sombra fue muy breve, pero, ciertamente, parecía llevar razón en muchas cosas.

Resultaba estar siendo el joven con las mejores calificaciones de todo Gijón. De eso me enteré después. Yo me centraba en obtener los mejores resultados para que mis padres se sintieran orgullosos y para no aumentar lo más mínimo su preocupación por mí. A menudo pensaba en mis proyectos: qué iba a estudiar en la universidad y a qué me dedicaría. Creía tener el control. Nada debía alterar mis nuevos objetivos. Quería ser, simplemente, uno más.

Recuerdo que era un viernes y mi madre preparó varios bizcochos. Uno de limón lo separó del molde con mucho cuidado. Cuando se templó, lo posó en un plato de papel, lo protegió con unas tiras entrecruzadas de cartón duro, lo envolvió con un papel de color café y lo decoró todo con un lazo azul marino. Mi madre me llamó. Eran las cinco de la tarde, y tenía pensado salir a correr al menos una hora. Pero mi madre es mi

madre. Sus recados, lo primero.

—Toma, hijo, llévale este bizcocho al padre Damián, que me han dicho que está un poco débil.

Desde que entré en su casa hace años, no volví a estar con él. Sí, me crucé con él por el pueblo muchas veces, fuimos a misa, etc., pero desde aquella vez siempre traté de evitar su conversación. Me ahuyentaba su forma de mirarme. Me observaba fijamente como si supiera algo más. Por eso me negué a llevarle el bizcocho con vagos pretextos. Mi madre sacó la bicicleta de la cochera, sujetó el bizcocho al portabultos y exclamó:

—¡Tardarás diez minutos!

Qué remedio. De otra cosa andaríamos escasos en casa, pero ¿de tozudez? De eso había sobradamente. Llegué a la puerta de la casa del cura, me quedé allí unos segundos, como buscando el valor para llamar, y cuando alcé la mano para golpear con los nudillos, la puerta se abrió. Según rotaba sobre sus goznes, se veía la espalda del cura andando con dificultad hacia uno de esos sillones de madera. Ayudado por un bastón, se sentó en ese banco recto y firme, clavando sus ojos en mí. No dijo nada. Solo esperaba en silencio, aún apoyando sus manos sobre el pomo de ese báculo. Yo, medio nervioso, sentí prisa, no sé por qué. Desaté el bizcocho, lo cogí en la mano, y pregunté:

—¿Se puede?

—Se puede, se puede. Pasa, muchacho —respondió.

—Le traigo este bizcocho de parte de mi madre. Es de limón.

—Ya lo huelo, ya. Mmmmmm, mi favorito. Déjalo en la cocina.

—Pues ya está, padre. ¿Puedo hacer algo más por usted?

—Claro, claro que puedes. Corta dos buenos cachos de ese estupendo bizcocho, tráeme una tónica de la nevera y cógete otra para ti.

Titubeé unos segundos y reaccioné.

—De acuerdo. Voy.

Andaba desenvolviendo el bizcocho, miraba en la cocina y todo estaba completamente a la vista en estanterías horizontales. Cogí dos platos y unos cubiertos, los vasos y las tónicas, y me dirigí hacia el salón con una bandeja de madera ondulada, pensando en lo mucho que había envejecido el padre Damián en tan poco tiempo.

—Tenía ganas de hablar contigo, joven. Desde que viniste aquí con tu madre, no hemos vuelto a charlar. Y creo que es necesario.

—Me acuerdo, padre. Yo no hablé demasiado en aquella ocasión —dije, para que supiera que guardaba fresco el recuerdo.

—¿Sigues dominando el inglés igual de bien?

—Sí, más o menos.

—¿Son buenas tus notas?

—Sí, señor.

—¿Has tenido contacto con seres de otra realidad?

—¿Perdón? —Traté de ocultar mi reacción. Aunque mentir no era lo mío.

—Te lo diré de otro modo y no te hagas el sorprendido. Aquí, ninguno de los dos debe aparentar encajar. Si no has recibido ya la visita de un ángel custodio es que eres de los malos, y yo no creo que seas malo. ¿O sí?

—No, señor, no soy malo. Pero he hecho algunas cosas malas.

—¿Las has hecho para hacer el bien?

—Creo que sí. Pero no he recibido tal visita. No tengo nada especial.

El padre echó un trago de esa burbujeante tónica, parpadeó fuertemente como afectado por su picor en la garganta y se puso en pie ayudándose de su bastón. Yo permanecí sentado, sin saber muy bien qué hacer. Precisamente esto era lo que más me temía; pero, cáspita, calculé que eso sería imposible que ocurriera. Y ahora este anciano se había propuesto llevarme la contraria. Me habría encantado cogerle por la sotana y gritarle que no quería saber nada de todo eso, que me dejara en paz, él y todos los ángeles del reino celestial. Que no me pidan nada y yo no pediré nada tampoco. Quiero ser uno más, solo eso.

—Bueno. Imaginemos que sí. Que has recibido esa visita, ¿vale?

—Sería mucho imaginar, padre, pero vale.

—No debes resistirte al destino. Has nacido para hacer el bien y ayudar al prójimo. No quiero decirte que seas un elegido, ni nada por el estilo, no te confundas. Lo único que te digo es que tú tienes las facultades para ver más allá de la simpleza terrenal.

—¿Usted, padre, ha recibido a algún ángel custodio? —Quise desviar un poco la atención sobre mí.

—No de forma vívida, pero siempre he sentido su presencia a mi lado. He contado con su ayuda en las mejores y en las peores situaciones de la vida, y estoy convencido de que he sido bendecido con su apoyo y el de nuestro Señor.

—¿Y cómo tiene usted eso tan claro?

—Los ángeles han existido siempre, con muy diferentes nombres e interpretaciones. La Virgen, ángeles custodios, protectores, almas guías, valquirias, querubines. Ahora lo llaman con el apodo del tercer hombre; decenas de acepciones para denominar el mismo fenómeno. Todo ser humano ha podido sentir su ayuda en uno u otro momento de la vida, pero, claro, el sentido pragmático de la vida, su parecido con una experiencia alucinante o fruto del delirio hacen que cada uno se reserve esas vivencias, las entierre en su memoria y prosiga su existencia como uno más. ¿Es eso lo que te está pasando a ti, jovencito?

—Eh, no, creo que no.

—Me alegro, mucho mejor. Porque desperdiciar el don es un pecado para con Dios. No lo olvides. Tu destino, David, es ayudar a los ángeles; piensa que sirves a un propósito mucho mayor. Aunque me pongas esa cara de escéptico y sigas llevando la actitud de un comediante hasta el final de esta conversación, los dos sabemos de lo que estamos hablando. Aunque lo respeto. Tus razones tendrás. Por mi parte, te puedes marchar cuando quieras. Dale las gracias a tu madre por el delicioso bizcocho.

—Una pregunta. ¿Hay malos? Ángeles malos, quiero decir.

—Claro que los hay, y son muy poderosos. Inclementes y capaces de las peores atrocidades. Se alimentan del odio, la envidia, el miedo, el dolor. Son muy peligrosos y pueden hacer cambiar a una buena persona. Seducen encontrando la debilidad humana, transformándola en algo terrorífico para los demás.

—Eso ya lo he oído antes —afirmé resignado.

Y el padre Damián se echó a reír. Como contento por confirmar su pálpito y su creencia en el don.

Me pareció que había metido la pata, y hasta el fondo.

—Bueno, hijo mío. Marcha para hacer lo que quisieras hacer, pero aguarda un segundo —dijo, levantando el dedo índice.

Caminó hacia su habitación, no sin esfuerzo, y trajo una pequeña botella transparente con agua en su interior. Se acercó a mí y me cogió de la cabeza con la mano izquierda zarandeándola suavemente mientras murmuraba en voz acelerada y muy bajita. Abrió la botellita con el dedo pulgar y comenzó a arrojarme agua bendita por el rostro. Yo cerré los ojos aceptando el ritual, y cuando terminó me soltó un bofetón bastante fuerte. Abrí los ojos enseguida, le miré desencajado; para él parecía que todo estaba correcto. Encima, me sentí en la obligación de darle las gracias. No fue hasta que salí por la puerta y la cerré que me llevé la mano a la mejilla para tratar de aliviar un poco el dolor. ¡Caramba! Qué galletón me soltó.

Me asomé a hurtadillas por su ventana, para ver si se descojonaba de la risa, pero no. Se fue a su asiento, tranquilo. Al final, me reí yo solo.

Fui pedaleando despacio hacia casa, con el calor palpitando en el rostro. Ahora, de nuevo, todo aquello que pretendía olvidar se hacía más presente que nunca. El padre Damián me animaba a participar activamente por el camino del bien, pero eso chocaba drásticamente con mis deseos de continuar inadvertido. De todas formas, hacía ya mucho tiempo que no veía a la sombra, ¿o debería llamarlo ángel de la guarda? De momento, prefería no darle más vueltas al asunto y egoístamente seguir en mi mundo, y ajeno.

Las vacaciones se acercaban y mi padre llamó desde Calais, Francia, comunicando que atracaría en Santander para recogerme y continuar con un transporte hasta Civitavecchia, muy cerca de Roma. Yo estaba entusiasmado por viajar y conocer la capital del imperio, deleitarme en su arquitectura y sus gloriosos monumentos.

Preparé el petate y lo llené de cosas para no echar nada en falta: mi cámara de fotos, mi linterna, mi navaja, la ropa de invierno, el chubasquero y, por si acaso, el bañador. Mi padre llegó a las doce de la mañana y fuimos a comer. Descansó un poco en casa con mi madre, y después de cenar tuvo que ponerse otra vez en marcha al puerto para continuar el viaje. Toda la tripulación se tomó un pequeño paréntesis de descanso, eso sí, muy breve. Pero al menos algo es algo.

El negocio de mis padres parecía funcionar bastante bien, pero, claro, mi padre prefería cumplir y amortizar anticipadamente algunos préstamos para conseguir lo que él llamaba libertad económica. Así es que nuestro estilo de vida austero y humilde no cambió en absoluto.

Embarcamos en El Beluga, y ahora me encontraba en el lado opuesto al habitual. Acompañado de mi padre, nos despedíamos de mis tíos y mi madre. No tengo explicación para esto, pero de pronto sentí tanta pena de dejar a allí a mi madre sola que me vi tentado de hacer regresar el barco a puerto.

El olor a gasoil, el zumbido sordo del motor, las gaviotas gritando en la noche, las luces del barco encendidas… Todo poco a poco parecía disolverse en la distancia, viendo las farolas y las casas encendidas en tierra desde el balanceo mecido del mar.

Desde la inquietud rumiante.

CAPÍTULO 10. **NAVEGANTES SIN RUMBO**

- *MAR CANTÁBRICO, AÑO 1996*

Me instalé en el camarote de Alfredo, aunque todos le llamaban Fredy. Mi padre presumía de tener a uno de los mejores mecánicos del mundo en su cuadrilla. Era un hombre poco hablador, extremadamente meticuloso en todos sus quehaceres. Programaba el despertador y ponía alarmas a horas extrañísimas para llevar a rajatabla los mantenimientos. Seguramente por eso dormía solo en el camarote. Era corpulento, pero sin llegar a ser muy grande, el clásico cuerpo de hombre recio y fuerte. Calvo como una bola de billar, se afeitaba todos los días la cabeza para después cubrirla con una boina de visera. Sus manos tenían el color de la madera añeja y sus uñas nunca estaban limpias, por mucho que se las lavase.

Lógicamente, me tocó la litera de arriba. Para ser honestos, a mí me gustaba más. La claraboya se sumergía y reflotaba del agua en cada vaivén marino, y eso a mí me resultaba relajante y somnífero. Por otro lado, Fredy comprobó que la luz de cortesía, la cama y el pequeño armario estuvieran en perfecto estado a mi llegada. El camarote tenía un fuerte olor a cedro. Pasar del mar al bosque era cuestión de cruzar un par de estrechos pasillos y unas cuantas puertas.

Alejandro, el gordito chef del barco, me enseñó su cocina. Era tan pequeña que verle moverse en ese espacio minúsculo era toda una proeza. Estaba preparando café, para mí y para mi padre, que debía permanecer en el puente despierto hasta un poco más de las cuatro de la madrugada. Así es que decidí acompañarle en esa primera media noche de navegación.

Estuvimos charlando de todo un poco: los lugares por los que pasaríamos, las dificultades de su trabajo, su juventud y cómo acabó de marinero. Me dio tiempo a conocer mejor algunos aspectos de su personalidad. Y esa primera noche en vela hasta casi las cinco de la madrugada me sirvió para respetar mucho más el durísimo trabajo de todos los hombres de mar. Santiago, la mano derecha de mi padre, oficial de cubierta, nos dio el relevo para poder dormir. Mi padre lo miró a los ojos y le dijo en un tono muy disciplinado:

—Ante cualquier novedad, no dudes en despertarme. Quien no hace nada achica.

Entré con mucho cuidado en el camarote para no despertar a Fredy. Le vi abrir los ojos. Quedaba claro que todo el mundo en el barco descansaba en estado de vigilia. Yo, en cambio, poco acostumbrado a los peligros o a los súbitos despertares, caí rendido acunado por la suave marea.

Desperté a las doce de la mañana y el capitán ya llevaba mucho despierto. No sé si era yo o qué, pero para mí, descansar ocho horas seguidas era algo fundamental. Ya habíamos doblado Finisterre, y a unas nueve millas hacia la costa se encontraba la ciudad lusitana de Oporto. Pronto veríamos Lisboa; eso sí, desde lejos.

Nuevamente, ya de noche, Alejandro insistió en prepararnos el café. Le hice prometer

que al día siguiente me dejaría hacerlo a mí. Mi padre me advirtió que cruzar el Estrecho siempre era una tarea arriesgada. Navegábamos en zigzag porque el viento de levante soplaba como un huracán, a barlovento; según el capitán, así se ahorraba combustible. No obstante, siempre nos movíamos dentro de la mitad marítima del territorio nacional. Finalmente, dos días después del paso del Estrecho alcanzamos las islas Cerdeña y Córcega cruzando entre ambas. Ya estábamos cerca del destino, la imponente Roma.

Mi padre organizó, retrasó y movió Roma con Santiago, nunca mejor dicho, para cuadrar ese viaje con mis vacaciones. Él sabía que yo era un gran amante de la arquitectura clásica romana, que lo llevaba en el ADN desde que nací.

Atracamos en el puerto; estaba ansioso por visitar la ciudad. Ricardo y su compañero, los estibadores, se encargaron de la carga y descarga, por vez primera sin la supervisión de su capitán, que delegó las operaciones para acompañarme al corazón del imperio. Pasamos esa noche en un modesto hotel de Roma, muy cerca del Coliseo, y disfruté de lo lindo en compañía de japoneses, rusos, franceses y personas de todas las nacionalidades. Todos fascinados por la grandeza ingeniosa y el arte de sus construcciones. En ocasiones, veía bostezar a mi padre. Hacía un esfuerzo sobreactuado por parecer interesado en todos los monumentos que visitábamos; era el mejor regalo que me pudo dar.

Al mediodía tuvimos que regresar a puerto: los permisos, tempos y los frenéticos plazos de entrega no perdonaban. Era lo que mi padre llamaba turismo relámpago. Así es que de nuevo nos alzamos a la mar con el barco nuevamente cargado. Los estibadores informaron al capitán de una carga especial procedente del Gobierno italiano con destino a su embajada en Oslo, Noruega. Era una caja de madera muy grande con un cartel fosforescente que traducido decía: «Valija diplomática»; junto con los candados laterales llevaba unas bridas de seguridad todas con el mismo número de referencia, pero de distintos colores.

Mi padre no le dio mayor importancia, parecía preocuparle más el cargamento de cristales de Murano y la porcelana de Florencia. Se interesó por su embalaje y su posicionamiento en el navío, confirmando que todo estaba en el lugar correcto. El lugar correcto para el capitán era el centro de gravedad de El Beluga, siendo este punto el que menos sufre la escora durante mala mar. La carga debía estar matemáticamente colocada teniendo en cuenta muchas variables, principalmente la estabilidad dinámica y, en segundo lugar, la naturaleza de la carga.

Era de noche, y parecía ya estar acostumbrado a las rutinas marinas. Preparé el café para los dos. Mi padre miraba al infinito, el horizonte oscuro de la noche solo alterado por el jugar de las olas y el reflejo de la luna en su espuma. El parte meteorológico daba buen pronóstico. El mar no era una balsa de aceite, pero se navegaba con total seguridad. Nos encontrábamos en el punto medio del mar de Alborán; eran aproximadamente las dos de la madrugada.

Hablamos de nuestras cosas, imaginábamos cómo sería la vida en el apogeo del Imperio romano; ambos fingíamos ser soldados en la batalla y me pareció un estupendo momento para inmortalizar el instante. Cogí la cámara, la coloqué sobre el salpicadero y el cristal, y nos hicimos una foto abrazados. El *flash* nos dejó viendo chispitas durante unos segundos. Una más de tantas. Fue justo ahí cuando el

semblante del rostro de mi padre cambió por completo y dejó caer su pipa al suelo. Cogió los prismáticos y salió a la cubierta del lado de babor. Yo, entre que recogí la pipa y todavía tenía la visión afectada por el *flash,* no entendía qué estaba pasando.

Una bengala roja, muy tenue, caía del cielo lentamente. Yo miraba, pero no era capaz de ver nada. Mi padre presionó un botón con tapa transparente que hizo sonar una alarma intermitente en el buque. En cuestión de menos de un minuto, toda la tripulación estaba reunida en el puente. De inmediato, mi padre cortó el sonido de la alarma y dirigía la embarcación hacia la lejana luz de la bengala. El capitán mandó a Santiago apagar todas las luces del barco para poder distinguir algo en la noche, mientras observaba sin cesar por los prismáticos. Ordenó reducir la velocidad para no colisionar con ninguna posible embarcación. Posicionó la emisora de transmisión en el canal de emergencias y comenzó a modular:

—Atención, atención, atención. Atención, atención, atención. Llamada de urgencia a todas las estaciones. Aquí El Beluga, aquí El Beluga, aquí El Beluga. Posición treinta y seis grados, veinte minutos, cuarenta y un segundos latitud norte, tres grados, veinticinco minutos, cincuenta y seis segundos oeste. Tenemos bengala de emergencia marítima de otra embarcación. Acudimos al lugar. Solicitamos asistencia preventiva de salvamento marítimo. Ampliaremos información de la emergencia cuando dispongamos de ella. Aquí la embarcación de transporte de carga general Beluga. Terminado.

Se hizo un breve silencio al soltar el PTT y durante unos segundos solo se escuchó la niebla de la radio.

—Recibido embarcación Salvamar Spica, nos dirigimos al punto. Interrogo si su embarcación y tripulación se encuentran bien.

—Roger.

—Tengan cuidado, faciliten información y no corran riesgos. Vamos a toda máquina.

—Recibido.

Mi padre ordenó que las luces siguieran apagadas. Era lógico, porque de encender todo el alumbrado nuestra vista solo tendría unos escasos metros de alcance. De la oscuridad, a unos cien metros, surgió una pequeña embarcación de madera, blanca con una raya horizontal verde. Ante nosotros, un grupo encaramado al bote: entre diez y quince subsaharianos, hombres, niños y mujeres. Mi padre mandó encender todo el alumbrado de El Beluga. Él había conservado todos los focos de su anterior actividad pesquera, así es que la luz penetraba profundamente en el mar y daba alcance a unos treinta metros de distancia.

Según nos acercábamos, se podía ver el terror en sus caras. Todos tiritaban de frío y, pese al color oscuro de piel, sus labios tan azules de la hipotermia adelantaban que la situación era crítica para ellos. Me quedé mirando a un joven de mi edad. Sostuvimos la mirada durante muchos segundos. Una preocupación comenzó a hacer carambolas en mi estómago. Para mí era una situación desconocida, pero pese a todo sentía que algo no iba bien.

Si algo aprendí a esas alturas, era a escuchar las señales. Algún peligro nos acechaba a todos, pero no era capaz de identificarlo. Mi padre comenzó de inmediato a dirigir la operación, ordenando arriar la pequeña zódiac cargada de mantas y eslingas. El plan de mi padre era que los estibadores hicieran un buen amarre al bote y subirlos a todos de una sola vez con la Palfin, el brazo grúa. Los estibadores corrían a toda prisa

por la cubierta, iban tan cargados que apenas se les veía la cabeza. Conocían tanto el barco que podían ir de lado a lado con los ojos vendados. Sin embargo, yo no dejaba de sentir las indicaciones; un mal presentimiento se clavaba en mi alma como una astilla entre la carne y la uña.

Miraba de nuevo aquella pequeña patera tratando de identificar el origen del presagio, y los ojos tristes de aquel joven me buscaban de nuevo. Nos quedamos mirándonos fijamente y, en esta ocasión, muy muy ligeramente hizo un gesto de negación con su cabeza. Todo en él transmitía horror, pánico y miedo. Era como si la salvación de un barco tan grande no les alegrara en absoluto. Como si el peligro no consistiera en navegar errantes y sin rumbo por el ancho mar. Corrí hacia mi padre, que ordenaba a Santiago dar novedades por radio y tuve que golpearle en el hombro para que me prestara atención. Yo en el barco era una especie de turista, un trozo inerte con ojos, un autostopista marítimo.

—¿Qué pasa, hijo? ¡Ayuda a llevar mantas a la zódiac, no te quedes ahí parado!

—Papá, espera. Aguarda un segundo. Algo no va bien en todo esto.

—Pero-pero ¿qué dices? Esas personas necesitan ayuda, ¡hay niños en esa patera! ¡Déjate de chorradas y ayuda! Si no, ¡quítate del medio y no molestes!

—Papá, algo malo está a punto de ocurrir, ¡hazme caso! ¡Lo sé!

Mi padre hizo caso omiso de mis advertencias y se centró en recuperar a todos los pasajeros maltrechos. Yo observaba con atención el costado de babor, miraba los rostros apagados de los penosos navegantes, y pese a la ausencia de alegría por su salvación todos y cada uno de ellos irradiaban bondad. Seguí el consejo de la sombra, y la buscaba a mi alrededor. Quizá yo no estaba en lo cierto. Quizá todo era una paranoia mía. Quizá solo debería ayudar activamente y alegrarme de que mi padre salvara la vida a toda esa gente. Entonces sentí que algo se movía tras de mí a toda prisa. No sabría explicarlo con palabras. Fue como cuando ves algo moverse por el rabillo del ojo, pero sin verlo. Podía sentir el mal sobre la cubierta del barco.

Comencé a bordear la pasarela del puente y llegué al lado de estribor. Una larga lancha motora llena de asientos, negra, con cuatro motores en su popa se agitaba vacía, amarrada a la baranda de nuestro barco.

«¡No, no, no!». Fue todo lo que me dio tiempo a pensar antes de escuchar el estruendo de unos quince disparos al aire emitidos por un fusil de asalto.

Conocía bien la sensación de la adrenalina corriendo por mi cuerpo. Todos miramos hacia el techo del puente de mando. Era la única parte no iluminada del barco. Un hombre de pie sostenía una ametralladora muy larga con el cañón hacia el cielo.

—Dejad todo lo que estéis haciendo, buenos samaritanos. O, en la siguiente ocasión, juro que no desperdiciaré un cartucho. ¿Me habéis oído?

Mi padre se quedó completamente inmóvil. Su expresión era de auténtica preocupación. Se resistía a prestar atención a aquel hombre. No encajaba lo que estaba pasando, parecía incrédulo.

—¿Quién es el capitán? —preguntó de viva voz ese hombre, que ahora se ponía de cuclillas y se agarraba con su mano izquierda a un saliente de la techada.

—¡Yo soy el capitán! —contestó mi padre en un tono firme y duro, ofendido.

—Y lo seguirás siendo, amigo. Serás un héroe que ha salvado la vida de unos pobres negritos cargados de sueños y esperanzas. Pero si me lo pones un poco, solo un

poquito difícil, todos moriréis y seréis arrojados con un lastre al fondo del mar. Fijaremos el timón y dejaremos esta preciosidad en marcha por el mar, navegando sin tripulación como una embarcación fantasmal, sin gobierno. ¿Qué decides? ¿Quieres ser un héroe o un valiente?

Unos segundos eternos de silencio se sostenían en el tenso ambiente.

—Quiero ser un héroe, no un valiente.

—Nos vamos entendiendo, compañero. Ordena a todos que se coloquen en la proa.

No hizo falta que mi padre lo ordenara. Los seis nos congregamos allí. Salieron más hombres. Vestían de negro con pasamontañas. Todos iban armados. En total, eran cuatro, incluyendo al que parecía el líder.

—Hemos venido a por unas cositas. En cuanto lo tengamos, nos iremos de aquí pacíficamente y todos seguiremos con nuestra alegre vida.

En ese momento, uno de los hombres le dijo algo al oído. Y los dos fueron al puente. Al cabo de unos segundos, regresaban. Y Santiago comenzó a rezar el padrenuestro en voz baja, mientras una lágrima corría por su mejilla.

—¿Quién ha sido el listo? —repitió—: ¿Quién ha sido el listo?

Nadie sabía de lo que estaba hablando. ¿A qué se refería? De pronto, Santiago se pronunció.

—He sido yo. Es mi culpa. —No entendía nada.

—Bueno, no pasa nada. Te hemos pillado y ya está. Ya lo hablaremos después. Tranquilo.

No podía creer lo que veía, pero, entre la luz y la oscuridad, y al margen de los cuatro hombres, veía a dos pequeños seres correteando de aquí para allá. Su presencia era intermitente. Tenían el tamaño de niños grandes, rojizos; su aspecto no era muy definido, parecían musculados o desnudos. Solo podía verlos si miraba con profundidad. Una vez que los veía y procuraba enfocar mi visión en ellos, se me hacían invisibles. Era obvio que acompañaban a esos hombres. Estaba claro que nadie más los veía. Solo yo. Ni siquiera los malos.

Esos seres rojizos y distorsionados fueron los que descubrieron que algo pasaba en el puente. Hacían gestos desde ahí, señalando el control de mandos. Y, como por arte de magia, uno de los hombres entró y centró su atención en algo. Era curioso de ver porque en ningún momento interactuaban con ellos; era como si esos bichos despertaran la intuición suspicaz de los malos.

Gracias a estos pequeños seres, los otros tres invasores parecían moverse por el barco como si lo conocieran desde siempre. Los llevaron, sin ellos saberlo y sin ningún rodeo, a la bodega de carga, hacia el compartimento a granel. Mientras, el líder se quedó vigilándonos en la proa, con el cañón del fusil apuntando al suelo. Su dedo índice permanecía apoyado en el armazón del arma. Estaba extrañamente tranquilo. Parecía un militar de operaciones especiales, de esos de las películas. Además del arma larga, una pistola se asomaba de una funda pernera. También llevaba un cuchillo enfundado en el cinturón, varios cargadores, una linterna pequeña y un *walkie* encendido conectado a un auricular que llegaba hasta su oído izquierdo.

Esa gente estaba preparada. No se me ocurría qué podían querer de nosotros. Lo que estaba claro es que venían bien armados. Uno de ellos llevaba varios macutos vacíos y una mochila con herramientas que asomaban colocadas en compartimentos al

efecto. Entre ellas pude observar una cizalla y una palanca, tenazas y demás.

El líder mascaba un chicle, aparentemente bastante grande. Nos miraba a todos, o, más bien, nos vigilaba. Daba la impresión de estar ante un desalmado. Yo miraba la pequeña patera para ver dónde estaba, y entonces entendí el mensaje de aquel muchacho moreno. No podía decirme nada, pero, aun así, trató de advertirme.

De nada sirvió.

—Eres muy joven para formar parte de esta tripulación, ¿no? —me preguntó el líder.

—Estoy de vacaciones. Por eso estoy aquí. Por favor, no nos hagas daño.

—¿Tienes miedo, muchacho?

—Sí, tengo miedo. No negaré lo evidente.

Sacó un chicle del bolsillo lateral de su pantalón táctico y lo lanzó. Lo cogí al vuelo en un acto reflejo.

—El ser humano es un animal por naturaleza. Mientras mascas chicle, inconscientemente, le dices a tu cerebro que estás comiendo, y entonces el miedo, el nerviosismo y el estrés desaparecen, porque tu cuerpo nunca asociaría el comer con el peligro. Masca, chaval, y verás lo que te digo.

No lo acepté, y se lo devolví lanzándoselo de nuevo.

—Gracias, pero no me gustan los trucos.

—Tienes agallas. Casi nos descubres subiendo al barco. Tengo que reconocerlo, chaval. Tienes instinto. Serías un buen mercenario.

—¿Eso es lo que eres, tú? ¿Un mercenario? ¡Yo diría que eres un pirata! —Di un paso al frente.

—¡Cállate ya! —irrumpió mi padre con un grito.

—Espere, capitán. Tranquilo, hombre. Su hijo y yo estamos charlando amistosamente. Es su hijo, ¿verdad?

—Sí, es mi hijo. Discúlpele, porque está en una edad muy difícil.

—No, hombre, no, cada cosa por su nombre. No pasa nada, compañero. Me gusta hablar con tu hijo. Hacía mucho tiempo que nadie me llevaba la contraria.

Entonces, mirándole fijamente a los ojos, aguantándole la mirada, quise informarle muy escuetamente:

—Estás condenado. Eres un servidor del mal. Tu destino ya está escrito.

—Chaval, hablas muy rarito. Estoy siendo bueno. ¿Por qué me dices esas cosas tan feas?

Siguió mascando el chicle exagerándolo un poco, y entonces exclamó:

—Pues si ya estoy condenado, ¡me da lo mismo mataros a todos! —gritó.

Dirigió el arma hacia la patera y comenzó a disparar sin control varias ráfagas. Mi padre se arrodilló y con las palmas unidas comenzó a suplicarle que parase, que no lo hiciera. Pero este prosiguió con otra ráfaga. Yo miraba al pequeño bote verdiblanco y, afortunadamente, ningún proyectil lo alcanzó. No era casualidad. Ese hombre sabía bien lo que hacía.

Entonces, de un golpe se abrió la puerta de la bodega y salieron sus secuaces con las mochilas llenas. Parecían llevar mucho peso, y, según llegaron a la cubierta, uno de ellos se acercó al líder y le dijo:

—Ya está, lo tenemos todo.

—No seas maleducado. Estaba hablando con mis anfitriones. Teníamos una

trascendental charla sobre el bien y el mal. A ver, capitán, ¿quieres saber a lo que hemos venido?

—No. Eso me da igual, no soy curioso. Me conformo con que no nos haga nada.

—Capitán, capitán, capitán. ¡Shhhhh! Muy mal. Tienes que informarte mejor de la mercancía que transportas. Error de principiante.

—Bien, pues usted dirá —dijo mi padre, resignado, jugando a su juego para no enfadarlos.

—Mira lo que nos llevamos.

Abrió los macutos un poco, y se podía ver en su interior cientos de pasaportes y cartas de identidad en blanco, nuevos, sin estrenar. Otra mochila llena de pistolas semiautomáticas Beretta y munición, y el último macuto lleno de dinero en billetes noruegos. Entendí que todo eso estaba en el cajón de la valija diplomática y, de alguna manera, esa gente lo había planeado todo; tenían datos precisos de su contenido y nuestra ruta.

—Esta pequeña charla sobre el bien y el mal me recuerda algo. ¿Qué será?, ¿qué será? Se me olvida algo y no sé qué es. Ah, ¡sí! Nuestro amigo el valiente.

Ya casi no recordaba a qué se refería. Enseguida, me vino a la mente el arrepentimiento y la confesión de Santiago, y de algo que hizo en el puente. Alzó la barbilla sabiendo que se refería a él. Entonces le cedió el fusil de asalto al compinche que estaba a su lado. Se acercó a Santiago, y, en un visto y no visto, extrajo su cuchillo de la funda y le apuñaló dos veces en la pierna izquierda. Santiago cayó a plomo al suelo, y ese cretino se agachó a su altura y limpió el cuchillo en su jersey antes de volverlo a guardar. Se puso otra vez de pie y repitió a gritos que no quería valientes. Extrañamente, pude sentir el dolor de las punzadas en su pierna, una especie de grima empática. Esa gente iba muy en serio.

—Yo soy un hombre justo. Lo primero que dije es que no quería chorradas. Y a este subnormal no se le ocurre otra cosa que dejar trabado con una goma elástica el pulsador de la emisora. ¡Para que se escuche todo lo que pasa aquí! Inteligente pero imprudente. Estas cosas son las que me llenan de furia y me hacen cabrear. La mala conducta hay que corregirla —dijo en un tono convincente, abriendo los brazos en señal explicativa.

Mi rostro se llenó de rabia. Ya tenían lo que querían. Todo esto ya me parecía diversión. Estaba furioso y me sentía impotente. Nos veíamos a merced de ese criminal.

—¡Venga, muchacho! Tú aquí pareces ser el único que va de frente. Escoge una cosa de las mochilas. Elige. —Yo miraba las armas sin pestañear—. ¿Te ves capaz de empuñar un arma? ¿Tendrías pelotas de usarla?

No hice gesto alguno, pero no dejé de mirar el macuto lleno de armas. Cogió una de las pistolas de la mochila, le sacó el cargador y abrió una de esas cajas de cartón repleta de cartuchos dorados. Lentamente, empezó a alimentarlo y al final lo introdujo en la empuñadura. Echó la corredera hacia atrás, y el arma se quedó lista para abrir fuego. La agarró por el cañón y me la ofreció por las cachas.

—Vamos, cógela. Cógela y mátame. —Hasta su compinche le miraba inquieto—. Está en simple acción, solo tienes que acariciar el disparador y te librarás de mí. Venga. Venga. ¡Venga! —me gritó.

—Podría hacerlo, pero no soy como tú. Tú crees que nací ayer y me subestimas. —Puso cara de póker—. Me estás ofreciendo el arma alimentada, pero con la aleta del seguro activado. Confías demasiado en tu suerte, en tu arrogancia y en la ignorancia ajena. —Estaba claro que se quedó sorprendido—. Por favor, iros de una vez y llevaros a vuestros demonios.

—Me caes bien, muchacho. Eres especial. Os dejaremos tranquilos. Te has ganado mi respeto. Me gustaría poder hablar más contigo. —Chasqueó con el paladar—. Esto no es nada personal, solo es trabajo. El compañero de tu padre se pondrá bien, son solo dos cortes sin importancia. Si hubiera querido matarlo, le habría seccionado la ilíaca. —Levantó la barbilla arrojando un escepticismo curioso, sin dejar de mirarme—. Taponad la herida hasta que llegue Salvamento Marítimo, con la pierna en alto.

En ese momento, pude ver su faceta de bondad, su lado amable y humano. Gritó a sus seguidores:

—¡Vamos! ¡En marcha!

Y cuando estaba a punto de desaparecer por la cubierta del barco me llamó y mandó que fuera. Y, reservadamente, me dijo:

—Quizá lleves razón con eso de que estoy condenado, quizá no. De cualquier manera, acepta aquello que deseabas. Escóndela o tírala al mar, eso es cosa tuya.

Y me dio la pistola, otro cargador y una cajita llena de munición. Y, al ver que la aceptaba, bajó la escala sonriente y victorioso. Miraba el arma que estaba sobre la cubierta y pensé en arrojarla al mar, pero algo dentro de mí se negó a hacerlo. Lo guardé todo entre mis ropas, bien oculto, mientras la lancha arrancaba a toda velocidad, perdiéndose en la negrura nocturna. Poco después dejaron de oírse los motores y la paz llegó a El Beluga. Yo me encargué de auxiliar a Santiago, mientras mi padre prosiguió con la pequeña patera, para subir a los tripulantes al barco.

Ahora sí parecían contentos de ser salvados. Ahora sí respiraban aliviados.

Aprendí una valiosa lección. El mal se aprovecha de la bondad como punto débil. Eso hace que te sientas estúpido, engañado y traicionado por ti mismo, por tus valores y convicciones. Por eso, ahora, mi padre no parecía contento al ayudar a esas personas. Era la estrategia de la maldad. Es su forma de castigar la fraternidad. Entendí que estos escarmientos pueden transformar a cualquier persona buena en una mala. O, al menos, en una indiferente. Indiferentes ante cualquier estado de necesidad ajeno.

Observar por primera vez a esas dos criaturas rojizas me dejó con más dudas que respuestas. Ahora podía ver cómo funcionaba el mal. Mis sentidos se estaban agudizando y necesitaba saber más. Necesitaba estar más preparado. No podía permanecer indiferente a la injusticia y el abuso. Utilizar a esos pobres extranjeros inocentes para distraernos, hacernos caer en su trampa y dejarnos completamente expuestos era algo mezquino y ruin. Miserable.

Supongo que el honor es una palabra de otros tiempos. Algo extinto y olvidado.

Algo muerto.

CAPÍTULO 11. **CUESTIÓN DE ACTITUD**

- *ESTRECHO DE GIBRALTAR-ANDRÍN, PRIMAVERA DE 1996*

Después de ayudar a esa pobre gente y subirla a El Beluga, mi padre comunicó por la emisora el número de náufragos a Salvamento Marítimo. Ellos llegaron unos veinte minutos más tarde. Venían desde Melilla y eran los más cercanos. Un sanitario confirmó la escasa gravedad de las heridas de Santiago. Fredy, mi buen compañero de camarote, observaba toda la escena con su boina entre las manos, preguntando todo el tiempo en qué podía ayudar.

Desde luego, mi padre estaba bien protegido por hombres leales, llenos de coraje y corazón, principios fundamentales de la mar. Sin embargo, todos ellos se sentían profundamente engañados por obedecer esa ley marítima, heredada de la fragilidad humana ante la inmensidad acuífera, y que ahora se había puesto en su contra.

Entendí muchas cosas que yo desconocía. Los asaltantes sabían que en ese punto nunca se presentaría ninguna embarcación armada de la Guardia Civil. Su margen de actuación es de diez millas desde la costa, máximo doce. Por eso no tenían ninguna prisa. Trabajaban con una impunidad alarmante. Además, toda la tripulación tuvo que guardar en secreto el asunto del robo, para no provocar lo que denominaron efecto llamada. Qué vergüenza.

Una vez en tierra, el capitán prestó declaración y prometió no hacer públicos los detalles. La embajada de Italia parecía resignarse por la pérdida de lo sustraído, sin pedir demasiadas explicaciones. De todas formas, había quedado grabado mucho de lo que sucedió, gracias a Santiago. Aunque el pobre tuvo que pagar las consecuencias. Se supone que alguien se haría cargo de la investigación, pero la verdad es que nadie nos volvió a preguntar por lo sucedido aquella noche en altamar; nunca. Lo que se me quedó grabado, y para siempre, fue la imagen de mi padre, navegando de madrugada en soledad absoluta conteniendo sus emociones como un caserón en mal estado.

Fue la única vez en mi vida que vi así a mi padre. Y juré por lo más sagrado no volver a permanecer impasible ante algo así.

Bajé a la cocina. Sin prisa, dándole tiempo para recomponerse, preparé dos cafés bien calientes y el ¡din! de la campana del microondas le sirvió de advertencia de mi llegada.

—Perdóname, papá, por mi reacción ante esos hombres. —Rompí el hielo con voz queda.

—No te disculpes, hijo mío. No es el primer abordaje que sufro. Pero sí es la primera vez que he temido por lo que más amo en este mundo: mi familia. Tú no tienes culpa de nada. Has reaccionado muy bien. Estoy orgulloso de ti.

Nunca nadie me había transmitido tanta ternura, sinceridad y cariño con tan pocas palabras.

Mi padre era un hombre excepcional.

—Te quiero mucho, papá.

Y nos dimos un fortísimo y largo abrazo cargado de alivio.

Salió en todas las noticias que nuestra embarcación había recogido a los navegantes perdidos. Todos ensalzaban la hazaña de la tripulación, su coordinación y su humanidad. Un portavoz de la Cruz Roja dijo que éramos ángeles de la mar, la cálida y suave mano de Dios recogiendo a los desamparados. A los que lo han perdido todo, a los que se agarran con serena y sufrida lucha a la frágil esperanza casi perdida. Nada era como dijeron, pero imaginé que la gente quiere historias sencillas y de final feliz.

Tuve la oportunidad de conocer a Kingsley, el joven nigeriano que trató de advertirme del peligro. Solo yo me entendía con él y el resto del grupo. Todos ellos hablaban un correcto pero anticuado inglés. De ese modo, Kingsley me confesó que llevaba más de media vida escapando de las garras de la muerte. Había visto asesinar a sus padres, hermanos y amigos. Todo por la inestabilidad política y militar de su país, por el control del poder y los recursos. Ahora, solo, famélico y despojado de toda posesión, su espíritu luchador hacía desprender en él la alegría del éxito, el éxito de no rendirse en ningún momento y mantenerse fiel a sí mismo ante tanta violencia e injusticia padecidas.

Me contó muchas cosas de su cultura. Me interesó el asunto de las deidades intermedias. Según ellos, podían satisfacer los deseos de los brujos a cambio de sacrificios y obras, siempre dependiendo de lo solicitado. De modo que entendí que un buen dominador de esa religión podía causar dolor, malestar, enfermedad y tragedia a otra persona mediante esas criaturas divinas. De inmediato, lo asocié con los demonios que acompañaban a esos mercenarios.

Desde luego, Kingsley no hablaba del tema especulando hipótesis o manifestando conjeturas. Hablaba completamente convencido del asunto. Con meridiana certeza y conocimiento verdadero. Con absoluta fe.

Mi padre y el resto de la tripulación ofrecieron todo lo prescindible de sus pertenencias, aquello que podían reponer en Santander: dinero, ropa, un *walkman,* el cubo de Rubik, toallas, mochilas. Todo podía valerles para algo. Se negaban a aceptar la ayuda. Hubo que convencerles concienzudamente para que no lo rechazaran. No estaban acostumbrados a recibir algo a cambio de nada.

Para ellos, toda esa caridad altruista era un choque de mentalidades. Para los subsaharianos, ser remolcados por aquellos cretinos y utilizados como cebo humano le costó a cada uno de ellos todo lo que poseían en vida. Ignorantes de las intenciones de esos hombres, aceptaron el trato sin conocer las condiciones, y ahora sentían vergüenza por haber participado involuntariamente.

Con el permiso de padre, le entregué el número de teléfono de casa y nuestra dirección a Kingsley. Le expliqué que este muchacho nos advirtió desde la patera, con gestos discretos, del peligro que se cernía sobre nosotros. Además, enseguida nos hicimos buenos amigos. Tenía un toque alocado y divertido, con esos ojos saltones y esa dentadura tan blanca. Cada vez que sonreía, su rostro parecía duplicar su tamaño. Me recordaba un poco a mi añorado amigo, el Picueto.

Nos despedimos de ellos dejándolos en el puerto de Algeciras, donde custodiados por la Policía Nacional los llevaron a un centro de acogida. El Gobierno aseguró regularizar su estancia en nuestro país si así lo deseaban. No faltaron algunos políticos

oportunistas a la cita para la foto de rigor.

Mi padre insistió en no contar nada acerca de la emboscada. En el barco todos parecían estar de acuerdo y extrañamente acostumbrados a guardar esas informaciones. Me preguntaba cuántas historias se ocultaban al mundo y cuán grande era el baúl de los secretos perdidos de ese capitán marinero.

Después del relevo en el puente, paralelos a la costa portuguesa, me fui a la cama mirando aquella claraboya sumergiéndose en el mar de la noche. No cesaba de pensar en por qué no vi a la sombra por ningún lado en aquel momento tan peligroso. Honestamente, algo me decía en mi interior que mi vida no corría peligro, pero cualquier ayuda habría sido bien recibida. Llegué a la conclusión de que debía prepararme mucho mejor para afrontar cualquier situación. El ejercicio físico por sí solo no era suficiente. Coger resistencia en carrera es bueno para controlar la respiración en un momento dado, pero debía aprender a pelear, a nadar con técnica, a conocer el cuerpo como lo conocía ese mercenario.

Estaba decidido a involucrarme en ser una auténtica zancadilla para el mal. Tenía claro que no iba a cambiar el universo, pero, al menos, trataría de mejorar mi entorno cercano. Me negaba a quedarme de brazos cruzados.

Se podría decir que esos desgraciados estropearon del todo mis vacaciones. Irrumpieron en nuestra intimidad, violando nuestra tranquilidad, y ahora mi padre y yo volvíamos a casa con un resquemor latente.

Antes de llegar a puerto, mi padre reunió a la tripulación en el comedor. Me dejó a mí a los mandos del timón. Me señaló la dirección que había que mantener y me quedé solo en la butaca del capitán. Estaba claro que estuvieron hablando de las prioridades, de ese momento en adelante. De que desde entonces debían desconfiar ante cualquier imprevisto, y la primera norma debía ser la autoprotección personal de la tripulación y de la embarcación. Esperar lo inesperado. No dar nada por sentado.

Me dejaron en el puerto de Santander como si fuera un polizón. Mis padres se reencontraron unos minutos, pero los ritmos desenfrenados no esperan a nadie. Todos se despidieron de mí. A Santiago tuvieron que darle algunos puntos por esos cortes, pero estaba bien. Fredy y los demás, y, cómo no, mi padre, me despidieron afectuosamente y los vi marchar hacia el norte comprometidos con las entregas. Fredy me regaló una de sus boinas con visera. Era gris oscuro, con interior de cuadros blancos y verdes. Estaba casi nueva. La acepté sin rechistar porque sabía que rechazarla le podía ofender. Y, muy a mi pesar, volvía a la ruleta rutinaria del hámster. Pero esta vez volvía diferente. Ahora tenía las ideas más ordenadas.

Tuve claro desde ese acontecimiento tan desagradable que debía prepararme física y mentalmente para cualquier posible situación. Necesitaba poder apuntarme a un gimnasio o a varios para fomentar mis capacidades.

Un maestro tailandés impartía clases de una desconocida arte marcial. Era un pequeño gimnasio acondicionado espartanamente en un garaje cerca de mi instituto. El suelo estaba recubierto por alfombras pequeñas. Parecían haber sido donadas, porque no cubrían la totalidad de la superficie. Había varios sacos para golpear. Los practicantes llevaban protecciones en antebrazos, cabeza y espinillas. Entrenaban descalzos y semidesnudos. Yo tenía frío allí dentro, y eso que iba bien abrigado.

No me imaginaba allí, pero algo me decía que era el lugar correcto.

Quise hablar con el maestro, y este me recibió con prisa y mirando constantemente a sus escasos alumnos. Hablaba malamente el castellano, pero se le entendía bien.

—Tú muy joven para *entrena* tú aquí. *Todo* aquí mayores.

—A mí no *importar*. Yo *entrena* duro.

No me extraña que este tipo nunca hable bien el castellano. Todos parecían hablarle igual de mal que él. Yo, al menos, no volví a hacerlo.

Me hizo girar sobre mí mismo para ver mis piernas y la espalda. Parecía contento. Empezaba la semana siguiente, después de clase. Una hora al día, tres veces por semana.

Ahora me tocaba hablar con mi madre para convencerla. El gimnasio no era lo que se dice barato. Cinco mil pesetas al mes. Ya lo tenía todo pensado para poder sufragar ese gasto extra: iba a dar clases a otros alumnos unas cuantas horas a la semana, y todo resuelto. Era obvio que tanta cosa me iba a quitar mucho tiempo, pero estaba decidido.

Busqué un sitio para esconder la pistola Beretta. Dudé entre varios, porque aquello no era precisamente pequeño. Finalmente, encontré el lugar adecuado sobre unas viejas maderas de la cochera. En mi otra vida, como buen americano, tuve instrucción militar y, después de eso, siempre conservé mi licencia de armas. La última pistola que tuve fue una Smith & Wesson 59. Me parece increíble poder recordar esos detalles tan precisos, y que, en cambio, otros permanecieran enterrados en la memoria perdida.

No sé muy bien por qué acepté la Beretta. Puede que sea por el hecho de que siempre tuve una pistola, porque me pareció una buena idea, o porque igual un día la pudiera necesitar, nunca se sabe. Comoquiera que fuese, compré el aceite adecuado en una ferretería. La desmonté, la engrasé debidamente e introduje todas las piezas en bolsas herméticas. No tenía pensado manipularla ni portarla un solo segundo.

El año académico terminó y toda la clase se iba de viaje de fin de curso a las islas Canarias. Mi madre no paraba de animarme para que fuese. Que sacaría el dinero de donde tuviera que ser, pero que no quería que me quedara sin ir. Naturalmente, y tal como andaban las cosas en casa, lo rechacé de pleno.

Ese inicio de verano del 96 me lo pasé dando clase a muchachos de mi antiguo colegio. Cobraba trescientas pesetas la hora, aunque a veces era generoso y me quedaba un poco más sin pedir nada a cambio. Me sentaba bien poder ayudar a esos chicos. Podía notar en ellos el miedo por repetir curso. Y es que repetir curso a esas edades te hace separarte de todo tu núcleo de amigos y compañeros. Se queda uno estigmatizado para siempre, viendo cómo te bajas del tren, esperas en la estación y coges el siguiente lleno de extraños. No lo podía permitir.

Me daba mucha lástima comprobar que los chavales tenían altas capacidades, vamos, que eran muy inteligentes. Lo que ocurría es que nadie les enseñaba a aprender. Les exigían estudiar, pero no les indicaban el cómo. Así es que lo primero que hice fue enseñarles técnicas de estudio, reglas mnemotécnicas, confección de esquemas, ambiente de trabajo, disciplina del sueño y descanso, y después perseverancia y autoconfianza. Una vez explicado esto, comenzamos con la imaginación. Y es que aprenderse la lista de reyes godos es un tostón de mucho cuidado si no les pones cara y lo contextualizas un poco en su época.

Entrenaba sin parar todo el tiempo que podía. Sin amigos ni planes, iba en solitario al

bosque y entrenaba por mi cuenta. Tenía el cuerpo completamente dolorido, y mi madre se empezó a preocupar por los moratones y las ampollas de mis pies. Era mi forma de evadirme un poco de la realidad y liberar energía. Reconozco que me hubiese encantado ir a ese viaje de fin de curso, pero no podía ser tan egoísta. El negocio de mi tío José cada vez estaba más estrujado, y se le veía muy agobiado con los pagos de veterinario, permisos, etc., etc.

Mi madre había empezado a confiarme bastante libertad, y por ese verano ya viajaba yo solo en tren Feve desde Gijón y me bajaba en la estación de San Roque del Acebal. Era el pueblo con estación más cercano a casa. Si salía tarde de allí, la avisaba por teléfono para que no se preocupase. Comprendí que libertad y responsabilidad van cogidas de la mano.

Mi padre, cada vez más comprometido con sus clientes, no daba abasto con tanto trabajo. Llamaba por teléfono desde Helsinki, Estocolmo, Reikiavik, y en el timbre de su voz siempre un denominador común: la tristeza disfrazada.

Mis experiencias con lo sobrenatural ya se mostraban distantes en el tiempo. Ni un solo día dejé de pensar en Angie, pero no encontraba la solución para confirmar mis extraños recuerdos. Al menos, yo ya no me preocupaba mucho de eso. Necesitaba tener la atención distraída y lo conseguía con mis obligaciones diarias.

Mi insoportable frustración la descargaba entrenando en el bosque… hasta esa noche de verano.

CAPÍTULO 12. **DEMONIOS EN LA FRAGUA**

- *ANDRÍN, VERANO DE 1996*

Como de costumbre, esperaba en el andén a mi ruidoso, cuadrado y simpático tren que siempre me llevaba a casa. Fue una tarde bastante ajetreada entre el entrenamiento y las clases de matemáticas que le di al canijo de Nicolás. El cielo estaba anaranjado, y el tiempo de esa tarde noche nos dejaba disfrutar de la manga corta. En verano siempre era habitual que la región multiplicara por cuatro su población, entre familiares y turistas venidos de todas partes.

Aguardaba pacientemente sobre ese banco metálico de color amarillo, con el ronroneo parlante del resto de los viajeros como telón de fondo. El tren de sentido opuesto llegó antes que el mío. Me gustaba entretenerme mirando la diversidad de gente de todos los estilos que correteaba libre por nuestra tierra. Muchos de ellos aparentaban tener un falso sentido de pertenencia. Miraban a todo el mundo como si los forasteros fueran los demás. Era una curiosa conducta.

Sin embargo, un hombre alto y muy delgado me llamó la atención poderosamente de inmediato. Uno de esos seres rojizos no se despegaba de él. Mejor dicho, ese ser parecía guiarle en su camino, yendo por delante. A lo lejos veía la luz del convoy que me llevaría a casa y, por unos segundos, dudé. Miraba el tren y veía la tranquilidad de un día más cenando con mi madre y viendo la televisión un rato. Volvía la vista sobre aquel hombre y sabía que las cosas podrían complicarse. De una u otra manera, me había prometido a mí mismo no permanecer impasible, ajeno al éxito de la maldad. Estaba comprometido a impedirlo.

Crucé la pasarela y salí de la estación siguiéndole. Aquel hombre caminaba a toda prisa, y perseguirle sin dar largas zancadas me estaba costando. De repente, se paró en una tienda de regalos. Miraba hacia todos lados, vigilante. Parecía hacerlo de manera mecánica. Pensé que se habría dado cuenta de que le pisaba los talones, pero estaba claro que no llamé su atención en absoluto.

Su cara flaca y alargada, su barba de unos cuantos días, el pelo desgreñado y sus ojeras hacían poder adivinar a cualquier mortal que estábamos ante un hombre singular, como poco. Cogió un par de llaveros turísticos y se los guardó en su larga chaqueta tres cuartos. A mi entender, ese pequeño robo no era lo peor que venía a hacer ese individuo allí. Era un hombre nervioso. Se movía alterado. Me extrañó que se sentara en una placita de la ciudad, porque daba la sensación de no poder quedar quieto un segundo. Miraba a todos lados ansioso, buscando algo.

Le observaba sin poder entender bien qué andaba tramando. Yo trataba de ver al demonio que le acompañaba. Pero ya no lo veía. No entendía bien cómo funcionaba la ayuda de estos seres. Llevaría allí sentado unos diez minutos. Él se mordía las pieles muertas de sus dedos. Le veía apoyado, de pie, en una esquina de la plaza, a una distancia prudencial. Empecé a sentir algo de frío. Decidí sacar mi sudadera de la

mochila y me la puse. En ese preciso instante, pude ver de nuevo la silueta rojiza de ese ser. Parecía tirar con fuerza del abrigo de ese tipo. Sin saber cómo, aquel hombre recibió la señal y se levantó, tratando de encontrar algo. Él sabía que era el momento, pero estaba indeciso.

De pronto, vi moverse velozmente la silueta de ese rojizo; se arrimó a una señora mayor que caminaba a buen ritmo para su edad por el borde exterior de la plaza. Un abrigo largo y marrón la cubría casi por completo. Sobre su hombro, la correa de piel de un bolso negro que agarraba con fuerza contra su costado.

El ser rojizo perecía señalarla como un objetivo sin despegarse del lado de la señora. El hombre delgado y nervioso centró su visión en ella y, de pronto, comprendí que algo malo iba a pasar. Se apretó el cinturón de su pantalón y comenzó a caminar tras ella. Para mí era obvio que ese desgraciado iba a pegarle un tirón del bolso o, peor aún, estrellar su cabeza contra el asfalto y robarle sin compasión. Yo no sabía cómo actuar. Me decía a mí mismo: «Piensa, piensa. Deprisa, piensa».

Corrí hacia ella, adelantando al hombre mientras caminábamos por una calle estrecha y solitaria del centro de Gijón. Me puse a la altura de la señora e irrumpí en su caminar exclamando en voz alta:

—Abuela, ¡cómo me alegro de verla! Vamos juntos para casa —le dije mientras le guiñaba un ojo. Entonces en voz baja le susurré—: Hágame caso en lo que le digo. Hay un hombre detrás que la viene siguiendo desde la plaza. Creo que la quiere atracar.

Un pequeño grito salió de su voz cuando pudo tomar aire.

—Cójase de mi brazo. Y no se separe de mí.

La señora confió en lo que le dije y obedeció sin hacer más preguntas. Yo miraba de reojo y el hombre todavía nos seguía a unos diez metros de distancia. Parecía lleno de furia. Apretaba sus puños con una mueca de frustración y, sin venir a cuento, dio una patada al aire. Me mantuve tranquilo, pero el muy desgraciado no se daba por vencido. No se resignaba a perder, y supongo que un joven de dieciséis años no era obstáculo suficiente. Cada vez se acercaba más y más, la señora apretaba mi antebrazo con todas sus fuerzas; presentía el peligro. Yo confiaba en que pasara de largo, pero no fue así.

Nos empujó a los dos contra un portal. Casi nos caemos porque había un peldaño y un pequeño espacio entre este y el portón de madera. Sacó una navaja automática y me la puso junto a la cara pinchándome un poco con su punta.

—¡La mochila y el bolso! ¡Vamos! —nos gritó en voz baja, con esa voz rota de borracho y el respirar acelerado.

—Por favor, por favor, por favor. Llévatelo todo, pero no nos hagas daño. Toma —dije entre lloros y sollozos nerviosos, temblando mientras me quitaba la mochila y la señora le ofrecía el bolso sin reservas.

Separó la navaja de mi cara, con una clara expresión de asco por mi cobardía histérica. Se sentía dueño de la situación. Ordenó que abriera mi mochila y metiera como fuese el bolso de la señora dentro. Y así lo hice. Me dejó un poco de espacio mientras ocultaba la navaja abierta dentro de un bolsillo del abrigo, cuyo relieve afilado se marcaba en la tela. Me instaba a hacerlo deprisa. Cerré la cremallera y le miré con cara aterrorizada, tendiéndole la mochila por la pequeña asa de arriba. La agarró con la mano izquierda tirando de ella, y entonces lo pensé: «¡Ahora o nunca!». Tiré de nuevo

con fuerza de la mochila hacia mí propinándole una patada con todas mis fuerzas en el cuello. A continuación, varios codazos al rostro. Cogiendo su cabeza desde la nuca, la empotré contra mi rodilla. Sacó la navaja agitándola de lado a lado tratando de alcanzarme. Lo desarmé luxando su muñeca en una postura imposible hasta que sonó ¡crac! y este parecía retorcerse de dolor.

La señora gritaba sin parar, angustiada por la violencia, y varias personas observaban los hechos sin intervenir en nada. Entonces empecé a escuchar de esas personas unas palabras que me acompañarían durante mucho tiempo: «¡Criminal! ¡Criminal! ¡Salvaje!». Me lo decían a mí; a mí, que casi me sacan un ojo con la navaja. A mí, que acababa de evitar que ese malnacido arrastrara por el suelo a esa pobre mujer y le robase sin miramientos.

Sin perder un segundo, saqué de nuevo el bolso de la mochila y se lo entregué a la señora. Lo cogió, mirándome como quien ve a un extraterrestre. El desgraciado estaba tirado en el suelo agarrándose la mano y quejándose del dolor. Me acerqué a él, pegué una patada fuerte a la navaja que estaba en el suelo e introduje la mano en el otro bolsillo de su chaqueta y saqué los llaveros que se llevó de la tienda de regalos. Visiblemente alterado, me dirigí a la abuela:

—Señora, yo me largo de aquí —le dije.

Cerré la mochila, me la apreté bien a la espalda y salí corriendo mientras aquellos testigos inocuos me amenazaban con la llegada de la policía. Nervioso, asustado, pero también contento, noté una humedad en el brazo. No me lo podía creer. Estaba sangrando por un corte a la altura del hombro, y no me había dado ni cuenta.

Detrás de unos setos, me senté y valoré la herida. Era un corte feo pero superficial; recordé a Santiago, consciente de la semejanza. No podía pedir ayuda sin llamar la atención de las autoridades. Decidí volver a casa de Nicolás con la falsa excusa de un accidente, un descuido con el cristal saliente de un contenedor de obras y lleno de escombros.

Los padres de Nicolás quisieron ver la herida, pero me negué con evasivas. Le pedí al bueno de Nicolás el pegamento de contacto que vi en su estantería unas horas antes. Me dejaron la caja del botiquín de la casa. Allí solo había pastillas de todo tipo, alcohol y tiritas. Hice lo que pude con lo que había a mi alcance.

Cogí el rollo de papel higiénico que estaba a punto de acabarse y lo mordí con fuerza mientras me echaba el agua y jabón en la herida. Sudores fríos recorrían todo mi cuerpo. Junté la carne con los dedos envueltos en papel higiénico y fui perfilando el corte, arrimando la carne y sellándola con el adhesivo. Cogí el secador que estaba junto al lavabo y lo utilicé para acelerar el proceso. Junto a la puerta del baño sentía la presencia de los padres de Nicolás, preocupados, preguntándose si llamar a una ambulancia o llevarme al hospital. Afortunadamente, mi sudadera era oscura y la sangre se camuflaba un poco. Limpié bien todo lo manchado con papel y tiré de la cadena varias veces.

Salí del baño y les enseñé la herida cubierta por tres tiritas. Los vi respirar aliviados, porque así parecía de menor gravedad. Miré el reloj y pensé en que perdería el próximo tren si no salía ya. El padre de Nicolás insistió en que llamase a casa para decir que iba a llegar más tarde, ofreciéndose para acercarme a la estación de Sotillo.

Me pareció buena idea. Así, si alguien me andaba buscando, sería más difícil que me

encontrara. Me estaba volviendo un experto de la mentira. Eso no me gustaba, pero es que no tenía otra opción. Con mi educación y la experiencia ya de dos vidas, sabía todo lo que debía decir en cada momento para ganarme el aprecio y cariño de los adultos.

¿Me estaba transformando en un lobo con piel de cordero?

Regresé a casa reflexionando sobre todo lo ocurrido. Como de costumbre, haciendo autocrítica, extraje como conclusión que me sentía muy feliz conmigo mismo. Esa señora podría ser mi madre o mi tía. Me alegré de haberle dado un buen escarmiento a ese malnacido. Los pocos pasajeros, casi todos turistas, que iban conmigo en el vagón, me miraban como si estuviera loco. Yo me reía observando mi reflejo en el cristal del tren. Trataba de imaginarme a mí mismo fingiendo estar acobardado. Lloriqueando de miedo por aquel cretino. Cómo le hice bajar la guardia y aproveché para darle «para el pelo».

Estaba claro que el *muay thai* me había servido de mucho. Eso era todo un acierto. Miraba mi mano y veía esos dos llaveros de la tienda de *souvenirs* y no podía dejar de reírme. Me alegraba haber salido victorioso. Magullado pero vencedor, me felicitaba y me sentía orgulloso.

Esto era solo el principio de mi lucha. Apreté con fuerza aquellos llaveros. Y maldije que tuviera que ser así. Tener que pelear para proteger lo correcto. Para ser de los justos.

Entonces noté que un pequeño grupo de cuatro jóvenes parecía no quitarme el ojo de encima. Hasta hoy no me perdono esto que hice. Tendrían unos veinte años. Eran bastante mayores que yo. Y, por su acento, adiviné que no eran de la zona. Parecían del sur, pero no estoy seguro. Lo que sí que sé es que me descentraron de mis pensamientos. Me dio la impresión de que se reían de mí. Los miré fijamente, muy serio, y ellos me sostuvieron la mirada. A uno le dio por hacerme un gesto con la barbilla. Lo interpreté como una señal interrogante, como si me preguntara: «¿Qué te pasa a ti?». Su mirada era desafiante y altiva. En cualquier otra circunstancia habría eludido completamente el conflicto.

Las circunstancias eran la clave.

Me levanté de mi asiento como jabato descontrolado y me dirigí hacia ellos. A aquel que me sostuvo tanto la mirada le solté un bofetón con todas mis ganas. En cuanto que pudo recomponerse y vi su rostro de nuevo, una mano roja se dibujó, casi en relieve, en su cara. Y le devolví la pregunta.

—Ahora te lo pregunto yo a ti, subnormal. ¿Qué cojones os pasa a los cuatro?

Se miraban entre ellos escépticos, sin dar crédito a lo inverosímil de lo que les estaba sucediendo. Y les volví a gritar de nuevo, mientras todo el pasaje enmudecía con mis acciones. Me sentía invencible. Capaz de darles una paliza a todos y volver a sentarme a mirar mis apuntes.

—¿Qué? ¿Qué cojones os pasa? ¡Trozos de mierda con ojos!

Podía ver el temor en todos ellos y eso alimentaba mi vanidad. Los perseguía con mirada inquisitiva y ninguno contestaba. Solo se observaban mutuamente sin parar, mirando al resto de los viajeros, esperando no sé qué. Al final, el que se llevó el tortazo habló.

—No-no nos pasa nada, tío. No queremos problemas.

—Cuando dais con la horma de vuestro zapato, os lo hacéis encima. ¿Tú me conoces

de algo para mirarme así, retrasado? ¡Te estoy preguntando!

—No. No te conocemos de nada. Perdónanos.

El tren iba frenando el ritmo, llegando a la siguiente estación.

—Os vais a ir a tomar por culo de aquí. Esta es vuestra parada. Os bajáis. No lo repetiré. O aquí o al hospital. Elegid, ¡deprisa!

Todos se incorporaron y se apresuraron a ir hacia la puerta. Miraban la estación como si el tren no fuera a abrir las puertas nunca, impacientes por alejarse de mí. Finalmente, se bajaron y no volvieron a alzar la mirada, evitando cruzarla de nuevo conmigo. Había tenido una tarde muy larga, entre el gimnasio, las clases y luego el chorizo ese. Curarme deprisa y coger el tren para pegarme casi una hora en volver a casa, y, por si fuera poco, me encuentro a cuatro faltones creyéndose los amos del mundo. Como unos perdonavidas.

—Las apariencias engañan. Y, conmigo, más. Así aprenderán la lección —me dije. Y me senté de nuevo en el asiento junto a mi mochila.

No recordaba el vagón tan silencioso. Estaba claro que mi comportamiento había provocado en los pasajeros un mutismo repentino, que poco a poco se empezó a disolver volviendo a la normalidad.

Mi enfrentamiento con los jóvenes no me removió la conciencia lo más mínimo. Me di por satisfecho. Y, en ese momento, incluso me pareció poca reprimenda por su osadía insensata. Llegué a casa por fin. Mi madre esperaba sentada en la puerta de casa, preocupada por que hubiera cogido el tren y por el corte que le mencioné. A mi llegada por el camino de farolas, mi madre caminó hacia mí. En cuanto estuve a su altura, me pegó un achuchón cariñoso preguntándome, al tiempo que pellizcaba mi mejilla:

—¿Cómo está mi hombrecito?

—Joder, ¡quita, mamá! —exclamé asqueado.

Es que no me apetecían nada de nada esas tonterías. Ella retiró la mano y adoptó un ligero gesto decepcionante. Tenía que hacerse a la idea de que ya estaba creciendo. Que ya no era un crío de diez años. No iba a ser su bebé eternamente.

Me quité la sudadera rasgada y la tiré directamente a la basura. Me metí en el baño para ducharme, de una vez por todas. Examiné la herida y tenía buena pinta. Me duché con cuidado de no mojar las tiritas repuestas y me sentí como nuevo. El estrés de tanto jaleo me había pasado factura y ahora solo deseaba meterme en la cama a descansar.

Me estaba poniendo el pijama dentro del baño, y, como de costumbre, a causa de la escasa potencia contratada, el termo eléctrico se activó y los plomos saltaron.

—¡Joder! ¡Siempre igual! —grité en voz alta desde el lavabo.

Mi madre no contestó. Mis ojos trataban de amoldarse a la escasa luz. Frente a mí, el espejo reflejaba mi contorno con sutilidad. Y, de pronto, vi lo que jamás pensé ver. El ser rojizo de aquel delincuente estaba a mi lado. Me acompañaba desde allí. Un vacío tiró de mi alma hacia dentro.

Comprendí que yo nunca me habría comportado así con aquellos muchachos. Que jamás le habría hecho ese feo a mi madre al recibirme con su ternura. Ese maldito ser, que ahora no se despegaba de mí, alteraba mi conducta, me hacía ser malvado e incluso malhablado. Tenía la capacidad de sacar lo peor de mí, no sé.

Lo observaba a mi lado, pero nunca podía verlo bien enfocado. Siempre debía mirar a la distancia lejana para distinguir su color y forma borrosa, impidiéndome esto mantener

contacto visual con él. Yo creo que él sabía que lo veía. Pero nunca se manifestó. Yo solo quería deshacerme de él. Quería que viniese mi ángel de la guarda y me ayudara con este espantoso asunto. Estaba aterrado de no podérmelo quitar de encima. La luz volvió y ahora verlo se me hacía más difícil entre tanta luminosidad.

Lo primero que hice nada más salir del diminuto baño fue disculparme con mi madre, darle un abrazo muy muy fuerte y un beso con todas mis ganas. Le pedí perdón tantas veces que ya se echaba a reír con expresión comprensiva y tolerante. Le dije lo mucho que la quería y lo agradecido que estaba con mi suerte por tenerla de madre. Y, casi emocionada y como de costumbre, me dijo que la acompañara a la cocina para calentarme la cena. Mientras tanto, charlábamos de cotilleos insulsos del pueblo. Algo en mi interior me animaba a ser un grosero con ella. Quería mandarla a hacer puñetas por hablarme de esas tonterías. Pero fui fuerte y consciente de que se trataba de lo que bauticé como el efecto rojizo.

Por fin me metí en la cama. Y de nuevo a oscuras sentía su presencia constante. Traté de pensar en un plan. Y lo único que se me ocurrió fue en ir al día siguiente a hablar con el cura. No me quedaba más remedio, sobre todo en ausencia de mi interesado amigo, la sombra. Mi buen amigo desaparecido, y que se autodenominaba ángel de la guarda. Ese ángel oscuro que de pronto parecía tenerme abandonado y olvidado.

No recuerdo nada de cuando me acosté, solo que elucubraba alguna estrategia lógica para deshacerme de ese maléfico ser. Sin poder resistirlo, me quedé dormido profundamente, como si mi peso se hubiera multiplicado varias veces.

El peso de la maldad.

CAPÍTULO 13. **MÁS QUE MOSCA**

- *ANDRÍN, VERANO DE 1996*

La noche pasó y un nuevo día se presentaba ante mí. Me desperté como siempre. Fui a lavarme la cara y, de pronto, recordé lo del ser maligno que tenía pegado a mí. Súbitamente, me invadió la preocupación. No necesitaba verlo para notar que estaba cerca, vinculado a mi persona. En ese momento, no sabía el porqué.

Acostumbraba a despertarme en vacaciones sobre las nueve de la mañana, pero aquel día, entre lo tarde que regresé y todo el estrés acumulado, ya me habían dado las once y media.

Desayuné rápido mientras mi madre preparaba la comida y salí disparado con la bicicleta a hablar con el padre Damián. Ansiaba hablar con alguien. Todo lo que me estaba pasando era como un volcán a punto de explotar. Necesitaba contener toda esa fuerza dimanante y visceral. Alguien debía calmarme un poco, porque mi actitud era la viva imagen de la calma antes de la tormenta, se siente el resoplar del aire, pero todavía no ha empezado.

En esta ocasión, su puerta no estaba abierta. La última vez pensé que era una especie de adivino o algo así. Yo mismo me di cuenta de que llamé con ansia golpeando insistentemente la aldaba del portón en la casa del cura. Abrió la puerta tímidamente, asomando por el hueco la nariz y uno de sus ojos. No me sonrió como de costumbre al verme. Supongo que mi semblante inquieto no le invitó a hacerlo.

—Pasa, hijo. ¿Qué te ocurre, que te veo desencajado? —Se sujetaba en su bastón.

—Tengo algunas preguntas.

—Por un momento, pensé que era la Guardia Civil. Qué manera de llamar.

—Perdone, padre. Estoy un poco nervioso por un delicado asunto.

—¿Te atañe a ti?

—Eh, no, no…

—Bien. Pasa y hablamos tranquilamente. A ver, muchacho, ¿de qué se trata?

—Quiero hablar de los demonios. ¿Quiénes son?, ¿cómo se comportan?, ¿cómo puede uno librarse de ellos?

—Nadie sabe exactamente eso. El demonio es una antítesis del bien. Suele seducirnos con el cumplimiento de los deseos más mundanos, a cambio de un compromiso.

—Eso… es algo muy generalizado, padre. Necesito saber qué es lo que provoca que un demonio se pegue a un ser humano. Y, sobre todo, cómo librarse de uno.

—Habla más tranquilo, que no hay prisa. Un demonio se puede adherir a un ser humano cualquiera. Generalmente, escogen entre dos perfiles muy definidos: o individuos con alto potencial de maldad, o todo lo contrario.

—¿Por qué querrían acercarse a una buena persona, padre?

—Ellos ganan el doble. Primero, si logran transformarlo en una mala persona, alcanza

el mismo objetivo y, segundo, además evitan todo aquello bueno que pudiera hacer.

—¿Y cómo se puede librar uno de eso?

—La Iglesia lo hace a través del ejercicio del exorcismo. Aunque otras culturas han desarrollado otros rituales. Lo más importante es ser muy fuerte. No doblegarse ante ellos. Cuanto más terreno ganen de nosotros, más difícil será echarlos. Es una lucha interior contra uno mismo, más que con el demonio en sí. Vencer es cuestión de negación, fortaleza y perseverancia. Negación hacia el mal, fortaleza para proseguir abnegado y perseverancia en el mantenimiento de las dos anteriores.

—Muchas gracias, padre, son muy buenos consejos. ¿Y cómo es eso de que otras culturas practican otros rituales? ¿A qué se refiere?

—Pues mira, hijo. Como ya sabrás, existen muchas creencias acerca de esos seres. Cada religión sostiene un concepto, básicamente idéntico, aunque con sutiles diferencias. Eso por no hablar de aquellos que adoran al maligno, que son un mundo aparte. ¿Por qué no salimos a dar un paseo, y así muevo un poco el esqueleto?

Salimos y caminamos durante más de una hora, aunque recorrimos muy poca distancia. El padre Damián era un baúl lleno de anécdotas y sabiduría. Ese paseo en su compañía me tranquilizó mucho. Hizo que me olvidara de «ese pequeño problema» que me seguía a todas partes. Caminando a su lado, uno podía sentir el afecto y respeto verdadero de todos los vecinos. Cada paisano que le saludaba parecía estar en deuda con él. Y ahora, sin duda, yo también le debía un favor.

Me pidió que me sentara en un banco de la iglesia. Me dijo que quería orar por mí. Y así lo hizo, en silencio, durante más de media de hora. Sentía que el peso con el que llegué se había aliviado casi por completo. Al margen de su carácter religioso, el padre Damián era una persona extraordinaria, transmitía mucha paz interior y eso, como cualquier otra virtud, se contagia.

Regresé a casa y ayudé en todo lo que pude a mi madre, mezclando con una paleta la ensaladilla rusa, poniendo la mesa y colocando todo en el patio. Mis tíos se acercaban hoy a comer, y pronto estarían ahí, así que eché una carrera a la tienda y compré varios refrescos. Ahora controlaba mi propia economía y me gustaba poder tener detalles así.

Estar ocupado durante todo ese tiempo mitigó aquella angustia que la noche anterior me hizo sentir atenazado. Aunque poco me duró la tranquilidad. Pasé al cuarto de mis padres y, bajando la persiana, contemplé mi reflejo en el espejo de su armario, a la mayor distancia posible. El ser rojizo, con forma humanoide, parecía estar junto a mí con los brazos cruzados tras la espalda. Su imagen se distorsionaba como el calor del asfalto en una calurosa tarde de verano. Trataba de ver su rostro, pero se me hacía imposible.

—¿Qué quieres de mí? —le grité. Verlo ahí me sacaba de mis casillas.

No obtuve respuesta alguna, aunque me daba la sensación de que se estaba riendo. Traté de recomponerme como pude, subí la persiana de nuevo y escuché llegar a mis tíos para comer. Recuerdo que cada vez que mi tío me veía, colleja que me caía. Lo hacía ya por sistema. Como un saludo. Y, claro, con esa mano tan grande y tanta fuerza, cualquiera dudaba de sus intenciones pacíficas.

Terminamos de poner la mesa. Sacamos el pollo asado del horno, llevé los refrescos y nos sentamos todos a comer. Hablamos de asuntos triviales: el tiempo, el estado de

la mar, el turismo. Mis tíos me encontraban muy descentrados de la conversación. Y es que empecé a ver al pequeño ser rondando entre nosotros. Se puso al lado de mi madre y, de pronto, su plato de carne servido se partió por la mitad. Dio la explicación del contraste de temperatura al servir el pollo asado. Se levantó para cambiarlo y el mantel se le enganchó con la correa de su reloj, y se volcaron varios vasos llenos de refresco. El pan se empapó y mis pantalones se mojaron casi por completo.

Yo sabía que todo eso no era casualidad. Desde luego, aunque mi madre camufló su enfado por la presunta torpeza, se le notaba su esfuerzo de autocontrol. Yo tenía claro que el maldito ser rojizo estaba haciendo de las suyas. Me habría encantado decírselo, pero me veía en un psiquiátrico, disfrutando del paso de la corriente eléctrica por mi cerebro frito.

Cambiamos el mantel, mi pantalón y el plato, cogimos otra barra de pan y rellenamos los vasos de nuevo. El pollo ya estaba templado, tirando a frío. Entonces vi la figura al lado de mi tía. De pronto, le entró hipo. Pero vaya hipo, unos gritos invertidos que no eran ni medio normales. Por si fuera poco, una mosca no paraba de posarse en su cara. De verdad que esa mosca parecía haberla tomado con ella. De la nariz a los ojos, se posaba en la comisura de sus labios; tal era su desesperación entre el hipo y la maldita mosca que intentó comérsela, pero la mosca escapó para volver a posarse y corretear por su cara.

Entonces le tocó el turno a mi tío, que con toda su buena intención le dijo a mi tía que se quedara quieta, muy quieta, mientras él acercaba la mano a su cara. El desastre se veía venir. Sus ojos cargados de desconfianza vaticinaban exactamente lo que pasó. Supongo que manejar esa mano de tres kilos no sería tarea fácil, y mi tía se llevó un tortazo importante y, lo peor de todo, la mosca se volvió a posar en su cara.

Mi tío no paraba de disculparse con la pobre de mi tía, cuando de pronto empezó a quejarse de un picor en el pie. Sin venir a cuento, se despojó del zapato con total rapidez y se quitó el calcetín colgándoselo del hombro como si fuera el loro de un pirata. Se le veía disfrutar de la imprevista rascada de pie. Resultaba un placer insano. Se pasaba toda la mano frotándose la planta como podía, porque él no tenía uñas. Le picaba tanto que cogió un tenedor para aliviarlo. Ese picor había revelado varias cosas: que mi tío tenía un grave problema de olor corporal localizado en sus extremidades inferiores y que los agujeros de sus calcetines no solucionaban el problema con la ventilación.

Menudo cuadro: mi madre enfadada por lo de tirar el mantel; mi tía con un hipo sobrehumano, luchando contra una mosca persistente y recuperándose de la bienintencionada mano gigante de su marido; y este último apestando toda la mesa rascándose con un tenedor exhibiendo su calcetín agujereado y maloliente. No pude evitar echarme a reír sin control. Lo malo es que el tenedor se mezcló con los demás y lo perdí de vista. De no ser así, lo habría tirado a la basura para siempre.

Desde luego, sabía que todo eso era obra del condenado bicho rojo. Una pequeña demostración de poder. Nos fastidió la comida que mi madre llevaba toda la mañana cocinando. Por lo menos, el café lo tomamos más tranquilos. Mi tío ya no me llevaba la contraria con eso. Miré el reloj, y a toda prisa me acerqué a la estación en bicicleta para coger el tren de nuevo a Gijón. A entrenar y a dar un par de clases.

Me senté junto a la ventanilla. Era donde más me gustaba ir. Esta vez a contra

dirección, en uno de esos cuatro asientos que están enfrentados. A mi lado había un periódico manoseado y arrugado. Aburrido, lo abrí para leerlo. Rápidamente, un discreto titular llamó mi atención: «Joven desconocido evita el atraco a una de nuestras abuelas y colabora en la detención de un peligroso delincuente buscado por la Justicia». No me lo podía creer, allí estaba lo que pasó, en las noticias del periódico asturiano.

Por lo visto, la señora llevaba quinientas mil pesetas en el bolso, y el hombre había participado en numerosos atracos en Barcelona, y se escondía en los albergues de peregrinos que tenían poco o nulo control policial. Era obvio que el bicho le había indicado bien la víctima a escoger. Tenía buen olfato para el dinero.

Me guardé el periódico en la mochila cuando un señor y su hijo se sentaron frente a mí.

—Buenas tardes. ¿Se puede? —me preguntó con una educación exquisita.

—Por supuesto. No está ocupado. Tomen asiento.

El chico que le acompañaba tendría unos diecinueve años y, por su manera de comportarse, parecía claro que algo extraño le pasaba.

—No te asustes por mi hijo, muchacho. Es inofensivo.

—No estaba asustado. Se ve que es muy buena persona.

—Y así es. Solo tenemos que llevarle para que le aumenten un poco la medicación.

El chico miraba a todos lados como si oyera algo que los demás no oyéramos. De vez en cuando, levantaba el dedo índice de su mano y lo movía de lado a lado, mandando guardar silencio. Queriendo prestar atención a otra cosa.

—Disculpe. ¿Qué le ocurre, si no es indiscreto preguntar?

—No pasa nada, muchacho. Le han diagnosticado esquizofrenia.

Y entonces el chico mandó callar a su padre.

—Un momento, papá. Silencio, que alguien quiere hablar con David. Ajá, ajá, ajá.

—No te llamas David, ¿verdad, muchacho?

Instintivamente, iba a decirle la verdad, pero reaccioné bien y le mentí. Cada vez me costaba menos interpretar el papel.

—No, señor. Me llamo Alexis.

—¡Mientes, desgraciado! Me lo ha dicho tu amigo. Que le has fastidiado bien ayer con lo de la vieja, y que ahora te lo va a devolver dándote por saco.

Instintivamente, doblé el periódico escondiendo el humilde titular.

—Dice saber quién eres y que conoce tu secreto. Sabe que tienes una pistola, y si encuentra la manera, te matará con ella. Pero también dice que, si eliges el lado correcto, si le eliges a él, te ayudará en cualquier cosa que necesites, cualquier cosa —repitió con tono susurrador.

—Perdónale, joven. No lo hace con mala intención. Sufre alucinaciones auditivas, es parte de su enfermedad. No te molestamos más, nos vamos a otro asiento.

El chico volvió a interrumpir a su padre.

—Me está gritando al oído: «¡Solo yo puedo ayudarte! ¡Solo yo!».

—No se disculpe, señor. Si lo desea, les dejo aquí tranquilamente, así no tienen ustedes que levantarse.

Me levanté como un rayo. Me eché la mochila al hombro y me cambié de asiento. Todo este estrés, las amenazas del bicho, lo que sabía de mí me estaban superando

un poco. Trataba de calmarme, pero en realidad nadie me podía tranquilizar. Necesitaba hablar con la sombra, pero esta no se dignaba a presentarse. Me encontraba en relativo peligro, pero no venía. Ya imagino que tendría muchos a los que proteger, no quería ser egoísta, pero lo mío estaba pasando de castaño oscuro y, aunque nunca haría un trato con él, lo que me dijo de la ayuda me hizo pensar de inmediato en Angie.

Necesitaba reencontrarme con ella. Verla una vez más. Era mi mayor deseo. Con eso jugaba el bicho asqueroso. Todo el mundo desea algo. Era consciente, pero, aun así, me suscitaba la duda. La encontraré yo por mis propios medios, no dejaba de repetirme a mí mismo para no caer en su trampa.

Miraba a aquel joven con su padre y sentía lástima por él. Lo que le habían diagnosticado como una enfermedad en realidad, a mi modo de ver, era simplemente un sexto sentido, una percepción amplificada de las realidades paralelas. Pero su mente no estaba preparada para todo ese aluvión de información, y resultaba incongruente para los ojos escépticos y para sí mismo. Esperaba que se pusiera bien y que esa medicación aliviase su percepción sensorial tan afinada.

Me bajé en mi estación y ellos continuaron camino de Oviedo. Me despedí de los dos desde el andén con un gesto amistoso y el padre me lo devolvió. El hijo se me quedó mirando, siguiéndome con los ojos mientras el tren arrancaba nuevamente, colocó su puño pegado al cristal, y a modo de manivela con su otra mano prolongó el dedo medio. El padre lo vio y trató de corregirlo. Yo le devolví la mirada fría con los ojos afilados y saqué mi lengua todo lo que pude, muy serio, sin retirar la mirada al tiempo que el tren se alejaba.

Esa técnica la había visto en un documental; en él, los religiosos hindúes aseguraban que eso espantaba a los malos espíritus. De esto último no tenía certeza; eso sí, mi pinta, vista desde fuera, era la de un trastornado, eso seguro.

Se me acababan las ideas.

CAPÍTULO 14. **HERMANOS**

- *PRINCIPADO DE ASTURIAS-CANTABRIA, VERANO DE 1996*

Me dirigí derecho al gimnasio, y descargué toda mi frustración con el saco y las protecciones de mi compañero. Casi dos horas de palizón físico me ayudó a rebajar tensiones. Me di una ducha en esos austeros vestuarios, y me vestí a toda prisa para no llegar tarde con mi alumno Julio. Este chaval había suspendido una de las asignaturas más importantes y la arrastraba a septiembre, Ciencias Naturales.

Trataba de concentrarme en el asunto que nos tocaba. La célula. Yo le hacía entender la importancia genética de la mitocondria, y su herencia únicamente por línea materna. Expliqué todas sus partes, como si fuera un huevo donde el núcleo es la yema, la clara es el citoplasma, la cáscara se llama membrana, y así. Parecía entenderlo bien con ese símil, pero a la vez no me podía concentrar demasiado.

En la mesa del comedor estaban su hermano mayor y su padre, ambos discutiendo acerca de la estabilidad estructural de una construcción asimétrica. Le pregunté a Julio acerca de sus familiares. Su padre regentaba un estudio de arquitectura de éxito y daba clases en la Universidad de Oviedo; el hermano debía presentar un proyecto como trabajo, y ambos discutían la manera de sostener con eficacia, economía y belleza de conjunto la estructura de un importante estadio deportivo y auditorio de techo retráctil.

Ambos se tomaron un descanso para tomar algo y fueron a la cocina. La curiosidad me pinzaba por dentro. Con una excusa tonta, me asomé a los planos que allí tenían. Estaban en sucio porque se veían algunos tachones y correcciones con signos de interrogación. Entendí que el deseo de su diseño era un tanto irregular, y con la forma del boceto confeccioné un plano de todos los pilares de sustentación, las proporciones necesarias, diámetros, ubicación de vomitorios, contrafuertes ocultos dentro de la estructura, etc. La disposición interior de las gradas y las salidas seguía el patrón de mi reciente visita, el Coliseo Romano, un monumento histórico para el pueblo y el espectáculo, muy difícil de mejorar en diseño y capacidad de evacuación.

Yo estaba ensimismado dibujando la ubicación de todos los componentes, me detenía unos segundos para calcular mentalmente las cadencias, anotaciones matemáticas, repartición racional de los ascensores. Incluso me dio tiempo a dibujar lugares restringidos al público y accesos para autobuses. Empecé a pensar en un aparcamiento subterráneo, a ampliar el boceto por su parte inferior. Tras de mí llevaban ya algunos segundos el padre y el hermano. Se miraban entre ellos perplejos. Yo dejé aquello, y pedí disculpas por meter las narices donde no me llamaban. Me disponía a salir del salón, cuando me llamaron de nuevo. Era el padre de Julio.

—Perdona. ¿Puedes venir un momento? —me dijo con suavidad.

—Sí. Dígame.

No empezó a hacerme las habituales preguntas de cómo sabía hacer esto o lo otro.

—¿Por qué has colocado aquí estos dos contrafuertes?

—El diseño asimétrico exterior obliga a repartir las cargas transversales a la cimentación, y utilizando estos dos contrafuertes ocultos dentro del diseño estético se podrán compensar las fuerzas verticales de la bóveda retráctil. Es lo primero que se me ha ocurrido.

—¡Y es brillante! Me has dejado impresionado. Permítenos que revisemos tus cálculos y después hablamos.

El padre y el hijo miraban el rápido plano que había hecho y no parecían dar crédito. Se preguntaban entre ellos por qué no se les había ocurrido, y cosas así. Para mí fue algo tan sencillo como ponerme una chaqueta. Esa chaqueta hay que rellenarla con un cuerpo sólido, que pueda respirar y a la vez haya libertad de movimientos.

—¿Mi hijo tiene el teléfono de tu casa?

—Así es. Me tiene que disculpar, señor, pero ya es hora de irme. Me he entretenido mucho y no quiero perder el tren.

—Claro, claro. Vete. Estaremos en contacto. —Y seguía mirando aquel plano medio en sucio con su hijo mayor, haciéndose preguntas entre risas nerviosas.

Para ser sincero, yo había desarrollado una extraña costumbre. Se había convertido casi en un reflejo. Cada vez que veía una construcción, imaginaba todo su esqueleto interno, mentalmente trataba de concebir mi propia visión de su organización estructural, y después la contrastaba si tenía opción, accediendo a su interior.

Por el momento, nada de eso me preocupaba lo más mínimo. Yo no dejaba de pensar en esa difuminada silueta rojiza que me acompañaba. Me miraba en los escaparates y ahí seguía, como una lapa. Necesitaba hacer algo con eso. Podía hacer daño a mis seres queridos o a mí mismo. De hecho, me había amenazado de muerte.

La muerte. Qué concepto. Yo había perdido todo el respeto y el temor por esa palabra. Lo único que temía era renacer de nuevo y no acordarme de nada. Ser uno más de tantos, con la mente cerrada e ignota, y el recuerdo de Angie desvanecido.

Pensaba en todas las opciones para obtener respuestas. Me imaginaba ponerme delante de un coche para que me atropellara, pero luego pensaba: «¿Y si me sale mal y no hay manera de que la sombra me ayude? Me quedaría tullido de por vida». Tampoco sabía si aparecería mi sombra si el peligro fuera buscado voluntariamente. Me pareció mala idea forzar así su presencia. Las opciones se me acababan. Y entonces me acordé de Kingsley, de su vasto conocimiento cultural sobre estos asuntos. Pero, claro, lo dejamos en Algeciras, y a saber dónde andaba ahora. Aunque podía intentar llamarle al centro de acogida, a ver si estaba allí.

En cuanto llegué a casa, fue mi primera gestión. Llamé al teléfono de información y me facilitaron el número del centro. Lo apunté en un papel y llamé.

—Centro de primera acogida, buenas noches —respondió alegre y vital.

—Buenas noches.

—Dígame.

—Soy uno de los marineros que ayudaron en el rescate de un grupo de extranjeros naufragados en el mar de Alborán. Me gustaría saber si podría hablar con Kingsley. Es amigo mío.

—Déjeme ver, porque aquí son muchos. A ver, vale, aquí lo tengo. Ups. Malas noticias. Se ha marchado a Madrid. Va a regularizar su situación administrativa y está

en uno de nuestros centros de la capital.

—Entiendo. ¿Y me podría dar usted el teléfono?

—Claro, cómo no. ¿Tiene para apuntar?

Apunté el teléfono, y seguidamente llamé. Me descolgó una mujer muy agria que decía no poder ayudarme. Aunque por el tono de su voz, sabía que Kingsley debía de estar allí. Ella se negaba a darme esa información porque decía que era su deber preservar su intimidad. Así que colgué y pensé: «Pues mañana llamo y encontraré a otra trabajadora más amable».

Cené con mi madre como de costumbre, vimos un ratito la televisión y empecé a quedarme traspuesto en el sofá. Me levanté para irme a la cama, parecía arrastrar un peso de mil kilos, estaba cansadísimo.

Al día siguiente, llamé nuevamente por la mañana. Me cogió el teléfono la misma asquerosa voz. Colgué sin articular palabra. Al mediodía, lo mismo. Por la noche, igual. Yo no podía creerlo, esa maldita señora estaba siempre allí. Al día siguiente, misma operación e idéntico resultado.

Acudí de nuevo al padre Damián. Fue increíble. Una llamada suya al centro de acogida de Madrid lo cambió todo. Si lo llego a saber, me hago pasar por cura. Está claro que la Iglesia y estos centros de ayuda están muy relacionados. Enseguida, le pasaron con Kingsley. Me alegré muchísimo de escuchar su voz, sentirle contento y bien de salud. El padre Damián salió de la casa para dejarme hablar con libertad.

Después de los saludos y preguntas fáticas, me adentré directamente al asunto. Y le dije creer estar endemoniado. Él comenzó a rebatírmelo. Yo, por supuesto, no tenía ninguna duda de ello. Convencerle a él, sin poder confesar mis encuentros con lo desconocido, fue todo un esfuerzo en el uso del lenguaje, aunque se me escapó que en un momento dado lo había visto.

Finalmente, accedió a la invitación que le hice de venir unos días a casa. Yo no tenía opciones de viajar solo, y de hacerlo habría sido en contra de la voluntad de mi madre. Me dirigí de inmediato a la estación de autobuses y le saqué el billete a su nombre, para que lo recogiera en la estación de Madrid. Ansiaba su llegada y las horas se me hacían eternas.

Yo seguía con mis obligaciones cotidianas. Tenía más cuidado que nunca, porque desde que tenía pegado al bicho, no paraba de salirme todo mal. Lo que la gente comúnmente llama mala suerte. Todo el mundo me trataba mal, ariscos e impertinentes: la trabajadora social, la vendedora de billetes de autobús, etc. Todo me costaba mucho más que de costumbre. Era un «apestado». Entrenando, me hice un pequeño esguince en la muñeca. Los aparatos de casa que tocaba dejaban de funcionar misteriosamente. Estando en la habitación, se rompió una ventana por la brisa del viento. Casi me mato de un resbalón en la bañera. Estando en Gijón, un coche de la policía me paró y me miró la mochila, preguntándome por porros o problemas con la justicia. A estos últimos les pregunté con mucha educación el por qué me habían mirado. Se inventaron una excusa sobre el control, el porte y tenencia de armas entre la juventud. Yo sabía que no era eso. Los policías me pararon porque presentían el mal que me acompañaba. Estoy seguro.

Antes de salir de la estación, Kingsley llamó por teléfono a casa para comunicarme su hora de llegada. Insistí a mi madre en dejarme ir solo a buscarle a Santander. Ella

accedió. Y ahí, a las cinco menos cuarto de la tarde, estaba yo como un clavo, impaciente por su llegada.

El enorme autobús venía lleno de gente, y enseguida lo encontré entre los pasajeros. Para muchos paisanos era la primera vez que veían un negro en su vida. Y, al contrario de lo que se suele pensar, mucha gente le miraba y le saludaba con simpatía, sin conocerle de nada. Era la forma que tenían de compensar sus miradas indiscretas hacia él. Era como una bienvenida constante. Kingsley siempre contestaba con su enorme y blanca sonrisa, y ese gesto alocado que hacía agitando la cabeza en círculos. Parecía estar muy acostumbrado y llevarlo bien. Todavía no se defendía con el español, así es que todo el mundo sabía que venía de lejos.

Nos dimos un fuerte abrazo al vernos y le ayudé a coger su macuto. Estaba encantado con el viaje, sorprendido de tanta vegetación y belleza natural. Lo primero que hicimos fue ir a tomar algo en una pastelería cercana. Él notaba mucho el frío de la humedad, y lo remediamos con un Cola Cao bien caliente y unos donuts de azúcar.

Enseguida, sacó la conversación del motivo por el que había venido. Hablamos con libertad porque en aquellos tiempos era muy difícil encontrar a alguien que hablara inglés. Me estuvo comentando que en su cultura los demonios, o malos espíritus, se combaten con oraciones y sacrificios. Que, si tenía uno de ellos pegado a mí, era únicamente por tres razones. La primera, ser un desalmado. Como dice el término, que ha cedido su alma a cambio del favor. Segundo, estar maldecido o sufrir un mal de ojo o vudú. Y, tercero, que ese demonio trabaje a las órdenes de un hechicero y esté a mi lado para convencerme de algo. Según sus explicaciones, esto se hace en ocasiones especiales; por ejemplo, cuando un hombre o una mujer piden al hechicero que alguien se enamore de ellos, cuando se pretende conseguir un contrato importante, o cosas similares.

Para mí todas las opciones que me dio eran inviables. Ninguna coincidía con mi caso y no podía revelarle mis circunstancias completas. Lo tenía prohibido, me lo advirtió la sombra. Yo tenía formada mi propia idea. Ese bicho estaba pegado a mí porque su anterior huésped había cobrado ya todo su favor, y se dio cuenta de que yo podía verlo y, lo peor de todo, combatirlo. Yo encarnaba una amenaza para el bicho y otros tantos como él.

Me habló de los buenos sangomas, brujos que solo utilizan la magia blanca para hacer el bien, rechazando todo acto de maldad o manipulación. Me contaba que desde hace muchísimos años se viene utilizando para poder sanar a distancia o proteger de los peligros a un ser querido. Sobre todo, en los arriesgados viajes de la tribu en busca de caza y recursos. Por el contrario, la magia negra la utilizaban otros brujos con propósitos y objetivos muy diferentes. Propósitos maliciosos, tales como dejar estéril a una persona, hacerla enfermar gravemente o provocarle un accidente, entre otros.

Entonces lo que me contó a continuación me dejó helado. Comenzó a hablarme de su familia. Ellos tenían una hermana mayor, y cuando digo ellos me refiero a Kingsley y su hermano. La pequeña aldea donde vivían fue ocupada por un grupo rebelde armado. Decían luchar contra la opresión del Gobierno reinante. Asaltaron y saquearon todas las reservas de alimentos. Todo aquel insensato que se quejaba un poco era asesinado sin contemplaciones. Mataban al ganado para comérselo, algo impensable en su costumbre hasta que ese animal es muy viejo y lo han ordeñado miles de veces.

Ocuparon su casa, y además les negaban poder marcharse, obligándoles a coger un fusil y combatir por su causa.

Con los ojos llenos de cólera, me seguía contando el terror que sufrió su familia. Por supuesto, para el bando opuesto toda persona de ese poblado ya era enemigo. Así es como toda su familia falleció. Su hermano murió en sus brazos, alcanzado por un proyectil, desangrado sin remedio. Entonces empezó a describir sus palabras en sus últimos segundos de vida, casi ahogado y entre estertores. Su hermano herido decía no sentir ningún dolor. Podía ver un túnel alargado con una inmensa y brillante luz que le animaba a acudir sin demora. Aseguraba sentirse estupendamente y poder ver a varios familiares esperándole en el otro lado. Se quitó el colgante que llevaba al cuello y se lo entregó a Kingsley.

—Dice el abuelo que te lo quedes, y que cuando llegue el momento se lo des a una persona muy especial que se cruzará en tu camino. Ese hombre será tu nuevo hermano. Sabrás quién es porque su alma incorruptible puede ver a los buenos y a los malos espíritus. Es tu deber ayudarlo. Ese es tu destino.

Sus ojos se apagaron de vida, abiertos y con expresión dulce. Las balas y explosiones retumbaban por todos lados, pero el tiempo parecía haberse detenido ante él. Cogió el colgante, le cerró los ojos con su mano. Gritó de rabia y dolor todo lo que sus pulmones daban de sí y huyó sin descanso hacia el norte.

Yo escuchaba su historia. Me había quedado sin palabras. Todo ese sufrimiento parecía regresar al recordarlo, y la cara de Kingsley se presentaba ante mí como la de un guerrero que ha vencido a la muerte. Sin decir nada más, sacó un colgante de la chaqueta de su viejo y desaliñado abrigo de pana, y me lo colgó por el cuello.

—Ahora estoy seguro de que tú eres ese hombre que me dijo mi hermano. Te hago entrega de este amuleto obedeciendo la voluntad de mi abuelo. Te protegerá de todo mal.

Con suavidad, sacó de debajo de su camiseta un amuleto idéntico para enseñármelo. Apretó mi mano contra la suya uniendo nuestras frentes y dijo:

—Ahora somos hermanos para siempre. Yo cerré los ojos y le di un afectuoso abrazo. Sentía mucho su pérdida. Lamentaba que hubiera tenido que pasar por todo aquello.

El colgante era un pequeñísimo cuadrado de cuero marrón oscuro, bien cosido y cerrado. Parecía tener algo sólido en su interior. La correa era negra y parecía muy resistente.

Kingsley no podía dejar de pensar en que toda su familia yacía en el suelo, heridos de muerte, sin recibir sepultura digna. Tuvo que abandonar sus cuerpos para sobrevivir. Su viaje hasta El Beluga fue toda una proeza heroica. Era un fugitivo en su propio continente. El hambre y la sed le acompañaron todo el viaje. Dormía al raso, escondido, y cada sonido en la noche era un sobresalto. Las imágenes de la violencia le acompañaban en todo momento. Cuando cruzaba alguna frontera hacia el norte, aún le recibían con disparos. Sin poder explicárselo, siguió vivo, avanzando. Al llegar al norte de África, otros como él pagaban su viaje a las mafias con diamantes, oro y joyas. Muchos de ellos las escondían en su ano envueltos en un preservativo, o en un guante de látex. El propio Kingsley fue atracado por unos bandidos empeñados en buscar el tesoro con sus dedos al descubierto. No pude evitar echarme a reír, y juntos nos dio un ataque de risa durante varios minutos.

Por lo visto, era una situación que se repetía habitualmente cerca de la costa. De modo que cada vez que veía a dos o tres tipos seguirle un poco, él mismo se tiraba al suelo y se bajaba los pantalones, ofreciéndose en pompa para la exploración. Afortunadamente, ya se le había quitado la manía de hacerlo, aunque a veces se sentía tentado en España. Y nos volvimos a reír sin parar, bromeando. Es curioso cómo el humor puede repintar las escenas más oscuras del alma.

Sin nada con lo que poder negociar para coger una patera de pago, escuchó una oferta para subir a una barcaza sin pagar. Todos sus paisanos le avisaron del peligro. Aunque era gratis, el viaje lo rechazaban porque sabían que habría gato encerrado. A Kingsley no le quedaban más opciones, y, como él, otros tantos se jugaron el todo por el todo, montando en aquella barquita remolcada por una zódiac repleta de hombres armados con pasamontañas.

Hombres de corazones grises.

CAPÍTULO 15. **PREMONICIÓN**

- *CANTABRIA-PRINCIPADO DE ASTURIAS, VERANO DE 1996*

A Kingsley todo le impresionaba. En cuanto salimos de la pastelería cargados con su macuto, pude ver a la figura rojiza alejarse de mí. Sin perder un segundo, se pegó a un señor que portaba un maletín, y vestía de traje y corbata. Tenía el pelo engominado hacia atrás y fumaba un puro con aires de soberbia. Parecía discutir con otro flacucho trajeado que llevaba carpetas cargadas en sus manos, quizá un empleado. No lo sé. Lo que sí que sé es que en cuanto se le pegó a él, yo me sentí completamente liberado. No obstante, el caballero trajeado se me quedó mirando sin pestañear; por un momento, detuve mi caminar. Entonces me sacó la lengua sin retirar un instante la mirada y se llevó la mano a sus genitales zarandeándolos de arriba abajo. Tuve que sujetar a Kingsley porque iba derecho a por él. Simplemente, lo dejé pasar.

Yo sabía que el culpable de esos gestos burlones y provocadores era el bicho. Ese bicho que me había quitado de encima, gracias al amuleto de Kingsley. Gracias al amuleto.

No pude expresarle a Kingsley lo inmensamente agradecido que me sentía y tampoco contarle nada de lo que era capaz de ver. Eso sí, le dije que el amuleto me hacía sentir más protegido. Tiempo atrás me preguntaba por qué tantos conductores llevaban en el coche una figura de san Cristóbal, o la cinta con la imagen de la Virgen del Pilar de pulsera. No sé si el efecto era de autosugestión o un placebo, el caso es que a mí me había funcionado a las mil maravillas.

Me venían a la mente muchas personas que guardaban como tesoros pequeñas pertenencias, generalmente sin valor, de seres queridos ya fallecidos. Decían darles suerte y protección, además de poder sentir en esos objetos la ligera impronta de sus perdidos y añorados amigos o familiares.

Algo que siempre había subestimado ahora se mostraba ante mí como una verdad meridiana e indubitada: el amuleto funcionaba perfectamente. Con el tiempo, entendí que el mecanismo y funcionamiento de esos talismanes se basaba en el amor y la fe, actuando de escudos latentes contra el mal.

Para Kingsley todo era novedoso y espectacular. Íbamos en el tren y parecía un niño en una juguetería, me preguntaba por todo. Veía la playa de pasada desde el ferrocarril y se quedaba maravillado de su belleza, esos contrastes atípicos de colores turquesa, azules, amarillos y verdes de la naturaleza norteña. Le encantaba ver las casas de piedra y madera, su aspecto montañés y el surtido de colores con los que las decoraban sus propietarios. Disfrutaba de verle tan entusiasmado e ilusionado con su porvenir.

Después de tanto dolor, se merecía ser feliz.

Por fin llegamos al pueblo, compartimos entre los dos el peso de su equipaje y al llegar a casa Kingsley mostró una exquisita educación, posiblemente heredada de los

colonos ingleses que ocuparon la tierra de sus ancestros. Mi madre no entendía ni jota de todo lo que decía nuestro invitado, aunque el lenguaje corporal lo interpretaba sin palabras. Yo le traducía todo aquello que mi madre no lograba entender y viceversa. Ella le regañaba por apenas saber dos palabras de español, y es que, desde que estaba en España, casi todo el mundo le hablaba en inglés.

Dejamos el macuto tirado en un rincón de mi habitación. Ya era muy tarde para andar deshaciendo el equipaje. Nos teníamos que duchar y preparar para la cena. Le presté uno de mis pijamas, y poco después llegaron a casa mis tíos. En cuanto mi tío vio a Kingsley, le soltó una de sus clásicas collejas cariñosas al estilo Bud Spencer. La cena fue especialmente divertida, porque nuestro invitado era muy salado. Probaba la comida y sus blancos ojos parecían salírsele de las órbitas, aprobando y exagerando el placer de la comida. Le faltó chupar el plato después de repetir varias veces. Toda la familia estaba encantada con él y su sentido del humor. Mis tíos trataban de que aprendiera algo de español, y le iban indicando el nombre de todo lo que había sobre la mesa. Cuando intentaba repetir las palabras, siempre le salían con una pronunciación muy fuerte, estilo africano. Y no podíamos evitar echarnos a reír con él.

Tenerlo en casa era una brisa de aire fresco. Cuando estábamos por el postre, mi madre me advirtió de una llamada recibida. Me dijo que don Manuel, el padre de Julio, había llamado porque quería hablar conmigo y con ella, pero que no quería hacerlo por teléfono. De modo que había quedado para el día siguiente con él. Vendría a casa por la mañana y, según dijo, se trataba de mi futuro.

Le dije a mi madre que era catedrático de la Universidad de Oviedo en la rama de Arquitectura, y ella pareció encantada con las nuevas que pudiera plantearle al día siguiente. A mí no me quitaba un segundo de mis pensamientos y seguí a mi aire con mi querido hermano africano. Mi madre llevaba toda la vida tratando de mejorar mi educación docente y aprovechar mis cualidades. Para ella, don Manuel era un paso positivo en ese sentido.

Mis tíos se despidieron de Kingsley y, extrañamente, mi tía le dio un abrazo prolongado y lleno de cariño. Después ella se quedó mirando a su José con la mirada temblorosa. Era obvio que de alguna manera habían conectado muy bien. Nosotros preparamos la cama y, tras despedirnos de mamá con un fuerte beso, nos metimos en la cama, y estuvimos hablando en susurros sin parar hasta bien entrada la madrugada.

Lo siguiente que recuerdo es que eran, más o menos, las cinco de la mañana cuando Kingsley me despertó asustado. Yo estaba empapado en sudor, con el ritmo cardíaco por las nubes y el cuerpo tembloroso. Mi madre también se despertó y estaba de pie bajo el marco de la puerta.

Por lo visto, todo había sido una pesadilla y, según me dijo Kingsley, yo gritaba el nombre de una mujer, Angie. Juraría haber visto por un instante a mi querido amigo, la sombra, en la esquina opuesta de la habitación. Quizá fue mi imaginación, no sé. Mi madre tenía en la mano un paño envuelto y humedecido. Así me enteré de que desde hacía bastante tiempo sufría algunas pesadillas y la pobre de mi madre trataba de aliviarlas muchas noches sin despertarme. Ella había oído que era muy peligroso despertar a alguien mientras sueña o está sonámbulo. Pero en esta ocasión, Kingsley se saltó todo su protocolo.

Pedí perdón por las molestias y todos tratamos de conciliar el sueño de nuevo. Yo

sabía que algo importante había soñado, algo con mi añorada Angie, pero no era capaz de recordar el qué. Las imágenes oníricas se desvanecieron en contra de mi voluntad sin remedio. Me tapé con la manta, traté de controlar el tembleque de mis extremidades, y enseguida volví a quedarme dormido en cuestión de segundos.

El sol brillaba con toda su intensidad dándonos los buenos días. Era sábado y no tenía ninguna obligación que cumplir, salvo la visita de don Manuel que esperaba poder despachar con rapidez. Preparé el desayuno para todos. Aunque por esta vez, y desconociendo los gustos de Kingsley, llevé el bote de Cola Cao, una cafetera llena y una jarra de leche, inundando la mesa de sobaos pasiegos, corbatas de Unquera, tostadas, mantequilla y mermelada, aceite de oliva, zumo y frutas. Cuando mi madre se levantó, se quedó encantada, porque le recordó al bufé de un hotel.

Íbamos a empezar a servir el desayuno, cuando un Mercedes Benz, negro y brillante, parecía querer aparcar junto a nuestra casa. Me asomé por el ventanuco de la entrada y, de inmediato, reconocí al padre de Julio. Vestía con camisa y pantalones de pinzas, zapatos relucientes, y portaba una carpeta de cuero en la mano. No esperé a que llamara a la puerta y salí a recibirle rápidamente.

—Buenos días, don Manuel. Llega usted justo a tiempo. —Le recibí encantado.

—Buenos días, David. ¿Cómo estás, chaval?

—Bien, bien. ¿Y Julio, viene con usted?

—No, no. Se ha ido con sus primos y su madre de compras.

—Pase, pase, estábamos a punto de empezar a desayunar. ¿Café?

—Eh, sí, claro, con leche y una cucharilla de azúcar.

Presenté formalmente a mi madre y a Kingsley, y desayunamos con relativa prisa porque nosotros queríamos irnos a la playa y pasar una mañana estupenda. Recogimos la cocina como una maquinaria bien engrasada mientras mi madre y don Manuel charlaban en el salón. Empecé a ayudar a Kingsley a deshacer su equipaje, y pude ver que en ese hatillo descolorido solo portaba ropa vieja y roída. Sentí vergüenza ajena, y con mucha asertividad le animé de nuevo a que se pusiera una de mis camisetas y un bañador.

Cuando estábamos a punto de irnos, me llamó mi madre y me dijo que don Manuel tenía intención de hablar conmigo. Entonces me explicó que quería hacerme un pequeño examen. Sacó de su portafolio varios papeles grapados y me dijo que eligiera uno al azar. Sugerí que lo hiciera mi madre. Eran todos de tipo test. Una pregunta con cuatro opciones y un recuadro al lado. Una vez escogido uno, me pidió que fuera a la cocina y lo hiciera; tenía sesenta minutos.

Me senté en la cocina apoyado en la mesa azul clarita con patas cromadas y empecé a hacerlo. Era un examen de arquitectura. En quince minutos se lo entregué mientras Kingsley terminaba de colocar sus cosas en la habitación, y a toda prisa nos marchamos a la playa a divertirnos. Nos llevamos las palas con la pelota de tenis y pronto pude ver a unos muchachos del pueblo. Nos sentamos todos juntos sobre la arena mientras los chicos del pueblo no le quitaban ojo a Kingsley. Él trataba de hacerse entender entre gestos y palabrejas sueltas. Muchos desconocían mi dominio del inglés y, afortunadamente, lo atribuyeron a mis estudios en Gijón.

El día salió a pedir de boca, aunque Kingsley no se metió más allá de la cintura porque no sabía nadar y el mar, sin pretenderlo, le había rasgado el alma. No me lo

dijo, pero sentía su conflicto. Al llegar de la playa, mi tío José estaba preparando las brasas para hacer una barbacoa; la merienda cena se presentaba estupenda. Echábamos mucho de menos la presencia de mi padre, del que, desde hacía varios días, no teníamos noticias. Su ausencia era un tabú del que no hablábamos, nos resultaba vergonzoso disfrutar mientras él se jugaba la vida milla a milla.

Sobre la encimera del patio, mi tío había expuesto un magnífico surtido de espárragos trigueros, carne y patatas envueltas en papel de plata. Kingsley tenía gran variedad donde elegir. A todos nos sorprendía lo mucho que disfrutaba con la comida. Me explicó que ellos son grandes cazadores de animales salvajes, pero los domésticos los cuidan para hacer derivados lácteos. Aunque con frecuencia pasaban buenas rachas sin llevarse nada a la boca, o racionando las provisiones con mucha cautela. Por eso ante tanta abundancia estaba tan agradecido.

—Aprovecha el momento —me repetía—, porque el mañana no está asegurado para nadie.

Qué razón tenía.

Mientras cenábamos, mi madre comentó que, después de hacer ese examen, don Manuel tenía allí mismo la plantilla correctora. Lo corrigió delante de ella y no hubo un solo fallo en ninguna de las respuestas. Le explicó a mi madre que era un examen de final de carrera de Arquitectura. No podía salir de su asombro, elucubrando en un permanente estado de perplejidad, e insistía en que estaba claro que yo tenía un don innato para esa materia, y que él estaría encantado de aprovechar todo ese potencial.

Me empezó a comparar con Mozart. Igualmente le enseñó el boceto asimétrico que hice en su casa sobre el estadio y aseguró que, introducidos todos los parámetros en un *software* informático llamado AutoCAD, el diseño funcionaba de manera genial, sin sobrecargas y realmente económico, dejando libertad espacial para el interiorismo, y, lo que es más importante, con total seguridad y estabilidad. Aquello para mí no era ninguna novedad. Dejando la modestia a un lado, yo me ganaba la vida así antiguamente, y era uno de los mejores del mundo, aunque por supuesto, eso era cosa del pasado.

Don Manuel dijo que debía hablar con determinadas personas y que pronto mis padres tendrían noticias suyas. Yo no quise darle demasiada importancia, más que nada porque, aunque me apasionaba la arquitectura, mi principal objetivo en la vida era reencontrarme con Angie antes de que fuera demasiado tarde. Claro que, para eso, hacía falta dinero. Debía encontrar la forma de ganar más y poder viajar a los Estados Unidos.

El teléfono de casa sonó. Al fin, noticias de mi padre. Estaba atracado en Belfast. Se le notaba en la voz el cansancio y la tristeza de la lejanía, aunque trataba de disimularlos. Parecía maldecirse a sí mismo por estar ausente en esos días de verano. Tenía pensado salir del puerto en cuanto colgase y ponerse al timón para regresar a casa en unos tres días. Yo estaba fuera entretenido con mi tío José y Kingsley, mientras mi tía parecía estar al lado de mi madre, dándole apoyo.

Miré a través de la ventana y me daba la sensación de ver a mi madre discutir por teléfono. Me acerqué por el pasillo hasta casi llegar al salón, y la escuché pedirle a mi padre que por favor se quedara esa noche en un hotel y zarparan mañana. Que tenía un mal presentimiento esa noche. Mi padre parecía discutir con ella, justificándose con

las entregas, los costes del puerto y el personal.

—¿Qué pasa, mamá?

—Nada, hijo, que tu padre es cabezón de melón —me decía sin colgar el teléfono.

—Pásale a la tita Matilde y que no cuelgue —le dije bajito al oído. Cuando lo hizo, le pregunté—: ¿Qué has visto? Me refiero al presentimiento, mamá, ¿qué has visto?

—No te lo quiero decir. No.

—¡Dímelo! No es ninguna tontería. ¿Qué has visto? —Entonces mi madre se echó a llorar.

—Esta tarde mientras dormía la siesta, he visto a tu padre flotando muerto en la oscuridad del mar, mecido por el oleaje, bocabajo a la deriva.

Me quedé petrificado. Sabía de buena tinta lo importantes que eran esas precogniciones. Si mi padre colgaba el teléfono, ya no habría solución. Y él no estaba por la labor de creer en ese tipo de chorradas. Mi padre siempre ha sido supersticioso con los cánones marineros, pero esto era demasiado conciso. Le diría a mi madre que le haría caso y después zarparía como si nada. Debía pensar algo y rápido. Entonces di con la clave. Cogí a mi madre la cara con las dos manos tratando de calmarla.

—No es momento de llorar, mamá. Es momento de pensar. Yo te creo. Necesito que cierres los ojos y, aunque te cueste, debes recordar nuevamente esa imagen con todo tipo de detalles.

Mi madre, tras varios intentos, finalmente me hizo caso. Sus lágrimas caían sobre sus labios. Cerró los ojos. Podía sentir su espanto. Mientras tanto, mi tía le hablaba por teléfono de Kingsley, su glotonería y lo poco que entendía el español.

—Mamá, ¿lo estás viendo?

—Sí, lo estoy viendo, veo su cuerpo hinchado y azulado.

—No te fijes en eso. ¿Qué ropa lleva puesta en tu sueño?

—Lleva su gorro de lana marrón, el que le hizo su madre. Una bufanda granate, y un jersey azul marino con una bandera roja y una estrella blanca, hay unas letras debajo, pero no sé qué pone.

—Muy bien, mamá. Ahora dale esa descripción a padre, dile cómo le has visto en tu sueño.

Mi madre cogió de nuevo el teléfono. Tuvo que insistir a mi padre, porque cuando se pone testarudo no le gana nadie. Él no quería volver a escuchar a mi madre decir esas cosas. Solo empezó a prestar atención cuando le dijo la ropa que llevaba en la imagen que soñó. Por lo visto, mi padre se quedó bastante callado y asombrado. Yo no sé si por orgullo o por qué, no le dijo que iba precisamente vestido de esa manera. Supongo que lo irracional asusta. Creo que es algo que nos pasa a todos. Después de unos momentos de silencio, mi padre le aseguró a mi madre que no zarparía esa noche. Juró que le haría caso y saldría al alba después de desayunar.

Y así lo hizo. No hubo nada que lamentar. Aunque esa noche, otro naufragio se cobró sus víctimas. Una repentina tempestad con olas de más de nueve metros se llevó la vida de dos marineros de un pesquero. Precisamente de noche y más o menos por la ruta donde navegaría El Beluga. Con el tiempo y pese a que siempre procuró ocultarlo, supimos que mientras estaba en el puerto de Belfast se compró un jersey azul con el logotipo de la empresa White Star Line en honor a la compañía naviera de transporte de pasajeros y mercancías, ya extinta. La misma que encargó la construcción del

desafortunado transatlántico Titanic. Por supuesto, el emblema de esa compañía no era otro que una bandera roja ondeando al viento, firmemente sujeta a un asta con una estrella blanca en su interior. Debajo de ella, membretada, rezaba el nombre de la compañía.

Reflexionando después, no podía dejar de pensar si aquel gorrito que le hizo mi difunta abuela se lo habría puesto por casualidad o había algo más. Tenía mucha curiosidad por ampliar mis conocimientos en ese sentido, e ignoraba demasiadas cosas. Aquella noche di las gracias por no tener que lamentar ninguna desgracia familiar y aquello me hizo sentir en deuda.

En deuda con la vida.

CAPÍTULO 16. **REFLEJO LEJANO**

- *PRINCIPADO DE ASTURIAS, VERANO DE 1996*

Mis tíos se quedaron a dormir en casa y, aunque era pleno verano, Kingsley no soportaba el frescor de la noche. Su cuerpo tardaba en adaptarse a nuestro clima. Después de aquella cena inmejorable, estuvimos charlando, otra vez, hasta bien entrada la madrugada. A mi tío nunca se le agotaban las historias por contar y siempre eran muy divertidas.

A la mañana siguiente, tenía planeado llevar a Kingsley a ver las cuevas de Ribadesella. Él me hablaba mucho de otras que había cerca de su aldea, donde hacían ofrendas y recogían el guano de los murciélagos para hacer mezclas con agua y confeccionar fertilizante.

Mi madre, ya más tranquila, nos preparó unos bocadillos de tortilla con tomate y nos pusimos en marcha. Cogimos el tren hasta Ribadesella, y allí comenzamos nuestra caminata. Nos dirigimos hacia las cuevas cruzando el puente sobre el río Sella y conseguimos unas entradas tirando un poco de influencia local.

Kingsley parecía disfrutar con cada centímetro de la cueva. Las formaciones geológicas en su interior y el arte paleolítico de sus pinturas le hacían quedar maravillado, literalmente con la boca abierta. Yo le iba traduciendo en voz baja todo aquello que el guía nos iba relatando. Para finalizar, visitamos la cuevona de Ardines, con una altura de más de cuarenta metros y su paso de luz natural en la bóveda, que hacía de aquella estructura natural un monumento grandioso.

Después de comer, cogimos de nuevo el tren y nos bajamos en Llanes. Yo le hablaba de la importancia de la pesca en la zona, le enseñaba las fortificaciones medievales y los cañones con los que se defendían. Nos poníamos en la piel de aquellos que tuvieron que vivir esa época, llena de saqueos, y donde la ley del más fuerte era la única ley.

Para terminar, nos dirigimos al faro de la ciudad. Verlo brillar con su intermitente y potente luz era todo un espectáculo para la vista. Ya atardecía y su luz comenzaba a ganarle la batalla al anaranjado cielo que se fundía en la infinidad del mar.

Estábamos llegando a la vía principal del pueblo, concluyendo un fabuloso día de excursión y visitas. Fue entonces cuando comencé a notarme extraño. Según nos acercábamos al puente de las barqueras, iba encontrándome peor. Kingsley se dio cuenta, reduje el ritmo y tuve que apoyarme en la baranda que recorría el sendero del río atravesando todo el pueblo.

Lo recuerdo con exactitud milimétrica. Sin explicación aparente, todo aquel bullicio turístico se fue mitigando hasta desaparecer por completo. Podía ver toda la calle completamente vacía. Igualmente era de noche, pero mucho más tarde. Frente a mí una tienda de regalos y recuerdos estaba presidida por un enorme reloj, tipo estación de tren, que marcaba las doce y cuarto. Mi visión era un tanto espesa pero nítida. Una

joven solitaria, de unos quince años, se acercaba al borde del puente. Llevaba un vestido de color blanco con un cinturón de cuero marrón estilo ibicenco y unas manoletinas a juego, al hombro portaba una bolsa de tela color marrón. Me sentía confuso y extenuado.

Con mi mano bien sujeta en la baranda, me senté en el suelo sin perder la visión. La joven sacó una soga de la bolsa, un folio doblado y una piedra redonda. Se deshizo de la bolsa tirándola al río. Podía ver la tela flotar hacia el puerto llevada por la corriente.

Ató con firmeza uno de los extremos a la barandilla metálica del puente y tiró la cuerda hacia el abismo, como quien hace una prueba preliminar. Yo miraba aquella escena como de otro tiempo entre calores y escalofríos sudorosos. No entendía bien lo que me estaba pasando, era un simple espectador. Sin pensarlo dos veces, entre prisas como por evitar ser descubierta, la joven colocaba la soga a su cuello con un simple nudo corredizo, nada elaborado, aunque, sin duda, efectivo.

Decidida, tiraba el restante de la cuerda, unos tres metros, por el hueco del puente. Se quitaba las manoletinas con sumo cuidado, prestando atención a dejarlas perfectamente alineadas al muro, y junto a ellas el folio doblado debajo de la piedra. Entre equilibrios, se subió al borde del precipicio. Yo quería impedirlo, pero no era capaz de mover un músculo, ni tan siquiera articular una palabra, era como si estuviera soñando despierto, paralizado.

Por la cabeza se me pasaban muchos pensamientos, me preguntaba qué problema tan grave podría hacer que una chica así de guapa quisiera quitarse la vida. La voz de mi interior me replicaba, exigiéndome respeto por sus circunstancias y mi desconocimiento hacia ella. Entretenido con mi debate interior, la muchacha, morena y esbelta como una bailarina, parecía contar hasta tres, dudando de dar el paso hacia el vacío, su último paso en vida.

Finalmente, como quien decide tirarse al agua de una piscina helada, la vi arrojarse al vacío.

¡Quería gritar!, ¡correr hacia ella!, ¡suplicarle que no lo hiciera!, ¡que la ayudaría en todo lo que quisiera! Sin parar de repetirme, en silencio y decenas de veces: «¡No!, ¡no!, ¡no!», me negaba a verlo, quería ahorrarme la espeluznante inclemencia de la muerte. Aun así, toda la secuencia de su precipitación sucedió ante mis ojos abiertos, sin poder evitar el no mirar. Ella se inclinó hacia delante de frente, dejando a la gravedad hacer su trabajo. Sus brazos pegados a la cintura la acompañaban como si de un cuerpo inerte se tratara. Al tensarse la cuerda, su cuerpo se agitó en el aire como la punta de un látigo y el balanceo de la cuerda sonó contra la piedra con un ruido tosco. Su mente estaba preparada para morir, pero su cuerpo luchaba sin descanso para tratar de liberarse de aquel nudo tan apretado. Zarandeaba sus piernas en un vano intento de aliviar la tensión y sus delicadas manos ambicionaban deshacer el nudo.

La vida abandonaba su cuerpo, lentamente, al tiempo que sus fuerzas se desvanecían. Aquella preciosa muchacha, muerta, se mecía en el aire como un péndulo. A partir de ahí mi visión se nublaba como una foto mal enfocada, y la negrura de la oscuridad me daba una tregua visual, un descanso sosegado.

A lo lejos, muy a lo lejos, escuchaba la voz de Kingsley gritando mi nombre. Todavía no podía moverme, era como estar dormido y a la vez no poder despertar. Luego

sabría que a eso lo llaman parálisis del sueño. Yo estaba cada vez más asustado porque no recobraba el control de mi cuerpo, quería gritar o decir algo, pero no podía. Sin embargo, el oído, el tacto y el olfato los tenía a pleno rendimiento.

A base de estímulos, básicamente pellizcos y golpes en la cara, recobré el control sobre mi musculatura y paulatinamente la voz. Sin poder abrir bien los ojos, a mi alrededor podía ver rodearme la silueta oscura de muchas personas. Esa visión me pareció haberla vivido antes, pero no recordaba cómo ni cuándo. Solo escuchaba a Kingsley pedirme que por favor no le asustara y me besaba en la mejilla descontrolado, quizá reviviendo experiencias pasadas.

Al recobrar la conciencia por completo, las conjeturas de la gente especulando sobre la causa de mi desmayo eran de lo más variopintas. Que si una bajada de azúcar, de tensión, un golpe de calor. El caso es que una mano, venida de la muchedumbre, introdujo a la fuerza en mi boca un terrón de azúcar de la cafetería que estaba enfrente. Lo escupí de inmediato. Miraba aquel reloj, y marcaba las nueve y media.

Me incorporé como pude con la ayuda de mi amigo y algún que otro buen samaritano del pueblo. No dejaba de mirar ese puente rememorando la imagen de la muchacha arrojándose al vacío. Aquella chica debió de suicidarse allí y su impronta quedó grabada en el ambiente.

De algún modo que desconocía, había podido verlo. Al fin y al cabo, la energía siempre perdura. Me di mi propia explicación y, tras convencer a Kingsley de que estaba bien, continuamos camino a casa zigzagueando entre las calles, siempre hacia el oeste. Yo marcaba el ritmo y, la verdad, quería llegar a casa para cenar, darme una buena ducha y quitarme esas botas que me tenían los pies cocidos.

Entre las prisas, escuché las oxidadas bisagras de un portal abriéndose. Presumiendo que alguien saldría de la finca, aumenté un poco más mi ritmo para anteponerme a su salida, de modo que aquella persona que salía de espaldas para cerrar el portal con llave se chocó contra mí, o yo con ella.

Mi primera impresión fue de disgusto por el encontronazo, aunque ambos, esclavos de la buena educación, nos disculpamos. La diferencia fue que ella lo hizo con una dulce y tenue voz femenina. Al alzar la mirada hacia ella, casi me desmayo de nuevo. ¡Era la muchacha de mi visión! Yo me quedé allí plantado, con estúpida expresión, mientras los penetrantes ojos de Kingsley me preguntaban sin hablar: «¿A qué esperamos?». De pie y abstraído, la miraba sin pestañear. Ella, también ensimismada, terminaba de cerrar la puerta con llave. Sin volver su mirada hacia mí, comenzó a caminar por la acera que segundos antes recorrimos nosotros. Como un acto reflejo, la cogí de la mano, sus dedos casi se me resbalan y los sujeté con la fuerza justa. Detuvo su caminar y se dio la vuelta para mirar qué o quién osaba molestarla, no vestía igual, pero estoy seguro de que era ella.

—Perdona, ¿te conozco? —me preguntó con férreo carácter.

—No. Creo que no. Pero a mí me encantaría. Si me das la ocasión, claro.

—Pues creo que no. Si me devuelves la mano, por favor.

—Claro. Perdóname.

Se dio la vuelta de nuevo y comenzó a caminar hacia el centro del pueblo. Entonces le pregunté:

—¿Sales esta noche?

Se quedó paralizada sin moverse durante unos segundos y, sin girarse, contestó.

—Puede que sí, pero yo salgo sola.

—¿No quedas con nadie?

Suspiró, queriendo cortar de una vez la conversación y añadió en voz baja:

—He quedado con el destino. —Y prosiguió su camino.

Según se alejaba de nosotros, yo me quedé allí de pie como un pasmarote, mientras Kingsley ya había avanzado unos metros y se daba la vuelta para interrogarme si es que me había enamorado o qué. La muchacha estaba rodeada de seres rojizos, al menos tres o cuatro. Quería contarle a mi buen amigo todas las cosas extrañas que me pasaban. Me habría encantado.

Los secretos se me acumulaban, y también las mentiras y las medias verdades. Su peso se dejaba sentir en mi alma, y lo peor de todo no era el no poder contarlo. Era encontrarme tan tan solo… Kingsley me preguntaba si esos vahídos eran frecuentes. Yo le contestaba a sus preguntas un tanto descoordinado. No podía dejar de pensar en esa muchacha. Aquellos seres no la rodeaban para ayudarla a hacer el mal, lo que querían era hacerle el mal a ella, cumpliendo el oscuro deseo de otra persona.

Algo extraño estaba pasando, era mi primera visión y casualmente el día anterior mi madre sueña con mi padre ahogado e hinchado en el mar. A estas alturas yo no creía en las coincidencias; algo provocaba esas premoniciones, aunque en aquel momento eso era lo de menos. Mi principal preocupación era pensar en cómo acercarme esa misma noche sin levantar sospechas y cómo poder impedir el suicidio de la muchacha.

Con esa última frase de ella, encriptada, entendí que lo haría esa misma noche. De pronto, mi dolor de pies y mis ganas de descansar pasaron a un segundo plano. Al llegar a casa, tuve que hablar con Kingsley; me tocó mentir otra vez. Aprovechando que no entendía nada de español, me inventé la milonga de que había quedado con esa chica y que él debía cubrirme. Puso cara de sorpresa y no paró de alabarme diciendo que era un casanova, un triunfador, que qué fáciles eran aquí en España las cosas, que trajera amigas para él que hablaran inglés, y así sin parar. Desde luego, estaba más ilusionado él que yo. Entonces le pregunté por preguntar:

—Kingsley, ¿tú crees en las visiones de futuro?

—¿Por qué lo dices, hermano? ¿Has visto boda con ella? —preguntó mirándome de lado con picardía.

—No, en serio, visiones de cosas malas.

Entonces se puso muy serio. Y me cogió por los hombros con las dos manos:

—¿Qué has visto?

Él no sabía lo de mi madre, y le conté su visión para ver así por dónde salía.

—Estos amuletos son especialmente para eso —contestó mientras lo sacaba de debajo de su camiseta—. Son para evitar el dolor, para poder reaccionar antes de tiempo. Alguien muy sensible a las energías del otro lado puede transmitir sus visiones a los que tiene alrededor sin darse cuenta. No me extrañaría que esa visión se la hubieras entregado tú a tu madre en sueños. El amuleto conoce la forma más inteligente de evitar la tragedia. Así funciona la magia de mi poblado. Sin duda alguna, eres el hombre que señalaba mi abuelo.

—Espero no perderlo nunca, Kingsley.

—Con el tiempo, el amuleto no te hará falta. Ese colgante es solo una pequeña

ventana por donde mirar. Tú pronto saldrás de estos muros, estás predestinado a ser un chamán.

La verdad es que literalmente iba a ser así, porque tenía pensado escaparme como siempre, por la ventana. En esta ocasión, dejaría el coche en su sitio y me largaría con la bicicleta. Después de cenar, y con la inestimable ayuda de Kingsley, los dos alegamos estar tremendamente cansados para irnos rápidamente a la habitación. Miraba el reloj, y ya eran las once y media; tenía que salir de allí pitando. Salté por la ventana y al otro lado me despedí de Kingsley, que me miraba orgulloso como si fuera un campeón del amor. No paraba de repetirme:

—Amigas. Amigas para Kingsley.

—Que sí, pesado, baja la voz.

Y a los dos nos dio la risa tonta. Tuve que levantar a pulso la bicicleta para que el sonido del piñón y la cadena no llamasen la atención. Debía darme toda la prisa posible, porque andaba justo. Afortunadamente, el último tramo era cuesta abajo, y eso me ayudó bastante en mi acelerada travesía.

Eran las doce según mi reloj, las doce y tres minutos según el de la tienda de regalos. Me sequé el sudor de la frente y me senté a esperar, a descubrir si eso iba a pasar de verdad, si mi premonición se cumpliría en el mundo real. La visión de mi madre nunca podríamos saber si era o no real, afortunadamente, pero en esta ocasión, si la muchacha aparecía a la hora visionada, quedaría demostrada su certeza.

Miraba aquel reloj encastrado en un armazón de duro metal negro, con ese cristal envejecido, y ya marcaba casi la hora anunciada.

Unos pasitos se oían llegar al puente de la Barquera. Tenía la boca seca y estaba muy nervioso. Lo primero que vi doblar la esquina fueron varios seres rojizos, como siempre pequeños, difuminados y con aspecto ardiente. Tras ellos y a ritmo pausado venía la muchacha, como la procesión de la Santa Compaña. Su imagen era exacta a la que vi unas horas antes: su vestido blanco con cinturón marrón, las manoletinas a juego y una bolsa de esparto con decoraciones de estilo *hippy* que colgaba de su hombro.

Esta fue la primera vez que sentí una modificación del ritmo del tiempo. Como surgido de la nada, apareció un ser muy parecido a la sombra. El tiempo estaba ralentizado en el mundo exterior, la muchacha caminaba como cien veces más despacio de lo que venía haciendo, que ya era depresivo de por sí. Creo que, en un momento dado, especialmente ante un peligro, todos hemos sentido esa experiencia pausada del tiempo. Lo que ocurre es que en este caso yo era mucho más consciente de esa alteración temporal. Esa otra sombra se me acercaba. Su mano con los dedos bien abiertos se aproximaba a mi cara. De pronto, lo sentí querer penetrar en mi cuerpo, quería tomar el control de mí. Me negué por completo. Era como una batalla espiritual por coger el volante de mi dimensión material. Lo notaba empujarme hacia mi propio interior, como si mi alma cayera suavemente por un pozo figurado. Le obligué a tener que pedir permiso.

—Déjate hacer, no me lo pongas difícil. Tú y yo sabemos que es por el bien de ella.

—Puedo hacerlo solo. Puedo evitar el fatal desenlace sin ti —repliqué.

—No es negociable. Lo quieras o no, tomaré el control sobre ti. Debes respetar que no me puedo arriesgar. Tú no sabes nada de ella, no sabrás lo que debe sentir y

escuchar.

—No me resistiré, pero no quiero estar ausente. Necesito saber lo que haces conmigo.

—Concederé lo que pides. Has venido porque quieres ayudarla. Yo te enseñé esta tarde lo que pasaría si no hubiera nadie aquí. Vi la bondad en ti, sentí tu anomalía, tu capacidad perceptiva. Gracias por ayudarme; te compensaré.

Apenas la muchacha había dado un paso más en nuestra corta conversación. Dejé de resistirme y entró en mí. La sensación era incomparable. Me sentía ligero y plácido. La experiencia era muy parecida al sueño más agradable que uno haya tenido, pero estando despierto. Me veía caminando hacia ella, pero no era yo quien daba las órdenes. Parecía asombrada de verme allí, esperándola.

Dejó de caminar y fui yo, o, mejor dicho, su protector quien lento pero constante se acercó a ella, que me miraba con los ojos vidriosos y la mirada melancólica. Sin mediar palabra, la cogí por la cintura y los dos nos fundimos en un apasionado beso. Ella comenzó a acariciarme el pelo y yo la apreté contra mí sin dejar de besarla.

—¿Quién eres tú? —preguntó como si un pensamiento se hubiera escapado de sus labios.

La bolsa de esparto se resbaló de su hombro y cayó al suelo. Unas lágrimas contenidas brotaron de sus grandes y hermosos ojos negros. Besaba sus mejillas empapadas y saladas. La abracé muy fuerte y acaricié su cabello durante un tiempo mientras ella se desahogaba. Ahora su protector me dejaba sentir su dolor, la tristeza y su alma casi destruida de soledad.

Debía reconocer que el modo de actuar de su protector era el más efectivo. A veces doy consejos que no cumplo. Me vino a la mente una corta conversación que mantuve esa misma tarde con Kingsley. Yo me quejaba de la cabezonería de muchas personas, su inflexible mentalidad cuadrada. Le hacía una comparación destructiva, y le conté una curiosidad de diseño aeronáutico.

El avión comercial Comet fue el primero de pasajeros con motores a reacción, viajaba mucho más rápido que los aviones de su tiempo. Se dice que un ejecutivo vio el diseño original y se quejó de que las ventanillas de los viajeros fueran redondas como las claraboyas de un barco. El diseñador entendía que esa forma redondeada repartía la tensión del metal de manera uniforme, pero el ejecutivo no estaba conforme con el diseño circular e insistió en que fueran cuadradas. Tras unos meses de servicio los fuselajes sufrieron microfisuras, concretamente en las ventanillas. Esas microfisuras se convertían en pequeñas grietas provocadas por la fatiga del metal sometido a los ciclos de presurización. El resultado: varios de esos aviones estallaron en pleno vuelo por la cabezonería «cuadrada» de un ignorante. Nunca más las ventanillas de la aviación tuvieron esquinas rectas. La mentalidad cuadrada trasladada a niveles físicos provocaba muertes. Y yo, sin darme cuenta, me había comportado así con su protector, debiendo ahora darle la razón y, si fuera el caso, disculparme.

Allí se quedó mi bicicleta, y dimos un paseo abrazados por el camino de la playa de Toró. Ella cogió impulso y tiró la bolsa de esparto, supongo que con la soga, la piedra y su carta de despedida. Pronto desapareció sumergida entre el oleaje. Yo seguía sin tener el control. Era un mero espectador de una pausada conversación de pareja. Estaba claro que cada una de las palabras que salían de mi boca era totalmente

acertada. Parecía ser justo lo que necesitaba escuchar para cambiar de opinión, para sentirse mejor, e incluso a ratos se moría de la risa. La cogía en volandas y me la echaba al hombro como si fuera un saco, y en medio de la silenciosa noche gritaba:

—¡Patatas! ¡Patatas! ¡Patatas! ¡A la rica patata! ¡Oiga!

Con esas cosas ella sonreía sin descanso. En esos momentos, me atrevería a decir que era feliz.

—Quiero que pasemos la noche juntos —me dijo con voz firme y sensual.

Yo quería hablar con su protector, y este percibió mi llamada. De nuevo, el tiempo se ralentizó y pude escuchar su voz, grave, pero de sonido agradable.

—Corres un grave peligro al estar tanto tiempo adoptando mi forma. No sé si lo sabes, pero Natalia —que era el nombre de la muchacha— está rodeada de seres malignos. Si encuentran la forma, te matarán, y contigo iré yo sin remedio. Y, sinceramente, no me apetece tener personalidad múltiple.

—Veo que sabes más de lo debido. Aunque no por ello te quito la razón.

—Puedes confiar en mí, a partir de aquí creo que puedo yo solo —insistí rogando.

—Haré lo que dices. Sé que la protegerás. Eres un enlace.

Esta frase tendría mucho sentido después. En ese momento, me pareció solo una frase hecha. Como en aquella ocasión con Nieves, la monitora del campamento, la sombra salió de mí como un surfero que se quita el neopreno con la promesa de volver a vernos.

Natalia era una muchacha de familia bien. Concretamente, su padre era un importante empresario de éxito. Nuestro paseo por el linde marítimo no era casualidad. Sin casi poder advertirlo, Natalia se acercó a una inmensa vivienda unifamiliar con parcela. Retiró uno de los ladrillos de abajo y sacó unas llaves. Abrió la puerta del perímetro exterior y con un sugerente «¡vamos!» me invitó a pasar. Era una casa enorme. Nunca había visto algo así. En el salón minimalista un ventanal abuhardillado dejaba ver todo el mar, no se oteaba un centímetro de tierra. Era como estar en la cubierta principal de un barco inmóvil. Las nubes iluminadas por la luna llena se reflejaban en la ondulada marea del Cantábrico.

Ella me explicó que esa casa era una de tantas que su padre tenía desocupadas. No era eso lo que me atenazaba. No podía decirle que mi cuerpo y mi alma estaban unidos a una mujer de otro tiempo, y que sentía el deber de guardar fidelidad, era una locura. Todo se habría estropeado o, peor aún, empeorado más que al principio.

A pesar de su temprana edad, ella era toda una mujer y rechazarla habría supuesto incumplir mi palabra con su guardián.

Me había hecho una promesa a mí mismo, combatir al mal. Y también acababa de hacérsela a su protector. Sin embargo, estaba equivocado. Ella solo quería sentir mi presencia desinteresada, mi compañía, revertir el frío de su soledad. No era momento para dudar y herir más sus sentimientos.

Cogimos un colchón pequeño y lo arrastramos hasta el salón, frente al mar. Lo dejamos en el suelo junto a la cristalera y nos sentamos contemplando el vasto mar. Hablamos, pero también guardamos silencios prolongados; muchos. La situación se hacía embarazosa y agradable al mismo tiempo. Nunca me confesó lo que tenía pensado hacer esa noche, ni yo tampoco quise indagar en ello. Estábamos juntos, respirando a la vez, viviendo la libertad furtiva de un secreto sin compartir. Cogí su

mano y entrelazamos los dedos, ella suspiró entrecortada. Me quité el amuleto de Kingsley y se lo coloqué a ella, sin dejar de mirarla a los ojos.

—Te lo presto esta noche, te hará bien, ya lo verás. —La besé con suavidad en la mejilla, con amor verdadero y puro, sin segundas intenciones.

Nos tumbamos en la cama y la cubrí con ternura, rodeándola con mis brazos. Nos besamos despacio, sus finos labios y sus ojos oscuros se perdían extrañados, preguntándose: «¿Cómo hemos llegado hasta aquí?». Me susurró algo al oído:

—No puedo hacerlo, David.

—Ya lo sé, Natalia. —Cogí aire algo asustado, lo confieso—. Solo quiero estar contigo y que este momento nunca se acabe.

Se apoyó en mi hombro y me rodeó con su pierna de bailarina, cogiéndome la mano. Su resuello se relajaba suavemente mientras acariciaba su pelo, su espalda, sus hombros desnudos y su alma. Mientras tanto, con su cuerpo sobre el mío, dormida con la paz de los bebés, yo era incapaz de pegar ojo. Se me olvidaba pestañear. Demasiados misterios en un mismo día, demasiadas sensaciones y novedades en muy poco tiempo.

El recuerdo de mi verdadero amor se hacía más fuerte y distante, si es que eso era posible. No quería pensar en ella, pero era inevitable. El corazón no dejaba de latirme en el pecho golpeando como el puño de un boxeador. Dentro de mí un poso desleal escondido en algún rincón de mis recuerdos parecía regañarme, aunque también me hacía sentir el reflejo lejano de estar con ella.

De estar con Angie.

CAPÍTULO 17. **PROYECCIÓN**

- *PRINCIPADO DE ASTURIAS, VERANO DE 1996*

El sol comenzaba a dorar la superficie del mar. Me habría encantado poder dormirme esa noche, pero fue imposible. Debía regresar a casa antes de ser descubierto por mi excursión nocturna. Ella dormía plácidamente sobre mi pecho; temía moverme, pero no me quedaba más remedio. Comencé a besarla al tiempo que susurraba su nombre al oído, tratando de despertarla con la mayor suavidad. Sus ojos se abrieron y sus labios los acompañaron con una sonrisa.

—Me tengo que ir. Que si me pilla mi madre, me mata —le dije muy bajito.

—Tienes suerte de que alguien se preocupe por ti. Mi padre está siempre de viaje y la sirvienta del hogar no se mete en mis asuntos. ¿Nos volveremos a ver?

—Mañana mismo cuando venga de entrenar y dar unas clases. Me bajaré en la estación a eso de las nueve, y así te invito a cenar. ¿Te parece bien?

Y sellamos nuestra cita con un beso cargado de amor. De un amor recién encontrado.

—Pues mañana a las nueve nos vemos. Por cierto, no te olvides de tu colgante.

Me quedé un momento pensando si dejárselo hasta el día siguiente, pero sabía que a Kingsley le sentaría muy mal y sería una falta de respeto.

—Mañana, cuando nos veamos, te lo vuelvo a prestar.

—No te preocupes, es un colgante muy feo.

Y se reía sin maldad, ignorante del inmenso poder del amuleto. Yo me reí también, porque en parte llevaba razón. Le expliqué sucintamente que era del hermano fallecido de Kingsley, sin indagar en su capacidad de protección. De inmediato entendió su valor para mí y se disculpó por su grosería inocente.

—Venga, marcha, que yo recojo todo esto.

La ayudé a colocar el colchón en la cama de la habitación principal y salí pitando de allí con la esperanza de encontrar mi bicicleta donde la dejé. Afortunadamente, así fue, y es que en verano, con tanto forastero consumidor excesivo de nuestra sidra, ya me esperaba cualquier cosa.

Aquella cuesta arriba se me hizo más empinada que de costumbre. Llegué a casa y la ventana de la habitación estaba entornada. La abrí con mucho cuidado de no hacer ruido. Tuve que entrar como lo haría un ladrón sigiloso. Aun así, cuando me fijé en la cara de Kingsley, me llevé un buen susto, porque no me esperaba encontrarlo mirándome tan fijamente. Yo comencé a quitarme la ropa y a ponerme el pijama.

—¿Qué tal ha ido? —me preguntó con tono pícaro.

—Muy bien, pero sigue durmiendo; mañana te cuento.

—Pero si ya es de día.

—Ya. Pues yo estoy muerto de sueño. Estoy que me caigo.

Era la pura verdad. Antes de dormirme, me acerqué el colgante a la cara y todavía olía a ella. Para ser honesto conmigo mismo, temía enamorarme de esa chica. Me

encontraba en una discusión interior, con sentimientos entremezclados. Aunque el cansancio se encargó de hacerme olvidar todo eso, transportándome al desconocido mundo de los sueños.

—¿Te encuentras bien, hijo? —me decía mi madre al borde de la cama, mientras acariciaba mi flequillo.

Me desperté con un cansancio insoportable. Los párpados me pesaban una tonelada. Luchaba por abrir los ojos.

—Me ha llamado don Manuel, el padre de Julio. Dice que llegará dentro de media hora y que quiere hablar con los dos. ¿Te levantas? Venga, que son ya las diez de la mañana.

—Voy, mamá.

Me incorporé en la cama, luchando de nuevo por no dormirme sentado.

—¿Habéis estado ayer con alguna chica? —me interrogaba mi madre al tiempo que olía mi sudadera sin cesar de inquirir. Tuve que espabilarme.

—Sí. Ayer conocí a una chica —confesé frotándome los ojos adormilado—. Hoy quizá quede con ella. Vive en Llanes.

Mi madre parecía extrañamente satisfecha y me miraba con expresión orgullosa. Aunque nunca me lo decía, desde siempre había estado preocupada por mi conducta reservada e introvertida. Para ella, verme con amigos y chicas era motivo de alegría.

—Bueno, luego me cuentas todos los detalles. Ahora date prisa, que don Manuel está al llegar.

La verdad es que el padre de Julio ya me estaba pareciendo un pesado. Yo solo quería darle esas clases a su hijo, y así evitar que él invirtiera su tiempo con él en asignaturas anodinas. Y ahora, ver tanto interés por su parte me hacía pensar que debería haber sido más discreto. Me preguntaba qué querría de mí. Porque yo sé que nadie insiste tanto sin tener un interés, por eso cuando llegó a casa mantuve una actitud cautelosa.

Como siempre, mi madre preparó café y sacó todo el ejército de pastelería a su alcance, haciendo alarde de hospitalidad. Nos sentamos en la mesa exterior. Kingsley se había marchado a echar una mano a mi tío José desde las ocho de la mañana.

—Bueno, Leticia y David, debo reconocer que estoy asombrado con las capacidades de este muchacho. Tiene un talento innato, eso no es ningún secreto para nadie. Lo que ahora cabe decidir es si explotar ese don o, por el contrario, ignorarlo desaprovechando esa virtud, como una flor que se marchita sin atenciones. Se lo pregunto a usted, Leticia, pero la decisión debe tomarla su hijo.

—Sí, don Manuel, mi hijo desde siempre ha tenido altas aptitudes, pero ¿de verdad le puede beneficiar? Porque mi mayor preocupación es su felicidad.

Yo me mantenía en silencio, tratando de averiguar realmente el por qué estaba allí don Manuel. Aunque ellos siguieron hablando.

—Por eso la decisión es de su hijo, como ya le he dicho. Yo como catedrático de la universidad tengo una capacidad de maniobra, pero es muy limitada; sin embargo, conozco a quienes sí pueden dar la oportunidad a su hijo aprovechando todo su potencial.

—¿A qué se refiere? —preguntaba mi madre escéptica mientras yo escuchaba con atención.

Al menos, había una buena señal, y es que el padre de Julio no tenía a esos seres rojizos revoloteando en derredor.

—Existe un programa multidisciplinar para jóvenes de alto rendimiento. Cada seis meses se efectúan unas pruebas en Madrid con los candidatos. Las pruebas son individualizadas, y el número de participantes no es excluyente. Lo que quiero decir es que no es una competición, es una evaluación.

—¿Y esas pruebas son realizadas por funcionarios del Ministerio de Educación?

—No exactamente, señora. Por lo que tengo entendido, se trata de un colectivo internacional y privado muy bien posicionado. La captación de jóvenes promesas es solamente una parte muy pequeña de su actividad.

—¿Y qué sacan ellos de captar talentos?

—Buena pregunta. Son como ojeadores deportivos. No son una ONG, o las Hermanitas de la Caridad. Se trata de consensuar intereses mutuos, una oportunidad para ambas entidades, en este caso su hijo y la corporación. ¿Cuántos genios estarán hoy en día trabajando en un supermercado?, ¿o en una gasolinera?, ¿o en un bar?, ¿o en lo que sea, desaprovechando su don?

—Entiendo. No obstante, habría que hablarlo con el padre del muchacho y, lo más importante, que mi hijo esté de acuerdo —decía mi madre mientras no dejaba de mirarme.

—Verán, llevamos años luchando con el sistema educativo, precisamente para estos casos excepcionales, pero de momento lo máximo que se ha conseguido es cursar dos años lectivos en uno. Si de mí dependiera, haría mañana mismo la prueba de selectividad, y estoy seguro de que uno o dos años más tarde ya tendría el título universitario. Finalmente, por no invertir individualmente en las capacidades de personas extraordinarias, ocurre como en el cuento de la liebre y la tortuga. La liebre se aburre de correr en solitario, con tanta ventaja y se queda dormida. Entre todos debemos impedir que eso suceda. Al menos, yo no quiero reprocharme a mí mismo que no he hecho todo lo posible para que tenga su oportunidad.

Yo seguía escuchando, y es que a veces menos es más. Una vida tranquila como hasta ahora, a mi ritmo, era realmente cómoda, sin tener que demostrar nada a nadie. Por otro lado, es cierto que me encontraba estancado, y para mí el tiempo corría muy despacio.

—Y, entonces, ¿cómo hacen con los estudios de los que superan las pruebas? —preguntaba mi madre desconcertada. Y aquí fue cuando se despertó mi interés.

—Miren, es un colectivo con una política muy hermética. Sus procedimientos en la preparación de los candidatos los abordan con mucha discreción, pero sí sé que generalmente cursan sus estudios en Estados Unidos, donde no hay frenos para el desarrollo de estos pequeños genios. Luego, no es necesario convalidar nada, porque no hay universidades mejores en todo el mundo. Esto es lo que me ha transmitido el rector de nuestra universidad, que es quien nos daría una invitación para acceder a las pruebas. De hecho, queda menos de un mes para que se celebren las siguientes. Por eso estoy aquí tan pronto, para darles a ustedes margen de maniobra y que lo piensen.

Terminó de sorber el café y sacó de su maletín un sobre blanco abultado. Lo dejó sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó mi madre.

—Es una cantidad injusta de dinero por el trabajo de su hijo. Presentamos el proyecto en la junta directiva con el diseño de David y ganamos el concurso. Es solo un pequeño gesto, un adelanto de todo lo que está por venir, una retribución como un asesor externo, llámelo como quiera; en cualquier caso, es poco, porque fiscalmente no puedo llamar la atención. Ahora me tengo que marchar. En cuanto tengan tomada la decisión, tanto si es afirmativa como si no, háganmelo saber.

—Muchas gracias por todo, don Manuel.

Se levantó y estrechó nuestras manos dejando el sobre encima de la mesa. Le acompañamos hasta su Mercedes y tal como vino se fue.

Cuando mi madre abrió el sobre, casi se cae de culo. Era un fajo más gordo que el *Libro de Petete,* lleno de billetes azules de diez mil. En total, había un millón y medio de pesetas. Mi madre estaba nerviosa e intranquila. Ninguno de los dos había visto tanto dinero junto. Acostumbrados a la austeridad y escasez radical, nuestra situación rozaba por momentos la pobreza y la necesidad. Mi madre me miraba y me decía:

—Hijo, este dinero es tuyo, lo has ganado con tu ingenio.

Yo restaba importancia al asunto, y le dije que lo que hay en casa es de todos, tal y como ellos siempre me habían inculcado.

Cuando las prioridades las tienes claras, las decisiones se hacen fáciles. Lucharía con todas mis fuerzas por un puesto en esa corporación, y así poder viajar a los Estados Unidos. Ahora faltaba hablarlo con el viejo. Esperaba que mi padre no pusiera muchas objeciones, porque yo sabía que él y la desconfianza iban cogidos de la mano a todas partes. En mi mente y mi corazón, solo tenía un objetivo: volver a ver a Angie.

El día transcurrió rutinario: palizón en el gimnasio, clases con los chicos y de vuelta para casa, aunque esta vez con parada previa en Llanes. Sentí un poco de vergüenza. Natalia me esperaba sentada en un banquito de madera. Nuestras miradas se cruzaron antes de que el tren se detuviera, y su preciosa sonrisa me dio la bienvenida. Estaba encantadora con ese vestido azul de encaje. Se notaba que estaba inquieta, aunque trataba de disimularlo sujetando firmemente su bolso de mano a juego.

Parecía de película. Me bajé del tren y vino hacia mí dándome un efusivo abrazo por encima de los hombros. Sin quererlo, la levanté del suelo, y mientras uno de sus pies trataba de alcanzar el firme, su otra pierna se dobló hacia atrás en una postura muy femenina. Nos besamos sin control, sin importarnos la gente que mirase, estábamos en nuestra atmósfera de intimidad pública. Su olor imborrable, dulce y fresco me transportó a la noche anterior. Tenía miedo. Mucho miedo de enamorarme. Mi corazón estaba lleno del recuerdo de Angie, pero por alguna razón algo me animaba a vivir esta nueva vida. A mirar hacia delante y dejar atrás el pasado. Será la fuerza del presente, pensé.

Era absurdo. Yo mismo me puse un escudo. Me decía que mi relación con Natalia era todo puro teatro. Me lo planteé como un trabajo, una tarea obligada que había que dejar bien rematada. Mentiría si dijera eso. La verdad es que Natalia tenía algo muy especial. Eran sus contradicciones lo que la hacían tan interesante; parecía frágil, pero a la vez era muy decidida. Sonriente, graciosa, cariñosa, atenta… A quién quería engañar, me gustaba muchísimo. Parecíamos la Dama y el Vagabundo. Ella tan guapa y arreglada, y yo con mi chándal casi roído y mis zapatillas sucias. Daba la impresión de que nada de eso le importaba a ella. Cualquier excusa era buena para abrazarse a

mí, tomando mi mano y mi antebrazo para estar aún más juntos mientras caminábamos.

Mi madre me había dado un billete de cinco mil pesetas. En aquel entonces, esa cantidad era un dineral para un chaval. Yo insistí en invitarla a cenar. Ella, que era del pueblo, debía elegir el lugar. Llegamos a un bonito restaurante del centro. Su decoración rústica pero moderna le daba un toque muy original. Al llegar, el *maître* reconoció a Natalia de otras ocasiones, y preguntó por su padre, arrojando ella contestaciones cortas y diplomáticas. Estaba claro que ese detalle había influido en el trato, porque se volcaron en atendernos con sorprendente esmero, preparándonos una mesa con preciosas vistas al puerto. Era un lugar muy elegante para ir en chándal, pero qué se le iba a hacer.

La velada estaba siendo inmejorable. Sin darme cuenta, había perdido el sentido de la realidad. Bajé la guardia, me creía dueño de la situación, hasta que su aparición en el restaurante me dejó helado. Sin duda, ella se dio cuenta de que algo pasaba. Mi cara siempre había sido, desde muy pequeño, el espejo de mi alma.

Ella me preguntaba acerca del motivo de mi repentina seriedad. Nada me habría gustado más que poder contarle toda la verdad. Hablarle de los rojizos que la acechaban. Que estaban allí para hacerle daño. Y que, si nada se lo impedía, tarde o temprano conseguirían su objetivo. Aparecieron de la nada, cuatro de nuevo. Por su forma de moverse rodeándonos, estaba claro que algo malo tramaban. Mi principal objetivo era que ellos no supieran que era capaz de verlos, aunque no estaba seguro de si eso estaba dando resultado. Segundos después, desaparecieron.

Con poca finura, y empujado por la extraña visita relámpago de los seres, comencé a preguntar por cuestiones incómodas, fuera de contexto.

—Y tú, Natalia, ¿tienes algún conocido que te quiera mal?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —me dijo con tono irritado.

—Perdóname. Es que te noto preocupada por algo, y cuando alguien tiene eso guardado así es porque suele tratarse de alguna o más personas. Aunque no respondas si no quieres. No te quiero aguar la cena.

—Pues algo hay, pero no me apetece mucho hablar del tema, mejor para otro día.

—No te preocupes. Te entiendo, es difícil hablar del dolor, yo lo sé. —Trataba de que soltara prenda con ese pequeño desafío, pero sin resultar muy insistente.

—Bueno, no es nada muy grave para mí, pero me preocupa mucho porque tiene que ver con mi padre. —Me mantuve en silencio, para obligarla a continuar—. Desde hace algo más de un año, mi padre ya no es el mismo. Cada vez está menos en casa, y cuando está es cada día más injusto y tirano conmigo. Ayer mismo, antes de que se fuera de viaje, discutimos a gritos, como nunca, y yo terminé por decirle unas cosas horribles usando la memoria de mi difunta madre. Siempre he sido, como él me llamaba, su nenita de las hadas, pero de un tiempo a esta parte, todo son conflictos y malos rollos, y ayer sin quererlo le culpé de la muerte de mi madre solo para hacerle daño. Me siento muy muy mal conmigo misma, y lo único que quiero es poder pedirle perdón y que todo vuelva a ser como antes, pero lo veo imposible. Creo que cada vez va a ser peor, que no tiene arreglo, y que me voy a quedar sin la única familia que me queda.

La cogí de la mano acariciando su envés con mi pulgar mientras le ofrecía la servilleta

a modo de pañuelo para que secara sus lágrimas. La cosa iba bien, ahora necesitaba saber la causa.

—¿Y qué ha cambiado de un año a aquí en tu padre, para que esté tan distinto?

Ahora ya notaba que ella se desahogaba hablando de ello. Ya no había que tensar la conversación.

—Todo es culpa del Gallego. Ese malnacido y sus asquerosos negocios están llevando por la calle de la amargura a mi padre. Maldición.

—¿Y a qué se dedica ese tal Gallego, si puede saberse?

—Da igual. Es un cretino, prepotente y arrogante. Tarde o temprano pagará por todo lo que está haciendo.

—Ya, pero, perdona, es que no me entero muy bien de lo que ocurre.

—Pues es muy sencillo, mi padre tiene varios negocios en marcha, pero el más importante, lo que él llama su *modus vivendi,* es una cadena de talleres de mecánica repartida por toda España. Todos estos talleres precisan de una red logística para el reparto de los recambios. Pues bien, este fulano, con el pretexto de invertir con capital en la empresa, quiere utilizar esa red nacional. En primer lugar, para el transporte de drogas y, en segundo lugar, para el blanqueo de capitales, inyectando el dinero del delito y emitiendo falsas facturas de empresas, todas ellas inventadas.

»Son solo una cortina de humo para ingresar en el sistema legal el dinero sucio, haciéndolo justificable, a su vez, con otras sociedades que, según tiene planeado, serán clientes de las primeras. Todo un enmarañado y orquestado plan para blanquear la incontable cantidad de dinero que amasa a costa de la salud de tanta gente. Mi padre, que siempre ha sido un hombre con una trayectoria intachable y honrada, no se atreve a llevarle la contraria, está aterrado. Si nada lo remedia, en cuestión de un mes entrará a formar parte de esa mafia encabezada por el Gallego y sus matones. Es el fin. ¡Maldito sea el día en que ese hombre apareció en la vida de mi padre!

Podía sentir su rabia, era como si tuviera ganas de golpear la mesa para descargar tanta ira. Traté de calmarla acariciando su rostro, tan tenso y enfurecido.

—Conozco a alguien que te puede ayudar. Se dedica a estas cosas. —No podía decirle que era yo mismo.

—Eso sería ideal. Demasiado perfecto. Pero hace tiempo que no creo en los milagros.

—Es un profesional. Nunca sabrás quién es, pero lo que hace siempre funciona. ¿No confías en mí?

—Te conozco de dos días, David. No te digo nada más. —Y se echó a reír sin malicia.

—Ya, pero contéstame a esta pregunta, que es muy simple. ¿Soy bueno o soy malo?

—Qué tonterías dices. Eres bueno. De los mejores.

—Pues entonces confía en mí y déjame ayudarte. Esta es la ocasión de hacer algo y ese Gallego nunca sabrá quién ha sido. Solo os dejará en paz para siempre. Estoy seguro.

—¿Y cuánto cuestan los servicios de ese amigo tuyo? Lo quiero conocer.

Tenía que improvisar sobre la marcha porque nada de eso estaba planeado en mi cabeza.

—Él nunca trata directamente con el cliente. Siempre utiliza un intermediario, en este caso yo. Es mejor así para todos. Ni siquiera estoy seguro de si trabaja solo. Solo cobra cuando se ha cerciorado del éxito de su operación. A un compañero de mi padre, por

algo parecido, le cobró trescientas mil pesetas.

—Muy bien. Pues que lo elimine. Muerto el perro, se acabó la rabia. Y, si es necesario, saco yo misma el dinero de la caja fuerte de mi padre.

—Natalia, no. Él no trabaja así. Nadie debe morir. Lo que hay que conseguir es que desvíe su plan y se olvide de tu padre. Seguro que así volvéis a ser una familia unida.

—¿Y de qué lo conoces?

—Es un exmilitar del Grupo de Operaciones Especiales. Lo conozco porque en alguna ocasión ha debido «mediar» en asuntos de marineros y comerciantes, tanto para finalizar como para ajustar esas relaciones.

Se quedó un tiempo pensando, mirando el plato del postre.

—Por probar no se pierde nada —dijo arrugando la línea de sus labios.

—Me alegro mucho de oír eso. Necesitará toda la información posible: residencia, lugares que frecuenta, familiares, vehículos, consortes, fotografías. Consigue lo que puedas, que del resto ya se encarga él.

—Esta noche me ocupo y hago un buen resumen de todo. Pero, por favor, que salga bien, porque ese hombre, a diferencia de tu amigo, ha matado a bastantes personas. Mi padre los llama los desaparecidos, porque nunca vuelven a encontrarlos.

—Saldrá bien. Tienes mi palabra. Natalia, tenemos que irnos. El último tren pasa a las once.

—¿No te quedas conmigo esta noche?

—No puedo, hoy no debería mentir a mi madre, es una mujer muy astuta. Tráeme eso mañana y nos ponemos en marcha con la solución.

Podría quedarme e ingeniármelas de algún modo con mi madre, pero la verdad es que sentía, de alguna manera, que traicionaba a Angie. Recordaba nuestros votos, especialmente el de «hasta que la muerte os separe». Supongo que Angie habría rehecho su vida con otro hombre. La parte lógica de mi pensamiento me decía que eso debía ser así. Mi mayor anhelo en la vida es que tras mi muerte ella fuese feliz. Jamás podría reprocharle nada, porque el que se fue para siempre fui yo. Sin embargo, yo no tenía excusa, porque siempre seguí vivo, en otro lugar, con otro cuerpo, pero el mismo corazón lleno de ella y de su recuerdo.

Todo cambió cuando recobré la memoria en aquella enfermería de la piscina.

Todo.

CAPÍTULO 18. **MÉTODO CIENTÍFICO**

- *PRINCIPADO DE ASTURIAS, VERANO DE 1996*

Trataba de ser mi propio mejor amigo, para de algún modo mantener el rumbo de la cordura, ver mi caótica situación y darme consejo desde otra perspectiva. No podía hablar con nadie de esto. Mi propia sombra me tenía olvidado. Ya lo sé, sabía que ver a la sombra estaba casi prohibido, pero con aquella conversación en mi habitación me sentí realmente libre y comprendido, casi todo empezó a encajar. Ahora, se me presentaban muchas dudas, porque los riesgos que estaba asumiendo eran muy altos, casi termino gravemente apuñalado la última vez, y con este nuevo compromiso el riesgo era todavía mayor. Se trataba de un auténtico narcotraficante muy peligroso, con una organización a sus espaldas. Toda mi preocupación era fallecer y perder la oportunidad de ver a Angie, aunque fuera por una sola vez.

Natalia me acompañó a la estación y me hizo prometer que mañana me quedaría por la noche. No me podía permitir enamorarme de ella. Me negaba a reconocer esa fuerte atracción. De nuevo, medias verdades.

Me sentía agobiado por los plazos. Ahora entendía a la perfección a mi padre. Debía resolver en menos de un mes lo de Natalia. Igualmente, en ese límite, tendría la prueba en Madrid. En algo más de dos semanas regresaba mi padre de la campaña, aumentando la dificultad de mis maniobras, y, si por lo que fuera no superaba aquel extraño test, el curso comenzaba poco después. Por no hablar de mi compromiso con los muchachos y mi asistencia diaria al gimnasio de *muay thai*. Pensarlo se hacía agobiante.

Puedo decir que la siguiente noche con Natalia fue mejor que la primera; también algo más breve. Estaba contento. No tuve amagos de infarto ni mis párpados se olvidaron de funcionar. Tampoco el aire se tropezaba con mi garganta reseca ni el tacto de mi lengua se había convertido en papel de lijar.

Natalia y yo nos pusimos a prueba, a solas, con delicada calma; pero ninguno de los dos se atrevió a saltar los límites del romanticismo. Creo que ella necesitaba tiempo para reconocer el momento y yo para intentar escaparme de él. Más bien, esa era mi intención. La realidad transcurría de manera muy distinta, pues notaba que ella era capaz de revolver mis convicciones desatando el irresistible huracán del deseo.

Lo asumo, estaba en sus manos. Mi bloqueo emocional se sostenía a duras penas cuando la tenía delante y no seré tan hipócrita de negarlo.

Mi personalidad fiel y racional me indicaba que lo importante es que me había hecho entrega de una carpeta con toda la información, pero si solo dijera eso volvería a mentir. Me encantaba estar con ella y me asustaba también. Se estaba transformando en una debilidad incontrolable de la que no me quería separar. No sé quién de los dos era más granuja; bueno, sí, era yo. Porque por mucho que quisiera construir un muro, por mucho que quisiera reforzarme, su feminidad, su dulzura, su amor y lo que era

capaz de hacerme sentir se terciaban como un ariete demoledor.

Lo reconozco, a los hombres nos cuesta decir esto porque nos han enseñado que nos hace frágiles y vulnerables. Ahora ya no creo en eso porque estoy seguro de que es todo lo contrario, por eso lo diré sin remilgos: me estaba enamorando de Natalia.

Volviendo al asunto, a la carpeta… Eran varios folios escritos a mano alzada por ella. Daba gusto ver su letra, tan ondulada como ella, circulitos sobre las íes, colores bajo los títulos de la información, las enes y las emes parecían úes. Pero, sin duda, lo más importante, yendo al grano, es que había cumplido con su parte.

Me hice una imagen de su perfil rápidamente. Se trataba de un hombre de casi cuarenta años, tenía dos hijas y exmujer que vivían en Ferrol. Actualmente, no estaba casado y, por algunos datos de comidas y cenas que mantuvo con su padre, pude deducir que cada semana presumía de una nueva mujer. Vivía en una casona apartada, dotada de un buen terreno y salida a la mar, ubicada en un pueblecito no muy lejano llamado Lastres.

Supongo que el pequeño muelle marino sería para tener más salidas en caso de huida. Tenía varios coches, pero solía conducir un todoterreno Range Rover de color azul. Discreto, sin defensas estrambóticas ni tubos raros, pero que, sin duda, en mi imaginación, supuse que ese vehículo también obedecía a una estrategia de escapada o reacción.

Básicamente, y aunque había mucha más información, esta era la más relevante, porque el resto no marcaba líneas de conducta, hábitos ni costumbres, así que me tocaría observar todo eso por mi cuenta. Eso sí, una fotografía de ambos cazando me permitió ponerle cara al hombre que hacía imposible la vida de Natalia y su padre.

El tiempo me preocupaba. Quería hacer las cosas bien. No me podía precipitar sin hacer las averiguaciones pertinentes. Debía estudiar la seguridad de la casa, el personal, el modo de acceso, sus gustos y aficiones; y todo eso sin medios a mi alcance, atrapado por mi escasa libertad doméstica. Ni decir que todo debía hacerlo yo solo. Me tocó pensar en paralelo.

Lo primero, el plan para que dejara en paz al padre de Natalia y, segundo, el cómo iba a poder hacerlo. Afortunadamente, Kingsley no sería un problema para ocultar mis salidas nocturnas, y cuando era de día estaba cada vez más unido a mis tíos, ayudándoles con la granja y pasando mucho tiempo juntos.

No podía estar yendo en bicicleta. Tampoco podía estar cogiendo el coche de mis padres, con el agudo olfato de mi madre eso era muy arriesgado.

Entonces caí en la cuenta de mis vecinos, los Alberti. Tenían un hijo que estaba estudiando en Salamanca. Era un matrimonio muy mayor al que más de una vez le había echado una mano con algún que otro recado. El señor Alberti estaba casi sordo, y utilizaba un aparato de audición. Su señora sufría de alzhéimer, y el pobre debía estar constantemente pendiente de ella porque en más de una ocasión se había escapado de casa.

Lo importante para el plan que empecé a imaginar es que su hijo tenía una motocicleta en el jardín de su casa, envuelta en una funda y con las llaves siempre puestas. Era una motocicleta de baja cilindrada, de campo, pero más que suficiente para cumplir mi cometido. Hacer estas cosas me ponía muy nervioso, pero debía aprender a controlar mi excitación, ceñirme a un plan debidamente pensado para no

ser descubierto, ni por mi madre, ni Kingsley, ni la familia Alberti, ni Natalia, ni, por supuesto, el Gallego; todo eso en menos de dos semanas.

Empecé por hacer una copia de las llaves de la granja de mi tío. Allí él tenía un enorme depósito de combustible para los generadores. Así evitaría echar gasolina y ser visto con la moto. Me acerqué a una tienda de caza en Gijón y, con el pretexto del cumpleaños de un familiar guardia civil, inventado, no me pusieron la más mínima pega para comprar una funda de extracción rápida para la Beretta, un cinturón, una navaja, una linterna táctica y unos prismáticos. Imagino que mi corta edad, mi educación y mi rostro inocente eran un visado perfecto para no levantar sospechas.

Aunque en la tienda de caza tenían ropa de camuflaje, ya me pareció demasiado, y repartido en varias tiendas de deportes, me agencié del resto: ropa de montaña sin metales ni reflectantes, guantes de kevlar con ajuste a la muñeca, un pasamontañas y unas deportivas, todo de color negro. Adicionalmente, compré una bolsa de deporte grande hidrófuga, ocho metros de cuerda de escalada negra, parafina para tablas de surf y una pala. Esa misma mañana y antes de ir a casa a comer, metí todo en la mochila, excepto la linterna. Hice un buen agujero en el suelo del pinar que había a la salida del pueblo, no sin antes hacer una marca al árbol bajo el que la oculté, enterrando también la pala plegable más cerca de la superficie. Después, estresado y a toda prisa, me dirigí a casa con mi madre.

Mi tío y Kingsley parecían venir de la guerra, los dos con la ropa llena de barro y grasa por la faena diaria; algo graciosо venían hablando porque se reían a carcajadas. Al poco llegó mi tía con una ensalada de garbanzos y nos sentamos a la mesa a comer. Era curioso ver que mis tíos habían guardado un sitio entre ambos para Kingsley. Mi madre no dejaba de pensar en la hora de regreso de mi padre. Yo también lo deseaba con fuerza, pero a la vez necesitaba tiempo para cumplir con esa «misión» tan arriesgada.

Después de comer, y del café de rigor, casi todos se echaron una siesta y yo aproveché para acercarme a la casa de los Alberti. Pude ver que la funda acumulaba hojarasca, de modo que deduje que desde hacía mucho tiempo nadie tocaba esa moto. La verja de la entrada de vehículos la tenían siempre abierta, sujeta con un pequeño tope en la bisagra superior. En un principio, pensé en sacar y meter la moto cada noche, pero luego recapacité y concluí que era mejor plan ensamblar unas ramas entre sí dándoles forma de motocicleta y meterlas bajo esa funda. Y eso fue lo que preparé esa tarde, un espantapájaros con forma de moto. Nada sofisticado, solo un relleno parecido, y lo dejé en el lateral de la finca.

Después, a mi rutina de siempre, al gimnasio y dar clases. Sin ellas, no podría haber comprado nada de todo eso. Aplacé un poco en el tiempo mis encuentros con Natalia para llevar a cabo mi cometido y, pese a su insistencia sutil, yo no paraba de inventarme excusas para eludirla.

Esa misma noche, rellené con ropa mi cama, como un fugitivo que se escapa de prisión. Mientras Kingsley, que poco a poco aprendía el castellano gracias a mis tíos, me preguntaba cuándo conocería a las amigas de Natalia. No podía estar en todo, pero hice una anotación mental para cumplir con él; le debía mucho más de lo que se imaginaba.

De nuevo, sentía esa conocida sensación de hacer lo prohibido: el hormigueo, la

respiración agitada y el pulso a toda velocidad. Respiré y me calmé dentro del terreno de los Alberti, agachado en la oscuridad. Podía ver el resplandor de un televisor encendido en la negrura nocturna de la alcoba. Arrastré la estructura de ramas a la altura de la funda y destapé la motocicleta; la pistola pesaba, pero en la funda sería más cómoda. La linterna tenía varios filtros de colores, así que la iluminé con un tono verde oscuro, y pude confirmar que tenía puestas las llaves y al lado de ella un casco integral. La puse en punto muerto y la empujé un par de metros apoyándola de nuevo sobre la pata de cabra. Coloqué las ramas firmemente con unas piedras y lo cubrí todo con la funda. Luego eché unas hojas muertas sobre ella y la contemplé sin prisas, confirmando su estabilidad y cerciorándome de que el señuelo no me fallaría.

Antes de salir me puse el casco, por si fuera preciso ocultar mi identidad, y empujé la moto hasta un rellano apartado. Giré la llave del contacto, crucé los dedos y accioné la palanca de arranque al tiempo que aceleraba con el puño. El mágico ruido estridente del motor me inundó de alegría. ¡En marcha! A por la mochila y a Lastres.

Llegué al lugar donde había ocultado la bolsa. Corté un trozo de la cuerda y la até al asiento trasero. La paranoia de que alguien me estuviera viendo me mantenía alerta todo el tiempo. Cubrí de nuevo el boquete con arena, coloqué hojas y espigas de abeto, guardé la pala, y enganché una rama a la parte trasera de la motocicleta de modo que arrastrase por el suelo y borrara de vuelta las marcas de los neumáticos.

No voy a negar que en un momento dado me abordó la duda. Me preguntaba a mí mismo el porqué de tanto riesgo y ganas de meterme en problemas. Lo primero que me vino a la mente es que lo hacía para combatir el mal, lo que me dije la última vez, mejorar mi entorno en la medida de lo posible. Esta vez escarbé un poco más y me di cuenta de que, pese a comportarme de forma altruista, en el fondo de mí también había un egoísta, un adicto a la curiosidad de superar los límites, a las emociones fuertes y al sabor del éxito. Debía tener cuidado con la abundancia de celo o se convertiría en otra debilidad.

Estaba empezando a gustarme lo que hacía.

Tardé en llegar a Lastres poco más de media hora, y otra media en encontrar la maldita mansión del Gallego. La noche cerrada y oscura era mi cómplice involuntaria. Pasé por la puerta sin bajar demasiado la velocidad. Solo en la parte frontal había cuatro canutos blancos con un foco rojo casi invisible orientados en todas direcciones: eran cámaras de circuito cerrado de televisión.

A unos cincuenta metros de la entrada, examiné el terreno con calma para decidir cuál sería el mejor punto estratégico de observación donde apostarme. Llegué con la motocicleta hasta un pequeño sendero al ralentí, sin luces, como en los viejos tiempos, y a partir de un punto continué a pie ocultando la motocicleta entre los árboles, lista para arrancar y encarada hacia el lugar de fuga.

Una vez escuché a un jefe de la policía de una serie de televisión narrar cómo habían atrapado a una pequeña banda de ladrones profesionales. Según decía ese policía, todo ladrón que entra en un lugar suele llevarse cosas, pero también deja otras. Se refería a pruebas, indicios, vestigios, instrumentos. Si bien esta pequeña banda, en sus primeros golpes era exageradamente cautelosa con los detalles, poco a poco, a saber, si por exceso de confianza, torpeza o simple pereza, comenzó a cometer errores de planificación y atención, hasta el punto de ser identificados, localizados y detenidos por

los justos servidores del bien y el orden. Atención a los detalles, más atención y después un poco más de atención. Así es como yo quería hacer mis encargos.

Completamente oculto entre la vegetación, me dediqué a aplicar el conocido método científico de la investigación, empezando por la observación. Armado con unos prismáticos de gran alcance, desde la altura intermedia de aquella colina saqué mi cuaderno de notas y el lápiz, y empecé a hacer un croquis de toda aquella residencia, por llamarlo así, porque aquello era un complejo de seguridad en toda regla.

Allí tumbado, vigilante, caí en la cuenta de que mi comportamiento formaba parte de una conducta interiorizada por la instrucción militar recibida en los Estados Unidos. Un *flashback* me vino a la mente de aquel sargento gritando:

—¡Nunca os acerquéis a la cresta de una colina! ¡Vuestra silueta destacaría! ¡Dígame que lo ha entendido, soldado Sanders!

Todavía no tenía definido un plan. El hecho de montar de nuevo la Beretta no dejaba de estar en contra del más fundamental de mis principios: no hacer daño a nadie. Entendía su uso como solución final y disuasoria. Una herramienta para doblegar la voluntad de todo aquel que estuviera dispuesto a matarme. Algo que, llegado el punto, me ofreciera una alternativa de supervivencia. La realidad era esa, pero también había otra subyacente, más profunda si cabe y también más simple. Estaba asustado por que todo se torciera.

A la una y diez de la madrugada, alguien salió de la finca. Llevaba una especie de uniforme de faena; se diría que parecía un empleado del hogar. En su mano derecha, una bolsa blanca de la basura. Vigilando la entrada, un hombre delgado observaba su recorrido hasta el final de la calle, viendo caminar al empleado con andar cansado y desidioso hasta los cubos. Le siguió con mirada atenta ese hombre de un metro ochenta, con rostro afilado, semblante serio, largas patillas, botas de punta, ropa ceñida y abrigo largo. El clásico tipo que no da miedo, pero al que no se te ocurriría faltarle el respeto. La clave de esa apariencia residía en sus ojos, cargados de dolor y fuerza; después comprendí que esa energía heredada y transportada era la clave de su mirada atávica. Sin duda, tenía que ser él, su jefe de seguridad, al que todos llaman el Patillas.

Al abrirse la puerta de la cochera, me fijé en que el camino interior estaba flanqueado en sus márgenes por una gruesa valla de metal forjado cuyo final volvía a estar presidido por otra puerta cochera mecánica. En esta ocasión, el portón también se abría hacia el interior del pasillo. Pude comprender que dicho diseño debía estar pensado para ralentizar y retener en todo lo posible la entrada de vehículos policiales u otras desagradables visitas, dándoles tiempo para hacer desaparecer las pruebas de su deshonroso negocio y huir.

Mientras miraba fijamente al Patillas desde la distancia, perfectamente oculto entre la maleza e inmóvil, sin ninguna causa aparente dejó de mirar al empleado y dirigió su mirada directamente a mí.

Como si un sexto sentido le hubiera dicho: «Eh, amigo, ahí arriba hay un tío planeando fastidiaros». Estuve a punto de cometer el gravísimo error de moverme asustado. Respiré profundamente para calmarme mientras sostenía su mirada desafiante y escamada. Me preocupé de que las lentes de los prismáticos fueran antirreflejos, así es que nada físico pudo llamar su atención. Solo su intuición le avisó de mi presencia. Pero como tantísima gente, todavía no sabía interpretar esa

percepción intangible que le había advertido de una amenaza.

Volvió a centrar su atención en el empleado que regresaba, si era posible, todavía más despacio. Por su lenguaje corporal, supe que le dio varias instrucciones, y se quedó en la calle esperando a que se cerrara la puerta. Sacó unas llaves de su bolsillo derecho, abrió un coche de origen sueco, poco frecuente en España, y que estaba aparcado fuera del recinto, y colocó estirado su abrigo sobre el asiento de atrás. Cuando iba a sentarse en el puesto de conductor, volvió a alzar su mirada justo donde estaba yo, afilaba sus ojos como tratando de ver lo invisible. Supongo que sentía esa extraña sensación de que alguien te observa, a veces miras repentinamente y, sin saber por qué, encuentras a alguien mirándote fijamente, esbozando una sonrisa o no, pero no suele fallar. En otras, esa misma sensación te aborda y al mirar no encuentras nada, pero eso no significa que no haya alguien observando, solo significa que no lo puedes ver.

Por fin, el Patillas se marchó y vi en esa bolsa de la basura una oportunidad para descubrir algo más sobre los hábitos del Gallego. Iba a ser algo asqueroso, pero esto no es una película llena de glamur. Hice todas las anotaciones de aquella vigilancia. Tal y como pude comprobar, a partir de las dos de la madrugada todas las luces se quedaban apagadas, todas excepto una pequeña donde un vigilante hacía guardia durante la noche. No estaba del todo seguro, pero me pareció que iba armado. De vez en cuando hacía una ronda, perezosa, bastante corta. Después se quedaba allí sentado, con la única compañía de una pequeña estufa. Podría poner la mano en el fuego y creo que no me la quemaría, diciendo que se pegaba unas buenas cabezadas. Mejor para mí.

A partir de las tres me dediqué a enterrar la mochila impermeable, y aunque me costó mucho, dentro de ella introduje la pistola y el cargador. Tal y como hice cerca de casa, dejé la pala cerca de la superficie y presté mucha atención a cubrir las marcas de mi paso por ahí. Con mucho sigilo, bajé de nuevo en la moto, y antes de irme abrí en silencio aquel cubo de la basura y enganché la bolsa en el manillar; un poco más adelante la coloqué con firmeza. De camino a casa pude ver a lo lejos unas luces azules patrullando en el horizonte. Me detuve y esperé a que desaparecieran para continuar mi viaje.

Estaba realmente cansado, entre todo el jaleo del día y la tensión de mi puesto de observación, me encontraba realmente fatigado y aterido por la humedad del terreno. Escondí la motocicleta y a su lado dejé la bolsa de la basura para revisarla al día siguiente. De otro lugar no sabía, pero en mi pueblo conozco bien por dónde andan los cazadores, senderistas, guardabosques y cualquier espontáneo extraño. El lugar donde oculté la motocicleta era el más seguro de todos, pese a ello y fiel a mi disciplina autoimpuesta, limpié a conciencia cualquier huella dactilar que hubiera podido dejar en ella y de nuevo con una rama fui borrando todo mi rastro hasta la calzada. Después continué a pie hasta casa. Con cada coche, con cada extraño sonido que escuchaba a lo lejos, me ocultaba para no ser visto.

La prudencia era mi estandarte, y la oscuridad mi consorte.

Como siempre, Kingsley me había dejado la ventana entreabierta. Esta vez no me esperaba nadie despierto; supongo que la rutina normaliza la costumbre. Guardé el pequeño cuaderno bajo mi colchón, me puse el pijama y me dormí contento. La noche

había sido muy productiva.

Al día siguiente, abrí el cuaderno para analizar los datos que había apuntado. Aquella letra, escrita en la oscuridad, parecía la de un loco sin ojos. Con dificultad, pasé toda la información a limpio. Había recogido los tiempos que tardaban las puertas en abrir y cerrar, los paseos del vigilante y la frecuencia de estos, distancias aproximadas, estructura e hipótesis del interior de la vivienda, el lugar donde debía estar la alcoba donde dormía el Gallego, accesos al embarcadero, etc.

Al mediodía regresé con todo el cuidado del mundo al lugar donde había dejado la motocicleta y la bolsa de la basura. Agachado y mirando a todos lados, inicié un exhaustivo examen por orden cronológico del interior de la bolsa. Lo primero que saqué fue un pequeño brik de zumo de naranja; imaginé que se lo había tomado antes de dormir. Cenó pollo asado con puré de patata. Debía soler ducharse antes de cenar: una cuchilla desechable lo confirmaba. Poco antes de la ducha tuvo que abrir el correo; solo encontré un sobre, el remitente eran sus dos hijas. Perfecto, ahora tenía la dirección exacta de su familia en Ferrol. Otro papel arrugado estaba cerca, varios folios con cantidades y lugares, extendidos con una impresora matricial de agujas, indescifrable *a priori*, pero relevante.

Quedaba patente que este delincuente no tomaba las debidas medidas de cautela y borrado de rastros. Me preguntaba cómo un inútil así había amasado tal fortuna siendo tan estúpido. De pronto, sus errores me hacían adquirir más confianza y también me daba una potente lección de cuidado. Poco a poco, mi plan iba tomando forma y una idea clara se iba construyendo en mi cabeza; un poco más de información durante unos días me daría la clave final.

El tiempo dejó de agobiarme, iba a ser menos difícil de lo que pensé, que no más fácil.

CAPÍTULO 19. **MEZCLADO**

- *GALICIA-PRINCIPADO DE ASTURIAS, VERANO DE 1996*

Quedé con Javier, mi querido amigo de la escuela. Casualmente, sus padres volvían a casa durante unos días para visitar a la familia. Me preguntaba si ahora tendría acento sevillano. Nos debíamos algo más que una visita rápida. Tenía la extraña impresión de que nuestras vidas nunca más irían en paralelo, pero, al mismo tiempo, su oportuna presencia formaba parte necesariamente de mi objetivo.

Yo nunca he sido materialista, pero, para cumplir con mi plan, precisaba de ciertos objetos cuya adquisición se me planteaba difícil. Necesitaba un pequeño préstamo de Javier. Sabía que no se opondría ni haría preguntas molestas. Nunca tuvo ninguna duda sobre el rumbo de mis acciones. Podría decirse que era una de las personas que mejor me conocían, y no porque yo me extendiera en explicaciones de mi personalidad, más bien lo contrario. Practicábamos el lenguaje del silencio.

Él sabía que dentro de mí podía surgir todo tipo de ideas, pero todas debían superar unos filtros para hacerse realidad: el filtro de la oportunidad, el filtro de la sensatez, el filtro de la viabilidad, pero, sin duda, el último y más importante, el insalvable, el filtro de la bondad. Curiosos conceptos subjetivos, nítidos y a la vez difusos, tan entremezclados a veces que se hacen imposibles de distinguir, y, aunque entre él y yo había pasado el tiempo, nuestra relación era idéntica al día en que se marchó.

Pasé aquella mañana entera con él. Le puse al día. Como siempre a medias, el viaje en El Beluga, Kingsley, Natalia y mi posible prueba en Madrid. Noté su preocupación. Él y yo habíamos sido como uña y carne. La posibilidad de estudiar en el extranjero reflejó en su cara la viva imagen de la pérdida. Todo lo demás carecía de importancia para él, solo quería saber acerca de esa posibilidad, la posibilidad de un infinito océano entre nosotros y, con él, la improbable posibilidad de vernos más a menudo. Entendí su insistencia como una muestra de afecto hacia mí, y le hice ver la superación de la prueba como algo poco probable.

Esta vez no coló. Él daba por hecho que me atraparían al discernir mi potencial, y, de pronto, una expresión de tristeza se le escapó imaginando nuestra ausencia mutua. Parecía algo muy lejano en ese momento, tan inmerso en ejecutar mi plan. Ahora me conozco mejor y sé que mi mente funciona por tramos, tareas cumplidas, primero A y luego B, aunque estén muy cerca. Me contagió su emoción y, con mi buen amigo Javier allí presente, ya empecé a echarle de menos antes de separarnos de nuevo. Por desgracia, ese es un sentimiento que conozco muy bien.

Al final, casi me vuelvo sin aquello prestado que le iba a pedir a Javier: la cámara de fotos instantánea Polaroid. Mis pequeños ahorros estaban a punto de desaparecer casi del todo; menos mal que Javi me hizo el gran favor. Finalmente, me dijo que me la regalaba, a cambio de una última instantánea juntos. Le dije que era un exagerado, como todos los andaluces, pero no esbozó ninguna sonrisa y con algo de regomeyo

miró la fotografía antes de guardarla.

Tuve que pedirle a mi mejor amigo algo fuera de lo común: que mintiera por mí. Necesitaba ausentarme de casa durante aquella noche, y él debía ser mi coartada. Me inventé que Natalia y yo queríamos pasarla juntos. Le conocía muy bien, nunca quería salirse del camino correcto, pero a la vez se entusiasmó por mi aventura amorosa y, en previsión de mi venidero cambio de continente, cedió en cubrirme esa noche. Le dije que por la tarde volvería, y así llamar a mi madre desde su casa, con él delante para no levantar sospechas. Parecía sorprendido por la frialdad de mis órdenes concisas.

Aquel día tuve que cancelar mis clases y la asistencia al gimnasio. Las clases de los muchachos me daba un poco igual, pero faltar a *muay thai* me creó un fuerte remordimiento. No me quedaba otra, debía viajar a Ferrol como parte del plan. A las cinco de la tarde llegué a casa de Javi, otra vez, y desde allí llamamos a mi madre para confirmarle que ya había llegado y me quedaba con él en la casa de sus padres. Un sonido metálico sonó en mi mochila, eran algunas herramientas que portaba junto con el pasamontañas y unos guantes. Javi no quiso preguntar nada, pero le noté dudar sobre la veracidad de mi historia. Supongo que prefirió no indagar más. Bastante inverosímil era ya mi romance con una muchacha de Llanes, querer pasar la noche juntos y ahora el sonido de herramientas en mi mochila. Pero volvimos a practicar el lenguaje del silencio.

No me entretuve ni un momento más, y a toda prisa me dirigí a la estación de autobuses. Saqué un billete de ida y vuelta hasta Ferrol, y esperé en la dársena un buen rato, entre personas extrañas y olores a gasoil. Por fin llegó el autobús que venía desde Santander hasta La Coruña, haciendo numerosas paradas por el camino, como esa de Llanes.

Traté de dormir un poco, pero nada, el traqueteo y los nervios me lo impidieron. Me puse a ver la película que echaban y las cinco horas de viaje se me hicieron bastante cortas. Por fin llegué al pueblo. Era completamente de noche, me orienté con un plano que previamente había fotocopiado en la biblioteca y comiéndome un Bollycao fui directo a la casa de la exmujer del Gallego. Observé tranquilamente desde fuera, alejado de la vista de los vecinos, pero nada tan sofisticado como de costumbre.

Estaba claro que el lugar no presentaba ninguna medida de seguridad fuera de lo corriente en una casa normal. Confirmé visualmente que, efectivamente, había dos niñas en su interior. Sobre las once y media, un hombre salía de la vivienda; parecían discutir acerca del por qué no podía quedarse a pasar la noche allí. Ella le explicaba que la casa era propiedad de su exmarido y le había prohibido tajantemente que otro hombre pernoctase allí. Estaba claro que ese infeliz no sabía nada acerca de su exmarido, porque decía estupideces como: «Que venga aquí a decírmelo, que quiero hablar con él y explicarle un par de cosas al retrasado ese». A ella se la veía preocupada por si algún vecino escuchaba esa salida de tono, al tiempo que le suplicaba que se callase, replicando este nuevamente. Parecía que hubiera tomado un par de copas o, simplemente, quería hacerse el macho. Fuera lo que fuese, era un insensato e ignorante, un hombre que no sabía de quién hablaba.

Finalmente, y a regañadientes, aquel hombre se marchó caminando con su chaqueta cogida de la mano, refunfuñando hasta que lo perdí de vista. Me percaté de que, al irse, la puerta de la casita no fue cerrada con llave. Permanecí allí de pie, inmóvil y oculto

por unas arizónicas. Esperé un par de horas hasta que todas las luces estuvieron apagadas. Hice un poco de carrera continua durante unos minutos para desentumecer el cuerpo y regresé a la puerta de la casa. Me sentía extrañamente tranquilo, porque además de que solo eran una mujer y dos niñas, en caso de que algo saliera mal, tenía todo el bosque para salir, escapar y esconderme.

Antes de acercarme, saqué el plástico flexible, que no era más que la clásica señalización fluorescente de salida de emergencia que hay en todos los garajes. Me acerqué a la puerta con el pasamontañas y los guantes puestos. Introduje el plástico haciéndolo resbalar por el quicio de la puerta hasta que tropezó suavemente contra el resbalón, hice girar el plástico sobre su forma de cuña obligándolo a entrar en la hendidura y, ¡clic!, la puerta se abrió sin hacer el más mínimo ruido. Cerré con mucho cuidado sosteniendo el picaporte, y entonces empecé a notar que la cosa iba en serio. Encendí la linterna con filtro azul marino, con una intensidad muy tenue, y subí las escaleras apoyándome en la barandilla y el lateral extremo de cada escalón, evitando de ese modo el sonido combado de la madera.

En medio de aquel oscuro silencio, solo escuchaba el resoplar de mi respiración agitada. Me quedé quieto unos segundos y conseguí calmar su ritmo. Al llegar al pasillo de la planta superior, tuve que pasar por fuerza ante la habitación de la exmujer, que dormía a pierna suelta y bocabajo, entorné su puerta y el decorado infantil de la siguiente me señaló el cuarto de las pequeñas. Dormían en camas alineadas y separadas por una mesilla, frente a ellas un gran escritorio alargado lleno de dibujos y ceras. Yo no tenía ningún deseo de apreciar su arte, pero lo que vi me obligó a detenerme un segundo.

En uno de los dibujos la figura de un señor con traje y corbata estaba rodeado de cuatro pequeños amigos totalmente pintados de rojo. El dibujo se titulaba *Papá y sus ayudantes*. Con mucho cuidado, cogí el folio doblándolo en cuatro partes y me lo guardé en el bolsillo. Envolví la cámara con una camiseta para reducir el ruido de sus mecanismos e hice una fotografía a cada una de las niñas, las cuales dormían como ángeles. Me preocupaba que el *flash* pudiera despertarlas, pero no fue así. Guardé con mucho tacto la cámara y las fotos en la mochila, y con el mismo sigilo llegué hasta la puerta, coloqué de nuevo el plástico entre el resbalón y el marco, y cerré desde fuera sin hacer ruido. Todo salió a la perfección. Ya estaba fuera. Como si nunca hubiera entrado allí.

Eran algo más de las tres de la madrugada, y me quedaba toda la noche por esperar hasta las nueve y media que pasaba el autobús. Seguí las indicaciones que llevaban a las playas y anduve durante un buen trozo. Cuando llegué a la arena, cuál fue mi sorpresa que aquella playa ya estaba bastante ocupada por viajeros del Camino de Santiago. Mejor para mí, entre aquella gente no destacaría. Até mi mochila sobre el pecho pasando las correas por los hombros y me eché a dormir como pude, con un ojo abierto.

Por la mañana, y con arena por todos lados, me sacudí igual que un perro y me fui a tomar un café bien caliente. Necesitaba asearme un poco; mi cara acartonada estaba llena de sal y legañas, y creo que mi aliento era capaz de matar a una manada de ratas. Después del improvisado lavado exprés, ya me encontraba más cómodo. Tomando ese café bien caliente, con cuidado de no ser visto por nadie y sentado en

aquella mesita de bar, saqué las fotos para verlas por vez primera. Estaban perfectas, tal y como yo quería. Saqué el dibujo aquel y observándolo, incrédulo, me dije a mí mismo que esos personajes que acompañaban a su padre eran quienes tenían que ser. Al menos una de las niñas también podía verlos. Ya no era el único del mundo con esa facultad. La mente en desarrollo, elástica y adaptativa de aquellas niñas todavía no estaba desconectada por la poda sináptica, ni mal influida por la negación adulta de una realidad paralela llena de misterios e incógnitas.

Aquel dibujo me hizo sentir más «normal».

De vuelta en el autobús, no pude resistir el sueño y me quedé dormido oyendo las voces de los demás viajeros en duermevela. Al ir llegando, traté de estirarme como pude, sin resultar grosero. Mi primer viaje tan largo en soledad, con dieciséis años, y cometiendo un delito de allanamiento de morada y, aunque sé que nadie echaría en falta aquel dibujo, otro delito de robo. Lo importante para mí era no perder el objetivo final y por el camino no causar ningún daño.

Llegué a casa a la hora de comer y todos me estaban esperando. Mi tío me dijo que olía a vagabundo. No se lo iba a discutir, pero me quedé asombrado de su olfato. Aproveché unos minutos antes de sentarme a la mesa y me di un duchazo rápido. En la mesa solo se hablaba de una cosa: el regreso de mi padre. En unos días lo tendríamos en casa; estaba impaciente por estar con él, pero más por terminar mi tarea.

Pese a las ganas de echarme una merecida siesta, en mi línea, disciplinado, acudí a dar las clases que tenía comprometidas y después de eso fui a machacarme el cuerpo a codazos, patadas y puñetazos. A última hora estuve el tiempo justo con Natalia, que no entendía qué pasaba y reclamaba más atenciones. Yo no podía hacer más, debía descansar al máximo para estar a pleno rendimiento la noche siguiente. Nos besamos apasionadamente, y antes de coger el tren me dijo:

—A veces pienso que eres un extraño, tan tuyo, nunca sé lo que estás pensando.

Guardé mi opinión para no profundizar en ese asunto. Odiaba hablar de mí, porque haciéndolo siempre cometía errores con frases incongruentes de experiencias no vividas, al menos no en esa vida.

Había aprendido a fuerza de la incomprensión a ocultar mis pensamientos. Toda mi existencia era forzosamente un gran secreto. Analizaba a los demás meticulosamente para decir a cada cual lo que oportunamente fuera más apropiado. Aunque con Natalia era muy distinto, no se merecía un silencio, pero todavía menos una mentira. Me sentía culpable por ello. En ningún caso podía contarle la verdad, aunque juro que me hubiera encantado. Mi realidad era imposible de digerir, simplemente sería una rotura de esquemas sin beneficio alguno para nadie. Pero Natalia, como mujer intuitiva y de fuerte carácter, tenía la certeza de que le ocultaba algo, a ella y al resto del mundo.

Al subirme al tren, solté su mano con suavidad, pero ella no me miraba. Sin esperar a que el tren cerrara las puertas e iniciara la marcha, comenzó a caminar por el andén, alejándose de mí. Yo recorría el pasillo del coche esquivando al resto de los viajeros, tratando de ponerme a su altura con la vaga esperanza de que sus profundos ojos se fijaran en mí y quizá una sonrisa silenciosa me dijera: «Te quiero», «te deseo» o «eres importante para mí»; yo mismo me inventaría el mensaje. Pero nada de eso pasó. El tren arrancó en dirección opuesta y la perdí de vista con mi rostro pegado al vidrio.

Presentía que la perdía.

Llegué a casa y mi madre me notó la preocupación. Me preguntó qué pasaba. Como otras tantas veces, le dije que nada. Esta vez íbamos a cenar en casa de mis tíos. Fue el bocazas de Kingsley quien le dijo que seguro que estaba así por aquella chica. Maldito momento en que empezó a hablar el castellano, y escuchándome decir eso me dio la risa. Mi madre y Kingsley me miraban desconcertados, aunque acostumbrados a mis locuras, mientras andábamos por el pueblo en esa agradable noche de verano.

Me decidí a contárselo. Mi madre escuchó con atención las señales que concienzudamente le describí. Seguidamente, me dio un gran consejo de madre y mujer.

—Tienes que sorprenderla. Necesita sentirte cerca. Ella también piensa que te está perdiendo. Seguro.

—Mamá, si tú fueras ella, ¿qué te gustaría que hicieran por ti? ¿Un regalo?, ¿una carta de amor?

—Qué antiguo eres, hijo. Deberías ir a donde esté y darle una sorpresa, el mejor regalo eres tú.

—Ya. ¿Y qué hago? ¿Voy mañana?

—Pues claro que no. Cena rápido y vete a verla. Disfrutad de lo que tenéis juntos. Estás de vacaciones. No todo es dar clases y entrenar, hijo.

Extrañado, me quedé un momento asimilando las palabras de mi madre y a toda velocidad contesté:

—Vale, pues te haré caso.

—No hay padres en el mundo que tengan un hijo más responsable. Ten cuidado con la bicicleta, párate a un lado si vienen coches, y si intimas mucho con ella usa pro…

Tuve que interrumpirla por vergüenza y ella se echó a reír. Estaba feliz por muchos motivos, conmigo, la familia, con Kingsley y, cómo no, entusiasmada por el inminente retorno de su añorado marido.

Tuve que traducirle algunas cosas a Kingsley porque, aunque cogía onda, todavía se le escapaban algunas cosas. Me miraba asombrado, como diciendo: «Ya no hay que dejar la ventana abierta»; haciendo gestos de éxito con el pulgar hacia arriba y asintiendo con la cabeza.

Mi mente paranoica empezó a pensar si es que mi madre ya sabía de mis excursiones nocturnas, o, simplemente, me estaba haciendo mayor y se ampliaba mi margen de libertad. Dos noches seguidas fuera de casa era algo insólito. En cualquier caso, no lo pensé demasiado, me acabé el postre a toda prisa y mi tío preguntó:

—¿Adónde vas con tantas prisas, Romeo?

Maldición, ya lo sabían todos.

—Está enamorado —dijo Kingsley despacio, casi deletreándolo y con tono africano.

Todos se echaron a reír, incluido yo. Ahí pararon las bromas, me desearon suerte, me pidieron que tuviera mucho cuidado por el camino y que no olvidara las llaves de casa.

Me di una ducha relámpago, solo en casa. Me peiné bien y me vestí como es debido. El suave olor de mi colonia se fundía con la brisa del mar haciendo una mezcla que todavía recuerdo como si fuera ayer. Cogí la bicicleta, pero solo para llegar hasta la moto. Cambié una por otra, y de nuevo, con sumo cuidado, borré mi rastro y vigilé que nadie me viera.

Llegué a su casa y la llamé al timbre. Sabía que su padre estaba nuevamente de

viaje, solo una sirvienta con poco interés en Natalia convivía con ellos de lunes a viernes, y su trabajo no era vigilarla.

—¿Quién es?

—Natalia, soy David. Baja, que vamos a dar una vuelta.

—Pero ¿qué haces aquí?

—Necesitaba verte. Venga, baja.

—Voy —dijo ilusionada tras una pausa que se me hizo interminable. No podía perderla.

Abrió el portal vestida con unos vaqueros, unas zapatillas Converse y una camiseta rosa con letras. Estaba guapísima.

—Ponte el casco y monta.

—Pero ¿y esta moto?

—Me la han prestado solo por hoy. No hagas más preguntas y arriba.

Se puso el único casco disponible, se montó en la parte de atrás y se abrazó a mi cintura. Acaricié sus manos entrelazadas y, mirando al frente, me alegré de tenerla conmigo, juntos de nuevo. Arranqué la moto, metí primera y aceleré un par de veces en vacío antes de soltar el embrague, como en los viejos tiempos. Sentía su pecho apoyado en mi espalda mientras íbamos por aquella carretera nacional con destino al mirador de Pimiango. Veinte minutos nos separaban de allí.

De camino, acariciaba con la mano izquierda su muslo. Quise que el viaje discurriera por el borde marítimo; era más bonito y habría menos guardia civil a quien pudiera llamar la atención que yo circulara sin casco.

Según ella, nunca había estado allí. Era un lugar muy especial para mí. Un mirador hecho de hormigón, alzado sobre el horizonte, con vistas al mar hasta donde la curva de la tierra permitía divisar. Las luces rotantes de los faros alumbraban a momentos la oscura inmensidad del mar. Mesas de merienda hacían del lugar un buen punto de reunión familiar donde en más de una ocasión nos habíamos juntado todos de pícnic.

Sobre aquella estructura nos abrazamos, su piel estaba de gallina. Me quité la camiseta y se la puse, pero no era frío lo que tenía. Con lo delgada que estaba ella, la prenda superaba sus codos por las mangas. Comenzamos a besarnos y poco a poco perdimos el control despeinándonos, cogiéndonos con fuerza y desvistiéndonos. Ella movía las riendas de mi pasión a su antojo. La ropa era un obstáculo que nos impedía sentir nuestros cuerpos y la escasa luz de una farola lejana se convertía en nuestra puesta en escena.

Sin contemplaciones, nos entregamos el uno al otro, fundiéndonos en un solo cuerpo. Todo mi miedo a perderla había desaparecido difuminado por el fuego de la excitación, la armonía de nuestras caricias y los susurros interrumpidos por los jadeos. Estaba totalmente prendado de ella. Natalia marcaba el ritmo de nuestra primera vez. Ella me poseía. Nos entendíamos sin hablar, mirándonos a los ojos, traspasando la expectativa, las fronteras convencionales de lo real. Encontrándonos en una burbuja desdibujada de soledad apartada, extasiados por compartir nuestra primera entrega al amor. Precipitados a lo irrepetible.

Extenuados, con la noción del tiempo diluida, nos tumbamos abrazados en la hierba y nos miramos fijamente, conscientes de nuestra conexión más allá de la materia. Podía sentir sus latidos sobre los míos, su esencia cristalina. La belleza de su espíritu

sobrepasando el cariño, adentrándose en las fortalezas amuralladas de mi corazón. Insertando en mi interior la semilla de un recuerdo imborrable.

Me daba miedo permitirme disfrutar de la sensación. Era libre y no lo era. Me levanté toscamente rompiendo la magia del silencio y el ligero retumbar de nuestros latidos calmados.

—¿Qué ocurre? —me dijo en voz baja, somnolienta, mirándome sin fuerzas.

—Tenemos que irnos. El tiempo junto a ti se resbala como el agua entre los dedos, ladrona.

La besé con picardía.

Se incorporó como quien madruga forzado, me miró y sonrió avergonzada de su pereza, estirándose con una sonrisa tímida. Con cuidado, le ayudé a ponerse el casco mientras se sujetaba su larga melena, hecha un moño sobre la cabeza. Abrí la visera y le di un cariñoso golpecito en la nariz, volviéndola a cerrar. Arranqué la moto y, disfrutando de la carretera y el oscuro paisaje, llegamos a su casa, esta vez despidiéndonos como es debido. Permanecí en el portal hasta escuchar cómo se cerraba la puerta en el interior del rellano y se apagaba la luz de la escalera. Su habitación se encendió, y esta vez fui yo quien se marchó sin mirar atrás.

Me sentía dividido reconociendo mis sentimientos; desleal hacia Angie y despistado con mi programa. Tenía que centrarme seriamente. Disciplina era la palabra que se venía constantemente a la cabeza.

En mi interior había presentes dos colores, dos amores, y todo eso se estaba mezclando; no me lo podía permitir. Contradicciones sentimentales, emociones encontradas.

Estaba hecho un verdadero lío.

CAPÍTULO 20. **ENLACE**

- *PRINCIPADO DE ASTURIAS, VERANO DE 1996*

Volviendo a casa en bicicleta, por poco entro por la ventana; la costumbre, supongo. Tuve que dar la vuelta de nuevo. Eran más o menos las dos, casi las tres de la mañana; mi madre me esperaba despierta, ilusionada de verme. Eso me hizo pensar que no sabía nada de mis anteriores escapadas nocturnas.

—Muchas gracias, mamá, por dejarme salir y darme tan buenos consejos.

Noté que a mi madre le tembló un poco el labio; emocionada, parecía revivir el amor a través de mí.

—No tienes que dar las gracias, hijo, ya eres casi un adulto. Y bien, cuenta, cuéntame, qué tal ha ido con esa chica.

Me costaba abrirme y más todavía hablar de esas intimidades, pero mi madre se había ganado la confidencia. Tuve que tergiversar los detalles, omitir mis contradicciones y, aun con esas, casi se me escapa la vuelta en moto, soltando prenda. Ahí me di cuenta de que para ser un buen mentiroso hay que tener una memoria de elefante.

Compartimos ese rato con un Cola Cao bien caliente, y poco después me despedí de mi madre con un fuerte beso hasta la mañana siguiente. Me dejó descansar a placer, y me iba a hacer falta. Tenía programado acudir a la casa del Gallego a la noche siguiente y nada me lo iba a impedir.

Desde que me desperté, pasé todo el día inquieto, nervioso porque llegara el momento de que todo acabara. Aquella mañana me levanté solo un poco más tarde de lo habitual, hice mi cama, le pregunté a mi madre si le podía ayudar en algo, y tras esto me fui al bosque a comprobar el orden de todo lo que iba a necesitar esa noche.

La tarde rutinaria, un poco despistado dando clase, y en el gimnasio traté de no esforzarme más de la cuenta, no quería dolores molestos ni agujetas. No esa noche. Ni siquiera hablé con Natalia; nada debía desconcentrarme. De vuelta a casa, iba imaginando lo que haría; tenía una idea más o menos clara, pero la conducta impredecible del momento podría hacerme improvisar. Recordar el terreno y las vías de escape era fundamental.

Al fin, el momento llegó. Esta vez me escapé como siempre, por la ventana. Kingsley estaba despierto, me preguntó si todo iba bien. Pues claro que no, estaba a punto de ir a casa de un narcotraficante sin moral a jugarme la vida. Con una sonrisa le dije que el domingo quedaríamos con una amiga de Natalia y pasaríamos el día en la playa, haciendo surf, jugando a las palas, al vóley y haciendo aguadillas a las chicas. Me miró incrédulo, pero enseguida supo que no le mentía y de nuevo esa enorme sonrisa tan bondadosa nos hizo compartir un fugaz instante de felicidad, viviendo en nuestra mente la ilusión de ese día playero.

Salí de casa y, por el suelo irregular del margen de la carretera, llegué caminando

hasta mi escondite. Cogí la motocicleta y me puse en marcha, en camino, decidido a tratar de disfrutar luchando contra la maldad y ayudando, anónimamente, a Natalia y su padre.

Una vez allí, desenterré el macuto y me puse toda la ropa que había comprado para la ocasión. Ajusté firmemente la hebilla para fijar la funda del arma a la cintura, alimenté los cargadores, introduje un cartucho en la recámara y desactivé el seguro manual. Con el dedo paralelo a la corredera del arma, la metí en la funda. Anclé la navaja, posicionada firmemente en el cinturón, me puse los guantes y el pasamontañas, me coloqué la cuerda negra al hombro y eché la pastilla de parafina al bolsillo lateral opuesto en el que guardaba las fotos de sus hijas y el dibujo.

Llegué al punto de observación y estuve vigilando al Patillas mientras este confirmaba la seguridad de ese fortín al que ellos llamaban casa. Como de costumbre, con puntualidad, a la una y cuarto se montó en su Saab oscuro, arrancó y se marchó.

—¡Bien! Siguen la rutina —me dije vigilando con los prismáticos.

Miré el reloj, la primera ronda la solía hacer a las dos. Esperé paciente calentando muñecas, cuello, rodillas y tobillos. Una vez que le vi empezar a comprobar el perímetro, corrí a toda velocidad hacia el extremo de la valla, más oscuro y cerca de su garita. Calculé que ese era un punto ciego de las cámaras, pero en realidad me daba lo mismo.

Tiré la cuerda por encima con un nudo de gaza simple y amplia. A la segunda, se enganchó en dos púas de aquellas lanzas tan altas que custodiaban el paso al interior. Consciente de la adrenalina que corría por mis músculos, hice un ejercicio de autocontrol para no hacer ruido. Desenganché la cuerda, la arrojé al suelo y bajé como un gato. Miré mi reloj y la recogí tranquilamente. No hay motivo para tener prisa, sobra mucho tiempo. Seguí los pasos del vigilante, a hurtadillas junto a las plantas, confundiendo mi silueta con el entorno, y me detuve al lado de dos imponentes castaños asturianos que aportaban a la finca ese toque paisajístico, natural y esplendoroso. Me servirían de soporte para la primera fase del plan.

Preparé unas lazadas con la cuerda sobre el grueso tronco de los árboles y, hecho esto, miré mi reloj. En menos de un minuto debía regresar el vigilante. Con la pistola en la mano y el brazo cruzado sobre mi pecho, aguardé paciente su retorno. El corazón se me quería escapar del pecho, y yo me repetía sin parar: «Calma, calma».

Ya se acercaba. Caminaba arrastrando los talones al inicio de cada paso, le escuché bostezar y sobrepasar el tronco donde le esperaba escondido e impaciente. Me situé justo detrás, sincronizando mis pasos con los suyos, y coloqué el cañón de mi pistola sobre su nuca.

—¡De rodillas! ¡No lo repetiré! —le grité en voz baja. Un pequeño empujón de la pistola hendida sobre su carne fue suficiente para hacerle salir del pánico y que obedeciera—. Como podrás adivinar, debo quitarte el arma. —Mientras lo desarmaba, seguí hablando con él—: Quiero que sepas que siento un inmenso respeto por tu trabajo: proteger a las personas y anteponer tu seguridad por preservar la de otros es, sin duda, algo de lo que debes sentirte orgulloso. Si no haces ninguna tontería, podrás contarlo, y créeme cuando te digo que no sentirás remordimiento alguno al descubrir qué clase de persona es la que duerme ahí plácidamente, mientras tú temes por tu vida.

Dejé un espacio de tiempo para que masticara lo que le estaba diciendo y, sin más dilación, continué:

—Desnúdate hasta quedarte en ropa interior —le pedí sin contemplaciones.

No quería ser cruel, pero el efecto psicológico de la desnudez en ese contexto reduciría su iniciativa y doblegaría su voluntad. Era necesario. Tenía claro que antes de hacer daño a aquel señor prefería abortar mi plan, todo dependía de su colaboración involuntaria.

Saqué la pastilla de parafina de mi bolsillo, blanducha por mi calor corporal, y le pedí que se la extendiera generosamente por las muñecas. Le hice poner sus propios grilletes; órdenes claras, detrás de la espalda y con las cerraduras mirando a los codos. Él sabía por qué. Me acerqué a comprobarlos y los ajusté un poco más sin cortar la circulación. Apreté los botones del seguro para que no pudieran cerrarse más accidentalmente. En medio de aquella oscuridad nocturna, por un momento sentí vergüenza de lo que estaba haciendo al ver a aquel vigilante mayor en calzoncillos; fue un pequeño instante, pero rápidamente me sobrepuse.

Revisé todos sus bolsillos, retiré su cinturón y comprobé la chaqueta. Todas sus pertenencias las dejé en el suelo lejos de su alcance. Me acerqué a él y tiré los pantalones hechos un gurruño en el suelo junto al árbol. Le hice sentarse sobre ellos, con las esposas por debajo de sus rodillas. Con la pastilla de surf le unté más grasa por todo el cuello y coloqué alrededor la cuerda que previamente había preparado.

Gracias a mi padre y la vida marina, estaba hecho todo un experto en nudos. Él miraba mis ojos entre los agujeros del pasamontañas. Al coincidir la mirada él, la retiraba de inmediato eludiendo la provocación y demostrando sumisión, ignorante del aparente mejunje que tenía formado con la cuerda. Seguía mis movimientos como quien disfruta de ver la destreza en el otro. Coloqué el restante de cuerda hacia el árbol de enfrente sujetando fuertemente el revólver dirigido al pecho del vigilante. Con uno de los cordones de su zapato enlacé la cuerda al disparador y le expliqué:

—Estás atado de tal forma que si te mueves más de veinte centímetros harás dispararse el revólver y provocarás tu muerte. Si por cualquier azar del destino eso fallara, cosa que dudo por completo, el nudo que tienes atado al cuello es tensor y, al intentar incorporarte o moverte, se apretará sin remedio, más y más, causándote la muerte por asfixia.

—¿Por qué haces esto? —me preguntó titubeante.

—Ya te he dicho, amigo, que tienes toda mi admiración, aunque ahora no lo puedas ver, te aseguro que somos del mismo equipo. No te mates y no intentes nada, todo lo que tú puedas pensar en estas horas yo lo llevo calculando semanas.

Giré la cabeza de lado para que viera bien la expresión de mis labios y entendiera que hablaba en serio.

—Espero que hoy te hayas puesto calcetines limpios. —Cogí uno de los que estaban en el suelo, hice una pelota con él y se lo introduje en la boca, comprobando que respiraba bien por la nariz—. Respecto a tu pregunta, hago esto porque puedo, porque debo y porque es lo correcto.

Le puse su chaqueta por encima sin llegar a cubrir las piernas y me quedé un momento a su lado, de pie, mirando la casa del Gallego.

Andando tranquilamente, podía ver cómo mis pasos se mezclaban con la niebla baja

que venía del pequeño embarcadero junto a la oscuridad nocturna, donde solo los animales interrumpían el silencio, y la calma se agitaba antes de la tempestad. «¡Vamos!», me animé. Tal y como había podido apreciar durante tantos días de observación, el vigilante no tenía llaves de casa. Me tocó forzar una de las ventanas correderas haciendo palanca con un destornillador grande de pala. En cuestión de un segundo, estaba abierta y mi cuerpo se deslizaba como el de una culebra. Cerré de nuevo la ventana acompañando el movimiento con las dos manos sin llegar a bloquearla del todo. Eché un último vistazo al vigilante, que entre las sombras de aquellos majestuosos árboles permanecía inmóvil, tal y como le dije.

Encendí la linterna con muy baja intensidad y de color azul, alumbré parcialmente la estancia y casi me muero del susto con la imagen de un lobo agresivo saliendo de la pared. Había trofeos de caza por todas ellas: corzos, jabalíes, ciervos, zorros. Aquello era más un cementerio que un salón. Preferí no seguir mirando por el amor que sentía hacia los animales, pero sobre todo por el vínculo salvaje imperceptible con el protegido de mi guardián, mi amigo de cuatro patas. Podía entender la caza con fines alimenticios, pero no decorativos, eso era demasiado siniestro.

Me sentía extrañamente tranquilo, la sequedad en la boca y las pulsaciones aceleradas habían menguado. Algo pareció moverse tras de mí, lo alumbré a toda prisa llevando la mano al arma en un acto reflejo. No había nada. Supongo que el estrés, la oscuridad y mis sentidos en alerta me gastaban una broma macabra. Estaba claro que el sirviente no me molestaría. Este residía en una pequeña choza para el servicio, adyacente, pero ligeramente separada. No había motivo para que fuera un obstáculo.

Tenía que encontrar el escondite, el lugar donde almacenaba las pruebas de sus actividades ilegales e inmorales. Empecé de abajo arriba, y no tardé en encontrar algo. Unas escaleras conducían al sótano de la vivienda. Un fuerte cambio en la temperatura me provocó un escalofrío. Aquel lugar era una mezcla entre una sala de reuniones y una bodega espartana. De pronto, algo se movió frente a mí, esta vez estaba seguro, se me cayó la linterna al suelo girando sobre sí misma alumbrando en círculos el suelo y la parte baja de las paredes. Extraje mi arma de la funda tan rápido como pude apoyando el dedo sobre el disparador, empeñado en localizar mi objetivo. Mis pupilas trataban de ajustarse a la negrura de aquella alargada sala, pero no veía a nadie allí; pensé si me estaría volviendo loco.

En la casa no debía de haber nadie más que el Gallego; estaba asustado.

«Guarda el arma», escuché en mi cabeza la orden, tan alta y clara que enseguida reconocí lo que era. Frente a mí se creó con nitidez la alta silueta alargada de tres protectores, casi tan altos como el techo de la estancia. Guardé la pistola en la funda, cubriéndola con el arco de seguridad, y respiré aliviado. Estiré la mano en señal de saludo con el deseo de tocar a mi protector, nuestro vínculo era totalmente espiritual, por eso lo distinguí claramente. Él también alargó su mano hacia mí. El contacto era imposible, pertenecíamos a dimensiones muy distintas, pero sentí que mi sombra me había añorado más que yo a ella. Recogí la linterna.

—Menudo susto me habéis dado —les dije en voz baja.

—No somos nosotros quienes te han asustado. Dejaré que te lo explique el guardián de aquel a quien has visto —me dijo mi sombra al tiempo que yo especulaba en mi mente sobre la presencia de ellos allí.

Las preguntas se me agolpaban: ¿estoy en grave peligro?, ¿qué hacen aquí tres sombras?, ¿me impedirán continuar?

—Soy el guardián de un espíritu aquí presente, utilizando tu lenguaje podría traducirlo abreviadamente como un alma errante en estado de negación.

Y un espacio sordo se hizo en el sótano.

—Pido disculpas, pero necesito más explicaciones.

—Coge tu linterna y camina hacia el fondo de la sala.

Obedecí a lo que me dijo, mientras ellos hacían lo mismo moviendo sus lánguidas extremidades.

—Abre ese arcón congelador.

Hice lo que me pidió, alumbré el interior y una persona yacía tumbada en su interior en posición fetal. Mi instinto primario fue tratar de sacarlo de allí con la vaga esperanza de que estuviera vivo; la dureza de la carne, más fuerte que el metal, no era suficiente para hacerme entrar en razón. Tuvo que detenerme el guardián.

—No, te lo enseñaré rápidamente; acabaremos antes.

Aquel guardián se acercó a mí, abrió su enorme mano delante de mi rostro y, como en una película en primera persona, pero con los cinco sentidos, pude sentir las últimas horas de aquel joven rebosante de vida. Ahora congelado y duro, su cuerpo se mezclaba con el entorno en forma de materia inanimada e inerte. La pena más profunda resbalaba por mi interior.

Aquel hombre congelado se llamaba Isaac. Veintiocho años, pensaba casarse la primavera siguiente, doctorado en Ciencias Químicas con matrícula de honor, tenía todo el futuro por delante y un pasado lleno de esfuerzo, sacrificio y afán de superación. Una vida rota porque el Gallego lo amenazó, chantajeó y forzó a trabajar para él en la confección de una variante estable de cocaína adulterada. Después, sin ningún miramiento, lo mató de un disparo en el corazón esa misma mañana, y ahora ese criminal dormía tranquilo en su cama a pocos metros del cadáver de su víctima. ¡Maldito psicópata! Pura maldad disfrazada con dinero y un pequeño imperio de poder.

La comunicación con los guardianes era tan real que por un momento confundí mi vida con la de aquel joven; su dolor e impotencia se hicieron míos. Cerré aquel arcón sin preocuparme por el ruido y me dirigí de nuevo a las escaleras con la pistola en la mano, listo para matar a aquel malnacido y vaciar el cargador desfigurando su asqueroso rostro insolente, para que vagase por el infierno con la cara deshecha.

—¡Alto! ¿Adónde vas? Si te hemos enseñado esto es por tu templanza y sentido común, no para que te conviertas en uno de ellos. ¡Tú eres todo lo contrario! La violencia es un impulso que ya deberías tener superado.

Apretando los dientes y enfurecido, les pregunté:

—¿Y qué queréis de mí?

Ahora me hablaba mi sombra.

—Queremos, lo primero, que cuando te dediques a esto elimines la variable de tus emociones de la ecuación. Nunca, nunca, nunca dejes que esos sentimientos te conduzcan por el camino incorrecto. Ahora te mostraré lo que te asustó al entrar en esta sala y no pudiste ver con claridad.

Dirigió sus manos abiertas hacia el pasillo, en dirección al congelador, y le vi allí de pie. Al principio, era una pequeña bola de luz, lo que los entendidos en etiquetas llaman

un rod. Poco a poco fue creciendo hasta adoptar su pretérita forma, reconociéndolo de inmediato como la esencia espiritual de aquel muchacho, Isaac.

Su guardián me hablaba. El pobre no sentía deseos de venganza, seguía ligado a su cuerpo porque su familia estaba destrozada con su desaparición. Su novia, sus padres y sus hermanos habían organizado patrullas por los bosques para encontrarle, se agarraban al optimismo como a un clavo ardiendo pese a que la conducta siempre responsable de aquel joven vaticinaba que algo trágico le había sucedido. Isaac se negaba a avanzar con su guardián al siguiente nivel, unido al dolor y la incertidumbre de sus seres queridos. Le habían arrebatado una despedida, un funeral digno, que supieran de él, que se hiciera justicia. Por eso permanecía aferrado acérrimamente en esta realidad.

Tenía mis dudas sobre el tercer guardián. No tardó en presentarse. Aquello me rompió los esquemas por completo. Aunque, por otro lado, tenía sentido. Aquella tercera sombra, alargada y callada, casi podía decir avergonzada, era el guardián del Gallego. No daba crédito. Por un momento, todo se volvió confuso y extraño. Ahora los planes cambiaban. Mis prioridades debían ser distintas.

Fue una conversación breve, pero le prometí a los guardianes que lo conseguiría.

Más consciente, con el temperamento nuevamente sosegado y todavía más motivado, subí despacio por las escaleras hasta la primera planta. De nuevo a oscuras, llegué hasta la habitación donde descansaba aquel monstruo cuya existencia también debía proteger. Esa alcoba era más grande que el salón de mi casa. Frente a la cama, una cómoda alta. Cerré la puerta del dormitorio y encendí la luz. Era increíble. Aquel aborto de la humanidad continuaba durmiendo; mis ojos se adaptaron a la luz. Opté por sentarme sobre la cómoda antigua, pero de madera fuerte, con los pies colgando y la pistola en la mano. Sin pensarlo dos veces, empecé a dar golpes con el armazón de la pistola en el cuerpo del mueble.

—¡Gallego! Oye, Gallego, despierta. No deberías dormir tan tranquilo, colega. Despierta.

Sus ojos se abrieron, adormilados; observó a su alrededor y, cuando me vio allí sentado, todo de oscuro, con los guantes, el arma y el pasamontañas, se incorporó como un rayo con las manos alzadas.

—Por favor, por favor, no me mates. Lo podemos arreglar, te pagaré el doble o el triple, lo que me pidas, tengo el dinero aquí mismo, en ese armario.

—No he venido para ganar dinero, estoy aquí para hacer arreglos. Es muy diferente.

—Pero si eres un crío. ¿Cuántos años tienes, chaval? Y deja de apuntarme con esa cosa, que seguramente sea de juguete.

Ya me había cambiado la voz, pero es cierto que para un oído más fino mi timbre revelaba juventud.

—Para empezar, te diré que soy mayor que tú, aunque no lo parezca. Y no se te ocurra tratarme de manera condescendiente, no estás en situación de hacerlo. Si ahora mismo no tienes tu repugnante cara de anormal llena de plomo con la carne picada es porque me lo han impedido.

—Que sí, que sí. Muy bien. A ver, ¿qué coño quieres, chaval?

Sin decir nada, se giró hacia la mesilla para alcanzar el paquete de tabaco y el mechero. Aquello reconozco que me sacó de mis casillas. A toda prisa guardé el arma

en la funda, salté por encima de la descalzadora y de pie sobre el colchón le di una fuerte patada en el pecho al tiempo que con la mano izquierda le cogí por el cuello y con la derecha le puse la punta de mi navaja rozando su párpado inferior. Con mis rodillas sujeté sus brazos impidiéndole cualquier movimiento. No vi miedo en su mirada, era la resignación forzada de un maleante con aires de superioridad y la expresión de un juramento inclemente hacia mí con promesas de dolor.

—¿Te he dado permiso para moverte?

Le apreté más la navaja sobre la carne, haciéndole un poco de sangre. Algo dentro de mí me suplicaba que le infligiera todo el daño posible, pero me contuve. Su despotismo comenzó a desvanecerse al darse cuenta de que realmente estaba deseando matarle, pero que, por alguna extraña razón para él, quizá no lo haría.

—De acuerdo. Entendido. Tienes el control. Tú dirás.

Parecía que había captado el mensaje, porque en realidad al tenerlo de frente, su muerte y con ello su desaparición total, me parecía la mejor idea en ese momento. Solo necesitaba una excusa para incumplir el trato con los guardianes. Separé la navaja de su mejilla, la abatí con una sola mano y la guardé de nuevo, saqué la Beretta y se la puse en la boca.

—Chupa el cañón con la lengua, ¿hueles ese aroma a pólvora entremezclado con aceite? Mira la ventana de expulsión, observa el punto rojo y el sutil color dorado de la vaina agarrada por la uña extractora, ¿te sigue pareciendo de juguete? —Negó con la cabeza varias veces. Retiré la pistola de su cara y sin dejar de apuntarle regresé a la cómoda sentándome de nuevo—. Quiero que me escuches con atención. Lo que te voy a decir es difícil de asimilar sin la adecuada elasticidad mental. —Di un par de golpes con la pistola en el mueble—. Tengo que hablarte de asuntos sobrenaturales. —Resoplé resignado—. No formaba parte de mi plan, seguramente sea perder el tiempo, pero me han convencido para darte una oportunidad de cambio.

Guardé un momento de silencio, bastante habitual en mi forma de hablar.

—Es importante que escuches con atención y dejes de pensar en absurdas salidas, sobre lo que te está pasando o lo que piensas hacer cuando esto acabe. Plena atención a lo que te estoy diciendo, si no, no servirá de nada, dime si lo entiendes.

—Soy todo oídos. Te escucho. —Me pareció normal su escepticismo al mencionar la palabra «sobrenatural». Saqué las fotos de sus hijas de mi bolsillo y se las enseñé—. ¿Las reconoces?

Vi retorcerse algo en su interior, ahora pude percibir su miedo entre la rabia.

—Tranquilo. No te las enseño para amenazarte con hacerles daño. No soy como tú. Quiero que te des cuenta de algo que tu hija ha podido ver. —Saqué el folio y se lo lancé—. ¿Sabrías decirme quiénes son estos cuatro personajes que hay rodeándote en el dibujo?

Le hice un gesto para que respondiera.

—No lo sé. Pero mi hija los dibuja mucho. Ella dice que son mis amigos. Cosas de críos, amigos imaginarios. Solo un dibujo inventado, nada más.

—No sé si merecerá la pena explicártelo. Espero que sí, aunque tengo poca fe en ti, Gallego. Ese dibujo es la visión de cuatro seres que te rodean, que están aquí ahora mismo. Son malignos y se alimentan del dolor, la ira, la violencia, lo inmoral y las malas acciones. A cambio, ellos te seducen y engañan entregándote suerte, señales que te

guían para salirte con la tuya y en la medida de lo posible impiden que seas atrapado por la justicia. Pero al final del camino solo existe un resultado, serás otro de ellos, tu alma se estancará y adoptarás su forma.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Me estás diciendo que estoy poseído o algo así?

—No exactamente, pero sí en parte. Formas parte de una maldad que crece exponencialmente; por lo que sea, tu ángel de la guarda piensa que todavía puede haber remedio para ti, cosa que dudo.

—Ah, ¿que también has hablado con mi ángel de la guarda?

—Sí. Y también he visto a Isaac en tu sótano. Es increíble, no te guarda rencor, pero no puede soportar el dolor que está sufriendo su familia y se niega a avanzar al más allá sin resolver eso. Te he despertado amablemente para proponerte una salida; si no estás conforme, tu protector te abandonará para siempre. Es tu última oportunidad.

Una mueca se trazó en su cara conteniendo la risa, manteniendo el gesto serio a la fuerza. Esto había sido mala idea.

—Vale, chaval. Acepto lo que me dices. ¿Y qué tengo que hacer?

Su tono de voz no me ofrecía ninguna garantía. Se encogió de piernas y escuché el resonar de un corchete abierto.

—¡No se te ocurra hacer ninguna tontería! ¡Te prometo que no dudaré en matarte!

El movimiento rápido de su mano desde el tobillo me hizo presumir que el muy desgraciado dormía con un arma. El brillo plateado asomando por la colcha me confirmó que se trataba de un pequeño revólver.

—¡Quieto! —grité.

Ya tenía enrasados los elementos de puntería, el alza y la mira estaban perfectamente alineados a su cabeza, mi dedo estaba a punto de ser sorprendido por el disparo.

De nuevo esa sensación de que el tiempo se detiene. La visión en modo túnel. Es cuestión de milisegundos, acertar a su cabeza antes de que siquiera él pueda apuntarme. Aparece mi sombra al lado y el guardián del Gallego. Dudo y alivio ligeramente la presión del disparador, no pienso ser otra víctima de ese criminal, no dejaré que me mate, me dan igual los guardianes, terminaré matándolo porque no hay solución. No quiere escuchar. Todo eso pasaba por mi mente en ese pequeño lapso. No me sentiría culpable. No habría remordimiento. Ese instinto de justicia me suplicaba que lo hiciera ya, lo retuve un instante.

A toda velocidad, el guardián de ese criminal introdujo su mano completamente abierta en el centro del pecho del Gallego y la extrajo con rapidez. Su cuerpo se desvaneció inconsciente por el lateral de la cama y el pequeño revólver cayó al suelo, alejado de su cuerpo. Sin perder un segundo, ajeno a lo que había pasado, corrí a cogerlo y retirarlo de su alcance. Me lo metí entre el pantalón y el cinturón, a la espalda, y levanté aquella colcha comprobando que no albergaba más secretos peligrosos. Como acto reflejo de humanidad, no pude resistirme a ayudar a ese cretino; lo coloqué en la cama y comprobé que respiraba sin dificultad, mi guante se manchó de las gotas de sangre que brotaban de su párpado.

Hecho esto, miré hacia atrás. Mi protector y su guardián se alzaban en el dormitorio, a plena luz, evocando una imagen tan mística e imponente que a uno le cortaba el aliento. Cerca de la ventana, los cuatro seres rojizos parecían impacientes por algo.

Su guardián abrió la mano y una pequeña bola de luz surgió de ella. Aquella luminosidad quedó suspendida en el aire. Yo estaba embelesado ante aquel efecto de luz y color. El guardián juntó sus manos y las separó en diagonal. Con ese movimiento, aquella luz adoptó la forma del Gallego; su rostro miraba a todos lados extrañado, al ver su cuerpo tendido en la cama, intentó acudir a él, pero el poder que ejercía su guardián le impedía alejarse. Su expresión era la viva imagen del pánico y el terror. Ese hombre arrogante y altivo, que segundos antes mantenía una actitud desafiante, ahora se arrugaba como un niño asustado. Los seres rojizos se abalanzaron sobre él reclamando su esencia, tiraban de él para llevárselo, pero se mantenía unido a su protector sin esfuerzo por su parte.

Estaba claro que estaba experimentando una vivencia terrorífica. Me miraba a los ojos como pidiéndome ayuda. Aquello era tan nuevo para mí como para él. El mismo hombre que momentos antes estaba dispuesto a quitarme la vida ahora suplicaba por su miserable existencia. Su guardián se acercó a su espectro y le puso la mano abierta en la frente; él pareció relajarse y sentir algo extraordinario. Volvió a colocar sus manos en diagonal, pero a la inversa, y concentró su alma de nuevo en una condensada bola de luz del tamaño de una canica. Cerró la palma ahondando su energía lumínica, y de nuevo introdujo su extremidad en el pecho de su protegido.

Una exhalación de aire pareció hacerle resucitar. Me miró a los ojos, se encogió en la cama y se echó a llorar desconsoladamente. Sentí lástima por él. Los protectores desaparecieron tan pronto como vinieron. Me asomé por la ventana; todavía podía ver a aquel vigilante, inmóvil y tenso.

—¿Has terminado de llorar? —Ahora el arrogante era yo—. No tengo tiempo para esperar a que te calmes. No has querido creerme y has tenido que verlo tú mismo.

Entre sollozos y secándose las lágrimas con la ropa de cama, hizo un esfuerzo por mantener la entereza.

—¿Qué debo hacer? ¡Ayúdame, por favor!

—Es muy sencillo. Yo había hecho un exhaustivo trabajo de investigación sobre ti y tus crímenes, creía haber descubierto lo suficiente, que sumado a lo que encontraría aquí, revelaría gran parte de tus delitos ante la Justicia. Tú habrías cogido un buen abogado y pelearías, negando y sorteando las muertes que has causado, la venta de drogas, las coacciones, los chantajes, etc. —dije paseándome por la moqueta—. Lo que propone tu guardián es que llames ahora mismo a la Guardia Civil, entregues el cuerpo de Isaac para que tenga un funeral digno, para que su familia encuentre una relativa «paz», cosa que dudo. Quiere que reconozcas todas las muertes que has causado y las actividades a las que te has dedicado, asumiendo la culpa sin reparos, y quizá así, y solo quizá, si te esfuerzas a diario por ser cada día mejor persona puedas salvar tu aterrador destino después de esta vida.

—Te doy mi palabra, a ti y a mi guardián. Agradezco enormemente esta oportunidad. No la desaprovecharé. Le pido perdón, de corazón, he estado ciego.

Me dirigí al armario y abrí una mochila que estaba llena de fajos de billetes de diez mil pesetas. Cogí tres fajos y me los guardé en el bolsillo. Ya no me preocupaba su peligrosidad, estaba claro que esa experiencia había tocado un interruptor en su interior. Mientras tanto, le vi coger el teléfono, de aquellos antiguos de ruleta, y marcar un número de tres cifras. Estaba hablando con la Guardia Civil, confesando uno de

tantos asesinatos, dio la dirección del lugar y colgó el teléfono.

—Toma las fotos y el dibujo de tus hijas, para que no olvides que el amor es lo único que importa en esta vida, y que todo lo demás es banalidad. —Parecía obnubilado.

—Gracias. Lo siento. —Cogió aire como pudo—. Lo he visto. Ha sido espeluznante.

Estaba realmente cambiado, ¡menuda transformación instantánea!

—Guárdate tus disculpas para todos a los que has hecho daño. Por cierto, ahora cuando te vistas, dale la noche libre al vigilante; no quiero que esté aquí cuando llegue la Guardia Civil.

Asintió con la cabeza confirmando que así lo haría.

—Adiós, amigo. Espero que a partir de ahora seas de los justos; si no fuera así, lo remediaré.

Bajé a toda prisa por la escalera, encendiendo las luces que encontraba a mi paso, y me detuve en la puerta principal. Me di la vuelta un instante y me dirigí a las escaleras del sótano, llegué hasta abajo y volví a sentir ese fuerte cambio de temperatura, no podía verlo, pero sentía la presencia de Isaac ahí.

—Pronto habrá acabado todo, amigo. Podrás continuar el tránsito. Lamento mucho lo que te ha pasado.

Todavía sentí más frío en el cuerpo, podía ver el vaho de mi aliento delante de mí y mi cabeza tembló, por un segundo, incontrolada. Su protector apareció de nuevo ante mí. Con la característica voz de los guardianes, aquella sombra se me acercó, con su impresionante altura siempre tan llamativa.

—Has hecho más de lo que cabía esperar, los dos te estamos muy agradecidos. Tal y como has dicho, todo acabará pronto. Quedan pocos minutos para que llegue la caballería. Estoy en deuda contigo, si llegase el momento estaré a tu lado. Gracias por ser así; eres un «enlace».

Aquella palabra me resultaba familiar. Me faltaba mucho por entender. Subí rápidamente las escaleras, y salí por la puerta principal, que tenía la llave en la cerradura. Corrí por aquel jardín y llegué a la altura del vigilante, que me miraba con tanto miedo que parecía haber visto a un fantasma. Se me olvidaba mi aspecto enmascarado, armado y todo de oscuro como un atracador de bancos. Corté sin ningún cuidado el cordón de zapatos que estaba unido al revólver y las cuerdas que apresaban su cuello; se le notaba entumecido. No se atrevió a mirarme a los ojos. Estaba claro que ese vigilante pensaba que era un asesino. Saqué los tres fajos de billetes y se los metí en el bolsillo de la chaqueta que cubría su cuerpo. Le ordené que se tumbara en el suelo y le quité los grilletes.

—Vístete rápido y acepta este dinero como una compensación por el mal rato que has pasado. Tu jefe te va a decir que te marches; no rechistes y vete lo antes posible sin hacer preguntas. En tu bolsillo debe haber unos tres millones de pesetas, disfrútalo con tus seres queridos. Ya has podido adivinar que no hubieras muerto de intentar escapar; nunca te habría hecho daño. Ahora me tengo que ir. Haz lo que te he dicho —solté a la carrera.

Estreché su mano con la mía cubierta por el guante y le ayudé a ponerse en pie. Tuvo que sujetarse sobre aquel árbol para mantener el equilibrio; debía tener el pobre las piernas dormidas, y su mirada desconfiada me observaba como si se preguntase de qué psiquiátrico me había escapado.

Corriendo llegué a la garita del vigilante y con la linterna iluminé el cuadro de mandos que había sobre la mesa, miré la pantalla que estaba dividida en varias secciones y rápidamente pensé en retirar aquella cinta de vídeo. Paralicé la grabación y pulsé el botón de extracción. La cinta de VHS salió del grabador y me la guardé entre la ropa. Pulsé el botón de las puertas, y ambas se abrieron a la vez. Salí de allí disparado y miré atrás un segundo. El Gallego salía por la puerta, mientras pude ver al vigilante acabándose de vestir y cogiendo su arma. Subí por el lateral de la colina, desapareciendo. Tardé unos minutos en llegar a mi punto de observación con el resuello agitado.

Con calma recogí todas mis cosas y las metí en la bolsa de deportes. Un coche de la Guardia Civil llegó a toda prisa derrapando por las calles con los luminosos activados. A lo lejos se veía otro coche de la Secreta llegar con el pirulo puesto. El vigilante ya se había ido. Tapé el agujero que hice y lo cubrí todo con atención a los detalles, mientras los agentes inspeccionaban toda la finca; dos de ellos lo custodiaban agarrándolo de los codos por el jardín. Eran más de las cuatro de la madrugada. El tiempo había volado. Todos los vecinos salieron a curiosear qué ocurría. Cuando até la mochila a la moto, cambiado de ropa, llegaban unas furgonetas de la Guardia Civil y otra de la funeraria.

El Gallego cumplió con su parte del trato, estaba detenido. Al final, fue mejor solución que la mía, aunque reconozco que estuve a punto de darle el pasaporte. Para salir de allí cambié mi ruta habitual, no quería cruzarme con ningún vehículo policial. Paradójicamente, debía evitar a los buenos. Me consideraba uno de sus aliados, en la sombra, aunque yo trabajaba al margen de la ley, anónimo, sin barreras, sin explicaciones, sin informes y, por supuesto, sin permisos.

Arranqué la moto y me dirigí a casa, deseando celebrarlo con Natalia, y disfrutar del domingo prometido en la playa con Kingsley. Guardé la moto donde siempre, sin dejar de tener el cuidado habitual; cubrí todas mis marcas y regresé andando el último tramo. Extraje la banda magnética de la cinta y la fui rompiendo en trozos por el camino, tirando la carcasa al cubo de la basura. Me metí por la ventana como de costumbre. Me quité la ropa y me puse el pijama, acompañado de mi querida soledad, metido en la cama, y con una sonrisa permanente.

Me sentí estupendamente. Agotado pero orgulloso de mí mismo.

Ahora me tocaba saborear el gusto de la tranquilidad, del trabajo bien hecho, del retorno de mi padre, de la amistad de mi nuevo hermano y de la posibilidad de mi viaje a Estados Unidos.

Me tocaba saborear la vida.

CAPÍTULO 21. **DÍAS DE LUZ**

- *PRINCIPADO DE ASTURIAS-MADRID, VERANO DE 1996*

Devolví la fantástica motocicleta a la familia Alberti. Había sido una compañera fiel. Ese matrimonio de abuelos nunca supo el gran favor que me hizo. Cada vez que pasaba cerca de su casa, me paraba a saludarlos y me ofrecía para ayudar en cualquier cosa; era mi forma de compensar la deuda con ellos.

Oculté todo, la ropa y el equipamiento operativo, en el agujero del bosque, cerca de casa. Totalmente escondido, lejos de cualquier curioso.

Sin darme cuenta, había añadido otra arma de fuego a la colección. Lo prometido es deuda, este ha sido siempre uno de mis principios. Natalia no podía ser más feliz. Ella cumplió con su parte y me trajo las trescientas mil pesetas. Me gustaría haberle dicho que no, que no hacía falta, pero esa cantidad de dinero formaba parte de la coartada. No era conveniente negarme y rechazarla.

Por otro lado, era una merecida cantidad y, visto lo visto, no sabía si me podría hacer falta. Llegado el caso, el dinero podría ser una herramienta para actuar con libertad, ajeno a explicaciones. Ya no era capaz de predecir lo que iba a necesitar en un futuro reciente. Lo vi como otro medio para un fin. Simple y estrictamente, algo «profesional», destinado a ese tipo de actividades correctivas y extraoficiales.

Aquel domingo lo pasamos de fábula en la playa de Toró. Sin clases, sin gimnasio, sin más tareas de las mías, me sentí totalmente ligero y despreocupado. Todo era pura diversión. Natalia se trajo a una amiga suya, Susana. Cuando la tuve delante, tan alegre, una sensación de afinidad me abordó de un modo singular. Me gustó su vibración, me pareció una de esas personas a las que estás destinado a conocer, aunque la sensación desapareció enseguida. No era ella, pero la sensación me llegó barruntada del futuro. No quise darle más vueltas, tocaba disfrutar.

Era una chica pelirroja, de larga melena. Su cara llena de pequitas le aportaba una belleza exótica, y sus grandes ojos de color miel parecieron reflejar un brillo especial al ver por primera vez a Kingsley.

Estaba claro que había surgido química entre los dos. Ambos tenían un carácter muy parecido: alocados, alegres y extrovertidos, sin miedo a poner muecas extrañas. Lo mejor de todo fue que, aunque mi hermano había aprendido bastante español, Susana, con una educación excelente, dominaba el inglés a la perfección. Entre ellas y nosotros existía una evidente distancia social, una vertiente de oportunidades, de suerte. Asuntos que con la edad contaminan el alma de muchas personas; a la nuestra y en ese justo momento, pasarlo bien era lo único que nos importaba.

La gente no lo sabe, pero en mi tierra los mejores días de verano suelen caer en esos días. Entre agosto y septiembre.

Kingsley corría por la playa persiguiendo a Susana y parecía un etíope hambriento cazando a una presa. Ella, asustada por lo que se le venía encima, se dejaba hacer

ofreciendo poca resistencia. Se la echó al hombro sobre ese escuchimizado cuerpo que apenas se sostenía sobre sí mismo, al tiempo ella golpeaba sin fuerza su espalda. Los dos cayeron a plomo al agua entre las olas del Cantábrico. No paraban de reír, revolcándose en el fuerte oleaje de la orilla. Ahora era ella la que le perseguía. Nos llenaron de arena corriendo entre las toallas. Natalia y yo nos besábamos a nuestro ritmo, ajenos, sin prisas. Indiferentes al bullicio y el jaleo, como si nada pudiera perturbar nuestra conexión. Ellos gritaban: «¡Perdón!», entre risas y seguían a lo suyo; pero al final, agotados y exhaustos, tuvieron que parar.

Su piel era tan pálida que debía echarse crema cada poco tiempo. Natalia me vio hacerle un gesto a Kingsley con las manos, para que se ofreciera a ayudarla. Era la ocasión perfecta para ser delicado y tierno. Susana se tumbaba bocabajo mirando hacia el otro lado. Él parecía asustado, o quizá más despistado que un espía sordo, no sé. Tenía las manos pringadas de ese mejunje blanco y me miraba sin hacer nada, bloqueado. Yo le señalaba el cuello y la espalda de Susana arqueando y mullendo las cejas con insistencia, para que moviera las manos con sensibilidad y tacto.

—Creo que yo *parecer* a Mickey Mouse —dijo de repente, mirándose el contraste de sus manos blancas untadas en excesiva crema solar, riéndose a mandíbula batiente por el tabú de su propio chiste.

Las chicas dudaron sobre si hacerlo también, pero al medio segundo todos explotamos en carcajadas con su broma.

Intimida mucho, ya lo sabemos. Hay que ser valiente para ir dando pasos con una chica. Siempre sobrevuela la inseguridad y el miedo al rechazo, aunque en cierto modo, también hay que ser suspicaz. Las señales en verde son sutiles, pero si uno está atento las descubre.

Con todo, decidí no interferir con Kingsley, creo que le estaba haciendo un flaco favor. Ese camino debía recorrerlo él solo. Y, efectivamente, empezó a hacerlo, pero ¡madre mía!, qué desastre. ¡Parecía tener muñones! Lo increíble es que Susana no se quejaba.

Natalia se aguantaba la risa como podía, viéndolo tan concentrado en la espalda de su mejor amiga. Estrujando su blanquecina piel como si estuviera amasando pan con los nudillos.

—Me estás destrozando, Kingsley. ¡Esto no va a quedar así! *Vendetta!* —gritó Susana de un modo tan alocado que nos hizo dar un respingo a los tres.

Quizá había algo de cierto en eso que decían de las pelirrojas, qué sé yo. Se dio la vuelta de golpe, agarró la muñeca de Kingsley y la torció hacia el lado contrario pasándole sus muslos por el cuello, cruzando las piernas con una llave de tijera. Él estaba entre sus piernas, pero no del modo en que hubiera soñado. Inmovilizado, sus ojos desorbitados nos miraban sin saber qué hacer. Me eché a reír, viendo cómo su cara iba cambiando de tono mientras ella le exigía:

—¡Pide perdón! ¡Pide perdón! ¡No te lo diré más veces! ¡Pide perdón!

—*Sorry! Sorry!* ¡Perdón! —exclamó con voz ahogada, mientras ella reía satisfecha.

—Hazlo bien o serán tus últimos minutos sobre la faz de la Tierra, guapito.

Liberó su brazo y dejó de apretarle con sus piernas soltando una risotada infantil, guiñándole un ojo de un modo encantador y travieso.

Kingsley recuperaba el orgullo perdido, disimulando la fuerza que había recibido en el

cuello, frotándose la nuca para ver si todo estaba en su sitio. Estiró una toalla alisando las arrugas y Susana se tumbó bocarriba. Natalia me hizo un ademán contundente y nos levantamos con sigilo, dejándolos a solas.

Ella, con los ojos cerrados por el sol, y acomodada sobre la arena y la toalla, debió de sentir la mirada hipnotizada de Kingsley, que la observaba embobado durante segundos sin hacer nada. Limpió sus manos en la toalla y retiró su cabello cobrizo. Se echó un poquito de crema y acarició su rostro, deslizando los dedos cariñosamente, siguiendo sus mágicas líneas. Creo que entonces él advirtió una de esas señales. No fue algo visual, al menos yo no la vi desde la distancia. Me parece que sintió que era el momento apropiado porque ella se lo dijo con el corazón. Los vi besarse, y sonreí de felicidad apretando con más fuerza la mano de Natalia, caminando por la orilla.

Se hace difícil distinguir los mejores momentos de la vida. Es el tiempo el que se encarga de contártelo.

El día se iba acabando, nos dimos un agua en las duchas para quitarnos la sal y la arena, resistiéndonos a que la ausencia de luz diera por terminada la jornada. Medio empapados, fuimos a por unos bocatas acompañados de refrescos, secándonos durante el paseo por el centro de Llanes. Nos sentamos en el muro del puerto pesquero viendo cómo las olas rompían a nuestros pies. Era como si la mano de un gigante intentase cogernos con cada batida de mar. Natalia apoyó su cabeza en mis piernas tumbada sobre el muro, cerrando los ojos, disfrutando del ritmo musical de la marea. Susana copió su postura, de modo que Kingsley y yo estábamos en el centro y las chicas tumbadas con los pies en direcciones opuestas.

Yo miraba a Kingsley agradecido por nuestra fortuna, mientras acariciaba el pelo de Natalia. Por alguna extraña razón, Kingsley parecía preocupado por algo. Mi cabeza se puso en modo alerta, temiéndome cualquier cosa. En voz muy baja le pregunté qué pasaba. Él solo negaba con la cabeza, puedo decir que, pese a la oscuridad de su piel, su cara estaba completamente roja. Susana reaccionó rápidamente con una exclamación de susto. Hice que Natalia se apartara a consecuencia de su reacción; instintivamente, me llevé la mano donde debía tener el arma, que por supuesto no la llevaba. Falsa alarma.

No me lo podía creer, qué vergüenza tuvo que pasar mi hermano. Digamos que una parte de su cuerpo había despertado de su letargo empujando con fuerza la oreja de Susana. Todos nos incorporamos, menos él, que insistía en quedarse allí sentado, arrugado mirando el mar. No podíamos dejar de reír. Él con cara de circunstancias se hacía el loco, mientras todos sabíamos lo que había pasado.

—No sé de qué reíros —decía, al mismo tiempo que miraba a los ojos a Susana para que le guardara el secreto, lo que solo empeoró la situación, porque más se partía de la risa.

Al margen de la gracia, aquella inofensiva situación puso de manifiesto mi sensibilidad con el peligro. Sin darme cuenta, tantas tensiones me estaban pasando factura. Debía calmarme, aunque eso era más fácil decirlo que sentirlo.

El tiempo tocaba a su fin, marcado como siempre por los condenados horarios de los trenes. De nuevo en aquella estación tocaba despedirse. Primero de Susana con un fuerte abrazo y dos potentes besos. Quería transmitirle que, sinceramente, conocerla me había encantado. Era mi forma de darle las gracias por el estupendo día que

habíamos pasado. Casi se me escapa el tren estirando hasta el último segundo el placer de los labios de Natalia.

Susana y Kingsley no encontraban la manera de despedirse, pero al final se dieron un beso de película. La puerta se cerraba y no se lo pensó dos veces, interrumpió su cierre con el brazo, las puertas se abrieron de nuevo y, como un ladrón oportunista, se bajó corriendo, cogió su rostro con las dos manos y la volvió a besar. Aprovechando su delgadez, se introdujo de nuevo como un folio entre las puertas. Ella se llevaba las manos a la frente, echándose el pelo hacia atrás, con una enorme sonrisa, llena de ilusión y sorpresa. Había encontrado a su *locu*. Son esas pequeñas cosas que nunca se olvidan.

Se puso a hacer un baile africano en medio de aquel vagón de tren, tan contento como chiflado. Cuando acabó, algunos viajeros aplaudieron el espectáculo gratuito. Después de tanto luchar, sufrir y ser tan buen amigo, me llené de alegría por formar parte de su felicidad.

—David, oye, David, ¿estás despierto? —me susurraba desde su cama.

—Ahora sí. ¿Qué quieres, tío? —le pregunté, adormilado.

—No puedo dormir. Me estoy volviendo majara. No dejo de pensar en ella. Llevo tres horas mirando el techo.

—No te preocupes, amigo, eso es normal. Te gusta mucho y el cuerpo te pide a gritos estar con ella, eso es todo. Intenta dormir, que mañana es lunes.

—Me encantaría hacer como tú. Salir por la ventana, escapar y reunirme con ella.

—Haz lo que quieras. Te cubriré. Pero es tarde, mejor cierra los ojos y sigue pensando en ella, siente tu peso en la espalda hundiéndose en el colchón, y quizá puedas soñar con ella esta noche.

—Gracias, hermano. Hoy lo he pasado de fábula.

—Yo también, Kingsley. Yo también.

Me acerqué a la casa de los Alberti antes de ir al pueblo y me hice cargo de un recado. Apunté algunas cosas de la farmacia y del mercado que necesitaban. Llegué con un insoportable dolor en los hombros y dedos, por el peso de las bolsas. Dejé lo nuestro en la encimera de la cocina y llevé el recado de los abuelos. Mi madre no dejaba de admirar mi actitud, orgullosa de mi bondad. Yo solo trataba de compensar, un poco, el enorme favor que en secreto me hicieron, y ya de paso, quitar la funda a la moto y poder verla a plena luz, sin preocupaciones ni paranoias.

—Arráncala, si es que puedes, y date una vuelta por el jardín —dijo el señor Alberti.

Me monté sobre ella, arrancada y absorto en mi mundo, volví a sentir el pecho de Natalia sobre mi espalda. Desperté rápidamente. Apagué la moto sin moverla y con mucho cuidado la protegí de nuevo con su funda. Aunque no había pasado el tiempo, ya echaba de menos mis propias aventuras.

Mañana llegaba mi padre. Mi madre, como siempre, inquieta por su llegada, parecía sufrir de hiperactividad. Como siempre, Kingsley ayudaba a mis tíos. Llegaban los exámenes de las recuperaciones, y esa era la prueba de fuego de mis enseñanzas a los muchachos. Tanto si quería como si no, sus aprobados eran también los míos. Aquella tarde me dejé el alma en el gimnasio; era mi forma de eliminar tensiones acumuladas.

Al día siguiente, mi madre se dedicó a ponerse guapa y no paraba de preguntarme si

estaba suficientemente bella. Todo le quedaba bien. Se perfumó, se puso sus pendientes, el collar. Entre mi madre y mi tía se peinaron mutuamente. Como dictaba la costumbre, esa noche cenaríamos fuera. Era ya un ritual.

El Beluga llegaba despacio, plenamente cargado. Su entrada en el puerto y el atracado era un espectáculo de destreza digno de contemplar. Al fin pude ver a mi padre, concentrado en el perfeccionismo del amarrado. Daba la impresión de no permitirse distracciones. Solo un momento, un pequeño instante, miró hacia nosotros y su rostro se iluminó de alegría contenida. Me lo imaginaba noche tras noche, en la soledad de la mar, únicamente acompañado por esa tenue lamparita, su inseparable pipa y la taza de café en el posavasos, luchando con su viejo barco contra la oposición resistente de la marea, avanzando milla a milla, sin dejar de añorar la llegada de ese momento justo: el instante en que se reúne con su familia, y que ahora, con toda esa nostalgia acumulada y el deseo cumplido, disimulaba, porque le habían educado para ser más fuerte que sus emociones.

Nada de eso nos impidió correr a por él, casi peleándonos por ser el primero en apretarlo contra nosotros en el más cálido y afectuoso de los abrazos. La barba se encogía sobre su cara ayudándole en la ardua tarea de fingir la frialdad del hielo, pero sus ojos enrojecidos delataban un sentimiento que peleaba por aflorar, manifestándose sin contemplaciones. En esta ocasión, mi padre ganó la batalla y fue más poderoso que sí mismo.

Aquella reunión no podía ser mejor. Me sentía la persona más afortunada sobre la Tierra. Nada puede hacerte sentir mejor que disfrutar de la compañía de la familia. Qué cena tan buena, y no por la comida, que también: era la celebración de la unión, el amor y el cariño mutuo. Las mejores sensaciones flotaban en el aire entre anécdotas, bromas estúpidas, muestras de afecto y el mejor chuletón de la zona. Pasó la hora del postre y aquella mesa castellana de barniz antiguo tembló como en un terremoto, pues mi tío dio un manotazo sobre ella. Creímos que la iba a romper, como ya hizo en otra ocasión. Tan bruto y corpulento, el pobre tenía problemas para medir la intensidad de su fuerza. Era obvio que algo trascendente iban a contar porque la mirada cómplice de mi tía era incesante. Aquel vaso de fino cristal lleno de sidra, alzado sobre su mano, vaticinaba el anuncio de una noticia con brindis.

—¡Queremos que todos llenéis vuestra copa! ¡Tenemos algo que decir!

No podía evitar preguntarme: ¿qué ocurre aquí?, ¿de qué va esto?, ¿cómo no me he enterado de nada?, ¿qué van a decir?

Todos obedecimos, y yo eché más refresco de naranja en mi vaso.

—Llevábamos tiempo meditando sobre esta decisión. —Miró al suelo por unos instantes, inseguro—. En ningún caso porque no lo tuviéramos claro, sino porque Matilde y yo teníamos miedo a que hubiera un malentendido. Que se interpretara como si intentáramos sustituir a alguien irreemplazable. —Ninguno sabía de qué estaba hablando. Le costaba mucho expresar lo que intentaba decir—. Finalmente, nos atrevimos a dar el paso explicándole con claridad nuestro propósito, y sobre todo intentando construir con palabras lo que el corazón nos decía. —Miraba a mis padres, y ninguno de ellos parpadeaba—. Era importante que estuviéramos todos para anunciarlo, por eso te hemos esperado, Jemy.

Cogió un poco de aire, mirando su vaso y de nuevo alzó la mirada claramente

ilusionado.

—Con el permiso de Kingsley y compartiendo el mismo deseo. Hemos decidido entre todos que oficialmente forme parte de la familia, hemos solicitado su custodia a la Comunidad de Madrid como sus tutores legales. ¡Por eso queremos brindar esta noche! ¡Para celebrar que ahora somos uno más! Y a partir de ahora Kingsley nunca podrá decir que no le queda nadie en el mundo.

Y todos alzamos la bebida en un acto reflejo, siguiendo el ejemplo de mi tío. Aunque los pensamientos se atropellaban en mi mente. No podía haber una noticia mejor. Mi padre se abrazó con mi tío, y en esta ocasión no pudo ser tan fuerte, tuvo que secar con la manga de su jersey sus ojos vidriosos. Estaba emocionado porque sabía bien de la resignación impotente que les causaba no poder tener hijos. Yo hice lo propio con mi hermano y nos abrazamos sabiendo que ahora sí estaríamos unidos siempre, pero tuve que regañarle por guardar el secreto tan bien. Aunque, ¿quién era yo para reprochar eso? Los demás comensales del restaurante sabían que estábamos de celebración por todo el jaleo que montamos, pero ni podían imaginar de qué se trataba.

Fue una noche insuperable, de esas cuyo recuerdo queda grabado para siempre.

Resulta que mis tíos ya le habían preparado una habitación en casa; el bueno del padre Damián había mediado por ellos para agilizar las cosas, y con un par de llamadas consiguió plaza para Kingsley en mi instituto, claro está, con el compromiso de que asistiera a clases de refuerzo. Las iba a necesitar para adaptarse.

Tener a mi padre en casa era toda una suerte. Cada momento con él intentaba disfrutarlo al máximo. Hasta las cosas más insignificantes cobraban importancia. Pero después de un par de días de su llegada, seguía sin pronunciarse respecto a la prueba de estudios en Madrid. Yo no tenía ningún interés especial en realizar esos estudios, no precisaba acelerar la obtención de ningún título, lo que sí necesitaba era poder viajar a Nueva York.

Por fin mi padre habló del tema. Me preguntó que si eso era lo que yo quería. Le dije que por supuesto que sí. Me habló de la nostalgia, la soledad y la distancia. Pero también de la ilusión de prosperar, de conocer lugares nuevos, de descubrir otras costumbres, de construir un futuro mejor para mí. Quería ir él en persona, e improvisadamente ya había organizado en su mente el viaje en coche con mi tío y con Kingsley. La cita para mi prueba era el sábado, 14 de septiembre. Mi padre era escéptico y de primeras siempre desconfiaba de lo desconocido. Había desarrollado ese temor a base de experiencia y decepciones. Lo entendía perfectamente.

Hablé con Natalia de mi viaje a Madrid. Le fui totalmente sincero, y ella también conmigo. Abiertamente, me dijo que deseaba con todas sus ganas que fracasara en la prueba, que no quería perderme y que un océano entre nosotros ahogaría nuestra relación para siempre. No podía negar que llevaba toda la razón, se la veía enfurecida pero contenida. Por otro lado, sentía desprecio por sus propios pensamientos cargados de egoísmo y no quería ser ella quien truncara un porvenir mejor para mí.

Me habría encantado poder decirle la verdad. Que realmente no estaba interesado en estudiar fuera. Que tenía una deuda pendiente con mi pasado, con el verdadero amor de mi vida. Ese amor tan anclado en mí me impedía entregarle todo mi corazón. Me debía a mí mismo buscarla con todas mis fuerzas, hasta el último suspiro. Cada día que pasaba sentía que Angie se alejaba más. Era una carrera a contrarreloj y la culpa

crecía en mi interior, era como andar siempre con una piedra en el zapato o una astilla clavada en el dedo.

Conocer a Natalia era el mejor regalo que me había otorgado esta vida, pese a que fue algo accidental y accidentado, aquella remanencia arrastrada me permitió la posibilidad de sentirme nuevamente enamorado, a medias. Yo sabía que con Natalia intentaba revivir algo perdido, traer al presente sensaciones de recuerdos con Angie. Quería ser justo, pero el amor no obedece normas, no obedece a la sensatez, ni siquiera al más mínimo sentido común. Es una fuerza libre, tan fuerte que es capaz de doblegar la voluntad, atravesar el tiempo y romper el muro más infranqueable: la frontera entre la vida y la muerte.

Salimos de viaje tres días antes; mi tío debía resolver cientos de papeles por todos lados para plasmar y comprometer por escrito la nueva responsabilidad adquirida: Fiscalía de Menores, Delegación de Gobierno, certificado de penales, centro de acogida, notario, y vuelta a empezar. Cuántas zancadillas para hacer el bien. Reflexionaba en silencio sobre ello, y no dejaba de sentir auténtico asco al ver, por ejemplo, que toxicómanos infectados de muerte tenían hijos incontroladamente, condenados a una vida de suplicio, dolor y adversidades, sin que las autoridades mediasen en nada. Y mi tío, un hombre honrado, trabajador hasta la médula, de alma pura, se enfrentaba a un sistema descentralizado, fragmentado e incomunicado.

La paciencia, el optimismo y el buen carácter de mi tío hicieron que todo aquel calvario fuera pasando poco a poco y paso a paso sin perder un ápice de ilusión. Aunque la frustración ante tantísima burocracia empezaba a ganar al ánimo.

El día llegó sin que mi tío hubiera prosperado apenas nada, y me acompañaron a la cita con mi oportunidad de volar a Estados Unidos.

Plaza de Castilla, 3, bis. Con la invitación rellena de su puño y letra por don Manuel, con el sello de la universidad, la firma del rector y el catedrático que lo suscribía, acudimos puntuales a las diez de la mañana. Solo cuatro jóvenes más parecían esperar lo mismo que yo. Me inquietó que uno de ellos acudiera con un violín. Todos estábamos más o menos en el mismo rango de edad, entre los quince y los diecisiete años. Aunque, a decir verdad, yo estaba muy distraído contemplando las obras de construcción de dos torres inclinadas ahí al lado.

Me imaginaba su estructura interna, los contrapesos que debieron instalar en el subterráneo, las tensiones contrarrestadas en el voladizo, la calidad del acero, el núcleo central, Me quedé maravillado viendo tal obra de ingeniería. La voz de una señorita me sacó de mi enajenación silenciosa. Era una mujer impresionante, alta, morena, con el pelo recogido y vestida ceñida al estilo ejecutivo, con falda gris, marcando curvas y atributos con una discreción elegante y profesional. El cruce de miradas entre mi tío y mi padre confirmaba su exuberante belleza.

—Los candidatos pueden seguirme acompañados de sus padres —dijo, con una preciosa sonrisa de bienvenida.

Nos hizo pasar a un vestíbulo, más bien un pequeño salón de actos ocupado por sillas con palas para escribir. Había que rellenar un formulario de consentimiento con los datos personales, profesión y estudios de los padres, ingresos medios mensuales, propiedades y firma. Mi padre y el de otra chica parecían sentirse en una especie de complejo de inferioridad. Los padres de la otra joven y el violinista daban la impresión

de ser potentados adinerados, muy bien vestidos con trajes a medida, engominados y perfumados, y traían su propia pluma para escribir. Nosotros un bolígrafo Bic medio gastado de color negro; eso sí, la tapa no estaba mordisqueada.

Mi padre y yo desentonábamos bastante, y eso que nos habíamos vestido con lo mejor de nuestro armario. Ahora me cuadraba más la mirada extrañada de aquellas personas a la entrada del edificio. Parecían no comprender qué hacían allí un negrito, un cabrero, un Popeye fumando en pipa y un paleto vestido con una camisa que ya le quedaba pequeña.

La elegante mujer que nos guiaba preguntó si ya estábamos todos y mi padre tuvo que pedir un minuto más para terminar. Los padres de algunos jóvenes se miraban entre ellos con risas maliciosas y burlonas porque ellos habían acabado hacía tiempo; solo el padre de una de las chicas permanecía indiferente a ese pequeño núcleo. Estuve a punto de saltar de mi silla como un león a la yugular, pero me di cuenta de que mi padre, tan concentrado, no se había percatado del detalle. Con su rúbrica acabó orgulloso, se lo entregó a aquella hermosa mujer, y mi padre, tan humilde como siempre, pidió perdón por la tardanza.

Aquellos engreídos arrogantes con aire pomposo no se merecían una sola palabra, y menos una disculpa. Aunque hay que decir que aquella señorita recogió el panfleto con sincera cortesía y amabilidad, sonriente, bondadosa y extrañamente entusiasmada. Ese gesto tan humano y educado me devolvió la paz interior.

Nos dijo a todos que la siguiéramos. Llegó a los ascensores y otro compañero suyo les dijo a todos los padres que le siguieran a otra sala donde les explicarían a grandes rasgos los pasos del proceso selectivo. Nosotros, los candidatos, como nos llamaban, subimos en el ascensor con la hermosa mujer que llevaba los documentos en una carpeta de cuero azul. Los oídos me hacían extraños por el repentino cambio de altura.

Las chicas hablaban de sus nervios, de la emoción por superar la prueba. El violinista movía los labios como quien reza, hace sumas o lee en silencio moderado. Yo no tenía nada que perder, por lo tanto, no estaba nervioso.

—Pasad a esta sala, chicos. En unos momentos vendrán a recibiros. Sentaos donde queráis.

Había una enorme mesa repleta de sillas. A la entrada un símbolo me llamó la atención: dos esferas, una grande y otra pequeña, la una dentro de la otra, sin más.

No me pude resistir. Me acerqué a la gigantesca cristalera al fondo de la sala, y todo Madrid podía verse de ahí. Un hombre de unos cincuenta años entró en la sala. Me pareció de mala educación permanecer en la cristalera, y enseguida me senté en la silla más cercana.

—Hoy os vamos a hacer unas cuantas pruebas. Las dos primeras las haréis juntos y la última será individual.

En ese momento, entró en la sala la mujer que nos recibió empujando un carrito con jarras de termo, tazas, bollería y zumos. Colocó las tres bandejas sobre la mesa, y dijo esas palabras francesas cuando algo está bien terminado: *et voilà,* de nuevo tan contenta por vernos allí.

—Antes de comenzar podéis tomar algo, conoceros un poco, y si alguien lo necesita, tras esta puerta de aquí hay un baño —indicó.

Las chicas fueron las primeras en servirse una taza de leche con Cola Cao, zumo,

etc. Yo ya había desayunado una buena taza de café. Entendí que aquel desayuno tenía la misión de relajar a los tensos. Me levanté de nuevo y continué mirando por la cristalera. Creo que se notaba que era de pueblo. Pero me daba igual. Delante de aquel edificio había otra construcción, de color tierra, y algunos vehículos policiales estacionaban junto a unas escaleras bajantes. No daba crédito, trasladaban personas engrilletadas y casi todos los que traían venían acompañados de uno, dos, tres e incluso más seres rojizos. ¿Qué era ese lugar? No tardé en comprender que se trataba de los juzgados de Madrid.

No podía dejar de mirar el inmenso peligro que corrían los policías, y, sin embargo, ellos no parecían intranquilos, todo lo contrario.

Empecé a sudar al ver tanta maldad reunida. «Estoy en la gran ciudad, debo acostumbrarme», me dije a mí mismo. Cogí una de las servilletas y sequé mi frente, no quería mirar más hacia abajo. Mis músculos y tendones se tensaban por reflejo. Una de las chicas se acercó a mí; sus facciones aún conservaban toda la esencia de una infancia cercana, ojos grandes y brillantes, toda ella desprendía inocencia. En sus manos dos vasos de zumo, no me dio opción a rechazarlo.

—Lo vamos a hacer muy bien, ya lo verás.

CAPÍTULO 22. **UNO DE LOS NUESTROS**

- *MADRID-PRINCIPADO DE ASTURIAS, SEPTIEMBRE DE 1996*

Sin decir nada y con ella al lado, bebí un poco de ese zumo, respiré hondo para recuperarme de tan maliciosa visión, y nos miramos mutuamente a los ojos en un paréntesis escéptico. Había algo en ella. Como si nos hubiéramos visto antes. Extraño. Le di las gracias, y una voz al otro lado interrumpió nuestro silencio.

—Ya está todo listo. Seguidme —nos dijo la encantadora mujer.

Nos llevaron a otra sala repleta de escritorios, con una lamparita alumbrando en la esquina. ¡Nos habían observado! Nos acomodaron en mesas separadas, yo tenía la lamparita a la izquierda y el bolígrafo a la derecha, pero el violinista y una de las chicas lo tenían a la inversa; sabían que eran zurdos. Ninguno más reparó en eso. El señor mayor me miraba con ojos afilados y media sonrisa, comprendió que me había dado cuenta del detalle. Me hice el despistado y me senté en mi puesto con ese documento que estaba preparado frente a mí.

La primera prueba se trataba de hacer una redacción acerca del descubrimiento de América, cuyo quinto centenario había sido pocos años atrás. Podría haber estado horas y horas escribiendo sin parar en aquellos folios en blanco. Nos avisó cinco minutos antes de que se acabara el tiempo.

La siguiente prueba se trataba de un cuestionario de personalidad. Eran doscientas preguntas cortas, tipo test, a responder en veinte minutos; efectivamente, seis segundos por pregunta, con dos opciones, sí y no. Me negué a hacerlo.

Enseguida, me di cuenta de que era muy probable que cometiera errores muy graves. Errores muy comprometedores. Empecé a pensar en que todo había sido una trampa. La ira se adueñó de mí y me preguntaba a mí mismo cómo había sido tan estúpido. Inmediatamente, deduje que aquella redacción tenía por objeto hacernos un estudio grafológico, sin contemplar nuestros conocimientos de historia. Me puse en pie visiblemente alterado, me disculpé y le dije a aquel señor que me tenía que ir. Todos se quedaron por un instante paralizados, mirándome durante un pequeño lapso; después, como autómatas, continuaron a toda prisa, seis segundos por pregunta. Eso obligaba a vomitar toda la verdad, no da tiempo a imaginar y mentir, por muy acostumbrado que estuviera.

—Pero, hijo, ¿cómo te vas a ir ahora? Acabamos de empezar —me dijo con tono dulzón y en voz baja.

—Me quiero ir ahora mismo, este no es mi sitio, discúlpeme —se lo dije así de tosco y tajante.

—Mira, David, ten un poco de paciencia, quédate sin hacer la prueba, y luego lo discutimos, ¿te parece bien?

Me puso la mano en el hombro, calmándome. Era obvio que había advertido mi enojo.

—De acuerdo, esperaré —le contesté con voz más sosegada.

Me puse a hojear aquel test y estaba repleto de preguntas peligrosas, tales como ¿te reconoces siempre en el espejo?, ¿has estado inconsciente alguna vez?, ¿en ocasiones crees que eres otra persona?, ¿tienes miedo a la muerte?, ¿alguna voz dicta tus actos?, ¿crees ciegamente en la realidad?, ¿serías capaz de matar a alguien? Y de nuevo formulaban las mismas preguntas con otras palabras o con interrogación negativa. ¿Quién se había creído esa gente que era para intentar meterse en mi cabeza? Luego había otro tipo de preguntas o afirmaciones, extrañas como mínimo: «prefiero mil pesetas que un abrazo»; «quiero tener y tener»; «en un grupo de personas, quiero ser el mejor». Por no hablar de las que eran un tanto inciertas y desconcertantes, como «al pasar por un puente siento impulsos de saltar»; «no creo que las drogas sean peligrosas si controlas el consumo».

Allí me quedé sentado, esperando, viendo a los candidatos atosigados por el escaso tiempo, revelando toda la información de su esencia. La educación me impidió interrumpir aquel examen y reunirme rápidamente con mi familia.

Recogieron los test, el mío totalmente incompleto, y dijeron que nos daban un tiempo para descansar. Me levanté con celeridad y pregunté si ya me podía marchar, no quería hacer perder el tiempo a nadie. Yo no entraba por el aro, así es que ese no era mi sitio.

—Tú, David, serás el primero en hacer la entrevista. Si nos das la oportunidad, claro —dijo el hombre de pelo cano uniendo las palmas, pidiéndome el favor.

—No hay problema. Haré su entrevista.

—Estupendo, pasa por aquí, por favor. El resto podéis esperar sin alzar mucho la voz, tomaros un descanso. Beatriz estará por aquí si necesitáis algo.

Todos le escucharon obedientes. Recorrimos un pasillo alargado, repleto de puertas abiertas con despachos, salas de juntas, una cocina, otro baño, hasta llegar a un despacho muy diferente. Era una sala totalmente insonorizada, que se cerró tras dos puertas herméticas. En cada paso sonaba hasta el más minúsculo sonido, todo se amplificaba allí dentro. Aquel despacho era tan grande como dos salones de mi casa, todo de color blanco, sin cuadros, sin ventanas; se oía muy tenue un sistema de aire acondicionado. Junto a la pared había sillas perfectamente colocadas. Todo muy pulcro. Cogió dos sillas y las puso una frente a la otra, separadas por un par de metros.

—Por favor, toma asiento —dijo sonriente y con la mano tendida hacia la silla más cercana a mí.

Hice lo que me dijo, sin dejar de preguntarme qué clase de lugar era ese.

—Beatriz y yo estamos muy contentos de tenerte aquí. Primero te contaré resumidamente, sin poder darte muchos detalles, el propósito de nuestra organización: su naturaleza, sus objetivos, lo que se espera de ti y lo que te podemos ofrecer; siempre sin ningún compromiso por ninguna de las partes. Se trata de una relación permanente, favorable para todos. Si no entiendes algo, puedes interrumpirme cuando quieras.

—De acuerdo. Gracias —dije más colaborador.

Y me senté cómodamente, poco convencido de las intenciones de aquella gente.

—Bien. Somos un grupo de personas con presencia internacional, lo que significa que este centro es uno más de otros cientos repartidos por el mundo. Estás aquí por tu destacado talento para las matemáticas y su aplicación a la arquitectura, como ya has

demostrado. En definitiva, por tu alto potencial, aunque eso tú ya lo sabes. A lo largo de la historia mucho se ha especulado sobre nuestra existencia; a nosotros se nos ha confundido con muchos: templarios, iluminados, masones, el club, y un sinfín de nombres más. Lo cierto es que no creemos en las etiquetas. Si formas parte de esto, te referirás a esta organización como «nosotros» y a otro miembro, si lo conoces, por su nombre, y si no, como «uno de los nuestros»; así de simple.

—Pero ustedes, ¿a qué se dedican? ¿Cuál es el objeto de sus actividades?

—Espera un segundo, que justo acaba de llegar una persona de las nuestras. La he llamado para que te haga una lectura.

—A ver, a ver, espere un momento. —Perdí un poco los modales—. ¿De qué va eso?

—Tranquilo, David, ¿de qué tienes tanto miedo? Nadie va a hacerte nada malo.

Justo entonces sonó un interfono; era Beatriz, diciendo que ya había llegado Paloma.

El señor de pelo cano se acercó a la puerta, que estaba alejada unos ocho metros de mí y la abrió. Estaba muy preocupado, porque nada de lo que me decía aquel hombre era del todo transparente. Abrió aquella puerta y una señora mayor, delgada y enérgica, apareció al otro lado. Tendría unos setenta años, o un poco más. Blusa de buena tela, falda y zapatos de calidad, un pañuelo cubría su cuello, y diversas joyas combinaban perfectamente con sus pendientes, ligeramente maquillada sin extravagancias. Ambos se pusieron a hablar en voz baja junto a la puerta; ella apartó la vista de él y la cruzó conmigo, la sostuve un poco y ella volvió a centrar toda su atención en aquel señor. Cerraron, y ambos se dirigieron a mí.

—Buenos días, David. Soy Paloma y estoy aquí para conocerte un poco.

Extendió la mano para estrechar la mía. Dudé, no sabía qué era lo correcto, todo aquello era muy misterioso. ¿Una lectura? ¿Qué carajos sería eso?, me preguntaba. Al mismo tiempo, la curiosidad me empujaba a conocer más. Estreché su mano, la movimos ambos de arriba abajo, y ella me dedicó una estupenda sonrisa y, naturalmente, yo a ella también, pero fue de alivio porque no pasó nada. En mi imaginación desbocada, pensé que igual detectaba algo y aquella anciana se pondría a convulsionar. Ella miró al entrevistador y simplemente le dijo:

—No hay ninguna duda, puede ser de los nuestros.

—¿Cuán segura estás?

—Segura del todo.

Pues resulta que aquella vieja sí había percibido algo en mí, no sé el qué, pero algo. Empecé a ponerme bastante nervioso, se me pusieron las manos heladas y sudorosas; mi lengua áspera como la de un gato casi lijaba mi paladar. Se quitó el colgante que llevaba puesto, y comenzó a girarlo frente a mí con su mano derecha. Por debajo de aquella piedra con forma de flecha de color azul, colocó su palma extendida. De pronto, retiró su antebrazo y aquel colgante se paralizó repentinamente quedando con la cadena tensa como un bloque, el colgante acabado en punta en el extremo formaba un ángulo de cuarenta y cinco grados dirigido a mí, sostenido irracionalmente por esa fina cadena. Puso su mano izquierda bajo la piedra, otra vez, y soltó el extremo de la cadena, cayendo esta, ahora sí, de manera natural.

—Ha sido un placer conocerte, David. Espero que nos veamos muy pronto y poder aprender el uno del otro.

—Igualmente, señora.

De nuevo, el anfitrión la acompañó a la puerta de salida, le dio las gracias por venir y se despidieron con besos. Regresó a la silla y se sentó de nuevo; ahora su mirada era distinta, más cercana. Distendida.

—¿Qué clase de truco de magia ha sido ese? —pregunté con sinceridad, porque no entendía nada.

—Mira, Paloma es una de los nuestros, tiene varias carreras universitarias, pero su talento especial reside en que es una sensitiva. De modo que puede sentir la maldad y la bondad de la gente, entre otras cosas. Con frecuencia, solemos juzgar a las personas por su apariencia. Nuestra mente está entrenada desde la infancia y en los primeros pasos de la socialización para etiquetar a los demás por su aspecto. De manera que cuando uno ve, por ponerte un ejemplo, a un motorista con el pelo largo, chaqueta de cuero, cadenas y tatuajes suele asociarlo con los monstruos de los cuentos con los que nos amenazaron en la niñez. Nada que ver con la verdad de la realidad en la que vivimos. Normalmente, las peores personas, y las más difíciles de descubrir, son aquellas con rostro bondadoso, aspecto intachable y vida corriente, e incluso altruista. Son los más detestables, porque engañan a todo con el que tratan, disimulando su maldad con el aspecto de un ángel terrenal.

—Entonces, ¿he pasado la prueba?

—Con matrícula de honor. Por eso estoy siendo tan honesto contigo. Queremos que formes parte de esto.

—Ya, pero todavía no me ha dicho a qué se dedican —le insistí nuevamente.

—Bueno, no te puedo decir todo, eso ya lo irás viendo tú. Somos muchos y a la vez muy pocos. Te explico. Nuestro objetivo es intentar hacer de la humanidad una comunidad mejor. No formamos parte de ningún Gobierno, pero muchos de los nuestros están infiltrados en secreto en todas y cada una de las formaciones políticas. Estamos en todas las Administraciones. Siempre hay uno de los nuestros en cada hospital importante del mundo, en cada proyecto de construcción algún ingeniero o arquitecto. En todos los juzgados, un magistrado; en cualquier laboratorio, un científico. Comandantes del Ejército, de la Guardia Civil; comisarios de la Policía Nacional.

»Los mejores desarrolladores de tecnología; ingenieros de armamento; jefes de bomberos; empresas de aviación; inspectores de Hacienda. La lista podría seguir tocando todos los palos. Influimos en secreto en todos los aspectos de la vida cotidiana. Somos la más humilde de las élites. Nuestro objetivo principal es cuidar de nosotros mismos y obtener los mayores recursos económicos. No con intenciones egoístas, sino para poder desarrollar nuestro verdadero propósito: evitar que la tiranía de esos monstruos de los que hemos hablado caiga sobre las personas inocentes. Es nuestro deber protegerlos, son la única razón de nuestra existencia.

—¿Podría usted ser más preciso con algún ejemplo?

—Como comprenderás, no debo hablarte de asuntos concretos, si bien te diré que nosotros somos los impulsores de la caída del Muro de Berlín, de una Europa solidaria, donde todos los ciudadanos puedan circular con libertad, enriquecerse culturalmente y compartir. Hemos impulsado la erradicación del analfabetismo en España, haciendo que el Gobierno invierta en una educación mínima para cada niño, que serán los adultos del futuro. En este sentido, estamos peleando por ampliar esos estudios obligatorios hasta los dieciséis años, por mucho que a algunos de tus amigos eso les

disguste. No hay mayor pobreza que la completa ignorancia.

—Y personas como Paloma, ¿qué papel desarrollan en todo esto?

—Huy, amigo mío, quieres correr antes de gatear. Igual que de ti nace el don de las matemáticas aplicadas, otros de los nuestros muestran talentos intangibles, normalmente asociados a las ciencias ocultas. No todo está en los libros, David, ni todo se puede demostrar. Nosotros no cerramos la puerta de ninguna sabiduría. Por eso la hice llamar y has superado favorablemente la prueba. No hay maldad en tu interior, después del talento, eso es lo que más nos interesa a nosotros de un candidato. La pregunta es ¿quieres ser de los nuestros?

—Ha dicho usted que no hay compromiso, ¿verdad?, por ninguna de las partes.

—Efectivamente, correcto. Pero ya te digo yo que no querrás irte. Eso sí, no hay compromiso, pero sí condiciones, obligaciones que debes cumplir.

—Le escucho —dije, interesado.

—Nadie puede saber nada acerca de nosotros; podrías ponerte en peligro a ti y al resto de los nuestros. Se te exigirá resultados y disciplina. Aceptarás el estudio de asignaturas de protocolo, habilidades sociales, comunicación, valores, y seguirás las instrucciones del tutor asignado. Solo hablarás de nosotros con otro de los nuestros, con nadie más.

—Me parece coherente. Y ahora, ¿qué?

—Ahora yo seguiré con las entrevistas, y tú te irás a casa con este folleto y la documentación sellada. Es una explicación más estándar, legitimada y plausible, conforme a derecho. Beatriz se encargará de comunicarle a tu padre los detalles. El domingo que viene, a las tres de la tarde, te recogerá un coche en casa, como ya te dijo don Manuel; empiezas tus estudios en el extranjero. Mentalízate de eso porque en muchos casos puede ser dura la adaptación. Aunque podrás regresar de visita con bastante frecuencia.

—Muchas gracias por la oportunidad; espero no decepcionarle.

—La oportunidad es de los dos. Por cierto, me ha dicho un pajarito que andáis solucionando un pequeño asunto familiar, acerca de una adopción. Pronto se pondrá en contacto una asistente para agilizar las cosas. Como podrás adivinar, es una de las nuestras. Sé discreto —dijo con voz autoritaria—. Celébralo con tu familia. Te deseo mucha suerte, y espero que volvamos a vernos.

Me acompañó a la salida de aquella extraña sala, donde al salir vi que Beatriz llegaba acompañada con otra de las candidatas. Anduvo a mi lado hasta el ascensor y bajó conmigo.

—Sabía que estarías dentro, ya eres uno de los nuestros. Felicidades.

Bajando en el ascensor, me puse a mirar aquel folleto. Era una carpeta con niños abrazados en coro y gente mayor sonriente; solo faltaban unicornios y arcoíris. Parecía la clásica publicidad de hoteles; había una copia con la autorización de mis padres, el sello del Ministerio de Educación y el emblema de la bandera española. Estaba claro que, al menos en parte, mi educación en los Estados Unidos estaba sufragada por España. Se podía leer: «El candidato arriba citado ha superado las pruebas con éxito para beneficiarse de la beca Avanza otorgada por este ministerio, lo que con mi firma certifico a todos los efectos. Ministro de Educación y Ciencia».

Brevemente, porque ya se lo habían explicado en aquella sala donde él estuvo, le

informó de que había superado las pruebas, felicitándonos nuevamente. Le explicó a mi padre que dicho viaje a Estados Unidos formaba parte de una beca estatal, y que ellos eran los encargados de velar por su aprobación y desarrollo. Le explicó los detalles sobre mi tutor de estudios allí, su contacto, y de que estaría internado en una residencia para estudiantes. Que viajaría acompañado por un responsable para facilitar los trámites aduaneros y mi instalación.

A mi padre todo parecía encajarle perfectamente, estaba agradecido al sistema por funcionar tan bien. Pero no podía contarle toda la verdad, y así debía ser, porque igual no le habría gustado nada. Aquello tenía más tintes de secta conspiranoica que de otra cosa.

Kingsley y mi tío andaban por fuera del edificio, inquietos y nerviosos. Al vernos salir a mi padre y a mí, corrieron a preguntarnos. La superación de la prueba le dio a mi tío un respiro de alegría ante su decepción con la escasa agilidad y las trabas que había encontrado en el arduo camino de la adopción. Querría haberle tranquilizado y anticiparle que a partir de ahora todo iba a ser más fácil, pero tampoco podía.

Buscamos un buen lugar donde comer, haciendo turismo por Madrid, y al final nos metimos en un estupendo restaurante gallego cerca de la plaza de las Descalzas. Qué bueno estaba todo. Al llegar al hotel, había un sobre para mi tío José en la recepción. En el membrete se podía leer: «Abogacía del Estado», como anuncio de que se trataba de algo importante. Resumidamente, narraba que era la letrada con número de colegiada no sé cuál y que el Ministerio Fiscal le había asignado su caso de oficio para completar los trámites por hacer, que eran todos, señalando una cita con ella a primera hora del lunes en su despacho. Mi tío estaba encantado con la noticia, y exclamó:

—¡Por fin algo funciona como es debido en este país!

Yo me reía por dentro, porque desde luego no era así. Yo sé que nadie quería impresionarme, que ellos no tenían nada que demostrar, pero, sin duda, ese nosotros funcionaba como un reloj suizo, y solo era el principio.

Estábamos alojados en un austero y espartano hotel del barrio de Moncloa. El domingo lo aprovechamos para hacer turismo por Madrid. El Palacio Real, el templo de Debod, el Edificio España. Yo no dejaba de embelesarme mirando aquellas construcciones, que para mí eran verdaderas obras de arte. Todavía oscurecía tarde en Madrid, y Kingsley y yo pedimos permiso para vagar solitarios por aquel territorio de asfalto, hormigón y extraño bullicio. Salvo por algunas pautas de mi tío, no nos pusieron impedimento alguno. Fuimos al famoso parque del Retiro. Yo todo lo veía con otros ojos. Imaginaba la forma en que habían diseñado aquel inmenso estanque artificial, tan bien encuadrado en ese entorno natural lleno de vida vegetal. Se respiraba bosque, por mucho que digan de la contaminación en las grandes ciudades. Salvando las enormes diferencias, esa preciosa metrópoli no dejaba de traerme recuerdos de mi verdadera ciudad natal. No quería ponerme triste, porque pronto se cumpliría mi sueño de regresar a Brooklyn y comenzar a buscar al verdadero amor de mi vida, sin descanso, entre laberintos de ladrillo terracota.

Mientras paseábamos por las calles peatonales del Retiro, no dejaba de sentir una extraña sensación. Como si alguien me observara o me anduviera siguiendo. Me daba la vuelta, pero no había nadie. Por momentos, mi hermano Kingsley, más que acostumbrado a mis rarezas, me preguntaba sobre qué me preocupaba, pero era

incapaz de decírselo porque solo era una impresión, como si alguien me estuviera llamando, pensando en mí y quisiera verme; no hay palabras capaces de describirlo, o al menos yo no puedo hacerlo mejor.

Me propuse no hacer demasiado caso, porque, por más que miraba en la dirección que me marcaba mi intuición, no veía nada. Nos detuvimos por un momento en la fuente dedicada al ángel caído, ese hombre alado, alzado sobre un pedestal y a la vez atrapado en la tierra, castigado permanentemente y cuya expresión parecía sugerir que había recibido un trato injusto.

Como tantas otras veces, me quedé divagando en mis pensamientos, haciéndome preguntas sobre la relación entre los seres extraordinarios que yo podía ver y aquel ángel expulsado del paraíso. No tardé en reaccionar, sorprendido, cuando a mi lado pude ver a esa señora. Por un momento, se me cortó la respiración. La reconocí de inmediato, era Paloma. Me asustó encontrarla allí. ¿Casualidad?, no lo creo. Con otros colores, pero vestida del mismo modo, con su pañuelo, los abalorios, sus gafas graduadas y su delgadez sonriente. Sus intenciones parecían buenas, pero, aun así, me asusté, yo no tenía ningún interés en intercambiar impresiones con esa señora. Me preguntaba a mí mismo si haber hecho la prueba era el mejor camino para encontrar a Angie y recordé que a veces es mejor bordear la ladera de la montaña que escalarla en línea recta.

—¿Sabíais que este monumento dedicado al ángel caído está exactamente erigido a seiscientos sesenta y seis metros de altura respecto al mar? Curioso, ¿verdad?

—Buenas tardes, doña Paloma; la verdad es que no lo sabíamos, no lo pone en ningún sitio. Permítame que le presente a Kingsley, mi primo hermano.

Ambos se dieron dos besos, en un saludo más cercano del que tuve yo con ella por primera vez.

—¡Qué coincidencia, doña Paloma! —exclamé, con segundas intenciones.

—Me gustaría hablar contigo unos momentos a solas.

Mi hermano parecía no haber entendido bien lo que dijo, y se lo pedí amablemente en inglés, aunque siempre procuraba hablar con él en español. Kingsley accedió y se sentó en un banco de aquella glorieta, escuchando el concierto callejero de un saxofonista que tenía allí reunida a una pequeña muchedumbre.

—Dígame, Paloma, ¿en qué la puedo ayudar?

—Quiero hacerte algunas preguntas sobre algo a lo que no encuentro ningún sentido.

Tenía miedo, porque las reglas de las sombras eran claras: nadie podía saber mi secreto.

—Yo también tengo algunas preguntas que hacerle a usted, señora —intenté contrarrestar yo.

—Bien, hijo, pues empieza tú.

—¿Cómo me ha encontrado? ¿Es que me viene siguiendo?

La anciana se echó a reír.

—Verás, David, contigo no me tengo que andar con rodeos, porque sé que también eres sensitivo, y no me insultes llevándome la contraria. Te he encontrado porque entre mis habilidades tengo una especial: es una capacidad de seguir con mi instinto todo aquello en lo que me concentro y he tocado recientemente, por eso he sabido dónde estabas.

Entonces, era eso lo que yo había percibido, no me lo podía creer, este mundo es mucho más de lo que parece.

—Ahora me toca preguntar a mí. Al darte la mano el otro día, he visto una inmensa bondad desbordante en tu corazón, pura e incorrupta, pero también te he visto encañonar a alguien con una pistola sin que hubiera maldad en ello, ¿me lo puedes explicar? Porque solo tienes dieciséis, ¿diecisiete años?

Me quedé estupefacto, ¡maldita sea!, estaba en un apuro del que no sabía cómo salir. No me valía una excusa estúpida o una negación insistente, así que contesté a su pregunta.

—¿Usted cree que hay maldad cuando la policía acude a una alarma de atraco en un banco y dirige sus armas de fuego sobre un delincuente que amenaza a los empleados con un cuchillo? ¿Cree que ese policía, una persona de carne y hueso, con familia, que ha jurado proteger la vida sobre todas las cosas, tiene el deseo y el ánimo de matar?

—No, no lo creo. Pero me has respondido con otra pregunta, y no quieres decirme la verdad.

—¿Qué verdad? ¿Qué quiere escuchar de mí? ¿Quiere saber lo que pienso? ¿Quiere? —levanté la voz alterado, enfadado porque hubiera accedido a mi intimidad sin permiso.

—¡Sí! ¡Eso es lo que quiero! —Me devolvió el grito.

—La verdad es que la maldad está por todos lados, enmascarada entre falsas sonrisas; en la envidia de la amiga que dice «pásalo bien estas vacaciones»; en ese yonqui que ha hecho de su vicio una necesidad, y de la necesidad la pura maldad, olvidando voluntariamente quién era; en ese padre frustrado que pega bestiales palizas a sus hijos o a su mujer porque le han vendido el éxito en cajas de humo. ¡No puedo soportar este mundo en el que ser buena persona es una desventaja!, ¿lo entiende? —exclamé con los ojos desencajados.

Ella se acercó para consolarme, pero le tuve que decir:

—¡No! ¡No se le ocurra tocarme de nuevo! ¡Nunca más!

—Perdóname, David, por el malentendido. Necesitaba saberlo, aunque por ello pague el precio de tu enemistad. Debía estar completamente segura de que podías ser uno de los nuestros, y estoy convencida de que serás el más especial de todos. Quiero enseñarte la manera de que nadie pueda ver nada en tu interior, si me lo permites, y aunque ya sé que puedes ver el mal con claridad, quiero enseñarte también a ver la bondad en los demás. Llevo mucho tiempo esperándote. —Lo dijo con un trasfondo.

—Acepte mis disculpas, creo que he perdido las formas. Ahora mismo me gustaría estar con mi hermano y regresar a nuestro hotel.

—Lógico. Yo había pensado en solicitar ser tu tutora y enseñarte todo lo que sé poco a poco en los Estados Unidos, solo si no sigues enfadado conmigo.

Lo pensé unos segundos, aunque ofendido en lo más hondo, entendí que quizá hubiera personas con esas mismas capacidades que ella tenía, y debía protegerme de eso. Al fin y al cabo, había sido totalmente sincera conmigo, y aunque no veía su bondad, no encontraba maldad.

—Estoy de acuerdo, solo con una condición —le dije muy serio.

—Soy toda oídos. —Comenzó a sonreír tímidamente de nuevo.

—Necesitaré un poco de libertad para hacer mis cosas.

Ella lo entendió enseguida, y aunque también era por corregir tanto mal, mi verdadero objetivo era encontrar a Angie.

—Trato hecho —me dijo, extendiendo la mano para sellar el pacto, pero la retiró de inmediato al ver mi forma de mirarla—. Por cierto, David, curioso colgante. Está lleno de oraciones y protecciones, que, sin duda, ha invocado alguien lleno de sabiduría y poder.

A esta señora no se le escapaba una. Estoy seguro de que la inmensa mayoría de las personas que dicen tener habilidades sobrenaturales son solo charlatanes estafadores, pero esta anciana mujer era una de esas pocas excepciones en las que las pruebas indubitadas concluyen sin quererlo en una verdad irrefutable.

Finalmente, la señora y yo nos despedimos, sin ahondar más en el asunto del amuleto. Y yo, al menos, aliviado en parte, porque ella no mencionó nada acerca de las sombras o los seres rojizos. Eso quería decir que solo podía ver las acciones materiales en los demás; era algo en lo que debía meditar con tiempo y pausadamente.

Enseguida, me reuní con Kingsley, que movía la cabeza y contoneaba su tronco superior allí sentado, disfrutando de la música en vivo. Se hacía tarde y había que volver al hotel. Cogimos el metro, que olía a chispas eléctricas mezclado con grasa industrial, orientándonos como pueblerinos en aquella telaraña de mapa que había en la estación de Atocha. El día llegaba a su fin y tocaba madrugar, no sin antes compartir un rato agradable en la pequeña terraza de la habitación, todos juntos, charlando mientras mi padre fumaba con su vieja y desgastada pipa.

Acompañamos a mi tío y a Kingsley al despacho de la letrada, que resultó estar en el Ministerio de Justicia, en pleno centro de la capital. Llegamos un poco antes, con el coche listo para salir de viaje después. En la puerta había una joven de unos treinta y pocos años. Al ver a Kingsley, no le cupo duda de si éramos nosotros y se acercó a preguntar por mi tío José sin dejar de mirarme fijamente de vez en cuando, guiñándome el ojo en una de las ocasiones. Yo, sin saber muy bien qué hacer, esbocé media sonrisa en señal de agradecimiento. Nos permitieron aparcar en zona destinada a vehículos oficiales, y los tres subieron al despacho. Al cabo de algo más de una hora, que aprovechamos para tomar café enfrente, bajaban mi tío y mi hermano, muy sonrientes.

—Ya nos podemos ir. Ya está todo resuelto, así da gusto, con gente competente —dijo mi tío, visiblemente contento.

Entre sus manos, una carpeta con toda la documentación sellada. Ahora Kingsley era, oficialmente y ante la ley, uno más de la familia. Emprendimos el viaje por la carretera de Burgos, despidiéndome de nuevo de Madrid, aunque por poco tiempo. Mi tío, satisfecho y orgulloso de haber cumplido con su propósito, llevaba entre sus manos el regalo más deseado para su esposa: la confirmación, por escrito y con todas las garantías, de la adopción.

Con mi cabeza apoyada contra el cristal del coche, y con el pelo tapándome parte de la visión, reflexionaba sobre los caminos de la vida, del cómo se cruzan entre las personas las extrañas y oportunas coincidencias; en pocas palabras, los mejores regalos que nos hace El Orden no pueden medirse con un precio.

La felicidad no lo tiene.

CAPÍTULO 23. **A CORRER**

- *ANDRÍN-NUEVA YORK, FINALES DE SEPTIEMBRE DE 1996*

Empezaban las despedidas, con el odio que les tengo. Estuve en el gimnasio hasta el último día. El maestro, un hombre con un carácter de acero, me deseó la mejor de las suertes, animándome a seguir entrenando allí donde fuera. El bueno de mi amigo Javier se quedó helado. Tantas y tantas tardes juntos, recreos y fines de semana eran muchos lazos que romper; ahora la distancia se haría enorme. Me despedí de la familia Alberti, que con tantos favores me habían cogido cariño, y yo a ellos. Acudí a ver, cómo no, al padre Damián, que tan buenos consejos me dio y tanto nos ayudó. Oró un tiempo a mi lado, y tras eso me bendijo sujetando mi cabeza, cerré los ojos esperando un tortazo sin venir a cuento, pero no me lo dio. Le correspondí con un fuerte abrazo y un beso en la mejilla, él me lo devolvió suspirando con pena disimulada entre ánimos y buenos deseos.

El domingo se acercaba y la despedida con Natalia era inevitable. Nada hasta entonces me había dolido tanto como ese momento. Aunque yo quise ponerme una coraza para no enamorarme tanto, algunas pretensiones nunca se cumplen, y verla por última vez y romper con lo nuestro para ser libres me destrozó el corazón. No paramos de besarnos con fuerza, apasionados, apretando nuestros cuerpos en abrazos, con la impresión de que quizá nunca más tuviéramos la ocasión de sentir aquello el uno por el otro.

Por más duro que quise ser, en mis pensamientos surgía la duda razonable de que estaba apostando el todo por el todo por un recuerdo pasado, pero esa deuda pendiente no frenaba de martillear en mi mente. Era más fuerte que cualquiera de mis voluntades, pero también algo me decía que estaba siendo injusto con mi presente.

Una discreta gota salada resbaló por mi rostro impasible haciendo de mi barbilla un caño sobre su hombro. Procuré que no se enterase, pero creo que no lo conseguí.

—Te pido perdón, Natalia, por tener que elegir. Lo siento mucho, lo siento, lo siento —le repetía sin pausa y al oído. Ella permaneció en silencio—. Hay tantas cosas que me gustaría explicarte y no puedo, tengo tantos secretos que es como si llevara a la espalda un enorme saco de piedras.

—Podemos hablarlo. ¿Qué es? Comparte la carga conmigo.

—No puedo. —Tuve que bajar la mirada, resignado—. Lo tengo prohibido. Y, aunque pudiera, pensarías que estoy loco. Solo quiero que sepas que, si no fuera por esas locuras mías, nunca me separaría de ti, nunca te perdería.

Ella ponía cara de póker, tratando de adivinar de qué hablaba, aunque también estaba ya acostumbrada a mis desvaríos extraños, llenos de señales ocultas e indescifrables que solo yo entendía y que necesitaba decir para dar una explicación del todo incompleta, justificándome solo ante mí para sentirme mejor por las decisiones tomadas.

—Bueno, David, ¿me llamarás de vez en cuando? ¿Me contarás si aquel lugar es tan bonito como en las pelis?

—Te lo prometo, te llamaré y te enviaré fotos de lugares increíbles que nunca salen en esas películas.

Se echó a reír con su frente junto a la mía.

—Hablas como si ya hubieras estado allí.

Nos prometimos que siempre seríamos amigos, y que, aunque nos doliese, nadie más, ninguna otra persona del mundo podría ser «la primera» tal y como lo fuimos el uno para el otro. Ese recuerdo, único, siempre estaría limpio, iluminado y decorado en nuestra estantería del alma.

De nuevo en casa, y profundamente afectado, intenté concentrarme en todo aquello que debía llevar de equipaje. Sabía que no podía coger las armas que tenía escondidas en el bosque, pero nada me impedía coger un poco de esa vida paralela y secreta, así es que al atardecer fui a mi escondite y eché en una mochila toda mi ropa oscura, las playeras negras, la linterna, los prismáticos, los guantes, y estuve pensando en el pasamontañas, que finalmente opté por dejar en aquel macuto impermeable junto a las armas de fuego, la navaja y los cargadores, todo bien ordenado y preservado en unas latas y bolsas de comida herméticas. Dejé todo como estaba, enterrando el petate con sumo cuidado de no dejar marcas en el terreno.

Aquel equipamiento fue lo primero que metí en la maleta para que quedase en el fondo. No podía correr el riesgo de pasar la frontera americana con armas de fuego, y, por otro lado, hacerme con otra en los Estados Unidos sería una tarea sencilla. Tuve que ir hasta Torrelavega, en Cantabria, para cambiar las trescientas mil pesetas en dólares. Fui a varias entidades bancarias con el objeto de no levantar sospechas entre los empleados, y después repartí todo el dinero en los bolsillos de mis pantalones y chaquetas.

Reconozco que igual soy un poco paranoico.

El sábado llamaron por teléfono para confirmar mi hora de recogida. Pasé aquella última cena en familia totalmente distraído e inquieto. Simplemente, me costaba mucho alejarme de mi madre, de mis tíos, de Kingsley y, por supuesto, de mi padre, con el cual no iba a aprovechar toda su estancia en casa.

Vino a recogerme un chofer en un Citroën BX de color negro; era un taxi, pero sin marcas. Lo único que revelaba la dedicación del coche era una pequeña placa detrás, junto a la matrícula, en la se podía leer SP, «servicio público». El conductor esperó paciente a que finalizaran todos los abrazos que nos dimos en familia, los consejos de mi padre y mi tío, los lloros de mi madre y mi tía, la ausencia oportuna de Kingsley y mi búsqueda inútil mientras él me observaba desde la distancia, ahorrándose el dolor de una despedida sentida.

Me quedé sorprendido cuando aquel conductor, que, por otro lado, circulaba bastante deprisa, se dirigió hacia Santander. Yo había imaginado que iríamos hasta Madrid por carretera; pero nada de eso, había un pequeño avión esperando mi llegada en pista en el Aeropuerto de Parayas, Santander.

No estaba acostumbrado a tantas atenciones y no me veía capaz de disfrutar, sin vergüenza, de tales lujos. Aquel pequeño avión tardó menos de una hora en llegar al aeropuerto de Barajas de Madrid. La azafata de ese pequeño *jet* me condujo hasta la

terminal de salidas internacionales, donde me reuní con Paloma, que también estaba acompañada de otras dos chicas y un chico, todos más o menos de mi edad. Visiblemente contenta, se acercó a darme la bienvenida e interesarse por el viaje. Yo no salía de mi asombro, había llegado a Madrid en menos de dos horas. Estaba allí plantado, en la sala de espera de ese vuelo de Iberia con destino a Nueva York.

Tuvimos que esperar muy poco para embarcar. Nuestros billetes eran de clase turista, detalle que me pareció extraño en comparación con el anterior despliegue de medios.

Observaba al resto de los chavales, y solo una de las chicas, que estuvo conmigo en aquel edificio de Plaza Castilla en Madrid, me resultó familiar. Nos sentamos juntos en el vuelo, sin saber muy bien qué decirnos, emparejados por aquella experiencia en común de la semana anterior. Estaba claro que la otra pareja de muchachos se conocía perfectamente, su conversación y confianza eran fluidas. Yo, en cambio, con mi clásico comportamiento asocial intermitente, me negaba a hablar de trivialidades irrelevantes iniciando una conversación fática. Mi compañera de vuelo me miraba con disimulo, sin atreverse a iniciar tampoco la conversación.

Me centré en mirar por la ventanilla del avión, entretenido con el movimiento frenético y ordenado de los vehículos y operarios, hasta que nuestro pájaro metálico encaró la salida y aceleró los motores a todo régimen para salir catapultados hacia nuestro lejano destino.

Rompimos el hielo cuando las azafatas de vuelo, empujando ese carrito tan ajustado por el pasillo, nos ofrecieron la cena. Era una chica de pelo rizado y castaño claro, de estatura mediana, más bien bajita, delgada, de ojos grandes marrones con motas verdes, labios marcados con una bonita sonrisa; aunque estaba seguro de que su presencia en el grupo no estaba motivada por su belleza. Algo más destacado y notable la haría diferente del resto. Apenas crucé algunas palabras con ella al servirnos esa lata de refresco en miniatura, y la cena en recipientes de plástico.

Tanto pragmatismo provocaba demasiada sensación artificial, era comer por comer, sin decoraciones ni placeres. Ella, en cambio, parecía disfrutar del sabor y la presentación. Después nos trajeron una manta y sin darme cuenta redujeron la intensidad de las luces. Ni corta ni perezosa, sin pedir ningún permiso, retiró el reposabrazos central que separaba nuestros asientos, reclinó lo poco que pudo el asiento y apoyó su cabeza en mi hombro habiéndose tapado con la manta.

Yo miraba por la ventanilla el negro y distante océano, que, bajo nosotros, y ajeno a mi observación, se mecía ondeando en la superficie estelas alumbradas por la luz de la luna. Ella parecía totalmente dormida, y yo, incómodo, no sabía cómo ponerme para no despertarla. Después de un rato, y acumulando una dolorosa tensión en los hombros, recliné también mi asiento, y con mucho cuidado levanté mi brazo sobre ella, que se apoyó en mi pecho, y con su frente junto a mis labios tenía la posición perfecta para darle un beso. De algún modo, ese acercamiento provocaba que me lo pidiera el cuerpo, pero la mente, siempre más poderosa, se impuso. No la conocía de nada, solo del otro día. Había escuchado su nombre, creo, pero no estaba del todo seguro; Claudia, recordé. Con ese último pensamiento, y absorbido por la fatiga, el sueño se encargó de cerrar mis ojos y hacerme olvidar el lugar, el contexto, mi destino, mis preocupaciones y mi propósito.

Recuerdo despertarme casi sobresaltado en un par de ocasiones, por alguna

turbulencia, imagino; retiré el pelo ondulado y alborotado de Claudia con una caricia, y sentí su calor sobre mí, volviéndome a dormir instantáneamente. Un ¡din! intermitente me despertó del todo; ella y yo estábamos medio tumbados y apoyados contra la ventanilla, abrazados el uno al otro, ella sobre mí. La vergüenza se apoderó de la situación y no tuve más remedio que despertarla susurrando su nombre al oído, cada vez más alto. Abrió los ojos como si sus párpados estuvieran oxidados y me miró esbozando una sonrisa de buenos días, pasó la manga de su camisa por sus gruesos labios y comprobó si me había manchado de babas, alegrándose de no ser así. Se incorporó con total naturalidad y comprobó que ya faltaba poco para llegar.

Nos habíamos perdido el desayuno, e hicimos caso al molesto sonido reiterante de abrocharnos el cinturón. Era totalmente de noche, por la ventanilla un manto de luces blancas y naranjas se extendía casi hasta donde llegaba la vista, solo desdibujado e interrumpido por la presencia del agua entre la ciudad. Era el contorno del río Hudson y la bahía Harbor.

En mi mente comenzaron a brotar recuerdos borrosos, como si ese mismo aterrizaje en el aeropuerto JFK de Queens lo hubiera experimentado ya en muchas ocasiones. Era la primera señal que despertaba vivencias enterradas, y nunca mejor dicho. Concentrado en traer al presente mi pasado perdido, embobado, no me di cuenta de que Paloma llevaba unos segundos hablando con Claudia sin quitarme el ojo de encima, quizá preguntándose qué pasaría por mi cabeza.

—Parece que habéis congeniado muy bien, chicos. Me alegro.

Y yo, aunque le daba la razón con el silencio, no dejaba de parecerme insólito haber dormido tan abrazados apenas habiendo hablado tres minutos.

—Ha sido el cansancio de tanto trajín, aunque estoy seguro de que Claudia y yo vamos a ser muy buenos amigos, pero solo eso.

Entonces ella, delante de Paloma, sin esperármelo, me dio un beso fuerte en la mejilla y añadió:

—Yo también creo que vamos a ser muy buenos amigos. Me alegro mucho de que estemos juntos en esto.

Y me guiñó un ojo sacando un poco la lengua, sonriente, por el lado contrario. La verdad es que no sabía muy bien lo que quería decir con eso.

—Bueno, chicos, abrochaos los cinturones, que vamos a aterrizar en breve.

Y Paloma se dirigió a los otros muchachos para darles, supongo, las mismas instrucciones. Ya en el aeropuerto, esperamos entre la multitud a que esa boca metálica escupiera nuestras maletas, girando en la cinta transportadora. Nos dirigimos al puesto de control, con Paloma como guía, y al llegar al policía le dijo quién era y mencionó el nombre de un capitán. Aquel oficial cogió el manojo de pasaportes, los selló con rapidez y abrió un separador distinto, dándonos paso y saludando con la mano firme en su gorra de plato mientras el resto de los viajeros hacía cola en otro mostrador.

Aunque dolorido y cansado por el viaje, mis sentidos seguían despiertos. Aquel aeropuerto estaba repleto de malas personas, todas acompañadas, ignorantes e inconscientes, de sus correspondientes seres rojizos que les ayudaban en, a saber, las fechorías que anduvieran haciendo. Preferí centrarme en seguir con mi plan. Eran casi las seis de la mañana, y en España faltaba poco para el mediodía; me tocaba adaptar

el biorritmo al nuevo horario. Era como estar de resaca.

Tuvimos unos días para instalarnos y adaptarnos a nuestra residencia, un viejo colegio reacondicionado en el barrio de Newark. Era de ladrillo, con ventanas de madera blancas y cristales aparentemente frágiles, su propio patio cercado, cancha de básquet, biblioteca, sala de juegos, cine, salón de actos, comedor y, por supuesto, las habitaciones.

Nos habían dejado organizarnos como quisiéramos, pero Claudia no me dejó opción y dio por hecho que compartiríamos habitación. Me parecía extraño que a nuestra edad no nos pusieran ese tipo de limitaciones, pero después entendí que ellos sabían que, pasara lo que pasara entre nosotros, el hecho de compartir o no dormitorio no lo evitaría. Es más, las prohibiciones podrían provocar el efecto contrario; sin embargo y pese a la permisividad, eran muy poco frecuentes las habitaciones mixtas.

Nuestro cuarto tenía unas camas de litera rojas descascarilladas, dos viejos escritorios de roble con cajoneras, un perchero, una papelera de metal a juego con las camas, cuatro pequeños estantes también de roble y un par de lamparitas. Lo mejor de todo era la enorme ventana que daba al exterior, con orientación hacia el oeste. Al final del pasillo, los baños y las duchas separados para chicos y chicas, y, al otro lado, una ancha escalera para subir y bajar.

Nuestro cuarto estaba ubicado en la primera planta. Los que ya llevaban tiempo ahí se mudaban a los pisos de arriba, con mejores vistas y menos paso de gente por la escalera. Para mí esa primera planta era un regalo de la casualidad en mis planes por entrar y salir para buscar a Angie, como siempre en completo secreto. No veía el momento de encontrar un espacio de soledad para dirigirme a la vieja fábrica, nuestro cálido hogar industrial en el barrio de Brooklyn, y empezar a buscar por ahí.

Nos convocaron a todos los nuevos, que éramos unos treinta jóvenes de distintos países, en el salón de actos. Un hombre de unos cuarenta años, con traje gris, sin corbata, pelo lacio, gafas graduadas rectangulares de montura fina, cara delgada y nariz prominente, aguardaba a que estuviéramos todos para comenzar. En primera fila estaban, además de Paloma, otras personas mayores, de variadas edades, que debían de ser también los tutores del resto de los compañeros.

—Buenas tardes a todos.

—Buenas tardes —replicamos al unísono.

—Soy Edgar, director de este centro, y estoy aquí para daros la bienvenida en nombre de nuestra comunidad. Antes de nada, se os ha entregado un folleto con lo que debéis decir acerca de este lugar y el motivo de vuestra presencia. —El folleto hablaba de una residencia de estudiantes de alto rendimiento y deportistas de élite—. Pero, como ya os adelantaron en las pruebas de acceso, nuestra organización obedece a un propósito mayor. Es de vital importancia que esta información permanezca reservada únicamente entre nosotros; nuestra seguridad personal depende de ello, no es un asunto baladí.

Tras de él, una pantalla blanca plegable y un retroproyector.

—Os voy a poner unas diapositivas; hemos seleccionado las imágenes menos impactantes, aun así, espero que no hieran vuestra sensibilidad. Viernes, 10 de febrero de 1989. Un joven armado entra en la universidad, en la clase de Biología, y comienza a disparar indiscriminadamente, especialmente dirigiendo su arma a las chicas del aula.

Entre los fallecidos, una de las nuestras; sabemos que ella era el objetivo del ataque. Estaba a punto de encontrar un remedio para el VIH y cometió el error de compartir sus hallazgos con su profesor, que, por supuesto, no era de los nuestros; un hombre sin maldad, el cual se lo comentó a un amigo empresario de la industria farmacéutica; este a su vez a otro, hasta que uno quiso cuidar el interés de seguir vendiendo retrovirales. Por difícil que os sea, debéis proteger vuestros talentos con el silencio y la discreción, evitando destacar demasiado.

Nos enseñaron la imagen de su cuerpo sin vida junto a unos testigos métricos policiales.

—Solo entre nosotros podemos ser libres de expresar todo nuestro conocimiento y capacidades, y desarrollar avances con seguridad. Porque, como dijo Nicola Tesla, el gran inventor yugoslavo: «Cuando un genio invente algo, y quiera saber si tendrá éxito, que no se pregunte a quién beneficia, porque fracasará. Debe preguntarse a quién perjudica».

Edgar tenía un gran poder de comunicación, se movía por el escenario de lado a lado dedicándonos segundos de su mirada a cada uno de nosotros sin dejar de gesticular, proyectando con fuerza el mensaje que nos mandaba, aunque, por supuesto, yo estaba deseando encontrar el momento, egoístamente, de comenzar con mi búsqueda y no atendía mucho a su sermón.

—Precisamente para eso estamos aquí vuestros tutores y yo. Ahora todos nosotros formamos parte de esa esperanza de la humanidad por mejorar poco a poco, y acortar las distancias entre las élites y el resto. Cualquier don que hayáis demostrado tener es tan útil como el de cualquiera que os rodea. Aquí los aires de superioridad están prohibidos, nosotros impulsamos la confianza en uno mismo, que es algo muy distinto, la determinación en la toma de decisiones, la inteligencia emocional, la resolución de conflictos, la empatía y la asertividad, las habilidades sociales, el empleo de distintos registros en la comunicación, y todo ello con un fin: conseguir el beneficio de un conjunto humano que nunca sabrá que fue obra vuestra, pero que, sin duda, mejoraréis su existencia.

El orador se acercó al atril y dio un calmado trago de agua, prosiguiendo con su discurso:

—Llevamos unas cuantas décadas promoviendo este propósito entre bastidores y estamos orgullosos de poder decir que hemos conseguido mejorar el mundo, no tanto como quisiéramos, pero lo vamos logrando paso a paso. Hemos abolido la esclavitud en este país y en todos los demás. Hemos luchado por unos derechos laborales justos. A veces hemos debido defender lo indefendible para infiltrarnos e influir desde el interior, operando como asesores de los peores y más tiranos líderes. Nuestro radio de acción no conoce fronteras, ideologías o avaricias. Estamos en contra de que cualquier persona sufra abusos, y la guerra es el peor de nuestros miedos.

»Muchísimos artistas de éxito, como los músicos, son de los nuestros; los mensajes de amor en casi todas las canciones no es fruto de la casualidad, obedece a una intención educativa de respeto y cariño entre las personas, pero ya sabemos que eso no es suficiente para frenar la maldad, que muchas veces y de manera inconsciente se introduce en la mente de las personas disfrazada de falsa competitividad insana, afán materialista, y ansias de éxito y poder. Por eso aquí viviréis de un modo austero y

espartano; lo siento por aquellos que vengan de buena cuna, deberéis acostumbraros a la escasez, pese a que nuestros recursos son prácticamente ilimitados.

A mí eso me daba igual, yo venía del campesinado, pero pude sentir el malestar de algún estudiante.

—Ese modo de vida forma parte de la educación que se pretende inculcaros, para que nadie pierda el contacto con la realidad de la mayoría del mundo. Debéis empezar a ver el dinero como una herramienta, y no como un fin. El exceso nos hace débiles, provoca tentaciones perjudiciales, nos aleja de la convivencia humana haciéndonos vivir en enormes casas aisladas y solitarias, y es un insulto para aquellos que han nacido pobres, los cuales hallan la auténtica felicidad en las relaciones humanas. No os preocupéis, lo entenderéis poco a poco.

Hizo una pausa caminando por el escenario con sus manos cogidas por detrás, dándole un énfasis especial a lo que iba a decir.

—Por eso se os pide que superéis vuestros exámenes debidamente, y que tengáis mucho cuidado al destacar en exceso, para eso están vuestros tutores aquí, para reconduciros debidamente y garantizar vuestro bienestar y seguridad. Por último, hay que decir que se os proporcionarán los horarios de las asignaturas extraoficiales, se os dará clases de Negociación y Manipulación, Comunicación, Socialización y Autocontrol, y en el caso de algunos se os dará docencia en una asignatura algo especial. Eso es todo, chicos. Finalmente, os doy la bienvenida y deciros que la puerta de mi despacho está siempre abierta para cualquier cosa que necesitéis.

Después, Paloma y el resto de los tutores estuvieron un rato hablando. Claudia y yo salimos al patio; ella no paraba de hablar acerca de la muchacha y la pena que le daba. Estaba asustada por todo lo que había escuchado en esa presentación. Yo, cada vez más distraído, no dejaba de pensar en cómo salir de allí y empezar con lo mío. Ese lugar, esa extraña comunidad secreta con tintes de secta, Paloma, Claudia, Edgar…, toda esa gente me daba lo mismo. Me había alejado de mis padres, de mis tíos, de Kingsley, de toda mi vida, por una razón, y esa razón no eran ellos. Escuchaba de fondo la voz nerviosa y excitada de Claudia; la interrumpí apoyando mi mano en su hombro.

—Voy a la habitación, a cambiarme de ropa, necesito salir un rato a correr. Llegaré para la cena, por si pregunta alguien.

—¿Cómo? Pues saldré a correr contigo, aquí no me quedo sola.

—Ni hablar, no podrás seguirme el ritmo.

Ella me miró con ojos de cordero degollado y cara de niña buena, insistiendo.

—Porfa, porfa, porfa.

—De acuerdo, yo me voy cambiando, dile a Paloma que salimos a correr, y te espero a la salida calentando. No te abrigues demasiado, que luego te entran los siete males, ¿vale?

—Gracias, gracias, gracias.

Descontrolada e ilusionada, me dio un beso en la mejilla y se metió en el salón de actos para decírselo a Paloma.

Me cambié de ropa rápidamente, dejé la otra tirada sobre la litera y le escribí una nota sobre su escritorio: «Lo siento, Claudia. Necesito estar solo. No quería mentirte».

Salí por la puerta a toda prisa, saltando de tres en tres los escalones de la ancha y

vieja escalera, atravesé el perímetro saludando al conserje y comencé a correr a ras del muro en dirección contraria al salón de actos. Al doblar la esquina, un extraño sentimiento se apoderó de mí. La sensatez me hizo entrar en razón, esperaba que no fuera tarde. Di la vuelta y regresé a la habitación, escuché pasos por la escalera, arrugué aquella estúpida nota y la metí en mi bolsillo justo cuando Claudia aparecía, sonriente y con prisas para ponerse el chándal.

—Te espero abajo, date prisa, que, si no, me voy sin ti.

Se quitó el jersey y me lo tiró con todas sus ganas, yo cerré la puerta para protegerme, y, de repente, supe que había hecho bien en volver y no dejarla allí tirada; habría sido injusto y traicionero. Calentamos un poco los tobillos, rodillas, cintura, y enseguida me puse a correr; ella se quejaba de que era poco calentamiento, pero a mí se me echaba el tiempo encima.

Me di cuenta de que por mucho que quisiera, y aunque hubiera ido solo, nunca podría haber recorrido los casi veinticinco kilómetros que separaban la residencia de mi pretérito hogar. Llegamos hasta el río Hudson, y frente a nosotros una increíble y clásica estampa hollywoodense de Manhattan. Esa misma imagen, que al verla en las películas la recordaba como mía, ahora la tenía delante. Estaba justo ahí, a un paso, tan cerca y a la vez tan lejos.

Debíamos volver para que nadie se preocupara por nosotros. Pero eso no nos impidió quedarnos unos minutos contemplando el ajetreo de barcos, luces y vidas frenéticas. Para llegar a la vieja fábrica de Brooklyn, todavía nos quedaban, así por encima, unos quince kilómetros. Era demasiado, y el horario de los ferris acababa a las ocho de la tarde. Vi que Claudia estaba resentida del esfuerzo, mis prisas por avanzar me hicieron forzar el ritmo. Le propuse volver a la residencia cogiendo el metro y su cara se llenó de júbilo después de tanto correr. Pregunté a uno de los lugareños dónde estaba la estación de ferrocarriles PATH, porque sabía que estábamos cerca y, efectivamente, a dos manzanas estaba la estación.

—Y tú, ¿cómo es que te desenvuelves tan bien por aquí? Es como si te lo conocieras todo, ¿habías estado antes?

—Es que antes de venir estuve todo el tiempo memorizando mapas y estaciones en la biblioteca, por eso sé por dónde voy. Hay que hacer los deberes, Claudia —me reí y la regañé disimulando.

Volver a la residencia en ese ferrocarril nos llevó solo diez minutos, pero me hicieron darme cuenta de la enorme distancia que habíamos recorrido; eso explicaba que Claudia estuviera sentada en aquel vagón de tren como un trapo usado. Me miraba sabiendo que estaba pensando justamente eso, ella se reía de su pésimo aspecto, pero tampoco hacía nada para remediarlo.

Salíamos de la estación de Newark y justo en el vestíbulo principal me quedé paralizado por un momento. Ya había podido ver allí otros seres rojizos, pero nunca a nadie acompañado por tantos. Pude contar doce a su alrededor. Un hombre alto, delgado y a la vez ancho. Caucásico. Con el rostro huesudo y la cabeza rapada. No llegaría a cuarenta años. Me llamaron la atención sus grandes pies embutidos en zapatos marrones brillantes y su gabardina de color marfil. Cogida de su mano, una niña pequeña de unos ocho años, mulata. Caminaba forzada, casi arrastrada. Algo oscuro y maligno estaba sucediendo frente a mí, disfrazado de arquetipo familiar.

—¿Qué te pasa, David? ¿Te has quedado paralizado?

Claudia me golpeaba el hombro con su pequeño puño para que saliera de mi letargo. No sabía qué hacer, nunca había intervenido directamente, en público.

—Quédate aquí. No te muevas y, pase lo que pase, no se te ocurra chillar ni arrimarte a mí.

La zarandeé cogiéndola por los codos para que me confirmara que lo entendía, porque ahora la sorprendida e inmóvil era ella. Se quedó allí quieta sin saber de qué le hablaba. Sus pies congelados al suelo y su mirada con esos grandes ojos me seguían asustada, porque sabía que hablaba muy en serio.

Cubrí parcialmente mi rostro con la bandana deportiva negra que afortunadamente llevaba al cuello, imaginando mi aspecto como el de un remoto asaltante de diligencias, interceptando a la extraña pareja al paso y abriendo los brazos en cruz impidiéndole continuar en línea recta. Pude ver a Claudia, preocupada, observándome desde la cristalera exterior de la estación.

—No sé qué planea hacer usted, pero no se lo voy a permitir.

La niña quería zafarse de la mano tosca y tendinosa que la privaba de libertad, pero el Huesudo la apretaba con fuerza. Los seres rojizos se pusieron en modo alerta; los vi claramente hacer su trabajo, estaba casi desconcentrado observándolos. Por uno de los pasillos llegaba una pareja de policías, pero algo hicieron esos seres para llamar su atención desde el otro lado de la estación. Ni siquiera los transeúntes se fijaban en la atípica escena, los rojizos desviaban la atención de todo candidato posible a ser testigo de algo mientras a mí se me aceleraba más y más el pulso. Yo, inerme e improvisando sobre la marcha, despojado de la ventaja que siempre me había ofrecido el trazar un plan, no sabía qué estaba pasando ni cómo acabaría eso. La niña tiraba con fuerza con ambos brazos para librarse de él, pero aquel hombre apretujaba su pequeña mano color café, hasta el punto de que la pequeña exhaló un aullido encogiéndose suspendida en el aire. No podía esperar más, ya era suficiente.

—¡Suéltela! —le grité con todas mis fuerzas, pudiendo percatarme de que se llevaba la mano a la parte trasera del cinturón.

Algo me iba a sacar, pero yo, que ya tenía experiencia del tajo que me llevé de aquel ladrón en Gijón, reaccioné rápido teniendo en cuenta que ya sabía que era diestro. Patada baja y contundente a su pierna derecha, instintivamente se dobló haciendo casi una reverencia y la mano que iba a utilizar para blandir algún arma se la llevó a la rodilla para mitigar el dolor. La niña se soltó de su mano y se quedó allí paralizada, pude verla ese pequeño instante. Me apoyé en la pierna flexionada del huesudo hombre, que ahora doblegado me igualaba en altura, y salté sobre él dándole un rodillazo en el pecho. Intentaba levantarse. Estuve a punto de darle un codazo, pero vi que no hacía falta. Era cuestión de segundos que entendiera que nada tenía que hacer.

Ahora sí, toda la estación miraba el espectáculo; la niña salió corriendo, le grité:

—¡No! ¡No! ¡Espera! ¡Espera!

Pero, asustada, echó a correr por la puerta contraria a la que estaba Claudia. La miré para indicarle que cogiera a la niña mientras lo apresaba por el cuello; las manos de Claudia se frotaban por su rostro desencajado denotando su angustia. Y, de pronto, vi venir un buen grupo de seres rojizos por el mismo pasillo.

No me lo podía creer, tras ellos la misma pareja de policías de antes venía tras ellos.

Uno de los agentes sacó de su cinturón una larga defensa de cuero negro y el otro un arma de contacto eléctrica Taser. Tal como me miraron estaba claro que para ellos el malo era yo, y no iban a tener piedad usando ambos instrumentos. Quedaban unos veinte metros para que llegaran a mí. Yo palpaba la gabardina del hombre huesudo y encontré lo que buscaba, su cartera. La cogí en la mano, solté la tensión de su cuello y aquella porra se alzaba al techo en la mano del policía para coger energía de impacto.

Con los dos tirados por el suelo, me impulsé con los pies sobre el hombro y la cabeza de aquel desgraciado haciendo un salto horizontal, si es que eso fuera posible, rodando sobre mi espalda e impulsando como pude con las manos. Me libré del gomazo por muy poco.

—¡El malo es él! ¡El malo es él! —grité a pleno pulmón, de modo que hasta se oyó el eco en ese gran vestíbulo de estación.

Era obvio que, con mi rostro oculto tras un pañuelo, estrangulando a aquel hombre y portando su cartera en la mano no resultaba la persona más convincente; aun así, lo intenté, víctima de un acto reflejo.

Me dio tiempo, un microsegundo, miré a Claudia y ya no estaba allí. Un sonido hueco me devolvió a mi situación. El policía, un hombre joven, bajito, atlético, con aquella gorra de plato sobre la cabeza, dejó caer la defensa para blandir con ambas manos su arma de fuego.

—¡No me obligues a dispararte, chaval! ¡No me obligues!

Es curioso cómo actúan nuestros sentidos ante situaciones de estrés: me dio tiempo a ver que el policía llevaba anillo de casado, miré sus ojos fijamente y pude comprender que su intención no era hacerme daño, sino detenerme, por no hablar de que mi sombra no se presentó en ningún momento. No lo dudé. Me di la vuelta, asumiendo el riesgo, y eché a correr.

Empujé con todas mis fuerzas la pesada puerta maciza de cristal y metal, y pude sentir el bullicio exterior de la ciudad. Me di la vuelta solo un instante y vi al policía perseguirme. Miré a todos lados a la velocidad del rayo con la esperanza de encontrar a Claudia, pero no la vi. Empecé a correr a toda prisa; iba tan rápido que casi me caigo. Un hombre me puso la zancadilla al ver la escena, empecé a perder el equilibrio que sin ningún remedio ya estaba perdido, cayendo de bruces contra el suelo. Allí, tirado en el asfalto, pude ver que los seres rojizos me seguían en la distancia. Estaban influyendo.

Me levanté lo más rápido que pude, volviendo a coger la cartera, y sin notar ningún dolor seguí corriendo, los pasos y el ritmo implacable del agente los sentía más y más cerca. Era una carrera de fondo, pero en los primeros pasos cometí el error de apretar demasiado. Le oía por detrás gritando por la emisora las calles que nos cruzábamos. A poca distancia escuchaba sirenas, y de pronto aquel pañuelo me estaba asfixiando, me descubrí el rostro y repetí las palabras de mi sombra: «Es cuestión de esfuerzo».

Comencé a dar zancadas más largas, a profundizar mis respiraciones, a echar la cabeza un poco hacia atrás para coger más aire. Estaba funcionando, cada vez lo sentía más lejos. Doblé una esquina y vi un contenedor de basura abierto. Di un salto sobre él y me metí como quien salta una pequeña valla. Entre basura aguanté la respiración para que no me oyera jadear extenuado cuando pasó corriendo al lado. Luces rojas y azules alumbraban todas las fachadas que podía ver.

—¡Tiene que estar por aquí! ¡Mirad en los portales, debajo de los coches! ¡Peinadlo todo!

No me podía perdonar haber sido tan estúpido, impulsivo e insensato. Cientos de pensamientos se agolpaban a la vez en mi mente; conocía bien la experiencia, ¿qué explicaciones podría dar de lo sucedido? Me encerrarían en un psiquiátrico y tirarían la llave al mar. La luz de una linterna oscilaba vacilante en derredor. En uno de esos vaivenes luminosos, cada vez más cercanos, dudé si era mi imaginación o lo que veía era una alucinación de lo que deseaba ver. Frente a mí, la imponente silueta familiar de un guardián. Vi sus hombros girarse hacia mí y llevarse el dedo índice alargado al rostro, totalmente oscuro y sin facciones, indicándome claramente…

Silencio.

CAPÍTULO 24. **NO ESTOY SOLO**

- *NUEVA YORK, OCTUBRE DE 1996*

Pocas veces en la vida he sentido tanto alivio de no estar solo. Alguien escalaba el contenedor y la luz de una linterna se asomó. Yo estaba en posición fetal y con los ojos bien abiertos; mi cuerpo quería explotar de tensión. Uno de los policías me alumbró directamente a la cara. Justo a su lado, aquel guardián con la mano estirada y quieta, que le sacaba casi un metro en altura, me cubría de alguna extraña manera.

—¡Aquí no está!

—¡No dejéis de buscar hasta en el más pequeño rincón! ¡Tiene que estar por aquí! —gritaba la voz de un policía que debía de ser el jefe.

—Tienes que salir de ese contenedor de basura, el tiempo corre y no puedo estar mucho aquí —me dijo el guardián con esa voz grave y penetrante que les caracteriza.

—Pero esto está lleno de policías, y todos los vecinos están asomados —dije, escéptico.

—He venido a ayudarte porque estoy en deuda contigo, pero mi permanencia aquí es limitada. Haz lo que te digo y nadie podrá verte.

Me sujeté firmemente el pañuelo cubriéndome el rostro, y haciendo el menor ruido posible me aupé y salí de ese contenedor de basura metálico tan grande y lleno de bolsas. La sombra caminaba tras de mí con las manos y las falanges estiradas. Policías agachados mirando debajo de los coches, abriendo y revisando todos los portales, enfocando sus linternas hacia los árboles meticulosamente, y yo, caminando al lado de los agentes con los hombros encogidos, temeroso e incrédulo, casi de puntillas. Llegué a la esquina, donde vi al policía que momentos antes me había encañonado. El agente estaba sudando a mares, describía a un superior lo que había sucedido.

Me habría encantado pedirle disculpas, poder explicarle las cosas detenidamente, lavar mi imagen. Pero pasé a su lado, protegido, como un espíritu anónimo y cobarde. En su pecho, bajo el escudo de la Policía de Nueva de York, se podía leer «Harris».

Ya a un par de manzanas, lejos del asedio policial, intuyendo que se iba pregunté sin dudar a la sombra:

—¿Nos conocemos? Has dicho antes que estabas en deuda conmigo, ¿cómo es eso? ¿De quién eres? —le escuché reír unos segundos.

—Ya que eres un enlace, te lo diré. Aunque la mayoría de la gente no puede recibir una explicación, finalmente todos terminan intuyendo el funcionamiento de El Orden. Soy el guardián de doña Isabel, la señora a la que ayudaste en Gijón. Aunque la induje a que caminara deprisa y le hice sentir el peligro, si no hubieras estado tú, aquello podría haber acabado muy mal. Cuando una persona ayuda a otra en un apuro cualquiera, máxime siendo un completo desconocido, se crea un vínculo entre ambos y su guardián siempre quedará en deuda y le devolverá el favor cuando esté nervioso, preocupado o atemorizado, como era tu caso ahora mismo.

—¿Cómo has hecho eso?

—Somos seres de luz, podemos manejarla a nuestro antojo. La luz y la ralentización de ella, y por tanto del tiempo, es un ejemplo de nuestro poder. No son pocas las personas que necesitan en ocasiones cruzar una frontera, o soldados rodeados de enemigos escapar sin ser vistos, por poner el caso. Pero también podemos hacer destacar a alguien, que brille en una actuación de teatro, que cause la mejor impresión en una entrevista. Favores adquiridos por hacer el bien a otro semejante. Son pequeños guiños, trucos, que solo otro guardián en deuda puede hacer por vosotros. Suelen invocar nuestra ayuda implorando, suplicando al universo cósmico, o simplemente con la angustia de un problema importante. Vuestros protectores, normalmente, solo acuden con ocasión fatal de vida o muerte, a no ser que hubieras ayudado también a otro de sus protegidos.

En ese justo momento, me acordé del lobo.

—¿Qué es eso de un enlace? Me lo habéis dicho ya más de una vez.

El guardián mantuvo un largo silencio, del modo que uno actúa frente a una pregunta incómoda.

—Pensé que ya lo sabrías por tu protector. Te lo explicaré rápidamente porque mi presencia en este plano es muy acotada. Un enlace es un individuo que ya debería haber abandonado el espectro físico y avanzado su progresión por el sendero de la luz, convirtiéndose en un guardián. Por eso tu realidad se mezcla con la nuestra.

—¿Y por qué sigo así? ¿Por qué regresé de nuevo? ¿Puede ser por amor? —pregunté acelerado, consciente de que el tiempo se agotaba.

—Me encantaría decirte que sí, y que te marcharás contento y feliz porque otra alma te une a este confuso mundo en cuyo ambiente se mezcla caóticamente el dolor y el placer, la inocencia y la maldad, el egoísmo y el altruismo, pero no es así, David. Tú has vuelto aquí porque en el último instante de tu pretérita existencia, cuando estabas a punto de terminar el viaje, hiciste algo totalmente contrario, algo realmente contrario a tu destino, pero no me preguntes por eso porque no lo sé. Lo que está claro es que esa es la razón por la que puedes tener contacto con ambos tipos de entes, con nuestro plano y el opuesto. Para que lo entiendas en un lenguaje más comprensible, el tiempo que tienes en tu actual manifestación existencial y el concepto de purgatorio son una comparación razonable, a grandes rasgos. Aunque debo decirte que, de momento, parece que lo estás haciendo muy bien.

Escuchaba atento su explicación, al tiempo que poco a poco se desmoronaban todos mis esquemas, mi proyecto, mi ilusión, mi ánimo.

—Cuando nos necesites, piensa en nosotros y alguno aparecerá, no vuelvas a alargarlo tanto. Debo irme. —Su figura se desintegraba frente a mí dejando pasar el reflejo de la luz de un edificio victoriano con una alargada escalera cercada por dos bonitas barandas antiguas y bien conservadas—. ¡Adiós!

—¡Qué ciego he estado! ¡Qué iluso! ¡Qué estúpido soy! —me reprochaba sin parar de camino a la residencia, oliendo a quién sabe qué.

En esa fase de duelo interno, todo me daba lo mismo. Resulta que mi extraña y singular existencia era una oportunidad, una última prueba de esfuerzo para catalogarme entre ser una sombra, servidora de la protección, o un ser rojizo, cuya existencia se alimenta de injusticia, tiranía y malicia. Me sentía el más idiota sobre este

mundo, creyendo que mi memoria y mis capacidades se debían a los lazos desquebrajados que me unían a Angie.

Paso a paso, reflexionando, comprendiendo y especulando, a cada metro me encontraba más y más vacío. Despistado, ya no me importaba si me encontraba a la policía, la cartera que llevaba en la mano, lo que hubiera pasado con Claudia o dónde estaría esa niña mulata. Solo estaba centrado en mí, mis circunstancias, y la jarra de agua fría con la que me había empapado la sombra y sus ambiguas explicaciones.

Como un chiquillo, llegué al muro que acotaba la residencia deslizando mi mano sobre los ásperos ladrillos desgastados por el tiempo, embobado, ensimismado, casi en *shock,* me negaba a aceptar la nueva realidad. A El Orden le daban lo mismo mis deseos particulares, el amor que arrastraba desde otra vida; solo estaba aquí para concluir en qué me iba a convertir cuando me llegara el momento, ese momento final que a todos nos llega.

Unos gritos me devolvieron a la realidad.

—¡David! ¡David!

Cabizbajo, levanté la mirada; era Claudia, venía corriendo hacia mí. Se estrelló contra mi pecho en un abrazo, sin parar de besarme la zona baja de la mejilla, hasta donde su altura le permitía. Yo triste, apático e indiferente, permanecí quieto, con mis brazos y el cuerpo insólitamente relajados por el varapalo recibido. Claudia me cogió la cara con sus manos frías.

—¿Estás bien? ¿Estás bien? —no dejaba de preguntarme.

—No, no estoy bien. Quiero irme a la habitación.

Seguí caminando, dejando a Claudia tras de mí, con un comportamiento maleducado. Ella se quedó ahí de pie, con sus enormes ojos cargados de tristeza y preocupación. Casi al llegar al acceso me detuve, la culpabilidad de ser injusto no me dejaba avanzar. Me di la vuelta y ella seguía ahí, inmóvil, decepcionada. Regresé despacio donde estaba ella. La cogí de la mano, sin entrelazar los dedos.

—Perdóname, Claudia, es que tengo el alma hecha un lío.

Tiré con suavidad de su mano, y comenzó a andar a mi lado, pasé mi brazo sobre sus hombros y le di un prolongado beso en la sien, disculpándome por mi nauseabundo olor. Abrimos la puerta del cuarto y, sentada en la cama de abajo de la maltrecha litera, estaba Paloma. Al escuchar nuestros pasos, se levantó de golpe.

—Me teníais preocupada. Habéis tardado mucho. Esto es Nueva York, aquí pasa de todo, ¿no os dais cuenta?

Sin ganas de hacerlo, haciendo un sobresfuerzo por mi estado de ánimo, me justifiqué por los dos.

—Salimos a correr y sin querer nos perdimos; preguntando hemos tardado un poco más de la cuenta en encontrar la residencia, te pedimos perdón.

—No, hombre, no; no pasa nada, chicos. Poneos en mi lugar, ya sé que debéis explorar, pero llevad siempre dinero encima para que al menos podáis llamar desde una cabina a la sección de tutores, ¿vale?

—Te prometo, Paloma, que no volverá a suceder. Nos hemos perdido.

—Venga, venga, ya está, no os preocupéis. ¿Y qué tal la carrera, os ha gustado la ciudad?

Discretamente, escondí la cartera detrás de la goma del chándal cubriéndola con la

camiseta mientras le dábamos un poco de coba para aliviar la tensión.

Tras despedirse, Paloma, no sin antes darnos unos desacertados mensajes entre líneas de protección sexual, me adelanté a dejar claro, también sutilmente, que nuestra relación no era de ese tipo.

Pegajosos y a la vez resecos, Claudia quería hablar de lo ocurrido.

—Antes que todo, yo me voy a duchar, y tenemos que cenar algo. Después lo hablamos.

Cogí ropa limpia de calle y me metí en la ducha. La luz de las lamparitas de estudio se escapaba por debajo de las puertas de los cuartos de algunos compañeros. Las duchas de las chicas y la de los chicos estaban separadas por un muro incompleto de algo más de dos metros de altura, quedaba un hueco de unos veinte centímetros hasta el techo, de modo que Claudia aprovechó ese espacio, tan bromista ella, para lanzarme agua helada desde su ducha, sin parar de reírse. De pronto, el desasosiego tan fuerte que me había llevado por lo que me dijo la sombra se diluía con el vivo entusiasmo de Claudia, que contenta me contagiaba su energía.

Se nos había pasado la hora de la cena, así es que cuando bajamos al comedor ya no había nadie. Siempre dejaban algo de comer en una nevera americana de dos puertas para estos casos: embutido, queso, batidos, zumos, pan…, cosas así. Cogimos algo y nos sentamos junto a la ventana. La luz mortecina de las farolas de la vieja escuela se fusionaba con las naranjas de las de la calle, iluminando a dos tonos la mesa desgastada de madera maciza. Claudia insistió en dejar la luz del comedor apagada, le gustaba el ambiente que nos ofrecía la penumbra.

—Bueno, David, ¿se puede saber cómo averiguaste lo de la niña? —Directa al asunto, sin preámbulos.

—Primero tú me cuentas lo que hiciste y luego yo te doy explicaciones, hasta donde pueda.

—Vale. Cuando empezaste con todo el follón, pensé que estabas loco, pero cuando vi a la niña correr despavorida, huyendo de ese hombre, supe que en algo llevabas razón. Como vi que te las apañabas bien con el enorme Huesudo, pensé que la niña no debía correr sola por ahí. Necesitaba saber lo que le había pasado.

—¿Huesudo? —pregunté en tono burlón.

—Sí, el Hombre-Huesos. —Y puso cara entre risa y de «no te metas conmigo, ¡eh!». La niña se llama Margot; me costó unos minutos ganarme su confianza, pero finalmente me dijo que un rato antes, cuando jugaba en un parque a unas cuantas calles de ahí, ese señor la engañó diciendo que le iba a enseñar un cachorro que tenía cerca; y después, cuando Margot se dio cuenta de que algo no iba bien, le dijo que iban a ir a un lugar donde estaría con muchos más niños, todo el día jugando, sin clases y comiendo chuches. De pronto, ella sintió miedo porque empezó a recordar las cosas que le decía su madre: no confiar en extraños, el hombre del saco, todo eso. La pequeña le insistió en que quería volver con su madre, y entonces ese hombre la amenazó con que iba a matarla a ella y a toda su familia si no obedecía a todo lo que él decía.

—Pero ¿entonces?

—Entonces apareciste tú y en cuanto vio la oportunidad de escapar salió corriendo. Como había tanta policía en la zona, paré a una patrulla y les dije que la niña se había

perdido, que tenía mucho miedo, nada más.

Chica lista, pensé en ese justo momento.

—Me acerqué de nuevo a la estación, pero tenían al Huesudo atendiéndolo en una ambulancia. Todo el mundo comentaba que le acababan de atracar, que pobrecillo, que vaya lástima y estupideces así. Pregunté a un testigo si te habían detenido, pero me dijo que no, que el malnacido había escapado corriendo de la policía. Por eso vine a la residencia a esperarte. Yo sé que no eres un atracador ni un malnacido, pero tampoco sé muy bien quién eres.

—En realidad, sí soy un atracador. —Y tiré la cartera de cuero negro sobre la mesa. Claudia se quedó sorprendida, sin tocarla—. Se la quité en el forcejeo.

—Tenemos que contárselo sin falta a Paloma. Nosotros tenemos contactos en todas las ramas, ¿no? Pues ella nos ayudará.

—Lo que tú hagas me parece bien, Claudia. Pero yo no quiero volver a saber nada más del tema, me desentiendo.

—Pero ¿cómo puedes decir eso? ¿Y si vuelve a secuestrar a Margot o a otros niños? ¿No piensas hacer nada?

—No va a volver a por esa niña porque no es estúpido, y yo ya me he arriesgado bastante.

Claudia estaba claramente enfadada y rabiosa conmigo.

—¿Qué demonios te ha pasado hoy, David? ¡No pareces la misma persona!

Quería ser razonable con ella. Era mi compañera de cuarto y mi única amiga allí.

—Mira, Claudia, tú estás aquí para estudiar Medicina y yo para estudiar Arquitectura. Ese nosotros del que hablas no está para hacer caso a pequeños asuntos puntuales; estamos dentro de una organización que opera a gran escala. Procuran evitar guerras, que llegue el agua a una región de África, que gran parte de la humanidad tenga acceso a sanidad, cosas así, pero no se encargarán concienzudamente de Margot ni del Huesudo; a lo sumo, se lo darán a algún jefe de la policía y se encargará de eso lo mismo que de todo. Esa es la impresión que tengo de este lugar.

Con cada una de mis palabras parecía enojarse más y más, pero ahora era porque se daba cuenta de que probablemente llevaba razón.

—¡Pues algo tenemos que hacer, David! ¡Algo tenemos que hacer! ¡Puede haber más niños en peligro!

—¡Baja la voz! —grité susurrando—. ¡Ya lo hemos hecho! ¡Hemos evitado que se llevara a esa niña! ¡Ya está!

—¡Pues no es suficiente!

Sus pequeños puños estaban apretados sobre la mesa denotando frustración contenida.

—Lo que a ti te pasa, Claudia, es que eres una idealista. Aunque eso ya lo sabías. Pero el mundo no funciona así, estamos eternamente rodeados de maldad e injusticia, y aunque hoy evites algo, a pocos metros de ahí ocurren otras cosas igual de malas o peores, y tus buenas intenciones, aunque nobles, no son suficientes para erradicar toda esa crueldad.

—Entonces, respóndeme a esta pregunta: ¿por qué interviniste en la estación?

Me quedé un rato sin saber qué decir.

—Fue un impulso, un impulso por hacer lo correcto. Pero me podría haber salido muy

caro. El policía me encañonó con su pistola, me tuve que esconder entre bolsas de basura y todo el mundo pensó que el criminal era yo. —Me había vuelto a pasar.

—Pues a eso me refiero, a hacer lo correcto. Hay que acabar lo que se ha empezado y ese es el camino —afirmó, clavando su mirada en la cartera que estaba sobre la mesa, tímidamente alumbrada por la luz de la ventana—. Algo me dice que no es la primera vez que haces algo así.

—¡Tú no sabes nada de mí! —Ahora fui yo quien no controló el volumen de voz—. ¡Nada!

—Sé más de ti que tú de mí. Sé que además de un reservado hermético, eres un desconsiderado. Ni siquiera te has molestado en preguntarme por qué estoy aquí; tú sí que no sabes nada de mí.

En medio de la oscuridad de ese comedor, permanecimos ambos en silencio durante unos eternos segundos.

—Mira, Claudia, yo no tengo un conflicto de identidad, soy como quiero ser. Lamento mucho que no te guste, pero no me queda más opción. Yo voy a pasar página, centrarme en organizarlo todo para empezar con los estudios, y me gustaría no volver a hablar del tema. Me voy a la cama.

Recogí todo lo que pude de la mesa esperando que ella viniera al cuarto conmigo, pero no fue así; su expresión mezclaba sosiego, rabia y decepción, quedándose sentada entre la oscuridad nocturna, sola en aquel enorme comedor donde mis pasos se duplicaban por el eco del vacío.

Me puse el pijama y pegué un salto para tumbarme en la cama. De nuevo esa sensación tras la tensión, ese cansancio pesado tiraba de mí hacia el suelo provocándome un sueño del que es difícil escapar. Claudia no regresaba a la habitación, y eso me mantuvo en un extraño estado de vigilia. Asustado, me desperté de golpe, creo que me dormí unos minutos, no estoy seguro, los suficientes para provocarme un susto tan enérgico que me incorporé como un resalto. Miré a la cama de Claudia, pero ella no estaba. Descalzo, me dirigí con prisa al comedor; preocupado, llegué hasta nuestra mesa de la ventana y allí tampoco estaba. Nunca me había sentido tan furioso y preocupado a la vez. Un desconocido hueco se hacía más y más grande en mi estómago. Otro sudor frío me recorrió la espalda temiéndome lo peor, y mi sensación de culpa no hacía más que aumentar por momentos.

A toda prisa abrí el cajón de una alacena y me agencié dos cuchillos iguales y afilados, de tamaño medio. Regresé a nuestro cuarto y en silencio cogí mis guantes, me puse la ropa y las playeras negras, el cinturón con la linterna, una gorra azul marina de los Yankees y la bandana al cuello; por último, introduje ambos cuchillos al cinturón por los costados de las caderas.

El corazón se me quería salir del pecho, estaba preparado, pero no tenía adónde ir, la cartera se la quedó Claudia y estaba seguro de que iba a cometer alguna locura. Me quedé unos segundos de pie en mi cuarto, quería que tal y como me dijo antes viniera alguna de las sombras para ayudarme. El miedo de que le pasara algo, ese sentimiento de responsabilidad y la impotencia de no saber qué hacer abatieron mi cuerpo; caí de rodillas sobre el suelo de madera. Desesperado y con los ojos empañados, susurré:

—¡Que alguien me ayude! ¡Por favor, que alguien me ayude!

Alcé la mirada, sintiendo de pronto que no estaba solo; el cuarto estaba repleto de

sombras agolpadas. La extraña visión me estremeció, el aspecto de tantos juntos podría resultar espeluznante para el ojo poco entrenado; a mí, sin embargo, me sobrevino la tranquilidad, y aquella imagen de pronto, sin saber por qué, me resultó conocida, algo *déjà vu*.

—¡Gracias! ¡Gracias por venir!

Me habría encantado darles un abrazo a todos, pero sabía que era materialmente imposible.

—¿Qué podemos hacer por ti?

Pude reconocer, no puedo explicar cómo, quizá por su voz, su energía, no lo sé, pero no tuve duda: estaban los guardianes del Gallego, el del muchacho del congelador, Isaac, el de Natalia, el mío y uno desconocido.

—Necesito encontrar a Claudia. Temo que esté en peligro, creo que ha ido a por un criminal.

La sombra desconocida se adelantó.

—Yo me encargo.

Sin despedidas ni movimientos, todas las demás sombras, tan delgadas, altas y oscuras, se desvanecieron, permitiendo el paso de la suave y cálida luz de mi escritorio. El ignoto guardián alzó su mano, en el espacio que había entre las literas y la pared. Una luz procedente de su mano creó frente a nosotros una realidad paralela. Claudia viajaba en uno de esos taxis amarillos, un escacharrado Chevy del 87, al tiempo que miraba la fotografía del Huesudo.

Justo lo que me temía: iba a por él.

—Necesito llegar hasta ella antes de que sea tarde.

La nítida imagen desapareció al bajar su mano.

—Sígueme.

CAPÍTULO 25. **SOBREHUMANO**

- *NUEVA YORK, OCTUBRE DE 1996*

Y, de pronto, desapareció de la habitación. Una desconocida sensación me decía que la sombra estaba en el exterior. Un fugaz vistazo por el ventanal del cuarto me confirmó su presencia fuera de los muros del remodelado colegio. La espesa oscuridad de su figura resaltaba en la noche, la calle estaba desértica y su postura inmóvil, paciente, aceleró mis prisas. Tenía que salir de ahí cuanto antes, sin llamar la atención y con rapidez. Afortunadamente, desde que llegamos al antiguo colegio, no hice otra cosa que ir pensando en esa posibilidad. No imaginaba que el momento llegaría tan rápido y ahora debía ponerlo en práctica.

Apagué la lamparita de la mesilla, salí del cuarto y sin correr, pero dando largas zancadas, anduve todo lo rápido que pude bien pegado a la pared. Todo para que ese viejo suelo de madera no se combara a mi paso, haciendo un ruido de ultratumba. Llegué a la lavandería, mi plan de fuga. Miré la compuerta y, efectivamente, un cuadrado tubular bien grande bajaba en vertical unos tres metros hasta un contenedor lleno de sábanas, manteles, toallas…, todos metidos en bolsas transparentes. Lamentándolo mucho, cogí un manojo de sábanas de la estantería, limpias, perfumadas y almidonadas, y las até entre sí por las esquinas diagonales. Tres fueron más que suficientes para cubrir la altura.

No podía salir por la puerta principal porque un conserje custodiaba el perímetro desde el puesto de control de acceso. Se decía por la residencia que iba armado, pero, desde luego, yo no tenía ninguna gana de confirmar el rumor. Y, aunque la caída a las bolsas eran solo unos cinco metros, había que pensar en el regreso. Por último, até el extremo de la sábana bien anudada al firme palo de acero de una fregona industrial, tiré la improvisada cuerda de sábanas por el conducto metálico y llegó sobradamente hasta abajo. A toda prisa, empapé con el cubo de la fregona todas las sábanas unidas y el nudo rizado; solo así se garantiza una fuerte resistencia de la tela.

Según bajaba por aquel lóbrego conducto, me acordaba de mi padre, de todo lo que había aprendido de él y lo que me estaba ayudando.

A toda velocidad salí del contenedor y corrí por la parte trasera de la residencia. Un poco más adelante, distinguí la alargada sombra del guardián esperándome; desapareció, e instantáneamente surgió a unos cincuenta metros más allá, cada vez más lejos de la residencia. Con tanta prisa, nervios y agobio me estaba desorientando por momentos. En esa última ocasión no se desvaneció. Con su alargado brazo estirado y acabado en punta por su dedo índice, me señaló un furgón que estaba a nuestro lado, frente a una empresa de fontanería.

—Sobre la rueda trasera derecha están las llaves —afirmó con su profunda voz.

Sin titubear corrí a cogerlas. Abrí aquella castigada Dodge Ram, me senté en el puesto del conductor y avancé un poco el asiento mientras arrancaba. Acostumbrado a

los coches europeos, tardé unos segundos en tirar del pomo para desbloquear el freno de mano y en colocar la palanca automática para iniciar la marcha. Segundos valiosos que no me podía permitir malgastar.

Aceleré a fondo. La sombra guiaba mi camino, apareciendo y esfumándose más o menos cada cien metros. Vi al guardián a la derecha de una calle y giré a toda prisa. Se desvaneció y volvió a aparecer unos metros más adelante, pero esta vez en medio del carril, con la mano abierta indicándome parar. Frené de golpe; un poquito más adelante había una señal de *stop*.

—Ponte el cinturón, conduce pausado, respeta el *stop* y después reinicia la marcha todo recto.

Hice lo que me dijo y, al superar el cruce, pude ver un coche de la policía con las luces apagadas, apostado en esa esquina. Por muy poco no los tenía de nuevo persiguiéndome. Después volví a acelerar a fondo, exprimiendo toda la velocidad que esa anciana furgoneta podía ofrecer.

Momentos después, casi inconsciente del trayecto, encaré el majestuoso puente de Brooklyn, tan flamante y férreo como la última vez que lo vi. Lo atravesé en un abrir y cerrar de ojos.

—Ya estás llegando. Claudia está por la parte de atrás de esa casa color hueso. —Su tono me sonó a despedida.

—No te vayas aún, por favor. Te necesito; no puedo hacer esto solo.

—Que no me veas no significa que no esté.

Puse la palanca en neutro, y apagué las luces y el motor, dejando que la inercia alejara un poco la furgoneta de la casa indicada. Pisé suavemente el pedal de freno, respiré hondo, me puse la bandana y me ceñí la gorra. Reconocí de inmediato la zona; estaba en Carroll, antiguo sector de inmigrantes italianos en el núcleo de Brooklyn. Me bajé de la furgoneta, dejé las llaves en el contacto y entorné con cuidado la puerta. Al llegar desde la esquina, me detuve una fracción de segundo para contemplar la fachada de aquella casita unifamiliar, grabando su imagen en la mente, sus dimensiones, y recreando su esqueleto de sustentación. Era como una manía que ya no me podía quitar, fuera la situación cual fuera.

Unos pequeños pasillos estrechos separaban la estructura de otras casitas parecidas, conduciendo a un patio trasero. Con mucho sigilo, llegué a la parte posterior y me encontré a Claudia agachada, mirando por una pequeña ventana del sótano de la que emanaba una tenue luz anaranjada. Ella golpeaba suavemente el cristal con sus nudillos. No lo tuve en cuenta, la verdad, supuse que ella querría romper el cristal y hacer alguna locura que pondría su vida en peligro. En completo silencio me coloqué tras ella, totalmente distraída, y susurré su nombre:

—Claudia… Claudia.

Se giró con expresión estupefacta, acompañada de una precipitada y desacompasada inhalación de aire. No esperaba verme allí. Coloqué mi dedo en su boca.

—Shhhhhhh. Nos vamos de aquí.

La cogí de la mano y tiré de ella suavemente. Se negó ofreciendo una fuerte resistencia. Por un instante, me llené de rabia ante su negativa. Ella insistió en que mirase por aquel ventanuco. Me puse en cuclillas y me asomé. Lo primero que vi fue la figura de un ser rojizo que me miraba fijamente a la vez que movía su cabeza de lado a

lado, como una amenaza a través de esa negación.

En aquel cuarto, inmaculadamente blanco, alumbrado por una antigua lámpara de queroseno, dos niñas pequeñas tenían sus muñecas atadas a la cama con bridas de plástico. Junto a ellas un gotero les inyectaba algo por vena. Una de las pequeñas luchaba contra la pesadez de sus párpados procurando en vano abrir sus ojos del todo. La pobre se esforzaba en alzar la mano para llamar nuestra atención. El sentimiento más profundo de pena no hace justicia a la sensación que me transmitió ese momento.

Últimamente, los arrebatos pretendían dominar mi carácter, haciendo de mí una persona confiada e impulsiva. Me puse freno a mí mismo para no ser un insensato.

—Claudia, esto vamos a hacerlo bien. Tú sabes de medicina, ¿no?

—Tenemos que llamar a la policía, aquí están ocurriendo cosas muy extrañas —aseguró Claudia.

—No te estás centrando y no ves la situación con perspectiva. Te dije en el comedor que lo dejaras estar, que nos fuéramos a dormir, y a ti no se te ocurre otra cosa que venir aquí a investigar lo que sucede, ¿o es que has venido a devolverle la cartera?

—Desconocer algo no implica que no exista. Eras tú quien pretendía mirar para otro lado. Ahora que sé lo que ocurre llamaremos a la policía y ellos se harán cargo de este enajenado.

—¡Ahora ya es tarde, Claudia! No entiendes nada. La policía es insuficiente, ¿no te das cuenta? Los malos no se rigen por reglas, no respetan normas, ni derechos, ni principios. Siempre juegan con ventaja, y este criminal no es un malo cualquiera, es alguien que tiene mucha suerte.

—¿Mucha suerte? ¿Qué tendrá que ver la suerte en esto? La policía sabrá lo que tiene que hacer.

—La policía se guía por unos protocolos estrictos. No podrán entrar en la casa a no ser que la vida de alguien esté en patente peligro. Aunque una patrulla se asomara por esa ventana y viera a esa niña, él podría justificar que es alguien enfermo, un familiar, las hijas de unos amigos, yo qué sé. Y no podrían entrar a comprobar nada. Así es que déjalo, Claudia, nosotros estamos aquí y sabemos que el Huesudo se dedica a hacer el mal. Ahora te hago una pregunta sencilla: ¿estamos juntos en esto con todas las consecuencias? ¿Sí o no?

Con la mirada perdida al infinito durante unos segundos, clavó de nuevo sus ojos en los míos.

—Estamos juntos, David. De medicina sé lo que he aprendido por mí misma. Pero en este caso es fácil saber que está administrándoles un sedante opiáceo con un principio activo mórfico. La frecuencia de administración es alargada y la dosis muy baja, seguramente para que no les provoque tolerancia e inhiba sus sistemas respiratorios, pero, como se puede ver, es una dosis suficiente para no escapar de un sueño profundo.

—Entonces, de momento sus vidas no corren peligro. Lo primero que haremos es intentar sacar a las niñas de aquí. Esa es la prioridad. Para ello procuraremos hacerlo sin ser vistos. Treparé por este árbol e intentaré colarme sigilosamente en la casa, bajaré de nuevo al sótano y sacaré esta pequeña ventana de su bastidor, porque, como se puede ver, está asegurada por un cerrojo. Tú entrarás y les quitarás el gotero; luego saldrás de nuevo fuera, yo te paso a las niñas, arrástralas un poco si hace falta,

despacio para no hacer ruido; después saldré yo para ayudarte. Fuera, hacia la izquierda, hay una furgoneta blanca rotulada con el dibujo de un grifo con ojos, sonriente. Está abierta; las metemos, arrancamos y nos vamos de aquí volando.

—¿Y el Huesudo? ¿Se va de rositas?

—Ni siquiera sabemos si está en la casa, si tiene un cómplice. Nada de eso es importante ahora mismo, nuestra prioridad deben ser las niñas; las venganzas no van conmigo. Si nos ceñimos al plan, saldrá bien. Recógete el pelo para que ninguno caiga en la habitación, y si tocas algo usa la camiseta a modo de guante para no dejar huellas. Debes ser muy meticulosa con estas instrucciones. Toma uno de estos cuchillos por si tuvieras que defenderte; guárdatelo en un lugar seguro y accesible.

—Es obvio que tú has venido bien preparado. Yo, en cambio, soy un desastre.

Me cogió la mano cuando ya estaba de espaldas, dispuesto a subir.

—Ten mucho cuidado —me pidió con sus ojos grandes y relucientes. Asentí.

De inmediato, estaba trepando por el firme árbol, que había crecido fuerte en ese pequeño y oscuro patio. Llegué sin dificultad a la primera planta. Había luz procedente de la segunda y se escuchaban pasos acelerados arriba. Encendí mi linterna con el filtro verde para poder planear la escalada y memorizar las ramas a las que agarrarme, después la apagué enseguida.

Cada vez estaba más cerca de la copa del árbol y la estabilidad se comprometía centímetro a centímetro. Frente a la ventana del segundo piso, la forma de mi cuerpo se mimetizaba con el ramaje apagado, y la negrura de mi atuendo me camuflaba entre la espesa oscuridad. Fugaz como una estrella en el firmamento, pude ver pasar al Huesudo, inquieto, por el pasillo. De pronto, encendió la luz del cuarto cuya ventana tenía enfrente, cerrada, pero sin las cortinas echadas. Mi camuflaje ya no me aportaba tanta confianza, solo me quedaba permanecer tan inmóvil como me fuera posible para que nada llamase su atención. Con el rostro cubierto y con la gorra, dejé los ojos entrecerrados deseando pasar desapercibido todo lo posible con el entorno exterior.

El Huesudo abría los cajones a toda prisa sin volver a cerrarlos, sacando efectos de su interior, los metía apresuradamente en una vieja maleta de cuero marrón. Todo iba bien, nada fuera le llamaba la atención, yo controlaba mi respiración y mantenía con entereza la disciplina postural. Sobre la cama, puso su pecho encima de la maleta y con las manos hizo correr las cremalleras por ambos lados para cerrarla. Tenía prisa, mucha prisa. Iba acelerado. Hasta que sucedió lo impensable: uno de los seres rojizos, si no el mismo de abajo, no estoy seguro, entró en la habitación.

El Huesudo levantaba la maleta de la cama aliviando a esta de su peso y recuperando su forma habitual. Él salía de la habitación cargado, dispuesto a apagar la luz y seguir con sus cosas, cuando el ser rojizo, mirándome fijamente frente a la ventana, comenzó a mover despacio su dedo sobre el cristal. Empecé a escuchar un sonido chirriante. No daba crédito. Una de las porciones cuadradas de fino cristal se resquebrajó causando un sonido agudo y breve, al mismo tiempo que aquel miserable y maligno ser me sostenía la mirada, delatándome.

El Huesudo se detuvo de inmediato bajo el umbral de la puerta, soltó la maleta y se dirigió hacia aquella vetusta ventana de apertura en guillotina. En realidad, yo ya intuía que todo se iría al traste cuando tracé el plan en compañía de Claudia. De todas formas, prefería asumir yo el peligro, y necesitaba mantenerme concentrado en los

imprevistos que pudieran surgir.

Egoístamente, no deseaba andar preocupándome por su seguridad.

Ahora me arrepentía de haber dudado de mí mismo, de cuestionarme el compromiso, esa obligación adquirida voluntariamente para defender la justicia ética y que hace unas horas, frente a Claudia, en ese comedor, traicionaba. Me negué a la promesa que hice, todo por una extraña decepción. Porque nada parecía ser como yo imaginaba. Lo peor de todo fue que, por mi actitud indiferente e irresponsable, carente de empatía por las víctimas, Claudia había tenido que coger las riendas y reconducirme.

Ahí posado en esa rama, como un absurdo pájaro gigante, mientras el Huesudo se acercaba para verme, reflexionaba sobre mi estupidez, sobre mi indirecta «participación» con el mal y la injusticia por eludir el cumplimiento de mi deber, y de cómo la duda nos pone en peligro. Un peligro en cadena.

Se acercó a la ventana. Se fijó en el pequeño fragmento cuadrado de vidrio roto y miró al exterior. Yo permanecí inmóvil mientras las hojas y las delgadas ramas se agitaban con la ligera brisa neoyorquina. Levantó la mitad de esa ventana hasta el tope y yo mismo sentí cómo el aire cambiaba de dirección adentrándose en la casa. Se asomó y miró hacia abajo; hice lo mismo para comprobar si era capaz de ver a Claudia, pero afortunadamente el espesor y la abundancia de ese árbol se lo impedían.

Varios de los seres rojizos comenzaron a agolparse a su lado; cada vez eran más y más. El Huesudo intuía que algo no le iba bien, y ese algo, que era yo, lo tenía a escaso metro y medio de sus narices. Era tan alto que su cara enrasaba con el marco superior de la ventana. Las facciones tan prominentes de su rostro y esa expresión vacía, casi exenta de humanidad, acompañaban su semblante intentando descifrar el fallo que no atisbaba.

Sus grandes ojos azules, los mismos que tiempo atrás pertenecieron a un niño sin maldad, ahora reflejaban la frialdad de un hombre ligeramente asustado, obstinado y a la vez perverso. Ensimismado, me preguntaba dónde y cuándo se produce ese punto de inflexión. Cuál es el detonante que permite aceptarse a uno mismo como un cooperador activo del mal, del dolor, del sufrimiento y de la muerte anticipada. Aquellos seres que lo acompañaban, todos en riguroso silencio, me señalaban con el dedo. Entonces dirigió su mano a la pared y apagó la luz de la habitación. Se quedó mirando fijamente a las ramas, las más próximas al tronco. Le observé agudizar la vista entre el follaje, estirando su cuello unos centímetros. Era cuestión de segundos. Opté por el factor sorpresa.

Acaricié a aquel árbol, dándole las gracias por haberme ocultado, suplicándole que su rama me sostuviera sin quebrarse. Di un par de pasos a toda prisa y pude sentir el susto que se llevó al haberme tenido enfrente sin advertirlo. Por mi posición inicial y el largo salto que di, debió de parecerle el ataque de una gárgola. Salvo que yo soy embajador del bien y de lo justo, y no estoy hecho de piedra.

Con el fuerte impulso que cogí, me adentré en la habitación de golpe empujando el alargado y desnutrido cuerpo del Huesudo. Ambos nos golpeamos contra el mobiliario aparatosamente. Él reptó hacia atrás apoyado en sus manos, ayudándose con sus talones, mientras todavía yo me recomponía del desdichado golpazo que me di en la espalda con a saber qué trozo de madera. El caso era que algo iba mal, no solo porque me había ganado ventaja en la caída, sino porque la aparición de mi sombra se hizo

presente en la habitación. De nuevo, me jugaba el todo por el todo. Sin otra posibilidad de actuar en mi protección, me regaló la ralentización del presente, como siempre, a cámara lenta.

El Huesudo sacaba de su pantalón un arma de fuego. Todo era tan lento y la conciencia tan despierta que yo mismo me exigía más rapidez en el movimiento. El cañón exageradamente alargado de su pistola semiautomática me confirmó, al primer disparo, que llevaba añadido un silenciador. Aquella habitación, completamente a oscuras, se alumbraba por completo con cada disparo y proyectil incandescentes. Yo me dirigí trepando sobre los muebles hacia mi lado izquierdo, su derecho, con la esperanza de que la inercia de su prisa al sacar la pistola dirigiera los disparos hacia el lado contrario. Gracias a ese tiempo extra ofrecido por mi guardián, me libré de la muerte.

Sin previo aviso, todo volvió al ritmo frenético e impulsándome sobre la pared salté sobre él sujetándome los empeines con las manos para clavarle las rodillas en el pecho. Se aferraba a la pistola como recurso de supervivencia tratando de encañonarme con ella.

El Huesudo estaba tan tenso que todavía mantenía pulsado con firmeza el disparador del último tiro. Agarré la pistola por el ardiente supresor de sonido sintiendo el intenso calor a través del guante. Trataba de inmovilizarlo con todo mi peso sobre su cuerpo, pero se resistía con todas sus fuerzas a soltar la pistola. Con mi rodilla en su cuello, se afanaba por no perderla. Apresando su antebrazo, doblé su mano hasta el límite; ya era decisión suya, o la soltaba o lo primero en romperse sería su asqueroso, alargado y protuberante dedo índice, seguido de una luxación brutal de la muñeca.

Naturalmente, aflojó la tensión, víctima del dolor, y cedió la pistola. Sin pensarlo, como en un acto reflejo, la arrojé por la ventana. Qué cosas, la nobleza o el concepto de lo que era o no proporcional, quizá el miedo a usarla, no lo sé, hizo que me desprendiera de ella.

Él jadeaba sin parar de manera arrítmica, el breve esfuerzo le había dejado exhausto y se mostraba cada vez más débil. Con su cabeza sobre aquella suave moqueta, me puse de pie en la oscura y apagada habitación. Comprobé que mi rostro estaba bien oculto por la bandana y afiancé la gorra a mi frente de modo que solo mis ojos y mi pelo liso, bastante largo, se asomaran por sus bordes. Encendí la luz, y sin dejar de mirarle saqué la mano por la ventana con el dedo pulgar hacia arriba para que Claudia estuviera tranquila y que supiera que me encontraba bien, aunque no estaba seguro de que pudiera verlo.

Tanto el miedo exagerado como el exceso de confianza nos ponen en peligro. Dar algo por hecho, subestimar el escenario, pensar que uno tiene la situación dominada es igual que vender la piel del oso antes de haberlo cazado. El preludio del cristal roto por un ser rojizo, algo insólito y nunca visto, debería haberme hecho pensar que la unión de tantos de ellos les otorgaba un poder especial. Un anuncio que vaticinaba algo mayor y peor.

—¿Tiene prisa?, ¿se va de viaje? —Se incorporó un poco, sin dejar de ahogarse con la respiración entrecortada y la garganta seca. En su pared lucía numerosos títulos: licenciado en Medicina y Cirugía, título de médico especialista en cirugía cardiovascular —. Hay que comer más. Y hacer un poco de ejercicio, doctor, usted debería saberlo

mejor que nadie. No sé qué asuntos le ocupan con estas niñas; nada bueno, de eso estoy seguro. De lo que no hay duda es que ha intentado matarme. Pero descuide, no soy rencoroso y no creo en la ley del talión.

Diciéndole eso, me columpié y provoqué un efecto indeseado.

—Pues haces mal, porque voy a matarte, matarte, matarte y… ¡matarte! ¿Quién te crees que eres? ¿Quién eres tú, mierdecilla? —me gritó descontrolado, con todas sus rabias, en medio de esa noche silenciosa.

—¡Baja la voz, Huesudo! ¡No quiero hacerte daño! —le amenacé.

No dejaba de ver a todos aquellos seres rojizos y malignos junto a él. Le estaban dando esa seguridad que segundos antes le había arrebatado. Se estaba creciendo por momentos, en progresión agigantada. Ahora el inseguro era yo. Por supuesto, una situación controlada y sumisa sería ideal, pero las personas influidas por los malignos no razonan con facilidad; les roban su propio dominio, la sensatez. Saqué el cuchillo de mi cinturón, en guardia, sujetándolo con firmeza, tal y como había entrenado en Asturias. El filo sobresalía hacia el frente, con el puño apretado. Necesitaba que cesara en su actitud desafiante.

—¡Pues vas a tener que matarme! ¡Tendrás que mancharte las manos de sangre!

Apoyado en la moqueta se puso de pie y, aunque delgado, su altura imponía, pero sobre todo esa mirada cargada de ira, maldad y odio me transmitió que no tenía nada que perder; iba a llegar hasta el final, con todas las consecuencias.

Tener enfrente a alguien dispuesto a morir matándote no es un plato deseable.

—¡Siéntate! ¡Siéntate! ¡No me obligues a hacerlo!

Sus ojos lagrimosos, casi inyectados en sangre. Su mandíbula cuadrada y apretada con fuerza. Las venas de su cuello y frente inflamadas. Todas esas señales presagiaban que nada de lo que le dijera lo detendría.

Mi esperanza se basaba en darle un golpe seco que lo dejara nocaut de una sola vez, después inmovilizarlo mientras estuviera inconsciente, y ya con todo bajo control, pensar en las niñas y en una solución justa. Con su rostro enloquecido, abriendo la boca y enseñando los dientes como una bestia, avanzó hacia mí. Me concentré en acertar con todas mis fuerzas estrellando mi puño, relleno con el mango del cuchillo, contra el lateral de su rostro, cogiendo impulso en un salto hacia delante.

No funcionó. Al contrario, perdí la ventaja de la distancia. Él me agarró del cuello con ambas manos, estrujándome la nuez hacia el fondo de mi garganta. El dolor era insoportable. Le propiné una fortísima patada con la tibia, pero nada le doblegaba. Entonces vi lo que pasaba. Esos seres rojizos, uno a uno, se estaban introduciendo despacio en el cuerpo del Huesudo, dotando a ese alargado y desnutrido hombre de una fuerza sobrehumana.

No me quedaba mucho aire en los pulmones y sentía que mi vista se iba apagando en los bordes de mi visión. El pecho me ardía, ¡tenía que actuar y rápido! Algo en el fondo de mi alma se negó desde un principio a utilizar el cuchillo, nunca quise blandirlo para infligir heridas, pero ahora la situación se tornaba desesperada. Comencé a lanzar cuchilladas trazando un arco contra su torso. Era inútil, sus brazos bastante más largos que los míos me hacían imposible alcanzarle.

Sentía que mi vida comenzaba a debilitarse, las piernas empezaron a fallarme y dejaron de sostener mi peso, miraba por última vez el rostro de mi asesino, su

expresión desencajada y gozosa de frenesí parecía sonreír entre muecas malignas. Me encontraba suspendido en el aire. El Huesudo, que ahora mostraba una fortaleza descomunal, me estampó contra el muro sin dejar de apretarme el cuello cada vez con más fuerza, arrastrando mi espalda en alza por la pared. El abdomen y las piernas me daban espasmos incontrolados. Escuché unos golpes secos, creo que venían del piso de abajo. La fugaz imagen de Claudia me vino a la mente, en ese justo momento dejé de sentir dolor, mi cuerpo se relajaba, se daba por vencido. «¡Un esfuerzo más, un esfuerzo más, un esfuerzo más!», escuchaba desde lo más profundo de mí. Apreté el cuchillo con las pocas fuerzas que me quedaban, y con un grito sordo comencé a cortar su brazo fibroso entre el codo y el hombro. No aflojaba, un último corte en la parte interna y el cuchillo se me cayó al suelo.

Sentí mi cuello laxo; era el fin, mi mente abandonaba el cuerpo, estaba inconsciente. Una inmensa sensación de paz, ausente de dolor, me hacía feliz. Ya no estaba en aquella habitación del barrio de Brooklyn, no echaba nada de menos, todo lo mundano me era ya indiferente, no me sentía material. Era algo distinto, era como si ahora formara parte de un todo en el que puedes estar en distintos lugares a la vez. Y estaba oscuro, pero nada me preocupaba.

Una preciosa luz multicolor se mostraba ante mí, a lo lejos. Era tan hermosa que acudir hacia ella era irresistible. Estaba inmensamente feliz, y no estaba solo, me daban la bienvenida. Habían venido a buscarme; eran las sombras, los guardianes que tanto me han ayudado. Por primera vez, los vi alumbrados por la majestuosa luz brillante. Sus cuerpos refulgían, desbordados por miles de colores al mismo tiempo.

—Vamos a casa.

Caminaba rodeado por ellos. Curiosamente, seguía manteniendo mi aspecto, me miraba las manos e intentaba palparme, pero no podía. Ya nada de lo anterior ocupaba mi pensamiento. Me llevaban a la luz y esta se hacía más grande, sintiendo cada vez con más intensidad el infinito amor que brotaba de ella. Mi ilusión por llegar no tenía comparación terrenal.

Entonces, frente a mí, pude distinguir entre todas las sombras a mi guardián; su mano me frenaba al paso.

—Todavía no es tu hora, has de regresar.

—¡No! ¡No quiero volver!

—¡No estás listo! ¡Aún no!

Algo no iba bien porque los guardianes estaban muy preocupados. Vigilaban en todas direcciones advirtiendo un peligro inminente.

—¡Nos volvemos ya! ¡Tu cuerpo va a despertar! ¡Contigo o sin ti!

—Déjame seguir, déjame seguir.

Aquel lugar era tan atractivo que ni mi familia, Kingsley, Natalia, Angie, Claudia, nada era razón suficiente para volver. Aquel pasadizo oscuro e indeterminado era el tramo final para llegar a la felicidad absoluta. Entonces sentí una extraña presencia en ese lugar, algo muy distinto, algo opuesto. Miré hacia arriba y eran los seres rojizos, reptaban por un techo invisible con la esperanza de no ser vistos.

El peor susto del mundo, no me lo esperaba. Su imagen, que a diferencia de en la Tierra siempre se veía algo difuminada como el calor del asfalto, ahora se presentaba meridianamente nítida y clara. Sus cuerpos eran espantosos, ensangrentados, con

cicatrices incurables; la piel escamada de costras, uñas marrones, pelos desaliñados, dentaduras podridas y lenguas exageradas. Como un híbrido entre hombre salvaje y monstruo. Deduje que, al igual que en el otro plano, no podían verse mutuamente.

—¡Los rojizos están aquí! ¡Llévame a la luz! —le grité a mi guardián.

Varios de los rojizos saltaron sobre mí. Ni el arañazo más fuerte o la quemadura más profunda escocían tanto como el contacto con ellos. Era espeluznante, terrorífico a no poder más. Se me llevaban al lado contrario, donde solo había oscuridad, vacío y olor a azufre. No tenía manera de impedirlo; era un pelele, un muñeco de trapo atacado por perros rabiosos.

Jamás había tenido tanto miedo, era el fin definitivo.

Quería resistirme con todo el ímpetu. Era en vano. Cada vez me alejaba más y más de la luz soñada. Con la distancia del brillo, el miedo se hacía mayor. El horror se adueñaba de mí. Mi guardián regresó a mi lado.

—El Orden no te permite, de momento, ir hacia la luz. Tu tiempo de existencia mixta no ha concluido. Solo tienes dos opciones, y una de ellas es peor con diferencia, pero la decisión es tuya.

Cuando las espantosas criaturas me arrastraron al abismo desconocido, cada vez más lejos, aquella maravillosa luz se iba desvaneciendo en ese extraño horizonte. La añoraba sin haber estado; pese a estar completamente aterrado por esas criaturas, su brillo y color seguía siendo hipnótico.

—Por favor, ¡sácame de aquí!, ¡llévame a donde sea! ¡No permitas que estos seres me lleven con ellos!

Mi sombra se acercó a mí, desafiando todas las leyes de la física, en ese túnel extraño cuyas normas no se regían por las reglas naturales. Con sus manos relucientes y de mil colores, como nunca las había visto, las acercó a mi cabeza y ambos entramos en contacto. El escozor desapareció instantáneamente, regresó la paz a mi alma. Las criaturas, insatisfechas, gritaban con alaridos agudos. Yo los observaba con lástima y a la vez con curiosidad, porque sabía que tiempo atrás habían sido personas normales, almas neutras cuya debilidad sucumbió a los placeres que facilita la maldad.

Una velocidad pasmosa transportaba mi esencia acompañada de mi leal protector. Vértigo y sobresalto profundo sentí al retornar de golpe.

De nuevo, el dolor. Sentía otra vez mi cuerpo. Había regresado al punto de partida de lo que se supone que era un viaje sin retorno. Mi espalda entumecida contra la moqueta, una fuerte molestia en el pecho. Nunca había pensado detenidamente en la muerte; no es que me creyera inmortal, simplemente era algo que veía muy lejano, algo que les ocurre a otros; sin embargo, esa experiencia me hizo reflexionar de inmediato en la fragilidad de la vida, en la importancia de mis actos y la necesidad de ganarme la entrada final de ese maravilloso lugar.

Como siempre en la existencia terrenal, algo malo y algo bueno se entremezcla en un potingue de sabores contrastados. Unos labios suaves y tiernos se apretaban contra los míos apagando la quemazón de mis pulmones. Un aliento en mi interior, inconfundiblemente sensible, me devolvía la respiración.

Tosí sin parar, notaba como si las paredes de mis pulmones estuvieran solapadas, despegándose con cada esfuerzo por recobrar el aire. Calor y frío al mismo tiempo. Mis ojos habían estado lagrimando en mi ausencia.

—No te mueras, por favor. No puedes morirte.

Claudia se dio por vencida, arrodillada junto a mí con su pelo castaño por delante del rostro. Creo que el color de mi piel se había tornado violáceo y fúnebre. Abrí los ojos. Los sentía pastosos, pero al menos las facciones de Claudia me recordaron que este mundo también alberga belleza.

—Dime que estás bien. Dime que estás bien —repitió tiritando de alivio.

Se lanzó a abrazarme, besándome como una loca cada centímetro de la cara. Le devolví el abrazo con una mano apoyada en el suelo. No podía vocalizar. De pronto, recordé todo lo que había pasado y otro miedo preocupante me puso de nuevo en alerta.

—Claudia, ¿dónde está el Huesudo? —La voz me salió rota y estertórea. Me dolía la garganta a rabiar.

Ella me miró con una expresión indescifrable, con cierto halo de tristeza y preocupación. Al lado de Claudia estaba la pistola con silenciador, y eso me hizo pensar lo peor.

—Está en ese pasillo. Creo que está muerto. Hay sangre por todas partes —dijo aterrorizada.

CAPÍTULO 26. **¿DUSTIN?**

- *NUEVA YORK, OCTUBRE DE 1996*

Agarrotado, me levanté a toda prisa, yendo como pude hacia el Huesudo. La debilidad se adueñaba de mí. Seguí el reguero de sangre hasta llegar a su cuerpo. En mi mente recreaba la escena de Claudia abatiéndolo a tiros.

—¿Cuántas veces le has disparado? —espetaba, ignorante de mí.

—Ninguna. Estaba así cuando subí. Los dos tirados por el suelo.

Yo, estupefacto y conmocionado, aceptaba la situación con reservas.

—¡Hay que salvarlo! ¡Tú eres la que sabes, ayúdame!

Sin preguntar siquiera, ni temerlo lo más mínimo, le di la vuelta para hacer una valoración de sus heridas. Tenía numerosos y variados cortes en el brazo, uno de ellos junto a la axila, del que brotaba bastante sangre. Claudia acercó el oído a su boca.

—¡Respira! Por lo tanto, tiene pulso. Pongámoslo de lado y mantén su brazo en alto; voy a buscar algo con lo que taponar la herida.

—¿Le hago un torniquete con su cinturón?

—¡No! La sangre es de color oscuro, por lo tanto, no se ha seccionado la arteria. —Ella cogió unas camisetas limpias de las cajoneras abiertas—. Mantén presionada la herida y no las separes en ningún momento.

Claudia corrió escaleras abajo en busca de algo, dejándome a solas con él. Estaba convencido de que hacíamos lo correcto, pero una parte de mí, una pequeña, luchaba por aflorar para insultarme por mi estupidez. No quise escucharla. Enseguida, noté que Claudia subía por las escaleras a toda velocidad. Vendas, yodo, esparadrapo y tijeras se amontonaban en sus manitas cubiertas por unos guantes de látex gigantes para ella. Eso me hizo preguntarle, preocupado:

—Claudia, ¿has tenido cuidado de no tocar nada con las manos?

—He tenido cuidado en todo momento, puedes estar tranquilo.

Los guantes que se puso lo confirmaban.

Ella me iba indicando cómo ayudarla para detener la hemorragia que sufría el Huesudo. Tal como me pidió, coloqué una silla en posición anómala, con el respaldo en diagonal ascendente para apoyar sus piernas y favorecer su circulación sanguínea. O eso me explicó.

—Tengo que inmovilizarlo, solo nos faltaba que volviera a ponerse como loco, ¿te parece bien?

—Por mí, perfecto, pero ¿y ahora qué vamos a hacer? —me preguntaba asustada.

—¿Has visto a las niñas? ¿Cómo están?

—Están sedadas, pero se encuentran bien.

—Vamos a dejarlas así —le dije a Claudia mientras ataba los pies del Huesudo a la silla con los cordones de su propio calzado, reforzándolo con su cinturón.

Tras eso, le até las muñecas, separadas y en alto, a las patas del cabecero de forja,

con abundante esparadrapo. A continuación, le expliqué el plan a Claudia, mientras ella le arropaba con una colcha gorda de la cama para que no perdiera calor corporal.

Recogí el cuchillo y la pistola con silenciador. Miré la munición. Solo quedaban dos cartuchos, uno de ellos en recámara. Suficientes. Claudia había gastado unos cuantos para destrozar la cerradura de la entrada. Me aseguré de que ni Claudia ni yo nos dejáramos nada olvidado allí, no podíamos dejar vestigios. Necesitaba ideas frescas, y a ella se le ocurrió un plan magnífico. Le pedí que me devolviera el cuchillo que le presté para que no anduviera armada con eso por la calle.

Cogí el teléfono de la mesilla y con la ruleta marqué el teléfono de emergencias 911. Claudia hizo todo tal como dijo. Puso voz de niña asustada con un trapo en el auricular.

—Emergencias, ¿dígame?

—¡Socorro! ¡Por favor! ¡Socorro! ¡Ayuden a mi padre! —dijo con voz temblorosa, casi en pánico.

—Tranquila, cariño. ¿Qué ha pasado?

—Mi-mi… papá se ha caído y está sangrando, ¡no se mueve! ¡Tengo mucho miedo!

—Lo estás haciendo muy bien, ¿dónde vives, cielo? —preguntó la operadora con tono cariñoso pero urgente.

Claudia respondió entre sollozos fingidos la dirección del Huesudo.

—Una ambulancia está de camino, llegará en unos minutos. No me cuelgues, dime si tu padre…

—¡Mi papá está temblando! —gritó, para no mantenerse al teléfono.

—¡Papá!, ¡papá! —Su voz se alejaba por las escaleras mientras ella corría hacia la calle.

El plan salió tal y como planeamos. Con la suave y cálida luz de esa habitación, permanecí sentado en cuclillas vigilando al Huesudo, que no dejaba de respirar cada vez con más fuerza; esperaba que no recobrara la conciencia mientras tanto.

Llegó la ambulancia, sin policía. Claudia se encargó de dejar la puerta abierta de par en par y, con las prisas, los sanitarios no repararon en los impactos de bala sobre esta. Cargados con maletas metálicas gritaban:

—¡Hola! ¡Hola! ¿Han pedido ayuda?

En el *hall* de la entrada. Sin dejar de vigilarlo, salí de la habitación, con especial atención de cubrir bien mi rostro, y me quedé al fondo del pasillo con visión directa de las piernas del Huesudo. No paraba de acordarme de él cada vez que tragaba saliva, porque era como si me pasara un puñado de clavos por la garganta. Vestidos de azul y atraídos por la luz del piso de arriba, uno de ellos subió las escaleras sin pensárselo dos veces, seguido de una compañera. Otro más rezagado, quizá más intuitivo, advertía a sus compañeros de que algo en esa casa no le gustaba.

—¡Un herido! Pero ¿qué demonios es esto? —exclamaba el que debía de ser el médico.

Los técnicos o enfermeros observaban la escena intentando adivinar y reconstruir los hechos. Los armarios y cajoneras abiertos de par en par, cuadros tirados por la habitación, algunos muebles rotos y los impactos de bala les hicieron pensar que había sido víctima de un robo en su propio domicilio. La enfermera preguntó:

—¿Y la niña que ha llamado? ¡Hay que encontrarla!

Era el momento de intervenir. Me acerqué despacio a la habitación, mientras con

unas tijeras se disponían a cortar las ataduras y su camisa.

—Yo no haría eso, no vaya a ser que despierte y tengan ustedes un grave disgusto —dije con tono sincero, empuñando el arma con ambas manos y el cañón enrasado al suelo.

Todos sobresaltados, y visiblemente asustados, soltaron todo lo que llevaban en las manos y las alzaron. Me fastidiaba muchísimo causar miedo, de verdad que no era mi intención, aunque, por otro lado, tampoco me apetecía lidiar con ningún héroe equivocado.

—Este hombre es un criminal muy peligroso, no se dejen engañar por las heridas y su aspecto de persona respetable. No lo desaten sin la presencia de la policía. —Me escuchaban sin parpadear—. En el sótano hay dos niñas pequeñas, están secuestradas y sedadas por este desviado. Ayer mismo evité que se llevara a otra pequeña, y robando su cartera he dado con él, por ello tuve que escapar del agente de policía Harris. Me gustaría que recordaran su nombre haciéndole llegar mis disculpas y admiración. —La voz me salía agrietada por el dolor.

Mi pequeño discurso se interrumpió al ver cómo, del cuerpo del Huesudo, salían seres rojizos sin parar, abandonándolo a su suerte sin mirar atrás.

—¿Han visto eso? —pregunté mientras entre ellos se miraban escépticos y preocupados de tener enfrente a un enajenado—. Ya veo que no. Como iba diciendo, este hombre tiene un corte profundo en la cara interna del brazo, creo que le he seccionado parcialmente la vena humeral, pero, en principio, se ha detenido la hemorragia. No lo pierdan de vista hasta que llegue la policía; después las niñas, que se encuentran bien, confirmarán lo que les digo. Gracias por su trabajo, son ustedes verdaderos ángeles en la tierra —carraspeé incómodo—. Es el momento de irme. Insisto, contacten con el agente Harris.

Ni uno de ellos movió un músculo; solo al ver que me iba pudieron respirar aliviados.

Encajé a presión la pistola en mi cinturón, a la altura de la cadera. Bajé a toda prisa las escaleras y salí pitando. Las luces de la ambulancia iluminaban intermitentemente la calle con colores ámbar, rojo y blanco. Miré a las ventanas de las casas colindantes y nadie parecía cotillear. La ausencia de la sirena de la ambulancia ayudó en eso. Los sanitarios respetaron el descanso de los vecinos, y eso favoreció mi huida sin testigos. Corrí hasta la esquina donde dejé la furgoneta, mirando a todas partes, casi paranoico. La voz del guardián me sorprendió.

—Nadie te observa, puedes irte tranquilo, la policía llegará en unos minutos.

—Pero ¿quién eres? No te conozco.

—Soy el guardián de Margot.

Ahora lo entendía, era como si él también buscara justicia por lo que estuvo a punto de pasarle a su protegida. Abrí la puerta de la furgoneta y me puse al volante.

—¿Claudia?

—¡Estoy aquí! —contestó, escondida entre tuberías y trastos en la zona de carga.

—¡Siéntate conmigo! ¡Nos vamos!

Arranqué la furgoneta, inicié la marcha y tras un par de cruces encendí las luces. Ella intentaba avanzar por la zona de carga, entre chismes y cacharros, pero se caía sin parar, resoplando de esfuerzo. Detuve la furgoneta con lentitud, me di la vuelta y nos miramos fijamente, muy serios. Ella parecía una araña, cogiéndose del techo con las

piernas flexionadas. Estaba enfadada conmigo, tenía la mirada endiablada, por los trastazos que se había dado, pero entonces nos echamos a reír a la vez. Yo negaba con la cabeza mientras ella sorteaba tuberías, tropezando sin parar, avanzando hasta la cabina.

—No digas nada. Te prohíbo reírte. —Exigió con el dedo alzado, pero me volví a reír, y ella conmigo.

Si no fuera por esos momentos, la vida no tendría sentido.

Llevaríamos recorridos algo menos de un kilómetro. De nuevo, la voz del guardián irrumpió en mi cabeza.

—¡Aparca la furgoneta y apaga las luces!

Mientras, Claudia me preguntaba:

—¿Se había despertado el Huesudo? ¿Seguía vivo?

Di un volantazo hacia la derecha, apagué el motor y las luces. Segundos después, una patrulla de la policía cortaba el cruce un poco más adelante. Sus destellos azules alumbraban a Claudia, que parecía asustada.

—Pero ¿cómo lo has sabido? —me preguntó, impresionada.

—Pues, ¿no has visto el reflejo de las luces en ese escaparate? —se me ocurrió decir.

En menos de un minuto, el coche policial circulaba en contradirección, despacio, vigilando los coches a su paso con un foco de mano. Nosotros, ocultos, lo sentimos pasar. De nuevo, se detuvo en el siguiente cruce. Por lo visto, los policías lo llaman hacer la jaula. Van cortando calles en un radio alargado del lugar de los hechos, y poco a poco van cerrando el círculo, bien coordinados. A todo coche que veían lo paraban y revisaban con rapidez, extremando las precauciones.

Asomado por la sucia ventana trasera de la vieja furgoneta, pude ver cómo la policía seguía avanzando otro cruce hacia la casa del Huesudo. Otros coches de policía reforzaban la vigilancia con patrullas móviles. Sin la ayuda del guardián habría sido imposible sobrepasar los controles. Poco a poco, y con las luces azules cada vez más lejos, me puse de nuevo al volante. Arranqué y seguí mi camino. Menos de cuatro minutos bastaron para llegar a mi destino.

Sentía hundirse mi alma; un extraño y desconocido vértigo afectaba a mi corazón. Mi pequeña y vieja fábrica textil de Brooklyn, reformada como vivienda, se presentaba ante mí como una desolada y descuidada construcción en ruinas.

—Espérame aquí, Claudia, ahora vuelvo —dije alicaído.

—Pero ¿adónde vas? ¿Dónde estamos?

—Te lo pido por favor, dame un tiempo para estar a solas, ¿harías eso por mí?

Ella tenía el don de leer la mirada. Acercó su mano a mi pelo y, retirando el flequillo de mis ojos, concluyó acariciando mi mejilla:

—Te debo mucho más que eso, David.

Bajé de la furgoneta. Frente a mí, una valla improvisada del Ayuntamiento de Nueva York pretendía impedir la entrada. Solo tuve que echarla a un lado para acceder sin ninguna dificultad. El portón metálico, entreabierto, me suscitaba la duda de entrar o no. Yo me esperaba otra cosa. Esperaba encontrar nuestro jardín de la azotea tan cuidado como siempre, con las flores esperando impacientes la luz de la mañana. Esperaba encontrar el corazón que siempre dibujábamos en nuestra ventana, donde nos

turnábamos cada día para dejarnos un mensaje de amor. Esperaba ver luciendo esa viejísima bombilla rescatada que siempre dejábamos encendida. Pero, sobre todo, esperaba encontrar a mi Angie. Cualquier cosa de ella: algo de ropa, una fotografía, su nombre en el buzón, cualquier cosa. Pero no. Alguien se lo había llevado.

Nada quedaba en la cocina. Con la linterna pude ver en el suelo comida para gatos, e inmóvil en la esquina, sobre un cojín sucio, el brillo de los ojos de uno de ellos mirándome sin temor. Subí las escaleras y llegué a nuestro cuarto, toqué la ventana y miré alrededor reviviendo nuestra felicidad por unos momentos. Debía aceptar que ya todo formaba parte del pasado. Que nada es para siempre. Que solo me quedaban recuerdos borrosos. Tenía ganas de llorar. No hacía más que preguntarme qué carajos me habría pasado cuando era Dustin y por qué no recordaba nada de mi final.

Entré en nuestro baño. Solo quedaban los baldosines sucios. Ni el lavabo ni nada. Apoyado contra el marco ausente de la puerta, se me venía a la cabeza el recuerdo de Angie en la ducha. Su larga melena empapada. La belleza de su desnudez iluminada por la luz natural de una claraboya que yo mismo diseñé. Su sonrisa al verse observada por mí cuando ella mantenía sus ojos cerrados porque se quejaba del picor que le provocaba el champú. Reviviéndolo, sonreí por un instante. El regreso a la realidad me la borró sin clemencia. Ahora, suciedad, polvo y barro se acumulaban en el suelo donde solo quedaban los desagües llenos de matojos.

Apagué la linterna y la eché al cinturón, dolorido por la visión. Me daba por vencido. Volver a empezar de cero. Y que tenga que ser tan difícil. Ahora me cuestionaba si todo lo que me pasaba era una bendición o, más bien, una terrible maldición.

Me disponía a volver a la furgoneta, bajando las escaleras. Algo vi moverse por el rabillo del ojo. Como en un acto reflejo, me coloqué la bandana apoyada en la nariz, y con la mano derecha extraje el arma del cinturón. Con el alza y la mira enrasadas perfectamente, caminaba despacio con los brazos semiflexionados cerca de los ojos. Es curioso cómo cuando estás en alerta se puede oír amplificado cada chasquido del suelo.

Sin separar la pistola de mi ojo director, saqué de nuevo la linterna. No veía nada. Quizá el cansancio extremo me estaba jugando una mala pasada. Alumbrando con la linterna seguía igual, no había nada raro. Empecé a especular con la presencia de algún animalillo o gato, aunque me dio la impresión de haber visto algo más grande.

Por alguna razón, mis propias explicaciones no me convencían y mi cuerpo no obedecía a la tranquilidad. Sin dejar de apuntar, preferí regresar por donde había venido, marcha atrás. Al llegar de nuevo a la escalera, se reveló. Estuve a punto de apretar el gatillo con todas mis ganas. Pero no habría servido de nada. Un ser rojizo salía del fondo de lo que antaño fue nuestro salón. Por una parte, me alegré de que mis sentidos no me hubieran mentido. Guardé el arma y, sin hacer ningún caso al rojizo errante, me dispuse a bajar de una vez las escaleras, todavía más enfadado al pensar que mi casa, ahora, también era frecuentada por esos repulsivos seres. No había bajado ni tres escalones, cuando su voz me paralizó.

—¡Dustin! ¿Dustin Sanders?

La voz era tan estridente que molestaba a los oídos. Volví a subir los escalones despacio y le miré fijamente, sorprendido, porque nunca escuché la voz de uno de ellos y porque era la primera vez que alguien mencionaba mi verdadero nombre. Unos

segundos silenciosos, permaneciendo ambos inmóviles, nos daban tiempo para mirarnos fijamente. Un largo escalofrío me invadió de la cabeza a los pies, y creo que no hubo un vello de mi cuerpo que no se pusiera de punta.

—Tenemos que hablar, Dustin —logré discernir en su voz, cuyo tono parecía uñas rasgando pizarras.

Uñas raspantes.

CAPÍTULO 27. **UNIVERSOS CERCANOS**

- *CIUDAD DE NUEVA YORK, OCTUBRE DE 1996*

La silueta del ser rojizo, incandescente, brillaba en la oscuridad. Entre los escombros y las telarañas, el polvo y el olor a vagabundo, aquel ser caminaba paso a paso acercándose a mí.

—¡Atrás, maligno! —le ordené con energía y decisión, todavía con el recuerdo bien fresco del túnel de luz.

Instintivamente, me llevé la mano al amuleto de Kingsley sujetándolo con fuerza.

—No temas, no es mi intención hacerte ningún daño —me dijo con su chirriante voz, o eso creí haber entendido.

—No te acerques más. ¿Quién eres?

—Soy yo. —Se escuchaba lejano y metálico. Su voz se distorsionaba en el aire y yo me esforzaba por descifrar el sonido.

—Apenas puedo entender tus palabras. Lo estoy pensando mejor y no me interesa lo que tengas que decir.

Me di la vuelta de nuevo, sin dejar de apretar mi colgante con ambas manos, y comencé a bajar los escalones. Su voz se hacía cada vez más fuerte y también más inteligible. Aquel tono, confuso, parecía los gritos desesperados y entrecortados de varias personas. Me estremeció, pero no dejé de avanzar; solo una palabra, casi nítida, me detuvo.

—¡Angie!

Paralizado por el nombre, me resigné a pensar. Trataba de encontrar algún sentido a su presencia en ese destartalado lugar, ese lugar que un día llamé hogar. No me andaré con virilidades presuntuosas. Tenía miedo. Esos despreciables seres se alimentan de las personas, arruinan sus vidas con atajos felices que se pagan muy caro. Dudaba, pero el nombre de Angie salido de sus labios, de su repugnante existencia, era la pista más fresca a la que podía agarrarme.

—Sindade, Sindade. —No lograba discernir bien sus palabras. Un gesto de sus manos y su cuerpo me lo aclaró. Quería que me sentara en el suelo—. Sal… sal —repetía, a cada segundo me pareció peor idea estar ahí sentado.

Me sentía indefenso, pero a la vez recibía la extraña sensación de hallarme frente a alguien conocido.

Con su mano tendida en señal de saludo, me ofrecía ayuda para levantarme. Solté el amuleto y me arriesgué. Intenté coger su mano, inútilmente, y me incorporé de nuevo.

—¡No! ¡No! —repetía incesante el ser rojizo, batiendo la cabeza de lado a lado.

Me volví a sentar porque así me lo pidió. Era extraño, porque a cada segundo que pasaba con él el temor se iba diluyendo más y más.

Quería enseñarme algo, y su constancia combinada con mi torpeza solo obedecía a un fatigoso proceso de aprendizaje, de ensayo y de error. Me lo tuvo que repetir varias

veces hasta que pude entenderle. Mi pregunta y su confirmación afirmativa me lo dejaron claro.

—¿Quieres que salga de mi cuerpo? —pregunté, más que escéptico.

—¡Sí! Sal, sal.

Me tendió nuevamente la mano. Su mirada, difuminada, pero de expresión sincera. Su comportamiento, extrañamente bondadoso. Y lo que me transmitía. Todo me hacía, por muy raro que parezca, poder confiar en él. Tenía algo que me resultaba familiar. Mi instinto me empujaba a seguir calmando mis nervios. Él sabía quién era yo. Debía arriesgarme.

Necesitaba saber.

Intenté coger su mano, pero la mía la atravesó como si fuera una niebla roja y espesa. Él me hacía gestos de calma, como si ya supiera que era un proceso lento. Le vi esforzarse. Consumir energía al hablar.

—Encuentra mi mano, siéntela.

Este momento lo asemejo mucho a la sensación que uno tiene, por primera vez, cuando puede ver una figura en tres dimensiones sobre uno de esos caóticos dibujos llenos de espirales y trazos, aparentemente sin sentido.

Encontré su mano, moví el dial de mi percepción y la encontré. La apreté y él también la sintió. Me ayudó a incorporarme y entonces me di cuenta de lo que había hecho. Un golpe seco y fuerte retumbó tras de mí, el ruido se repetía en la vieja fábrica a causa del eco. Alarmado por el sonido, me di la vuelta. Cuál fue mi sorpresa al ver el origen. Mi cuerpo yacía en el suelo, con los ojos abiertos, aparentemente inconsciente. Mis esquemas se rompieron en mil pedazos dejándome paralizado. La palabra «pánico» no hace justicia a la sensación vivida. En ese momento tan crítico, mis más pesimistas visiones parecían hacerse realidad.

—Tranquilo, Dustin, tranquilo. Sé que impresiona la primera vez, pero cálmate.

Ahora su voz se escuchaba perfectamente nítida y, recordándolo fríamente, él se dirigía a mí con mucho tacto y comprensión.

—¿Qué me has hecho, maldito ser inmundo? —grité, inclemente.

—No te he hecho nada. Te queda tanto por entender. Creía que a estas alturas habrías avanzado más. Voy a alejarme un poco, para que puedas asimilarlo. Cuando estés más calmado, hablamos.

Yo miraba mi cuerpo tendido en el piso. Lo veía respirar entre la suciedad del suelo poblado de mugre, heces de paloma y basura por doquier. Viéndome así, sentí verdadera lástima de mí mismo. Mi amor propio me impedía observarme como un cadáver, vivo pero ausente. Reconozco que me entró el miedo más atroz, la histeria descontrolada.

—¡No quiero estar aquí! ¡Hazme regresar a mi cuerpo! ¡Hazme regresar o te juro…!

—Me ocultaste tus secretos, tus capacidades, tus dones. Lo que estamos haciendo, este encuentro, todo, es una consecuencia pasada. Llevo más de diecisiete años esperándote. Años de sacrificio, de dolor, de injusticia, de acotada eternidad.

Escuchaba lo que decía, pero mi conciencia se encontraba analizando toda la situación en general. Estaba acelerado mentalmente. Preocupado.

—¡Contéstame! ¿Cómo regreso a mi cuerpo? —exigí, aterrado.

—Tu cuerpo siempre tira de ti, por muy lejos que estés de él siempre hallarás la

conexión. Llevo todo este tiempo aprendiendo el funcionamiento de la realidad, de estas realidades. Relájate y volverás, solo déjate llevar. Le irás cogiendo el tranquillo. Es algo innato para ti.

Era cierto; me concentré en mi estado físico y mi esencia regresó con brutalidad. De pronto, volví a ocupar mi cuerpo, a sentir la presión de mi costillar, de mi cara contra el suelo. Tenía los ojos tan secos que parecían pegarse a mis párpados. Respiré con fuerza, aliviado, tosiendo, pero dueño de mí mismo. El ser rojizo me daba la espalda, alejado en la distancia, amasando paciencia, o eso parecía. Tragué saliva con la esperanza de hidratar una garganta muy seca.

—Perdóname, me he asustado mucho. No sé si quiero continuar con esto.

Al escucharme, pude detectar la frustración en él, la desesperanza. Sus manos sobre la cabeza gacha y su caminar inquieto lo dejaban patente. Me detuve a pensar unos segundos con sensatez. Diecisiete años… Entonces lo comprendí. Yo habitaba mi cuerpo desde la concepción. Diecisiete años más nueve meses de gestación. ¿Y dice que todo esto es una consecuencia pasada? Tenía la obligación moral de escucharlo, darle la oportunidad de explicarse. Necesitaba comprender de qué diantres me estaba hablando y… ¿por qué sabía quién soy? El misterio era más poderoso que el riesgo.

Reposé mi cabeza contra una esquina y cerré los ojos, dispuesto, otra vez, a abandonar mi cuerpo.

—Ojos abiertos —repitió varias veces hasta que pude comprender sus palabras desintonizadas.

Con la sensación todavía reciente, no tardé en repetir la operación, en esta ocasión, sin ayuda. La experiencia era tan natural que apenas podía distinguir que había escapado de las limitaciones corporales. Más tranquilo esta vez, y más consciente, investigaba esa nueva dimensión. La criatura que se hallaba frente mí ahora de nuevo se presentaba nítida. Su rostro, aunque demacrado, me resultaba muy conocido, como si ya nos hubiéramos visto antes. Debía escuchar lo que me tenía que decir.

Hasta el momento acababa de aprender algo realmente insólito, la experiencia extracorpórea.

—¿Qué es este lugar? ¿Por qué puedo estar aquí? ¿De qué me conoces? ¿Qué quieres de mí? —Las preguntas se le agolpaban a ese rojizo del que no conseguía acordarme.

—Estás un tanto conmocionado, obviamente. Te lo explicaré todo, aunque es demasiada información para asimilar de una vez. Soy tu mejor amigo. Perdón, era el mejor amigo de Dustin y, por lo que veo, no queda mucho de él en ti. En fin, nos conocimos en un congreso, donde yo con otros científicos presentamos al mundo unos descubrimientos e hipótesis relacionados con un nuevo campo de investigación: la física cuántica.

—No me interesa eso. ¿Qué quieres de mí? ¿Qué teníamos juntos? —insistí grosero, aburrido por el inicio de un monólogo biográfico.

—Intentaré resumir. Te presentaste al final de esa conferencia. Estabas lleno de entusiasmo y convencido, sin duda, de que tus virtudes me resultarían más que interesantes. Al principio, solo hacías preguntas; por cierto, bastante enigmáticas. En fin, con el tiempo fuimos haciendo amistad y me propusiste pertenecer a un grupo de personas cuyo número iba en aumento. Los requisitos de ingreso eran compromiso,

bondad y conocimiento. Tú conociste a uno de los líderes de esa pequeña sociedad, apodada Nosotros. Entre los fieles, un variopinto grupo de personalidades, con gran capacidad de aportación: políticos, juristas, científicos, periodistas, empresarios… Todos con poder de participación, con capacidades creativas y, en muchos casos, sensitivas. Tú fuiste el descubridor de la gran amenaza que se cierne sobre la humanidad. El que confirmó las más temidas sospechas, ocultando en todo momento nuestra pequeña sociedad, y por ello fuiste perseguido hasta la muerte.

—¿Amenaza? —le pregunté, extrañado.

—Por tu forma de cuestionar, deduzco que no sabes de lo que te hablo, ¿verdad? —Negué con la cabeza—. Eso significa que tu plan salió bien, a medias. En consenso quedó clara la consigna de que había que captar jóvenes talentos de esencia bondadosa por todo el mundo, de ese modo se aseguraba el incremento de los adeptos para la lucha, pero también el retorno de los perdidos, entre ellos tú.

Mi rostro debía de resultar transparente, porque el rojizo se dio cuenta de que, ciertamente, resultaba mucha información de golpe. Estaba abrumado de tener enfrente a alguien, si bien era una criatura de otro espectro, pero alguien, al fin y al cabo, que conocía mis secretos. Una parte de mí se sintió liberada.

—Aquí hay algo, amigo, que no me cuadra. Si de verdad eras uno de los nuestros, es imposible que hubieras acabado siendo la criatura que tengo delante.

—¿De verdad no te acuerdas? ¡Soy Daryl! ¡Tu amigo Daryl!

Esperanza y frustración se entremezclaban en su expresión. Se sentó en el suelo con los codos apoyados en las rodillas y las manos sujetando su cabeza. Parecía abatido.

—Lo siento, Daryl —le dije con voz comprensiva—. En mi interior, algo me dice que te conozco, me eres muy familiar, pero debes disculparme. Mis recuerdos están muy enterrados y a veces tardan en brotar.

—No es culpa tuya. Soy yo, que estoy desesperado. Al final, ha llegado el ansiado día, y no soy consciente de que tú ya no eres exactamente el mismo.

—Necesito comprender. ¿Cómo he salido de mi cuerpo, y puedo compartir el espacio contigo y verte con nitidez?

—Te lo explicaré resumidamente, sin demasiados tecnicismos. ¿Has leído algo sobre la teoría de cuerdas, universos paralelos? Ya no me mires así, ya sé que lo tuyo es la arquitectura, al menos antes. ¿O eso también ha cambiado? —Negué sutilmente con la cabeza—. Para que se entienda fácil. Es como si en un mismo espacio, digamos, en un solar, se construye un edificio con varias plantas. En cada piso existen diversos habitantes. Entre esos vecinos hay uno muy especial. Un vecino de naturaleza mixta. Material y espiritual al mismo tiempo. Los habitantes de esa planta quieren vivir ajenos a sus vecinos, aunque a veces puede oírlos y sentirlos, arriba y abajo. Está muy ocupado con sus necesidades materiales como para prestar atención a eso inexplicable, misterioso, ignorado y, por qué no decirlo, temido. Pero la verdadera realidad es que esa mitad espiritual de la que se compone el ser humano en tu dimensión se encuentra, a diario, influida por todos esos vecinos, buenos y malos. ¿Me vas siguiendo, Dustin?

—Creo que sí. Ya había oído algo. Explícame más.

—Tú tienes ese don. Tu esencia puede sintonizar con todas las manifestaciones energéticas, espirituales, que, al fin y al cabo, es la identidad última de un ser vivo.

Como tú me dijiste, hace más de veinte años, eres un…

—Un enlace —le interrumpí, acabando la frase.

—Exacto. Tienes más conciencia trascendental. Espiritual. Como quieras llamarlo. Por eso, esperaba que un día volvieras hilando tus recuerdos. Por eso ves a los guardianes. Por eso podemos estar charlando ahora mismo.

—Ya que tan bien pareces conocerme, ¿qué me dices de Angie? Te he oído nombrarla.

Mi aparente mejor amigo no pudo evitar refrenar su sensación de malestar. Una incómoda mueca se dibujó en su cara. Se dio la vuelta dándome la espalda, como quien busca tiempo para eludir el tema, pero sabe que es imposible. Su aspecto humano afloraba más que en ningún momento. Sus ojos estaban cargados de tristeza, dolor y melancolía. Los vi cuando se giraba dudoso.

—¿Qué pasa, Daryl?

Me miró fijamente. Le noté apesadumbrado.

—Es complicado, Dustin. —Bajó la mirada al suelo.

—¿Complicado? ¿De qué estás hablando?

Comencé a ponerme algo nervioso porque él no levantaba la mirada. Su temor se acrecentaba más en mí. El silencio entre los dos me estaba agitando por dentro. Yo mismo entendí que debía calmarme. A punto estuve de perder el control y de tratarle mal. Pero eso solo empeoraría las cosas. Miré en derredor unos segundos. Pensé en el largo viaje que había hecho para llegar hasta ahí. Vi mi cuerpo sentado en el suelo. Los ojos abiertos. Inexpresivo. Como un muñeco de trapo. Sí. Había llegado muy lejos.

Con la tranquilidad de una calma entrenada, y al mismo tiempo con un nudo de nervios en mi corazón, le dije con firmeza, mirándole fijamente a los ojos:

—Cuéntamelo, Daryl.

—Angie —carraspeó tembloroso, inseguro pero obligado—, Angie murió contigo.

Sentí el mayor vacío que nunca hube recordado. Toda mi existencia parecía diluirse por un sumidero. Cada vez que me repetía sus palabras, me sentía más deshecho. Descompuesto. Abatido. Completamente derrotado. Qué injusto era este mundo, maldije en silencio. Con todo lo bueno que he hecho yo y el destino todavía me tenía preparada una patada.

Fue un golpe tan duro que sentí moverse todos los cimientos de mi ser. Estaba consternado. Rechazaba aceptarlo, aunque no dudaba de él. No mentía. El Orden volvía a ser inmisericorde conmigo. Aplastaba mi único deseo.

—¿Qué pasó, Daryl? ¡Cuéntamelo ya! ¿Cómo murió? —Estaba pasando repentinamente por todas las fases del duelo: negación, ira, dolor. Suspiré, calmándome—. Por favor, no te andes más por las ramas.

—Antes debo explicarte algunas cosas. Cosas que evidentemente no recuerdas para nada y son clave —afirmó en tono más seguro, imperativo.

—No. No. No. ¡No! ¿Cómo murió? —le exigí sin concesiones.

—No es lo correcto. Déjame explicarte. Todo tiene una razón de ser. Deja que te cuente —insistía con tono fraternal, y ese mismo tono era el que hacía temerme lo impensable—. Cálmate, por favor, Dustin.

Nada de lo que decía desviaba la atención de mi pregunta. Estaba colapsado por saberlo.

—¡Cuéntamelo! —grité tan alto como pude en ese espacio alternativo, esa realidad paralela.

—¡Yo la maté! ¿Ya estás contento? ¡Os maté a los dos!

Y el vacío rellenó toda la fábrica en ruinas. Un silencio de biblioteca permaneció imperturbable entre los dos. Caí a plomo. El rojizo parecía muy afectado, podía sentir su dolor, su consternación. Dentro de mí afloraba un sentimiento de desazón. Incredulidad. Incomprensión. Escepticismo. Y de nuevo silencio. Absoluto silencio. Esa delgada línea de soledad e intimidad se rompió por una interrogación mecánica.

—¿Qué? —logré articular con voz moribunda—. ¿Me estás diciendo que tú, mi mejor amigo en otra vida, me mataste? ¿A mí y a quien más quería?

—¡No tenía que haber sido así! Te traicioné, Dustin. Me pudo la codicia. Ellos me ofrecieron algo que nadie más podía. Acceso al conocimiento absoluto, a la autorrealización y a la abundancia. No me pude resistir y sucumbí. Ahora me toca cargar con el peso de mis acciones, convertido en este ser inmundo que tienes delante. ¿Y sabes qué es lo peor? Que esto no se ha acabado. Te traicioné entonces y debo traicionarte ahora. Porque ese es mi castigo y también mi sino.

Pensativo, necesitaba tiempo para digerir algo tan extremo. Era complejo, porque sus palabras hablaban de muertes y traición, pero su lenguaje no verbal mostraba ese rescoldo de humanidad perdurable e imperdible. Todavía quedaba amor en él. De la oscuridad en la que estábamos inmersos, surgió una voz agradable, conocida. Interrumpió nuestra charla y mis ansias por conocer más. Por recordar.

—David, ¿me oyes? ¿Va todo bien?

Cautelosa, Claudia entraba en las ruinas de ese lugar, antaño fábrica y después hogar. Con voz preocupada, interrumpía mi dolor.

—Debo volver a mi cuerpo.

Miré fijamente a Daryl. Sabía que le conocía, pero no lograba rescatar los recuerdos.

—Hablaremos. Pero recuerda que estás en peligro. Es todo lo que puedo hacer por ti. No puedes confiar en nadie. En nadie.

—¿En peligro? —dije, extrañado.

—Debo decirles que ya estás aquí. Que has vuelto. Ahora márchate si no quieres que esa chica se lleve un susto de muerte viéndote ahí tirado. Y aléjate de todos tus seres queridos.

—¿A quién? —pregunté con prisa—. ¿De quiénes hablas? —insistí.

—Te he avisado. Es todo lo que puedo hacer por ti. Te lo debo. Vete lejos de todo.

Se dio la vuelta zanjando la conversación, sin responder, acumulando más preguntas que respuestas.

Regresé a mi cuerpo entumecido. Me sentía oxidado. El dolor de espalda se había acentuado al estar en reposo. Otra vez sentía los ojos secos. Y más pesado que antes, comencé a bajar las escaleras. Me detuve en la mitad del tramo, observando a Claudia. Ella se quedó ahí, en el rellano, petrificada, consciente de que me había desobedecido. Había faltado a su palabra, su compromiso. Lo único que hasta entonces le había pedido y, sin embargo, no había respetado.

Toda ella desprendía sentimiento de culpa. Bajé las escaleras sin decir nada, clavándole la mirada, resignado. Me dirigí hacia la furgoneta. La ignoré, inmerso en mis pensamientos. Ella, más despacio, siguió mis pasos, se subió al furgón y se mantuvo

taciturna.

La noche lucía cada vez más pura, y la niebla ganaba protagonismo sobre las luces de las farolas. Arranqué el furgón e inicié la marcha. El camino de vuelta fue mi ocasión para reflexionar, pero también, por unos momentos, para dejar la mente en blanco. El aire nocturno, la soledad apocalíptica de la madrugada, la compañía de Claudia, conducir sin prisas y la canción de James Taylor sonando bajito por el sucio y viejo radiocasete dirigieron mi cuerpo hacia la residencia.

Esa extraña sensación de paz me invitó a hacer la ruta un poco más larga. Necesitaba observar la ciudad. Necesitaba reencontrarme. Recordar. A pesar de todo, no se puede escapar del presente, y Claudia movía sus labios en silencio, siguiendo la hermosa letra de esa canción, *You've got a friend,* mirándome de vez en cuando con aire de disculpa. Era una desobediente metelíos, pero también mi única amiga. Mi mejor amiga. Sonreí al insistirme con la mirada, y ella también lo hizo, ocultándolo con el rostro hacia la ventanilla.

Conduje despacio por el puente de Brooklyn. Me desvié para adentrarme en la vida del Lower East Side, el peligroso barrio de fachadas con escaleras de incendios. Crucé el río Hudson. Respiré la humedad en el ambiente. El olor de las máquinas en reposo, de las infatigables embarcaciones que cruzaban de un lado a otro. Luego Jersey, y sus construcciones tan variopintas. Y, sin quererlo, me había desentendido de Claudia por completo. Ella se mordía la uña de un dedo, parecía nerviosa, visiblemente inquieta. La miré para decirle algo, cogiendo aire, pero ella se adelantó.

—David, tengo un mal presentimiento —afirmó, convencida—. Comenzó cuando entraste en la vieja fábrica. Desde ese momento, no dejo de preocuparme por algo. Qué locura, ¿verdad? Por eso entré a buscarte. Sentía que algo no iba bien. Te pido perdón, pero estaba muy asustada.

—Tranquila, Claudia. No te disculpes. Ha sido una noche muy dura para los dos. No debí de dejarte sola.

—No. No es eso. Es algo distinto. Algo que me angustia y me atenaza. Qué tontería, ¿no?

Soltó una risa nerviosa y, de inmediato, volvió a morderse el dedo con semblante serio. Paré la furgoneta a un lado de la calle, puse el freno, e hice lo que todos hemos visto tantas y tantas veces en las películas. Estiré la mano sobre su rodilla, ella se volvió hacia mí y, sin retirar un solo instante la mirada de sus ojos, le dije en tono firme:

—Todo va a salir bien.

Al terminar la frase, un pequeño sonido distrajo nuestra atención. Un cuervo se había posado sobre el capó del maltrecho furgón. Me miraba moviendo su pequeña cabeza, cual mensajero, como quien se asegura de reconocer al que tiene delante. Entonces comenzó a graznar. Sobra decir que a los dos se nos pusieron los pelos de punta. Luego echó a volar, dejando tras de sí una misteriosa casualidad que solo engordaba los temores de Claudia, y que ambos nos reservamos comentar.

Inicié otra vez la marcha, incapaz de ocultar el contagio de preocupación.

—Échame una mano, Claudia, mantén los ojos bien abiertos. Nunca se sabe.

A partir de ahí, cogí el camino más corto a la residencia y pisé el acelerador. Estacioné la furgoneta frente al pequeño almacén de fontanería cuyo emblema era idéntico al de ese viejo furgón. Eché hacia atrás el asiento para dejarlo tal y como lo

encontré. Alumbrando la zona de carga con la linterna, le insistí a Claudia sobre la importancia de que nadie supiera que la habíamos cogido. Que no se dejara nada. Tras la exhaustiva revisión, y verificar que el desorden de la carga era irrelevante, nos bajamos haciendo el mínimo ruido posible. La cerramos y pusimos las llaves sobre la misma rueda en la que estaba. Luego volvimos caminando por esa calle desangelada hacia la parte trasera de la residencia.

Claudia no podía resistirse a preguntar.

—¿Y cómo sabías que las llaves estaban ahí? —interrogaba, escéptica.

Antes de que ella acabase la pregunta, frente a nosotros apareció uno de los guardianes. Tan esbelto, delgado y alargado que competía en altura con la farola cuya luz alumbraba su silueta sombría. Miré fijamente a Claudia para comprobar si advertía algo, ¡lo teníamos justo enfrente!, pero ella seguía caminando, tiritando a ratos por el húmedo frío nocturno y esperando, impaciente, una respuesta.

—Observación y vigilancia, Claudia. Solo eso —le dije con voz queda, arrastrando las palabras, distraído.

Algo no iba bien. Y, de pronto, el guardián se desvaneció, sus apariciones siempre tan fugaces. Procuré no reparar demasiado en eso, ni en el cuervo, ni en el presentimiento de Claudia, ni en todo lo que había hablado con Daryl.

Llegamos al contenedor de ropa sucia y las sábanas anudadas seguían ahí, empapadas. Debíamos ascender por el conducto para llegar a la lavandería, pero a Claudia parecía costarle. Empezó a darle un inoportuno ataque de risa. Ya no sabía si las carcajadas le robaban las fuerzas o de verdad no podía. El caso es que la insensata, y pese a mi desánimo, me contagió la risa y los dos, como borrachos, no paramos de reír durante un buen rato, carcajeando sin parar en voz baja.

—Venga, ahora en serio, ¡arriba! —le grité susurrando. Ella lo intentaba y se volvía a caer sobre las sábanas sucias, como una payasa, sin parar de reír—. ¡Baja la voz! ¡Que nos van a pillar!

Tuvieron que transcurrir unos minutos para que se nos pasara la borrachera imaginaria. Le advertí que el conserje hacía la ronda de vigilante nocturno y que al entrar no podíamos hacer ni un ruido. Lo volvió a intentar, pero esta vez la aupé cogiéndola del trasero mientras mis pies se hundían entre los montones de ropa embolsados. Conseguí ahorrarle un buen tramo.

—Oye, fresco, ¡que las manos van al pan!

CAPÍTULO 28. **EL ENIGMA**

- *CIUDAD DE NUEVA YORK, OCTUBRE DE 1996*

Ella se quedó inmóvil en la cuerda de sábanas, y entonces comprendí que, efectivamente, no era capaz de subir. Rezaba por que el improvisado invento y su anclaje con la fregona soportaran el peso de los dos.

Me situé debajo de ella con los pies sujetos a un nudo y con la cabeza entre sus piernas. A caballito, le fui indicando para coordinar la subida entre ambos. A ella le seguía dando la risa, pero al ver el esfuerzo que estaba haciendo y mi preocupación, por fin se lo tomó en serio. Los bíceps me quemaban literalmente y las piernas me temblaban de la tensión. Una vez arriba, en la lavandería, me tuve que tomar unos segundos porque mi corazón trabajaba como un martillo neumático.

Recogí con rapidez las sábanas deshaciendo los nudos, las metí todas en una bolsa y la dejé caer por el conducto cromado. Coloqué la fuerte fregona en su lugar comprobando, al detalle, que todo estaba como lo encontré. Después, y por si estuviera el conserje haciendo la ronda, le dije a Claudia que se fuera a nuestro cuarto. Que unos minutos después la seguiría yo.

Despacio, desanimado y cansado, recorrí después de ella el camino entre la lavandería y nuestro cuarto, pero no sin antes pasar por la alacena del comedor para devolver los cuchillos bien limpios. Abrí el cajón con suavidad, y entonces resurgió el guardián tras de mí.

—Vienen a por ti. Tienes unos minutos antes de que lleguen. Estás en peligro. ¡Corre! ¡Huye!

Distinguí que era el guardián de Margot.

—¿Qué estás diciendo? ¿Quién viene a por mí? —Supe que era en serio porque de pronto aparecieron más guardianes en el comedor. Entonces el cuervo, el presentimiento, todo cobraba sentido. No hice más preguntas absurdas—. ¿De cuánto tiempo dispongo?

—Tres minutos, a lo sumo.

El guardián parecía nervioso. Me ceñí de nuevo los cuchillos y corrí, sin importarme el ruido, hasta la habitación. Al entrar, lo primero que hice fue apagar la luz.

—¿Qué pasa? —inquirió Claudia, desconcertada.

Abrí a toda prisa el armario y cogí el dinero de los bolsillos de mis pantalones.

—Tú no me has visto en toda la noche, ¿vale? Métete en la cama y finge que duermes. Me tengo que ir, ¡vienen a por mí!

—Pero ¿quiénes?

—Por favor, Claudia, hazte la dormida. Te encontraré. —Al decirle esto, esa última frase, me quedé flasheado. Tuve otro *déjà vu*—. Te encontraré. —Eso fue lo último que le dije a Angie.

Entonces apareció en la habitación mi propio guardián. Con su voz profunda y grave,

me gritó lo mismo:

—¡Huye!

Y salí de mi colapso a toda velocidad. Sin reparar en ello, le di un beso en los labios a Claudia y cuando salía del cuarto le repetí:

—¡Hazte la dormida! —Era una despedida forzada.

Corrí a toda velocidad por el mismo pasillo. Mis deportivas sonaban por el suelo barnizado como tambores y bisagras desengrasadas. Sujetaba los cuchillos y el arma para no perderlos en la carrera. Llegué a la lavandería y sin mirar me tiré por el hueco. Caí sobre las bolsas y sentí resurgir, con más fuerza, el golpe que con el Huesudo me di en la espalda.

—Vamos, vamos, vamos —me decía a mí mismo mientras saltaba por el marco del contenedor.

Corría, corría y corría. Salté la enorme valla adentrándome en la oscuridad del pequeño parque, junto a la residencia. Me ardían los bronquios, todo mi cuerpo gritaba de dolor. Dos enormes Chevrolet Tahoe aparcaron junto a la esquina norte. Del primero, bajaron una mujer joven que conducía: alta, rubia platino, con el pelo suelto, casi perfecto, de hermosas facciones, vestía una elegante americana, falda de tubo ajustada, guantes de cuero y tacones, todo negro; y un hombre, de unos treinta y cinco años, corpulento, de espaldas anchas y hombros firmes, caucásico, con aspecto de tipo duro, gabardina negra, sombrero de ala corta a juego y zapatos inmaculados.

Observando, procuraba recuperar el aliento. Del otro todoterreno se bajaron cuatro hombres; fuertemente armados, un grupo táctico en toda regla. Iban igual de equipados: chaleco antibalas con un arma corta a la altura del abdomen, otra funda con pistola en el muslo, un casco pequeño con visor nocturno, guantes ajustados. Todos completamente ataviados de negro. La mujer les hizo un gesto y a toda velocidad se volvieron a meter en el coche, quedando completamente ocultos tras los cristales tintados.

¡Me habían descubierto! La policía venía a por mí. Ya no tenía adónde huir. Cientos de ideas se entrecruzaban en mi mente a la velocidad del rayo. Mi vida se desmoronaba; todo era culpa de mi singularidad. Era una maldición. Una bola encadenada a mi tobillo que arrastraba desde niño. Mi corazón se me quería salir del pecho, era una locomotora descontrolada. Me agaché en la maleza y me acerqué sigilosamente al cercado. No se escuchaba la clásica emisora de policía. El hombre y la mujer permanecían inmóviles, cautos y extremadamente tranquilos junto a la residencia.

La fina niebla y la profunda oscuridad de esa noche dibujaban una atmósfera inquietante, casi tétrica. La mujer abrió la puerta trasera y de él bajó una señora mayor, de unos sesenta años, delgada y chupada. Pelo largo y rizado, negro como el betún. Ropa oscura, cubierta por un chal con flecos. Su rostro transmitía disgusto con la situación, serenidad profesional y también maldad, mucha maldad. En mi caso, detectar eso no es algo subjetivo que pudiera obedecer al prejuicio. Al posarse en el suelo, un ingente número de seres rojizos apareció junto a ella. Uno de ellos me llamó la atención en particular.

Esto no encajaba con la policía. Algo muy extraño pasaba.

—¿Quién es esa gente? —no dejaba de preguntarme.

Quedaba claro que quien mandaba en el grupo era la mujer joven. Era la que daba las órdenes con talante militar y disciplinado. La joven le preguntó a la vieja, en un perfecto castellano con acento mexicano:

—¿Está aquí?

Ella respondió:

—Sí, señora, está cerca.

La joven sonrió de entusiasmo. ¿Se referían a mí? ¡No me lo podía creer! Sentimientos encontrados afloraban en mi interior. Por una parte, pensaba en salir y mostrarme ante ellos. A ver cómo discurría la cosa. Yo también iba armado, y ya me había enfrentado a la muerte recientemente. Por otra parte, quería escapar, alejarme de la amenaza, sortear la realidad. Ni una cosa ni otra. Me quedé allí agazapado, escondido. Debía reunir más información.

El hombre de negro abrió la otra puerta trasera del coche y sacó un maletín mediano. Lo abrió sobre el capó del Chevy. De él sacó unas gafas grandes que se pusieron el hombre y la mujer joven. Una luz brillante, del color del fuego, brotaba de la pequeña maleta. La extraña pareja miraba hacia la residencia. Dos bolas brillantes surgieron del maletín, suspendidas en el aire. A toda velocidad, las pequeñas esferas del tamaño de un coco recorrían la residencia en direcciones distintas, peinando todas las ventanas de la construcción. Alguna habitación encendió la luz. Tenía que asegurarme de mis sospechas. Era necesario. Repetí la operación extracorpórea. Pude ver con claridad a todos los rojizos y se confirmó mi temor: entre ellos estaba Daryl, con gesto avergonzado, arrepentido.

Regresé de inmediato a mi cuerpo. Una de las esferas dejó de revisar el perímetro y comenzó a ampliar la búsqueda. Se detuvo en el aire, sobre el contenedor de ropa sucia, como a unos cien metros de mí; parecía seguir el rastro de mis pasos. Despacio, comenzó a dirigirse al parque en el que me ocultaba, la otra esfera incandescente se unió en paralelo y ambas descendían en línea recta. Actué como un cobarde. Tenía miedo a lo desconocido. Los guardianes aparecieron súbitamente a mi alrededor. Todos ellos extendían sus manos hacia mí. Creo que trataban de ocultarme. Hacerme invisible.

—¡Corre! —gritó uno de los guardianes.

Comencé a correr todo lo que pude. Miré hacia atrás y los rojizos me habían descubierto. Señalaban a esa vieja mi posición.

—¡Está ahí! —gritó con tono agudo la anciana de cuerpo consumido, señalándome con su famélico dedo alargado.

Los hombres armados se bajaron del vehículo y comenzaron a perseguirme. Oí los coches arrancar y el chirriar de las ruedas al acelerar. Jamás había asistido a una persecución igual, y el objetivo era yo.

No comprendía nada. Lo innegable era que mi vida estaba en peligro, y más que nunca. Los guardianes aparecían y se desvanecían por delante de mí, señalándome una ruta de escape. Noté unos silenciosos impactos en un árbol frente a mí. Me agaché instintivamente. Me estaban disparando. Todo esto iba en serio. Saqué mi pistola con silenciador y maldije que solo tuviera dos cartuchos.

—¡Dispara ahí! —dijo mi guardián señalando las esferas voladoras.

El destino y sus ironías, otra vez. Dos cartuchos para dos esferas. No podía fallar el

tiro.

El arma sonó como una cerbatana. Dos disparos rápidos entre ellos, las bolas incandescentes ni se inmutaron. Estuve a punto de arrojar la pistola al suelo, descargada y con la corredera abierta. Pero lo pensé mejor y la guardé de nuevo. Los pasos de los hombres armados ahora se escuchaban más cautelosos. Sabían que no iba a ser tan sencillo atraparme, que iba armado.

—¡Por aquí! —me dijo otro de los guardianes.

Agazapado tras un árbol, con la bandana y la gorra bien ajustadas, dudé. La adrenalina me hacía creer que podría con ellos. Recapacité con sensatez. De enfrentarme a ellos, habría sido a vida o muerte, y la muerte no la deseaba, ni para ellos ni para mí. Disparar a los cocos voladores no había sido una gran idea, pero al menos me ofreció la oportunidad de engañar al enemigo, de ralentizarlo.

Tiré una piedra hacia el lado contrario. Escuché a los cuatro hombres dirigir sus armas hacia el sonido. Corrí de nuevo en dirección opuesta.

—¡Sígueme! —decía uno de los guardianes.

Los otros extendían sus manos sobre mí. Me ocultaban en la oscuridad, difuminaban el sonido de mis pasos apresurados. Me indicó una alcantarilla. La abrí metiendo el dedo en uno de los agujeros y bajé por la escalera del conducto de hormigón. Desde dentro coloqué de nuevo la tapa y bajé del todo la escalinata. Encendí la linterna. Un estrecho pasillo discurría en paralelo a una corriente subterránea, líquida y pestilente.

La bandana sobre mis vías respiratorias me ayudó a sobrellevar el nauseabundo olor que fluía a mi lado. Anduve a toda prisa, siempre en la misma dirección. Sobrepasé algunas bifurcaciones procurando no desviar el rumbo, sin perder la dirección de la corriente. Nadie me seguía. No me habían visto escapar por ese fétido inframundo construido por el hombre. La seguridad está en el movimiento, me repetía a mí mismo; tengo que continuar. Allí abajo, entre ratas y cucarachas jurásicas, uno pierde la noción del tiempo, del espacio recorrido. Los gases me estaban afectando, era hora de salir a superficie. Subí por otro conducto y salí al mundo exterior. ¡Aire puro!

Nunca creí poder decir eso en Nueva York. La noche se resistía a abandonar la ciudad. El cansancio me estaba afectando. Algunas cafeterías ya estaban abiertas. No reconocía dónde estaba. Un hombre trajeado se bajó de su coche junto a un quiosco de prensa. Había dejado el coche arrancado, con los faros prendidos. Un Lincoln oscuro. La oportunidad estaba ahí. Solo era montar en ese Ford y alejarme. En cambio, me quedé mirando a ese hombre descuidado, ingenuo y feliz. Se montó de nuevo en su coche, ahora con su periódico, y se marchó.

Mi ética me lo impidió pese a ser una situación crítica. Continué caminando. Me notaba el arrastrar de los pies. Branch Brook Park; tenía pensado tirarme en el césped y dormir entre arbustos todo lo que pudiera. Pero la noche todavía me tenía reservado un encargo más.

Nada en esta vida parece casual.

Una mujer gritaba dentro de un coche, en el solitario y desangelado *parking*. El cuerpo se me activó de nuevo. Me acerqué despacio, sin hacer ruido. Un hombre sudoroso, delgado y de pelo corto, visiblemente inquieto, a saber, si por alguna droga, apuntaba con una pistola a una joven, que alzaba las manos dentro del coche, en el asiento del copiloto. Me acerqué a él subiéndome otra vez la bandana, con la pistola en la mano

derecha y un cuchillo en la izquierda.

—¡Me lo vas a hacer gratis! —afirmaba mientras se desabrochaba el cinturón de sus pantalones.

Le puse el cañón a pocos centímetros de la nuca y abatí el martillo percutor del arma, haciéndole escuchar ese característico sonido, inconfundible. Se quedó paralizado. Hasta le oí tragar saliva.

—¿Qué se siente? Si quieres seguir vivo, coge la pistola con dos dedos y dámela —le dije con la serenidad de un gánster.

Ahora una situación así se me presentaba como una tarea sencilla. Ni tan siquiera me notaba nervioso. Obedeció sin rechistar. Guardé el cuchillo y empuñé las dos pistolas.

—¡Baja del coche!

La joven temblaba por la tensión. El hombre delgado, sudoroso, se relamía la boca seca, agitando la mandíbula de un modo extraño.

—¡La ropa!

Me miró en silencio unos segundos, con las manos en alto, pero sin dejar de mover todo su cuerpo, poseído por alguna sustancia.

—Estoy puesto, tío, te pido perdón. Es tu chica, ¿verdad? Te pagaré y asunto arreglado, ¿vale?

Miré la pistola que le acababa de arrebatar, quité el seguro manual y le disparé junto al pie. El ruido hizo despertar a los pájaros, que salieron volando. El hombre delgado se acurrucó sobre sí mismo con las manos en los oídos. Parecía que estaba llorando y, sin embargo, no sentí ninguna lástima por él. Al contrario, un enorme desprecio crecía en mi interior, tan fuerte que me estaba costando domarlo.

—La ropa —le exigí de nuevo, con voz calmada, casi un susurro. Se quedó en calzoncillos, sujetándola en las manos—. Nena, ¿así está bien? —Ella asintió nerviosa. Deseaba fervientemente que todo acabara, y no la culpo, conozco bien el sentimiento —. Yo creo que no. —Lo entendió de inmediato y se quedó delante de nosotros como vino al mundo—. Mete la ropa en el maletero y ciérralo de nuevo.

Cuando hubo acabado, la miré fríamente a los ojos, con verdadero deseo de cumplir mi promesa.

—¡Las manos contra el coche! Nena, ¿tienes un pintalabios? Sí. Sí, claro —dijo titubeante.

Sin dejar de apuntarle a la cabeza, escribí, en vertical, sobre el centro de su espalda «f*ree sex*», sexo gratis, y una flecha indicando sus nalgas. No hacía más que suplicar perdón y que no le matara, que cuidaba de su madre y otra sarta de tonterías.

—Te doy diez segundos de ventaja antes de dispararte. Uno, dos…

Corrió tan deprisa que le sobraron cinco para perderlo de vista. Me monté en el coche, arranqué y nos fuimos de allí, con esa extraña a mi lado.

—¿Dónde vives? —le pregunté, descubriendo mi rostro.

—En el sudeste del Bronx —me dijo, casi avergonzada.

Me ubiqué y me dirigí al puente de George Washington. Nos llevó media hora de camino, o más. Nos pusimos a hablar. Me contó que hacía la calle por necesidad. Solo tenía diecinueve años y su padre la había echado de casa hacía dos. Todo apuntaba a que había tenido una vida muy difícil. La vida de una superviviente. Y, sin embargo, y aun con eso, sus ojos transmitían bondad. Podía sentir la gratitud en su mirada. Me

presenté a ella como Dustin. Ella me dijo que se llamaba Chloe.

—¿A qué te dedicas, Dustin, además de ser un héroe? —Y se echó a reír con mirada traviesa.

—Peleo cada día por salir adelante. Procuro ser justo. Eso es todo —le dije con sinceridad.

—Es lo que hacemos todos. De eso va la vida, ¿no? Luchar o rendirte. Luchar o morir —repitió con cara apenada, mirando por la ventanilla los primeros rayos del sol.

—¿Y cómo te puedo compensar lo que has hecho por mí?

Me miró jugueteando con su dedo y los labios, de forma pícara.

—A decir verdad, quizá puedas hacer algo por mí —dije, desviando su oferta—. ¿Vives sola?

Afirmó con la cabeza.

—Es un cuchitril, pero es mi cuchitril.

—¿Podría darme una ducha y dormir unas horas? Te pagaré. —Ella se quedó pensativa—. Lo necesito. Mañana mismo me marcharé.

—No hay problema. Te busca la poli, ¿verdad? ¿Es eso? Cuando te has criado en las calles, hueles a los fugitivos. Sé que eres un tío legal.

Guardé silencio y dio por hecho que así era. Me gustó la paradoja de «ser legal» y a la vez «buscado por la justicia».

Me indicó su bloque. Dejé las ventanillas del coche bajadas y las llaves en el contacto. Abrí el maletero, cogí la ropa. En el bolsillo del pantalón estaba la cartera del cretino, tres dólares y su documentación. ¿Cómo pensaba pagar? Me la guardé en el bolsillo. Cerré el maletero y tiré la ropa al cubo de la basura. Del coche ya darían buena cuenta los maleantes del barrio.

—Sígueme, Dustin. Es por aquí.

Frente a nosotros, un enorme bloque de apartamentos de cuatro plantas, de ladrillo visto, color cuero. El portal abierto de par en par y los buzones descuajaringados en la entrada. Un coche carbonizado junto a la acera servía de señal. Zapatillas unidas por los cordones sobre un cable de alta tensión también enviaban su mensaje. Un drogadicto en cuclillas se tambaleaba como en un baile de lentas. Parecía dormido, pero en realidad estaba viajando. Subimos las escaleras hasta la cuarta planta, puerta 11. Abrió su bolso para sacar las llaves. Preservativos, toallitas húmedas, maquillaje y ropa interior se lo ponían difícil. Me quedé unos segundos en el rellano de ese alargado pasillo.

—Tú no eres un macarra de barrio, eres como uno de esos estirados educados. —Y se echó a reír otra vez—. Vamos, pasa, hombre.

Entré y cerré la puerta.

—No te causaré molestias. Te lo prometo.

—Lo sé, Dustin. Tengo buen ojo para la gente.

Me indicó dónde estaba la ducha. Dejé las pistolas y los cuchillos en una pequeña mesita del salón. Lo demás, dentro de mis bolsillos. Entré vestido en el baño. No tenía cerrojo. Me quité la ropa y me metí de pie en la pequeña bañera. No tenía cortina. Estaba deseando darme un agua; todavía tenía pegado al cuerpo el olor de las alcantarillas. Ella entró sin decir nada. Me vio desnudo, pero nada cambiaba en su mirar, le daba igual.

—Estás *mazao*… Aquí te dejo una toalla. No hay cortina porque a mí me gusta bañarme como los ricos. —Y me guiñó un ojo—. Dios santo, cómo tienes la espalda.

—No es nada. Se curará. —Tapé mis vergüenzas con disimulo.

Me duché procurando no salpicar, limitando el caudal en la alcachofa. Acabé rápido, me puse la ropa interior y la camiseta. Ella comenzó a llenar la bañera, pequeña y oxidada, pero muy limpia.

—Puedes dormir en el sofá, no es gran cosa, pero es cómodo —me dijo, refiriéndose al minúsculo salón de su apartamento. Había echado sobre él dos sábanas que olían mejor que las de un hotel de cinco estrellas—. Ahora me toca a mí —dijo, refiriéndose al baño. La cogí suavemente de la mano haciéndola girar de nuevo el rostro. Le di un prolongado beso en la mejilla—. No es esa clase de beso. Estoy agradecido.

Ella sonrió emocionada, poco acostumbrada al afecto sin dobles intenciones. Se ruborizó, pese a dedicarse al oficio del amor. Al amor hueco, como una cáscara sin clara ni yema. Ella, finalmente, entró al baño, me tumbé en el sofá y el alma cansada se me hundía entre los cojines. Caí nocaut, rendido de agotamiento. Me quedé dormido instantáneamente.

Me desperté de golpe. Muy asustado, cogí una enorme bocanada de aire. Era como si, dormido mi cuerpo, se hubiera olvidado de respirar durante largos segundos. Me incorporé sobresaltado. Miré en derredor y por unos instantes no recordé dónde estaba. No reconocía el lugar. Fue algo pasajero, pero en ese momento entre el sueño y la conciencia, me sentí muy solo y extraviado. Me destapé de la sábana, que olía a intensa y agradable lavanda. Las persianas estaban bajadas dando la sensación de nocturnidad, pero el bullicio callejero desdibujaba esa ilusión artificial.

Sin hacer ruido, me vestí a toda prisa, oculté la pistola con silenciador en la parte delantera de mi pantalón, en horizontal al cinturón. La otra a la espalda, lista para abrir fuego. Los cuchillos a las caderas. Me puse la gorra y la bandana al cuello. El pelo tan largo se obcecaba en taparme los ojos. Miré la documentación del cretino pervertido, Samuel, nacido en el 72. La guardé. Abrí la puerta entornada del único dormitorio del apartamento. Chloe dormía plácidamente abrazada a un oso de peluche bastante grande. Con la luz que se colaba por las rendijas de la persiana, pude ver otros tantos agolpados en las estanterías. Me pareció que pretendía construir la ausencia de una infancia arrebatada. Dejé quinientos dólares en la pequeña mesita del salón junto a una nota que le escribí: «Gracias de todo corazón, Chloe. Has sido otro ángel en mi camino. Espero poder verte pronto. Tu amigo, Dustin».

Cerré la puerta principal con mucho cuidado y salí del bloque de apartamentos. El coche de Samuel ya no estaba. Eran casi las dos de la tarde. Me crucé con maleantes. Alguno se me quedó mirando, con ojos territoriales. Entré en una tienda de empeños y compré unas gafas de sol de segunda mano, casi cuadradas, de montura y cristales oscuros. Frente a mí, una pintarrajeada cabina de teléfono. Descolgué, y froté el auricular y el micrófono con mi ropa; daba señal. Metí las monedas del cambio y marqué un largo número de teléfono.

—¿Sí? ¿Dígame?

Me quedé callado escuchando su voz. Un coche de policía circulaba lentamente a ras del bordillo. Se detuvo un par de metros antes de la cabina. Los dos agentes tenían sus ojos clavados en mí.

—¿Diga? ¡Diga!
—Padre Damián —dije con voz derrotada, conservando a duras penas la entereza.
—¿David? Hijo, ¿qué pasa? —exclamó, alarmado.
—Padre, necesito ayuda.

CAPÍTULO 29. **TOCANDO FONDO**

- *CIUDAD DE NUEVA YORK, SUDESTE DEL BRONX, OCTUBRE DE 1996*

—¿Qué puedo hacer por ti, hijo? ¿Qué ha pasado? —Le noté preocupado.

—Padre, tiene usted que hablar con su jefe, necesito que me eche un cable. Estoy en un apuro difícil.

—Cuéntame, hijo mío —contestó sin interés morboso, más bien terapéutico.

—No puedo, padre. No puedo contárselo a nadie. —Suspiré de sufrimiento, de forzada soledad.

—Bueno, mira, David, escúchame con atención. Lo primero que debes hacer es expulsar el desánimo de tu interior. La buena actitud frente a las dificultades es la clave determinante. Ante un problema debes cambiar el enfoque. Planteártelo como un desafío. ¡Debes tomar la decisión activa y persistente de resolverlo! ¡Estar convencido de que no podrá contigo! ¡Porque tú eres capaz de resolver tus propios asuntos! ¡Y así nada te vencerá!

En ese momento, los dos agentes bajaron del coche patrulla. Caminaban hacia mí con una tranquilidad exagerada. Uno de ellos mascaba chicle, con gafas de sol tipo aviador, rubio, lechoso y sonrosado. Este caminaba con la mano derecha apoyada sobre su pistola reglamentaria. Los dos altos y fuertes. El otro, el moreno, parecía menos arrogante, más sencillo.

—Disculpe, padre, pero justo ahora mismo tengo delante a dos policías, y creo que quieren hablar conmigo.

Estaba asustado, llevaba encima dos armas blancas y dos pistolas. Pero ya estaba mentalmente derrotado, cansado de huir, de esconderme. Me puse el auricular en el hombro y me quité las gafas de sol, por educación y para que distinguieran bien mi rostro.

—Buenos días, agentes. ¿Qué puedo hacer por ustedes? ¿Cuelgo? —El rubio se adelantó a interrogarme.

—No. No cuelgues. Espera. No te conocemos de nada. Tú no eres de por aquí, ¿verdad? —preguntó retóricamente.

—No, señor. He venido a ver a una amiga, yo vivo en Newark —le dije honestamente.

El policía moreno se quedó mirándome, dubitativo. Entonces en un perfecto castellano, eso sí, con acento latino, se dirigió a mí.

—¿Con quién hablas, muchacho? —Su voz seria y autoritaria transportaba en el aire su desconfianza y a la vez una gran seguridad en sí mismo.

—Estoy hablando con el padre Damián, un buen amigo mío que está en España.

El policía moreno se echó a reír y se lo contó a su compañero en inglés americano; lo comentaban entre ellos burlándose. Dando por hecho que yo era un embustero, o eso parecía. En la placa identificativa del rubio se podía leer Douglas, y en la del moreno, Sánchez.

—¿Puedo hablar con el padre? —me preguntó mientras cogía el auricular de mi hombro sin permiso alguno.

Me eché a un lado, atropellado por su corpulencia. El policía se puso al habla. Resaltaba el tono escéptico. Debían de estar acostumbrados a que todo el mundo les mintiera y desconfiar por sistema.

—Buenas tardes, ¿hablo con un sacerdote? —inició la conversación el policía—. Yo soy el agente Sánchez, de la Policía de Nueva York.

Se hizo un pequeño espacio mudo. El compañero de Sánchez y yo mirábamos y escuchábamos con atención, ambos con la curiosidad de un niño expectante.

—Yo no tengo que asegurarle que habla con la policía, es usted quien debe demostrarme que es cura.

El policía Douglas me miró fijamente. Enseguida, comprendí el mensaje secreto de su mirada, me estaba pidiendo una traducción simultánea, y así lo hice. Me alegré de hacerlo, porque, de lo contrario, se le hubiera podido ocurrir registrarme.

—La verdad es que nunca me he parado a pensarlo —traduje para el agente Douglas —. Entonces, ¿usted piensa que los números de teléfono para llamar a la policía, tanto aquí con el 911 como allí con el 091, pueden estar basados en el salmo 91?

Traduje sin prisa.

—La verdad, padre, es que desconozco lo que dice. —De nuevo, se hizo un breve espacio en el tiempo—. Si hiciera el favor, estaría agradecido de escucharlo.

Y el tiempo pasaba y pasaba con el agente Sánchez escuchando con una extraña expresión que poco a poco le iba cambiando el semblante, contenido, casi emocionado diría yo.

—¡Venga, muchacho! Haz el favor, saca todo lo que lleves en los bolsillos y ponlo sobre el capó.

El agente Sánchez levantó su dedo índice sobre los demás, ordenando que esperase, cogió unas monedas de su bolsillo y las introdujo en la ranura de la cabina. Sin saberlo, el padre Damián me estaba librando de un grave problema.

—Muchas gracias por su bendición, padre. Ahora mismo le pongo con mi compañero —traduje literalmente—. Douglas, ¡ven aquí! Ponte al teléfono —ordenó el agente Sánchez.

Me di cuenta de que las divisas en su hombro eran distintas, más sobrecargadas, por eso llevaba la voz de mando. Su binomio hizo un gesto de apuro, refunfuñón, como queriendo negarse, pero a la vez sujeto a la obediencia debida. El agente Douglas cogió el auricular.

—¿Sí?

Caí en la cuenta de que el padre Damián hablaba muy bien el inglés, y recordé que había sido un entregado viajante misionero, hombre de mundo, ayudante incansable y humilde por los cinco continentes. Solo la caducidad de su cuerpo, manifestada en vejez, le hizo renunciar a sus viajes, porque según él recibía más atenciones de las que daba. El agente Sánchez se dirigió a mí, mientras su compañero conversaba con tono respetuoso por teléfono.

—Me ha dicho el cura que has recibido una importante beca de estudios. Que eres un genio de las matemáticas y la arquitectura. Bien, todo eso me parece estupendo. Pero escúchame atentamente, porque en este terreno el experto soy yo. Si continúas

frecuentando este barrio, tendrás problemas. Aquí la vida, el delito y la muerte bailan juntos y la canción no es lenta. Este no es lugar para un joven forastero e ingenuo, cuyos principios y valores, lejos de ser una ventaja, son una debilidad. —Me miró con severidad—. No lo olvides.

—Disculpe. Entonces, ¿es que aquí no hay buena gente?

—Los mejores hombres y mujeres del mundo, a menudo, han salido de barrios como este. Pero ellos han tenido la fortaleza mental de hacerse respetar, de ser un camaleón, de meterse en el bolsillo el cariño del bueno y del malo, y de aprender de los errores de otros. De aprovechar sus escasas oportunidades al máximo. En definitiva, de reinventarse. Así es que no insultes a la buena gente de mi barrio, ¿vale?

Me daba pequeños golpecitos con la yema de su dedo índice en el pecho. Era algo más paternal que policial.

El agente Douglas se despedía por teléfono, dándole las gracias al padre Damián por su bendición. Metió unas monedas en la cabina y me pasó el teléfono.

—En este distrito cualquier protección es bienvenida —me dijo el policía, levantando mi gorra y despeinándome el pelo con su mano. Y se montaron de nuevo en el coche policial, marchándose sin más.

Sentí alivio, pero también malestar: la incómoda sensación del impostor.

Me desahogué hablando con mi querido amigo, el padre Damián. Le dije que ahora tenía unos problemas que solo yo podía solucionar. Que iba a estar un tiempo desconectado. Que no se preocupara nadie. Él insistía en saber qué pasaba, pero yo tampoco tenía respuestas. Le dije que no podía regresar a la residencia, que me había metido en un lío. Que tranquilizara a mi madre si la llamaban. Que estaba procurando controlar la situación. Le pedí que rezara por mí. Y, lo más duro de todo, que les dijera a mis tíos, a Kingsley, a mis padres y a él mismo que los quería mucho.

El padre Damián se preocupaba más y más con cada una de mis afirmaciones.

—Tengo que colgar, padre.

—¡No! ¡Espera, David! Tranquilo, cuéntame los detalles.

—No, no puedo, padre. Perdóneme por pedirle este amargo favor. Cuídese mucho. Un abrazo muy fuerte.

Y colgué, con la prisa que lo hace un cobarde.

Caminé sin rumbo fijo y llegué a la estación de metro de Parkchester. El ensordecedor traqueteo de los trenes y el ruido de sus frenos invadían todo el ambiente, los convoyes circulaban al aire libre. Entré en el vestíbulo y me dirigí a los aseos. El olor a orina se mezclaba con el de lejía vertida. Cerré la puerta y la sujeté con mi espalda desde dentro de ese pequeño cubículo de pretenciosa intimidad. No había retrete, solo un agujero en el suelo y dos plantillas con forma de pies, como en una caseta de feria donde hacer puntería. Me dediqué a lo mío. Hice recuento. Algo más de mil seiscientos dólares. Dejé en mi bolsillo ciento treinta dólares y el resto me los metí en los calzoncillos. Me paré a pensar qué hacer.

Compré una mochila, una sudadera, un par de camisetas, calcetines y ropa interior, cepillo y pasta de dientes, desodorante, cuchillas de afeitar, un peine, y después me quedé con unos dólares sueltos en el bolsillo. Era urgente encontrar un lugar donde estar, especialmente antes de que llegase la noche. La paranoia comenzó a apoderarse de mí y a predominar en mis pensamientos. No me atreví a ir a un hostal.

No me atreví a ir a una estación de autobuses ni de trenes. Cada vez que me cruzaba con alguien bien vestido, con traje y gabardina, lo evitaba desde la distancia. El hambre y la sed hacían acto de presencia, pero quise evitar los lugares públicos y el gentío. Entré en una pequeña tienda de alimentación regentada por un hindú. Compré un batido de yogur, una barra de pan, agua y un par de plátanos. Esa sería mi cena.

Los rayos de sol se difuminaban en el firmamento de la gran ciudad, y la noche de nuevo reclamaba su tiempo. Me senté en una pequeña plaza interior, alejado del tráfico, alejado de la policía, de la gente, y comencé a cenar. No hay nada más triste que comer solo. Trataba de ordenar mis ideas, tener en cuenta todos los detalles, pero nada me hacía comprender qué quería esa gente de mí.

Un hombre desaliñado y sucio empujaba un carrito de la compra lleno de mantas y objetos. Tras de sí, un pequeño perro con aspecto orgulloso y feliz le seguía animado. Al pasar a mi lado, me saludó con una sonrisa, dándome las buenas noches. Le devolví el saludo forzando un gesto de alegría. Su perrito se me acercó, subió sus patitas sobre mis rodillas y con la lengua fuera, meneando la cola, me ladró reclamando atención. Su amo proseguía el camino sin volver la vista; solo cuando lo acaricié durante unos segundos se conformó satisfecho y regresó junto al nómada.

Brillos de amabilidad.

Cada vez era más tarde y no tenía adónde ir. Por aquella plaza pasaba un gran número de maleantes acompañados de sus invisibles rojizos. También se veían pasar obreros; algunos vestían con mono de trabajo y otros, simplemente, regresaban derrotados con la bolsa del almuerzo vacía. Poco a poco dejó de pasar gente y me quedé completamente solo, en penumbra, ahí sentado. Me puse en modo superviviente. Me dije a mí mismo que no me iba a venir abajo. Que saldría de esta. Que el llamado orden no me daría la espalda, porque yo siempre había procurado hacer el bien, y el destino me ayudaría. Me animé y pasé a la acción.

Saqué mi cuchillo, ocultándolo con la sudadera, y corté la parte central del envase del batido, consiguiendo un plástico cuadrado, pero con cierta memoria cilíndrica. Me lavé las manos y el plástico procurando no malgastar el agua. Frente a mí había un portal de hierro forjado, oxidado y deslucido. Su cristal estaba agrietado, mal remendado y unido con trozos de cinta adhesiva que algún día fueron transparentes. Con mi mochila al hombro, coloqué la sudadera sobre mi antebrazo derecho y metí el plástico en la hendidura que quedaba entre la puerta y el marco. Desde arriba la hice resbalar hasta que llegó al obstáculo que esperaba, el pestillo. Hice girar sobre sí mismo el trozo de envase, empujando, y la puerta se abrió como por arte de magia.

Subí hasta la última planta y me tumbé en el rellano de acceso a la azotea, por donde nadie tenía que pasar. Me quedé dormido, sentado, con la espalda dolorida y apoyada contra esa puerta de metal que se descascarillaba con el contacto. El frío que hacía de noche se te metía en los huesos. Me desperté en vigilia para ponerme todas las camisetas a la vez, pero, aun así, no remedié los temblores ni el castañeo de mis dientes. Es curioso cómo, en un momento dado, cualquier persona se puede ver atrapada en la espiral de la necesidad.

Dormía poco y mal, y eso mermaba mi capacidad de razonar. Se me escapaba el día entero solventando lo más básico de un ser humano. La alimentación, la higiene, el descanso y mi seguridad se volvían a diario tareas pedregosas que ocupaban todo mi

tiempo. El hombre es un animal de costumbres y qué cierto es. Cada día acudía a los mismos sitios, evitando los lugares concurridos. Por la noche subía hasta la quinta planta de aquel rellano, pero ahora lo hacía con un par de cartones para el suelo, una bolsa de papel triturada como almohada y otra con papel de periódico. Arrancaba las hojas de las grapas sin hacer ruido e introducía los gurruños entre las camisetas; lo mismo hacía en los pantalones y en la capucha de mi sudadera. Era simple, pero muy efectivo contra el frío. El vaso de una hamburguesería se convertía en mi baño portátil y día a día, del dinero que tenía al principio, cada vez me iba quedando menos.

Como cada noche, arranqué las hojas de un manoseado periódico. Un titular en el interior detuvo por unos segundos mi ritual nocturno. Se podía leer:

> Detenido el doctor Fraude, apodado así por la policía, gracias a la ayuda de un ciudadano anónimo y misterioso. El doctor se dedicaba a secuestrar a menores de edad para vender sus órganos a familias de Estados Unidos y Canadá. El desconocimiento de las familias desesperadas favorecía el pago de una cuantiosa cantidad de dinero, haciéndoles creer que el origen de los órganos vitales procedía de una asociación independiente de donantes.

Me quedé perplejo leyendo la página y, por un momento, sentí orgullo, sobre todo de Claudia. Luego, me puse en la piel de esas familias, destrozadas por las pruebas de esta vida, y sentí mucha pena, pude comprender su dolor, y su involuntaria e incorrecta complicidad con el Huesudo.

Casi sin darme cuenta, fueron pasando los días. Cuando entraba a comprar en una tienda, los dependientes me vigilaban, señal de que mi aspecto no vivía su mejor etapa. Algunos me negaban la entrada con la mochila, pero solo era un pretexto. Otros eran más directos, invitándome a abandonar el establecimiento con sutiles empujones y susurros amenazantes al oído, al tiempo que frente a sus clientes más aseados mostraban la más falsa de sus sonrisas. La marginalidad se apoderaba de mi identidad. Todos los días entrenaba un par de horas utilizando el mobiliario urbano como gimnasio improvisado.

A menudo pensaba en todo lo que poco a poco había ido perdiendo, y ya no estaba tan seguro de que El Orden cuidara de mí. De un modo u otro, las circunstancias, el temor y la indigencia hacían que el mundo me diera la espalda, y yo, con aceptación, también le mostraba la mía. Había tirado la toalla y, lo peor de todo, me estaba conformando.

Analizándolo ahora, la realidad era bien distinta. La verdad es que yo solo era un muchacho con viejos recuerdos, con extrañas percepciones y con mucho miedo. Había pensado repetidamente en las palabras que compartimos el rojizo y yo, pero, visto lo visto, nada era fiable. No me podía agarrar a nada de eso. Lo único valioso que tenía, seguro y tangible, era mi gente. La de Asturias y la de aquí. Echaba de menos las comidas en familia. Ir al puerto con mi madre. A mis tíos. Los días de chicas felices en la playa con mi hermano Kingsley. Los viajes en barco, las conversaciones con mi padre y sus silencios con la mirada fija en el horizonte. Y ahora también echaba de menos a Claudia, que sin saberlo tanto me había ayudado. Añoraba su amistad, su carácter, la calma de su compañía, sus tontas locuras, su estilo fuerte y tierno. Pero la

nostalgia más poderosa de todas la sentía por alguien de otra vida. Era una cuenta pendiente. Un sentimiento incómodo de algo por hacer. Una promesa por cumplir. Y no se desvanecía con las adversidades. Nunca.

Me acosté como siempre, en ese rellano por el que circulaban las cucarachas, cual polizón y fugitivo, pensando en todo eso. Una lágrima me resbaló hasta el oído. No la limpié. Como si no hubiera pasado. Y le pedí por vez primera a El Orden, al universo, a Dios, a lo que fuera que me ayudase.

Estaba profundamente dormido. Un sentimiento familiar me sobresaltó en mitad de la noche.

—¡Cuidado! —Era la inconfundible voz de un guardián.

Me desperté de golpe. Mis ojos se abrieron de par en par, intentando adaptarse a la luz de la escalera. Entonces pude distinguirlo. Un hombre gordo y alto, rudo, en calzoncillos y con camiseta de tirantes blandía un bate de béisbol entre las manos.

—Maldita basura, ¡se te van a quitar las ganas de dormir aquí!

Levantó el bate sobre sus hombros, como lo haría un leñador, e intentó golpearme las piernas con todas sus fuerzas. Las recogí de inmediato, y el batacazo sonó contra el suelo como el estruendo de un cañonazo. Me puse en pie y saqué las dos pistolas de mis pantalones. Le escuché tragar saliva, dando pasos hacia atrás.

—Tío-tío-tío, espera.

Con toda tranquilidad, guardé las pistolas en mi mochila. Noté el calor de la adrenalina, el bombeo de mi corazón. Aun así, me obligué a templarme. Me quité la sudadera y las camisetas, cayendo los gurruños de papel por el suelo.

—No te preocupes. No voy a usar armas contra ti. Solo mis puños, mis codos y las piernas. Puedes quedarte el bate si crees que te servirá de algo.

Mi cuerpo musculado estaba lleno de suciedad, ennegrecido por la ropa sucia transferida del suelo y los cartones mugrosos, oscuro de entrenar y vagar por las calles. El gordo, cobarde, tiró el bate al suelo y rechazó el reto. A toda prisa se metió en su casa, cerrando con llave. Lleno de rabia, cogí el bate y empecé a golpear la puerta con todas mis ganas.

—Maldita basura eres tú, ¡¿me oyes?! Basura, ¡no tienes vergüenza! —Se me saltaban las lágrimas de impotencia y rabia—. ¡No tienes corazón! Qué sabes tú de mí, ¿eh? ¡No tienes alma! —exclamaba a gritos entre llantos furiosos; le oía resoplar agitado en el interior.

Tiré el bate al suelo. Me temblaban las manos. Las lágrimas me caían por el rostro, por el cuello, mezclándose con el sudor de mi pecho. Me di la vuelta y el rellano estaba invadido de sombras alargadas, de guardianes inmóviles y mudos. Notaba que se compadecían de mí. Se fueron desvaneciendo casi a la vez.

Me puse la ropa, la gorra, la bandana, y cogí la mochila. Tenía que irme de ahí. Mientras pasaba por los rellanos, a oscuras, podía ver la tímida luz de las mirillas curiosas y expectantes de los vecinos. Me disculpé diciendo «lo siento» en cada una de ellas.

El aire frío de la madrugada surcaba las calles del Bronx. Era algo menos de las dos. Un taxi permanecía parado en la esquina, con la luz interior de cortesía encendida. Me acerqué caminando despacio; pensé para mí: «Si sigue allí cuando llegue, intento cogerlo». Me di cuenta de que cuanto más me acercaba, más lentos y cortos eran mis

pasos. Como-como si yo mismo no quisiera cumplir con mi pacto. Me coloqué frente al taxista, que pasaba el paño sobre el salpicadero. Mis ojos clavados en él parecieron advertirle de mi presencia. Dejó de limpiar. Se me quedó mirando, muy serio, adivinando mis intenciones. Era un hombre sencillo, moreno, con el pelo ondulado, de espeso bigote y rostro acartonado. Sus ojos negros recordaban la profundidad del mar en la noche, y su nariz rechoncha y redondeada decoraba su rostro con un aire de bondad.

Yo debía de tener la cara del drama. La pena con patas. De pronto, una gigantesca sonrisa de él hizo que pareciese una bombilla encendida.

Yo me quedé extrañado; últimamente, nadie quería ser agradable conmigo. Comenzó a mover la mano, indicándome que me acercara. Se bajó del taxi y continuó con las señales para que le siguiera, con cara de tener un tesoro secreto y misterioso. Dudé y por unos segundos me quedé allí inmóvil, frente al viejo Checker. El taxista abrió el maletero y se asomó por un lado, con esa expresión que ponen los niños pillos.

—Corre, ven. Vamos.

Me acerqué apático, manteniendo un poco la distancia. Hizo que sonriera. Un gran termo de café con leche, vasos de plástico y una bandejita con bollería.

—Chaval, acércate. Tú y yo nos vamos a tomar un café juntos, ¿te animas? ¡Ajá!, te has reído. Espero que te guste bien cargado.

Y empezó a servir los vasos. Me lo acercó y se sentó sobre el vano del maletero.

—Coge uno. Son las mejores *ciambelle* italianas que puedes probar en Nueva York.

Cogí uno de esos bollos, parecidos a los donuts, y la verdad es que estaba riquísimo.

—¿Por qué? —pregunté al taxista, refiriéndome a su invitación.

—Pues porque tengo café y bollos de sobra, y has llegado justo a tiempo. Así de simple.

A la defensiva, todavía me sentía incrédulo frente a ese acto de bondad. Había perdido la fe en el semejante, ya no creía en el bien de los demás. En el desinterés de una persona buena.

—Necesito ir a Newark.

El taxista arqueó ambas cejas, algo sorprendido.

—Puedo apañarlo, no es problema. Por cierto, me llamo Flavio. —Extendió su mano hacia mí.

—No tienes que apañarlo, Flavio, te pagaré. —Saqué unos cuantos billetes del bolsillo para demostrárselo. El taxista continuó comiéndose el bollo, con la mirada clavada en el suelo, como si le hubiera chafado la oportunidad de ayudarme un poco más—. Disculpa mi arrogancia, Flavio. Esta noche, antes de acostarme, hice una plegaria pidiendo ayuda. Y ahora, que me he cruzado contigo, empiezo a creer que ha sido escuchada.

—Exageras, muchacho. Solo soy un humilde taxista en el turno de noche. Nada más que eso. ¡Venga! Cuando quieras, tiramos millas a Newark —dijo, con una palmada en el aire, frotándose las manos del frío.

—¿Puedo montar delante? —pregunté con respeto. Él puso cara extrañada.

—En este barrio me han pedido de todo. Hasta que los lleve en el maletero, ¿cómo no voy a querer que te pongas a mi lado? —Y se desternillaba recordando la anécdota—. Y después de un buen rato, salían del maletero, colocándose el-el… —le interrumpía

su propio ataque de risa— el traje y me preguntaban: «¿Estoy elegante?». A saber, qué oscuros chanchullos se llevarían entre manos.

Flavio no podía parar de reír.

Quise reírme con él, pero no podía. Me sentía desolado.

CAPÍTULO 30. **CONTROVERSIA**

- *SUDESTE DEL BRONX-NEWARK, NOVIEMBRE DE 1996*

Recorría el camino de vuelta. Retornando al punto de origen. Camino hacia el peligro, hacia esa realidad que me había negado a afrontar escudándome en la indigencia forzosa. Flavio no dejaba de conversar, el trayecto era largo y el silencio un compañero incómodo. A mitad de camino, apareció de golpe. Yo no sabía cómo reaccionar ni qué estaba ocurriendo. Flavio continuaba contando anécdotas y disfrutando al compartirlas, historias triviales. Yo le seguía la corriente como podía, pero, por el rabillo del ojo, no podía ignorar la presencia de ese guardián sentado sobre el asiento trasero del viejo Checker.

Ajeno a la conversación, observaba el paisaje por la ventanilla. Otra vez la voz profunda, ronca y predominante del guardián se reveló. Por reflejo, miré al asiento trasero tras la butaca de Flavio.

—Tienes que darle un mensaje por mí. Bien sabe él que lo he intentado, pero siempre ha tenido miedo; por eso, ahora que estás aquí, necesito que me hagas este favor.

—Yo disimulé como buenamente pude, clavando la mirada al frente, a la carretera.

El guardián me explicó, al mismo tiempo que el bueno de Flavio continuaba conversando con entusiasmo. Los pelos se me pusieron de punta, y un nudo en el estómago crecía con cada una de sus palabras. Lo que me suplicaba su guardián era sencillo y a la vez muy difícil.

—Oye, Flavio, perdona que te cambie el tema. Y, viendo que eres un hombre bueno, solidario y de gran corazón, con tanto mundo recorrido, me gustaría preguntarte algo.

—Gracias por los piropos; a ti también se te ve un buen chaval. Venga, adelante, pregunta.

—¿Crees que ser bueno tiene recompensa?

Quería conducir la conversación a mi terreno, pero también conocer su opinión sobre el tema. Él no dudó ni un solo segundo, pero le notaba seleccionar las palabras con cautela, parecía que se agolpaban por salir de sus labios.

—Por supuesto. Nada reconforta más al alma que hacer el bien por los demás. Ser honesto. Ser justo. Tender la mano. Sentarte junto a alguien, de igual a igual, sin juzgarlo, y compartir un buen rato con algo tan simple como una buena conversación. Cuando haces el bien, hasta por una mala persona, esta siente la necesidad de ser mejor contigo. Quizá no bueno, pero no tan malo. No sé si me explico.

—¿Y cómo sabes que haces lo correcto? Me refiero, espiritualmente, con las decisiones difíciles.

—¿Espiritualmente? —Reflexionó unos segundos para ofrecerme una contestación sencilla y auténtica—. Hacer lo correcto es aquello que te hace feliz a ti y no hace infeliz a otro. Pero a veces este mundo es muy complejo. Una vez, en ese mismo asiento que ves atrás, dos muchachos, algo mayores que tú, se repartían las

pertenencias de un robo con navaja. Lo celebraban contando el dinero de la cartera, mientras se jactaban de lo estúpida que había sido su víctima. Estaban tan contentos e inmersos en el éxtasis que ni tan siquiera repararon en que les estaba llevando directamente a comisaría. Aparqué en la puerta, que siempre está prohibido, y, como era de esperar, salieron varios policías a regañarme. Los dejé encerrados dentro y les expliqué todo a los agentes. ¿Hice lo correcto? Sí. ¿Les hice felices a ellos? Espero que sí, al menos a largo plazo. Les di la oportunidad de cambiar. De pedir perdón. De corregir. De mejorar.

—Te sonará extraña esta pregunta. No quiero que pienses que estoy loco o algo parecido. ¿Alguna vez has presenciado una aparición? ¿Algo misterioso, inexplicable? —Noté que cambiaba el tercio. Hizo un gesto con la cabeza, como una especie de tic —. Si te da cosa hablar del tema, lo dejamos. No te quiero incomodar, Flavio, aunque tu reacción te delata.

—¿Por qué me haces esta pregunta? ¿Tú has visto algo, alguna vez? —replicó en tono defensivo.

—Yo he preguntado primero —dije arqueando una ceja, para aliviar tensiones.

—Bueno, pues tiene gracia que me lo preguntes, porque hace bien poco tuve una visión aterradora. Creo que vi a un ser alado del inframundo, demoníaco. Me dio tanto miedo que salí por piernas. Estuve investigando sobre estos fenómenos paranormales y descubrí que lo que había visto era el Mothman, el hombre polilla.

De nuevo, esa voz rotunda y grave eclipsó todo el sonido.

—¡Era yo! ¡Explícaselo! ¿Qué polilla? ¿Qué dice este hombre? ¡Era yo, el de Central Park al anochecer!

—Vale, Flavio. Déjame que te explique y conteste a tu pregunta. Yo también he visto algo. De hecho, a menudo. Es más, ahora mismo estoy viendo a tu «polilla».

El rostro de Flavio parecía desencajarse entre miedo y congoja, para después transformarse en la expresión del que piensa que le gastan una broma. La fuerte voz del guardián se quejaba.

—¡No me gusta que me llamen polilla!

Reí con gusto, porque por una vez parecía que yo controlaba un poco la situación y me resultaba cómico el enfado del guardián.

—Flavio, no es una polilla. —Se desabrochó un botón de la camisa y extrajo el colgante cristiano de la cruz—. Es un ángel de la guarda. Me ha dicho que lo viste en Central Park, al anochecer. ¿Es así? —Aminoró tanto la marcha que circulábamos casi parados—. Quiere darme un mensaje para ti. Sobre tu padre, Lucca. Dice que está muy enfermo. Que se lo quiere llevar, pero que él se niega porque no queréis despedirle en paz.

Flavio comenzó a llorar. Las arrugas de su rostro inmutable se convertían en afluentes discretos de dolor.

—Reúne a la familia, todos juntos, y durante un valioso tiempo tu padre recobrará todo su esplendor, toda su vitalidad. El guardián se ocupará de ello. Aprovecha para decirle todo lo que sientes y lo mucho que le quieres, y ten presente que para una persona como tu padre la muerte es el inicio de una existencia mucho mejor, un premio. —Se hizo un hueco de vacío—. Ahora me da las gracias por haber hecho de hilo conductor, y me dice que cuando te equivoques de camino con el taxi, no te

enfades, que es tu guardián quien lo provoca para protegerte. Que no cambies nunca tu forma de ser. —Chasqueé la lengua—. Se está desvaneciendo, Flavio. Se va. Se ha ido.

Detuvo el taxi junto a la acera, medio cruzado, y se bajó del coche. Caminó unos cuantos pasos. Se enjugó los ojos con la manga de su camisa y se sentó en un banco de metal, con la mirada al cielo. De vez en cuando miraba hacia el taxi, comprobando si permanecía allí, encajando lo que le había dicho. No me quedaba mucho por llegar a mi destino. Dejé el dinero de la carrera sobre el velocímetro y me bajé. La puerta chirriaba al abrirse y sonó a hojalata dura cuando la cerré con cuidado. Flavio se levantó de golpe.

—Por favor, déjame que te lleve. Sube de nuevo al taxi —insistía con apremiante sensación de compromiso incumplido.

—Ya estoy al lado, Flavio. Siento mucho lo de tu padre y lamento que nuestra jocosa conversación se haya desviado a la tristeza. De todos modos, para mí ha sido todo un privilegio poder conocerte. Debes de ser alguien muy especial para que los guardianes revelen su existencia ante ti, somos una excepción.

Todavía con los ojos vidriosos, cogió mis manos entre las suyas. Observé el contraste. Las de Flavio estaban suaves, limpias e inmaculadas. Las mías cubiertas de una sucia costra, con el borde de las uñas ennegrecido. Vi sus intenciones. Quería besar mis manos. Lo impedí con un movimiento brusco, casi grosero.

—Prefiero que nos demos un abrazo, si te parece bien. —Significaba mucho más de lo que pudiera parecer. Agradecimiento. Ayuda mutua entre dos extraños unidos por las adversidades, por las inclemencias, por los misterios de la vida, y que, sin pronunciar palabra, se deseaban suerte y fortaleza para afrontarlos.

Eché el asa de la mochila al hombro y caminé en dirección a la residencia. A lo desconocido. Dirección al miedo. Me encontraba a escasos minutos de mi destino, pero tampoco quería exponerme demasiado. Al llegar a la residencia, desde lo lejos, todo me parecía en orden. Nada llamativo en derredor. La tintineante luz de las farolas alumbraba el perímetro ausente de esos vehículos todoterreno, de personas vestidas de negro, y de bolas naranjas volando por el aire. A la entrada de la residencia, la gélida luz blanca de los tubos de neón iluminaba el interior del puesto de control de acceso, donde el guarda, muy seguramente, estaría echándose una cabezada.

Frente a esa entrada, un poco ladeada, había una cabina telefónica. Quité mi bandana del cuello, la usé para aflojar la bombilla del techo y se hizo la oscuridad. Eché unas monedas; la señal sonaba continua por el auricular, pero no me decidía a marcar. El tono se volvió intermitente y tuve que colgar. Cogí aire y volví a introducir las monedas. Esta vez marqué el número de la residencia. Oía el timbre sonar en el puesto de control, casi frente a mí.

—Residencia estudiantil de Newark, ¿dígame? —contestó una voz carrasposa y masculina. Insistió—: ¿Dígame?

—Buenas noches. Soy David Fonseca. Ya sé que es muy tarde, que no son horas, pero me gustaría, si es posible, hablar con mi tutora, con Paloma.

—Chico, ¿eres tú? Tienes a medio mundo revolucionado, han venido aquí los jefazos. ¡Aquí! ¿Te lo puedes creer? Todos te están buscando. ¿Dónde estás?

—Eso no importa. Tengo que hablar con Paloma. ¿Se puede o no?

—Paloma ya no es tu tutora, tengo que avisar a otro departamento externo. Me tienes que decir dónde estás. Por lo visto, es algo grave, pero aquí nadie me cuenta nada.

Comencé a ponerme nervioso y a cuestionarme si había sido buena idea.

—Déjelo. Gracias de todos modos.

Ya había separado el auricular para colgar, cuando escuché la voz del bedel.

—Te paso con Paloma. No cuelgues. Ella sabrá más que yo, porque a mí nadie me cuenta nada. Que se haga cargo ella —afirmó en tono quejoso.

Los segundos transcurrían eternos, marcados por el tono telefónico en mi oído. Una luz se encendía en la última planta, la tercera. Ahora todos mis pensamientos se centraban en lo que hablaría con Paloma. Seguía siendo esclavo de mis secretos, esclavo de las mentiras. Y en mi cabeza, en ese momento, solo había imaginación para las excusas inventadas. Historias huecas y vergüenza por verme obligado a defender mi singularidad con engaños.

—¿Dígame? —La oxidada voz de Paloma se escuchaba sobresaltada en medio de la noche. Un sigiloso sonido llamó mi atención y me hizo permanecer en silencio—. David, ¿eres tú? —inquirió nuevamente.

—Silencio, Paloma. Creo que están aquí. ¡Qué estúpido he sido!

—¿Dónde estás? ¿Dónde? ¡Dímelo! ¡Estás cerca, lo noto!

Tapé con la mano el auricular para escuchar el entorno. De nuevo, mi corazón se agitaba descontrolado en mi pecho. Abrí la cremallera de mi mochila y a toda prisa saqué una pistola. Me aseguré de que estuviera lista para abrir fuego. El ruido era cada vez más cercano. Dejé caer el teléfono, que se agitaba en la cabina con el cable de acero tensado, moviéndose como un péndulo.

—¡Estoy en la cabina de enfrente! Me tengo que ir, no sé qué quiere esta gente de mí —exclamé sin pretender ocultar el miedo.

Me disponía a salir de la cabina, empuñando firmemente el arma frente a mis ojos, cuando el sonido de unos pasos reveló su identidad. Reaccioné de inmediato, sin siquiera dudarlo, no había nada que pensar. Escondí el arma *ipso facto* tras mi cintura.

Frente a mí se mostraba una niña pequeña, con no más de seis años. Su atención no se centraba en mí especialmente, sino que parecía distraída jugando con el suelo de pavimento a una rayuela de fantasía. Mi razón no comprendía lo que sucedía. ¿Qué hace aquí y a estas horas de la noche? ¿Por qué está sola? Salí de la cabina y la miré fijamente, sin poder dar crédito. Llevaba un vestido blanco, sencillo, con unos ligeros adornos en los hombros y un lazo a la cintura. Un pequeño bolso. Zapatitos limpios y brillantes. Su pelo rubio estaba sujeto por una diadema, todo a juego.

—¿Quieres jugar? —me preguntó con aire despreocupado y con la dulzura e inocencia propia de su edad.

Al mismo tiempo podía escuchar la inteligible voz del teléfono que pendía del cable. Algo no iba bien. El fuerte ruido de una ventana abriéndose con violencia desvió mi atención de la niña. Procedía del cuarto de Paloma. Mi guardián se mostró junto a mí, al mismo tiempo que un coche berlina al otro de la residencia arrancó hacia mi posición. Mis sentidos se colapsaban entre tanta información.

—¡Escapa, David! ¡Corre, vete! —gritaba Paloma desde su cuarto.

Parecía saber algo que yo desconocía.

La situación era confusa, y el peligro real, aquel coche que venía a toda velocidad era

la amenaza. Sentimientos enfrentados discutían en mi interior. Por un lado, lo sospechoso de la niña en ese contexto, y, por otro, mi obligación innata de protegerla. La duda siempre es una gran debilidad.

—¿Qué debo hacer? —pregunté acelerado a mi guardián—. ¡Estoy cansado de huir!

—Yo no puedo tomar decisiones por ti, ni interferir en ese sentido. Pero nunca estarás solo, ya deberías saberlo.

—Tenemos que irnos, este lugar no es seguro. ¡Venga, pequeñaja! ¡Nos vamos!

La cogí de la mano y con la derecha empuñé el arma. La niña no podía seguir mi ritmo, así es que la aupé con mi brazo izquierdo y comencé a perderme entre las calles aledañas. Un perro se abalanzó contra la valla medianera de un jardín, ladrando lleno agresividad y furia. Seguí corriendo, sin dejar de mirar el cielo, en busca de aquella bola naranja que, por fortuna, no aparecía. Con la nena en mi regazo, el bíceps se me agarrotaba irremediablemente; era doloroso, pero hice caso omiso.

En esa situación de peligro inminente, todavía tuve un instante para sentirme mal por manchar el precioso vestido de la niña con mi sucia ropa de indigente. Poco a poco parecía que los había despistado; entonces, a lo lejos, escuché el motor revolucionado de ese coche buscándome sin parar. Las cortinas de una habitación se asomaban por una ventana abierta, saqué mi linterna y eché un ojo al interior. Al otro lado, se alumbraba la sala de estar de una pequeña casa.

—Espérame aquí, no te muevas —le dije muy bajito, colocando mi dedo índice sobre mis labios en señal de silencio. Ella permaneció de pie, quieta y obediente.

Entré en aquel pequeño salón ayudado de mi linterna. Parecía la casa de una señora mayor, pero debía comprobarlo. Así era, una mujer de avanzada edad roncaba a placer en el cuarto que había al final del pasillo. Cerré su puerta y, sobre esta, coloqué apoyado un jarrón, de modo que si se abría el ruido me alertaría. Cerré también la puerta del salón y me asomé a la ventana, tendí mis brazos y cogí a la pequeña para meterla en casa. Me asomé y a lo lejos pude ver a alguien corriendo, cruzando la calle. El coche se paró a su lado, intercambiaron unas palabras deprisa y continuaron buscando. Yo cerré la ventana y eché la cortina.

—Escucha, princesa, esto es como jugar al escondite, no podemos encender la luz, ¿entiendes? Hay que estar muy quietos para que no nos descubran. Tenemos que ganar, ¿vale?

De pronto, mi guardián apareció en el salón; tras él había otros más. Empecé a preocuparme; me temía lo peor, alguien nos había seguido. Me asomé discretamente a la ventana, sin dejar de empuñar el arma, pero no veía nada fuera. Miré por aquel reducido salón para encontrar un lugar donde esconder a la pequeña si fuera preciso. Entonces, la niña se pronunció.

—¿Sabes? Eres un gran afortunado. Sin duda, eres tú. Es cierto. Eres el que puede ver más allá de lo visible.

Solté la cortina de la ventana, por la que me asomaba en un reflejo de vigilancia, y me volví hacia ella. Estaba de pie, totalmente quieta, con las manos tras su estrecha cintura. Conservaba toda esa imagen angelical que solo los niños pueden transmitir, excepto por un matiz, su mirada.

—Perdona. ¿Qué-qué has dicho? —pregunté tartamudeando de los nervios, con la garganta seca y el timbre de voz tembloroso.

Como si nuevamente necesitara escucharla, ahí, en ese desconocido salón completamente a oscuras y aderezado con olor a naftalina y puré de verduras.

—Me presentaré. Puedes llamarme Saya, aunque ese no es mi verdadero nombre. Seré directa. Tú eres la razón de mi presencia en este mundo.

Me quedé con la boca abierta, y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Me sentí engañado, y tras la imagen dulce e infantil pude ver al enemigo frente a mí. Por una parte, quería conocer más, pero, por otra, más poderosa y fuerte, me encantaría no volver a saber nada de todo eso. Supongo que es la penitencia de la virtud.

—No entiendo nada. Pero sal y diles a tus amigos que no molesten a esta pobre mujer.

La niña comenzó a aplaudir sonriente. No era cinismo, sino más bien condescendencia.

—Esos no van conmigo. Hoy he venido sola. Esos hombres están de tu parte. Pertenecen a esa comunidad colaborativa vuestra, esa cuya denominación no puede aludir con mayor profusión la necesidad atávica e individual de pertenencia y aceptación grupal, esa a la que llamáis Nosotros.

—¿Vas con los que me persiguieron la otra vez? —La niña, con inquietante seriedad y frialdad en el rostro, asintió lentamente—. ¿Quiénes sois? ¿Y qué queréis de mí?

—Deduzco que los tuyos no saben quién eres. Las preguntas serán contestadas a su debido tiempo. Si deseas acompañarme, podemos compartir nuestros conocimientos. No hay necesidad de ser enemigos. Te mostraré los enigmas de tu civilización. Te facilitaré todo aquello que desees: abundancia, poder, cualquier cosa que necesites para alcanzar eso que vosotros llamáis felicidad.

—Estaba muy tranquilo antes de conoceros y me gustaría seguir así. No me inspiras confianza.

—Está aquí, ¿verdad?

Miraba en derredor con la sonrisa satisfecha y la inquietud impresa en la mirada.

—¿Quién? —pregunté, como si fuera sueco.

—Tu protector —me dijo, esta vez clavándome la mirada y girando la cabeza levemente, en señal de confirmación asegurada.

—¡Aléjate de mí!

Encañoné a la niña con las dos armas apuntando a su cabeza. Nos separaban pocos metros. El sonido de la porcelana al romperse no desvió mi atención sobre la niña. Los pasos de la anciana se acercaban, sin duda, por el pasillo, rompiendo en trozos más pequeños los restos del jarrón. ¡Maldición! ¡La habíamos despertado! Un ingrediente más para ese coctel de locura.

—No puedes matar a aquello que ya está muerto. Dispara y compruébalo —afirmó abriendo los brazos en cruz, con las palmas hacia arriba y sin alterar su gélida mirada.

—¿Qué clase de criatura eres? —pregunté con desprecio por camuflarse en el cuerpo de una niña, y bajé las armas.

—Podría matar a esa anciana y no serías capaz de impedirlo. A no ser que cedas y vengas conmigo. —Lo dijo con una naturalidad pasmosa—. Y, quién sabe, quizá puedas averiguar algo más de lo que os ocurrió a Angie y a ti. Se llamaba así, ¿verdad?

Miré a los guardianes con aire de disculpa en los ojos. Habría luchado contra todo,

pero no quería medir la certeza de su afirmación, aquella señora no tenía culpa de nada. Y egoístamente, lo reconozco, necesitaba saber lo de Angie.

—No le hagas daño. Te acompañaré.

Sujeté el pomo de la puerta para impedir que la señora la abriera. Saya, como dijo que se llamaba, abrió la ventana y retiró la cortina.

—Tú primero —ordenó.

Solté la puerta y salí rápidamente, no sin padecer el sinsabor que persigue a los que se están equivocando. Una vez fuera, me ordenó desarmarme tirándolo todo al suelo, lo comprobó y me dijo que sujetara con fuerza dos pequeñas esferas que parecían de metal. Una inmensa luz brillaba desde el cielo en la noche cerrada; traté de mirarla, pero era cegadora. Al mismo tiempo, notaba que una fuerza tiraba de mí hacia arriba. Escuché al perro ladrar. Y, de pronto, casi sin darme cuenta, me vi suspendido en el aire, alzándome sobre la copa de los árboles. El vértigo era abrumador, un calambre recorrió mis piernas desde el vientre. Mezclada entre los excitados ladridos, una voz reconocible me gritaba desde el suelo. No había duda posible, era Paloma, que sofocada y angustiada me gritaba repetidamente:

—¡Busca el modo de volver, David! ¡Busca el modo de volver! ¡Vuelve!

Hincó las rodillas en el suelo, y lo golpeó con la mano abierta en un acto de impotencia y frustración. Era la confirmación de mi fatídico error.

Ensayo y error, el eterno trance del aprendizaje.

CAPÍTULO 31. **OTRAS FORMAS DE VIDA**

- *EN ALGÚN LUGAR INDETERMINADO SOBRE EL SUELO, NOVIEMBRE DE 1996*

Instantáneamente cambió la atmósfera. Ya no se escuchaban los gritos de Paloma ni los exaltados ladridos se mezclaban al aire. El silencio se hizo caótico dentro de aquella estructura. Di un puntapié en el suelo, pero no obtuve sonido alguno. Una cálida y cambiante luz comenzó a inundar progresivamente la sala. Cada centímetro de aquel lugar era iridiscente. Di una palmada y sonó hueco, muy corto, tan desconcertante que volví a repetirlo.

Una voz femenina llamó mi atención. De inmediato, me di la vuelta. Una joven, de algo más de veinte años, se mostraba ante mí tranquila, segura y sonriente. Hablaba un perfecto español. Rubia con el pelo liso, nariz respingona y pequeña, tez blanca y pómulos sonrosados, vestía pantalones ceñidos y negros, zapatos con un leve tacón, y jersey negro con camisa blanca asomando por el cuello. Por encima, una americana a medida discurría paralela al contorno de su cuerpo.

—Sé bienvenido. Acompáñame —dijo con un ademán.

—Un momento. Quiero hablar con Saya. —Una tierna sonrisa apareció en ella; me refiero a esa expresión entrañable que ponen las chicas al ver una camada de cachorros. Extrañada de mi inocencia—. ¿Qué ocurre? —repliqué—. ¿Qué lugar es este?

—Paciencia, querido amigo, paciencia. Relájate, no hay necesidad de estar tenso. Yo soy Saya, solo que con otro aspecto. Un cuerpo más acorde a tus parámetros mentales. No pretendo que nuestra comunicación se vea distraída por esa incongruencia racional.

De la sorpresa, se me cayeron las dos esferas que me habían llevado hasta ahí. Sin embargo, el suelo las absorbió sin hacer el más mínimo sonido, como unas gotas de lluvia en el océano. Saya observaba mi rostro, y en él mi frustrada expresión incomprensiva y temerosa. Ella alzó la mano con un movimiento vertical y una puerta se abrió. Al otro lado la luz era constante, cálida y familiar, sin los extraños movimientos de la indefinida e inquietante sala en la que nos encontrábamos.

Creo que mi subconsciente tomó la inmediata decisión de entrar allí. Me encontraba mucho más cómodo. Tras esa puerta había una cocina grande, del estilo de los años cincuenta, desgastada, pero en buenas condiciones. En el centro, una mesa con cuatro sillas. Por la ventana se podía ver la oscuridad del cielo y un extenso terreno alumbrado por la plateada luz de la luna. Nada tenía sentido, era muy artificial.

—Por favor, siéntate. ¿Cómo te gusta el café?

Un tanto conmocionado y abrumado, obedecí sentándome en la silla de madera. Mi mano se apoyaba sobre la mesa tocando la superficie con la yema de los dedos en un movimiento repetitivo e intermitente. La ansiedad necesitaba salir. Miraba ese frigorífico redondeado, el papel florido de las paredes, las cortinas a media ventana, el enorme

fregadero de cerámica, las bonitas y desgastadas líneas de los armarios con esos tiradores simples, y una pregunta no dejaba de atormentarme, enfureciéndome. Respiré hondo varias veces, calmándome; decidí jugar al juego, solo tenía otra opción y no era inteligente.

—Con leche, largo de café y una cucharilla de azúcar, gracias.

Ella se movía con soltura por esa cocina. Abría el cajón de los cubiertos. El armario de las tazas. Así con todo. Me detuve un momento y me fijé en mi mano cuyos dedos seguían bailando sobre la mesa. Las tenía negras y roñosas de suciedad. Sentí vergüenza de mi estado.

—¿Hay un baño para lavarme las manos?

—¡Claro! En esa puerta.

Me levanté, giré el pomo y busqué el interruptor. Una pequeña cadena, que colgaba de la lámpara, encendió la bombilla. Froté y froté, y seguí frotando, y aquel lavabo se oscurecía cada vez más con mi roña. Pasé la mano con agua abundante para adecentar el estropicio y dejarlo lo más limpio posible. De todos modos, en mi piel persistía una suciedad que no quería desprenderse. Las sequé suavemente, para comprobar que no manchaba demasiado la toalla, y regresé a la mesa.

El agradable olor a café inundaba la cocina. Cuánto echaba de menos ese aroma y, sin embargo, mi predisposición para tomarlo estaba condicionada por un recuerdo positivo. Extractos de la memoria, de otras vivencias, siempre en buena compañía. Esta vez sería distinto. Me senté a la mesa. Crucé los brazos, sentado cómodamente, mirándola con una inexplicable seguridad. La observaba retirar las tazas de la bandeja y servir el azúcar.

—Una cucharita, ¿verdad?

Yo la miraba fijamente, con la cabeza ladeada, sentía la presión involuntaria en mis dientes; nunca he alimentado el odio, no se trataba de eso. Simplemente, todo aquello me parecía una gran farsa que ambos debíamos soportar.

—Sí, una cucharita. Muchas gracias, Saya.

—Bien. Ya sé que tienes muchas preguntas. Quiero que entablemos esta relación como una colaboración entre tú y yo. Una amistad beneficiosa para ambos. Lo que en vuestra ciencia llamáis simbiosis, ¿no?

Eché un trago de ese café, que, por otro lado, estaba delicioso. Mi primer pensamiento fue que podrían haberlo envenenado. Me quité esa idea de la cabeza porque era patente que me encontraba en la mayor de las desventajas. Ya estaría muerto si quisieran, pensé; era algo más que una corazonada.

—Tienes toda mi atención, porque sinceramente no sé —sostuve la frase en el tiempo — de qué va todo esto.

Y la señalé a ella, primeramente, y después el decorado realista.

—No eres el primero con el que mantengo esta conversación. Procuraré ser breve. Tienes ante ti a un ejemplar de otra civilización. Una muy lejana, concretamente treinta y siete años luz.

Definitivamente, por un momento me planteé mi propia cordura cuestionándome mi salud mental. Era demasiado para un mismo día.

—Parece un viaje muy largo, ¿no? No dudo de ti, pero tampoco tienes pinta de alienígena.

—Nuestro aspecto original no dista en exceso del vuestro. La naturaleza cósmica prosigue un camino evolutivo muy similar en todo el universo. Halla las mismas soluciones biológicas para completar las funciones vitales. No obstante, si lo deseas, puedo mostrarte de lo que estoy hablando.

Claramente, era una pregunta retórica. Unos segundos después, el pomo de la puerta de esa cocina se giraba lentamente y comenzaba a abrirse. Me incorporé correctamente en la silla e involuntariamente me puse en tensión. La puerta quedó de par en par, y tras ella las luces anaranjadas circulaban por esa extraña e indefinida estructura, y ahora sí, un cuerpo antropomórfico entraba en la cocina cerrando la puerta.

Fue instintivo, ante aquello que desconocemos solemos reaccionar de un modo irracional. Miedo. Me puse en pie y me alejé de aquella criatura que caminaba hacia mí. Entonces esta se detuvo. No medía más de un metro y medio. Ojos enormes, negros y ovalados, sin pestañas ni pelo alguno. La boca pequeña y la cabeza grande. El cuello alargado, tendinoso. Manos muy grandes, cuatro dedos en cada una. Vestía una especie de tela color metálica y, lo más característico, su piel con pliegues era de color gris. Luego supe que, por eso, una pequeña parte de la humanidad que conocía su presencia los apodaron los grises.

—Solo quiere estrecharte la mano. Ese es vuestro símbolo de la paz, ¿no es así?, de que vais desarmados.

Di unos pasos adelante y ofrecí mi mano, la criatura abarcó con sus dedos parte de mi antebrazo. Reconozco que me quedé fascinado y bloqueado a partes iguales. No mencionó palabra, ni gesto alguno se dibujó en su rostro. Se dio la vuelta, miró a Saya y volvió a la puerta por la que había entrado, como si la demostración hubiera concluido. El tacto de su piel era grueso, pero suave al mismo tiempo.

—¡Guau! ¡Madre mía! ¿Qué ha sido eso? —Saya comenzó a reírse—. Discúlpame, pero es que no estaba preparado ni mentalizado para algo así.

—Sin embargo, eres uno de los que mejor han reaccionado. Se nota que no es tu primer contacto con otros entes.

Reservé mis pensamientos. No quise añadir nada a su afirmación, pero ni los rojizos ni los guardianes jamás me hubieron provocado tal sensación de extrañeza al verlos por primera vez. Deduje que, con independencia de poder verlos o no, todos nosotros, y me refiero al ser humano, intuimos que están ahí. Nos acompañan. Percibimos su latente presencia. Pero estos seres de otro mundo, de fronteras tan alejadas, son algo muy distinto. Eso me pareció.

—¿Y tú? ¿Por qué tienes este aspecto tan humano? ¿Y qué queréis de mí? No entiendo nada.

—Tranquilo, David, que íbamos bien, no te angusties. En realidad, ninguno de nosotros tiene un cuerpo fijo. Hace mucho que superamos la barrera corporal. Ese fue nuestro gran avance, pero también nuestro gran fracaso. Nos creímos saberlo todo y, muy al contrario, todavía teníamos mucho que aprender.

Saya se puso de pie y se apoyó en la encimera frente a mí. Fue como si hablar del asunto le costara bastante más.

—Nuestra tecnología fue avanzando en todos los campos. El desarrollo de nuestra inteligencia artificial había llegado a su máxima expresión, pero, aun así, y por más que

lo intentamos, dicha inteligencia carecía de una virtud esencial para el progreso: la creatividad. La solución que ideamos pasaba por la hibridación. Con el tiempo encontramos la forma de extraer de nuestros cuerpos la conciencia individual. De este modo, nuestra civilización se dividió en dos. La mayoría evolucionamos hacia la eternidad tecnológica e inmortal, pero también hubo una minoría que, respetablemente, rechazó la idea, pereciendo en unión con sus organismos, con su caducidad natural.

Saya dio un largo trago a su café y continuó con su explicación:

—En este punto de nuestra historia, desconocíamos por completo la eternidad energética de cada ser. Sigo. Aprendimos a duplicar el cuerpo de otros seres biológicos, con independencia de su base química, aunque vuestra especie, basada en el carbono, es de las más sencillas. Por tanto, mediante el ADN duplicamos un cuerpo seleccionado y avanzamos en su progreso de madurez el tiempo deseado, introduciendo nuestras conciencias dentro de él. De ese modo es como puedes verme con este u otro aspecto, humano o no.

—Todavía no me has contestado. ¿Qué quieres de mí? ¿Por qué me has forzado a acompañarte?

—Cuando dimos aquel salto evolutivo, éramos extremadamente pragmáticos. Aunque miles de años atrás tuvimos creencias teístas y veneramos deidades, todas ellas eran el resultado de nuestra ignorancia. Nos vemos muy reflejados en vosotros, del mismo modo que hasta hace poco llamabais Thor al dios del trueno, Ra al dios del sol. Toda esa corriente de pensamientos no es más que una consecuencia del inicio intelectual, de la exploración y de la inquietud por comprender.

Me miró brevemente con un mutismo melancólico. Saya parecía afectada, pero prosiguió:

—Así lo creímos nosotros. Cuando llegó el punto de inflexión, del que te he hablado, nunca pensamos que hubiera vida después de la vida. No fue sino tras observar entre multitud de seres vivos y de distintos planetas que comprendimos que se repetía un patrón energético ajeno al individuo. Primero se manifestaba en la concepción, después durante sucesos extraordinarios en vida y finalmente con la muerte. Esa impresión energética era más acentuada en algunos individuos. De modo que, por alguna razón, podían contactar con más firmeza con lo que llamáis la fuente. Fuimos conscientes de que, al separarnos para siempre de nuestros cuerpos, sin pretenderlo, habíamos roto una de las principales reglas del universo. Perdimos el contacto con esa energía. Esa energía infinita que se manifiesta en forma de entidades metafísicas, en ciclos de creación y destrucción. Necesitamos contactar con ello, y por eso te necesitamos.

—Ya os he visto hacerlo. Aquella señora puso a vuestro servicio a unos cuantos seres malignos. No me necesitáis para nada.

—Esas entidades son antienergéticas, vampiros de la fuente, seres que no han trascendido debidamente tras muchas oportunidades y han quedado atrapados en una realidad paralela. Yo me refiero a contactar con los protectores. Vuestros guías, vuestros custodios. No me equivoco contigo, sé que puedes comunicarte con ellos.

—¿Y qué queréis de ellos? Yo no puedo llamarlos a voluntad. Prefiero no mezclarme en esto. No me fío de vuestras intenciones; pese a no tener alma, presiento el mal aquí.

Una risa sardónica y descontrolada se apoderó de ella durante al menos medio minuto, después frunció el ceño y su rostro se puso más serio que nunca.

—Si no hubiéramos llegado a tiempo, tú ni siquiera habrías nacido. Quieres darme lecciones de ética cuando tu civilización casi se destruye a sí misma entusiasmada con la mediocre división del átomo. Nosotros llegamos para impedirlo, presentándonos con claras señales pacifistas, vuestro acto de bondad fue derribar a traición nuestra nave de ofrendas. ¿Te suena de algo Nuevo México? —Resopló enfadada—. Por supuesto no matasteis realmente a ninguno de nosotros, pero ese gesto tan primitivo nos hizo comprender lo subdesarrollados y violentos que podéis llegar a ser, ¿y te atreves a hablarnos de maldad? ¿Sabes? Tuvimos que explicarles a vuestros iguales cuáles eran las nuevas reglas del juego. Ese incidente tan desafortunado nos hizo replantearnos la estrategia y, desde luego, no sentir ningún aprecio por la permanencia viva de ningún individuo humano, especialmente si no colaboraba.

—Entonces, quien os lleve la contraria simplemente está muerto. Eso es pura maldad, además de una amenaza directa.

—Pareces no entenderlo. Nada que está vivo muere del todo. La energía vital que ocupa un ser vivo siempre permanece. Cambia de lugar, es algo inmutable. Simplemente viaja, evoluciona.

—Lo estoy entendiendo perfectamente. Si intervinisteis para evitar nuestra autodestrucción, no fue con propósitos altruistas. Deseáis y necesitáis algo de nosotros. Queréis comprender el misterio de la vida porque lleváis demasiado tiempo muertos. Sois solo materia en movimiento, ¿me equivoco?

—Nosotros estamos muy vivos. No ocultaremos que nos falta conexión, pero con tu ayuda la vamos a recuperar, lo quieras o no.

—Al fin nos vamos conociendo, nos quitamos las caretas.

Y justo en ese momento comprendí que algo en mí no estaba funcionando correctamente. Al margen de la verdadera identidad de estos seres o sus intenciones, yo mismo estaba alimentando lo peor de mí: la arrogancia y el desprecio. Sin buscarlo, como una llamada natural, pude sentir una vergüenza aparentemente injustificada. Algo muy hondo y sutil exclamaba: «Juzga menos y escucha más». Etiquetarlos me estaba poniendo en apuros y, lo que es peor, me desviaba de mi propia esencia. Entre pensamientos se hizo un hueco en el tiempo, relleno de escepticismo, roto por mi voz queda. Una reflexión compartida.

—Te pido perdón, Saya. Respeto vuestra búsqueda. Los seres humanos vivimos con una máxima interiorizada desde la infancia: «Todo ser desconocido es malo hasta que te demuestre lo contrario»; por eso desde niños todos los padres nos insisten en que nunca hablemos con extraños. Como ves, somos una especie acostumbrada a lidiar con la maldad, quizá por eso estoy siendo víctima y a la vez verdugo de esa premisa.

El ambiente se relajó y pude ver a Saya, de nuevo, conforme de tenerme donde y como quería. Los dos dimos un trago a nuestra taza de café, ya templada, pero que seguía tan sabrosa como al principio.

—Para venir desde tan lejos, vuestro café no está nada mal.

Le contagié la risa de la broma. Y le di otro sorbo, sonriendo, reencontrando mi extraviado tacto social.

—Es una reproducción exacta —afirmó con aires didácticos—. En nuestro mundo tenemos otras cosas, pero no hay café. Aunque es cierto. Probado desde vuestro sentido del gusto, una vez que te acostumbras, está bastante bueno.

Y nos reímos de nuevo, yo por lo disparatado que sonaba todo aquello, y ella, pues no lo sé.

—Reproducciones y reproducciones. Toda esta cocina, la vajilla, el suelo que piso, tú, ¿son todo eso? ¿Reproducciones?

—Pretendo ser diplomática y buena embajadora. Nuestros mundos son muy distintos. Esta nave está programada para emitir en su interior la luz de nuestro sol, cuya luminosidad difiere bastante del vuestro porque es una enana roja. Comprenderás que mi aspecto y este ambiente son un esfuerzo para que te encuentres más cómodo. Con el tiempo, nos hemos vuelto expertos en duplicar cualquier material, cualquier ser vivo; es solo cuestión de organizar las partículas en el orden correcto.

—¿Y en qué os podemos ayudar unos seres tan involucionados como nosotros?

—Cuando establecimos el primer contacto con vuestros líderes, abordamos sucintamente el asunto de los protectores. Fue un fracaso. La mayoría de ellos desconocían por completo la virtud de algunos individuos, que, como tú, pueden llegar a poseer. Toda su preocupación era negociar sobre sus reservas hidrológicas, combustibles y minerales. Sentimos lástima por sus necesidades mundanas. Tampoco les explicamos que poseemos todo tipo de recursos, el universo está lleno de materia. En fin, solo algunos gobernantes, y curiosamente de los países que despectivamente llamáis tercermundistas, tenían algún conocimiento, no obstante, muy desvirtuado. Rápidamente, entendimos que debíamos ignorar a vuestros líderes. No íbamos a pedir permiso. Evitaríamos cualquier amenaza hostil procedente de sus fuerzas terrestres, aéreas o marítimas, civiles o militares. Nos mezclaríamos discretamente sin llamar la atención. No se repetirá lo del año 47. Que, por cierto, guardan los restos en ese complejo militar con un secretismo tan ferviente que, al final, provoca el efecto contrario al deseado. Creo que nunca podrán descifrar nuestra tecnología, os hacen falta más de mil siglos de progreso. Es un hecho incuestionable.

—O sea, que lo de Roswell, ¿ocurrió de verdad? —Me quedé ensimismado durante un lapso pequeño de tiempo—. Menuda impresión os llevaríais de la humanidad.

—Los que estamos aquí somos una pequeñísima porción de nuestra civilización, un grupo de investigación, otro de tantos que hay por el universo en busca del mismo objetivo: reconectar con la fuente energética original. Por eso no os odiamos. Os necesitamos, pero entendimos que, llegado el caso, también debemos ser implacables con vosotros. Por eso tuve que ser firme con mis amenazas cuando estábamos en casa de aquella anciana. Espero que lo entiendas.

—Bueno. Superadas y aclaradas nuestras diferencias, aquí y ahora, y sin rencores, ¿qué puedo hacer concretamente yo por vosotros?

—Necesitamos que establezcas contacto con tu protector, o protectores, si es que te has ganado el favor de otros.

—Pero ¿para qué? Si básicamente sois inmortales, no sé qué pueden hacer ellos por vosotros. No parece que sufráis las inclemencias de la vida. Da la sensación de que lo tenéis todo perfectamente controlado, medido y calculado.

—Ya te lo he dicho. Nos creímos conquistadores de los límites naturales, y, sin embargo, por el camino, es cierto que ganamos mucho, pero perdimos todavía más. Perdimos ese vínculo con la fuente, esa energía singular que vosotros llamáis alma emana de allí. Ahora, solo esas misteriosas entidades podrían ayudarnos a reconectar.

—Comprendo. Y lamento mucho vuestra situación, pero yo no puedo controlar a placer esas presencias, más bien todo lo contrario, son ellas quienes habitualmente me guían, ayudan y conducen por los intricados caminos de la existencia.

—Sabemos que hay un modo de invocarlos. —De nuevo, se hizo una pausa incómoda, reflexiva. Después, continuó—: Te va a tocar sufrir. Procuraremos no causarte la muerte. Por eso primero te quiero recompensar. Hemos comprendido que debemos ser justos con nuestros huéspedes para que haya aceptación. Un trato.

—¿Sufrir?, ¿recompensar?, ¿aceptación? ¿Qué estás diciendo? ¿Será una broma?

—En absoluto. Confiamos en obtener lo que queremos de tus protectores, pero si ellos te abandonan, igual se hace tarde y no podemos hacer nada para salvarte.

—Quiero salir de aquí. ¡Ahora mismo!

Empecé a ponerme nervioso, mirando el techo, la ventana, las puertas, buscando desesperadamente una salida que ya sabía imposible.

—Piensa con lógica, no lo puedo permitir. Aprovecha para negociar conmigo, porque, lo quieras o no, llegados a este punto del proceso, ya no tiene marcha atrás. Debemos continuar.

—¿Negociar un trato? ¿Para qué, si puedo perder la vida? Todo lo que dices es de locos.

—Lo creas o no, la mayoría de los «intervenidos» logran sobrevivir, y podemos hacer algunas cosas por ti y también por tu familia.

—No me interesa. Te lo repito de nuevo, quiero irme de aquí, ¡déjame salir!

Mis puños apretados, bueno, en realidad todo mi cuerpo era incapaz de ocultar el sentimiento de injusticia que crecía en mi interior, y en ese momento no pararon de resonar en mi mente las palabras de Paloma: «¡Busca el modo de volver! ¡Vuelve!». La puerta de la cocina se abrió con ese resplandor anaranjado de fondo. Sin pasar el umbral de la puerta, la extraña criatura extraterrestre emitió un sonido agudo e indefinido por su boca modesta, y volvió a cerrar la puerta.

—Verás, David, es que tenemos comprobado que la resistencia descontrolada de los «intervenidos» nos perjudica mucho en el dominio de las energías. Cada vez estamos más cerca de conseguirlo, por eso te pedimos que nos ayudes en esto y te garantizamos que haremos todo lo posible para no arrebatarte la vida. Sabemos que matar por matar es el peor y más imperdonable acto. Es un hecho que altera toda la trascendencia individual y que, aunque nosotros de momento no estamos conectados a la fuente, pueden quedar registrados nuestros actos en la vivencia de la víctima.

Abrí el primer cajón de la cocina, pero estaba vacío. Me habían dejado solo con lo puesto. Saya comprendió que estaba buscando un medio para defenderme. Cualquier objeto afilado me habría servido. Pero todo aquello era un decorado de *attrezzo*. Una lograda recreación del entorno humano.

—Dentro de este espacio podemos eliminarte solo con pensarlo, y tú, sin embargo, aunque tuvieras un arma y llegaras a matar este cuerpo, yo volvería a aparecer en unos segundos por esa puerta, con este o con otro aspecto. De verdad, procura relajarte y sopesar tus opciones. Te ofrezco abundancia y exceso para ti y los tuyos, y, además, algo que, según creo, llevas tiempo buscando: saber de Angie.

Todo mi ser se encontraba en ese conocido interruptor del superviviente, en esa fase de lucha o huida, pero es cierto que, al escuchar el nombre de Angie, pensar en una

ruta para encontrarla y la opción de poder volver a verla, y poder tenerla frente a mí, relajó mi agitado estado.

Comencé a pensar en ella. Imaginarlo mitigó esa nostalgia que me atenazaba desde que renací. Solo recordarla era un bálsamo para mi fuego interior. Aun así, no debía dejarme llevar por mis anhelos, sabía que no era conveniente, necesitaba una estrategia, pero, confundido por toda la información, la situación de estrés y con la esperanza de poder encontrarla me estaba quedando bloqueado.

—Pero ¿en qué os habéis convertido? —pregunté con cierta lástima.

—En información. Solo somos información que puede viajar de un cuerpo a otro, o permanecer en hibernación en una base de datos. Vosotros, sin embargo, como nosotros antes, sois pura energía activa mezclada con un soporte físico. Pero los protectores, ellos son nuestra verdadera incógnita. El punto de unión con la fuente original, el trazado que nos falta por descubrir. El ansiado anverso de la materia. Y, sinceramente, no quiero dedicarle más tiempo a esto, ¿nos ayudarás?

—Respóndeme a lo que quiero saber y colaboraré con vosotros. ¿Cómo sabéis lo de Angie?

—Como ya has deducido por tu experiencia, ya sabes que algunos ejemplares de tu especie trabajan para nosotros. Sienten que su talento es realmente útil. Por ejemplo, como bien has mencionado antes, la señora que nos acompañó a buscarte. ¿Sabes? Malvivía subsistiendo con los pocos e infelices clientes que captaba en un anuncio por palabras. Ella es lo que tu sociedad denomina, como si se tratara de un anacronismo, una hechicera. Nos costó encontrarla, pero valió la pena.

¡Maldición! Precisamente, en ese momento, tomé conciencia desde una perspectiva general y saqué conclusiones instantáneas. Allí dentro estaba expuesto a un grave peligro. La escuchaba sin dejar de pensar.

—Al igual que nosotros, algunos de vuestra especie, como es tu caso, remolcáis información, recuerdos que no deberíais conservar porque, simplemente, van contra el orden natural. —Hizo el gesto de unas comillas con las manos—. Lo que desconocemos es cuál es el propósito de esa anomalía recurrente. Lo que sí tenemos comprobado es que todos esos recuerdos se convierten en una fijación obsesiva para su portador. Gracias a ello, hemos podido localizarte después de tanto tiempo. Podemos ayudarte a despejar tus dudas… si tú nos ayudas primero.

—A ver, porque no me aclaro, y estoy un poco confundido; explícame eso de «localizarme después de tanto tiempo». ¿Qué has querido decir?

Saya miró por un momento al techo, arrepentida de sus palabras. Una mueca de disgusto relució en su rostro haciéndolo transparente; aun así, contestó a mi pregunta sin extenderse en detalles.

—Te localizamos hace más de dos décadas. Entonces tus padres te habían llamado Dustin. Por lo que sabemos, creciste como cualquier muchacho normal. Nunca faltaste a clase, ayudabas en la granja por la tarde, y de noche estudiabas hasta bien entrada la madrugada. Fuiste todo un orgullo para la familia Sanders. No sin empeño, tus padres lo hipotecaron todo para matricularte en la universidad. Te licenciaste con matrícula de honor. La arquitectura y tú estabais hechos el uno para el otro. Sin embargo, tu secreto convivía contigo en el más absoluto hermetismo. Solo tu madre, en el período de tu infancia, te escuchaba hablar de los protectores como si fueran

compañeros de juego. Te llevó a un médico, y este, ignorante como tantos, le restó importancia aludiendo que eras hijo único y que tales imaginaciones desaparecerían con la madurez. Pero no fue así, y ante la preocupación de tu madre, aprendiste que era mejor reservar y ocultar tus visiones.

Yo escuchaba con atención, asintiendo sin querer, porque sus palabras estaban limpiando las telarañas de mis recuerdos.

—Nunca habríamos sabido de tu existencia de no ser por tu sobrevenida y extraña detención cuando tenías veintiséis años. Pasaste cuatro meses en prisión rodeado de los criminales más peligrosos. A eso lo llamo yo supervivencia. Corrijo, lo correcto sería hablar de providencia. Seguro que te vas acordando. Sí, sí, sí —afirmó, reforzándolo con el puño apretado y ladeando la cabeza con una mueca empática, sabedora de la injusticia de aquella pasada penitencia—. Ese trance tan abrupto deja huella para siempre, ¿verdad?

Yo, sin embargo, cabizbajo, no por inseguridad, sino meditabundo, me adentraba en la profundidad lejana de mis nublados recuerdos. Un escalofrío espantoso recorrió mi espalda, como un pródromo de aquel miedo insuperable.

Como un repentino rescate de recuerdos perdidos.

CAPÍTULO 32. **HALLAZGOS**

- *NUEVA YORK, OTOÑO DE 1977*

El suceso del que hablaba Saya retornó a mí tan fresco como si hubiera sido hace unos momentos: ahora lo recordaba con nitidez absoluta.

Todo transcurrió en una fría tarde de otoño. Yo salía de la biblioteca, de hojear unos libros de arquitectura clásica para un proyecto incipiente. Me abrigué cuanto pude y desanclé mi esquelética bicicleta, de ruedas estrechas, retirando el candado casi a tientas, con los ojos entreabiertos por la fuerza del viento. De un salto me monté en la bici, con prisas, como quien escapa de un enemigo invisible. Regresaba al piso de estudiantes que compartía con unos compañeros. Era jueves, y me preparaba para presentar mis ocurrentes ideas para el importante trabajo. Se esperaba mucho de mí, y yo me esforzaba por estar a la altura.

En todo eso pensaba, haciendo girar con fuerza la cadena de la bicicleta en aras de ganarle la partida al tiempo. El camino a casa discurría, en gran parte, paralelo a las vías del tren Inter-City que cubría la ruta de pasajeros de Boston, Nueva York, Filadelfia y Washington DC. Muchas de las farolas del camino necesitaban mantenimiento, algunas tintineaban en su esfuerzo por relucir, y otras, simplemente derrotadas, reposaban apagadas. Un nudo se me hizo en el estómago. Automáticamente dejé de pedalear, solo movido por el rescoldo de la inercia.

La visión que tenía frente a mí se desmarcaba de todas. El piñón de la bicicleta traqueteaba al son de la rueda. Mientras, yo, atemorizado por la visión, por el presagio anunciado, era incapaz de retirar la vista de esas vías del tren. Me bajé en marcha sin cuidado alguno, quedando ese trasto arrojado en el suelo sobre un pedal. Corrí hacia el claro debiendo traspasar unos cordones metálicos anclados a postes. Reduje el paso. El respeto solemne y atávico así lo dictaba. Junto a las vías se erguían cientos de guardianes, como alargadas y afiladas sombras en la noche, todos con el rostro orientado en la misma dirección.

—¿Qué pasa aquí? —pregunté dubitante, mezclándome entre ellos sin obtener respuesta. Permanecían inmutables. Tropezaba con las traviesas de las vías mientras inquiría atropelladamente a todos los guardianes. Nervioso, frustrado y acelerado, grité a pleno pulmón y con todas mis fuerzas a aquellas presencias—: ¿Qué hacéis aquí?

Tras unos segundos, uno desvió su atención del trazado de las vías, se fijó en mí y, con prominente pero taciturna voz, afirmó:

—Estamos aquí, esperando la fatalidad. Nos llevamos a los nuestros. —Sin más, volvió su mirada a los raíles, cual camino parecía perderse y fundirse en la oscuridad nocturna.

Comprendí la gravedad de la situación, lo que estaba por venir. A toda prisa, ahogándome entre angustias, traspasé la barrera metálica haciéndome girones la chaqueta por el alambre. Me detuve en la acera mirando a todos lados, buscando una

cabina de teléfonos. Había pasado decenas de veces por ahí, pero nunca había reparado en los detalles. Frente a mí, una pequeña vivienda unifamiliar, adosada, resplandecía luz por las ventanas. Llamé insistentemente a la puerta, como lo haría un loco. Un hombre canoso corrió la cortina protegido tras un delgado cristal.

—¡Rápido! ¡Llame a emergencias! ¡Va a suceder un grave accidente ferroviario! ¡Llame a emergencias!

Su mirada escéptica observaba el trayecto por donde debían pasar los trenes y nada llamó su atención, solo observaba vacío y calma, lo habitual desde su ventana. Ahora sus ojos caídos y prejuiciosos se posaban en mí sin un ápice de credibilidad. No tardó en ondular su mano en el aire mandándome salir de allí y dejar de molestar.

Obcecado, no dejé de golpear la puerta.

—¡Llame a emergencias! ¡Llame a emergencias!

Escuché abrirse una puerta a dos casas más allá. Una mujer, treintañera y en bata, más valiente y solidaria, quizá también más insensata, se dejaba ver bajo su pequeño soportal alertada por el repentino escándalo que estaba formando. Corrí hacia ella desesperado. La vi retroceder agitándose, asustada. Me controlé cuanto pude bajando el torrente de mi voz.

—¡Socorro! ¡Por favor! ¡Necesitan ayuda!

Yo tenía la expresión desencajada, los ojos descompuestos y el pelo despeinado de llevarme las manos a la cabeza.

—Pronto va a suceder una tragedia aquí enfrente, habrá muchas víctimas, accidente… ¡Muertes! ¡Cientos!

Las frases me salían incompletas.

—¿Y cómo lo sabes? ¡Todo está como siempre!

En ese momento, un niño de unos seis años balbuceaba atemorizado por mi inesperada intromisión. Reclamaba la natural protección de su madre tras su puerta. El guardián del chico hizo acto de presencia requerido por la aparente sensación de peligro.

—¡Díselo tú! —le ordené a la sombra, que, sin poderlo asegurar, afectado, comprendió la razón de mi desesperanza ante la retahíla de sus semejantes.

La mujer me miró atónita, porque tras la línea de su puerta solo había un perchero y una vetusta fotografía de un hombre con barba.

—El chico se llama Salomón, como su abuelo. Tuve que acudir en su auxilio cuando se ahogaba el invierno pasado, en la piscina de sus tíos, estuvo a punto de irse. Todavía no era su momento —afirmó con voz gruesa aquel guardián, regalándome esa preciosa información.

Repetí, literalmente, todo lo que me dijo la sombra. La mujer miró la fotografía emocionándose. A ciencia cierta, era su padre, el abuelo del chico. Quiso entender que fue él quien salvó a su nieto. Cogió a su hijo en brazos, le dio un fuerte beso de madre y con la otra mano alcanzó el auricular de un teléfono que se ocultaba a mi vista tras la pared del recibidor.

Cogí el teléfono como un poseso y marqué a toda prisa introduciendo el dedo en la ruleta. Los giros se me hacían eternos. Me alegré de que el número fuera solo de tres cifras.

Una voz de mujer recibió la llamada. Me pidió la dirección. Acelerado, se la tuve que

preguntar a la entregada madre. Pedí que trajeran cuantas ambulancias hubiera disponibles, bomberos. Que avisaran a los hospitales sobre lo que estaba a punto de suceder. Un extraño y sospechoso silencio me hizo pensar que no se lo tomaban en serio. Esa pausa, con el leve sonido crepitante de fondo, se vio interrumpida por un comunicado final.

—Le confirmo que ya hemos mandado un recurso hacia allí —dijo la operadora con meridiano tono radiofónico.

Después solo escuché una señal sonora intermitente. Me había colgado. No entendía nada. Escuché llegar un coche, pero no distinguí sus luces sobre el asfalto. Llegaba con los faros apagados. Solo oí el chirrido de sus puertas. Me asomé al rellano y pude ver un impecable Plymouth rotulado de la policía. Dos agentes se entrevistaban con el anciano canoso, que ahora sí, fuera de casa, con su atrofiado y repugnante dedo les indicaba mi posición. Los oficiales se apresuraron a darme alcance. Me quedé inmóvil y levanté los brazos, sin saber muy bien cómo actuar.

Sin mediar palabra, y a cierta distancia, uno enrasaba el cañón de su revólver a mi pecho.

—¡No te muevas! ¡No se te ocurra moverte!

Su compañero me registraba arrastrando sus manos por el contorno de mi cuerpo, sujetando bajo el sobaco una enorme linterna del tamaño de una estaca. Poco acostumbrado, di un respingo al llegar a cierta parte de mi anatomía.

—¡Limpio! —gritó su compañero.

Fue entonces, y solo entonces, cuando enfundaron sus armas y empezaron a ser amables. No me dio tiempo a sentirme ofendido; algo más apremiante ocupaba mis pensamientos. Uno de los policías hablaba a solas con la mujer. Él, muy tranquilo. Ella, haciendo aspavientos, contagiada de mi angustia. El otro me pedía por favor que le facilitara mi documentación personal. Era inútil; entregué mi tarjeta de identidad. Comparó la fotografía con mi rostro varias veces, dándose por satisfecho.

—Tarde —me dije a mí mismo en voz alta.

Una luz dorada galopaba desde la lejanía aumentando su brillo en la oscuridad. Se acercaba el tren. El sonido de su potencia se mezclaba con el graznido del metal. Por unos segundos, permanecí inmóvil, culpable por no hacer lo suficiente.

—¡Ya viene! —logré vocalizar.

Crucé la calle corriendo, ignorando las órdenes de los agentes que instintivamente me persiguieron. Traspasé la barrera oxidada y desde dentro me di la vuelta. Pisé uno de los alambres con todo mi peso y levanté el otro. Les esperé para que entraran conmigo, como si fuéramos un improvisado equipo. Los agentes me observaron paralizados, sopesando la manera de proceder. Cruzaron fugazmente sus miradas como si ambos mantuvieran una pequeña conversación en un lenguaje secreto y telepático. Sin articular palabra, y con cuidado de no rasgar su uniformidad, se adentraron conmigo. Las oscuras siluetas espigadas permanecían inmóviles.

—¡No se acerquen más! —les dije a los agentes sujetándolos con tacto y respeto. Con cariño—. ¡Hay que pedir refuerzos! ¡Ambulancias!

Desconozco si fue producto de la sugestión o es que ellos también presentían algo. El caso es que permanecían atentos al tren, confiando en que prosiguiera su camino tras superar esa ligera curva, incapaces de adelantarse por su cuenta a los

acontecimientos. Ahora el trazado nos ofrecía una visión lateral de esa gigantesca serpiente metálica. Su costado repleto de ventanillas luminiscentes se aproximaba.

El desastre sonó como lo hacen los animales heridos de muerte. La locomotora volcó arrastrando su carga de almas. Los vagones se apretaban y amontonaban entre ellos haciendo gritar el acero. Un conjunto mezclado de alaridos nos estremeció. Corrí hacia el lugar antes de que esa bestia metálica se detuviera del todo.

La mezcla de polvo, arena y balasto me golpeó con violencia. Algo me impactó con fuerza en la cabeza; no sentí dolor, no me detuvo. Mis peores vaticinios se habían cumplido. De pronto, un silencio sepulcral, inverosímil. Los policías tardaron unos segundos en reaccionar. Uno de ellos se dirigió a toda prisa al coche patrulla, supongo que, por fin, a requerir sanitarios por la emisora. Yo, con su compañero, me adentraba en el horror de la tragedia. La fricción de los materiales desprendía un agrio olor a quemado. La linterna se movía muy deprisa, hacia todas direcciones, iluminando una sucesión de instantáneas terroríficas. Me detuve un segundo. Me sentí víctima del pánico. Pretendía abarcar lo imposible. Por fin escuché a mi instinto, a esa parte de mí tan singular a la que había renunciado toda mi vida.

Sofocado, me giré hacia el oficial. Contuve mi nerviosismo y le miré a los ojos.

—Por favor, apague la linterna un momento, agente.

Sorprendido, acostumbrado a ser quien da las órdenes al ciudadano, mantuvo por unos instantes un litigio interno. Algo en su interior le hizo confiar. Unos segundos después, su dedo pulgar desconectó el interruptor. Mi vista tardó poco en adaptarse. En el aire, sobre los vagones, flotaban pequeñas briznas de luz que desaparecían con sus guardianes. Centré toda mi atención en aquellos que permanecían al lado de sus protegidos, los que todavía estaban aquí, los que seguían en esta vida.

—¡Por aquí!

Me apresuré a correr ignorando el primer vagón que estaba fusionado a la locomotora en un giro imposible. No había supervivientes.

La personalidad disciplinada del policía le empujaba a atender a la locomotora y al primer vagón, entregado a un ejercicio metódico de comprobación ordenada. Le cogí, esta vez con fuerza, por el brazo.

—Hágame caso. Ahí no hay nadie a quien poder ayudar.

Se zafó de mi mano impetuosamente. Su ira no era para conmigo, las circunstancias eran desbordantes.

—¿Cómo lo sabes? —me gritó, escéptico e impotente.

—Lo sé y ya está. Del mismo modo que supe que sucedería esto. —Noté que respiraba profundamente, como en un inconsciente acto de autocontrol profesional—. Debemos ayudar a los heridos. Es por aquí —insistí con suavidad.

Conseguimos llegar al segundo vagón, avanzando entre cristales rotos, equipajes abiertos y metal retorcido y también entre cuerpos. Decenas de guardianes esperaban ayuda para sus protegidos. Entre ellos parecía haber una comunicación invisible, un consenso de prioridades sobre las víctimas. Ellos me hicieron ignorar los gritos quejosos de dolor. Algunas personas más graves no podían ni mantenerse despiertas. Los pequeños destellos de luz plateada seguían suspendidos en el aire, desapareciendo, perdiendo su brillo en la noche. Con cada una de ellas también lo hacía una alargada silueta oscura.

—¡Auxilio! —exclamó una de las sombras, que agachada tenía su mano sobre alguien. Al vernos llegar, se incorporó—. ¡Joel debe continuar aquí! —Agarré por la chaqueta al policía, que miraba hacia todos lados, confuso—. ¡Debemos sacar a Joel!

Nos acercamos, a oscuras, arañándonos, haciéndonos cortes con todo a nuestro paso. El foco de la linterna alumbró a un niño tumbado, por decirlo así. En realidad, deduje que había salido disparado por el pasillo central golpeándose con todo a su paso. Terminó frenando contra la puerta de separación de los vagones y, aunque era cierto que estaba tumbado, su cuerpo yacía en una postura compleja, dolorosa a la vista.

Muy afectados por la escena, al policía y a mí nos invadió el mismo sentimiento de profanación. Paralizados por miedo al fallo, dudamos por unos segundos de cómo rescatar al muchacho. El guardián nos sacó de nuestro letargo.

—¡Ayudadle! —Los dos reaccionamos al unísono, como si el agente también hubiera escuchado la profusa voz del guardián.

—Cuidado con su hombro, lleva clavado un cristal. Yo lo mantengo dormido para que no sufra dolor —retransmití la información—. Agente, tengamos cuidado, desde aquí no podemos verlo, pero el chiquillo lleva clavado un cristal en el hombro.

Él me miró, aceptando la información sin cuestionarla, pero con esa chispa en la mirada, la expresión de la perplejidad. Quedaba claro que me pediría explicaciones cuando todo hubiera pasado.

—Llámame Billy —me dijo con aire renovado.

—¡Vamos! A la de tres. Uno, dos y…

Sacamos con cuidado al chico cogiéndolo por piernas y brazos, y, efectivamente, al darle la vuelta, de su hombro surgía un cuerpo extraño, un cristal tintado de rojo. Me dispuse a separarlo de su pequeño cuerpo. Billy me lo impidió.

—Se podría desangrar. ¡Llevémosle a la calle! ¡Aprisa!

Y corriendo, pero con cuidado, deshicimos todo el camino. El compañero de Billy corría hacia nosotros atragantado y pálido. Tras él, algunos vecinos le seguían voluntariosos para ayudar. Billy y yo le entregamos al muchacho, que con ayuda de otro hombre lo llevó cuidadosamente hasta la zona de vehículos. En ese momento, la profesionalidad o, mejor dicho, el talento policial de Billy tomó fuerza. Arropado por una nube de liderazgo, se dirigió con decisión a esa pequeña multitud de hombres y mujeres que, anónimos y desordenados, acudían al desastre.

—¡Escúchenme bien! ¡Repitan mis palabras a todos los que vayan llegando! ¡En la locomotora y en el primer vagón no hay supervivientes! ¡Repito, no hay supervivientes!

Billy se detuvo un instante para mirarme. Sus ojos líquidos calcularon la dosis justa de complicidad entremezclada con un silencioso dolor. Sin reservas, quedaba patente que confiaba en mí.

—¡Lo que están a punto de ver es muy triste! ¡No se dejen llevar por la pena! ¡Ya habrá tiempo de llorar! ¡Ahora es momento de ayudar! ¡Dustin y yo les iremos guiando para encontrar a los heridos! —dijo apoyando con fuerza su mano en mi hombro, con un doble mensaje.

Uno evidente, concederme cierta autoridad ante aquellas personas, y otro oculto, más íntimo y secreto: «No nos falles». No deja de parecerme extraño el hecho de que en los momentos más difíciles y dramáticos es cuando aflora lo mejor de la humanidad. La

solidaridad es algo universal, un sello impreso e inherente en todos y cada uno de nosotros.

En cuestión de minutos, mi relación con Billy había dado un giro radical. Pasé de estar encañonado por su revólver a convertirme en su aliado de confianza. Algo misterioso e irracional le empujaba a dejar a un lado la lógica y entregarse a lo desconocido, a lo invisible. Con su actitud flexible y profundamente pragmática, Billy hacía plenos honores al emblema policial de «Servir y proteger».

Decenas de bomberos y policías se sumaron al rescate. Una vorágine ordenada de profesionales llegó sacando a los heridos. Las ambulancias no daban abasto. Volaban por las calles a ras de suelo y el vaivén de sus sirenas resonaba por toda la ciudad. Vecinos sacaron de sus casas colchones y almohadas, creando sobre las aceras un improvisado hospital de campaña, un escenario castrense. Toallas y mantas se teñían del rojo vital mientras abrigaban o presionaban las heridas sangrantes. El olor dulzón y ferroso se mezclaba con la gasolina y los nervios.

Perdí un poco la noción del tiempo, porque el agotamiento hacía acto de presencia. Durante esas horas, Billy y yo fuimos inseparables. Él, uniformado, un tanto rudo, carismático y con potente voz de mando, dirigió junto a mí toda la evacuación. Pedimos a los bomberos su ayuda para escarbar y apalancar el metal de un vagón volcado. Bajo un sinfín de equipaje abierto y metal retorcido, el guardián de una mujer joven insistía en su presencia. Fue una de las últimas víctimas vivas en salir de esa trampa accidental.

Abierto el espacio suficiente, me introduje en el vagón volcado. Ya me había acostumbrado a ser observado por voluntarios y profesionales en pleno silencio; algunos se descubrían la gorra de plato o el casco, como un saludo, una enigmática señal de respeto por lo que alguno de ellos bautizó hallazgos milagrosos. No daban crédito a mi inexplicable intuición para encontrar a los supervivientes.

Cual flecha imparable seguí las indicaciones del guardián de aquella joven. Escarbé entre zapatos y ropa, y retiré pesadas maletas de cuero. Recuerdo el brillo especial de sus agotados ojos. Apagados. Se había quedado casi sin voz, sus cuerdas vocales se vieron superadas en los primeros y espantosos chillidos, durante el descarrilamiento. Ahora al verme, esbozaba una ligera sonrisa, feliz de compartir la soledad. Su bello rostro se veía sucio de arena y hollín. Unos senderos mojados, por donde discurrían sus lágrimas, dejaban al descubierto el verdadero tono sonrosado de su piel.

Su guardián me dijo que estaba bien, solo unos golpes y magulladuras. Retiré las lágrimas de su mejilla. Nos miramos a los ojos durante un congelado instante eterno. Ella balbuceaba algo y sus lágrimas se hacían cada vez más abundantes. Yo la tranquilizaba.

—Te vas a poner bien. Déjate llevar y no me sueltes —insistí, concentrado en ponerle fin a su particular pesadilla.

Ella se abrazó a mí con todas sus fuerzas. Sobre nuestra piel se mezclaba lágrimas, sudor y sangre. Delgada y menuda, la llevaba en brazos hasta el hueco abierto. Caminaba con ella por el lateral del vagón salvando cristales, boquetes de ventana y restos.

Un calor agradable me rodeaba con ella. Su respiración jadeante se entrecortaba en un esfuerzo por decirme algo. Me detuve unos segundos. Creamos un momento de

calma en la tormenta. Volví a mirarla a los ojos, adentrándome tanto en ellos que me invadió el vértigo. Sentimos el tacto de nuestras almas. Una infinita sensación de bienestar juntos. Una chispa de magia.

Los gritos de los bomberos arrojando una soga nos devolvió a la realidad. Por fin se acercó lo suficiente a mi oído. Una suave y femenina voz rasgada y terrosa afirmaba:

—Te conozco. Te he visto en sueños.

Muy débil, casi desfallecida y amarrada a la gruesa cuerda lazada de los bomberos, se elevaba en el aire bocarriba, con los ojos cerrados y el cuerpo combado, exhalando el aire con fatiga. Yo la sujetaba con cuidado, vigilando que no se golpeara con nada. Buscó mi mano y la apretó cuanto pudo, repitiendo sin parar mi inocente orden:

—No me sueltes. No me sueltes. No me sueltes. No me sueltes.

Ella era una completa desconocida. Mi repentino apego no tenía explicación. No lo dudé. Trepé por los asientos como un gato montés. La pusimos en una camilla y la cogí de la mano.

—No voy a soltarte.

Supe que era especial.

—Yo a ti tampoco.

La llevábamos a toda prisa hasta la verja para montarla en una ambulancia. Le costaba respirar. Sujeté su cabeza por el trastabillado camino aprovechando para retirar su liso flequillo de los ojos. Ella colocó su mano sobre la mía. Unos párpados de pestañas cementosas escondían esos ojos infinitos.

—Ya estamos llegando —me atreví a decir para rellenar el vacío—. Me llamo Dustin.

Ella tragó saliva con dificultad, en un intento por aclarar su garganta.

—Angie.

Sus dedos acariciaron los míos.

La metimos en la ambulancia. Miré hacia el desastre. Ya no quedaban sombras erguidas. Ya no había vida.

—Voy con ella.

Me dispuse a acompañarla al hospital.

—Monta delante. No hay tiempo que perder —me dijo el conductor, pero no le hice caso.

Ayudé a cerrar las puertas de la ambulancia mientras un auxiliar la cinchaba a la camilla; el viaje sería movido.

Un segundo le pedí al conductor. Quería despedirme de Billy y su compañero. Sin embargo, algo extraño ocurría. Ellos se encontraban reunidos con otros agentes, unos vestidos de gala y rebosantes de medallas al pecho. Billy sujetaba mi documentación, la que horas antes le había entregado y tenía olvidada. Él la golpeaba contra la palma de su mano, afligido. Su compañero discutía a voces. Algo no marchaba bien. El policía tripudo y profusamente condecorado le advertía algo, amenazante. Mis nuevos amigos me miraban sobrecogidos. Yo no lograba comprender nada.

Otro policía grandote y fornido, recién llegado, me cogió por la pechera exclamando burlón:

—¡Tranquilos, que ya lo hago yo!

Mientras, en su otra mano ondeaban unos grilletes cromados de fina cadena. Billy ardió en cólera y sin pensarlo le propinó tal empujón que casi lo tumba.

—¡Quítale tus manos de encima!

Su compañero lo encajó disimulando la verdadera violencia desafiante. Inocente de mí, seguía sin entender. La ambulancia activó los luminosos y acústicos emprendiendo a toda prisa el traslado. Sin mí.

Billy y su compañero se me acercaron.

—Dustin, lo sentimos mucho, pero nos tienes que acompañar.

Petrificado ante el abrupto giro de los acontecimientos, pregunté:

—¿Estoy detenido?

Su forzada «obediencia debida» bramaba vergüenza por cada poro de su piel. Lo invisible me hacía responsable. Mi don se tornaba maldición. Era innecesario pedir más explicaciones. Comenzaba mi particular calvario.

Así empezó todo.

CAPÍTULO 33. **GRISES**

- *RIKERS ISLAND, AÑO 1977-SOBRE UN PUNTO INDETERMINADO DEL MAPA, AÑO 1996*

Ese fue el punto de inflexión. El momento en que dejé de mirar para otro lado. El momento de prestar atención a esa voz interior. De ser valiente. De ser consecuente. De arriesgar. De ayudar a los demás. Aunque por ello tuviera que ser castigado.

Billy hizo todo lo que pudo. Redactó un informe favorable ensalzando toda mi bondad, mi buena conducta, mi compromiso en el rescate. Pero, aun así, fue del todo insuficiente. Siempre se busca a un chivo expiatorio. Sin ninguna entrevista médica, ni estudio previo, me diagnosticaron el s*índrome* del héroe.

Mi abogado me lo explicaba sin alzar la mirada, revisando otros casos que amontonaban su apretada carpeta. Tiritaba de frío en aquella celda hormigonada, descascarillada, húmeda, lúgubre y pintarrajeada con a saber qué, haciendo un esfuerzo por concentrarme en las explicaciones del letrado.

Me acusaban de sabotear el ferrocarril. En pocas palabras, de causar el accidente y después presentarme en sociedad como una suerte de salvador. Una patología extraña, pero bien conocida. En su lógica inventada, todo cuadraba a la perfección. Siempre he procurado afrontar mis problemas desde un punto de vista externo, más objetivo, es decir, como si le estuviera ocurriendo a otro y debiera darle el mejor de mis consejos. En esa ocasión, lo tenía muy muy crudo.

Efectivamente, lo perdí todo. Las reuniones familiares, el futuro laboral, disfrutar de los amigos, el simple capricho de un paseo por el parque; pero, sobre todo, perdí ese contacto tan mágico, especial y único, ese nuevo hallazgo que invadía mi mente como una canción pegadiza, y que me hacía sonreír haciendo volar mi imaginación en las horas más bajas: Angie.

Me extirparon del mundo arrebatando mi libertad.

Esos primeros días en Rikers Island, la prisión de máxima seguridad de Nueva York del East River, no hacían justicia a su infamia. Era todavía peor. Seguí los consejos de Billy: no mirar, no hablar, no parecer débil. Pero daba igual, aquello era un infierno en la tierra. Seres rojizos por todos lados me observaban hambrientos, pero algo les retenía.

Nunca terminas de conocer el funcionamiento de ese universo paralelo, ese mundo de seres invisibles, pero sí percibía la cautela de los rojizos y, por ende, la de los presos. Todos ellos intuían que tras de mí una energía poderosa me protegía. En la jerga callejera lo llamaban respeto. Pero no era eso.

Al cuarto día de estar allí, todo cambió.

—¡Sanders! —gritó un carcelero afroamericano enorme, uno del tamaño del yeti. Salté de la litera de arriba alarmado por su impetuosa voz y me puse en pie, firme y disciplinado como un militar—. Acompáñame. El alcaide quiere verte.

Me colocó las esposas de pies y manos. Ambas estaban unidas por una cadena

central. Yo procuraba seguirle el ritmo. El carcelero me arrastraba cogiéndome de los grilletes, pero mis pies trastabillaban como los de un pingüino. No se me ocurrió quejarme. Probé a dar saltos, pero nunca se me dieron bien las carreras de sacos. Sin decirle nada, tomó conciencia y bajó el ritmo de sus zancadas.

Poco a poco, íbamos superando pasillos custodiados por puertas acorazadas. El ambiente y la decoración iban cambiando en una transición positiva. Las puertas empezaban a ser de madera y los cuadros con grabados decoraban los pasillos, ahora sin sumideros. Lámparas con tulipas opacas, de cristal templado, colgaban de los altos techos blancos e impolutos. Un aroma fresco y dulzón, femenino, nos recibió antes de llegar al despacho del alcaide. Procedía de su secretaria, una joven y hermosa mujer, que al vernos llegar avisó por un interfono de nuestra presencia y de inmediato se alejó de nosotros incapaz de disfrazar su miedo.

La escena se me antojaba ridícula, incoherente y fuera de lugar. Nos miraba como si dos seres del inframundo hubieran emergido de las profundidades. Dos bestias. El gigante que me escoltaba ni se inmutó, sobradamente acostumbrado. Rehuía el contacto visual. Me pareció pintoresco, pero después, pensándolo bien y poniéndome en su piel, lo entendí.

—Escúchame bien, Sanders. No sé, ni quiero saber, por qué te ha hecho llamar el alcaide. Lo que sí que sé es que como te pases lo más mínimo te aplastaré como a una cucaracha. —Golpeó su enorme puño con la palma contraria—. ¿Lo has entendido?

Asentí con educación.

El carcelero llamó a la puerta calculando, ahora con cuidado, los dos golpecitos de sus nudillos. Una voz desde el interior exclamó:

—¡Pasen!

Al entrar, una fuerte luz natural invadió nuestros sentidos colapsando mi vista.

—Buenos días, señor alcaide. ¿Da su permiso?

—Adelante.

Una inmensa cristalera exponía ante nosotros la imponente imagen viva de la ciudad de Nueva York. Manhattan, Brooklyn y Queens se mostraban ante mí como una alfombra urbana llena de detalles y fulgente actividad. El enorme respaldo de un sillón giratorio ocultaba la figura del hombre que momentos antes nos daba paso. Una mano se asomó por encima con los dedos alzados al techo, en un gesto de autoridad.

—Guardia, déjenos solos.

—¿Está usted seguro?

—Del todo.

El corpulento celador me miró fijamente a los ojos recordando nuestra breve conversación. Pero, si por algún casual no lo había entendido, repitió con sutileza, ojiplático, con expresión demente y un ligero puñetazo a su palma, vocalizando en silencio la palabra «cucaracha». Luego me señaló con el dedo.

No supe cómo reaccionar. Estaba claro que lo decía muy en serio, y en parte estaba intimidado, pero sin saber claramente por qué, casi exploto de la risa. Menos mal que me contuve.

—Señor alcaide, estaré justo aquí, por si me necesita.

El guardia abandonó el despacho. La secretaria volvería a sentirse incómoda, me dio tiempo a pensar.

—Siéntate, Dustin.

Me acerqué a una de las butacas arrastrando la cadena y haciendo más ruido del deseado. Separé con ambas manos el pequeño sillón y tomé asiento.

Por fin hizo girar su butaca, revelándose ante mí un hombre obeso de dos papadas. De unos cincuenta años, con gafas de montura dorada. Debía de ser bajito, porque sus pies apenas llegaban a tocar el suelo. Parecía que se había empeñado en alzar su asiento por encima del resto en un acto de pomposa preponderancia. Un ajustado traje de color marrón conjuntaba a la perfección con el puro apagado que sostenía en su mano izquierda.

—¿Te estamos tratando bien? —preguntó al aire.

De inmediato, me sentí atropellado por un colapso de imágenes. Yo mismo en un recuerdo temprano, abriendo mis nalgas durante el ingreso en prisión. Haciendo sentadillas desnudo, rapándome el pelo al cero, disfrutando de esa ducha de chorro gélido. Sacando la lengua mientras un guarda automatizado, arrogante y armado con guantes de látex exploraba mi boca tras haber buceado en el trasero de un pandillero. Me vi tapado hasta la cabeza con una manta zarrapastrosa y piojosa, la misma que prometí no usar. Comiendo ese puré de arroz con leche mezclado al agua caliente, barroso y con hebras, sopa psicodélica lo llamaban. No tardé en responder.

—Sí, señor. Me están tratando muy bien. Gracias.

Mentí lo mejor que supe, intentando parecer sincero y agradecido.

—Me alegro —afirmó satisfecho. Abrió la gaveta de su escritorio y cogió un mechero metálico, de esos que tienen tapa, y se encendió el puro tomándose su tiempo. Se puso de pie; y sí, era un hombre bajito, aunque no por ello dejaba de transmitir ese halo que desprenden los altos cargos—. Uno de los de arriba se ha interesado mucho en ti. Nos han pedido que hagamos contigo —agitaba sus dedos en el aire buscando la palabra apropiada— una excepción. Insisten en que eres alguien muy importante y que debes permanecer separado del resto de los internos. Que te demos una buena cama. Agua caliente. Lectura. Radio. Que te permitamos recibir visitas. Bueno, la lista es larga.

Su rabia parecía apoderarse poco a poco de él en aumento.

—¿A qué se debe algo tan insólito? ¿Tú te lo explicas? —me preguntaba como si yo no fuera yo, o como si se lo preguntara a sí mismo, no sé. Pese a todo, la respuesta salió de mis labios como una flecha afilada.

—Soy inocente, señor —afirmé fresco y tranquilo, sin pretender ofender.

Sin embargo, el escepticismo prejuicioso brillaba en sus ojos como lo hacen las brasas en la hoguera.

—No. No, señor Sanders. Es usted culpable. Culpable como todos los demás. Culpable. Culpable. Culpable. ¡Culpable! ¡Culpable!

Comenzó a vociferar en una escalada de locura. Yo bajé la mirada fijándola en mis grilletes, aterrizando de golpe en mi lamentable situación. La puerta se abrió asomándose el enorme guardia afroamericano, pero le mandó cerrar de nuevo con un ademán implacable, prosiguiendo:

—¿Y sabes por qué lo sé?

Me miró con sonrisa maliciosa.

—No, señor —dije, resignado y respetuoso.

—Porque estás aquí —afirmó con los brazos abiertos, recalcando con su mirada circular que ese lugar era una prisión. Como si su afirmación respondiera a un silogismo aplastante e irrebatible. Yo cada vez estaba más incómodo—. Ahora te vas a entrevistar con una funcionaria. Es una mandada, y quiero que le cuentes lo que me has dicho. Que le hables de lo bien que te estamos tratando. ¿Me vas entendiendo?

Me miró seriamente, pegándole una larga calada a su puro, para después parecer una locomotora de vapor.

—No le quepa duda, señor alcaide, les estoy muy agradecido a usted y a todos sus funcionarios. —Pude ver sobre su escritorio un libro negro, de cubierta de cuero con letras doradas. *Holy Bible,* Sagrada Biblia. Estaba manoseado y viajado, pero ocupaba sobre la mesa un lugar importante—. Lo juro por Nuestro Señor Jesucristo —hilvané sin retirar la mirada del libro.

El rostro del alcaide se destensó. Por un instante, pude ver su humanidad tras el escudo de la tiranía.

—Levanta. Gary te llevará a la sala de visitas.

Aunque seguía irradiando voz de mando, se apreciaba un cierto cambio dulcificado.

Al sobrepasar la puerta del despacho, me encontré al enorme carcelero con semblante frío y atento, profesional, vigilante.

—A la sala de visitas —dijo, como quien manda un traje a la lavandería.

El gigante asintió obediente cogiéndome nuevamente por los grilletes.

—¡Gary! —vociferó el alcaide a nuestras espaldas, según salíamos del *hall*—. Trátalo bien. Díselo a todos.

El carcelero sostuvo su mirada con el alcaide extrañado, aunque no dudó en afirmar:

—¡A la orden!

Soltó su mano de mis grilletes y por unos segundos mis brazos siguieron al frente por inercia. Gary se puso tras de mí, y sin tocarme me fue guiando por el laberinto de módulos y pasillos hasta llegar a una puerta de madera de pino pintada de gris que anunciaba en letras negras: «Visitas».

La sala estaba vacía. Todas las sillas y mesas fijadas al suelo con tornillería industrial. Era una estancia monocromática, sosa y carente de alegría. Tan neutral que resultaba triste.

—Tienes quince minutos.

Al fondo, en la esquina que no alcanzaba a ver desde la puerta, aguardaba una mujer elegante y delgada, de entre cuarenta y cincuenta años, con vestido floral hasta los tobillos y una rebeca color hueso. Sobre la mesa metálica, una inflada carpeta atiborrada de folios asomándose por los extremos. Tras ella, un ventanal transparente con otro celador vigilante.

Inseguro, me acerqué hasta esa mujer que me escrutaba con su mirada como lo hace un tasador de mercado, con descaro. Me sentí avergonzado por vestir el uniforme de presidiario y aparecer encadenado a mí mismo. Parecía peligroso. Incontrolable o impredecible. Malo. Ella dio los últimos pasos. Los que, en esos pocos días preso, había aprendido a guardar.

—Abogada —me dije por dentro.

—Buenos días, Dustin. Soy Paloma y estoy aquí para conocerte un poco.

Extendió su brazo tendiendo la mano. Como un espejo acerqué las mías

engrilletadas, arropando esa mano anormalmente pálida y frágil, pero también cálida. Ella posó con afecto su otra mano sobre las mías. Una señal acústica alarmante, como un timbre desafinado y molesto, sonó por los altavoces instalados en las esquinas del techo. Enseguida una voz, igual de desagradable, retumbó:

—¡El contacto está prohibido!

Miré al cristal y pude ver los labios del funcionario hablando por el sucio micrófono de la sala contigua. Alcé un poco la mirada y su vista se clavaba en mí como un dardo penetrante, cargado de mensaje. Me retiré enseguida. Ella se quedó mirando sus manos con una mirada ilusionada. Maravillada. Yo no entendía nada. Entonces, pensé: «No es abogada, ese comportamiento tan extraño es propio de una psiquiatra». Todo iba encajando. Me mandarían a un psiquiátrico. Mi mente hervía de pensamientos veloces, haciendo conjeturas desinformadas.

—Te sacaremos de aquí, Dustin, te doy mi palabra. Volverás a tu vida de antes como si nada de esto te hubiera ocurrido. Pero mejor que todo eso, ya no tendrás que fingir ni escapar de tu don. —Me miró como si supiera algo que yo no le había contado—. Serás uno de los nuestros.

Toda esa memoria, rescatada de «la frontera insuperable», emergió frondosa, cargada de matices. Vívida.

Ahora Saya me examinaba con renovado interés. Trataba de vislumbrar más allá de lo que sus ojos le permitían, aunque también se podía adivinar su frustración.

Me hice el sueco. Los meses en prisión y todo lo que recordé de mi otra vida me hicieron comprender, en ese momento, que mi existencia estaba interconectada. El destino y ciertas pistas se abrían paso para conectar lo inacabado, lo entendí perfectamente, no era casual. Negué la floración de esos recuerdos e hice ver que mis lagunas eran aún más turbias y opacas.

Ahora, y pese a encontrarme en ese artefacto de otro mundo rodeado de *attrezzo* mundano, me sentía más fuerte, más yo mismo. Mucha información, intuida y desmadejada, se reorganizaba en mi cabeza; pieza a pieza, el puzle cogía forma. Sin pretenderlo, Saya había desmarañado más de lo que habría deseado. Visiblemente disgustada, y con cierta arrogancia, me sacó de mi bucle reflexivo.

—Acompáñame. Voy a enseñarte algo. —Sus palabras arrojaban un aliento de enfado. Abrió la puerta de la cocina y de nuevo la molesta luz me hizo retirar la vista—. Ponte esto. No quiero que pierdas detalle.

Me dio algo muy parecido a un antifaz de plástico elástico y flexible, una especie de gafas de sol que se colocaba como una venda en los ojos. Ella se puso otro. Imité el modo de ponerlo. La cocina se veía con un tono azulado y más apagado; sin embargo, la luz tras la puerta ya no resultaba dolorosa.

—¿Adónde vamos? —pregunté, exigente y con cierta curiosidad.

—Nosotros lo llamamos la sala del saber.

En mi inocente imaginación, había ideado una especie de biblioteca futurista donde reunían todo su conocimiento. El recorrido por aquella construcción flotante no me dejó indiferente. No utilizaban líneas rectas. Ni tan si quiera el suelo era del todo plano. Las superficies eran combadas y ovaladas, no había ángulos rectos. Al llegar, la luz tenía otro color más pálido y blanquecino.

—Es aquí.

El lugar era silencioso. Tanto que resultaba inquietante. Podía escuchar nuestra respiración. La luz de aquella estancia se oscurecía suavemente, como los teatros al inicio de la función. La pared de enfrente comenzó a relucir transparente. Al principio, solo veía figuras difuminadas moviéndose. La imagen se transformaba cada vez más nítida hasta hacerse cristalina. Cuando distinguí lo que ocurría, un súbito ardor ácido viajó desde mi estómago a la garganta. Sin pretenderlo me había relajado, o confiado, no sé, demasiado. Entre aquel silencio caótico podía escuchar los martilleos de mi corazón descontrolado, hasta la sangre corriendo veloz por mis venas.

Cuatro seres grises se encontraban atareados con un ser humano. Un varón de unos cuarenta años, norteamericano, relativamente atlético. Lo tenían sobre una plataforma horizontal. El lugar, impoluto y ordenado al extremo, transmitía un fuerte componente aséptico. La totalidad de las paredes eran televisores, donde aparecían signos y rúbricas en movimiento. Su lenguaje, supuse.

Yo podía ver a aquel hombre, pero deduje que él a nosotros no. Su rostro era la viva imagen del terror más ancestral del ser humano. Unas líneas negras se mezclaban sobre su torso desnudo. Él miraba en derredor a esas criaturas apáticas e insensibles. Le veía gritar amarrado con algo invisible a esa superficie horizontal, pero era incapaz de oír el bramido de sus alaridos. Tenía que ayudar a ese hombre.

—¡Soltadlo! ¿Qué estáis haciendo? —Mi voz sonaba extraña en aquel lugar.

—Te vas a perder lo mejor. Observa.

—¡Que lo sueltes! —grité tan fuerte que noté el dolor y la disfonía en mi voz.

Las líneas negras sobre su torso confluyeron en un mismo punto, a la altura de su corazón. En ese momento, indiferente para aquellos seres, apareció su guardián. Como en otras ocasiones, el tiempo se volvió más elástico. Aquella sombra observó el lugar y a aquellas criaturas. Pareció sopesar que la muerte de su protegido pudiera ser inminente; entonces le vi mirarme. Él podía verme a través de la pared. Ahora, el tiempo corría a dos velocidades. La nuestra y la de aquellos seres de otro mundo.

—¿Qué lugar es este? ¿Qué son estas máquinas? ¿Quién las gobierna?

—Son seres de otro mundo.

—No son seres. Son otra cosa. Quieren matar a mi protegido. Ayúdame a salvarlo.

—¿Qué puedo hacer? —pregunté, limitado por las escasas opciones y el asombroso escenario.

—Si me das tu permiso, entraré en ti y lo intentaremos juntos.

Como una exhalación, me vino a la mente la remota pelea de mi amigo Javier, aquella en el patio del colegio.

—Por supuesto. Estoy preparado.

No terminé la frase cuando pude apreciar que la silueta del guardián se tornaba vaporosa y, como una niebla veloz, se comprimía en mi tórax. Fue una grandiosa inyección de energía. Al instante, me noté diferente. Mis sentidos eran más agudos, y no solo eso, también podía percibir otros estímulos del ambiente, como si de un modo inexplicable cada molécula de aquel lugar me transmitiera tacto y visión. Intento describirlo, pero no hallo el modo exacto. Por supuesto, ahora la conexión con aquel hombre aterrorizado era absoluta. El guardián y yo nos hicimos uno. Alguien nuevo y poderoso. No había conflicto sobre quién estaba al mando, nada de esas trivialidades humanas. Una mezcla perfecta. Era yo, pero también el guardián. Complejo y simple a

la vez.

—Soltadlo.

Mi voz se tornó distinta. Más grave y profunda. Sentía que mi cuerpo era más fuerte. Más veloz. Mi intuición, mi capacidad de procesar información, el surgir de las ideas. Todo en mí había sido amplificado de forma exponencial.

—Al fin te manifiestas —afirmó Saya, esbozando una sonrisa de satisfacción. Los grises se detuvieron, como maravillados y sorprendidos por el encuentro, por el contacto con un guardián a través de mí—. Como comprenderás, se hace necesario sostener la espada de Damocles. De lo contrario, sé que desaparecerás inmediatamente. Entiende que la razón de tomarnos estas molestias tan primitivas y grotescas obedece al propósito de forzar tu visita. En tanto en cuanto, acceder a tu petición resultaría paradójico.

Los grises salieron de su sorpresa y, de nuevo, como en un acto ensayado, volvieron a posar su atención sobre el humano. Uno de ellos recogió un instrumento cilíndrico que sujetó con su desproporcionada mano de cuatro falanges.

—¿Qué es lo que quieres?

Pese al poder que nos confería la alianza entre el guardián y yo, el resultado de un conflicto se reseñaba arriesgado e impredecible.

—Queremos la conexión. Que abras la puerta al otro lado. Llegar allí. Penetrar. Trascender y volver. Todo. —Un ambicioso brillo relucía en sus ojos—. Ya hemos llegado a los límites de este universo. Para nuestra civilización, avanzar es imperativo.

En ese justo momento, uno de los grises accionaba el instrumento cilíndrico sobre la carne del estómago de ese hombre aterrado. Sin contacto, salvo por el lucir de la punta con un color eléctrico. Su carne comenzó a abrirse en dos, dejando entrever el interior de su abdomen. Una dantesca mezcla de entrañas, de llamativos colores violáceos, pálidos, se asomaba por la incisión. El hombre parecía desfallecer entre dolores horrendos. Sin embargo, una aguja robotizada lo impidió. En un visto y no visto, penetró rápidamente en su hombro inyectando alguna sustancia estimulante, alargando el sufrimiento y multiplicando la aberrante angustia.

—¡No le hagáis daño! —exigí con un grito desesperado.

—Eso no depende de mí. —Su tono, calmado y ajeno, reflejaba, obviamente, una templanza inhumana—. Llévanos al otro lado y lo devolveremos sin un rasguño. Sano como una lechuga.

En ese momento, la incisión sobre su torso se extendía desde el ombligo hasta la garganta, y mostraba una imagen viva y crepitante de sus órganos. Espeluznante. Sus ojos desorbitados, invadidos por un terror trémulo, suplicaban un final rápido, una muerte digna.

No lo podía consentir. No en mi presencia. Ni un segundo más.

Me acerqué a toda prisa a la extraña pared que me separaba de mi congénere y comencé a golpearla una y otra vez. Era una superficie muy dura. La piel de mis nudillos se resquebrajó por los impactos, brotando una peguntosa sangre que se mezclaba con la suciedad del dorso de mi mano.

El alienígena gris, que manejaba el artilugio cortante, se detuvo un instante sobre la garganta, desconectando el brillo azul del instrumento. El hombre desconocido me miró fijamente, como si de algún modo ahora pudiera verme golpear aquella división del

espacio. El tiempo se congeló brevemente.

Otras líneas oscuras se concentraron en el mismo punto anterior, sobre su corazón, y de pronto un espasmo recorrió su cuerpo arqueando su espalda en una contorsión dolorosa. Los extraños símbolos y signos alienígenas, que se movían por las paredes recordando a los monitores hospitalarios, se detuvieron inmediatamente dibujando una huella fija e inmóvil. El guardián salió de mí y se acercó despacio a su protegido, como si no diera crédito a todo ese sinsentido. Su pecho ya no se inflaba, exhalando un suspiro agotado, un último estertor.

De pronto, una pequeña bola de luz brotaba suavemente del cuerpo diseccionado de aquel desconocido, elevándose en suspensión un par de metros. Ondeaba de arriba abajo mecida por un aire inexistente. Me giré hacia Saya.

Mis ojos ardían en cólera.

—¡Os voy a eliminar!

Mis dientes rechinaron entre sí y mis manos, ensangrentadas, se plegaron sobre sí mismas tan fuerte que las fibras de mis antebrazos parecían cuerdas de guitarra. Saya retrocedió unos pasos y extendió su brazo derecho con la palma abierta, como una señal de *stop*.

—¡Todavía estamos a tiempo de salvarlo! ¡Podemos traerlo de nuevo! ¡Recuperarlo depende de ti!

Me llevé las manos a la cabeza estirando hacia la nuca mi alborotado y descuidado pelo. En las habitaciones de mi corazón nunca había dejado sitio para el odio, pero estos seres, calculadores y despiadados, hacían que mi mente se turbara por un colapso invasivo de pensamientos vengativos.

—¡Enséñanos el otro lado!

—Saya, no te enteras. Ya no está conmigo. Se va con su protegido. Habéis fracasado.

Sus labios se contrajeron escondiendo su color rosado. Se había enfadado. Me sentí reconfortado de ver el disgusto en su rostro.

—De eso nada —afirmó con soberbia.

CAPÍTULO 34. **IRREVERSIBLE**

- *EN ALGÚN PUNTO DEL MAPA, AÑO 1996*

El cuerpo de aquel hombre semidesnudo se sacudió sobre sí mismo. Era como si hubiera recibido una descarga eléctrica procedente de la superficie. De nuevo, otra sacudida hizo contraer sus extremidades y, de pronto, los caracteres de las paredes volvieron a moverse en un ciclo repetitivo. Ahora su caja torácica se expandía con cada respiración. Su cuerpo seguía abierto de par en par, como una sandía rajada.

Su guardián estaba allí, junto al cuerpo del hombre, pero la pequeña esfera luminosa continuaba flotando sobre él como un globo hilado. La camilla se plegó ligeramente adoptando una forma cóncava, arrimando los hombros y brazos de aquel hombre a su tronco. Un artilugio del techo se posó a pocos centímetros recorriéndolo de arriba abajo, derramando un fluido lechoso y denso que se espesaba convirtiéndose en un manto gomoso.

El dispositivo regresó al techo recogido y los cuatro seres grises retiraron el manto pegajoso. La camilla recobró la horizontalidad. Ahora el cuerpo de ese hombre ya no presentaba incisión alguna. Desde mi distancia, ni siquiera se podía apreciar el más leve indicio de corte alguno. Debí permanecer en silencio por unos segundos, fascinado por el proceso invertido.

—¿Por qué no recobra el sentido? ¿Qué está haciendo el protector? ¿Dónde está? ¡Exijo hablar con él!

Ese aluvión de palabras me sacó del ensimismamiento. El guardián continuaba junto al cuerpo del hombre, y su alma, reducida a un brillo cambiante, seguía vacilando sobre el cuerpo vivo. No sé por qué contesté. Era como si tuviera la necesidad de decírselo, de compartir aquella escena nunca vista.

—Está junto al hombre. No se ha ido, pero tampoco le permite regresar a su cuerpo.

Saya acarició su barbilla pensativa, ordenando sus ideas. El guardián caminó, lánguido y sosegado, traspasó la dura pared transparente y me miró fijamente.

—Me lo llevo. Gracias por ayudarme, pero no puedo hacerle volver.

Nunca dejaba de sorprenderme la ronca y profunda voz que emanaba de los guardianes.

—¡No! Hazle volver. Le han curado. ¡Míralo!

La expresión atónita de Saya me hizo comprender rápidamente que, primero, solo escuchaba mi parte de la conversación y, segundo, que nunca habían llegado tan lejos en un encuentro.

—No puedo hacerlo. Ha sufrido demasiado. Aunque lo hayan recompuesto físicamente, su mente siempre estará llena de cicatrices. De terrores insuperables.

—Encontrarás la manera. No lo separes de su vida. Seguro que tiene familia, amigos, proyectos, ilusiones. No se los arrebates. ¡No te lo lleves!

—Puedo enterrar este recuerdo en lo más hondo de su memoria, pero, aun así, este

episodio es imborrable. Nunca volvería a ser el mismo. Se vería atormentado por miedos inexplicables, pesadillas espantosas, sobresaltos en la noche, fobias. Poco a poco se adentraría en un sumidero de locura, de dolor constante. Solo hay una forma de borrarlo para siempre, y es lo que voy a hacer. Insisto en agradecerte todo lo que has hecho por nosotros, estamos en deuda contigo.

—Pregúntaselo a él. Déjame explicarle lo que ocurre. —Ni tan siquiera yo lo tenía claro en ese momento. Pero lo que sí sabía es que ese hombre se aferraba a su vida, que estaba dispuesto a luchar por ella—. Le contaré todo lo que sé, podrá sobrellevarlo bien. ¡Seguro!

—Adiós, amigo. Volveré siempre que me necesites. Procúrale un entierro. Un lugar donde los suyos puedan visitar su recuerdo.

—No, por favor. No. ¡No! ¡No!

El guardián me ignoró, caminó hacia la habitación. Los grises miraban las paredes, ajenos a su presencia, invisible para ellos y obcecados en interpretar la información cambiante. La sombra alargada se detuvo a los pies de la cama. Posó sus manos sobre los pies del cuerpo de su protegido y el color de su piel palideció. Sus pies azulados de frío contagiaron al resto del cuerpo, que pocos segundos después tiritaba entre sutiles calambres.

Saya reflejaba una inquietud palpable. Una frustración creciente la atormentaba, a ella y a los grises. Les parecía ilógico. Era como tener delante un buen coche, revisado y en perfecto estado, con el motor en marcha y listo para el viaje, salvo por un pequeño detalle: no había conductor.

La sombra alargada del guardián comenzó a desdibujarse, llevándose consigo la brillante luz flotante y desapareciendo del todo al cabo de unos segundos. El cuerpo dejó de respirar nuevamente y, pese a toda la insistencia de los grises, reanimarlo fue imposible. Sacudidas eléctricas, cada vez más intensas, recorrían el cuerpo de ese hombre sin efecto alguno. Inyecciones y toda clase de dispositivos aunaban fuerzas para retornar un estado irreversible.

El guardián había desconectado el cuerpo de la fuente. Así lo entendí.

Lo intentaron durante un período largo. Tan largo que comenzaba a superar el límite del respeto humano. Atónito, perplejo y desanimado, me quedé ensimismado con la mirada infinita perdida en la escena, observando cómo la lividez azul trepaba sutilmente por esas piernas más deprisa de lo que había imaginado. Las venas veteadas confirmaban la vieja frase de nuestros ancianos, la muerte viene por los pies, revolviéndome con la macabra coincidencia.

Finalmente, desistieron de su empeño, cubriendo el cuerpo con una especie de sábana blanca cuyo relieve me era más insoportable todavía.

—No pretendíamos que esto acabara así. Es la primera vez que nos pasa. Todos los demás soportaron el trance.

—¡Le habéis matado! —grité a Saya, señalándola con el dedo—. ¿Qué esperabas? —Estaba tan furioso que no me reconocía—. ¡Sois absurdos! ¡Subdesarrollados! ¡Crueles! ¡Asquerosos, salvajes, injustos!

Saya soportaba mi retahíla de improperios cabizbaja, sumida en su propia confusión, en su culpabilidad.

—No tengo más remedio que hacerlo. Experimentar. Es nuestra obligación.

—¡Calla!

Mis ojos ardían y todos mis músculos se agitaban tensos.

—Debemos acumular conocimiento. Saber más del otro lado.

Con los ojos extraviados en el suelo, parecía justificarse a sí misma.

—Es un daño colateral —afirmó con un suspiro.

—¿Daño colateral?

Todo el autocontrol entrenado, mi paciencia eterna, mi calma e inteligencia. Todo eso se desvaneció de repente. En su lugar, una energía explosiva se adueñó de mí.

—¡Asesinos!

Un insoportable calor visceral hizo quitarme la chaqueta de golpe y tirarla contra el suelo con todas mis fuerzas. No serían humanos. Quizá serían inmortales, como aseguraba, pero, desde luego, en sus ojos en ese instante solo había miedo. Un miedo que crecía tanto como un terror incontrolado, nocturno y olvidado.

Ella dio unos pasos atrás. Una luz intensa, del tamaño de un portal, se abrió tras ella recortada por la entrada a tropel de cuatro hombres fornidos, uniformados con un traje negro, corbata a juego y camisa blanca, ataviados igual que el día que escapé de ellos. Miré hacia el quirófano donde estaba el hombre, y los grises ya no estaban allí. Quizá eran ellos, quizá no, tampoco me importaba demasiado. Por un momento, maldije la vida que me había tocado vivir, mi singularidad, la podredumbre constante con la que lidiar y, finalmente, como un animal salvaje arrinconado, no encontré más solución que luchar.

Los cuatro hombres sobrepasaron a Saya colocándose en línea frente a mí. Sus rostros inexpresivos llevaban los ojos cubiertos por un antifaz como el que me dieron. No era sed de venganza lo que me agitaba por dentro, de verdad que no era eso. Comprendí que me harían daño, que no significábamos nada para ellos, que tras esa falsa diplomacia no había nada, solo dolor y muerte.

No me iría sin luchar, y si lo lograba, tampoco me iría sin cumplir el encargo del guardián. El cuerpo de ese hombre recibiría sepultura. Fue una decisión forzosa, tomada en caliente, poco realista y sin más propósito que rebelarme a su tiranía. Me matarían enseguida o, peor aún, me torturarían sin piedad. Ya me veía sufriendo inimaginables dolores a manos de esos grises, abierto en dos, mutilado y destripado. Una gota de sudor frío recorrió mi espalda. Cogí aire, cerré los ojos por un instante eterno y, sin ordenarle nada a mi cuerpo, mis brazos se entrecruzaron levantando la rodilla flexionada, golpeando con fuerza el suelo al plantar el pie. Estaba en guardia.

Desarmado, preparado para el cuerpo a cuerpo. La interiorización y el entrenamiento incesante del *muay thai* actuaban por inercia, como un reflejo innato. Aunque me superaban en número, en mi cabeza circulaba la idea de que en cualquier momento algún tipo de proyectil o tecnología extraña me detendría sin oportunidad de luchar. Pero no fue así.

Uno de ellos dio el primer paso. Llevaba las manos abiertas, una adelantada a la otra. Mi corazón trabajaba a toda máquina, y el espacio que la naturaleza le había asignado en mi pecho se tornó demasiado pequeño.

Desconocía cuán preparados estaban, pero a simple vista, tal y como se acercaba, no me transmitía ninguna técnica conocida. Más bien era como si tratase de agarrarme para reducirme en el suelo, pero, claro, no podía dar nada por sentado. Con rapidez

cogí esa mano más adelantada tirando de él hacia mí. Su metro noventa de carne cedió al empuje y un tibiazo con todas mis fuerzas impactó contra su sien. A toda velocidad, recuperé la posición. El fornido cuerpo del trajeado se escoraba con las extremidades relajadas y la mirada ausente. En un acto impulsivo, entrenado mil veces, cogí impulso protegiéndome el rostro con los antebrazos y hundí mi rodilla sobre su pectoral con un golpe seco y veloz, acompañado de un alarido guerrero empleado para canalizar la energía y recuperar el resuello.

El trajeado salió proyectado unos metros hacia atrás cayendo sobre su espalda, como lo haría un edificio mal demolido. Su cuerpo yacía tendido en el suelo como un trapo. Respiraba con dificultad semiinconsciente víctima de un nocaut. Volví a alzar la rodilla y retomé la posición inicial. Saya parecía perpleja, como si nunca nadie les hubiera hecho frente.

—¡Siguiente! —exclamé lleno de rabia, con el recuerdo presente de su crueldad.

Dos de ellos se adelantaron a la vez. Saya se inclinó sobre el trajeado con cierta lástima y preocupación en los ojos; en su mirada había compasión y empatía, algo que no había visto antes en el banco de operaciones. No permití que acortaran distancias, una patada frontal en la rodilla colocó su pierna en una postura imposible y antinatural, tratando de conservar el equilibrio con pequeños saltos de dolor sobre su pierna intacta. Su compañero no corrió mejor suerte, recibió el golpe de mi codo y mi rodilla al mismo tiempo en cabeza y rostro.

El trajeado de la pierna tuvo que sentarse tirándose al suelo retorcido de dolor. Su compañero, completamente aturdido por el codazo, vagaba borracho hacia atrás dolorido, sujetándose la nariz, de la que emanaba un caudal de sangre abundante. Solo quedaba un trajeado y Saya. Se miraron como si un lenguaje mudo crepitara entre ellos.

Saya se puso en pie y se adelantó sobre sus compañeros heridos con una seguridad digna de una autoridad egipcia.

—¡Déjanos salir de aquí! Ya hemos tenido bastante —exigí señalando el cuerpo del fallecido.

—Te equivocas. Esto no ha hecho más que empezar.

Su postura expresaba tranquilidad frente a mí con los pies juntos y las manos cogidas tras su cintura.

—Tendréis que matarme. No pienso ayudaros en nada.

—Llevas razón en algo. —Una perturbadora sonrisa brotó de sus labios—. Tendremos que matarte, pero lo haremos lentamente. Y nos ayudarás, quieras o no.

Saya hizo un movimiento rápido con las manos. Me separaban de ella algo más de dos metros. Arrojó algo sobre mí. Parecían pequeñas canicas, rodamientos traslúcidos. Intenté esquivarlas como pude, pero eran demasiadas; no sé cuántas me golpearon, pero al hacerlo las pequeñas esferas se convirtieron en duras cuerdas elásticas que me envolvían con fuerza. Cuanto más luchaba por liberarme, más se tensaban. No podía mover las piernas, cada centímetro que perdía era incapaz de recuperarlo. Mis brazos terminaron con los codos pegados al tronco.

El trajeado se abalanzó sobre mí. Intenté, inútilmente, hacer uso de mis extremidades. Aquello me envolvía con extrema rigidez. Aun así, cuando lo tuve lo bastante cerca, salté como pude, estrellando mi cabeza en su cara. Le hice daño, pero no lo bastante.

En pocos segundos, me encontré bocabajo en el suelo, embutido con esas extrañas esferas, inmóvil y a su merced. Me contraje como pude esperando recibir una colección de patadas y golpes por mi osadía, pero nada de eso ocurrió.

Salieron de la sala ayudándose unos a otros, dejándome allí solo. Me giré sobre mí mismo para ponerme bocarriba, me estaba manchando con la sangre untuosa derramada en el suelo. Al girarme, tuve que cerrar los ojos; se me había movido el antifaz y la luz era molesta. Sin embargo, una bocanada de carcajadas me invadió de pronto. Les había hecho daño. Mis emociones viajaban en una montaña rusa y decenas de ideas paseaban por mi mente desmenuzando con cada una de ellas el mismo fatídico resultado.

Mi risa descontrolada se fusionó con un lamento doloroso, dibujando en el aire una melodía continuista alocada de carcajadas y llanto.

Me sabía muerto.

Disciplina, disciplina, me decía una y otra vez. Traté de calmarme controlando mi desbocada respiración, aunque en el alma ya notaba el arañazo feroz de las garras del pesimismo. Abatido y amarrado, hiperventilaba en el suelo. Me había dado cuenta de que cuanto más forzaba mis amarres, más se tensaban, comprimiéndome con cada arrebato por liberarme. Recordé todo lo que me habían inculcado. Los sabios consejos de mi padre: «Calma ante la tempestad, nunca pierdas el control».

Me sentía culpable, todos estarían preocupados por mí y por un momento, uno muy breve, sentí vergüenza de mí mismo. Allí tirado, cubierto de sangre propia y ajena, deslucido por un moreno sucio agarrado a la piel y con la ropa desvencijada y el pelo desaliñado. Esa imagen distaba mucho de la de un estudiante disfrutando de una beca internacional. Fue un momento de fragilidad. Una debilidad natural. Con el fresco recuerdo de mis padres, cogí aire, despejé mi mente y la tristeza se alejó abrazada de la soledad.

—No estoy solo. Nunca lo estamos —me dije.

Como el destello de un relámpago, recordé el encuentro en mi antigua casa, la añorada vieja fábrica y aquella conversación con Daryl, mi amigo transformado en rojizo. Ese diálogo del que prefería no acordarme y que había sembrado más dudas que respuestas. Sin embargo, podía escapar del extraño correaje que me atenazaba usando su enseñanza de los universos paralelos. Era una posibilidad pequeña y, aunque no lo había repetido desde entonces, debía intentarlo.

Mi propia sonrisa me hizo reflexionar sobre el destino y el libre albedrío. Arrastré la cara por el suelo para recolocar el antifaz, abrí bien los ojos con la mirada clavada en una lejanía indefinida y procuré retomar la sensación ligera de aquel estado. Primero me sentí pesado, hundiéndome en un pozo imaginario cayendo por un descenso libre hacia ninguna parte y de pronto la sensación de libertad flotante. Estaba fuera. Yo lo bauticé como escapada extracorpórea, pero en realidad ya tenía nombre: visión remota.

Me había fugado de las limitaciones físicas y ahora ninguna barrera era obstáculo para mí. Por inercia, lo primero que hice fue dirigirme a la sala contigua, donde el cuerpo del hombre reposaba en su descanso eterno. Cubierto por el sudario, como un recipiente vacío, me disculpé silenciosamente por lo ocurrido, sabiendo que ya estaba muy lejos de ahí, en un lugar mejor. Comprendí que el dolor se quedaba aquí, como

una brasa difícil de apagar y que sus seres queridos recogerían el testigo del inmenso dolor.

Proseguí el camino a lo desconocido. La luz ya no me molestaba y mis sentidos se comportaban de forma distinta. De un extraño modo, podía percibir las presencias cercanas, los sentía y oía marcándome la dirección con perfecta claridad, como el reclamo de una luz para una polilla. No puedo precisar la distancia, pero se me hizo muy corto. En un momento dado, me adentré en otra de las salas donde estaban los trajeados y Saya. Los escuché hablando y me extrañé un poco, porque pensé que usarían ese extraño lenguaje de graznidos entrecortados agudos; sin embargo, no fue así. Deduje que el cuerpo humano no era capaz de comunicarse de ese modo y no les quedaba más remedio que hacerlo como todos nosotros.

—El contacto ha sido sorprendente. Hacía mucho tiempo que no conversábamos con un protector.

Al mismo tiempo que Saya hablaba, los trajeados, ayudándose mutuamente, se colocaron en posición horizontal sobre otras superficies planas.

—Odio estos cuerpos. No he conocido ser en el universo que sienta el daño y la enfermedad con tanta intensidad —se quejaba el primero que me quiso atacar, de cuyos labios se derramaba un extraño mejunje de saliva, sangre y reflujo estomacal.

No está bien pensarlo, y menos decirlo, pero me sentí satisfecho.

—Debemos transmitir lo ocurrido para recibir instrucciones. Quizá esta vez quieran hacer algo distinto.

Se percibía cierta discordancia en las palabras de Saya.

—No debemos molestar al consejo con un chequeo habitual. Las órdenes son claras e irrebatibles. Ni tan siquiera deberíamos hablar de esto. ¿Pretendes que nos supriman a todos?

El trajeado miraba inclemente a Saya, cuyo semblante inalterado se mantenía firme en su convicción.

—No hay más que hablar, entonces. Seguiremos con el procedimiento. Aunque tengo un mal presentimiento con este ejemplar.

De inmediato, Saya pareció arrepentirse de sus palabras mordiendo su labio inferior.

—¿Presentimiento? No me hagas reír, llevas demasiado tiempo entre ellos. Deberías dejar de ver sus programas de televisión. Quizá habría que dar cuenta al consejo por tu repentina crisis de identidad.

Los demás trajeados esbozaron una risa burlona, solo interrumpida en algún caso por el despertar doloroso de las heridas infligidas.

Una vez tumbados, una serie de luces circulaba sobre sus cuerpos como lo harían las agujas de una impresora matricial, haciendo desaparecer sus hematomas, cicatrices y contusiones. Sorprendentemente, sus trajes también recuperaban la pulcritud original. Nos llevaban milenios de adelanto tecnológico, eso era indiscutible.

Mientras los trajeados se concentraban en su restauración, Saya comenzó un monólogo para sus compañeros, como si estuviera cavilando en voz alta.

—Sabemos que matar a un ser intermedio es contrario al avance, los protectores nos lo han advertido. Por el contrario, localizar a un enlace es extremadamente difícil, arduo y laborioso, al menos en este planeta, y cuando lo hacemos tenemos órdenes de someterlo a torturas físicas, químicas y psicológicas para contactar con su protector y

recabar información. Debemos experimentar con ellos hasta reducirlos a la nada y, cómo no, sin ser vistos, sin llamar la atención, sin levantar sospechas. Sin embargo, y desde hace tiempo, ese grupo de humanos organizados nos ofrece resistencia, ya sé que es mínima, y a veces hasta favorecedora, como en este caso, pero resistencia, al fin y al cabo.

»No comunicamos eso al consejo, solo mostramos los informes con resultado positivo, eliminando aquellos incidentes que ponen en entredicho nuestro objetivo. Pero lo cierto es que cada vez se hacen más difíciles de capturar y, lo más preocupante —e hizo una pausa silenciosa intencionada—, cada vez son más fuertes. No tenéis más que veros, tenéis un aspecto lamentable. Lo más perturbador es que con este ejemplar no hemos llegado al área energética. Ya veremos lo que ocurre. Eso es lo que me tiene escamada. ¿Presentimiento? No. ¿Intuición? Tampoco. ¿Probabilidad? Sí. Poca, pero sí.

El trajeado menos lesionado se incorporó renovado, con las manos tensas sobre la superficie plana, mirando circunspecto a su interlocutora acompañado de un suspiro decepcionado.

—Son criaturas inmundas. Lo hemos hablado mil veces. Su egoísmo natural les impide colaborar como sociedad unitaria. Son desleales, arrogantes, ignorantes, envidiosos, ¡solo movidos por la codicia!

—¡Lo sé! Pero hay algo distinto en los miembros de esa resistencia. ¡No son iguales! ¡No te das cuenta! ¿No os dais cuenta?

—Te sugiero que te límites a cumplir las órdenes. No lo diré más veces. Deberías estar vigilando al huésped.

Poco a poco todos los trajeados se ponían de pie, uniformados y ataviados con esos trajes cuyo aspecto recordaba a la escolta presidencial del servicio secreto.

Saya y los trajeados se dirigían a la sala donde me habían dejado. Mi cuerpo tiraba de mí como un potente imán indicándome con claridad el camino de vuelta. Fue como dejarme caer en la cama. Gravité con tal fuerza que al retomar mi cuerpo cogí una bocanada de aire asustado por el vértigo. Me notaba los ojos pastosos. Mis párpados desengrasados recobraban su lubricación tras el tiempo sin pestañear.

Al poco rato, entraron en la sala a buscarme. Me cogieron como a un saco de patatas. Cuanto más me resistía, más me apretaban aquellas malditas correas; sentía que me cortaban la circulación. Conocía mi próximo destino, una tortura insuperable y grotesca para forzar la presencia de mi guardián.

Me posaron sobre una de las camillas contiguas. El miedo iba creciendo como una bola de nieve cayendo ladera abajo. A mi derecha, el cuerpo cubierto con la sábana vaticinaba un porvenir inminente. Trataba de liberarme, pero me era imposible, y, además, por alguna razón, era incapaz de despegarme lo más mínimo de la extraña camilla.

Saya contemplaba la escena alejada unos metros, dejando hacer a sus compañeros. Nuestras miradas se cruzaron un par de veces. Podría haberse ahorrado todo ese teatro explicativo de la cocina, pensé, pero en los ojos de ella pude ver un pequeño reducto de tristeza, algo de compasión sincera, algo puro que no había en sus congéneres. «Su crueldad estaba confirmada, a veces vemos lo que nos gustaría ver», recordé cavilar.

Me esforcé de nuevo por escapar de las correas, apretando el gesto con gritos ahogados y bramidos de impotencia.

Cuando reabrí los ojos, mi primera impresión fue que habían rebajado la intensidad de esa luz tan molesta, pero no era eso. Instantáneamente, dejé de luchar. Estaba conmocionado por la imagen frente a mí, una imagen impactante que evocaba ese *déjà vu* recurrente, ese que no acababa de rescatar del trastero de mis recuerdos.

Rodeando la camilla se alzaban, erguidas, decenas de sombras guardianas. Tantas que impedían el paso de la luz, y cuyas siluetas me dejaron sobrecogido, inmóvil de esperanza.

—Creo que su guardián ya está aquí, ha llegado antes de tiempo —afirmó Saya dejando navegar la frase en ese mar revuelto, ahora inundado por un misterioso silencio.

—Sería la primera vez. No lo creo, no antes de tiempo —discrepó el trajeado.

Concluí que se refería a antes de empezar a abrirme en canal. Reconozco que me relajé al verlos. Había tantas sombras. El número era incontable. Reconocí guardianes de ambas vidas: el de Natalia, el del chico del congelador, el del Gallego, el de las niñas secuestradas por el Huesudo, todos los guardianes de las víctimas del tren y muchas más.

Habían acudido en mi ayuda todas las sombras de las personas a las que había ayudado. Una inexplicable sensación de paz me envolvió. Saya, aunque más despierta que los demás, se equivocaba al pensar que solo había llegado mi guardián.

Se equivocaba completamente.

CAPÍTULO 35. **TRAICIÓN Y DOLOR**

- *EN ALGÚN LUGAR DEL MUNDO, AÑO 1996*

Una sensación de ahogo me sobrevino. Aquella visión, rodeado de sombras alargadas, tan expectantes, despertó un monstruo dormido. Uno que emergía enloquecido de la zona más profunda de mis recuerdos, como un elefante en estampida atravesando una cacharrería. Ya decía yo que esa imagen me resultaba familiar. Fue la misma que me sorprendió antes de morir.

Se me congelaba el corazón al revivirlo. Mis labios exhalaron un involuntario bocado al aire al rescatar esos momentos.

Empezaba a comprender.

- *BROOKLYN, NUEVA YORK, AGOSTO DE 1979*

Ese último viernes, a final de mes, fue completamente nuestro. Como si el destino nos hubiera dado la oportunidad de despedirnos con unas maravillosas horas de felicidad absoluta. Fue una tarde mágica. El teatro exprimía la mirada más bella de Angie. Los actores y el escenario sacaban esa chispa infantil y curiosa en sus ojos. Expectante y absorbida en la trama, parecía volar hacia ese mundo virtual como una observadora encandilada. Disfrutaba viéndola disfrutar.

El asfixiante calor del verano nos golpeó al salir y decidimos cenar en el restaurante The Corner Stop; no había que hacer reserva y presumía de una envidiable terraza. De noche, tenía una de las mejores vistas del oscuro y enigmático río Hudson. De vuelta a casa, en el taxi, nos devorábamos con la mirada, impacientes por llegar y desatar el huracán de deseos inconfesables. Su piel brillaba cubierta de una finísima capa de humedad que multiplicaba el aroma a mil flores de su perfume. Ya me veía resbalando por cada fragmento de su cuerpo, ganando centímetros de terreno, venciendo la batalla de caricias y besos. Me imaginaba fusionando nuestras esencias en un agitado ritmo de aliento y apasionado sudor.

Solo imaginaciones incumplidas. Soñaba despierto, y todo eso. Bueno, eso tendría que esperar.

Demasiado tiempo. Una eternidad acotada entre vidas.

El semblante me cambió de golpe. Daryl aguardaba a la puerta de nuestra vieja fábrica. Caminaba de lado a lado con una impaciencia perturbadora, un nerviosismo barrunto que hacía temerme lo peor. El calor de mis agitadas ilusiones se transformaba en un desagradable y angustioso bochorno incómodo.

—¿Qué está pasando, Daryl?

Se entrecortaba la voz de mi garganta seca. Se me acercó al oído visiblemente

nervioso y susurró unas palabras que me congelaron la sangre.

—Los extranjeros te han descubierto. Saben lo tuyo. Tenemos que irnos de aquí inmediatamente.

Mi confianza en Daryl era incuestionable.

—¿Cómo lo saben?

Angie no comprendía el problema, ni sabía de lo que hablábamos. Ella era mi reducto de paz. Mi felicidad. Solo quería protegerla, evitar que se involucrara en todo ese mundo de locos. Que viviera tranquila y ajena a la amenaza constante.

—¡Lo saben y punto! ¡Pueden llegar en cualquier momento! ¡No hay tiempo que perder!

—Dustin, ¿qué ocurre?

Angie se llevaba el índice a la boca mordiéndose la yema del dedo. Siempre que estaba nerviosa lo hacía. Era su válvula de escape para manejar el estrés.

—No te preocupes, amor. Solo son cosas del trabajo, pero debemos irnos de inmediato. Ya te lo explicaré.

Todo lo que me ocurrió desde el accidente de tren se había convertido en un confuso galimatías. Algo muy difícil de explicar al común de los mortales. Mi atención se centró en Daryl, lo sujeté por el brazo y me lo llevé unos metros, lejos del alcance de Angie.

—¿Lo sabe alguno de los nueve?

Los nueve. Ese es el número de personas que conforman la dirección de nuestra sociedad secreta. Representan la máxima autoridad de la organización. Son su Gobierno, y siempre deben estar al tanto de los asuntos acuciantes, especialmente los relacionados con los «extranjeros», seudónimo de nuestros amigos de cuatro dedos.

—¡Claro! ¿De dónde crees que vienen las órdenes? —me dijo entre dientes.

—Id montando en el coche. Tengo que entrar en casa a por unas cosas. Si ves algo extraño, sal corriendo.

—No te hace falta nada de casa. Dinero, pasaportes y todo lo demás se te consigue al momento. —Se me acercó de nuevo al oído.

—Ella no debe venir. Vas a ponerla en riesgo.

Aquella afirmación fuera de lugar me sorprendió, pero viniendo de Daryl no le di importancia. Cegado de confianza, bajé la guardia.

—Estás de coña, ¿no? No pienso dejar aquí a Angie. Venga, que tardamos más en discutir que en hacer las cosas. Arranca el coche y si ves algo extraño toca el claxon. No tardaré.

Abrí la puerta de la fábrica, lo justo para entrar. Subí corriendo las escaleras, hacia el dormitorio, directo al armario. Ahí estaba el zapato. Saqué la horma, y tras ella encontré lo que estaba buscando, una pequeña caja ribeteada. Me la guardé en el bolsillo y corrí escaleras abajo tan rápido como pude. Cerré la puerta de golpe y me monté a toda prisa en el coche.

El ronroneo del motor comenzó a acelerarse de modo intermitente, como si quisiera hacer alarde de potencia. De inmediato, pensé que aquel Dodge Mónaco no era la mejor herramienta para escapar de nadie. Daryl estrujaba su potencia a todo lo que daba y Angie se aferraba con ambas manos al asidero del techo, luchando por no volar de lado a lado en las plazas traseras.

—Daryl, baja la velocidad.

Él seguía concentrado en la carretera, frenando lo justo en cada señal de *stop* y semáforo, sin detenerse. El Mónaco se meneaba como un flan y las ruedas chirriaban en el asfalto como una mala tiza.

—¡Daryl! Daryl —le tuve que gritar. Al fin levantó el pie—, ¡mantén la calma! Si conduces así, llamarás la atención, y eso es lo que menos conviene.

Bajé la visera y escudriñé la retaguardia por el espejo. Nada sospechoso. Miré hacia arriba en busca de algo extraño en el firmamento, y tampoco. Sentía la expresiva mirada escéptica de Angie clavándose en mi cogote.

—¿Va a decirme alguien lo que está pasando?

Me di la vuelta para tranquilizarla. Nunca la había visto tan enfadada. Se había tenido que quitar los tacones para sujetarse contra el suelo del coche y ahora se esforzaba por encontrarlos en la oscuridad exigiendo respuestas. Daryl se anticipó arrojando una explicación, que, a toro pasado, ahora encontraba cargada de significado.

—Son asuntos de negocios. Algunos inversores pueden llegar a hacer cualquier tontería por obtener la firma de Dustin. El colegio de arquitectos está lidiando con unos malos clientes, y su jefe me ha pedido que os avise y os ponga a salvo. No daban con vosotros y no había forma de localizaros. Van a reunirse con nosotros a las afueras, en una nave industrial de su propiedad, y allí veremos lo que ocurre. Lo importante es alejarse de los lugares conocidos y pensar que no es más que eso, negocios.

—No me cuadra nada de lo que estás diciendo. ¿Por qué no has llamado a la policía?

Reconozco que dejé que Daryl diera las falsas explicaciones y me preocupé más en vigilar que nadie nos siguiera. Se respiraba una calma demasiado inquietante. Todo va bien, me dije, demasiado optimista.

—Verás, Angie, la policía te sugiere que pongas una denuncia por amenazas. Pero, claro, en realidad no han dicho nada grave, ni podemos aportar prueba alguna. Al final, todo se queda en agua de borrajas, y no pienses que os van a poner algún tipo de vigilancia policial para protegeros, como si no tuvieran otra cosa mejor que hacer. La única opción sensata que nos queda es evitar los lugares frecuentes y ver cómo se arregla el entuerto. Supongo que la junta directiva tendrá alguna estrategia pensada en estos casos.

Me guiñó el ojo en modo cómplice, pero yo le prestaba la atención justa mientras, emparanoiado, buscaba algo sospechoso por tierra o aire. Todo parecía normal y comencé a relajarme un poco dejándome llevar por Daryl. Kilómetro a kilómetro nos poníamos a resguardo de un peligro aterrador y desconocido; sin embargo, era todo lo contrario.

Si me hubiera fijado en los detalles, quizá y solo quizá, habría podido atisbar algo de lo que se nos venía encima. Daryl estaba muy nervioso. Demasiado. Por el camino, teóricamente ya fuera de peligro, seguía con una respiración agitada y un exceso en las explicaciones, por no hablar del incesante secado de sus manos en el pantalón.

Nos adentramos en un oscuro y sinuoso recinto industrial. El vallado perimetral mostraba claros signos de abandono y las vetustas señales de metal exhibían una deslustrosa pátina de óxido. Las construcciones luchaban estoicas contra el tiempo, confirmando que todo lo de antes era más duro y resistente. Los charcos y la vegetación se adueñaban de un lugar cuyos años dorados habían pasado a la historia. Las ramas de los árboles, alumbradas por los faros en movimiento, calcaban sobre los

muros un espectro tremebundo.

Las manos de Angie se posaban en mis hombros en busca de una conexión realista, mientras Daryl daba más giros que la firma de un loco. Finalmente, detuvo el vehículo a más de cien metros de un grisáceo portalón. Un gigantesco letrero, descascarillado por la intemperie, dejaba leer Simon & Sons Storage. Sus letras amarillas resaltaban sobre el fondo verde. Todos guardamos silencio durante esos largos segundos. Por detrás, una niebla de humo rojo, visible por los faros traseros, se mezclaba en la noche con un silencio inquietante, mientras Daryl se debatía en el paso decisivo de su traición.

Un suspiro ahogado le hizo engranar de nuevo la marcha y precipitarse en una decisión sopesada.

—¿Es aquí, Daryl? —Su frente lanzaba destellos brillantes de sudor y unas gotas transparentes viajaban colándose sin permiso por el cuello de su camisa—. ¿Va todo bien?

—Va según lo planeado, aunque me está resultando más difícil de lo que me había imaginado. Supongo que se trata de la educación que hemos recibido.

—Tío, ¿qué dices? ¡A veces eres más raro que una puerta de gato!

Él asintió, forzando una sonrisa nerviosa y triste.

Apenas quedaban unas decenas de metros para llegar al portón y varios guardianes se interpusieron en el camino súbitamente.

—¡Atrás! ¡Peligro! —escuché a un guardián con su perforante voz profunda y gutural. Su estatura delgada abarcaba toda la dimensión de aquel enorme portón.

—¡Para el coche, Daryl! ¡Para el coche! ¡Da la vuelta!

No obedecía ni un ápice; al revés, pisaba más el acelerador mientras aquella gigante puerta metálica se abría para tragarnos. Directos a la boca del monstruo, a la boca de lo desconocido.

Una polvareda reflotaba del suelo al unísono que un chirrido agudo de frenos. El interior de ese almacén vacío se alumbraba con los ambarinos faros del coche en reposo. Luchaba por atravesar la capa de polvo en suspensión, intentando enfocar el aire cargado. Varios hombres, elegantemente uniformados con traje negro, corbata y sombrero a juego surgieron entre la bruma con las manos en los bolsillos. Parecían relajados y frescos.

Su postura me recordó en aquel momento a la mafia siciliana de las películas. Estaban acompañados por una mujer rubia y atractiva, demasiado bien vestida para aquel escenario. Un golpe seco retumbó repetidamente por el eco. Habían vuelto a cerrar el portón grisáceo, asegurándolo con sus pasadores, y añadiendo una cadena cuyos eslabones se distinguían perfectamente chocando unos con otros para terminar enlazados por un candado.

El discreto y humilde clic del cerrojo desvió la mirada de Daryl sobre mí con un mensaje más frío y culposo que cualquier explicación que me pudiera haber dado. Justo en ese momento, comprendí lo que pasaba. Mi mejor amigo me había entregado en bandeja de plata y, aunque trató de evitar la presencia de Angie, tampoco se esforzó demasiado. Incontables pensamientos me invadieron a la vez, repletos de sentimientos encontrados. No podía dar crédito. No viniendo de él. Supongo que por eso le funcionó.

Varios seres rojizos pululaban por allí rondando a una mujer de mediana edad, delgada, pálida, y embutida en un vestido negro ceñido. Tan negro como su pelo y tan

oscuro como sus ojos. Demasiado escotada, presumía de un pecho esquelético y lucía una figura escuálida y desigual. Con aspecto famélico, parecía mordisqueada desde dentro por alguna extraña enfermedad que no terminaba de afectarla. Su lento caminar impregnaba el ambiente de una atmósfera cadavérica.

Mis desoídas advertencias a Daryl y las malas vibraciones que desprendía esa mujer fueron suficientes para convencer a Angie de que algo no iba bien. Aunque claro, nadie más veía lo que yo veía: guardianes y criaturas rojizas se mezclaban en el espacio sin advertirse mutuamente.

—¿Por qué, Daryl? ¿Por qué me haces esto? —Un nudo en la garganta me impedía tragar una saliva inexistente.

—Tú no lo entiendes. Ni los nueve. ¡Ni ninguno de nosotros! —dijo refiriéndose a nuestra sociedad secreta—. Quieren un intercambio de conocimientos. No son lo que nos han contado. Visten raro, pero solo eso. No son malos, hombre. Solo quieren hacerte unas preguntas, algo que tú sabes. A cambio, toda la humanidad se beneficiará de un progreso sin precedentes.

Un dedo acusador salió disparado de mi mano, señalándole compungido.

—No escuchas, Daryl. No confías en los tuyos. Pese a tu inmensa inteligencia científica, eres un ignorante. Has caído en el egoísmo, sediento de saber. Eres de esos que necesitan quemarse para comprobar que, efectivamente, el fuego quema. ¿Cómo nos has hecho esto? Ahora los tres estamos en peligro.

—Tú y tus dotes místicas de las que nunca hablas. ¿Acaso puedes ver el futuro? ¿Contactar con los muertos? ¿Qué? —Ahora, Daryl descargaba su frustración reprochando sin freno—. Pues claro que no. No eres más que un charlatán silencioso. Con tu hermetismo reservado quieres alimentar una leyenda hueca. Hasta los extranjeros han creído que tienes algo especial, pero eso a mí me da igual, porque ellos cumplirán con lo acordado de todos modos y yo encabezaré un progreso científico que ayudará realmente a la humanidad. ¿No te das cuenta, Dustin?

Me llevé las manos al rostro, derrotado por su defensa a ultranza de un concepto equivocado. Exasperado porque nunca había discutido conmigo de eso, justo hasta ese momento. De súbito sentí una nueva presencia alarmante. Tras Daryl, surgió un guardián nunca visto para mí; era el suyo.

La mujer rubia y atractiva vigilaba mis reacciones. La observé mientras escrutaba en derredor, en busca de la amenaza que se cernía sobre él. No tardé en descubrirla. La mujer escuálida encañonaba a Daryl con un pequeño revólver. Estaba escondida a simple vista, pero en medio de la oscuridad nocturna. Empuñaba aquella arma con desconcertante firmeza. No era su primera vez. Sus marcados pómulos y el sombreado negro de sus ojos ofrecían la falsa pero espeluznante ilusión de tener las cuencas vacías. Era como si la muerte se hubiera aburrido de la guadaña y, por hoy, quisiera probar algo nuevo.

—¡Ya es tarde! —La penetrante y ronca voz de mi guardián retumbó en mi cabeza—. ¡Puedes morir si haces algo!

—Daryl, ¡cuidado! —grité para alertarlo. Todo transcurría despacio. Muy despacio—. Es mi mejor amigo. No pienso dejarlo morir.

Tan rápido como pude, me interpuse sobre Daryl justo cuando los oídos me retumbaron por la detonación del revólver. El fogonazo iluminó el rostro de mi amigo

por unos breves instantes. Por sus pupilas circulaban cientos de reflexiones a la vez, todas ellas derivadas de la incredulidad, el arrepentimiento y el terror.

Lo conseguí. Logré interponerme. Delante de nosotros, decenas de guardianes se colocaban en línea haciendo un extraño movimiento con las manos. Trataban de desviar la trayectoria de ese proyectil. Un proyectil incandescente y giratorio. Mortal.

El tiempo no transcurría, casi estaba detenido. Había puesto en un serio aprieto a los guardianes. El sonido profundo de sus voces rebotaba mientras todos ellos gritaban la primera vocal del alfabeto. Por supuesto, era un bramido que solo yo podía escuchar. La bala se dirigía con precisión al lado izquierdo del pecho de Daryl, pero ahora yo me insertaba como un escudo entre ambos. Tenía la mirada clavada en las vacías cuencas de la flaca mujer. De la muerte. Al principio, solo sentí un pequeño mordisco en el brazo, por debajo del hombro. Ni siquiera le di importancia.

—¡Antes de hacerle daño tendréis que matarme primero! ¿Me habéis oído?

Apreté los puños con todas mis fuerzas, enardecido por la injusticia.

—Ahora no hay duda. Es un enlace —afirmó la delgada mujer, que, sin dejar de apuntarnos, se dirigía a la rubia y atractiva joven que observaba impertérrita.

Algo viscoso y caliente rezumaba entre mis dedos apretados. De mi mano izquierda goteaba un fluido espeso. La tela de mi camisa comenzó a pegarse a mi piel.

—Lo siento, Dustin. ¡Lo siento!

Las palabras de Daryl sonaban encadenadas entre sollozos.

—La he pifiado, colega. La he pifiado bien —no dejaba de repetirse más para sí que para otro.

—Ahora no te preocupes por eso. Saldremos de esta.

Me giré para buscar sus ojos, que se encontraban perdidos por el suelo con una pose cabizbaja. Levanté su barbilla para que me mirase fijamente.

—Haz lo que yo te diga. No es momento de venirse abajo.

Miré hacia Angie; ojalá no hubiera estado allí, pensé. Inmóvil y asustada, no entendía quién era esa gente, qué querían, ni por qué estaban decididos a matar por ello. Parecía mecerse en un mal sueño de informaciones extrañas e incoherentes. Mentiras y verdades.

Había que actuar, y rápido.

Mi guardián adivinó mis intenciones. Corrí a toda prisa hacia la mujer que sostenía el pequeño revólver apuntándonos. La sombra se introdujo en su cuerpo paralizándola por completo, asumiendo el riesgo que entrañaba para él. Fue sencillo arrebatársela, no era capaz ni de pestañear. Por aquel entonces nunca me había interesado demasiado el uso de las armas ni las artes marciales. Era un hombre alto, corpulento y saludable, pero exento de preparación o entrenamiento. Aun así, le propiné tal empujón que su delgado cuerpo cayó con violencia al suelo confundiéndose con la oscuridad reinante.

Sentí un agudo quemazón en el brazo. El dolor reclamaba una atención innegociable. Apreté los dientes para evitar un aullido ahogado y encañoné agitando el revólver, nervioso, a todas aquellas personas.

—Angie, ¡ven! Cariño, ¡ven! Ponte detrás de mí. Nos vamos de aquí.

Daba la sensación de que estaba ausente, como quien pretende masticar con la boca llena y tragarlo todo a la vez, algo imposible y lento. La ayudé cogiéndola de la mano

para que se moviera más rápido. Estaba en *shock*.

—¿Qué es esto? —Se miró la mano buscando en el aire la luz de los faros del coche —. ¡Dios mío! Dustin, ¡estás sangrando! —Sus palabras sonaron a aullido felino.

—Es solo un rasguño. Venga, montad en el coche —les dije con voz calmada y susurrante.

Daryl se apresuró a montar en el coche y dar el contacto. Yo seguía apuntando con el arma a esas extrañas personas que, inmutables, nos observaban atentos, con sus miradas indescifrables. El coche arrancó a la primera.

—Monta —le pedí a Angie protegida tras mi espalda.

No dio tiempo. Daryl, presa del pánico, y quiero pensar que, empujado por un instinto primario de supervivencia, aceleró al máximo con el volante cruzado, haciendo girar el coche sobre sí mismo y encarando el portón grisáceo a gran velocidad.

Angie y yo no podíamos dar crédito. Sin miramientos, se marchaba, dejándonos en la estacada, solos ante el peligro. Instantáneamente, una esfera naranja, del tamaño de un balón de fútbol, entró por el techo del almacén atravesando el metal como mantequilla y arrojando por el suelo trozos del techado y cristales, todo acompañado de una estela de polvo. Dibujó una fulminante trayectoria elíptica hasta impactar contra el Mónaco. Entró por el maletero del sedán como el cañonazo de un barco pirata. El coche continuó la marcha sin el rugido del motor, totalmente mudo, solo movido por la inercia, acompañado de un silbido inerte y unos faros tintineantes, como un barco fantasma acunado por el oleaje de una noche cerrada.

Se golpeó a escasa velocidad contra el portón sin conseguir derribarlo y la bola de luz desapareció.

Un nudo en la garganta me impedía respirar con normalidad. La situación era grave. Busqué con desesperación la presencia del guardián de Daryl. Lo hallé entre sus iguales, y por unos breves segundos me tranquilicé al pensar que todo iba bien, que no le habían hecho daño. Me equivocaba de pleno.

Un número ingente de seres rojizos corría eufórico hacia el coche reclamando una pertenencia esperada, un premio, un igual. Borrosos y entre las sombras, parecían leones debatiéndose por la presa, hasta que, con viva violencia, una nueva criatura rojiza emergía del lado del conductor retorciéndose entre visibles dolores. Incrédulo, retorné la mirada a su guardián. Unos instantes de silencio precedieron a sus palabras.

—No puede ser llevado hacia la luz. Su destino está marcado.

Acostumbrado a la profundidad del sonido de esas voces, pude distinguir el matiz de un enorme pesar en su escueta explicación.

—Ya no sigo aquí por él, sino por ti. ¡Huye!

—¿Por dónde? ¡Estamos atrapados! —grité para mis adentros.

—Alumbraremos tu camino, pero deberás dejar todo atrás.

En ese preciso momento, desconocía el alcance de esa última frase.

El portón aún se retorcía entre alaridos de metal en su propio combate por recuperar una forma perdida. Uno de los tapacubos rodaba libremente recorriendo círculos concéntricos en espiral. Sin dejar de empuñar el revólver y omitiendo el insoportable dolor del disparo, cogí la mano de Angie. Una preocupación me retuvo absorbido. Ya nada podía hacer por Daryl, que en ese momento parecía retorcerse en una suerte de nacimiento horrendo. Fugaz, me pregunté cuántas maldades habría cometido para

sufrir ese trágico e indeseable desenlace.

La precipitación de acontecimientos me tenía desconcertado, no había tiempo para ordenar mis ideas, pero una premisa cristalina inundó mis pensamientos: salvar a Angie a toda costa, como fuera.

Los guardianes se posicionaron entre sí a una distancia aproximada de diez metros, con las manos abiertas al frente y ligeramente inclinadas hacia abajo. La oscuridad reinante desapareció para mí. Ellos iluminaban una salida que se perdía en la distancia. Como un animal nictálope, comencé a correr tirando del brazo de Angie, que se resistía a avanzar en la negrura espesa.

—Corre, cariño, corre. No tengas miedo.

El sonido de unos tacones comenzó a revolotear en el aire. Nos acechaban. Eché un rápido vistazo hacia atrás y pude ver a aquellos hombres de negro perseguirnos y al menos uno portaba algo extraño en la mano. Angie corría descalza entre toda clase de restos esparcidos por el suelo. Su fortaleza le impedía quejarse. Corríamos sorteando viejas estanterías metálicas, palés abandonados, columnas de hierro, tuberías rotas y un sinfín de obstáculos que se interponían en nuestro avance.

—Pero, Dustin, ¿cómo puedes ver algo?

La falta de entrenamiento mermaba mi resistencia, y el miedo me hizo contener la respiración ahogada durante los infinitos metros de la huida. Lo cierto es que no me quedaba aliento. No estaba preparado ni acostumbrado. Me detuve un segundo para recuperar el resuello. Recuerdo que su piel brillaba preciosa a la luz de los guardianes; sin embargo, una mueca de dolor se reflejaba en su rostro. Levantó el pie derecho para evitar el contacto con el suelo guardando el equilibrio apoyada en mi hombro.

—Dustin, cariño, algo me pasa en el pie. Creo que me he cortado. Tengo miedo.

Un grueso trozo de carne colgaba ondeante de su planta del pie, como un filete mal cortado. Me estremecí con un calambre punzante que me puso los pelos como escarpias. Maldije por lo bajo. Los pasos de los trajeados repiqueteaban en el suelo duro con un sonido multiplicador. Pero, pese a todo, pude discernir que nos buscaban recorriendo caminos separados. Mi guardián anduvo unos pasos entrando en el círculo luminoso de otro; supongo que alguno de los que ayudé en el rescate del tren, no lo recordaba bien, ni había tiempo para ello.

La sombra alargada, alta y de brazos largos se transformó con aquella luz en un ser de cien colores brillantes y cambiantes. Se adivinaba un semblante sereno y unos ojos grises llenos de sensatez, misterio y pasado. Desprendía un aura de paz; me habría gustado que Angie lo hubiera visto. Tras él, a más de cien metros, otra bola naranja aprovechaba el orificio anterior para penetrar en el almacén con una lentitud ladina, acechadora.

Mi guardián me observó mirar aquella amenaza esférica con el pánico atrapado en las pupilas. Sin mirarla, hizo un gesto con la mano, en su dirección, y el resto de los guardianes apuntaron también las suyas hacia aquella extraña bola flotante. Un destello explosivo y luminoso brotó de ella en todas direcciones, cayendo al suelo a plomo y haciendo más ruido del esperado. El suelo tembló bajo nosotros, y no pude dejar de preguntarme cuánto pesaría aquel cacharro pequeño.

—La luz es nuestra —afirmó mi guardián con recelo desairado.

Unos segundos de silencio espeso me recordaron que todavía estábamos fatigados

por la carrera.

—Ella debe quedar atrás. No podemos protegerla. Son las reglas. He visto varios desenlaces. La decisión es tuya y debe ser tomada.

Mi cabeza vibró embotada, escéptica. No podía encajar lo que me estaba diciendo.

—¡No! ¡Ella se viene conmigo! ¡Tenéis que ayudarla! —susurré en voz baja, cargado de incredulidad y falsa arrogancia.

—¿Con quién hablas? —dijo Angie.

Entonces caí en la cuenta de que había usado la comunicación audible, llevado por el miedo, los nervios y la costumbre.

—Tenemos que seguir. Apóyate en mí y no plantes el talón. Saldremos de esta, cariño.

Ella hizo un gesto de empeño y se agarró a mi hombro cojeando con prisas. Sentimientos encontrados picoteaban mi corazón como lo haría un ejército de avispas asesinas. Me sentía orgulloso de ella, de su perseverancia, su inteligencia, su autocontrol, su dominio, su valor; pero, por otro lado, me encontraba cargado de culpa y preocupación. Yo la había metido en este lío y ni siquiera había sido sincero. Nunca compartí mi secreto. De nuevo las reglas. Las malditas reglas.

Corrimos a duras penas entre el camino de guardianes. El mío se interpuso en el camino:

—No saldrás de aquí con ella.

Hice caso omiso y la cogí en brazos cargando su delicado cuerpo, sin dejar de correr a trompicones y persiguiendo una salida. Mis ojos comenzaron a rebosar por los párpados y el calor del verano se aglutinaba en el ambiente viciado. Se podía masticar el aire suspendido, atrapado allí durante años. Mi guardián insistió y volvió a interponerse a pocos metros. Me negaba a aceptarlo, y obcecado, inmerso en una conducta infantil, ignoré su presencia, sus advertencias. De súbito, posó su mano sobre mi cabeza y al momento pude ver, de un modo extraño y fugaz, diferentes versiones finales de nuestra fuga. Solo en una de ellas se me mostraba el camino de salida, pero no era yo. Quiero decir, yo no estaba ahí. Es difícil de explicar. Solo era la visión de un trazado que jamás recorrería, porque nunca abandonaría a Angie.

Me detuve para pensar unos momentos. Angie agradeció la parada como un elixir de alivio, aunque sentía la urgencia en su respiración. Estaba aterrada, ella soportaba la angustia y el dolor con una firmeza implacable, digna de admiración. Entonces otra de esas frases, más ciertas que falsas, me vino a la mente. Era de mi abuelo paterno, granjero forzoso, quien oportunamente recalcaba: «Cada persona tiene su hora. Y cuando llega el momento, ni se adelanta ni se retrasa».

CAPÍTULO 36. **ALIANZA**

- *ÁREA INDUSTRIAL DE NUEVA YORK, AGOSTO DE 1979*

Sopesando las sabias palabras retraídas en el *flashback*, con cierta calma, decidí agradecer la ventaja regalada y me bajé del carro de la tozudez. Miré a todos lados, en busca de una puerta que me había ilustrado el guardián en esa suerte de visiones premonitorias, y al localizarla caminé despacio con la intención de propiciar un ambiente más calmado.

—Vamos por aquí, cariño. Nos esconderemos. No podrán encontrarnos y estaremos tranquilos.

Mantuve a un lado todas las prisas que me atormentaban hasta ese momento y haciendo un esfuerzo titánico me propuse disfrutar y hacerle disfrutar de nuestros últimos momentos. Es muy duro encajar algo así, por mucho que sepas que hay algo más. Es antinatural.

Al recorrer la longitud de ese largo pasillo, repleto de despachos vacíos y abandonados, pude ver cómo dos guardianes protegían el camino interior, con solemnidad. Su presencia ocultaría la siguiente puerta desdibujándola con las paredes del alargado pasillo. Una ilusión ocultista, lumínica e indetectable. Una oportunidad de sosiego y paz. Un refugio de intimidad.

Una fila de taquillas prolongaba el pasillo que dejábamos atrás duplicándose a ambos lados. La mezcla de metal oxidado y de humedad reposaba en el aire resultando paradójicamente agradable.

—No sé cómo puedes ver algo, Dustin, no me lo explico.

Me mantuve callado. Me juré a mí mismo que nunca más le ocultaría nada, pero tampoco era el momento de vomitar explicaciones absurdas e indigeribles. Los guardianes sobresalían en altura, apostados en los pasillos paralelos confeccionados por hileras de taquillas. Pese a la herrumbre y el abandono, aquel lugar desprendía buenas vibraciones, como si las bromas, las risas y el júbilo de los trabajadores formaran parte, también, de la indisoluble pátina verduzca que endulzaba el ambiente.

Un quicio sin puerta, al final de la estancia, daba paso a las duchas, cuyo goteo intermitente parecía marcar el ritmo del tiempo. Al lado, otra pequeña habitación, más reducida, ofrecía un camastro. Un colchón de lana amarillento descansaba sobre un somier de reja. La superficie acolchada se hallaba ilustrada por líneas arabescas que trazaban sobre su tela los inconfundibles cercos del sudor reseco.

El dolor en el hombro se me hacía insoportable, intenso y agudo, y cada vez me sentía más débil. Las fuerzas me abandonaban con cada gota de sangre acumulada en el codo de mi camisa. Esa cama, oxidada, mugrosa y amarillenta, y que acumulaba décadas de ausencia, se presentaba como un regalo del cielo. Con refinado esmero, la tumbé sobre el colchón y me senté a los pies de la cama.

Ella parecía somnolienta; yo, atrapado en cientos de pensamientos. Ensimismado y

meditabundo, y como si no fuera poco con el incesante dolor que ignoraba, otra molestia en el muslo pugnaba por tomar protagonismo. Metí la mano en el bolsillo de mi pantalón y extraje una pequeña caja. Embotado, tardé unos segundos en reconocerla, tan absorto en mis preocupaciones. Nada es casual. Nada.

Una leve luz mortecina entraba por un ventilador instalado en la pared, remarcando unas aspas en movimiento que todavía rotaban movidas por la sutil corriente de aire que viajaba en la noche. Ella tragaba saliva con visible dificultad y su espalda se agitaba involuntaria para reprimir el dolor de su pie; sin embargo, de sus labios no brotó queja alguna.

—¿Qué has hecho para que esa gente esté tan enfadada contigo? —Su voz sonaba con un ronquido instalado.

—Nada, cariño. No los conozco de nada. Nunca le he hecho daño a nadie. Tú me crees, ¿verdad?

Ella estiró la mano, incorporándose levemente para acariciar mi rostro con el dorso.

—Claro que te creo. No existe persona más buena que tú.

En un movimiento automático, mis manos hicieron rotar la pequeña cajita por las aristas.

—¡Dustin! ¡Dustin! —una voz masculina coreaba mi nombre en un cántico burlón.

Hizo que me levantara de un respingo y la pequeña cajita se me cayó al suelo. La voz sonaba cercana, muy cercana. Mi guardián hizo que mantuviera la calma. Nunca pensé que su tono, tan grave y profundo, pudiera aplacarme.

—Tranquilo. Nunca os encontrarán —dijo con su voz profusa.

Erguido y sin articular palabra, me dirigí a la sombra; al incansable y leal compañero custodio que siempre cuidaba de mí.

—Haz lo que sea, pero sácanos de aquí. Ella debe vivir, no puede acabar de esta forma.

Su silueta alargada se vislumbraba más negra y recortada en la oscuridad.

—No depende de mí. Tú podrías salir de esta, si quisieras, porque tienes ganado el favor de muchos protectores, pero ella no. Ella solo cuenta con el suyo, y no permitirá que sufra lo que le aguarda en manos de esas criaturas.

—Pero ¿algo se podrá hacer? ¡No es justo! ¡Me enfrentaré a ellos! ¡Con vuestra ayuda conseguiré eliminarlos!

—No estás preparado, Dustin, no saldrá bien. Hay que saber elegir las batallas.

De nuevo, mi nombre sonaba como un silbido mecido en una melodía timbrada, un dindón amenazante; el hombre del sombrero me llamaba.

—Dustin, amigo, ¡Dustin! —No me distrajo—. Tú la estás protegiendo, ese es el mayor sacrificio. Y todo sacrificio tiene su recompensa, pero también una consecuencia, no lo olvides. Ya has tomado la decisión, acéptala y aprovechad vuestro tiempo.

Con la respiración contenida, y en el más absoluto silencio, se me pasó por completo el incesante dolor en el hombro para dar paso a otro más insoportable y poderoso. Mi corazón se encogió sobre sí mismo, como despachurrado por un gigante, haciendo brotar de mis ojos un caudal de pena hasta la barbilla. Permanecí inmóvil y reflexivo durante unos segundos eternos.

—Creo que se te ha caído algo al suelo. —La voz de Angie parecía cambiada, había

recuperado cierta vitalidad perdida.

Al girarme, pude ver a su guardián apoyando las manos en su cabeza, actuando como un elixir mágico. Me agaché para recoger la cajita y me dije a mí mismo que debía sacar fuerzas de donde fuera. Emulé un extraño movimiento para secarme las lágrimas y maldije por lo bajo. Nos quedaban miles de cosas por hacer y esos miserables nos lo estaban arrebatando todo.

—Bueno, cariño. —No sin esfuerzo, procuré imprimir un tono divertido—. Había pensado pedírtelo en París, pero ahora que lo pienso, esta camita tan chula me está pareciendo más romántica, ¿no crees?

Unas risas descontroladas se escaparon de sus labios rosados, tapándose la boca con la mano como una niña traviesa con miedo a ser detectada por aquella gente. Me senté a su lado en busca de esas briznas de luz que aspeaban al ritmo del ventilador.

—¡Salid del escondrijo!

La voz de ese hombre sonaba lejana, en otro sector del almacén. En cambio, unos pasos comenzaron a oírse muy próximos. El taconeo se escuchaba más agudo y pausado. Sin duda, calzado de mujer.

—¡Saldréis antes o después, como lo hacen las ratas! ¡Vamos a quemarlo todo! —insistía la voz masculina en la lejanía.

Los pasos cercanos me interrumpieron y dejé la cajita sobre el colchón, al lado de mi amada. Volví a recorrer el pasillo de taquillas y me puse frente a la puerta de entrada que seguía abierta. En ella, las dos sombras hacían guardia con una impecable postura. Asomándome por un lado, pude ver a esa mujer elegante caminar por el estrecho pasillo, entrando en los despachos y subiendo las persianas. Regresó al corredor y miró hacia los guardianes.

Con las persianas subidas podían verse fotografías enmarcadas del negocio en plena actividad, algunas de ellas torcidas a nuestro paso. En el suelo, un reguero de sangre fresca revelaba nuestro reciente trayecto, como las famosas miguitas de pan. Estaba todo bajo control, los guardianes, más suspicaces, camuflaron el rastro desvirtuándolo con el dominio de la luz. Ella, sin parecer del todo conforme, se acercó otros tantos pasos más.

Ahora la distancia se acortaba escasamente a un metro. Mi corazón se batía violento, sintiendo la fuerte corriente de las pulsaciones en el hombro. La hermosa mujer de cabellera rubia, cuerpo embutido y desmedido atractivo inspeccionaba el pasillo poco convencida.

Miré a mi alrededor y junto a las taquillas hallé lo que buscaba. Colgada, en el interior de una caja metálica oxidada que algún día pudo ser roja, un hacha esperaba su ansiado estreno. La cogí con ambas manos. Los ojos claros de esa mujer observaban el pasillo con un brillo de sospecha. Mi respiración se aceleraba y todas mis fuerzas se apretaban en aquel mango de madera.

—No lo hagas, Dustin. No lo hagas. Confía en mí —imploró mi guardián sin separarse de mi lado.

Tenía miedo, mucho miedo. El terror nos pone en modo túnel y nos impide ver la realidad con perspectiva. Lo cierto es que estaba desentrenado. Era incapaz de controlar mis emociones. Era la primera vez que me enfrentaba a una situación de lucha. Me temblaban las piernas y era débil, pero en mi imaginación, y con las manos

apretadas contra el hacha, me veía saliendo glorioso de la falsa pared. Espectral y sorpresivo como un fantasma, asestaría golpes certeros.

Pero no ocurriría así, a la hora de la verdad, y traicionado por mis propios valores morales y éticos, solo saldría para asustarla rezando porque contagiara el susto a los demás y nos dejaran en paz.

Escuché las palabras de mi sombra y vislumbré una expectativa más realista de mí mismo. Yo era incapaz de hacer daño a nadie. Reflexioné por un momento y decidí ser víctima mejor que verdugo, sobre todo porque era incapaz de ser esto último. Giré el hacha en el aire con un torpe movimiento y posé el grueso metálico y afilado en el suelo. Desprendido del arma me sentí aliviado, sin dejar de observar en secreto a aquella mujer. La voz del hombre cantarín se acercaba también al pasillo y al fin entró en mi campo de visión.

Él portaba una garrafa roja en las manos. Al encontrarse en el pasillo, comenzaron a susurrar algo entre ellos. Ella no estaba conforme, aunque tampoco parecía que el hombre del sombrero estuviera al mando. Me concentré en escucharlos, pero el demoledor torrente de voz de mi guardián me lo impidió.

—Fíjate bien en ellos. Míralos con atención, algo les falta. Fíjate bien.

El guardián lanzaba con sus palabras una adivinanza. Tenían ojos, pies, boca, manos. No entendía a qué se refería.

—No lo capto. Perdona, pero no puedo seguirte.

Mientras tanto, el hombre de sombrero comenzó a derramar el fluido por el suelo adentrándose también en los despachos.

—No tienen aura. Míralos de nuevo. No hay nada en ellos, están vacíos. El aura de las personas se ve cuando atraviesas sus cuerpos con la mirada. Puede ser más o menos iridiscente, dependiendo de su bondad, pero siempre debe existir. Es la huella del alma.

Regresé junto a Angie. Respiraba plácidamente, y su rostro parecía esbozar una ligera sonrisa de satisfacción, un poco pícara. Miré a través de ella como me dijo el guardián, y, efectivamente, una especie de ilusión óptica de colores recubría su contorno como una pequeña aurora boreal, acariciando su cuerpo.

—¡Última oportunidad! ¡Saldréis por las buenas o por las malas!

Los pasos se alejaban del pasillo y parecían perderse en la profundidad lejana del almacén.

—¿De qué te ríes, pilla? —Abrió uno de sus ojos descaradamente, fingiendo falsamente que estaba dormida. Esa era la clase de tonterías que me enamoraban de ella—. Sé que estás despierta, mentirosilla.

Y comencé a hacerle cosquillas por los costados. Ella empezó a reír despreocupada y yo le pedía silencio, sin detener la «tortura china».

—¡Sssshhhhhh! Que nos van a pillar por tu culpa —le decía sin parar de hacerle cosquillas.

Ella se meneaba tapándose la boca para no hacer ruido y sus ojos brillaban llenos de vida. Disfruté de la visión de su belleza y paré de «torturarla». Ella descubrió sus labios con lentitud sugerente. Arrastrado por una sensual energía, me acerqué despacio sin retirar la mirada. Sus ojos eran el escaparate de una esencia vibrante. Nos derretimos en un beso largo, lleno de cariño, ternura y amor. Enmudecidos y encerrados en

nuestro breve paréntesis, nuestras pestañas se acariciaban como en una coreografía ensayada.

Suspiré, traído de nuevo a la realidad. Sus párpados se desplegaron lentamente como el primer vuelo de una mariposa y, de nuevo, sus ojos cristalinos mitigaron el dolor acuciante. Ella lo era todo para mí.

—La he escondido dentro de una taquilla.

Con su dedo señalaba las más cercanas, sin precisar en cuál. Absorto en mil cosas, me extrañé un instante, sin saber a qué se refería. Ella lo notó y me aclaró:

—Lo haremos bien. Descuida, que está bien escondido. Cuando salgamos de aquí, iremos a París y podrás colocarlo en mi dedo. ¡Chapucero!

Y me golpeó en el hombro herido con su diminuto puño. Apreté los dientes dibujando una espeluznante sonrisa, como la de un payaso macabro, tratando vagamente de disimular un dolor insoportable. Ella notó la humedad peguntosa de mi sangre e incorporándose a toda velocidad comenzó a dispararme decenas de besos cortos por cada centímetro de la cara sin dejar de repetir:

—Perdón, perdón, perdón.

Me eché a reír, consciente de que el dolor era el menor de mis problemas. Las voces de nuestros enemigos cobraban protagonismo en nuestro pequeño nido de soledad, aunque yo procuraba que Angie no les prestara ninguna atención.

—Podemos hacerlo de otro modo. Es arriesgado. —La mujer rubia y atractiva del pasillo optaba, a viva voz, por cambiar el rumbo de las cosas.

—Ya hemos tomado la decisión entre todos. Tranquila, Saya. Saldrán. Ya verás cómo saldrán. —Sus voces se alejaban más y más, y ella parecía seguir discutiendo con sus compinches, pero sus voces ya se deformaban en la distancia.

El aire de la habitación empezó a moverse como aspirado por un gigante. Se escapaba por la puerta a gran velocidad dejando un vacío ausente de oxígeno. Un estruendo sutil reptaba a gran velocidad por el suelo aumentando las revoluciones del resucitado ventilador. Sonaba como una bestia pujante, de apetito voraz. Fuego. Se detuvo en la entrada sin romper la vigilancia de los guardianes. Las ventanas abiertas de los despachos lindantes lo alimentaban, apareciendo unas lenguas naranjas que crecían y crecían lamiendo las paredes hasta el techo.

—¡Salid y podréis vivir! ¡Estáis a tiempo! —repetía la voz masculina.

Me prometí a mí mismo que haría justicia, antes o después. Y lamenté no haber estado más preparado. Me hubiera gustado informar a nuestra sociedad, a todos los nuestros; estábamos cometiendo errores graves y debíamos subsanarlos.

Era consciente de que nuestro fin se acercaba, pero no quería recorrer mi viaje con una mochila repleta de ira, rencor y odio. Una breve oración me hizo implorar otra oportunidad. Una para ser mejor persona, más entrenado y hábil, más sensible, más comprometido; en definitiva, más fuerte. Deseaba ser el martillo del cambio, pero mi tiempo se agotaba. Nuestra vida se desvanecía.

—Creo que estoy preparada para lo que viene.

Su guardián no se apartaba de su lado. Su presencia pasiva y calmada transmitía a Angie una inmensa sensación de paz. Una sensación familiar que ya había experimentado en su angustioso rescate entre los amasijos del tren. De sobra conocía las caricias de la muerte.

Miré a su guardián, capté su energía, su impronta, y le agradecí su presencia con una leve inclinación. Fue un mensaje secreto entre él y yo. Compañeros de una misma causa.

—Deja que me tumbe a tu lado. Quiero abrazarte. Sentir tu piel. Saborear tus labios. Mirar tus ojos. Enlazar las manos. —Me miraba con un halo indescifrable. Una intensidad intimidante cargada de emociones femeninas. La clase de fortaleza enigmática que acobarda al hombre más valiente—. Quiero estar contigo, amor.

Un humo espeso comenzó a recorrer el pasillo de taquillas como una salamandra correteando por el techo. La nube negruzca se hacía cada vez más densa. Tumbado junto a ella, sobre el sucio y viejo colchón, acaricié su pelo sedoso reflotando su fragancia. Me concentré en su aroma colocando su rostro sobre mi pecho, intentando mantenerme fuerte. Ocultando mis ojos líquidos.

—Vete de aquí. Encuentra una salida y pide ayuda —la voz de Angie sonaba debilitada.

—Escúchame bien. No te dejaré sola. Nunca. Te quiero. Te querré siempre.

La apreté con fuerza contra mi pecho sin poder evitar que un incontrolable hipo de llanto se adueñara de todo mi cuerpo. El calor reinante de agosto y el fuego cercano pegaban nuestra ropa a la piel como una película húmeda y blanda.

—Yo también te quiero. Te quiero mucho, Dustin. Te voy a echar de menos. —Su tono era cada vez más apagado. Yo apreté los dientes, sin poder olvidar a nuestros asesinos—. Tengo miedo. Tengo miedo de morir.

El aire tóxico, que ocupaba toda la estancia, parecía adormecerla poco a poco.

—No tengas miedo, cariño. Vas a estar bien, te lo prometo.

Miré a su guardián una centésima de segundo, como quien cierra un contrato en silencio. Su apariencia al pie de la cama era implacable.

—Estaremos juntos, cariño.

—¿Me lo prometes?

El hilo de su voz se transformaba cada vez más en un susurro.

—Estaremos juntos hasta el final, mi amor. En esta vida y en la otra. Te encontraré. Lo prometo.

Su cuerpo estaba cada vez más somnoliento. Frágil. El aire caliente e irrespirable nos hizo toser entre fugaces momentos de lucidez. Ella me golpeó con dos suaves puñetazos en las costillas. El esfuerzo para abrir mis ojos adormecidos me pareció olímpico. De nuevo, otros dos golpecitos en el estómago me hicieron recobrar parcialmente la conciencia.

—Es mi abuelo. Mira, Dustin, mi abuelo viene a por mí.

Abrí los ojos mirando la dirección que indicaba su debilitado y pequeño dedo índice, que apuntaba la parte baja de la cama. Allí solo estaba su guardián, erguido hasta el techo, oscuro, apagado y alargado. Parecía prepararse para el ritual de acompañar a Angie en su viaje final. Sin embargo, ella estaba totalmente convencida. Lo afirmaba con vehemencia. Sin atisbo de duda. Su abuelo, fallecido y al que estaba muy unida, había venido a buscarla.

Su cara se llenaba de nostalgia optimista. Inmensamente ilusionada con el reencuentro. Ella solo veía a ese familiar que venía a buscarla desde el otro lado, como una suerte de emisario excepcional. Estaba paradójicamente feliz, tanto era así que su

propia y dramática situación pasaba a un segundo plano. La cama estaba completamente rodeada de guardianes, cuyos ojos traslúcidos cubrían la nube de humo simulando un vaporoso firmamento estrellado.

Una constelación de miradas protectoras.

Las fuerzas me abandonaban. Una debilidad extrema se apoderaba de mi cuerpo, pero algo dentro de mí se negaba a abandonar. Demasiado unido a la vida. Tenía mucho por lo que pelear, pero no sin Angie. Un último vistazo para despedirme. Mis ojos orbitaban en una cadencia incontrolada fruto de la extenuación y la ausencia de oxígeno. Una figura destacaba entre las demás. Una de color rojizo. ¡Cielo santo, era Daryl! Allí. Mi guardián reclamaba toda mi energía, pero una inteligible voz emanaba de esa nueva criatura, esa que poco antes etiqueté de mejor amigo.

No dejaba de insistir con una voz indescifrable. Al final lo deduje. Moribundo y exhausto. Aterido y casi finado. Daryl, persistente hasta la extenuación, pronunciaba:

—Perdóname, Dustin. Perdóname, Dustin. Perdóname.

Un brillo de luz surgió del cuerpo de Angie recogido suavemente por su guardián. La garganta me ardía y mis pulmones trabajaban como un fuelle sin aire.

—Te quiero, cariño. ¡Te encontraré!

Mis cuerdas vocales se quebraban con ese último esfuerzo.

Y así se acababa todo. Así me separaron del amor de mi vida. Así de injusto. Al recordarlo, mi cuerpo se sobrecargó de una energía descomunal. Atrapado entre correajes extraños, inmovilizado en el interior de esa maldita nave. Retenido y apresado en el hogar de mis verdugos. Engañado de nuevo, contra mi voluntad. Había llegado el momento de hacer justicia, y esta vez sería distinto.

Muy distinto.

CAPÍTULO 37. **AZUL ATLÁNTICO**

- *EN ALGÚN PUNTO INDEFINIDO DEL MAPA, AÑO 1996*

Una fuerza en mi interior crecía por segundos al revivir el recuerdo nítido de mi asesinato. Era una energía volcánica esperando el momento idóneo para explotar, pero una oportunidad inteligente se sobreponía a mis deseos. Recorrí con la vista, atentamente, la constelación de miradas expectantes de los guardianes. Esperaban alguna iniciativa mía para ayudarme, para salvaguardarme del peligro. Su mera presencia actuaba como un bálsamo sobre mí.

Examiné y analicé, uno a uno, a cada guardián. Mis ojos no daban abasto entre tal multitud.

—Empecemos con el procedimiento. Ya estamos cansados de resultados incompletos. Esta vez debemos avanzar un paso más.

Sentía que el peligro se acercaba. El dolor venía hacia mí. El tiempo se me acababa y no encontraba lo que buscaba. Si no reaccionaba pronto, me harían daño y todo se acabaría, porque herido sería vulnerable, débil. La sensación de no encontrarlo, unido al peligro inminente, me llenó de frustración. Todo acabaría para mí, pero no pensaba renunciar. Porque renunciar era lo mismo que vivir sin vida. No fue una decisión sopesada, más bien un impulso incontrolable.

—¿Dónde estás? ¡Porque no te encuentro! ¡Sin ella me dejaré morir! ¡Aquí acabará todo para mí! ¡No puedo más! ¡No puedo más! ¡Este es mi límite, muéstrate! ¡Sin esperanza no puedo seguir!

El artilugio que bajaba lentamente hacia mí se detuvo por un momento. El tiempo comenzaba a viajar a otro ritmo, de nuevo más pausado. Un guardián se abría paso entre sus iguales, acercándose hasta la camilla donde me tenían atado e inmovilizado.

—Estoy aquí y he venido a ayudarte. No me oculto.

Su voz, reconocible, penetró en mi cabeza. Fue como un regalo traído de otra vida.

—¡Eres tú! Dime, ¿cómo está? La necesito. Tengo que encontrarla. Te lo suplico.

Las palabras se amontonaban en mis labios en un caótico desorden, todo ello producto de mi excitación nerviosa, pero, sobre todo, fruto de la irrefrenable ilusión que durante tanto tiempo había permanecido enterrada en lo más hondo de mi alma, y que, ahora, como si de un zombi se tratase, emergía a la superficie hambriento por la abstinencia.

—La superación no entiende de límites, es algo independiente. Esa es la fuerza de la vida; aunque perezcas, hay que vivir luchando hasta el final. De eso se trata. Superar las expectativas. Sobrepasar las pruebas es lo que te hace diferente. Ese es el propósito de todo este invento; ya deberías saberlo. Si te rindes, nunca hallarás lo que buscas. Si te dejas morir, no habrá segunda oportunidad. Sin coraje no hay recompensa. El esfuerzo y la decisión dependen de ti, de nadie más.

Tumbado sobre la fría y dura camilla, y apretado contra mí mismo, atado con esas

extrañas correas, me detuve un instante a pensar en lo que me había tocado sufrir desde que a los cuatro años empecé a ser diferente, y también en todo lo que habían luchado mis padres para sacarme adelante, para procurarme lo mejor, aunque para ello tuvieran que soportar la distancia y la incertidumbre, renunciando a tanto.

Pensé en todo lo que había peleado buscando a mis enemigos por el camino. Pensé en mis derrotas, mis miedos e inseguridades. Pero, de pronto, también empecé a pensar en mis éxitos. En todas aquellas personas a las que, de un modo u otro, había ayudado. Pensé, esbozando una sonrisa, en mis viajes, en mis tíos, en Kingsley, en Paloma, en Claudia, en todo lo bueno que tenía y en todo lo bueno que estaba por venir. Me di cuenta de que una derrota comienza con un pensamiento y me prometí a mí mismo que nunca más me daría por vencido.

Mis músculos empezaron a tensarse, y con ellos los correajes se apretaban más y más a mi piel. Tras la oscuridad reinante de las sombras podía ver el rostro preocupado de Saya. Por alguna razón, ella tenía algo diferente a los otros; era, cómo lo diría, más intuitiva. Percibía las sutiles diferencias que sus compañeros pasaban por alto. Cuanta más fuerza ejercía, más me apretaban las correas. Sentía que mis venas se hinchaban y mis músculos se congestionaban hasta al máximo, al tiempo que me esforzaba con todas mis ganas en liberarme de sus ataduras.

Respiraba para retomar las fuerzas una y otra vez, no me rendí, seguí intentando liberarme. Hasta que, al fin, los guardianes se convencieron de mi voluntad. De mi firme decisión por luchar. De mis ganas de vivir. De volver a la batalla. De reencontrarme conmigo.

Es difícil de explicar, pero lo intentaré.

Los guardianes fueron desapareciendo de la estancia, de mi vista, pero no para irse, sino todo lo contrario. Uno tras otro, o todos a la vez, no recuerdo bien, se fueron uniendo a mí, como si me prestaran sus fuerzas para lo que estaba por venir. No hablaban ni opinaban, apenas percibía su presencia; sin embargo, sabía que estaban ahí, una parte de ellos estaba en mi interior. Habían delegado todo su poder, como si tuvieran la certeza de que emplearía todo ese potencial correctamente. Que podían cederlo sin atisbo de duda, sin sombra de sospecha, ni miedo a equivocarse.

—¡Soltadlo! ¡Soltadlo! —gritaba Saya sin ser escuchada.

Entonces, los mismos correajes que me habían parecido indestructibles me dieron la impresión de transformarse en cadenas de papel. Me incorporé sobre aquella superficie fría y horizontal, observando, con serenidad sosegada, a aquellos individuos. Mi inquietud había desaparecido, los nervios, el miedo, la ansiedad, el estrés, las altas pulsaciones. Todas esas interferencias dejaron de formar parte de mi estado. Yo mismo me sorprendí de esta nueva realidad, enérgicamente calmada y controlada, y parecía que mis anfitriones también percibían esa seguridad.

Me deshice de esas pequeñas esferas opresoras como quien se sacude suavemente el polvo de la ropa. Notaba mi musculatura más densa y compacta que nunca. Era una extraña sensación energética, unida a una conciencia nítida sobre el entorno. Miré en todas direcciones haciéndome un plano mental de esa estructura voladora, más que eso, era como si pudiera comprender su funcionamiento, adquiriendo con la presencia de los guardianes un conocimiento hasta entonces vetado.

Los trajeados y Saya cruzaban sus miradas, indecisos por cómo actuar, sorprendidos

por la facilidad con la que me había desprendido de sus amarres, pero sobre todo por la escalofriante serenidad de mi mirada.

—No lo intentéis. Ni tan siquiera se os debería pasar por la cabeza. Habéis matado sin clemencia a una criatura conectada con la fuente.

Mis pensamientos se expresaban con una voz mucho más potente de lo natural. Sentía la fuerte vibración de mis cuerdas vocales, y, además, ahora mis pensamientos se discurrían de un modo distinto.

—Os diré lo que va a pasar, tal y como yo lo veo. Me vais a dejar cerca de la casa de este hombre, este al que habéis asesinado. Aquí se rinde homenaje a la vida con un funeral digno. Es lo mínimo para la familia de un buen hombre. Después os marcharéis para siempre. No volveréis a acercaros nunca más a ningún ser vivo de este mundo e informaréis, a quien corresponda, de que este lugar ya no es de vuestro interés. Podéis inventaros la excusa más razonable que encontréis. Es la oferta más bondadosa que os puedo ofrecer. Si decidís rechazarla, en fin, simplemente no tendréis capacidad de lamentarlo.

Volvieron a cruzar sus miradas, expectantes e indecisos. Uno de los trajeados se adelantó sobre el resto. Su semblante era impaciente y disgustado, justamente, la clase de reacción que no deseaba.

—Podemos arrebatarte la vida en menos de lo que chascamos un dedo y, aun así, aprenderíamos algo.

El trajeado miraba la estancia con aire soberbio, alardeando de encontrarse en su terreno y presumiendo de su avanzada tecnología.

—Me gustaría preguntaros antes de nada.

Clavé mis ojos en Saya y el resto de los trajeados, con la palma extendida hacia delante en pausa.

—¿Este individuo decide por vosotros?

Se palpaba en el ambiente la siembra de la incertidumbre. Se enfrentaban a lo desconocido, y, sin embargo, no podían desprenderse de esa insoportable y desmesurada arrogancia. Solo Saya ladeó negativamente la cabeza, con sutileza, para no ser vista por sus compañeros.

—Una última advertencia. Quiero que sepáis que las normas del orden me impiden matar a otro semejante, siempre y cuando no sea estrictamente inevitable, pero debo informaros de que vosotros no entráis oficialmente en la categoría de los vivos; no tenéis aura, es decir, sois literalmente unos desalmados.

Me eché a reír escuchando mis propias palabras, y eso suscitó entre ellos el escepticismo inquietante del que no sabe lo que tiene delante. Varias bolas de color fuego bajaron del techo, supongo que con el propósito de neutralizarme sin tener que mover un músculo. Pronto pudieron percatarse del poder que me habían otorgado los guardianes cuando las esferas cayeron al suelo como si fueran burdas piedras redondeadas. Apenas tuve que dedicar un pensamiento para arrebatar toda la luz de esos dispositivos hostiles. Ahora la preocupación comenzaba a brotar en sus rostros. No perdí el tiempo.

Di un giro sobre mí mismo golpeando con los nudillos en la cara de ese trajeado insensato, el mismo que osó acercarse a mí, el mismo que segundos antes me amenazaba de muerte. Pude sentir el crujido de sus huesos faciales, y a continuación

se precipitó contra el suelo a una velocidad desmesurada. Alcé los puños en guardia vigilando al resto de los trajeados. Esperando una respuesta por su parte.

Con el rabillo del ojo también me aseguraba de que el abatido no volviera a levantarse. La mirada del resto seguía clavada en su compañero, ahora tendido en el suelo, pero ninguno de ellos parecía querer acudir en su auxilio. Entonces, unos estertores entrecortados llamaron mi atención. Bajé por un momento la guardia y miré a mi oponente derrotado, y pude ver que su cuello dibujaba un serpenteo laxo y antinatural. Me estremecí, aunque se me pasó al recordar quiénes eran.

Observándolo con cierta atención, pude percibir un sutil brillo tras su corbata, a la altura del esternón. Lo estuve mirando embobado durante unos segundos. Fui consciente de que los guardianes habían influido también en mi capacidad para percibir la realidad, tal y como estaba acostumbrado. Era como si la luz que podía captar se hubiera amplificado por mil. Ese brillo salió disparado hacia el fondo de la estancia, y aquel cuerpo dejó de respirar. Entonces fue cuando logré entender.

El tenue brillo que tintineaba en el pecho de mi adversario no era algo natural, precisamente todo lo contrario. Ahora comprendía que la carne y la tecnología artificial se anexionaban a través de algún tipo de mecanismo emplazado en esa posición corporal. Miré a Saya y al resto de los trajeados, todos con expresión muda y aún masticando lo que acababa de suceder. Pero eso ya no era de mi interés; descubrí que ese brillo era una característica común a todos ellos. Fue entonces cuando, sin esperármelo, entró aquella criatura en la sala.

Era muy parecido a uno de los seres de cuatro dedos, pero con evidentes diferencias. Era de color azul atlántico, un azul reluciente. No tenía rostro, quiero decir, sin labios ni esos prominentes ojos. Todo en él era liso, sin ningún pliegue. Rezumaba un brillo de estreno, todo él parecía metálico y cristalino, como un coche recién pulido, aunque, eso sí, algo tenía en común con todos los demás: ese ligero brillo en el centro del pecho.

Sus brazos y piernas eran gruesos y bien asentados. Este ser transmitía la impresión de albergar una fuerza sobrehumana. Caminaba con suavidad, con los hombros rectos y totalmente erguido; parecía reservarse el potencial para más tarde. El resto de los trajeados esbozaban una renovada sonrisa, como si hubieran recuperado toda la confianza perdida. Se agachó sobre el trajeado inerte que yacía en el suelo y comenzó a acariciar su cabeza. Saya me miraba con una lástima perforante en los ojos, como quien conoce algo terrible que no puede ser compartido.

—¿Sabes? De todos los humanos cuyo ADN hemos recabado y a los que hemos examinado concienzudamente, este ejemplar es, de todos ellos, mi preferido y, aunque bien es cierto que podemos recrear cuantas réplicas queramos, he de reconocer que verlo aquí tirado me genera cierta sensación de desazón. Creo que vosotros lo llamáis, corrígeme si me equivoco, ira. Obviamente, la balanza estaba algo inclinada a tu favor, o ha sido un golpe de suerte. Lo desconozco. En todo caso, me tomaré la licencia de corregirlo.

Lo miraba y escuchaba sus palabras no con miedo, sino con expectante curiosidad. Comprendí que aquella luz que salió disparada del pectoral del finado no era más que una determinada información codificada que viajó por el aire para depositarse en otro cuerpo, otro recipiente donde manifestarse en nuestra realidad. Como un *software,* o, mejor dicho, como si un conductor pasara de un turismo a un *jet* de combate, y ese

conductor transformado en piloto cambiara de vehículo proyectado a toda velocidad por el aire en forma de corriente. Una corriente que yo podía ver como un destello de luz gracias a las capacidades adquiridas de los guardianes.

—Ya podéis daros prisa. Os sugiero a todos que vayáis al armario de donde cogéis esos cuerpos, y os pongáis el más duro y fuerte para enfrentaros a mí. También podéis rendiros, estáis a tiempo.

Miré fijamente, uno por uno, a todos los presentes y, aunque no eran tan humanos, el inquietante escepticismo volvió a dibujarse en sus rostros.

—Este es el aspecto que tenían nuestros creadores antes de dar el salto tecnológico y precipitarse al abismo de la decadencia. Se debilitaron irremediablemente a causa de la desidia. La única diferencia es que esta es una versión mil veces más potente que el más fuerte de los orgánicos.

No tenía ninguna intención de seguir escuchando estupideces, y menos aún tener que enfrentarme de nuevo al mismo oponente por segunda vez.

—Ponte en pie y acabemos con esto. No quiero escucharte más.

Con calculada parsimonia se incorporó y se colocó frente a mí. Medía unos quince centímetros menos que yo, pero era bastante más ancho de hombros.

—Este ejemplar lo tenemos guardado solo para casos de extrema urgencia. Como verás…

Él quería seguir hablando, pero mi paciencia se agotó e inicié el combate. Le di una patada frontal con todas mis fuerzas y él se desplazó hacia atrás unos metros sin llegar a caer. Parecía que había golpeado un bloque de hormigón. Recobré la posición en guardia y fue entonces cuando sin tocar el suelo se desplazó en horizontal hasta mí con un extraño brillo en su mano derecha. Lo pude esquivar, pero por los pelos. Le di un puñetazo ascendente en el abdomen y a continuación una patada baja. Apenas le noté temblar.

Ni siquiera lo vi venir, solo me encontré a mí mismo volando por aquella estancia a causa de uno de sus golpes. Me puse de nuevo en pie, pero ya no le veía. Entonces fue cuando me agarró por el cuello desde atrás y comenzó a asfixiarme; yo me agaché, le cogí de su pierna, y me senté en su rodilla. Él trataba de mantener el equilibrio, pero finalmente caímos al suelo. Me puse sobre él y le propiné un puñetazo que esquivó. Mi puño se estrelló contra el suelo, un agujero enorme se abrió en él, dejando a la vista un complejo laberinto de conductos y materiales de color titanio.

Aquel extraño ser podía levitar con una especie de ingravidez veloz, alzándose sobre mí para atacar desde una posición elevada. De su antebrazo surgieron de nuevo unas pequeñas esferas. Eran unos proyectiles anaranjados que salieron disparados. Me moví a toda velocidad para sortearlos. Recuerdo pensar que no era justo, que ya no se trataba de un cuerpo a cuerpo. Nuevas perforaciones y trozos de materiales se salpicaban por el suelo a causa de los impactos. Él levitaba a una altura aproximada de dos metros del suelo.

—De no ser por la singularidad de tu existencia para nuestro estudio, ya estarías muerto —afirmó, como quien ya tiene vendida la piel del oso.

Aquello no era un ser vivo como tal, era un instrumento bélico llegado de otro mundo. Recobré el aliento y al hacerlo tosí, cayendo sobre el suelo un esputo de sangre. Desconozco si fue a causa del estrangulamiento o de la fuerte caída. Yo estaba

deseando que acabara toda esa lucha, que saliera victorioso y que por fin pudiera conversar con el guardián de Angie. Fue entonces cuando, al recordarla en mi mente y revivir por un instante las sensaciones con ella, mi cuerpo experimentó una renovada inyección de fortaleza.

Por primera vez comencé a comprender algo que siempre había pasado por alto. Una verdad universal. Pensé en aquel pobre hombre torturado sobre la camilla extraterrestre, pero no con el ánimo de vengarlo. Me imaginé a su familia dándole el último adiós. Sabía que en esa ceremonia final podrían rememorar el amor que les unía, ese sentimiento imborrable que siempre quedaría entre ellos.

Con cada propósito puro, justo y exento de maldad que brotaba de mi mente, mi cuerpo se alimentaba de energía. Entonces dejé de odiar. Ese ente volador no era más que una interferencia dañina para lograr los objetivos de esa fuerza invisible. Una fuerza no cuantificable, pero no por ello inexistente. La fuerza del amor.

—Hoy dejarás de existir para siempre. Nadie te extrañará ni te echará de menos. Serás un recuerdo estéril y aséptico que ha viajado distancias astronómicas para terminar olvidado.

Inclinó su cabeza asimilando lo que acababa de escuchar, sin poder discutir el presagio irrebatible. Sus manos de cuatro dedos comenzaron a brillar otra vez con ese tono anaranjado. Se posó en el suelo con tanta fuerza que lo abolló y se pudo sentir la vibración recorriendo toda la estructura. Un aluvión de puñetazos y patadas, de una fuerza inimaginable, comenzó a dirigirse contra mi cuerpo. Casi todos los esquivé, o reduje sus consecuencias protegiéndome. Sus puños ardían como el metal al rojo.

Con uno de los golpes pude sentir cómo mi camiseta sucia y ajada se transformaba en una sustancia viscosa y ardiente que se me pegaba a la piel del hombro. Ya era suficiente. Era el momento del contraataque. Le propiné una patada en el costado con todas las fuerzas que pude reunir, acompañado de un grito feroz. Su cuerpo no recuperó la posición original, se mantuvo curvado, como si algo se hubiera roto por dentro. Me acerqué a toda prisa y le agarré sus asquerosas manos de largas falanges, que ardían más que una cafetera resoplando las últimas gotas.

—Todo lo que tiene luz nos pertenece.

Mi voz sonó gutural, como la de los guardianes. Era su poder el que ahora iba a emplear a fondo. Sus manos brillantes dejaron de lucir y su materia comenzó a desaparecer para transformarse en grandes cenizas que caían al suelo como plumas negras. Echó unos pasos atrás, casi trastabillándose, redoblado, y se paró a contemplar el lugar donde debían estar sus manos. Se podía respirar en la atmósfera algo más que preocupación. Podía olerse el auténtico miedo ante lo sucedido, pese a que su rostro carecía de mirada, labios o expresión alguna.

Necesitaba acabar con todo eso lo antes posible. El ansia de conocer algo sobre el paradero de Angie me impulsaba con fuerza ante esa adversidad surrealista, y, por qué no decirlo, casi fantástica e increíble con la que me había tocado lidiar. No le di tregua, estrellé mis codos, rodillas y tibias por todo su cuerpo. Los golpes que le daba causaban heridas en mis articulaciones. Mi piel se abría en dos y, sin mucho tardar, la sangre comenzó a brotar de la carne viva. Mis brazos y mi piel ennegrecida de suciedad vagabunda comenzaron a teñirse de un rojo espeso.

Poco después cayó inerte, no sin antes procurar acertarme algún golpe que otro. Yo

también estaba tocado y él seguía moviéndose, ahí en el suelo, reflexionando sobre qué le acababa de suceder. El hombro me escocía por la quemadura y sabía que tenía el cuerpo lleno de hematomas, por no mencionar las heridas que me sangraban. Pero, en general, me sentía relativamente bien. Muy dolorido pero bien.

Miré al resto de los trajeados y a Saya. Estaban petrificados.

El androide azul brillante dejó de moverse y el brillo en el centro de su pecho se hizo presente saliendo disparado hacia el exterior. Interrumpí su viaje, como quien caza una mosca al vuelo. Ahora esa luz estaba entre mis manos doloridas y algo me decía que la personalidad de ese trajeado, convertido en androide azulado, quería escapar de allí para resurgir en otro cuerpo. No lo iba a permitir. Era obvio que los allí presentes eran incapaces de ver lo que circulaba entre mis manos ensangrentadas y temblorosas, pero ni falta que hacía. Con el poder de los guardianes deshice cada fotón, desmenuzando ese brillo y apagándolo para siempre, cumpliendo así mi advertencia.

El resto de los trajeados me atacaron en enjambre. Saya observaba la escena intuyendo algo que a sus compañeros se les había pasado por alto. Uno de ellos sacó un revólver de su bolsillo.

—No es buena idea. Ya hemos dañado bastante la nave y lo necesitamos vivo. ¡Guárdate eso! —se dijeron entre sí.

—¡No! ¡Hay que matarlo! —decía empuñando el arma.

Entonces se me ocurrió la idea de ocultarme entre la luz. Más que eso. Dejé la luz de mi imagen fija donde estaba y empecé a moverme de un modo invisible. El trajeado seguía apuntándome sin dejar de discutir entre ellos. Era el momento de actuar. Me hice visible. Puede que sea una estupidez y desaprovechar una ventaja táctica, pero como luchador de artes marciales me pareció deshonroso pelear a escondidas. Así que para ellos el efecto fue como si pudiera desplazarme por la sala a una velocidad inimaginable. Cogí el brazo del que empuñaba el revólver y se lo luxé sobre mis hombros, obligándole a abrir la mano.

Otro de los trajeados me golpeó por la espalda y finalmente el revólver salió proyectado hacia un lateral, resbalando por el suelo y girando sobre sí mismo. El que antes portaba el arma también comenzó a lanzar puñetazos descontroladamente; me protegí fácilmente mientras seguía notando las repetidas contusiones por la espalda. Pronto les empecé a escuchar asfixiarse del esfuerzo, tratando de recuperar el aliento. Era mi turno. Al colocarme en guardia y ver que no habían logrado reducirme, la desesperación les invadió. Levanté la rodilla e hice caer el pie con fuerza al suelo, y me coloqué contra la pared mientras los veía medio agachados respirando, tratando de recuperar el resuello.

Al primero que se me acercó le estrellé la tibia contra el costado; de inmediato, se hizo un ovillo sobre sí mismo. Salté sobre él y lo utilicé como catapulta, impactando mi rodilla contra la cabeza de otro trajeado, sujetándola por detrás para aumentar el efecto del golpe. El otro que quedaba en pie me lanzaba puñetazos a lo loco, sin control alguno. Los fui esquivando con cierta calma, hasta que golpeé su rodilla en tres ocasiones seguidas, notando el espeluznante crujido de algún hueso por debajo de su carne.

Ahora todos se arrastraban, o simplemente estaban inmóviles en el suelo, escuchándose gruñidos de dolor. Miré en derredor y entonces la vi; Saya empuñaba el

revólver entre sus pequeñas y delicadas manos. ¡Pum!, la detonación se escuchó como una bomba. El humo de la pólvora no lograba ocultar el gatillazo del arma, apuntando el cañón hacia el techo por el retroceso. Instintivamente, agaché la mirada para reconocerme, solo por si acaso, por si tuviera orificio de entrada. No lo encontré.

A mi lado, un charco de sangre crecía junto a uno de los trajeados, que en sus manos blandía un puñal de grandes dimensiones. Los ojos del trajeado aún no daban crédito, y la vida de ese cuerpo se apagaba como el fuego de una pequeña vela arrollada por una inclemente tormenta de invierno. La luz de ese cuerpo brotó del pecho, hacia algún punto central de esa nave. Interrumpí su trayecto y, al igual que antes, la hice desaparecer para siempre, mientras pensaba en lo que Saya acababa de hacer.

Pese a todo, no quería enfrentarme una y otra, y otra vez a los mismos adversarios.

—Allá ellos —me dije.

Las negociaciones nunca dieron frutos, había demasiada arrogancia por su parte, pero ahora lo de Saya me había descolocado completamente.

—¿Qué has hecho, Saya? ¿Es que te has vuelto loca? —gritaba con la voz rota de dolor uno de los dos trajeados que quedaban con vida.

—¡Cállate! ¡Cállate! ¿No os dais cuenta? Esto nos supera. ¡Nos está matando uno a uno!

—Lo hablaremos más tarde. Estos cuerpos transmiten más dolor que ninguno de los que hayamos habitado jamás.

—¡No! ¡No lo hagas o acabará con vuestra existencia para siempre! ¿No os habéis fijado que el resto no han vuelto?

Allí tirados, uno con la pierna rota y otro bocarriba sujetándose la tripa, tuvieron un momento para mirarse, retorcidos del dolor, y se dieron cuenta de que era cierto. Saya podía llevar razón.

—Entonces, si eso fuera cierto, le has ayudado a eliminar a Trock. Le has ayudado, ¿sabes lo que eso significa? Deberás ser juzgada por tu comportamiento.

—¿Podéis dejar de pensar ahora en eso? ¡Nos eliminará a todos! ¡Solo nos queda suplicar compasión!

—Eso nunca. ¿Comportarme como lo hacen estas criaturas inmundas? ¿Suplicar entre llantos? ¡No! ¡Eso no es lo nuestro!

Se puso de pie como pudo con el brazo recogido sobre la barriga, cojeando torpemente, con la respiración atascada, acercándose a Saya y estirando la mano para alcanzar el revólver.

—Retrocede. ¡Retrocede, te digo! ¡No me obligues a hacerlo!

El trajeado de la pierna rota contemplaba la escena horrorizado, casi ingenuo, preguntándose cómo habían llegado a esa situación.

Yo analizaba la conducta de ambos, sin poder adivinar el desenlace.

—¡Atrás, te pido! ¡No quiero hacerlo! ¡Haim! Haim, ¡dile que retroceda!

Empuñó el arma firmemente cogiéndola por las cachas con todas sus fuerzas, encañonando al trajeado, cuya cara se había hinchado y estaba desfigurada a causa de la pelea.

Haim, que así debía de llamarse el trajeado de la pierna rota, me miró fijamente a los ojos, paralizado en mi memoria. Los tenía vidriosos, casi a punto de romper a llorar. Me dije a mí mismo que no era así, que en ese cuerpo no había un alma con sentimientos

como los nuestros, solo se trataba de un reflejo fisiológico al dolor. Poco después sus palabras me lo confirmaron.

—¡Traidora! ¡Traidora! ¡Asquerosa traidora! ¿Qué estás haciendo?

Pese a la distancia, de unos ocho metros, podía observar su dedo índice ejerciendo la presión sobre el disparador y cómo, al mismo tiempo, el martillo percutor se desplazaba hacia atrás, cogiendo impulso para golpear el cartucho con otra ensordecedora detonación.

—No lo hagas, Saya. No lo hagas, yo me encargo —dije con voz sosegada, pero firme y sonora.

Ella me miró extrañada. Ahora se sentía enemiga de todos.

Me aproximé al trajeado, cuyo rostro era casi irreconocible. Arrastraba los pies, y con cada uno de sus pasos se quejaba más de un infernal dolor en el abdomen. Se dio la vuelta torpemente y todavía sacó energías para tratar de lanzarme un golpe, lento y errático como el de un abuelo centenario.

Hasta ese punto era su ignota maldad, su arrogancia o su tozudez. Saya bajó el arma y colocó el dedo sobre el tambor del revólver, escapándosele un suspiro de alivio que no pudo disimular. Esquivé su golpe con suma facilidad y sin pensarlo castigué su abdomen con tres patadas consecutivas, de modo que cayó al suelo y sus ojos orbitaron descontrolados mirando en todas direcciones, como quien está a punto de perder la consciencia. Me incliné a su lado y le ofrecí el mejor consejo que podía darle.

—Cuando pierdas la consciencia, que lo harás por el agudo dolor, no se te ocurra salir de este cuerpo o correrás la misma suerte que los anteriores. Os daré una pequeña oportunidad porque he visto algo en Saya. Algo distinto del resto de vosotros, por mucho que ahora tú te empeñes en llamarla traidora. —Su pecho comenzó a brillar con ese tono anaranjado que les surgía cuando estaban a punto de emigrar—. Recuerda que te he avisado. Hoy no volveré a luchar contigo. —Miré intensamente a los trajeados para que captaran el mensaje y tomasen la decisión que quisieran, libremente—. Llevadme al lugar donde vivía este hombre; debo entregárselo a su familia. Lo he prometido.

Saya hizo un leve movimiento afirmativo, su dedo se deslizó por la pared luminosa dibujando un garabato, y una esfera del tamaño de una sandía grande descendió en vertical desde el centro de la sala. Era oscura, con destellos brillantes en su interior, como una burbuja densa y rellena. Se acercó y comenzó a mover sus manos en contacto sobre ella. El color cambió. Iba ampliando más y más. Vi clarísimamente que se trataba de un mapa terrestre en vivo: las nubes, el baño del sol, luces artificiales en la oscuridad. Sus símbolos aparecían sobre la pantalla esférica. Saya la pulsaba y manipulaba, hasta que concluyó confirmando nuestro destino, el lugar de origen del desafortunado hombre torturado.

—Llegaremos a Raymond en unos minutos. Te ayudaré a bajarlo.

Sus breves palabras avergonzadas rompieron el silencio ruidoso de respiraciones agónicas y quejidos controlados.

—¿Raymond? —dije en voz alta.

Aunque, después de todo, el lugar era el menor de mis problemas.

—Era natural de Raymond, en el estado de Washington. Os dejaremos lo más cerca posible de la población. Te ayudaré a bajarlo. Sígueme. Como te he dicho

anteriormente, nosotros viajamos muy rápido. Ya estamos llegando.

Apenas habían transcurrido unos minutos, y parecía que estábamos en nuestro destino. ¿Desde dónde?, me preguntaba. Como poco veníamos de Nueva York, y yo no sentí ni un ligero movimiento.

Pero llegados a ese punto tampoco me suscitaba demasiado interés.

Ninguno.

CAPÍTULO 38. **DEBATE INTERNO**

- *CIUDAD DE RAYMOND, WASHINGTON, AÑO 1996*

—Es por aquí.

La pared se abrió en abanico, y recuerdo pensar que ya no me molestaba toda aquella luz.

—No me la intentes jugar —le dije a Saya sujetándola del brazo, mirando a su vez a los dos trajeados agónicos para que entendieran que el mensaje también iba por ellos.

Cogí el cuerpo sin vida del hombre torturado y me lo eché al hombro. Las paredes se abrían a nuestro paso en línea recta. La estructura interna de ese artefacto volante era flexible y se podía atajar creando un pasillo recto.

—Hemos llegado. Bajaremos unos metros sobre esta plataforma para llegar al suelo. Después nos despediremos por última vez y haré llegar tu mensaje a los míos. Al menos, yo personalmente no os volveré a molestar. —Cogió aire, asimilando todo lo que había ocurrido—. Tienes mi palabra. Es la única garantía que te puedo ofrecer.

Con el peso maleable de aquella víctima sobre mí, ninguna de sus palabras me pareció reconfortante, e hice un fuerte ejercicio de autocontrol para, simplemente, permanecer en silencio al recibir su afirmación. El suelo, bajo nuestros pies, se desbloqueó con un sonido parecido al de un tarro de cristal cuando se abre por primera vez. De pronto, el aire comenzaba a tener unos matices que sin saberlo había echado de menos. Nuestro descenso era silencioso y discreto.

Era de noche, pero todavía se adivinaban los últimos rayos de sol en el horizonte, y en el ambiente se mezclaba el olor a vegetación y a la humedad caudalosa del agua dulce. La plataforma levitaba un palmo sobre el suelo sin posarse, y cuando miré hacia arriba solo pude ver una gran mancha oscura sobre el firmamento. Puse los pies en suelo firme, y caminé hacia el lugar de donde provenía el zumbido intermitente y escaso del tráfico rodado. Escuchaba los pasos de Saya tras de mí. Inspiré para recargar la paciencia, y me detuve con la intención de que el silencio les insultara más de lo que yo pudiera maldecir. Saya me cogió con suavidad del antebrazo. A lo lejos, las luces de una camioneta pasaron de largo indicándome la estrecha carretera a la que debía llegar.

Me zafé de ella, pero seguí oyendo sus pasos tras de mí.

—¡Yo también he perdido! ¿Sabes?

Su voz sonaba desquebrajada. Agarré las piernas del cadáver con la mano izquierda, y con la derecha hice un gurruño en su camisa, atrayendo a Saya con fuerza hacia mí.

—¡Tú no sabes lo que es perder! ¡Dile eso a la familia de este hombre! ¡Vamos!

Pese a la oscuridad, las facciones de Saya se encendían con una rabia insensata e incomprensible. Unas luces naranjas salieron proyectadas desde arriba hacia nosotros mientras la plataforma circular, que nos bajó a tierra, ascendía a gran velocidad. Se me cayó al suelo el cuerpo del hombre para, con ambas manos, detener la energía con la

que de nuevo me atacaban. Saya se colocó detrás de mí apoyando su rostro en mi espalda. Tenía un miedo nunca visto y jadeaba descontrolada de pánico. La nave volvió a disparar esas pequeñas esferas incandescentes y tuve que volver a emplearme para neutralizarlas y, sin más, la nave lenticular salió disparada hacia el firmamento a una velocidad irracional, sin dejar rastro alguno de su presencia.

—Como te he dicho, ahora yo también lo he perdido todo. Me han confinado en este mundo, con este cuerpo mortal. Debo actuar deprisa o me perseguirán para matarme por alta traición.

Recogí el cuerpo del suelo y volví a echármelo al hombro, caminando hacia la carretera, por donde, de cuando en cuando, parecía pasar algún coche. Saya no dejaba de seguirme a poca distancia. La maleza se despejaba y el suelo se endurecía. A lo lejos, unas luces ambarinas se acercaban despacio. Las cinco bombillas sobre la cabina me indicaron que se trataba de un camión. Le hice señales desde la lejanía, y el conductor prendió las largas y otros focos del techo, encendiéndolos simultáneamente. El estruendo de los frenos y el soplido de los calderines se sumaban al sonido titánico de un vetusto y enorme motor de gasolina.

La luz de la cabina se iluminó en el interior y la recia puerta de metal se abrió. El camión era una grúa larga de tres ejes bien grande. El camionero salió con una pata de cabra en la mano. Sobre sus labios unos inmensos bigotes blancos. Tenía la tripa gorda y llevaba puesto un peto verde. Absorbía el humo de una curvada y pintoresca pipa, que de inmediato me hizo pensar en mi padre. Saya, sin ningún permiso, se me adelantó.

—Necesitamos que haga entrega de este cuerpo a las autoridades.

De inmediato, una sombra alargada apareció tras él y me observó con un detenimiento extraño. Alcé levemente la mano para saludarla, y esta se inclinó sobre el camionero para decirle algo al oído. Algo que sonaría en su cabeza con más fuerza que un pensamiento propio y que él nunca sabría de dónde provenía. Soltó la palanca que portaba en su mano sobre la plataforma del camión y se apresuró a ayudarme con el cuerpo del hombre.

—Dios santo, pero ¿qué os ha pasado? ¿Os ha atacado un oso?

Ciertamente, mi cuerpo estaba lleno de heridas sangrantes, desaliñado, sucio, con la ropa destrozada, y como llegado del bosque.

—Ayúdenos, por favor. Ayúdenos —le imploré, al tiempo que ya se inclinaba a coger el cuerpo conmigo.

—Pero, muchacho, ¡este hombre está muerto! Venga, no hay tiempo que perder. Sujétalo un momento. —Se subió de un salto ágil a la parte trasera del camión y desenrolló una lona que tenía agarrada con unos pulpos, improvisando una zona acolchada—. ¡Arriba! ¡Vamos a que os vea un médico!

El camionero dio la vuelta con varias maniobras bruscas, zarandeándose toda la cabina del conductor a la que nos agarramos por detrás. Era como una agitante atracción de feria. Un foco auxiliar sobre la plataforma permanecía encendido. Yo me agarraba a un asidero metálico que sobresalía al inicio de la carrocería. Saya se acercó a mi lado y abrió la caja de herramientas de la grúa hurgando en su interior. Al principio, desechaba lo que encontraba, hasta que dio con lo que andaba buscando. Yo tenía pensado bajarme del camión en cuanto este aminorase la marcha, pero el cuerpo de

aquel hombre se podía caer al asfalto en cualquier momento y debía sujetarlo.

Saya apoyó su espalda sobre la estructura de metal que separaba la plataforma de la cabina del camión y se despojó del jersey negro, comenzando a desbotonarse la camisa. Unos pechos firmes y redondos se ocultaban tras un sujetador blanco. La distracción me impidió ver que en su mano derecha sujetaba con firmeza un cúter de hoja retráctil.

—Pero ¿qué vas a hacer? —le grité entre los ruidos mecánicos y el inclemente sonido del viento que nos envolvía.

—Debo arrancarme el seguidor o me encontrarán, y entonces todo habrá acabado para mí, para siempre. ¡Te dije que yo también había perdido!

—¿De qué estás hablando? —traté de imponer el volumen de mi voz al ruido reinante.

—¡Ahora lo verás, si no me desmayo!

Los mechones rubios se le alborotaban en el rostro. Cogió un trapo sucio de grasa y se lo metió en la boca doblado a lo ancho. Lo mordía con fuerza y se notaba que su pequeña nariz no era suficiente para canalizar el aire que necesitaba. Hincó la cuchilla bajó el esternón haciendo una hendidura profunda, de unos centímetros. Una lágrima resbalaba desde sus ojos ausentes enterrados bajo los párpados contraídos. Dejó el cúter al lado y un canal de sangre brotó inundando su ombligo, deslizándose hasta sus vaqueros. Un pensamiento fugaz me hizo reflexionar en la existencia de ese ombligo.

Eran demasiadas interrogantes y poco tiempo. Metió el dedo índice en la cicatriz abierta hasta el nudillo, y lo sacó lentamente mientras apretaba más y más sus dientes sobre el asqueroso trapo mugriento, hasta que lo escupió soltando un aterrador alarido de dolor.

—Ayúdame a sacarlo. No seré capaz de hacerlo sola. —Sus ojos, tan humanos, ablandaron mi carácter huraño—. Tira de aquí hasta que salga todo el cordel, y deshazte de eso o me encontrarán.

Su dedo había sacado un pequeño conducto traslúcido. Ella me miraba sin pestañear.

Observaba los mismos ojos que años atrás, en el pasillo que daba a las taquillas donde nos escondíamos Angie y yo, participaban del incendio que nos separó, el mismo que nos mató. Ahora, a miles de kilómetros de ninguna parte, años después, me debatía entre ayudar o no a mi enemiga.

El rencor me ofrecía una respuesta rápida, previsible, automática. Pero al escuchar al resto de mi alma obtenía otro resultado, quizá más ingenuo o inocente, sin nada que ganar, pero era lo que me dictaba la conciencia. Me daba lo mismo. Quizá fuese un error, quizá no, eso no lo sabía. Pero lo que sí sabía es que estaba sufriendo, y que, honestamente, creo que siempre se esforzó por hablar conmigo, por hacerme entender, por mediar a mi favor como si de un negociador, dividido entre dos mundos, discrepara de sus principios, y al mismo tiempo tuviera el deber de seguir una corriente. Y lo cierto es que, puesta al límite, decidió romper con sus raíces.

Decidió esforzarse por ser un poco más humana. Decidió arriesgarse a vivir y a morir, a sabiendas de que su muerte sería literal. Eterna.

Tiré de ese fino cable flexible, y comenzaron a salir centímetros y centímetros ramificados en seis hileras. Tres hacia arriba y tres hacia abajo, y en el centro, tras la caja torácica, un bulto grumoso y sólido parpadeaba con un brillo ligero. Toda aquella

maraña salía de su pecho mientras ella se retorcía entre dolores insoportables.

Finalmente, perdió el conocimiento y aproveché para extraer, con rapidez cuidadosa, toda esa porquería que invadía sus extremidades. Me deshice de aquella asquerosidad lanzándola a la cuneta con todas mis fuerzas. Cogí nuevamente el cúter y rasgué su camisa por la zona más limpia, y apreté su herida para impedir que saliera tanta sangre. Entrábamos en la ciudad y el camionero se saltaba el semáforo en rojo tocando la estridente bocina de su vieja bestia.

El gigantesco tamaño de los árboles me impidió ver las luces azules del coche bicolor policial. Me asusté al tenerlo tan cerca, y de nuevo otro dilema atenazaba mi mente. Miraba el rostro dormido de Saya y me preguntaba: «¿Merece la pena?»; la respuesta racional era un rotundo ¡¡¡no!!!, pero una extraña corazonada o un inexplicable deber interno me animaba a protegerla, como si estuviéramos unidos por causa de nuestros inconfesables secretos, una suerte de código invisible nunca redactado entre enemigos.

—Jerry, ¡gracias por venir! ¡Bendita emisora CB! A lo que vamos, están detrás, el joven está malherido.

El policía acudió rápidamente a la trasera de la grúa con su linterna, interesándose por nuestro estado de salud. Destapó el cadáver y al ver nuestras heridas, a Saya inconsciente y nuestra ropa teñida de sangre creo que solo pudo pensar que éramos víctimas del ataque de algún animal salvaje. Ni tan siquiera lo preguntó, corrió cuanto pudo al interior del modesto hospital y unos enfermeros regresaron con él a toda prisa, trastabillándose hacia nosotros, con una camilla de rescate en sus manos.

—Vais a estar bien, cuidaremos de vosotros —me dijo el policía.

En los ojos de Jerry, que así debía de llamarse el policía, se adivinaba la contagiosa esencia de la tristeza, camuflada bajo un semblante profesional y metódico, concentrado en nuestro traslado hacia el interior.

A Saya se la llevaron en la camilla y Jerry pasó mi brazo sobre sus hombros para ayudarme a llegar. Su impoluto uniforme se manchó de mi sangre, y quise retirar el brazo para evitarlo, pero no me dejó; me llevaba casi en volandas, y aunque una ilógica vergüenza me oprimía, también debo reconocer que disfruté de la agradable sensación de sentirme cuidadosamente atendido.

Al entrar, me cortaron toda la ropa con unas tijeras de punta roma y desviada, agarré fuertemente el amuleto con ambas manos para que nadie siquiera pensara en tocarlo, y arrancaron las sucias y acartonadas telas que cubrían mi cuerpo, empujándome para que me tumbase sobre una cama de hospital blanca e impoluta. Con solo posarme sobre ella, en ropa interior, noté que mi piel había transferido además de sangre fresca y también reseca, parte de la pátina sucia acumulada durante semanas viviendo a escondidas en la indigencia.

Una enfermera gordita se me acercó sonriente con un barreño y una esponja amarilla de aspecto irregular, y entonces, en ese preciso instante, sentí más vergüenza que en toda mi vida.

—Debo lavarte para observar todas tus heridas. Pero ¿cuántos días llevabais en el bosque? —me dijo con preocupación.

A mi lado, y separados por una cortina, escuchaba a los médicos valorando la herida de Saya, y mi enfermera me notó preocupado.

—¿Es tu hermana mayor? ¿Tu tía, quizá? ¿Y cómo es que ella no está tan sucia? ¿Fuisteis de excursión? ¿Qué demonios os ha pasado? ¿El otro señor es vuestro padre?

La ristra de preguntas se hacía interminable y la voz de la enfermera se iba apagando poco a poco mientras me precipitaba en el vacío de mis pensamientos, sopesando si ayudar a Saya me compensaría o no. Escuché a los médicos preparar los materiales para coser su herida y cómo se ponían manos a la obra.

Mi enfermera seguía haciéndome preguntas, y de cuando en cuando me decía:

—Esto igual te duele un poco.

Había llegado un punto en que apenas percibía el dolor, o, mejor dicho, había dejado de molestarme.

Sabía que Jerry estaba cerca porque las voces radiofónicas surgían de su emisora acompañados de un bip al finalizar. Tenía que hacer algo y rápido. La enfermera estaba terminando de curar mis heridas. Me fijé en que habían metido nuestra ropa en unas bolsas anudadas azules bajo las camas. Jerry se acercó a la enfermera y se asomó a verme; tuve que hacerme el dormido.

—Enfermera, necesito hacerle unas preguntas. —La voz del agente sonó autoritaria e impaciente.

—Está exhausto y no responde. Mañana por la mañana podrá hablar con él, ahora necesita reposo.

—Debemos despertarlo. Por la seguridad de la población, debo saber lo que ha ocurrido.

El médico que acababa de coser a Saya se acercó al policía y con un lenguaje exquisitamente asertivo le pidió que, por esa noche, se olvidara de entrevistarnos. Jerry se mantuvo firme frente a nosotros durante unos segundos. Pese a la frialdad de su mirada, debajo de esa templanza podía sentir una ebullición impotente por averiguar y detener la amenaza que nos había atacado. También se palpaba su escepticismo, porque creo que muchas cosas no le cuadraban. Pero sintiéndolo por él, sería mejor que se quedara siempre con las dudas, porque la auténtica verdad estaba muy alejada de su realidad, de la realidad convencional.

Las luces se apagaron y nos dejaron casi a oscuras con una luz penumbrosa. De fondo, se escuchaban los sonidos de los aparatos de soporte vital que ayudaban a recuperarse a los pacientes y, de vez en cuando, el bip de la emisora policial. Corrí la cortina y observé a Saya, que descansaba plácidamente con un gotero junto a su cama.

Me levanté, abrí mi bolsa, y me vestí de nuevo con mi sucia y acartonada ropa; la camiseta era solo jirones y la dejé ahí. En el cabecero de mi cama había una enorme ventana; comprobé que podía abrirse tranquilamente y me cercioré de que estábamos en la planta baja. Me asomé por la cortina que daba al pasillo central de la sala. Lo primero que llamó mi atención fue la presencia de guardianes frente a las camas. Uno de ellos me vio observándolo y se acercó con su lánguido caminar, tapando con su espigada altura la escasa luz que bañaba la estancia.

—Es muy triste y al mismo tiempo gratificante poder constatar que todavía quedan enlaces, aunque cada vez sois más escasos. ¿Sabes que hubo un tiempo en que todas las personas podían vernos? De hecho, nos dibujaron cientos de veces en las

cavernas, acompañándolos en la caza, amansando a las bestias. Era un tiempo en que las comunidades se ayudaban mutuamente, se salvaban los unos a los otros, se respetaban y se amaban. Era el único modo de sobrevivir en esos tiempos. Ahora la humanidad se ha desviado. La verdadera fuerza no es intelectual. Es espiritual. Pero ya lo han olvidado.

Inclinó el rostro sobre Saya y la observó detenidamente en silencio, posando las manos sobre su frente.

—Veo oscuridad en su interior, muchos remordimientos atormentándola. Pero hay esperanza, porque una luz apresada lucha por emerger y predominar. Ella no pertenece a este lugar. No tiene guardián. El Orden no sabe de su existencia.

De nuevo, se hizo una prolongada pausa, y entonces dijo:

—Dile que estaré pendiente de ella. Ya veremos.

Ni tan siquiera me dio la oportunidad de decir nada cuando regresó frente a su protegido; creo que el enfermo estaba grave, no pude verlo. Retiré la vía que le habían puesto a Saya, e hice coincidir el sonido intermitente de las máquinas con el tirón del esparadrapo. Habían cubierto su cuerpo con una gruesa sábana blanca, suave, pero muy resistente. Busqué su ropa, sin tener muy claro que Saya fuera capaz de despertarse, pero en la bolsa bajo su cama solo habían dejado su calzado y los pantalones, el resto lo tendría la policía o lo habrían tirado porque estaba rasgado. Me acerqué a su oído y la llamé por su nombre.

—Saya. Eh, Saya, despierta. Debemos irnos.

Pero no espabilaba. En su dedo tenía una pinza blanca conectada a un monitor. Marcaba el pulso y otros valores. Me lo puse en el mío y los parámetros eran casi idénticos. Di la vuelta a la cama y deslicé con sigilo la siguiente cortina. Una señora dormía plácidamente. Coloqué la pinza en el dedo de la señora y no saltó ninguna alarma. Listo. Era hora de marcharnos.

Pellizqué la oreja de Saya, pero no respondía. Viendo que no funcionaba, le apreté con ganas tras el lóbulo de su oreja; es un conocido punto de dolor, y solo entonces comenzó a regresar del mundo onírico. Al final abrió los ojos. Le mandé guardar silencio con el dedo índice sobre mis labios y taponando su boca con mi otra mano. Ella tuvo el reflejo de decir algo y trató de incorporarse rápidamente, pero le hice señas para que estuviera tranquila, no podíamos llamar la atención.

Despertar en un lugar desconocido y completamente a oscuras descoloca a cualquiera, sobre todo cuando tu último recuerdo es un dolor inaguantable que todavía sientes latente.

—¿Por qué me ayudas? —me preguntó, taciturna y extrañada.

—Hablaremos cuando hayamos salido de aquí. Vístete, se te ve todo.

Una breve sonrisa apesadumbrada pasó por su rostro como un relámpago, y en vez de hacerme caso y vestirse, hizo todo lo contrario. Se quitó la ropa interior y la arrojó al suelo. La miré de forma inquisitiva. Sobre la cama, se abrazaba las piernas, cerrando los ojos, como si estuviera demasiado débil y somnolienta. Ahora su cuerpo solo se encontraba cubierto de oscuridad.

—Pueden seguirme también por la ropa. Es una posibilidad remota, pero una posibilidad, al fin y al cabo. No es que pretenda llevarte la contraria. —Su voz se sentía cansada.

—Tápate con la sábana, ya encontraremos algo. Nos vamos de aquí.

Pero se movía más lenta que una tortuga torpe y descoordinada. Estaba siendo demasiado exigente con ella. La ayudé a cubrirse con la sábana. A duras penas se podía mantener en pie. La cogí en brazos y la sentí quedarse dormida en mi hombro. Opté por la alternativa más inverosímil y arriesgada. Caminé con ella hacia el pasillo, lo más despacio que pude. Me asomé un poco y Jerry estaba despierto inmerso en un libro que tenía entre sus manos.

Los guardianes me habían transmitido un poder increíble, lo notaba. Era una locura, pero tampoco me quedaban demasiadas opciones. Es complicado mentalizarse de que uno puede hacerse invisible a voluntad. Caminé a paso lento con Saya en mis brazos. Jerry, un policía fuerte, de permanente expresión bondadosa, y cuyo cabello se debatía entre su color natural y el plateado que te regala la edad, levantó la mirada de su libro como si hubiera percibido algo más allá de sus sentidos.

Por un momento, me puse en su lugar, y no me pareció bien marcharme de allí de esa forma. Él nos había ayudado, y si me escapaba de ese modo se cuestionaría su profesionalidad. No era justo. Frente a él, una de las enfermeras que nos atendieron dormía roncando como un oso en una butaca mucho más cómoda que la precaria silla de Jerry. Decidí revelar mi camuflaje suavemente.

Le vi pestañear varias veces y su libro se le cayó de las manos. Se puso de pie como un rayo y echó unos pasos atrás. La enfermera roncaba todavía más fuerte si cabe. Escuchaba su respiración agitada, hasta podía notar cómo se le secaba la boca. Ahora tenía a Jerry detrás de mí y solo unos metros me separaban de la puerta principal. Casi podía sentir la incredulidad y sorpresa del agente de policía, ahí de pie, tan escéptico por lo que estaba presenciando. Acongojado por ser testigo de lo inexplicable, de lo inconfesable.

—Te estoy muy agradecido porque nos has ayudado. También al señor de la grúa. Quiero que sepas que ni esta mujer ni yo hemos matado a ese hombre.

Noté que Jerry se acercaba un poco para escucharme mejor, todavía perplejo por la insólita visión de nuestra aparición difuminada.

—Los responsables están demasiado alejados de tu alcance y del mío también. Pero créeme cuando te digo que estamos en el mismo bando. —Una pausa se hizo en medio de ese pasillo bañado de luz macilenta—. Bueno, estoy seguro de que un sentimiento cristalino en tu interior sabe que digo la verdad.

—¿Quién-quién eres tú? —interrogó Jerry, con la voz tosca de llevar horas sin articular palabra.

—Mi nombre es irrelevante, pero responderé a tu pregunta. Soy una conexión entre dos mundos. Un amante del bien. Un guerrero de la justicia. Un servidor para el necesitado y un férreo enemigo para el tirano. —Guardé silencio unos segundos para que Jerry pudiera entender el relieve de mis palabras—. No pretendo meterte en un lío con nuestra fuga, aunque sé que tu presencia aquí es meramente preventiva.

Jerry estaba atento a cada frase que salía de mis labios. Habíamos conectado. Noté que confiaba en mí, pese a la misteriosa situación que le estaba tocando vivir.

—Hagamos un trato, Jerry. —Me giré y le miré fijamente. Él se quedó inmóvil. Entonces pensé que quizá no sería tan buena idea—. Déjalo, quizá no estés preparado. Cuídate mucho, amigo, y gracias de nuevo por ayudarnos, estoy en deuda

contigo.

Borrando mi rastro de luz, caminé hacia la puerta de salida con Saya dormida sobre mis brazos.

—¡Eh, tú! ¿Adónde crees que vas? —Me detuve un instante, compungido por su frustración. Hasta que le escuché decir—: ¡Háblame de ese trato!

Sonaba decidido y excitado por lo desconocido. Lo pensé un momento, inmóvil ante la salida, y le contesté descubriéndome a la luz.

—Salgamos a la calle. Hablaremos.

CAPÍTULO 39. **EL ARTE DEL DISFRAZ**

- *CIUDAD DE RAYMOND, WASHINGTON, AÑO 1996*

A esas horas de la madrugada el ambiente ya había sido colonizado por la fría humedad de la noche, y el cuerpo de Saya se quejaba con un trémulo castañeteo de dientes. Aun con todo, con el mal que me hizo, y el que yo le hice también, nos hallábamos juntos. Me sentí en la obligación instintiva de protegerla, y ella en la necesidad de ser cuidada, una extraña ironía del destino. De modo que la apreté contra mi torso desnudo y cálido, y ella se acomodó en mi pecho.

De sus ojos fluía un líquido transparente y salino, de sobra conocido por el resto de la humanidad, pero que quizá ella estrenaba por primera vez. Alzó la vista debilitada, clavando su mirada en la mía, escrutándome con una severa dulzura orgullosa y heladora. Estaba empezando a experimentar, por vez primera, los sutiles matices de estar realmente viva. Su mirada se tornó avergonzada, arrepentida. Fue innecesario pedirle explicaciones, y en ese preciso instante me hice una promesa a mí mismo: a partir de entonces me quedaría con esa imagen suya y nunca más la recordaría en el lúgubre pasillo que conducía a los vestuarios. Acaricié su espalda con ternura y ella retiró su mirada líquida. Arrimé los labios a su frente y la besé, y respiré otra vez el genuino olor a sudor peguntoso y lágrimas.

—No es esa clase de beso —le aclaré para que comprendiera.

—Ya lo sé. Es el beso de la compasión, de la pureza inocente y solidaria de quien acostumbra a cuidar de otros sin esperar nada a cambio. —Sus palabras perdían fuerza por su debilidad, haciendo un esfuerzo entre susurros para terminar la frase—. Empiezo a entender que sois más que una febril e incansable actitud ambiciosa y egoísta. Sois mejores que nosotros. Ahora no tengo dudas. —Y comenzó a retemblar de frío.

—Guarda tus fuerzas y descansa, saldrás de esta.

Y la puerta del hospital se abrió con el chirrido jaleoso que amplifica el silencio de la noche.

Jerry se colocaba la gorra sobre la cabeza y revisaba con el tacto de sus manos la homogénea curva de la visera, repitiendo un movimiento ya automatizado por la rutina. El coche patrulla estaba aparcado a unos pasos y Jerry aguardaba con las manos descansadas sobre la hebilla de su cinturón. El silencio compartido aumentaba su excitación por precipitarse al misterio de lo desconocido, aunque ese paréntesis también le hizo dudar.

—Te diré cuál es el trato, Jerry. Tú nos ayudarás a salir de la ciudad y yo te mostraré algo que no se enseña en la academia de policía. Creo que merecerá la pena.

La visera no pudo ocultar el aire de suspicacia ilusionada en su rostro. No se arrugó. Jerry era de esas personas inconformistas y atrevidas, de los que no frecuentan mucho la zona de confort, de espíritu inquieto y sediento de saber.

—Acepto con una condición, una sola pregunta: ¿puedo confiar en ti?

—Antes de levantarte de la silla, se respondió tu pregunta. Debes escuchar más a tu voz interior, sabe más que tú.

Jerry se encogió levemente de hombros y abrió la puerta trasera del coche patrulla, confundido por mi enigmática respuesta. Con suavidad posé, a lo largo, el cuerpo cansado de Saya sobre los austeros asientos traseros de plástico, acomodándola lo mejor que pude. Abrí la puerta del copiloto y Jerry se miró a sí mismo en el reflejo de su cristal, preguntándose en qué clase de lío se estaba embarcando. Arrancó el coche y me preguntó:

—¿Adónde?

Me quedé unos segundos pensando y le dije:

—Hoy seré tu compañero por unas horas. Patrullemos y te mostraré lo que se esconde a la vista.

El coche, que tan limpio y decente parecía por fuera, mostraba un interior muy diferente. Asientos carcomidos por el roce del arma en el respaldo llenaban de virutas amarillas todo el habitáculo. La reja que nos separaba del asiento trasero podía contar su propia historia de resistencia estoica. Estaba abollada de golpes y con toda clase de restos biológicos que se convertían en testigos mudos del innombrable comportamiento humano.

El coche patrulla comenzó a circular adentrándose en la zona urbana. Una delgada línea de niebla ondeaba por las farolas acentuando las horas de madrugada. Algún que otro coche se veía en la llanura cruzando alguna intersección. Pasamos junto a una casa de arquitectura colonial y pobremente conservada, pero, sin duda, habitada.

—Para un momento. Necesitamos algo de ropa. ¿Me prestas unos pavos?

Jerry me miró resoplando, incómodo. Pero sacó los billetes de su cartera y me los entregó.

—No olvides que soy policía —me reprendió diplomático.

Miré los billetes que me había dejado en la mano y conté a vuelapluma más de ochenta dólares.

—Lo indecente, lo incorrecto y lo ilegal dependen siempre de la visión del ofendido. Detenernos aquí no es mera casualidad. De tener ocasión para pedirles algo de ropa, me la darían sin aceptar ni un dólar. Sal conmigo. Te enseñaré de lo que hablo.

Jerry miraba en derredor, temeroso de ser visto conmigo merodeando por los lindes de aquella propiedad. Llegamos hasta el porche, donde la ropa tendida se protegía bajo el techo y era mecida por la fría niebla en movimiento.

—¿Sientes la energía de esta casa? ¿La impronta de sus habitantes? —Jerry levantó una ceja con aire escéptico—. No te preocupes; si me lo permites, te lo mostraré.

Me acerqué hasta él y posé mi mano sobre su hombro. Una sonrisa enajenada apareció en sus labios y cerró los ojos para percibir mejor la sensación que le estaba transmitiendo.

—Lo has notado, ¿verdad? Todos podemos percibir estas cosas, solo hay que entrenar el alma para ello, prestarles atención a esos detalles que en ocasiones sentimos, pero que pasan inadvertidos. Así sois los polis; estoy seguro de que con los malos tienes la antena bien ajustada.

Efectivamente, la casa estaba ocupada por una pareja de ancianos, y la energía

impregnada en todo el hogar era de excesiva generosidad altruista y solidaria. Fraternidad auténtica. Cogí la ropa más vieja que colgaba del tendedero, una camiseta para mí de veteranos de la Armada, unos pantalones de mujer y un jersey grueso para Saya. Con las pinzas, intercambié los billetes por la ropa. Jerry me detuvo y recogió los dólares tendidos.

—Yo hablaré mañana con ellos, me disculparé por ti. Quédate con el dinero, te hará más falta, y quizá deberías coger también esos zapatos para tu amiga.

Los observé con detenimiento: dos pares de zapatos, unos de hombre y otros de mujer. Reparé en que la pulcritud de esas personas, antes de entrar en su casa, nos estaba ayudando más de lo esperado. Cogí de nuevo el dinero de Jerry, asentí con firmeza y le di las gracias con humildad, prometiendo su devolución, aunque él insistía en que era un regalo.

Abrí la puerta del coche patrulla y desperté a Saya. Se vistió sonámbula, mientras le daba la espalda en el hueco de la puerta. Luego la arropé con la sábana de hospital y no interrumpí más su descanso. Nos montamos en el coche patrulla y antes de iniciar la marcha Jerry me miró con atención, sin miedo, pero con los ojos sembrados de duda. Y así se quedarían por siempre, porque mi existencia y mis reservas nunca han sido expuestas. Arrancó sin hacer preguntas.

—Deduzco que no sois de aquí. ¿Quieres que os acerque a la estación de autobuses?

—Más tarde; primero necesito contactar con tu ángel de la guarda. —Se lo dije como si fuera lo más natural del mundo.

—¿Mi qué? Perdona, pero no te he entendido.

—Verás, Jerry. No te quiero alarmar. La razón por la que estoy contigo ahora mismo y no me he marchado del hospital sin que te dieras cuenta es simple. Estás en peligro. O eso creo, no estoy seguro del todo. —Jerry tragó su saliva como si fuera algo sólido.

Cuando le vi leyendo en el hospital, antes siquiera de acercarme al pasillo, pude ver un pequeño grupo de guardianes en torno a él, pero se esfumaron de golpe, no hubo tiempo de contactar con ellos y tampoco sabía si aparecerían de nuevo. Pero quería intentarlo.

En ocasiones, los que dan su vida por proteger y servir a los demás también necesitan ser protegidos; yo soy el vivo retrato de esa premisa. El tiempo transcurría en el coche patrulla y nuestra relación se enfriaba mientras circulábamos sin un rumbo fijo por la ciudad. Él no hacía preguntas y yo tampoco pretendía darle explicaciones, aunque una nube de impaciencia flotaba en el interior del coche. Solo la estática de su emisora y la voz de algún convoy de camioneros por la autopista nos distraían de ese voluntario silencio.

Justo en el mismo momento en que vi algo por el rabillo del ojo, Jerry se animó a decirme unas palabras.

—Llevo tiempo preocupado por algo, pero no soy capaz de averiguar qué es, una especie de presagio.

—¡Detén el vehículo, Jerry! Ya está aquí. La espera ha merecido la pena.

Y me bajé del coche rápidamente. Corrí hasta la esquina donde lo había visto, y un guardián, especialmente alto, se mantenía inmóvil frente a un local. Sus alargados brazos y su penetrante oscuridad contrastaban con la luz sobre la neblina reinante.

Jerry llegó hasta mí caminando pausado, como si algo le atenazara. Igual se preguntaba el porqué de una jornada tan inquietante. O quizá se cuestionaba si quería o no saber más. Al llegar a mi altura, se miró las manos por ambos lados y contrajo los puños varias veces, en un intento por destensar su musculatura.

—Eso que sientes en tu cuerpo es la fuerza que te entrega la mera presencia de tu ángel de la guarda. No te librarás de esa increíble energía hasta que no se haya marchado.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —Lo preguntó como si pudiera expresar voluntad dentro de un sueño.

—Yo no tengo la respuesta a tu pregunta, pero sí sé que el tiempo corre en nuestra contra.

—Es que yo no sé nada de guardas. ¡No entiendo nada! —Una frustración emergía de él.

—Es tu ángel custodio, todos tenemos uno, y es el que nos protege a diario de tantos peligros, si así lo entiendes mejor. —Atajé la conversación para centrarme en el guardián. Pero la explicación le produjo más nerviosismo escéptico.

—Pero yo no soy creyente —replicó, quejoso con el universo.

—Tus creencias no modificarán la realidad, solo tu capacidad de comprensión.

El guardián dio unos pasos hacia delante y su voz eclipsó mi atención de cualquier otro sonido.

—Me está pidiendo que guardes silencio. Que te calmes. Dice que luego en casa podrás relajarte en tu mecedora, pero que ahora saques un bolígrafo y la libreta del interior de tu chaqueta, y no pierdas detalle de lo que te va a transmitir, tu vida depende de ello. Afirma que ha instado a El Orden para que coincidieses conmigo. Que tampoco deberías estar trabajando hoy.

—¿Cómo sabes lo de Robert? ¿Qué clase de brujería es esta?

Dio unos asustadizos pasos atrás. El guardián avanzó hacia él y posó la mano en su cabeza. Todo su lenguaje corporal cambió de súbito. Sus manos se destensaron y sus hombros se relajaron. La oscura silueta alargada retrocedió a su posición original con sus brazos paralelos a las piernas, taponando de nuevo la potente luz de la farola anclada a la fachada.

—¿Estás más tranquilo, Jerry? ¿Lo has sentido? —Procuré que mi voz fuera lo más afectiva posible.

—Esta paz que acabo de sentir yo ya la he vivido antes. En mis sueños, antes de dedicarme a esto. —Y miró la estrella brillante de metal que colgaba en su pecho—. ¿Qué está pasando?

De pronto, sus ojos me parecieron más profundos y su postura agarrada por el tenaz puño del miedo.

—No hay tiempo para explicaciones. Saca la libreta, Jerry. Te aseguro que es importante. Ya tendrás tiempo para pensar.

El guardián dirigió su mirada hacia mí y me dedicó un ligero gesto afirmativo que interpreté como gratitud. Seguidamente, alzó su brazo izquierdo y señaló el pequeño edificio blanco, de tejado a cuatro aguas ribeteado en rojo, y cuyo cartel rezaba Raymond Federal Bank. Y comencé a calcar para Jerry cada palabra que transmitía la oscura y alargada sombra que ante mí se manifestaba.

—Aquí ocurrirá, el 17 de este mes, a las trece horas con cincuenta minutos. Es tu obligación salvar la vida de quien podría perecer. El futuro no está escrito, se ramifica y es de dirección única. No se puede corregir, pero se puede reconducir, y por ello la anticipación es determinante.

—Ese día trabajo. Estaré a la altura, no defraudaré.

Su entusiasmo había sobregirado, radiaba motivación vocacional innata, decidido y predispuesto; era obvio que su trabajo era su pasión.

—Deberás cogerte el día libre —aclaró tajante el guardián, y una mueca indescriptible desfiguró el ilusionado rostro de Jerry.

Inmediatamente, dio un paso hacia mí, con aires de protesta. Giré el rostro mirando al suelo, le ordené detenerse con un ademán de la mano, y me centré únicamente en trasladarle el mensaje.

—Cogerás el día libre. Y con antelación, acudirás a la casa de tu primo Collin. Le pedirás la silla de ruedas que guarda en el sótano. La que usaba su difunta madre. La familia Wilson, que vive en la calle Trece con Blake, la necesita para su hijo. Tu primo te la dará sin objetar y, cuando acabe todo, se la llevarás al pequeño.

La cara de Jerry sufría extrañas metamorfosis. Su boca, literalmente abierta, denotaba el espeluznante asombro de una persona puramente pragmática. El paso de la edad y un empleo tan objetivo e imparcial habían mermado la cantidad de pensamiento mágico que cada persona almacena desde la infancia.

—¿Cómo sabes eso? —replicó de viva voz, como si le estuviera hablando a un sospechoso.

—No interrumpas, Jerry, y no pares de apuntar. —Atajé su reprimenda con calma, y continué trasladando el mensaje—: Diez minutos antes de la hora anunciada pasarás al banco empujando la silla de ruedas y te dirigirás a esta esquina. —Señalé la indicada —. Nadie reparará en tu presencia. Necesitarás tu arma de dotación, tu pistola Taser, unos lazos, unos grilletes, un babero, una manta, y el chaleco puesto por dentro.

Jerry escribía con rapidez. Parecía concentrado, le empezaba a gustar lo que escuchaba, porque una indeleble y pícara sonrisa paralizaba sus labios y arrugaba el borde de sus párpados. Se alumbraba en él un toque de locura domada; podía olerse la emocionante ilusión de un suicida altruista. El ansia de combatir la injusticia. Ahora el desconcertado era yo, daba que pensar. Mucho que pensar.

—Un momento, por favor, repítelo un poco más despacio —le dije al guardián, cuyas palabras aceleradas y guturales resonaban en mi mente con un eco casi perturbador. Se silenció un momento y prosiguió más pausado.

—Dos varones, caucásicos, estatura media, complexión fuerte. Uno de ellos esperará en el exterior con el vehículo arrancado; este último armado con una chata que descansará en el asiento del acompañante; el otro oculta su rostro y porta arma automática, ambos con disciplina y entrenamiento militar. Debes hacerlo solo, de otro modo alguien morirá.

El guardián hizo un largo parón y comenzó a desvanecerse, dejando pasar la luz urbana a través de él.

—Suerte —añadió, con voz de despedida.

—No te vayas. ¡Espera! —grité con mi propia voz en medio de esa noche ambientada por la niebla y el silbido de los grillos. La sombra se recompuso, espesando su

oscuridad de nuevo. —Muéstramelo. Quiero ver lo que ocurrirá —le solicité con el pensamiento, esta vez discreto, para que Jerry no lo supiera.

—Le he dicho justo lo que necesita saber, el resto debe improvisarlo sobre la marcha.

Otra larga pausa me hizo ser consciente del quejido de mi cuerpo en medio de aquella gélida noche y de cómo un incontrolable temblor se había apoderado de mi mandíbula causando en mi dentadura un indescifrable código morse. Definitivamente, una camiseta era poco abrigo.

—Te concederé tu petición, pero, como ya sabes, nada de ello podrás revelarle, porque, de lo contrario, la fatalidad hallará el camino hasta él.

—Nada me disgustaría más.

Y Jerry observaba mi aterida y silenciosa soledad. Me miraba fijamente y luego agachaba la cabeza para repasar las notas que tan apresuradamente había tomado, acostumbrado ya a desenmarañar su propia letra todos los días, tras el *briefing* de rigor.

Allí de pie, retemblando de frío e ignorándolo a la vez, desconecté del presente. El guardián estaba compartiendo conmigo su capacidad de percepción. Todo iba rápido y lento al mismo tiempo, meridianamente claro, como si de pronto mis ojos se hubiesen multiplicado y pudiera ver todo en un ángulo de trescientos sesenta grados. Los olores, el aire mecido por el viento, la caricia cálida de los rayos del sol, el sonido de cada pájaro, el teclear de las máquinas de escribir, las voces difuminadas en el interior del banco. Cada uno de los detalles tenía protagonismo, y entonces la escena comenzó a fluir delante de mí, nítida como un sueño realista en el que no puedes ni plantearte o siquiera imaginar que estás dormido.

Jerry empujaba la silla de ruedas. En el asiento reposaba una manta, y sobre esta, un delantal de cocina. Sentía su estrés, la ansiedad alarmante que a todos nos pone sobre aviso antes del inminente peligro. Abrió la puerta del banco, y por un instante eterno se quedó en el umbral, sujetándola con el pie derecho y contemplando todo el interior, no indeciso, sino preocupado, como si hiciera algo incorrecto y temiera ser descubierto. Lo irónico era que, tal y como le adelantó el guardián, nadie reparó en su presencia, ni para ayudarle ni para observarle.

Invisible a la atención ajena. La puerta retumbó al soltarla y Jerry se detuvo encogiendo el cuello. Pero todos los clientes aguardaban su turno, o estaban apoyados sobre una repisa frente al mostrador, rellenando infinitos formularios autocopiativos. Las trabajadoras se refugiaban tras un grueso cristal, únicamente conectado a los clientes por una pequeña abertura circular, por donde un par de centímetros de aire permitía pasar las palabras de un lado a otro, y una hendidura cóncava recubierta de metal en el mostrador traspasaba el dinero de dentro afuera y viceversa, puliendo tanto la superficie cromada que los billetes flotaban al pasar levitando por el brillo.

Gente mayor y mujeres, algunas con niños, predominaban entre la clientela. Un hombre con traje y corbata deambulaba por el interior de la pecera. Parecía demasiado ensimismado como para reparar en que Jerry había clavado sus ojos en él. Se adivinaba fácilmente que era el director del banco; desprendía ese característico y arrogante aire de grandeza. Pero eso no le importaba a Jerry; él solo se cuestionaba que, de ser cierta su misión, por qué nadie más era capaz de advertir el desastre. Por qué lo vaticinó un extraño, a una semana vista, y sin verse implicado.

Paralizado en sus pensamientos, la duda invadió su mente, y por un momento miró al

cristal y vio el nebuloso reflejo de su propia imagen agarrado a la silla de ruedas, y se dijo a sí mismo: «Estoy aquí para ejercer mi profesión. Protegeré este lugar. Soy policía». Y alzó la mirada a la enorme cámara de vigilancia que escrutaba indiferente los movimientos de los presentes, y un sofocón de ridículo le atormentó por una fracción de segundo. Pero entonces se repuso, sacudió su cabeza con un gesto más parecido a un tic que a algo calculado y se colocó en la esquina que el muchacho le había indicado. Curiosamente, la misma donde la cámara rotaba suavemente como un péndulo ralentizado. El único punto ciego.

Puso el freno a la silla de ruedas y miró su reloj; desconocía la hora exacta en que ocurriría todo y si sería cierto; miró la manta, el babero y después en derredor. Nada fuera de lo normal. Entonces un hombre mayor con bigote abrió la puerta del banco con fuerza, y la puerta rebotó tras él. El corazón de Jerry se aceleró, esperando lo peor, pero aquel señor no levantaba la vista de su cartilla y como un autómata se colocaba en una fila de personas interrogando quién era el último.

Recuerdo preguntarme cómo podría ocurrir algo terrible en un día tan soleado. La luz del sol se colaba por las ventanas rebotando en el blanquecino suelo de mármol, revelando la tímida existencia de cada mota de polvo en suspensión, al tiempo que confería solidez y cuerpo a todo aquel alarde de luminosidad. Jerry vigilaba cada movimiento y, aunque vestía de calle, su actitud era totalmente policial, pero nadie se había dado cuenta de eso.

Un hombre junto a una silla de ruedas era alguien poco llamativo. Se había prometido a sí mismo que se quedaría hasta el cierre, aunque con ello tuviera que irse de allí con el ardor del estafado. Nadie más que él sabría de su vergüenza, y eso alivió sus temores. Reconoció que nada tenía que perder, a excepción de su tiempo y una loca promesa.

Quizá un día, entre risas y cervezas, contaría que fue engañado por un joven ilusionista. Irremediablemente, el tiempo seguía diluyéndose, y las trabajadoras miraban aún con más frecuencia e inquieta ansia el enorme reloj de porcelana que tenían enfrente. El verdadero mandamás y carcelero que atenazaba su libertad.

Algo sacó a Jerry de su reciente rutina observadora. Creo que, bueno, estoy convencido de que pudo percibir su presencia. Lo noté en sus ojos. Sus pupilas se habían expandido de tal forma que su iris parecía envuelto en un cristal impoluto y traslúcido. Habían llegado los guardianes. Siete u ocho, no los conté, pero eran más de los que cualquier persona corriente hubiera concentrado antes.

La maquinaria de supervivencia de Jerry se puso en marcha; sin embargo, él no se alteró. No perdió la calma. El descontrol pasó de largo sin ser visto. Se asomó lentamente por la ventana, sin movimientos bruscos. Un Jeep oscuro aparcaba suavemente frente a la entrada del banco y un hombre recio, de aspecto ágil y musculado, plantó sobre el asfalto su pie calzado con una bota militar. Jerry echaba mano a su pistola de dotación, y por lo bajo maldecía la veracidad de los augurios al ver el rostro de ese hombre oculto por un casco negro, pero, sobre todo, por el fusil que sostenía en su regazo.

Instantáneamente, se fijó en que su jersey hacía unas arrugas muy familiares. Aquel hombre llevaba puesto un chaleco antibalas. Entonces Jerry cambió de opinión, guardó la pistola en la funda de su cadera y por detrás de la hebilla de su cinturón extrajo la

pistola Taser. Su guardián se posicionó tras él y le habló pausado. Él escucharía aquella potente voz como un eco de sus propias ideas, pero aun habiéndolo sospechado, tampoco era el momento de cuestionarse su voz interior.

Miró la silla de ruedas, la manta y el babero, y comprendió lo que debía hacer. Sus ojos retornaron por un momento al interior del vehículo. Los reflejos del soleado día le impedían ver con claridad el interior, pero en un momento dado todo se volvió cristalino y pudo observar a otro hombre al volante. De mandíbula afilada y conducta nerviosa, una gorra de béisbol escondía sus ojos y sus manos percutían el volante con un ritmo acompasado de tambor que denotaba su inquietud por que todo acabara pronto. Las señales del miedo, se dijo a sí mismo Jerry.

Cuando el atracador entró en el banco, ocurrió todo lo contrario al momento en que lo hizo Jerry. Por alguna extraña razón, los clientes y empleados percibieron el peligro, girándose todos prácticamente al unísono. Y si, por si acaso no les hubiera quedado clara su intuición, lo primero que hizo fue demostrar que aquello iba muy en serio, y lo resolvió con una ráfaga de disparos.

La gruesa cristalera quedó hecha añicos, y el efecto del retroceso también dejó en el techo una amenazante línea de agujeros oscuros. El silencio más absoluto se apoderó del lugar. El atracador fusionó la culata del fusil, todavía humeante, con su hombro derecho, y Jerry pudo ver cómo cambiaba la pestaña del selector de ráfaga a tiro selectivo. Solo se oían sus lentos y cortos pasos sobre los cristales mientras paseaba el cañón por todos y cada uno de los clientes y empleados. Hasta los niños se quedaron petrificados.

—¡Todo el mundo al suelo, ya! —Y obedecieron como un ejército disciplinado—. ¡Tú no, gordita! A ti te quiero metiendo la pasta en esta bolsa, y lo vas a hacer más deprisa que si estuvieras en un concurso de comer pasteles. ¿Te ha quedado claro? —Su timbre de voz sonaba distorsionado desde el interior del casco.

—¿Alguno va a darme problemas? —gritaba enloquecido, y lo repetía, escrutando nuevamente los clientes y trabajadores, cerciorándose de que habían acatado sus órdenes; todos menos uno, que había ignorado el tácito contrato de vida o muerte.

El fusil del atracador se detuvo señalando con su cañón a la única persona que había desoído la orden y permanecía sin echarse al suelo. Pero pronto dejó de prestar su atención a ese hombre sentado en una silla de ruedas, tapado con una manta marrón y cubierto por un delantal que evitaba que sus babas le mancharan la ropa.

Su boca abierta rezumaba una mezcla de saliva y de aire que se transformaba en unas pompas blanquecinas resecas. Sus ojos estaban desviados del contexto, perdidos en el infinito, y creo que un fugaz y engañoso pensamiento de compasión correteó dentro de ese casco negro. Una breve reflexión interior desconcertó a Jerry, que desconocía los designios que le deparaban a continuación, y se preguntaba a sí mismo qué clase de retorcido plan había trazado para él su ángel de la guarda.

El caso es que estaba funcionando y, de pronto, se vio fortalecido por una inyección de valentía. Justo en ese momento fue consciente de que no estaba solo. Que todo aquello era cierto. Que alguien o algo de otro mundo había programado ayudarle, se lo había anunciado y lo estaban llevando a cabo juntos. Y se sentía protegido por el incorrupto e inquebrantable sentido del bien.

El atracador conservaba la disciplina y el orden propio del entrenamiento castrense.

Jerry buscaba el momento apropiado. Parecía que no llegaría, que se marcharía de allí con el botín en presencia de un policía. Como un destello, se imaginó a sí mismo dando explicaciones del por qué fingió ser un minusválido y no hizo nada para evitar el atraco. Un desagradable ardor correteó por su estómago durante un segundo, y entonces volvió su mirada al atracador y se concentró de nuevo, alejando de sí ese pensamiento.

Paradójicamente, la oportunidad llegó del modo más inesperado. El atracador paseaba entre los clientes sin quitar el ojo de encima a los empleados; vigilaba que a ninguno de ellos se le ocurriera una tontería e hiciera saltar la alarma del banco. Lo que el atracador desconocía es que el pulsador se alcanzaba con el pie desde el mostrador y la misma empleada objeto de su burla, solo por sed de venganza justa y harta de soportar desde niña ese tipo de comentarios, pulsó varias veces la alarma silenciosa.

De no haber recibido tal vejación, hubiera esperado a que se marchara y no habría corrido riesgos innecesarios, porque al fin y al cabo no se trataba de su dinero. Pero ese detalle no lo sabían ni Jerry ni el atracador.

De haber estado Jerry de servicio, habría ido volando como un rayo hasta el banco, porque su experiencia le habría dictado que con toda probabilidad sería una alarma real aprovechando el relevo policial y la hora del cierre para los clientes. Pero aquel día él se había cogido el día libre, como le habían dicho, para estar allí de esa guisa, y en su lugar otro veterano agente de policía, a punto de jubilarse, al que apodaban cariñosamente el Comandante, maldecía su suerte por tener que abrocharse de nuevo las botas y acudir a una falsa alarma.

Entonces, en uno de esos viajes entre cuerpos tumbados al raso, el atracador volvió a pasear su desafiante mirada sobre Jerry, le observó durante unos tres segundos, mascando chicle. El cañón de su fusil apuntaba al pecho de Jerry, y entonces pensó que era el momento, porque de ocurrir un disparo accidental solo él se vería afectado. Levantó la barbilla de su teatral pose cabizbaja y se destapó de la manta. Jerry no era estúpido y sabía que, si disparaba primero su Taser, el atracador no lograría introducir el dedo en el guardamonte y pulsar el gatillo.

Disparó a las piernas, y los ojos tras la visera entreabierta se quedaron mirándole fijamente, sin pestañear, inundados de incredulidad, sorpresa e incomprensión. Tardó unos segundos en caer al suelo a plomo entre espasmos inquietantes. Jerry se apresuró a identificarse como policía entre todos los presentes y a exigir que ninguno de ellos saliera a la calle porque había otro atracador, mientras recogía el fusil y lo cacheaba rápidamente.

Encontró un machete en su tobillo derecho y lo lanzó por detrás de la silla de ruedas mientras insistía en que nadie saliera del establecimiento y que mantuvieran la calma. Jerry arrastró el cuerpo hasta una cilíndrica columna ornamentada que había en medio de todo aquel espacio abierto. Ese hombre debía de pesar un quintal y el estado de pánico de todos los presentes les impedía ser algo más que meros espectadores.

Jerry logró llevarlo hasta la columna, sentarlo y colocarle las esposas a la espalda, quedando unido al elemento fijo. Cogió algo de aire y miró a la calle donde el cómplice conductor tenía el rostro desencajado, moviendo la cabeza en todas direcciones por la impaciencia, o porque una llamada en su interior le hacía intuir que algo no iba del todo bien. De modo que a Jerry le dio la impresión de que la espera se le estaba haciendo eterna. Debía actuar con rapidez, o corría el riesgo de que finalmente el conductor

entrara en el banco y se desatara el inevitable enfrentamiento armado.

«Piensa, piensa, piensa», se decía a sí mismo, y maldecía que, ya puestos, podrían haberle dado más información. Corrigió el rumbo de sus ideas y de nuevo se centró en encontrar la solución. Sus desviados pensamientos le impedían escuchar la voz de su guardián, que en su mente brotaría de nuevo como una genial ocurrencia, loca.

Pero que podría funcionar.

CAPÍTULO 40. **EL MENSAJE**

- *CIUDAD DE RAYMOND, WASHINGTON, AÑO 1996*

Retiró el casco del atracador, y la imagen que vio no pudo resultarle más paradójica y sarcástica. Tenía la mirada perdida en ninguna parte, y de la comisura del labio derecho le caía un hilo transparente de saliva. Había surtido en él los mismos efectos que el *electroshock* en las películas de psiquiátricos. Jerry trazó su plan y se puso el casco, cogió el fusil, y al llegar al mostrador le pidió la bolsa negra del dinero a la empleada con sobrepeso.

Ella se la entregó con una mezcla de miedo y de rencor. Jerry la cogió diligente, pero entonces se detuvo un instante y se volvió hacia la empleada, levantó la visera y le clavó su mirada. En su oficio había tenido que lidiar muchas veces con el odio, y eso era algo que no llevaba nada bien. Aquella mujer estaba confusa por la galopante acidez de su rabia.

—Estoy aquí para protegerte, soy policía. Esto es solo una estrategia. No lo olvides.

De un golpe se bajó la visera y dio el asunto por zanjado. Jerry cargó la bolsa al hombro y se detuvo antes de salir por la puerta, comprobó el fusil, la munición restante y colocó el selector de disparo en ráfaga. Por si acaso, dejó desabrochado el corchete de la funda de su pistola, cogió aire, oprimido por el chaleco antibalas, y caminó hacia el coche que había en el exterior.

Los rayos del sol iluminaban el día con un brillo veraniego que creaba la falsa ilusión de que la calle era más extensa. El cómplice conductor no hacía más que gestos con la mano para que Jerry aumentara el ritmo; solo centró su atención en la bolsa del dinero, el fusil y el casco negro, y no cayó en la cuenta de que el resto de la vestimenta de su compinche había cambiado, y que Jerry le apuntaba sin parpadear desde que había cruzado la puerta.

El cerebro del policía procesaba toda la información como una computadora bien engrasada. Años y años de entrenamiento mental y patrulla habían convertido al agente en un virtuoso analista del peligro. En un instante localizó la culata de un arma junto a las rodillas del agitado conductor, que insistía en que se diera prisa con una mano en el volante y la otra agitándola en el aire, propulsando sus repetitivas palabras.

Entonces el atracador detuvo su mano y miró fijamente el extraño comportamiento, algo aletargado, de esa persona que tenía delante. Fue algo destellante, como si hubiera tenido una repentina revelación. Ese tipo de comportamiento me resultó muy familiar por experiencias pasadas. Le habían dado el soplo y el guardián lo corroboró con una afirmación que hubiera escuchado desde dos kilómetros: «¡Lo sabe!».

Era eso, los rojizos le habían advertido de la emboscada. Pero curiosamente yo no podía verlos tampoco, porque aquella visión era la precognición del guardián. Jerry disparó una larga ráfaga de proyectiles a la rueda delantera del lado del copiloto. El neumático estalló haciendo descender ese lado del coche más de un palmo, pero antes

de que la llanta tocara el suelo el fusil ya estaba orientado hacia la cabeza con gorra del interior del vehículo. Jerry se paseó por delante del Jeep sin dejar de enrasar la mira de su objetivo, cruzando sus pies en unos pasos laterales tan suaves que el cañón no se movía ni un ápice del blanco.

—¡Policía de Raymond! ¡Salga del vehículo sin abrir la puerta!

La ventanilla estaba totalmente bajada, y el conductor no obedecía, pero tampoco hacía ningún movimiento extraño, solo se limitaba a mirar fijamente a los ojos de Jerry, que con el sol se distinguían perfectamente tras la pantalla oscurecida del casco.

—¡Salga por el hueco de la ventanilla con las manos por delante! ¡No se lo voy a repetir!

Pero el conductor, cuyos pelos largos y desaliñados sobresalían por los bordes de la gorra, no dejaba de mirarle fijamente, apretando sus labios medio tapados por una espesa alfombra de barba, y no obedecía. A Jerry se le acababan las ideas. Un huracán de pensamientos atormentaba su mente, que se debatía entre el deber de proteger la vida de toda persona y el conflicto de salvaguardar la suya propia.

Era un choque de filosofías y el atracador jugaba con ventaja, porque el militar está entrenado para «neutralizar» al enemigo sin dudar, pero el policía debe siempre calcular y seleccionar el mal menor, aunque con ello ponga en grave riesgo su existencia. Así de cruda era la naturaleza de su oficio.

El problema era que, aunque el coche tenía una rueda en el suelo, seguía arrancando y con la directa metida, así que el atracador, sin separar las manos de la parte superior del volante, a la vista de Jerry, soltó el freno de servicio y el coche comenzó a moverse suavemente hacia delante, sosteniéndose ambos la mirada durante los primeros centímetros.

—¡Alto!

Fue la última orden que le escuché dar antes de que el guardián decidiera que ya era bastante, y la visión se esfumó como se diluye un sueño en el recuerdo. Después, la oscura, antropomorfa e inquietante sombra que resplandecía de negrura tras el resplandor de la farola hizo un gesto de adiós, permitiendo el paso de la luz de la misma, marchándose con una frase final flotando en la noche, algo que solo yo pude escuchar: «No hay nada escrito».

No tuve tiempo ni de protestar ni de suplicar. Se marchó como suelen hacer, dejándome a medias. Ellos saben bien lo que se hace, o eso quería pensar.

¿Hasta qué punto la vida está dirigida por un destino?, me pregunté a mí mismo, dejando aquella cuestión en mi mente como quien sale de casa y se ha olvidado la luz encendida, la ve desde la calle y piensa: «Volveré pronto para apagarla». Lo cierto es que todavía no tengo la respuesta. No encuentro el interruptor de esa lámpara. Y otra inquietud preocupante cuestionaba la exigencia del guardián por llevar puesto el chaleco antibalas.

—¿Qué más ha dicho? —inquirió Jerry con inocentes malos modos.

—Ya sabes todo lo que debes saber. Se ha marchado. Eso es todo.

Con el ajetreo del guardián, me había olvidado de Saya, pero un movimiento atisbado por el rabillo del ojo hizo que reparase en ella. Me dirigí a la parte trasera del coche y la vi resoplando de molestias, retirándose el pelo hacia atrás en un torpe esfuerzo por adecentar su imagen. Procuraba ganarle el pulso a la duermevela. Luchaba por ser

fuerte. Por ser dueña de sí misma. Abrí la puerta del coche y nos miramos en una conversación sin palabras que duró varios segundos.

—Estoy bien. Ya sé que no me lo quieres preguntar, pero lo quieres saber. Estoy bien. —Y se removió incómoda en el asiento—. Pueden volver en cualquier momento. Debo alejarme de aquí.

—Me quedaré contigo hasta que hayas puesto tierra de por medio. —Su expresión iba más lejos del miedo, sostenía sobre sus hombros la reciente carga del fugitivo y en su cabeza el rescoldo de la traición—. Te protegeré hasta que estés segura. Sé que te sientes vulnerable. Frágil. Dubitativa por el rumbo que has tomado. Personalmente, creo que ahora tienes una oportunidad, y depende única y exclusivamente de ti.

Se retiró el cabello liso, rubio y rebelde del rostro con ese aire de quien ha perdido el hilo de una conversación y calla por vergüenza.

—Ya sé que no me lo quieres preguntar, pero lo quieres saber. —Y por primera vez le dediqué una breve sonrisa—. Tienes la oportunidad de atesorar un guardián. Uno de ellos se ha interesado en cuidar de ti; eso significa que, si ayudas a otros y no te desvías, perderás rápidamente esa impresión de fragilidad que tienes de ti misma. Te harás realmente fuerte e inquebrantable, y tendrás miedo, por supuesto, lo contrario sería una temeridad; pero nunca estarás sola, aunque sientas la más oscura y penetrante soledad.

Jerry se acercó a la puerta del conductor, echando un vistazo rápido a Saya.

—¿Es como tú? —me preguntó sin pensarlo demasiado.

—No exactamente. Ella es muy especial. Sus conocimientos e inteligencia pueden ser abrumadores en este mundo. Es alguien valiente.

Jerry puso cara de póker, de no entender nada, pero los ojos de Saya se humedecieron hasta que una gota transparente, densa y lenta recorrió el contorno de su mejilla.

—Os dejaré en la estación. Está abierta las veinticuatro horas y salen autobuses a todas partes. Con lo que os he dado podréis tirar poco tiempo, lo reconozco.

Sus palabras parecían distraídas revisando las anotaciones apresuradas que había recogido. Cerró la libreta, la introdujo en el bolsillo interior de su chaqueta y se preocupó de echar la cremallera para no perderla.

—Gracias por todo, Jerry.

Conducía despacio, y la niebla, lejos de disiparse, había cogido más cuerpo. No debíamos andar ya muy lejos de la estación, porque nos cruzamos con un inmenso autobús cuyo cartel rezaba Seattle. En ese momento, desconocía que esa niebla sería la responsable de una llamada urgente para Jerry.

—A todas las unidades. Tenemos un 2-35, en la intersección de…

Jerry encendió las luces giratorias, y toda la calle se alumbró de rojo y azul. Íbamos a toda velocidad, pero el coche no se quejaba ni las ruedas chirriaban. De hecho, me pareció que antes de la llamada todos los elementos crepitaban entre sí, pero ahora estaba en su salsa, como si hubiera sido creado para eso, en su elemento.

En más de una curva pensé que daríamos un salto sobre algún bordillo de la acera. Inexplicablemente, Jerry iba sosegado, acostumbrado de sobra a esa frenética conducción. Con una sonrisa para mis adentros, comprendí por qué aquella noche de fuga, tan lejana y cercana en el tiempo, no pude despegarme de la Guardia Civil.

—Acaba de ocurrir un accidente de tráfico, parece que hay heridos graves. —Su voz se escuchaba reseca y temblante—. Me servirá como excusa por haber abandonado mi puesto en el hospital. Coged el primer autobús, nadie os buscará nunca más. Os ayudaré con eso.

Su rostro se encontraba compungido, atravesándome con sus pupilas profundas, que me parecieron cambiadas, realmente tristes. Su cuerpo estaba a mi lado, pero su mente ya se encontraba en el lugar del accidente. Podía sentir su malestar. Su preocupación por llegar y su hondo deseo por que fuera menos de lo anunciado.

Una veloz conclusión me sobrecogió. Aquel policía y yo no éramos tan distintos, salvo por una cosa. Jerry tenía muy claro cuál era su propósito, su razón de ser, su trabajo no era su identidad, nada de eso. Era un medio para llegar a un fin. Sin embargo, yo llevaba mucho tiempo buceando en arenas movedizas y se me acababa el aire.

—Déjanos aquí mismo, ya veo la estación. Corre a ayudar a esa gente. Recuerda, si es grave estarán allí.

—¿Allí? ¿Quiénes?

Detuvo el vehículo policial y giró el volante para hacer un rápido cambio de sentido.

—Los guardianes. Ellos te guiarán. Solo debes silenciar tu ruido interior.

Salí del coche rápidamente y ayudé también a Saya. Jerry bajó su ventanilla. Ella se tambaleaba a mi lado, la abracé contra mí. Los destellos azules y rojos rellenaban las calles desiertas. Comencé a caminar lentamente con Saya. Se la notaba muy cansada, convaleciente.

Siempre he odiado las despedidas. No las soporto. Yo no tenía nada más que decirle y él, simplemente, creo que se había quedado sin palabras. Ahora estábamos en paz. Mi intuición me dijo que algo ocurría con Jerry, y el contexto me obligó a ser justo con un hombre bueno, y al final resultó que su vida estaba en serio peligro.

Yo seguía sin encontrar el interruptor de esa lámpara que me había dejado encendida al salir de casa.

Las luces seguían girando contra las fachadas, adornando la niebla rasa y opaca. No quise mirar atrás, pero el ronroneo del motor del coche patrulla permanecía al ralentí. Jerry se había quedado bloqueado, mirándome caminar entre luces y sombras. Me detuve con Saya en medio de la calle, y un inesperado arrebato de dolor salió de lo más profundo de mi ser:

—¡Cumple con tu deber! —grité con todas mis fuerzas sin dejar de mirar el lejano cartel de la estación de autobuses.

No sé si se lo dije a él o me lo decía a mí mismo. Saya me miró atenazada. Había empezado a entender más, ahora, que en toda su vida. Ese monstruo de mi interior volvió a meterse despacio en los escondites de mi corazón. Escuché la rodadura en el asfalto y el rugido del motor alejarse a todo gas, y con él los destellantes colores.

De pronto, la calle me pareció más inhóspita y deprimente. Algunas luces de mesilla alumbraron la oscura silueta de los pocos vecinos que sufrían de sueño ligero. Con furtivos ojos curiosos oteaban el exterior en busca de las voces que habían perturbado su descanso. Pronto perdieron el interés. Debieron de pensar que se trataba de una pareja de borrachos y al poco se adentraron, entre penumbras, a sus cálidas y confortables vidas.

Saya tenía más fuerza mental que física, y esa energía era la que le impulsaba con

cada paso que daba. La estación estaba completamente vacía, y en el aire se percibía ese característico olor a gasolina y neumáticos. Las dársenas daban paso a un asfalto abombado por los ires y venires de los autocares.

Tomamos un breve descanso en los verdes y oxidados asientos de la estación. Una máquina expendedora de chicles nos recordaba con ironía nuestro estado de necesidad, algo dulce en la boca nos habría calmado un poco toda la angustia vivida.

La habían puesto estratégicamente delante para despertar el primitivo deseo de azúcar. Saya inclinaba su cabeza hacia atrás y su larga melena rubia barría tímidamente el suelo con cada ligero meneo. Ambos dejamos un espacio entre nosotros. Recuerdo el sonido sordo de la noche, era algo así como un zumbido eléctrico lejano y cercano al mismo tiempo, mirar al cielo empezaba a darme miedo.

Un gato callejero pardo se paseaba ajeno a nuestra presencia, buscando quién sabe qué, y el tiempo seguía pasando lento y el frío se apoderaba de la carne de mis brazos. Saya respiraba ruidosamente, con un chasquido de su lengua contra el paladar. Lo estaba pasando mal. No me alegré de ello, pero seguro que en su memoria quedaría la impronta renovada de la humildad y la empatía humana.

Un ruido lejano me hizo incorporarme en alerta. Llevábamos más de treinta minutos ahí sentados y aquel ruido me pareció musical. Poco después, un enorme autocar plateado entraba por la estación. Llevaba escrito Greyhound bajo un estirado galgo en plena carrera, y los colores de la bandera americana surcaban en infinitas líneas todo el contorno del bus. Las luces interiores se encendieron y un resoplido gigante avisó de que ya había parado. En el frontal un letrero rezaba Portland, y al abrirse las puertas un vendaval de personas recién levantadas suspiraba con timbre de alegría por haber llegado a su destino.

Miré a Saya, aterido por el húmedo frío reinante. Ella parecía esperar mi iniciativa. Me impulsé sobre las rodillas y me levanté con rapidez. Le tendí la mano a Saya, que la miró durante un instante en una silenciosa reflexión interna sobre la bondad y la solidaridad humanas. La cogió con renovadas fuerzas, entrelazando nuestros pulgares como lo harían dos viejos amigos.

Nada más entrar, detrás de Saya, sentí el agradable calor del habitáculo. Saqué los arrugados billetes que Jerry nos dio y pagué nuestro trayecto. Calculé que aún, y con un poco de suerte, podríamos desayunar como es debido cuando hiciéramos una parada. Saya insistió en que me sentara junto a la ventanilla. Por protección me negué, pero ella se empeñó educadamente. Finalmente, cedí sin más.

El autocar encaró la salida y al iniciar la marcha las luces se apagaron, quedando sobre nuestras cabezas una hilera de envolventes y mortecinas luces verdes.

Al poco tiempo, el autobús se alejaba de las luces urbanas y se adentraba en la oscuridad de la carretera. Cientos de árboles iban pasando a mi lado como un rebaño de ovejas saltando una valla. Saya se había hecho un ovillo sobre sí misma en una acrobática postura, quedando sus piernas plegadas encima del asiento y apoyando su cabeza sobre el reposabrazos que daba al pasillo. El sonido del motor, la calefacción, los ronquidos del pasaje, los árboles y el inmenso cansancio acumulado pesaban sobre mis párpados como un elefante recién comido. Miré al cielo para demostrarme a mí mismo que nada volvería a darme miedo, y una preciosa e hipnótica bóveda celeste peleaba por recobrar su protagonismo entre las brumas dispersas.

En menos de lo que me pareció un instante, abrí los ojos con dificultad. No quería despertar, solo cambiar de postura, pero entonces me sobresalté, como si en una fracción de segundo hubiera recuperado toda la memoria y hasta ese momento anterior no supiera ni quién era ni dónde estaba. El sol brillaba con fuerza y maldije furioso por no haber estado alerta. Por caer nocaut como un lirón y dormirme como un tronco. Pero lo peor no era eso.

Torné la cabeza en busca de Saya y en su lugar una señora de color con sobrepeso hacía ganchillo a mi lado. No tuve más remedio que llevarme las manos a la cabeza y echarme el pelo, demasiado largo ya, hacia atrás. Me levanté como un resorte, adormilado y en pánico, tan rápido que me golpeé con el portaequipajes superior, rebuscando con la vista borrosa entre los presentes.

—Por favor, señora, déjeme pasar. —Mi tono desesperado no surtió el efecto deseado y la señora recogía toda su parafernalia con parsimonia eterna.

Finalmente, me hice camino por el pasillo revisando aceleradamente todas y cada una de las butacas. Saya no estaba ahí. Me senté derrotado en la última fila, bajo la mirada indiscreta y prejuiciosa de algunos viajeros.

Volví a llevarme las manos a la cabeza, sin poder entender cómo me había quedado tan profundamente dormido. Respiré hondo para sosegarme. Definitivamente, había sido un mal despertar. Otro de tantos. Apoyé las manos sobre mis rodillas y un tatuaje inmenso me cubría toda la parte interna del antebrazo derecho. Yo no salía de mi asombro. Miré a ambos lados, en un ritual ya interiorizado de seguridad paranoide, y leí las palabras escritas con bolígrafo sobre mi piel: «Gracias por todo. Estoy en deuda contigo. Escóndete bien o prepárate para la guerra. Vendrán a por ti. Eres demasiado valioso para ellos. Decidas lo que decidas, te esperaré bajo la Estatua de la Libertad, a la hora exacta del solsticio de invierno. Necesitarás mi ayuda».

Me eché a reír en voz alta, confirmando los peores presagios de los viajeros más asustadizos. El mensaje era preocupante, pero básicamente me importaba poco en ese momento. Toda mi obsesión se centró en averiguar cómo había sido posible que me escribiera eso en el brazo y se marchara sin enterarme de nada. «Han debido de abducirme», se me ocurrió. Y ese absurdo pensamiento fue lo que me hizo reír. Pero pronto se me borró la sonrisa, recuperando otra vez el semblante de la frialdad.

Escóndete bien o prepárate para la guerra.

Ninguna de esas opciones estaba en mis planes. Ninguna.

CAPÍTULO 41. **CHAMBRES**

- *PORTLAND, OREGÓN, NOVIEMBRE DE 1996*

Pude ver que el autobús cruzaba un río ancho y caudaloso. Llevábamos cierto tiempo atravesando la ciudad, pero al pasar por ese puente los viajeros comenzaron a removerse en sus asientos, reagrupando sus pertenencias, impacientes por llegar. Yo, en cambio, no tenía ninguna prisa. Nadie me esperaba allí, ni tenía adónde ir ni pertenencias que remolcar.

La estación de autobuses exhibía un enorme cartel, azul y gris, con el mismo perro flacucho estirado. Como en tantas otras ciudades, la estación se veía inundada de personas con el perfil más variopinto. Desde indigentes y drogadictos que pugnaban en una silenciosa guerra territorial hasta elegantes hombres y mujeres de falso aspecto ejecutivo. Una patrulla de policías sondeaba con afilada mirada de caza a todos los viajeros, buscando. Pasé a su lado y les di los buenos días sin detener el paso. Recibí por su parte un indescriptible sonido ronco, improvisado, que sonó como un carraspeo.

Me puse a caminar respirando en el aire el inconfundible olor a río. Según andaba, saqué todo el dinero que llevaba en el bolsillo, no llegaba a diez dólares, y entonces me dije a mí mismo que por poco que fuese era mucho más de lo que tenía Saya. Una pequeña preocupación me invadió por ella, aunque rápido deseché mis temores; se las apañaría bien. Distraído en mis pensamientos, una voz ruda que parecía hablarme me devolvió a la realidad que había dejado en segundo plano.

—Eh, ¿quieres ganarte unos pavos para tu pequeña colección? —me gritó el conductor de un camión ligero con caja, de esos que se cierran con una persiana.

—¿Hablas conmigo? —pregunté, extrañado, aunque no había nadie más ahí.

—Pues claro, ¿con quién si no? —aclaró con un tono cantarín.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó el superviviente que había en mí.

—Nueve cajas de madera, de unos cien kilos. Hay que meterlas en el sótano de aquella galería de arte. Si me echas un cable, te doy cincuenta pavos.

Le miré con atención unos segundos, observándole.

—Si añades una hamburguesa y un refresco a tu oferta, tenemos trato.

Y dirigí la mirada a un establecimiento de comida rápida que había allí mismo. En un par de horas terminamos el trabajo. Le ayudé a recoger el camión, y entonces me pagó, me dio sesenta dólares, y me dijo que tenía prisa, que con eso me llegaría de sobra para la hamburguesa y el refresco.

Me di un buen homenaje. Tenía tanta hambre que pedí dos hamburguesas bien grandes, con patatas y bebida gigante. Y me quedé allí sentado, observando al resto de las personas. Había de todo: familias con niños traviesos, gente joven, alguna trabajadora de uniforme, una pareja de personas trajeadas, y luego, en el reflejo del mamparo de cristal, junto a mí, estaba yo, un muchacho corriente, inexpresivo y solitario, con extrañas heridas mal curadas, camiseta limpia y pelos desaliñados.

Recorrí las calles caminando sin un rumbo fijo, y pronto empezó a caer la noche. No conocía aquella ciudad, pero un cartel como de otra época me llamó la atención. Era azul con letras blancas, pequeño y discreto, pero bien iluminado; decía Chambres. Estaba instalado en un estrecho edificio de ladrillo rojo oscuro.

Timbré con fuerza el botón desgastado de metal que estaba unido a una rejilla negra, y la puerta se abrió con un sonido magnético e intermitente. Una sonriente mujer se resguardaba tras un mostrador de madera noble, muy desgastado. Me miró sin disimulo, aunque su amabilidad no se redujo lo más mínimo.

Tras exponerme varias opciones, finalmente me decidí, como no podía ser de otro modo, por lo más barato. Una habitación independiente con cama pequeña y baño compartido. Veinte dólares era el precio por noche. Cuando me dio la llave y pasé a la habitación, todo me pareció inmaculado, exageradamente limpio e impoluto, impropio para un hostal austero. Me di una ducha tan larga y caliente que estoy seguro de que solo con ella se gastaron los veinte dólares. Mi cuerpo estuvo expulsando toda la suciedad acumulada, y las heridas recientes escocían cuando las frotaba con el jabón.

Me metí en la cama, que olía a perfumado suavizante, con el estómago todavía lleno. Había olvidado la placentera sensación de estar aseado y limpio, y durante ese tiempo, antes de caer rendido, me sentí tremendamente afortunado.

—Gracias, gracias, gracias —repetí, balbuceando, a quién sabe quién.

Me desperté como una persona nueva. De pronto, me sentía más ligero y fuerte. Descansado. Por la mañana, al salir del hostal, la misma agradable y amable mujer me dio los buenos días. Le pregunté por un buen sitio donde desayunar y me lo indicó sin dejar de sonreír un momento. Se veía que disfrutaba con su trabajo, aunque a vista de cualquiera pudiera ser algo anodino. Intenté corresponderle con otra sonrisa, pero creo que me salió una extraña mueca forzada.

Demasiadas seriedades en mi vida habían desactivado esos músculos.

Ese penetrante y exquisito olor a café despertó mis sentidos; me pedí uno con leche bien cargado y unas tortitas con nata y sirope, la mezcla perfecta de sabor. Me trajeron las vueltas y esas monedas conectaron un repentino pensamiento. Al fondo de la cristalera, un teléfono público de color negro con piezas cromadas y acotado por dos separadores de madera no dejaba de llamarme la atención.

Allí sentado, sin desviar la mirada del teléfono, debía de tener la misma guisa que un perturbado. No dejaba de pensarlo, debía hacer esa llamada. Necesitaba saber cómo estaban mis padres, Kingsley, mis tíos, el padre Damián; pero también sentía la irrefrenable necesidad de llamar al internado y hablar con Claudia, con Paloma.

Me retiraron el plato y aún seguía allí sentado, pensando qué era lo más correcto. Reflexionaba sobre los pros y los contras, y cómo esa llamada pudiera afectar a la seguridad de los míos. Estaba asustado y, aunque las letras pintadas en mi antebrazo ya se habían desvanecido en la ducha, la frase de Saya resonaba en mi cabeza todavía con más fuerza. En aquella época había visto en las películas que, si no permanecías más de veinte segundos en línea, nadie podía localizar la llamada.

Me armé de valor, cogí las monedas y me acerqué al teléfono. Giré la ruleta marcando el prefijo de España y cuando dio la señal marqué el número de casa. Me lo cogió mi madre. Su voz se oía apagada al descolgar.

—Mamá, soy yo. ¿Cómo estáis? —pregunté con naturalidad, sin dejar de contar los

segundos en mi cabeza.

Entonces un huracán de palabras, desengranadas e inconexas, se mezcló en el auricular, todas ellas tintadas de sorpresa, alegría, incredulidad e histeria.

—Hijo, ¿estás bien? ¿Qué te ha pasado? ¿De verdad que eres tú? ¡Gracias a Dios! Debo decírselo a tu padre.

—Mamá, mamá. Mamá, escúchame, por favor, debo colgar en unos segundos. —El silencio se hizo tras el plástico negro, solamente interrumpido por el crepitar alternante de la línea cruzando el océano—. No os preocupéis por mí, estaré bien, ya sé que no es demasiado, que tendréis muchas preguntas, pero no os puedo decir nada más. Un beso muy fuerte a todos. Volveré a llamar. Os quiero.

—¡Espera! Hijo, ¡espera! ¡No cuelgues!

Me separé el auricular del oído con tanto dolor que casi rompo a llorar entre desconocidos y desayunos. Todavía escuchaba la voz de mi madre, desconsolada, implorando alargar un poco más la conversación, pero tuve que colgar. No tenía más remedio. Era peligroso.

Me dirigí a mi mesa de nuevo. Esos pocos metros se me hicieron largos. Me costaba caminar, iba arrastrando los pies, apabullado por el malestar de mi madre. Me dejé caer sobre el asiento acolchado de cuero negro desinflándose suavemente tras mi espalda.

—Otro café, ¿verdad? —preguntó la camarera con cierto destello obligatorio.

Yo estaba un poco aturdido por la reciente y breve conversación, y contesté sin siquiera pensarlo.

—Sí, claro. Bien cargado, como el de antes. Muchas gracias.

Extrajo la cafetera de cristal que sostenía en su mano izquierda sobre la bandeja y rellenó mi taza. Después echó un fino hilo de leche y se marchó a otra mesa. Me quedé mirando los extraños arabescos que formaba la leche sobre el teñido café, más pendiente de centrar mis pensamientos en cualquier otra cosa. Necesitaba eludir la rebujina de emociones que se agitaba en mi interior.

Odiaba ser el causante de cualquier tipo de dolor. Pese a todo, no podía hacer nada más. Si un día me despertara y me diera por contar un solo fragmento de mi historia, no dudo de que alguien la escucharía con atención, probablemente un psiquiatra, y buscaría mi comodidad ofreciéndome a la fuerza una habitación completamente acolchada y una camisa de amor propio. Mientras tanto, era incapaz de enfocar mi atención demasiado, únicamente miraba las curiosas figuras que formaba aquella mezcla de leche sobre café.

Recapacité y me di una especie de palmada a mí mismo sobre la espalda. Yo nunca he sido de preocupaciones; o lo haces o no lo haces, y en cualquier caso el error puede estar presente. Entonces concluí que es mejor equivocarse tomando decisiones que acertar, remotamente, por pura omisión azarosa.

Di un largo sorbo de café; estaba justo en su punto, bien caliente, pero sin llegar a quemar. Degusté todo su sabor sin apartar la imaginación de mi sufrida, luchadora y valiente madre. Sabía que cuando se calmase pensaría y confiaría en mí. Ella sabría que tendría buenas razones para actuar de ese modo, por misteriosas y paranoicas que pudieran sonar.

Me quedé, con la cabeza apoyada contra el cristal, mirando desde el gigante ventanal de la cafetería el incesante trasiego de personas yendo de aquí para allá, todas con

aparentes asuntos vitales que resolver. La urgencia se apoderaba de todos ellos y no parecía concederles tregua.

Miré el tique; el precio del café venía desglosado. Costaba ochenta centavos y, aunque ahorrar se había convertido en algo imperativo, dejé sobre el platillo un dólar con veinte. Le di el último trago a ese estupendo café y al bajar la taza vacía miré los posos pegados en la porcelana.

Una repentina duda me sobrevino al cuestionarme si, tal y como había escuchado tantas veces, su aleatoria disposición tendría algún significado futuro. Desde luego, yo era incapaz de interpretarlos, pero después de todo aquella idea no se me hacía tan ridícula. Los miré durante un rato, posé la taza con delicadeza sobre la mesa y me levanté.

Anduve el pasillo acotado entre las mesas y la barra, esquivando periódicos abiertos y aspavientos de efusivos conversadores que preferían no tomar asiento, o estaban sedientos de afán protagonista. Un mostrador redondeado y repleto de pastelería invitaba a los clientes a llevarse algo antes de salir. Entonces a mi espalda un sonido muy terrenal me heló la sangre. ¡Rin! Un, dos, tres. ¡Rin! Un, dos, tres. ¡Rin! Aun cuando se silenciaba, parecía que seguía rebotando el sonido entre las cristaleras y las paredes.

Mi musculatura se tensó de manera involuntaria; de pronto, la manga de la camiseta me apretaba demasiado el brazo y la espalda. La camarera se deshizo de la bandeja que llevaba adherida a su mano izquierda, sin que fuera necesario para descolgar, pero, al hacerlo, me reveló lo insólito de esa llamada.

Un camarero, que momentos antes parecía hiperactivo, se detuvo a mirar a su compañera. Esta descolgó el teléfono con una lentitud desajustada. Solo nosotros tres nos vimos intrigados por esa llamada, el resto de los clientes seguían a lo suyo.

Leí los labios de la camarera.

—¿Dígame?

Y vi cómo su rostro iba adoptando con cada mensaje un semblante más ambiguo e indescriptible, que a su vez venía acompañado de una palidez repentina. Instintivamente, como llevado sobre una cinta transportadora, me fui abriendo paso de nuevo entre el tumulto.

—¿Cómo sé que no es una broma? —Y unos cortos momentos a la escucha hicieron pasar a su piel del amarillo pálido al blanco nuclear—. ¿Cómo sabe mi nombre? De acuerdo, sí. Creo que está aquí. Un momento.

La camarera me buscó entre el gentío y al contactar nuestras miradas estiró el brazo, tensando el firme y grueso cordón de acero, señalándome sin pestañear con el arqueado cachirulo negro.

El camarero se giró para observarme, intrigado, sin haber reparado hasta ese momento en mi presencia.

—Creo que es para ti y parece serio.

Su mano seguía tendida en horizontal ofreciéndome el auricular mientras yo lo observaba con la mente colapsada de toda clase de hipótesis, desechando variables y cerrando las posibilidades. Era blanco o negro. Si tenía que volver a luchar, lo haría incansable, pero maldije no poder tener un respiro de descanso.

Por fin me decidí a cogerlo tras unos segundos, y al hacerlo taponé el micrófono con

la mano.

—¿Te ha dicho quién es? —le pregunté con tanta dureza que obtuve un mal resultado.

—No, no sé. Todo esto es muy raro.

Y miró al camarero con ojos de cordero degollado, en una especie de discreta alerta de socorro.

—¿Hombre o mujer? Contesta, por favor. Es importante.

El camarero caminaba hacia el extremo de la barra con rapidez para llegar hasta nosotros y la camarera no contestaba. Algo muy llamativo le habían dicho al otro lado de la línea porque estaba desconcertada. Y en mi interior crecía el temor por el bienestar de mi familia, y me preguntaba si había valido la pena llamar a mi madre.

No me podía arriesgar y darle la espalda a quien estuviera llamando, era una pura cuestión de seguridad. Lo que era indudable es que de algún modo habían interceptado la llamada. Y si sabían dónde estaba yo, entonces también conocían el paradero de mi familia. Los dientes me rechinaron al completar el razonamiento lógico, mientras el camarero ya estaba a tres pasos de mí.

—Pídele a tu compañero que se calme y llévatelo lejos de mí.

—Tranquilo, creo que le anda buscando la policía y deben de estar observándonos, porque han leído mi chapa identificativa.

El camarero, tan llamativamente alto como esmirriado, se asomaba sobre su compañera con el talante hollywoodense de un mafioso de tercera, mordiendo su labio inferior y exhibiendo la lengua de cuándo en cuándo. Afortunadamente, retrocedió, sujetado por ella. Sabia decisión.

Me puse al teléfono, mientras confeccionaba en mi imaginación un plan de fuga de la cafetería, que en ese momento se había transformado en una ratonera.

—Bien. Tiene usted toda mi atención, pero mida sus palabras antes de contraer una deuda conmigo.

En ese instante, comprendí que sería capaz de cualquier cosa si alguien amenazara a mi familia.

—David, ¿eres tú? —La voz sonaba femenina, añeja.

Mi cuerpo y mi mente se habían puesto en modo lucha, y tardé unos segundos en encuadrar esa voz.

—Paloma, ¿es usted? —pregunté, maravillado y asombrado de mi suerte.

—Claro que sí, David. Tranquilo, somos nosotros. Al fin te hemos encontrado.

—Pero ¿cómo? —Las dudas estúpidas me asaltaban, fruto de la liberación del estrés.

—Del mismo modo que te encontré en el parque del Retiro. Tras llamar a tu madre y, por cierto, dejarla como un manojo de nervios, ella se ha puesto en contacto conmigo y en su teléfono todavía quedaba cierta remanencia, tu peculiar impronta. He logrado visualizar el lugar donde te hallabas. Aunque no creas que ha sido a la primera. —Y una risa sincera se escuchaba con plena tranquilidad, esa que las personas de cierta edad saben transmitir—. Ha hecho falta llamar a cuatro cafeterías de Portland que se ceñían al perfil que había logrado ver, y, por supuesto, el duro y rápido trabajo de unos eficaces analistas a los que debo felicitar. Por eso nuestra sociedad es una gran familia, aunque ahora eso es lo de menos. Cuéntame, ¿estás bien? ¿Te han hecho daño?

—Algunas heridas y magulladuras. Nada importante.

Aunque al haber tensado todo mi cuerpo, la piel se estiró y algunas habían vuelto a rezumar sangre aglutinada.

—Es la primera vez que nos ocurre esto con un alumno y, desde luego, nunca en una fase tan temprana. Tenemos mucho de que hablar. Secretos por compartir. Pero lo primero es lo primero. —De pronto, su voz se oía algo alejada del micrófono, confirmando algo con alguien que tuviera a su lado—. Bien, David, la caballería se dirige hacia allí. Verás llegar muchos coches de policía. Nuestro contacto en Portland sabe lo que debe hacer, pero a todos los efectos y a la vista del resto de los agentes, desde este momento eres un testigo protegido al que hay que custodiar con prioridad máxima. Él se encargará de llevarte a un lugar seguro.

—No sé si quiero. ¡Yo… yo no andaba buscando nada de esto!

El vacío se hizo en la conversación.

—Nadie puede obligarte a nada. Tu vida te pertenece, pero al menos déjame verte, comprobar que estás bien y asegurarnos de que no te han introducido ningún rastreador.

Me avergonzó escuchar a Paloma implorando. Ciertamente, nunca me había coartado de libertad, todo lo contrario, y, sobre todo, siempre había sido un verdadero ángel con todos nosotros. Se lo debía.

—De acuerdo, podremos vernos. Pero aviso, no pienso hablar con nadie. —Mi tono sonó más autoritario de lo que hubiera deseado, pero es lo que tienen las emociones, que todo lo tiñen de realidad.

Entonces me di cuenta de que no circulaba ni un solo vehículo por la calle, en ninguno de los sentidos, ni nadie caminaba por las aceras. A excepción de un hombre de traje gris y corbata azul que, con sus largas zancadas, pasaba deprisa por la cristalera, encapsulado por cuatro agentes de policía en formación romboidal. Dos de los agentes se quedaron en la puerta de acceso; algo les dijo el policía secreta, porque los dos extrajeron sus armas y las sostuvieron discretamente cruzando las manos sobre sus vientres. Otros aparecieron en la acera de enfrente con armas largas, apuntando al suelo en su caminar, pero agarrando con firmeza su empuñadura.

El hombre de traje abrió su chaqueta como si fuera una cortina, enganchándose esta tras la funda de su pistola y descubriendo una placa dorada que colgaba en su cinturón. Delgado, medianamente alto, de facciones angulosas y pelo prematuramente cano, entró en la cafetería, metió las manos en los bolsillos de sus pantalones y observó a toda la clientela arqueándose sin mover los pies.

—Creo que vuestro hombre acaba de hacer su entrada. Elvis está en el edificio. —Y resoplé por el micrófono—. Menudo despliegue de medios.

—Hará todo lo que esté a su alcance para garantizar tu seguridad. Así se lo hemos pedido, aunque te parezca exagerado. Piensa que todos los que tenemos algo distinto debemos guardar las apariencias. Muchas veces la vida es un teatro y debemos comportarnos como se espera de nosotros.

—¡Está ahí! ¡Ahí! ¡El chico al que buscan! —gritó el camarero a los agentes recién llegados.

—Ve con él, haz lo que te diga y en unas horas podremos vernos. —Paloma rogaba, preocupada por que cambiase de idea.

—Menudo espectáculo habéis montado. Lo siento, Paloma, pero todo esto debe cambiar. Estas cosas son el verdadero peligro.

Todo el mundo me miraba con cara de circunstancias. Los policías uniformados hicieron un conato de caminar hacia mí, pero se lo impidió con delicadeza el hombre de traje y corbata azul.

—Es posible, pero nuestros enemigos nunca actúan en público. No se arriesgan a ser vistos por multitudes, y mucho menos a constatar su existencia ante un ingente equipo de policías cuyo testimonio es tan difícil de aplacar. Este secreto es solo para unos pocos.

—Ya lo discutiremos. Harry el Feo me está esperando, tengo que colgar.

Y unas risas inesperadas de Paloma y alguien más sonaron por el diminuto altavoz del teléfono.

Recorrí la distancia hasta la salida. Menos de un metro me separaba de los agentes y Harry, al que así había apodado. Me detuve a mirar el surtido que había en el expositor de cristal combado.

—Póngame, si es tan amable, una bandeja de pasteles; de los ricos, eh, no de esos que nadie se come —solté sin filtrar.

La dependienta miró al agente de paisano esperando su aprobación. Este movió la cabeza un par de veces, en anuencia, entrecerrando los ojos con abnegación, y la empleada lo empezó a preparar.

Me quedé observando los que cogía y me aseguré de que no echara ninguno de esos pasteles resecos, arenosos o cubiertos de almendra, consciente de que el silencio reinante y todas las miradas estaban clavadas en mí. Los envolvió con una destreza increíble, rematando con un precioso lazo rojo, el cual contrastaba visualmente con el envoltorio blanco.

—¿Cuánto es, por favor? —pregunté al recogerlo del mostrador.

—Nada. Invita la casa —respondió, nerviosa y acelerada por que me fuera de allí, y conmigo toda esa extraña y surrealista situación.

—Insisto. Debo pagar. Lo contrario no me parece correcto.

Escuchaba salir el aire con fuerza por la nariz de Harry.

—De verdad, no hace falta —me dijo con una sonrisa aterradora, casi lunática.

—No puedo regalar un regalo; es un dicho de mi país, así es que cóbreme o estaremos aquí eternamente.

Uno de los agentes uniformados chasqueó la lengua y resopló, impaciente.

—Bien, pues son treinta y dos dólares, señor.

Los ojos se me pusieron como platos, y al tragar saliva creo que la garganta se me hinchó como si hubiera tragado un huevo cocido sin masticar. Dios mío, ¡cómo doce pasteles podían ser tan caros! Y, lo peor de todo, no estaba seguro, pero creo que no me llegaba el dinero. Pues que devuelva un par de pastelitos, pensé, pero, claro, ya estaba todo envuelto y la gente no dejaba de observarme. Los colores invadieron mi rostro.

Susurrando, pensando en alto, me rebuscaba el dinero por todos los bolsillos, ante la atónita mirada de Harry y sus policías.

—Pero ¿cuánto cuesta cada pastelito? ¡Virgen santa! —le pregunté al agente que tenía más cerca, que se llevó la mano a los ojos, intentando mantenerse serio. Creo

que a él también le había pasado alguna vez.

Me llevó un rato reunirlo, pero al final sucedió el milagro. Treinta y dos dólares y unos cuantos centavos era todo lo que me quedaba del dinero que había reunido. Pagué, cogí los pasteles y me acerqué a Harry.

—Hay que darse prisa. Podemos estar en peligro. —Lo dijo en voz baja, pero no tanto como para que los policías no lo oyeran.

—Llevo toda la vida así —le dije levantando las cejas.

Y entonces al policía, que llevaba un rato aguantándose la risa, le cambió el semblante. Se compadeció al escuchar la verdad que resonaba de fondo en mis palabras.

—Bueno, muchacho, venga, salgamos de aquí —dijo Harry circunspecto.

—Cuando quiera. Pero debemos hacer una parada en mi hotel, está muy cerca. Eso es todo, lo prometo. —Harry miró al techo buscando una virtud perdida—. Verá, he aprendido a convivir con esto. No crea que es un capricho. No desconozco las amenazas, soy muy consciente de ellas, pero eso no va a impedir cumplir mis deseos, pequeños o grandes. —Respiré mirándole fijamente—. El hecho de que usted y yo estemos en este lugar conversando es, simplemente, porque yo lo deseo.

Harry desvió la mirada a mis brazos, observando con discreto descaro las cicatrices grabadas que recorrían mi piel, y la sangre reciente de alguna herida mal curada.

Los uniformados salieron e hicieron un gesto. Una comitiva de vehículos se posicionó frente al acceso de la cafetería. Motocicletas con lanzadestellos, un vehículo rotulado de la policía y otro camuflado con un pirulo rojo en el techo, y tras él, otra idéntica formación de vehículos policiales.

—Al coche gris —me indicó Harry.

—El hostal al que voy es aquel del fondo, el del cartel azul y blanco que dice Chambres.

—Entendido. ¿Ha recibido, compañero? Dígaselo a la comitiva y al resto de los indicativos. Vamos a realizar una parada técnica.

—Recibido, jefe. A sus órdenes —dijo el conductor, que vestía de paisano, aunque tenía más pinta de policía que el resto, con sus gafas de aviador y ese bigote que parecía de pegatina.

Todo el dispositivo se detuvo frente al hostal y Harry me indicó que esperase a la señal.

—Ahora. Ya puedes —me dijo tras recibir el *OK* de uno de los uniformados que habían entrado en grupo.

Salí del coche con los pasteles y entré en el que la noche anterior había sido mi refugio palaciego. Pequeño, desgastado y austero, pero cómodo, limpio y de un trato exquisito. Al entrar, estaba la misma mujer encantadora y agradable, con cara de preocupación ante la presencia policial.

—Disculpe todo este follón. Le traigo este obsequio. Debo continuar mi viaje y no quería despedirme sin antes darle las gracias por su amabilidad. Hasta pronto.

Y dejé los pasteles envueltos sobre el minúsculo mostrador de roble, ante la mirada de cuatro agentes armados.

La encantadora mujer del hostal se quedó desconcertada por la extraña situación. Seguramente, se estaría preguntando muchas cosas, todas ellas sin respuesta. Pero lo

que sí tendría claro es que uno de sus clientes, como otros tantos supongo, le quiso agradecer con un detalle el servicio «cinco estrellas», reconociendo que, aunque parezca un trabajo modesto, la bondad y el entusiasmo en lo que uno hace lo cambian todo.

Salí otra vez, de nuevo al bullicio y al incesante rugido de la actividad humana. Harry esperaba de pie junto al coche y la comitiva, y yo observaba un enorme edificio que tenía enfrente, jugando con la imaginación a desmontarlo, dibujando en mi mente su diseño interno, sus cimientos y su estructura.

Miré de nuevo a Harry, que inquieto hacía un arduo ejercicio de autocontrol para no meterme prisa u ofenderme en modo alguno, pero al mismo tiempo deseaba concluir la imprevista y urgente misión que desde Nueva York le habían confiado.

Nos montamos en el coche y salimos a toda velocidad.

Las sirenas sonaban estridentes, en un continuo bucle de alarma con bocinazos de pato jurásico. Harry se inclinó un poco para decirme algo, pero durante un instante se lo pensó mejor y retornó a la posición de su asiento. Pero entonces cambió nuevamente de idea y se inclinó a mi lado, alzando a gritos la voz para que predominase sobre los acústicos policiales.

—Ya sé que eres uno de los nuestros y no quiero hacer preguntas. Supongo que, como todos, más o menos, tendrás un talento. Y sí, conozco la amenaza que te persigue, aunque nunca los he visto en persona, o eso creo. ¿Puedes decirme algo de ellos? ¿Algo de primera mano? Contigo soy incapaz de penetrar.

Lo pensé durante unos segundos, tratando de medir las palabras. Buscando las apropiadas para no sonar preocupante, siempre pensando en informar, pero sin atemorizar. Pero qué demonios, éramos dos hombres adultos pertenecientes a una sociedad secreta que utilizaba los medios del Gobierno pagados por el contribuyente para escapar y combatir a nuestro enemigo.

—¿Incapaz de penetrar? ¿Qué has querido decir? —le pregunté sin hacer demasiado caso a sus preguntas.

—Soy especialista en interrogatorios. Unidad de Delitos Violentos de la Policía Criminal. Mi talento es la telepatía. Oficialmente, trabajo con asesinos, violadores, etc., y soy muy bueno en lo mío. Extraoficialmente, interrogo a los «contactados», pero los que sobreviven se quedan tan trastornados que no soy capaz de extraer demasiado. Tú pareces estar bien, y eres uno de los nuestros, lo cual simplifica mucho las cosas, pero, aun así, solo soy capaz de percibir un único pensamiento, algo muy fuerte. Una mujer lo ocupa todo en ti, ¿me equivoco?

Le miré, congestionando la mandíbula.

—¿De dónde sales tú? —Me miró con tanta sorpresa y angustia que su mirada pareció, de golpe, profundamente cansada y envejecida—. No lo intentaré más. A veces me olvido de lo delicado e intrusivo que puede ser mi talento; te pido disculpas.

Y se recostó sobre el asiento colocando sus dedos sobre el entrecejo, como demasiado agotado por algo que hubiera percibido en mí.

—No distinguen entre el bien y el mal. Eso no existe para ellos. Solo somos un medio para un fin —dije mirando el trazado.

—Se alimentan de nuestra muerte. ¿Qué significa? —preguntó sin ocultar su intriga.

—Mira, compañero, yo ni siquiera sabía de la existencia de estos seres; estudiaba en

una residencia para jóvenes promesas, ajeno a toda esta batalla ladina. Confundido y engañado, he sido perseguido y lo he perdido todo por culpa de esos «secretos», y cuando ya no te queda nadie con quien compartir nada, sientes como si la muerte te hubiera llegado en plena vida.

—No has respondido a mi pregunta y nos falta poco para llegar. —Agitaba los dedos toqueteando sus rodillas.

—Ya lo has hecho tú, amigo. Se alimentan de nuestra muerte, porque ellos ya están muertos hace siglos.

Se acarició la barbilla meditabundo, con expresión infinita y al mismo tiempo satisfecho por lo que había escuchado. No le mentí, pero tampoco le conté toda la verdad. Era obvio que a mi lado tenía un hombre bueno, qué digo, más que eso, pero también sentía el peso de su profesión y el añadido normativo de nuestra sociedad secreta. Desde luego, y aunque de otro modo, él y yo éramos parecidos; los dos evitábamos que el mal se multiplicase y victimizara a personas inocentes.

Demasiados enemigos para guerreros solitarios.

En cuestión de minutos, habíamos llegado a la pista del aeropuerto de Portland. Un pequeño avión privado blanco, de tamaño medio y sin distintivo alguno, aguardaba con la escalera desplegada y dos azafatas a cada lado de ella.

—Bien. Aquí se separan nuestros caminos. Igual un día volvemos a vernos, quién sabe. Si no es así, suerte con lo que estás buscando.

Nos dimos la mano y me subí al avión, que rebosaba lujo y confort. Dos hombres de uniforme clásico, con hombreras ribeteadas, me daban la bienvenida en el interior y se presentaban como los responsables.

—Saldremos de inmediato. Han paralizado algunas pistas del aeropuerto por nuestro plan de vuelo.

—Lo que ustedes digan. ¿Yo qué hago?

Se miraron entre ellos.

—Siga las indicaciones de las azafatas, ellas le acomodarán.

Enseguida, salimos disparados hacia el cielo, haciendo un giro inclinado a toda velocidad. Las luces de los vehículos policiales se veían como pequeños destellos lejanos, y el enorme río Columbia se transformaba en una gruesa línea verde y oscura que cortaba la tierra.

Me asomé por las ventanillas y vi que dos cazas de combate nos escoltaban a cada lado. Me sentí demasiado avergonzado; yo mismo había adoptado una postura incómoda sobre el envolvente asiento de piel crema. Rechacé las bebidas que me ofrecieron las azafatas, que, sin duda, también eran encantadoras, pero no como la hospedera; sus sonrisas eran artificiales y sobreactuadas.

Eran sonrisas de papel maché.

CAPÍTULO 42. **BURLA**

- *NUEVA YORK, NOVIEMBRE DE 1996*

Al rato, las azafatas se fueron a una cabina aparte y aislada, y me dijeron que tocase un botón para reclamarlas. Una portezuela se cerró y me quedé allí solo, rodeado de asientos acolchados cubiertos en piel, con unos botones para escuchar distintas emisoras de radio, un periódico del día y algunas revistas bien ordenadas. Me aburrí de todo enseguida y eché de menos tener a mi lado a una señora haciendo ganchillo, o escuchar de fondo las conversaciones del resto de los viajeros. Quizá estaba demasiado acostumbrado a la vida del campesinado, pero, sin duda, y aun con todas las desventajas, me gustó más el autobús del galgo rampante.

En ocasiones, menos es más.

Las horas me parecieron eternas; no era capaz de dormirme y las revistas eran insulsas. Pero al final el piloto anunció que estábamos llegando a Nueva York e íbamos a tomar tierra. Bajaba tan deprisa que parecía que algo no iba bien, pero las azafatas estaban tranquilas, hablando de sus cosas, entre murmullos. El patinazo del contacto con el suelo sonó como el derrape de un coche en las películas.

El avión recorrió la pista, giró hacia un lado y continuó. Cuando quise darme cuenta, la luz estaba mermando y entrábamos en un hangar enorme donde esperaban varios vehículos todoterreno y una berlina de lujo. Había algunos hombres que le daban la espalda a los coches y se dedicaban a vigilar con atención los accesos. Allí, de pie, una señora de avanzada edad desentonaba en el contexto. Era Paloma.

Su rostro reflejaba una mezcla de duras emociones; alegría y dolor se aglutinaban con gestos imprecisos, y sus manos arrugadas se enlazaban entre sí con más fuerza de la que una anciana debería ejercer. El avión por fin se detuvo y las azafatas desplegaron la escalera.

Salí del alado tubo de metal y pisé tierra. Paloma se acercó con cautela. Tras nuestra breve conversación había quedado patente que ya no confiaba del todo en ellos. Me habían ocultado mucha información, y ello me dio una desventaja titánica. Ahora sería yo quien no soltaría prenda. No iba a hablar nada de nada.

—Déjame que te dé un beso, David. No estés enfadado conmigo, por favor, te lo pido. Podemos explicártelo todo.

—Vuestro secretismo es un peligro. Pero creo que no podría enfadarme nunca con usted.

Di un paso al frente y le di dos besos.

—Todos tenemos secretos, David, y todos deben ser revelados, pero a su debido tiempo. Lo único importante es que estás bien. Te han soltado. —Nadie me había soltado, al menos no voluntariamente, pero mantuve el hermetismo—. Iremos a un lugar seguro, y allí responderemos a todas tus preguntas y nos contarás lo que ha pasado.

—Espere un momento. Si esto es un trato, no me interesa. Prefiero seguir mi vida y desaparecer de la de ustedes.

—No estés a la defensiva, todos remamos hacia el mismo lado y estamos en el mismo barco. Nadie te va a forzar a nada. Somos uno, y al mismo tiempo sigues siendo libre. Subamos al coche, hoy conocerás a algunas personas que cambiarán tu forma de ver las cosas. De verdad, date la oportunidad, no tienes nada que perder.

Había vuelto al principio. El único propósito de meterme en todo este lío, de viajar al otro lado del charco, era encontrar a Angie, y en ese preciso momento no estaba muy contento con los resultados de mi búsqueda.

Subimos a la berlina, un Lexus enorme de línea muy parecida a la de un Mercedes Benz. Los hombres se replegaron en orden militar y algunos entraron en los todoterrenos, pero otros se colocaron de pie sobre el estribo lateral, agarrados a las barras del techo.

Iniciamos la marcha. Solo llevaríamos unos pocos metros. Esa sensación, esa ya tan conocida, la misma que te advierte de que algo no va bien. Miré hacia todos lados. Paloma advirtió mi inquietud.

—¡Pare el coche! ¡Pare el coche! —grité con todas mis fuerzas.

—Imposible. Debemos continuar. Tenemos órdenes —dijo el conductor con arrogancia.

Entonces lo vi. Una sombra alargada y poderosa se presentó en el hangar. No había ninguna duda de cuál de ellos se trataba. Era el guardián de Angie. Allí, totalmente oscuro junto a una de las paredes del hangar.

—¡Detenga el vehículo ya! —Pero seguía sin hacer caso—. ¡Que pare el coche!

No me dejó otra alternativa. Paloma intentaba calmarme y al mismo tiempo hacer entrar en razón al conductor, instándole a frenar, pero todo era en vano; alguien mandaba más que ella. Así es que tuve que tirar a la fuerza del freno de mano, agarrarme al asidero y darle una patada al cristal. Mil pedazos de diminutos cristalitos se esparcieron sobre el suelo del hangar, colándome por el hueco libre y rasgando toda mi ropa en ello.

Miré a Paloma un solo momento, con aire de disculpa en mis ojos, y emprendí la carrera hacia la alargada sombra que había alterado todo mi ser. Era una señal que no podía dejar escapar. Debía perseguirla con todas mis fuerzas, hasta el último aliento.

Tras de mí pude escuchar el inconfundible sonido metálico de los hombres manipulando sus armas. Desconocía lo que podía pasar, pero en mi mente solo una fijación ordenaba mis movimientos. Los pasos acelerados de aquellos tipos me perseguían sin descanso, hasta que al fin un estruendo me hizo detenerme por instinto. Alguien había disparado su arma y la detonación sonó, rebotando en las paredes una y otra vez, hasta que al fin desapareció.

—¡No te muevas, hijo! ¡Nadie quiere hacerte daño! —dijo una voz masculina y condescendiente.

Un hombre musculado, con un chaleco antibalas negro y una camiseta azul dos tallas más pequeña, procuraba convencerme todavía con el cañón humeante y dirigido a mí. Y pensé en la luz. Miré la fría luz de las enormes lámparas que colgaban del techo y que bañaban todo el hangar con un blanco molesto, y entonces lo tuve claro. Los guardianes me habían confiado algunas virtudes, y era el momento de utilizarlas.

No hizo falta siquiera mirar a las bombillas; solo con desearlo, todas las luces se oscurecieron tintineando, hasta que al fin se hizo la absoluta negrura, aunque no para mí. Como un animal nocturno, podía verlo todo, en un tono azulado, pero claro y preciso como el día. El desconcierto entre ellos se hizo patente y Paloma les gritaba a voces órdenes para que me dejaran marchar. Supongo que pensaría que estaba demasiado afectado y que estaba sufriendo un episodio de estrés postraumático.

Nadie podía imaginar lo que impulsaba mis pasos, excepto ese guardián y yo. Ese en concreto.

Corrí y corrí tras su silueta alargada, entre aviones sujetos con calzos, cables y mangueras. Lejos quedaban ya, despistados en la oscuridad o detenidos por Paloma, los hombres armados. La sombra se detuvo frente a una pequeña salida de emergencias y atravesó la pared, diluyéndose hacia el otro lado como una entidad vaporosa, ajeno a las leyes de la materia.

Empujé sin miramientos la barra verde y horizontal de la puerta, ladeando el rostro al salir al otro lado, cegado por el anaranjado color del ocaso. El portón se cerró automáticamente, y al atravesarlo este quedó como una superficie lisa, sin posibilidad de nueva apertura. Si hubiera podido, en ese momento habría apagado el sol.

Tardé unos segundos en enfocar de nuevo, pero pude verle, alargado y erguido, con las piernas entreabiertas y sus brazos rectos hacia el suelo, con su característico color, o, mejor dicho, su ausencia de color, desdibujado de la realidad, oscuro como nada en el mundo, inmóvil e imperturbable. Su mera presencia, entre el caos y la calma reciente, era casi inoportuna, y no estaba allí para protegerme de ningún peligro. Su actitud era diferente. Misteriosa y desconcertante. No se me podía escapar, fuera como fuese.

Emprendí la carrera tan rápido como pude hacia él. Algo me decía que era importante. Quizá la señal más relevante. La pista definitiva. Mis piernas zanqueaban más de lo que podían soportar y a punto estuve de caer de bruces a causa de mi ansioso nerviosismo. Recorrí todo el muro norte en pocos segundos, y cuando ya lo tenía de frente, sin posibilidad de articular palabra, en conflicto conmigo mismo por recuperar el resuello, le observé difuminarse, siendo atravesado de lado por los rojos y penumbrosos rayos del sol, diluyéndose de la realidad.

—¡Eh! ¡Espera, espera! ¿Adónde vas? ¡Espera! —grité, desalentado.

Se marchaba sin decirme nada. Se había presentado sin motivo aparente, sin razón. Miré en todas direcciones buscándolo. Era inútil, había aprendido su curioso comportamiento; es más, sabía a ciencia cierta que se había marchado, pero mi resistencia a la frustración, mi condición humana, se negaba a aceptarlo.

Tuve que sujetarme en la rugosa pared. El pelo me caía sobre los ojos, restregándome la pose cabizbaja. Con el dedo índice y el pulgar sujetaba mis cejas, rebotando mi respiración sobre la palma de mi mano. Abatido e indignado, desconcertado.

Entonces, algo me sacó de mi letargo: una voz joven, dubitativa y femenina, rasgada.

—Da-David, ¿eres tú?

Esa voz tan familiar, suave y quebrada provenía de unas jaulas metálicas que albergaban enormes neumáticos usados. De inmediato, me vi atrapado por la emoción. Todavía estaba desubicado, y por un momento no comprendí lo que estaba haciendo

ella en ese lugar. No tuve tiempo de recrearme en esos pensamientos porque Claudia corrió a toda prisa hacia mí. Por poco nos caemos cuando me saltó encima abrazándome con todas sus fuerzas, rodeándome con piernas y brazos.

—¡Sabía que te encontraría! —repetía constantemente sin dejar de apretarme.

Nuestras mejillas parecían fusionarse entre sí, solo separadas por una delgadísima línea de líquido salino procedente de sus ojos. Me vi cautivado por su agradable aroma, femenino, sutil e imborrable. Exactamente el mismo y característico dulzor del día en que volamos juntos. El tiempo se detuvo en ese instante, como si fuera un espacio acotado en el mundo, solo para nosotros dos. Lentamente, y con una delicada suavidad, nos miramos fijamente. Sus ojos bañados por los últimos rayos del sol reflejaban un verde ambarino hipnótico y mágico. Su respiración agitada rompía el silencio con el ritmo de un corazón descontrolado. Era exactamente igual.

El vértigo se apoderó de mí. No era posible. ¿Habría estado tan ciego? Pero su comportamiento, el modo de mirarme, de tocarme, la manera de amar, todo era idéntico a mi recuerdo de Angie. Ella separó, con un tacto exquisito, los mechones de pelo que cubrían parcialmente mi rostro y la miré fijamente durante esos instantes eternos para atrapar su preciosa mirada en la memoria, uniendo nuestros labios en un beso infinito lleno de significado.

Cómo un acto sencillo puede decir tanto sin palabras. Ahora estaba seguro, era Angie. Claudia era Angie. Las piernas me flojearon al asumir la realidad y lo cerca que había estado, y todo el sufrimiento que había padecido para encontrarla, obcecado en la búsqueda. Qué paradójico, qué irónico y qué burla. Pero todo eso me daba igual. La había encontrado. No era fácil de asimilar. Fue como si una alegría inmensa me hubiera golpeado tanto, hasta tal punto que me había dejado aturdido. Necesitaba besarla otra vez, acariciar su rostro.

—No podría soportar volver a perderte. Te quiero demasiado —susurró ella, bajito.

—Perdóname, Claudia. Perdóname por todo. Llevo toda una vida buscando —suspiré tratando de desprenderme de toda la melancolía que llevaba dentro—. Pero ya te he encontrado. Te he encontrado.

Seguramente ella no fuera capaz de reconocer el alcance de mis ideas. El cielo del atardecer se había vuelto de un color púrpura intenso, y a lo lejos, muy a lo lejos, una silueta alargada e inmóvil, observadora y más oscura que una sombra, se desvanecía en el horizonte. «Gracias, gracias, gracias, gracias», no paré de repetirle. Alzó la mano en señal de saludo y terminó por desaparecer, y de nuevo esa lamparita encendida, fuera de casa, hacía cuestionarme hasta qué punto existe un destino sellado, o varios, quién sabe.

—Debemos irnos de aquí cuanto antes. Hay que alejarse.

Me miró sorprendida, sin entender muy bien el porqué, pero recibió el sentido de urgencia de mi tono, aunque también se mostró dudosa.

—Claudia, ellos son buenas personas, no lo niego, pero no pueden protegerme. Me encontrarían.

—No entiendo nada, ¡nadie me cuenta nada! —La frustración y la incomprensión se manifestaban en cada centímetro de su cuerpo.

—Te daré todas las explicaciones que pueda, pero ahora debemos irnos. ¿Vienes?

Cada segundo contaba. Ella, sobre mí, con la frente pegada a la mía, se tomó un

instante para reflexionar, atravesándome con la vista.

—Voy contigo. Sí. Me voy contigo —asintió convencida, sin la más ligera duda.

La cogí de la mano y corrimos. Dudé un momento sobre qué dirección tomar, pero de pronto lo comprendí. El guardián de Claudia no se había perdido en aquel horizonte por pura casualidad, ni solo estaba allí como un espectador lejano.

Escapamos con el ansia de dos presidiarios fugitivos en busca de libertad. Escuchaba a lo lejos los acelerones de los vehículos y las voces desatinadas de los hombres armados, inquietos, buscando por todos lados. Apreté los dientes y con mis propias manos apretujé los trenzados de la verja abriendo un hueco que amplié pisando con todas mis ganas. Mi fuerza acariciaba los límites de lo razonable, y Claudia me miraba consciente del éxito de mi musculatura, pero también con tintes escépticos.

Cruzamos deprisa y nos perdimos tras un terreno repleto de arbustos salvajes y césped descuidado; y cuando me cercioré de que nadie nos seguía, en medio de la reciente oscuridad, solo entonces bajamos el ritmo.

El calor de la carrera humedecía nuestros rostros. Sujeté su mano haciéndola parar, me acerqué a ella con el sigilo de un felino y con delicada suavidad la abracé por la cintura, arrimándola a mí, conteniendo mi reciente adicción al sabor de sus labios.

—Yo también te quiero, Claudia. Te quiero.

No me lo terminaba de creer. La había encontrado, después de tanto, o, mejor dicho, ella me había encontrado a mí. Qué más daba. La tuve conmigo todo ese tiempo y me obsesioné en buscarla en otra parte; pero ella, sin recuerdos de otra vida, ya lo sabía.

Ella lo supo desde el principio, y yo no.

Yo no.

CAPÍTULO 43. **DESTINO INCIERTO**

- *NUEVA YORK, NOVIEMBRE DE 1996*

Nos cogimos de la mano, y recorrimos el terreno virginal y descuidado de los alrededores del aeropuerto. Bordeamos la pequeña península, persiguiendo las incansables bombillas de Nueva York, regresando a la civilización, al anonimato de la gran ciudad.

Poco a poco, el suelo bajo nuestros pies se iba perfilando geométrico y ordenado, con vetustos y desgastados adoquines que se agrupaban con el manto de asfalto y el febril bullicio del tráfico rodado. Un puente, metálico y mal iluminado, apareció en nuestro camino. Su estrecha y resbalosa pasarela de mantenimiento nos conducía entre pilares de acero. Era tétrica y peligrosa, barnizada por el verduzco moho de la niebla reinante.

Sobrepasar el atronador puente no fue tarea sencilla, pero lo conseguimos, y la ciudad de Nueva York brilló ante nosotros.

Al fin encontramos una parada de metro. Claudia jadeaba por el frenético ritmo que llevábamos, pero no se quejó ni una sola vez. Me detuve un instante a contemplar el automatismo de los viajeros que, con hábito rutinario, salían absortos y con la mirada perdida en el infinito, tranquilos y satisfechos por haber completado su ciclo diario. Yo, en cambio, en ese momento me noté un poco asustado, sobrepasado por la responsabilidad.

Había recuperado a Angie. No me lo podía creer. Felicidad era una palabra que se me hacía pequeña, porque lo que estaba sintiendo era muy superior. Claudia estaba a mi lado y nunca más dejaría que nadie le hiciera daño. Tardamos dos largas horas en llegar a nuestra parada, en una de las más conflictivas zonas del Bronx. De camino, entre transbordos y traqueteos, fuimos poniéndonos al día sobre algunos asuntos, mayormente triviales. Todavía me sentía despistado en mi realidad, meditabundo en mi propia moraleja.

Tuve que explicarle adónde íbamos, y también le conté sucintamente cómo conocí a Chloe. No se me ocurrió otro lugar más seguro a donde ir ni nadie más fiable a quien acudir.

Al salir de la estación, noté que Claudia se agarraba con más fuerza a mi brazo. Seguramente, asustada por el aspecto descuidado de las calles y la descarada mirada desafiante de los que, a cada pocos metros, se arremolinaban en grupo, fumando con exagerada chulería, bebiendo de sus botellas, profiriendo palabras malsonantes y rememorando en voz alta historias cargadas de violencia. Pero ninguno de ellos nos molestó, ni nos provocó, ni mencionó nada a nuestro paso.

Estoy seguro de que di alguna vuelta de más para llegar, pero al final encontré el portal. Toqué el portero automático y no funcionaba. El portón estaba abierto, roto. Al entrar, un golpe de olores remezclados nos invadió sin contemplaciones. Latas de cerveza, grafitis y buzones arrancados daban paso a una escalera ancha en la que un

grupo de jóvenes doceañeros nos cortaba el paso, observándonos con mirada dudosa.

—Vamos a casa de Chloe, echaos a un lado —les dije con tono firme y autoritario, y pasamos entre ellos empujándolos con las piernas, sin pedir más permiso, sin detenernos.

Paradójicamente, según íbamos subiendo, nos encontrábamos algunos apartamentos abiertos, y gente dentro haciendo vida normal, con su televisión, riendo, discutiendo, cenando, oyendo la radio, y qué sé yo, pero con una naturalidad tan llamativa y confiada que resultaba utópico.

Quizá, las apariencias, una vez más, engañan.

Nos detuvimos frente a la puerta. Claudia me miraba fijamente, creo que estaba asustada; no se lo pregunté. Di unos golpes consecutivos y suaves con los nudillos. La puerta me pareció frágil y hueca. Al momento, se abrió unos pocos centímetros, tensando una cadena tras ella y revelando parcialmente el rostro de Chloe.

—Dustin, ¡¿eres tú?!

La puerta se cerró para volverse a abrir rápidamente, esta vez por completo, atrapándome con un desenfrenado abrazo cargado de entusiasmo y alegría. No pude evitar contagiarme de su euforia. Me noté a mí mismo sonreír, destensado y libre, y también cómo mi sangre reconquistaba partes perdidas de unas facciones frías y yermas. Fue agradable durante esos momentos, pero la realidad me hizo regresar a la verdad que me ocupaba.

—Yo también me alegro mucho de verte. Estás estupenda.

Hasta ese momento no caí en la cuenta de que había utilizado con ella mi antiguo nombre, e hice las presentaciones acordes con Claudia.

—Chloe, permíteme presentarte a una amiga muy especial: esta es Angie.

Claudia comprendió al instante mis intenciones y me siguió el juego sin sospechar que esas cinco letras unidas, tiempo atrás, fueron su verdadero nombre. Estuve hablando reservadamente con Chloe. Le pedí el favor de que nos diera refugio durante dos noches, pero ella se enfadó conmigo, ofreciéndome todo el tiempo que necesitáramos. Yo insistí en la firme promesa de estar el menor tiempo posible y en que después nos iríamos.

Necesitaba tiempo para que las cosas se calmasen y reorganizar mis ideas, digerir todo lo ocurrido y tratar de obtener una perspectiva de conjunto. Chloe comenzó a cocinar algo improvisado en la sartén, y desenfrenada empezó a contarme su nuevo proyecto. El día en que nos conocimos se juró a sí misma cambiar de vida, y había decidido hacerlo a conciencia.

Todo el apartamento estaba distinto, sumido en un caos ordenado y mezclado. Cientos de folios manuscritos tapizaban el sofá y se acumulaban sobre el alféizar de la ventana. Una vieja banqueta de color verde turquesa había adquirido una renovada belleza por el desgaste y, junto a ella, como soldados disciplinados, dos guitarras relucientes aguardaban el momento de crear magia en las manos apropiadas.

—Estoy impaciente por ver de lo que eres capaz —le dije a Chloe sorprendido por haber sido, en mayor o menor medida, responsable de ese inesperado cambio de rumbo. En cierto modo, y antes de escucharla cantar, ya estaba conmovido.

—Después de cenar, te enseñaré algo que he compuesto, pero prométeme que me dirás la verdad; no quiero veredictos edulcorados.

—Te doy mi palabra. Estoy impaciente —dije entusiasmado.

Al principio, Claudia se mostró un poco tímida, aunque eso cambió rápidamente gracias al cariñoso y generoso trato de Chloe. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de una cena «en familia», y por un breve instante me sentí algo abatido al recordar todo lo que había sacrificado. Pero, cuando me fijé en Claudia, haciendo la gansa con dos patatas fritas a modo de colmillos, la pequeña tristeza se me pasó de repente. La cogí de la mano por debajo de la mesa y comprendí que todo lo luchado había merecido la pena, y ese momento y todos los que estaban por venir serían la mejor recompensa.

Recogimos la mesa y ayudamos a ordenarlo todo. Entonces llegó la revelación tan esperada. El diminuto salón se presentaba cálido y acogedor. Estaba alumbrado por pequeñas velas y una agradable lamparita esquinera, de esas con tulipa opaca, de brillo calculado y colorido. Chloe se sentó en su taburete turquesa. Con sutil delicadeza reposó la guitarra sobre sus piernas y comenzó a acariciar las cuerdas.

La melodía inicial me resultó familiar. Arrugué el ceño intentando reconocerla, pero como dijo que la había compuesto ella no me quiso cuadrar, hasta que empezó a cantar la letra en un castellano espantoso.

—La cucaracha, la cucaracha, ya no puede caminar, porque le falta, porque no tiene, las dos patitas de atrás…

Dejó de tocar y se nos quedó mirando seriamente, esperando el veredicto del que hablamos. No pudimos parar de reír. Fue algo inesperado y surrealista, gracioso a más no poder. Ella se echó a reír con nosotros, contenta por el efecto de la broma. Qué guasa tenía la tía. Ahora iba a ser difícil escucharla de verdad, necesitábamos algo de tiempo. Pero en realidad no hizo falta.

Enseguida, comenzó a tocar su canción, tenía un talento innato. La vibrante y armónica percusión de las notas solo perdió intensidad cuando ella comenzó a cantar. Era como si su voz se hubiera transformado, extremadamente dulce, pero con un matiz añejo. Claudia apretaba mi mano sin pestañear y toda la piel de mi cuerpo se erizaba incontrolada desde el interior causándome una sensación indescriptible, escalofriante para bien.

Creo que lo hizo. A través de la música logró tocarnos el alma. Claudia y yo nos vimos envueltos en el suave ciclón de su energía y nos sentimos afortunados por ser espectadores de ese prodigio: el arte de dibujar y colorear el aire de sentimientos.

Al acabar la canción, abrió los ojos y nos miró fijamente, a la espera de alguna reacción, en medio del timbre resonante de la última nota. Me puse a aplaudir, retrotraído por la sorpresa infantil de un niño impresionable, salvo que, a esas alturas de la madurez, casi nada era capaz de causarme tal sensación.

—¿A cuánta gente le has enseñado esto? —pregunté lleno de asombro.

—Sois los primeros. Llevo días escribiendo canciones. Aprendí a tocar la guitarra hace años, con mi vecina, y lo dejé aparcado, pero al ocurrir aquello. —Un malestar tiñó sus ojos—. Cuando te conocí, supe que había tocado fondo y que era el momento de cambiar.

—Tienes que empezar a compartir ese don. Este talento oculto es algo más que una afición: es una señal. —Y lo repetí, subrayándolo—: Es una señal.

—Estoy completamente de acuerdo con Dustin —le costó decir a Claudia, emocionada—. A mí me has hecho llorar, ha sido precioso.

—Gracias, chicos, sois un público estupendo.

Y nos echamos a reír.

La velada se alargó hasta bien entrada la madrugada, hablando de todo un poco y escuchando varias canciones, sin ser capaces de escoger cuál de ellas era mejor. La estuvimos convenciendo sin tregua, animándola con la idea de tocar en Central Park, de acudir a los locales de música en vivo, de grabar su propia maqueta, de recorrer discográficas. Necesitaba creer en ella misma, solo eso.

Chloe insistía en que durmiéramos en su cama, que ella pasaría la noche en el sofá. Sabía que Claudia y yo éramos mucho más que amigos, pero nosotros nos negamos al unísono, no queríamos profanar su íntimo lugar de descanso, así es que educadamente declinamos su oferta.

Apretados en el sofá, a oscuras, Claudia se mostró profundamente preocupada por lo que habíamos hecho. Por lo visto, nuestra tutora no pudo disimular el alivio de mi hallazgo, y en un guiño de complicidad le confesó a Claudia que me habían encontrado, pero le ordenó quedarse en la residencia porque era muy peligroso.

No le contaron nada más porque el hermetismo era absoluto. Muy en la línea de los nuestros. Ella lo pensó un momento y desoyó todo lo que le habían pedido. Cogió sus pocos ahorros y siguió en taxi al oscuro coche que trasladaba a Paloma. El conductor tuvo que detenerse en el control de acceso privado al aeropuerto. Claudia se quedó mirando el coche de Paloma, perdiéndolo en el interior de un hangar.

Pagó la carrera y continuó a pie, discreta, aunque bajo la vaga mirada de un vigilante de seguridad que custodiaba el paso de vehículos. Anduvo con disimulo por el exterior, decepcionada ante la imposibilidad de acceder. Entonces, y según me narraba, se detuvo unos segundos, dudosa de contar algo singular.

Finalmente se decidió a hacerlo. Casi se había dado por vencida, cuando una pluma alargada y blanca comenzó a bailar frente a ella. Era extraño, porque parecía mecida por un viento inexistente, hasta que se posó en la verja, junto a un hueco sin malla entrecruzada, y lo interpretó como una casualidad mágica. Tomó una actitud sorprendente, al menos para mí.

Caminó por las pistas cruzándose con mecánicos, auxiliares de vuelo, controladores, y a todos les daba las buenas tardes sin detenerse, con una naturalidad pasmosa. Nadie la detuvo. Solo ella misma, su incertidumbre y el temor a ser vista por la seguridad de los nuestros le hicieron detenerse.

Era un hangar blindado.

Estaba muy preocupada por hacer algo incorrecto, por ausentarse de la residencia y traicionar la confianza de Paloma. No merecía eso, me dijo. De pronto, me contagió su preocupación y el sentimiento de culpa, al tiempo que me hizo reflexionar sobre un matiz desapercibido hasta ese momento: mi propio egoísmo, mi confusión.

Recapacité y comprendí que, aunque Claudia un día fue Angie y esa esencia era inalterable, por mucho que yo lo deseara Claudia seguía siendo Claudia, inmersa en su contexto y desinformada de casi todo. Debía sincerarme al máximo, pero no le podía hablar de los guardianes; no me lo permitían las normas de El Orden. Por otro lado, nada me impedía hablarle de Saya o sus congéneres, pero una cosa iba unida a la otra.

Empecé a agobiarme buceando en mis elucubraciones, y todo eso me estaba

agotando mentalmente, porque no encontraba una sencilla solución y entendía perfectamente todas las dudas de Claudia, todas sus inquietudes. Así es que tomé una decisión espontánea. Me levanté y toqué con dos golpecitos la puerta de Chloe, susurrando su nombre.

—Chloe, ¿estás despierta? —musité la pregunta.

—Dime, ¿qué necesitas?

Escuché el movimiento de la ropa de cama y el sonido de cómo se incorporaba.

—¿Puedo hacer una llamada? Será un minuto —volví a susurrar tras la puerta.

—No tienes que preguntarme esas chorradas; estás en tu casa, ya lo sabes.

Me dirigí a la cocina con Claudia y cerramos la puerta. Descolgué el teléfono, cuyo cable enrollado medía casi dos metros, y comencé a marcar en la ruleta.

—¿A quién estás llamando? —me preguntó Claudia, impresionada por mi repentino arrebato.

—Vamos a hablar con Paloma. Llevas razón, no merece nuestra indiferencia. —Y Claudia se llevó el dedo índice a la boca, dándole pequeños mordiscos, ese acto involuntario que siempre hacía cuando se ponía nerviosa. Con mucho tacto y cuidado acaricié su rostro, aterrizando finalmente en su mano—. Tengo que hablar con ella.

El teléfono comenzó a dar la señal de llamada. Quizá ya fuese demasiado tarde, pensé, mientras se repetía el tono intermitente.

—¿Dígame?

La voz al otro lado no me sonó a la del conserje. Era alguien más templado y enigmático.

—Páseme con Paloma, por favor; no hablaré con nadie más, y si se les ocurre mandar a alguno de los nuestros aquí lo tomaré como un acto hostil.

—Hemos cometido errores, y lo sabemos, pero siempre ha sido para protegerte. Sabemos que no es el momento de hablarlo. Haré lo que pides, pero piénsalo.

Y la señal se desvió a otra extensión dando tono de llamada.

—¿David? —Era Paloma, no había duda, pero su voz sonaba agotada y desanimada.

—Hola, Paloma. Estoy con Claudia. La encontré en el aeropuerto, y te llamo para que no estéis preocupados, ni por ella ni por mí. Estamos bien.

—Tenemos que hablar, David. No puedes seguir huyendo de ti mismo, y mucho menos involucrar a Claudia. Debes comprender que sois mi responsabilidad. Me he comprometido a cuidar de vosotros.

Tuve que interrumpirla, llevado por una energía visceral.

—¿Cuidar? ¡Habéis estado a punto de matarme, abristeis fuego en el hangar del aeropuerto! ¿Cómo debo tomarme eso, Paloma? ¡Dime!

—Lo siento, David, eso-eso fue un grave error, un disparo al aire para intimidarte y que te detuvieras, pero, a pesar de todo, fue muy revelador, descubrimos lo que eres, tarde. Después de que ellos… Pero lo averiguamos.

—Paloma, por favor, escúchame. Te respeto mucho y soy consciente de que siempre me has tratado mejor que bien, pero necesito unos días para aclarar mis ideas, sin que nadie venga a buscarnos ni a perseguirnos; solo pido algo de paz, solo eso. ¿Crees que me lo podréis conceder?

Un sonido mudo ocupó toda la comunicación.

—David… David —y un largo resoplido sonó en el auricular—, has despertado

enemigos muy poderosos. Intentaré daros unos días de calma, pero has de entender que no estoy sola en esto y que existen peligros que tú no puedes calibrar. Peligros que ni yo misma conozco.

—Gracias, Paloma, gracias por todo —atajé con cariño.

La interrumpí en su interminable cadena de frases, muy propia de su edad.

—Prométeme que vas a cuidar bien de Claudia y que nos llamarás a la menor sospecha. Prométemelo.

—Te prometo lo primero, la cuidaré más que a mi propia vida. Te llamaremos en un par de días.

—Un par de días, David. Un par de días. Un fuerte abrazo a los dos.

—Gracias, Paloma. Igualmente. Un abrazo.

Y colgué despacio el auricular sobre el asidero del teléfono color crema.

—Arreglado.

Miré la misteriosa profundidad de sus ojos y la besé largamente. Volví a preguntarme cómo había estado tan ciego. El preocupante tañido de la conversación telefónica no me distrajo, ya llegaría el momento de ocuparme de eso. Necesitábamos disfrutar el presente, nos lo merecíamos. El Orden me había demostrado que estábamos predestinados.

Estaba atrapado por Claudia, por Angie. Por ella.

De pronto, tuvimos que esforzarnos por mantener a raya el sonido de nuestra pasión, de los ruidosos tropiezos al caminar abrazados comiéndonos a besos. Miradas cargadas de deseo y suaves caricias daban paso a otras de tintes más salvajes y apasionados. Nuestros cuerpos se precipitaban entre sí con la dudosa ausencia del vértigo.

La ropa se convertía en un impedimento molesto y nos despojamos de ella con un rencor infundado. Desnudos, nos contemplamos el uno al otro, calmando nuestro apetito. No había prisa, llevaba una vida entera buscándola. Estaba sobre ella, ensimismado en sus pupilas, acariciando sus mejillas rosadas, saboreando el mullido tacto de sus labios carnosos. Ella envolvió sus dedos en mi pelo reactivando la pasión con una mirada intimidante y desbocada.

Procurando ser silenciosos, nos entregamos sobre el sofá. Nuestros cuerpos se volvían un instrumento de conexión. Poco a poco dejamos de sentir con ellos, el ritmo creciente nos trasladaba a una sensación alejada de lo material. Éramos la ecuación perfecta, la suma de nuestras vivencias, la resta de nuestros anhelos. El producto de nuestro pasado concentrado en ese instante.

Éramos indivisibles.

Desconectamos de lo físico, de lo terrenal, de las carcasas, estuvimos unidos. Nuestras esencias fueron libres durante un soplo infinito y eterno de amor en acción. Instantes de pulso vertiginoso, de respiraciones inventadas, de corazones entrelazados; de rendición. Nos habíamos transformado en uno. Antes, ahora y siempre.

Sin previo aviso regresamos a la realidad, entre jadeos colapsados y miradas reencontradas. No sabíamos qué había ocurrido en ese humilde salón, nosotros estuvimos lejos de ahí, muy lejos. Reímos entre susurros descontrolados, tapándonos la boca mutuamente. Nos besamos con ternura. Nuestros labios ardían, los ojos no

atinaban a enfocar, y sin decirnos nada volvimos a adentrarnos el uno en el otro.

La conexión era inquebrantable. Claudia me hizo deslizar por la suavidad de su vientre, nuestra piel resbalaba sobre un fino y cálido colchón de aire inexistente, y de nuevo. Nos alejábamos de ahí, rodeados por la envolvente magia de nuestro amor. Sonreímos de felicidad espontánea.

Simple y llana felicidad.

Desperté unas horas después, cuando el cielo comienza a clarear, pero las farolas siguen encendidas. Ella dormía plácidamente, arropada por una vaporosa colcha con olor a lavanda. Su pelo castaño, revuelto y enmarañado cubría parcialmente la inocencia de su rostro con un toque guerrero y sensual.

Decidí salir a tomar un poco el aire y ya de paso traer el desayuno, pero al llegar a la calle me di cuenta de que era demasiado temprano. Comencé a caminar, observando cómo los furgones de prensa y panadería trabajaban como duendes discretos de una maquinaria bien ajustada. Me dio que pensar acerca de mi papel, sobre cuál era mi cometido en este engranaje imparable llamado mundo.

Andando por la misma calle, sin desviarme, no tardé demasiado en hallar lo que andaba buscando. Encontré la cafetería más concurrida de lo que cabía esperar, y pedí el desayuno de los tres para llevar. Me tomé la libertad de coger el monedero de Claudia; algo más de cien dólares escondían sus pliegues, poco y mucho al mismo tiempo.

Regresé al apartamento rodeado del aroma a café y bollería recién hecha. Al abrir la puerta, me encontré a la misma Claudia de las mañanas en la residencia. Arrastraba los pies descalzos, daba pasos cortos y los brazos le colgaban desactivados, pero al verme llegar con el desayuno se puso tan contenta que sin respetar ninguna privacidad fue corriendo al dormitorio de Chloe para anunciarle la noticia con la misma alegría que un agraciado de la lotería.

Creo que nunca había visto a dos mujeres tan contentas por algo tan modesto.

El sol comenzaba a colar sus rayos de luz por la ventana del salón y a iluminar la ciudad. Las dos conversaban entre ellas como si se conocieran de hace años, y yo examinaba la simpleza arquitectónica del edificio de enfrente. Básicamente, cumplía el mismo principio que una estantería recubierta de ladrillo visto, pero aún con toda la ropa colgada de los tendederos, las plantas en las ventanas y la desordenada disposición de los aires acondicionados, su belleza y resistencia era innegable. Divagando en mis inútiles pensamientos, me vi sobresaltado por la insistente mención de mi nombre.

—Dustin, Dustin, Dustin.

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

Unas risas en coro se burlaban de mí con descaro.

—¿Estáis haciendo complot, o qué? Os puedo hacer la tortura china y ya veréis cómo dejaréis de reíros de mí.

Puse acento chino rasgando los ojos con una sonrisa algo siniestra, pero de pronto Claudia torció el gesto, retrotraída por un recuerdo imposible, no me di cuenta hasta más tarde, y las empecé a perseguir con mi dedo pulgar, machacándolas entre las costillas.

Claudia y Chloe no paraban de reír, pero noté que un pensamiento rondaba sobre la

atención de mi amor.

—¿Estás bien, Claudia? —pregunté, recuperando el aliento.

—Sí, sí. Es solo que esto ya lo he vivido, no sé.

Y entonces recordé que solía jugar con ella así, cuando era Angie, y se me ocurrió la idea.

La genial idea.

CAPÍTULO 44. **RESPUESTAS**

- *NUEVA YORK, NOVIEMBRE DE 1996*

Chloe nos dio una copia de llaves y le prometí que esa misma tarde cambiaríamos su *look;* era algo que la tenía muy preocupada, debido a la naturaleza de su anterior oficio. Necesitaba un cambio radical, pero sin disminuir su belleza. Aunque en ese momento, un poderoso y nuevo pensamiento predominaba en mis prioridades.

Salimos a la calle. Es curioso cómo los ojos y el espíritu se adaptan al entorno con una velocidad pasmosa. Sin darnos cuenta, todo había cambiado en Claudia y en mí. Cuando no te extrañas de la gente, de su aspecto, o, mejor dicho, si no los juzgas anticipadamente llevado por una falsa impresión de peligrosidad, te integras rápidamente. Convives con el barrio, fusionándote en el contexto como uno más, por muy diferente que te creas.

El destino era Brooklyn. Cogimos el metro y había tanta gente que de inmediato dejó de parecerme buena idea, pero ya metidos en faena, habiendo pagado el billete, no nos quedaba más remedio que soportar la multitud.

El ir y venir de personas era constante, y junto a algunos de ellos los seres rojizos deambulaban inseparables, como un chicle en el zapato, ayudándoles en a saber qué, pero seguro incitando a sus anfitriones hacia el sendero del mal, hacia su fuente de nutrición.

Más de una hora después, tras cientos de caras vistas y de varios transbordos por las entrañas de la ciudad, llegamos a nuestra parada. Solo unas cuantas manzanas nos separaban de nuestra vieja fábrica en ruinas, antaño nuestra burbuja de amor.

Claudia me seguía y yo la observaba a conciencia tratando de esclarecer si brotaba de su memoria algún recuerdo escarbado. No parecían surgir, a juzgar por sus constantes preguntas, hasta que solo faltaron dos esquinas por doblar. Ella se detuvo de golpe.

—¿Qué ocurre, Claudia? —pregunté con el propósito de extraer alguna información novedosa.

—Esto está cerca del lugar al que vinimos con la furgoneta, ¿me equivoco?

Resoplé con cierta resignación. Esperaba respuestas, no más preguntas.

—No. No, Claudia, no te equivocas.

—Aquella noche tuve que entrar, recuerdo que te enfadaste mucho conmigo, pero es que… no sabría explicarlo, era como si ya hubiese estado allí. Una sensación muy extraña. Qué locura, ¿verdad? —Y emuló una especie de risa frenada.

Nos mantuvimos de pie frente a la desnutrida fachada, observándola a plena luz del día, contagiados por su abandono. Noté que Claudia se estremecía, pero ignoraba realmente la causa, o, aunque la presintiera, la razón y la incredulidad eran más poderosas que la intuición. Fuera como fuese, yo no podía darle pistas, mi guardián me explicó claramente las reglas. Confiaba en que persiguiera su pálpito, sus instintos más

irracionales.

Retiré la valla metálica y me concentré en ocultar nuestra imagen de la realidad. Lo que menos necesitaba en ese momento era que nos interrumpieran. La frustración quería apoderarse de mí, daba rabia tener que guardarme los secretos con ella. Dejé a un lado esos sentimientos y me concentré en visitar con ella nuestra vieja fábrica, y ver, si con un poco de suerte, rescataba algo del pasado. Nada salió como esperaba.

—¿Por qué te interesa tanto este lugar? Está en ruinas. Es peligroso que deambulemos por aquí. Deberíamos irnos.

Sus temores la desconectaban de esa facultad sensitiva que todos tenemos.

—Subamos a la primera planta, necesito echar un vistazo —insistí, en un último intento de reflotar un Titanic hundido en el abismo más profundo.

—Pero ¿qué se te ha perdido aquí? —Su voz sonó más grosera de lo que ella pretendía.

—Ojalá pudiera explicártelo —dije para mí mismo.

Subí con la esperanza de que Claudia me siguiera tranquila y confiada, pero no. Se quedó esperándome junto a las escaleras desnudas y raquíticas. Cuál fue mi sorpresa al llegar arriba: un túmulo rojizo y pálido brillaba con escasa luminosidad en el suelo de lo que un día muy lejano fue nuestro dormitorio. No me lo podía creer; Daryl estaba allí, de nuevo. Pero su energía, su impronta, estaba totalmente cambiada. Apagada.

Me quedé de pie, conservando la postura, y decidí proyectarme fuera de mí mismo para comunicarme con él. Me sentía ligero como una nebulosa, pero sólido y firme al mismo tiempo.

Daryl estaba demasiado descolorido, parecía falto de vitalidad. Me agaché para verlo más de cerca. Percibió mi presencia y comenzó a hacerme un gesto con su trepidante aspecto. Quería que me alejara de él. Que me fuera de allí. Pero apenas era capaz de coser con acierto las sílabas para formar alguna palabra. Debilitado y descolorido, agotado y con aspecto enfermizo, insistía, con la fragilidad de un anciano consumido, en que me fuera.

Él fue mi mejor amigo y, pese a todas las traiciones, todo el dolor causado y las terribles consecuencias de sus actos, algo dentro de mí se negaba a guardarle rencor. Debía marcharme de allí, despedirme de Daryl y retornar a mi cuerpo para reunirme con Claudia. Desconocía por completo el mundillo de los rojizos, la forma en que se regía su existencia, pero sentí mucha lástima por ver así a mi viejo amigo Daryl.

Estaba pagando sus errores, y el precio parecía muy alto. Toqué su cabeza, con un tacto amistoso y preocupado. Me miró. Su aspecto desentonado y cuarteado me produjo un escalofrío difícil de ocultar.

—Espero que puedas oírme, Daryl. ¿Cómo puedo ayudarte? Te veo mal, amigo.

Pero él seguía insistiendo en que me marchara. Su rostro reflejaba una tristeza profunda, una pena insuperable. Su voz se apagaba más con cada esfuerzo.

—Dime qué puedo hacer por ti e intentaré hacerlo —insistí.

Pero él negaba con la cabeza, reafirmándose en su petición de estar solo.

—Relájate, procura descansar. Tengo que irme, Daryl, pero antes necesito decirte algo. Quizá no sea importante para ti, pero para mí ha sido una pesada carga todo este tiempo. Quiero que sepas que te he perdonado. Que lo entiendo, yo tampoco estuve muy acertado contigo y, al fin y al cabo, todos cometemos errores. En cualquier caso, el

daño ya está reparado. Cuídate mucho, viejo amigo.

Me levanté para irme, y entonces ocurrió. La sensación era muy parecida a un fuerte remolino de viento que se forma tras uno. Tuve que darme la vuelta. Era el choque de energías lo que provocaba el inmenso contraste. Su guardián se había presentado ante él. ¿Era eso posible? Me quedé paralizado, como un observador afortunado y anodino de una escena que no me incumbía, o eso pensaba.

Me resultó llamativo ver al guardián agacharse y posar su rodilla en el suelo, atendiendo a su protegido con un esmero inusitado. Daryl continuaba sentado, mirando hacia otro lado, en una soledad elegida y desesperadamente silenciada. Advertí que no fue consciente de la presencia de su guardián hasta que este posó sus manos sobre él.

El color rojizo y apagado de Daryl comenzó a desvanecerse y poco a poco iba recuperando su aspecto perdido. Sus ojos recuperaban el brillo, y solo entonces se percató de que algo pasaba. Algo bueno. Sus piernas se agitaban en el suelo y sus manos hacían el esfuerzo vano por arrinconarse aún más contra la pared, sorprendido por las inesperadas y extrañas sensaciones que estaba experimentando.

Daryl era Daryl, quiero decir, ya no quedaba en él ningún resquicio de tinte rojizo, o piel escamada y agrietada. Era la viva imagen del día en que falleció. Solo entonces Daryl pudo ver a su guardián. Se sobresaltó al tenerlo tan cerca.

—¿Qué ocurre, Dustin? ¿Qué está pasando? —me preguntó, sorprendido ante la presencia oscura y opaca de su guardián, como si yo tuviera algo que ver en todo eso.

—Es tu guardián. Es algo así como tu protector, tu guía espiritual, no sabría explicártelo fácilmente; pero no lo dudes, confía en él.

Entonces la voz gutural y potente del guardián se manifestó, y Daryl, con un renovado aspecto y vitalidad, presenciaba atónito la insólita presencia.

—Has logrado reconectar con El Orden. Has recibido el sincero perdón por tus actos y te has sometido a una abstinencia de maldades. Todo ello te hace merecedor de la trascendencia. Ahora iniciaremos una nueva etapa. Una nueva oportunidad.

El guardián se alzó. Su imponente estatura rozaba el margen superior de la vieja fábrica. Tendió su alargada mano a un Daryl todavía conmocionado. Ambos se cogieron con fuerza y Daryl se incorporó con un fuerte destello de entusiasmo en la mirada.

—¿Qué es esa luz? —preguntó Daryl, con la ilusión de un niño en Navidad.

—Adiós, amigo. Suerte. Espero que nos volvamos a ver.

Yo no podía ver la luz de la que hablaba Daryl, pero la conocía muy bien. El guardián brillaba parcialmente con tonos multicolores ofreciendo una visión más detallada de sus rasgos. Era simplemente una imagen de fantasía, como extraída de un sueño mágico. Algo increíblemente hermoso.

—Espero que sí, Dustin. Eso espero, amigo. ¡Tienes que ver esto! ¡Qué sensación de paz!

Sus palabras se escuchaban cada vez más alejadas, mientras los dos desaparecían de mi campo de visión, diluyéndose suavemente en el centro de la estancia, hasta que se evaporaron completamente a través de ese portal invisible.

Oía una voz ininteligible detrás de mí. Había perdido la noción del tiempo, o, a lo mejor, en esa realidad paralela las cosas transcurrían a otro ritmo; no lo sé, el caso era que al darme la vuelta encontré a Claudia agitando mi cuerpo. Un cuerpo vacío, erguido

y que no obedecía a estímulos. Me dejé llevar por esa fuerza atrayente que me fusionaba de golpe con el mundo físico.

Mi reacción fue la misma que se experimenta cuando te estás quedando dormido y parece que te vas a caer, reaccionando con un espasmo incontrolado. Quizá estén relacionadas una cosa y otra, no sé.

—¿Qué ocurre, Claudia? Tranquila, estaba pensando en mis cosas, solo eso.

Me costó pestañear las primeras veces. No podía cerrar los ojos durante una salida.

—¡Me has asustado, estúpido! ¡Llevas un buen rato ausente! ¿Sabes? ¡Creía que te había dado un telele!

Me hablaba entre enfadada y aliviada. Supongo que tuvo que ser alarmante. Traté de calmarla con todo el cariño que pude.

Nuestra antigua habitación lucía unas feas humedades por las paredes, las mismas que habían despegado la pintura a modo de pieles muertas. Ciertamente, no quedaba nada allí. Solo el escenario roto de un imborrable y maravilloso recuerdo. Ese era mi gran error. Era el momento de vivir el presente y olvidarme de todo lo anterior. El momento de pasar página. El momento de vivir mi vida. Claudia miraba la vieja fábrica con ojos curiosos.

—Este lugar tuvo que ser muy bonito, una vivienda muy especial y singular, ¿verdad? Lo que no alcanzo a entender es por qué has venido aquí dos veces.

La miré con expresión incierta y resignada.

—Porque me habría encantado vivir en un lugar así, sobre todo contigo a mi lado.

Y la besé estrechando su espalda y su cintura con un envolvente abrazo delicado y firme.

Salimos con cuidado de no meter el pie en ningún agujero ni tropezar con algún escombro, bromeando entre nosotros. Daba gusto escucharla reír. Pero toda esa alegría se desvaneció de golpe al salir. A los ojos de cualquiera, aquel señor de rostro afilado, de nariz aguileña y rechoncha no era más que un transeúnte cualquiera que observaba atento cómo dos jóvenes trazaban el final de su travesura. Pero no era así. Era algo más.

De inmediato, agarré a Claudia situándola tras de mí. Aquel señor de gabardina marrón, que vestía guantes de cuero color chocolate y metía sus manos en los bolsillos dejando asomar los pulgares, no era, en absoluto, un transeúnte cualquiera. Tras de sí, un pequeño e incontable ejército de rojizos clavaba la mirada en mí. Se dio la vuelta y caminó dándonos la espalda. Levantó la mano, apuntando al cielo con su dedo índice embutido en cuero, y añadió, amenazante:

—No lo vuelvas a hacer, muchacho. No lo vuelvas a hacer.

Y volvió a guardar su mano en el bolsillo mientras caminaba resguardado por el ingente número de rojizos, girando la esquina, y llevándose con él la maliciosa sensación que había derramado en el aire.

El corazón me bombeaba a mil por hora y mi respiración resonaba como una locomotora galopante. ¿Qué acababa de ocurrir? ¿Quién era ese? Había logrado ponerme en guardia. Es más, debo reconocerlo, había conseguido asustarme. Justo ahí comprendí que Claudia era mi talón de Aquiles. Me daba miedo que pudiera ocurrirle algo malo. Necesitaba vivir una vida normal, lejos de rojizos, guardianes y criaturas nacidas al calor de otra estrella. Las dos vidas eran incompatibles entre sí. Al

menos no con la debida seguridad. Y la bombilla encendida en la oscuridad volvía a cuestionarme el camino de un destino marcado. ¿Podía elegir? ¿Existía una opción acertada? Retiré el indomable pelo de mi rostro y respiré con calma para recobrar el sosiego.

—David, ese hombre no me ha gustado nada. Vámonos de aquí. Hay demasiado chalado suelto.

—Es normal, no deberíamos entrar ahí sin permiso. Es peligroso.

Mi explicación no convenció a Claudia, pero tenía un poso de sentido. Los secretos habían regresado y lo aborrecía con toda el alma. Estuve un tiempo dándole vueltas a la cabeza. Pensando y pensando. Necesitaba entender. Deduje, a saber, que los seres rojizos se comportaban como una enfermedad infecciosa, y el canal para reproducirse era la egoísta necesidad humana de ver cumplidos sus más oscuros y siniestros deseos, fueran los que fueran. Pero por vez primera había confirmado, sin pretenderlo, que dicha condena era reversible. La enfermedad tenía cura. Los rojizos también podían trascender, era complicado, requería de un gran esfuerzo, de una inquebrantable voluntad, y no creo que hubiese unas instrucciones sencillas para ello, pero podía conseguirse.

Daryl lo había logrado, y me alegraba por él. Había eludido la horrible necesidad de nutrirse de la maldad ajena, de participar en su éxito para retroalimentarlo, de ver y causar dolor, de condenar a otro vivo al aterrador destino que él había padecido. Ese contrato sin firmar, esa pesadilla lúcida.

La energética vitalidad de Claudia consiguió extraerme de mis hipótesis enmarañadas. Necesitaba disfrutar el momento, estar con ella. La necesitaba a ella.

—¡Aquí hay de todo para comer! —chilló ilusionada.

Y con los brazos abiertos, mostraba un horizonte de posibilidades gastronómicas a nuestro alcance: chino, italiano, mexicano, japonés, turco.

—Elige tú, Claudia. Yo estoy abierto a todo.

Y sin venir a cuento, sin razón aparente, simplemente porque sí, me abrazó por encima de los hombros y me besó con esa genuina suavidad prolongada, como si estuviéramos en la más reservada y absoluta intimidad, solos ella y yo. Las decenas de personas que caminaban inquietas nos esquivaban como si fuéramos un obstáculo urbano y yo me sentía caer en un sentimiento de absoluta calma sensual, un sentimiento de pura armonía.

Cuando nuestros labios desconectaron, la energía me duraba todavía unos segundos, y de golpe retornaba al estado de alerta, y me preocupé por haber bajado la guardia nuevamente absorbido por esa insana y permanente psicosis paranoide. Esa paranoia desdibujada en la luz, pero no por ello menos cierta.

Daba gusto verla comer. Era igual que tener delante a un personaje vikingo, devorándolo todo como si no hubiera un mañana. Y, de vez en cuando, se tapaba la boca para esconder un pequeño eructo, sin disimularlo demasiado. Había diferencias; me quedaba absorto contemplándola, estudiándola minuciosamente. Era Angie, pero no era Angie. Había una clara esencia, pero obviamente, no era totalmente ella. Y nunca sería realmente ella.

Por un momento, hice una breve introspección y reconocí que yo tampoco era Dustin. Yo también había cambiado, había aprendido de los continuos errores de las vidas y,

aunque seguro estaba condenado a seguir cometiéndolos debido a mi naturaleza imperfecta, sin dudarlo me sentía menos ingenuo. Más preparado. Evolucionado. Aunque desconocía para qué.

Anduvimos por la pasarela del puente de Brooklyn, rellenando el fondo de las fotografías de los turistas, figurantes improvisados de un escenario mágico. El diseño del puente era simplemente magistral, y su construcción toda una proeza humana. Mi faceta de arquitecto latía con fuerza dentro de mí, pero no se terciaba la situación ideal para ella. Me sentía extrañamente impulsado por un destino diferente, como si esta vida tuviera otros planes para mí y yo me negara a aceptarlos.

Definitivamente, ya no era Dustin, y Claudia tampoco era Angie.

El sonido ronco de una motocicleta me llamó especialmente la atención. Habíamos dejado atrás el continuo ir y venir de vehículos y peatones, y nos dirigíamos a coger el metro al otro lado del puente. Aquella motocicleta no tenía nada de especial, salvo por una cosa: había puesto en marcha mi agudo radar contra el mal.

Los rojizos siempre llamaban mi atención, pero podía pasar junto a ellos mientras su huésped no estuviera en el ejercicio de sus maldades. Por decirlo de algún modo, era obligatoriamente soportable; habría necesitado mil vidas para ocuparme de todos los tiranos con los que me cruzaba, especialmente en una ciudad tan concurrida. Distinto era consentir su actividad dañina en mi presencia. Eso superaba todos mis límites de tolerancia.

Cuando vi al motorista mirar fijamente el bolso de aquella elegante mujer treintañera, rodeado por varios seres rojizos incandescentes, deteniéndose al sobrepasarla y dando la vuelta hacia ella, lo tuve clarísimo.

Solté la mano de Claudia y en un acto reflejo, sin tan siquiera pensarlo un momento, corrí hacia la motocicleta. El pelo cubría mi rostro, tapándome los ojos. No me importaba, era como si estuviera guiado por un nuevo sentido. Su conductor estaba demasiado pendiente de arrebatar sobre la marcha el bolso de su objetivo y todo mi deseo era llegar antes de que pudiera hacerle daño. La imaginaba arrastrada por el afilado asfalto, enganchada accidentalmente a la correa de su bolso. Necesitaba ser más rápido, llegar antes que él. Notaba cómo una poderosa energía fluía por todo mi cuerpo, y cómo llegué hasta ella a una velocidad completamente asombrosa, desafiando mi propia lógica.

Aquella mujer, de tacones y blusa de volantes, me miraba con los ojos de un lunático, inmóvil como una liebre nocturna de carretera. Desconocía que la verdadera amenaza que se cernía sobre ella estaba a escasos dos metros, y acercándose. Sentía un extraño calor en las manos, pero no podía detenerme en minucias, no en ese momento. En otra circunstancia, habría pensado que era una completa locura, pero algo dentro de mí me aseguraba que podía hacerlo. Sentía mi cuerpo más duro, fuerte y resistente que nunca. Como si no fuera de carne y hueso, y estuviera hecho del acero más inquebrantable.

Atónita por verme correr hacia ella, debió de perder el control de sus manos y el bolso cayó al suelo por efecto de la gravedad. Pasé a pocos centímetros; recuerdo que mi percepción del aire se comportó de otro modo al pasar tan cerca de ella. Entonces la mirada del motorista, conduciendo con una mano y extendiendo la otra al bolso en una difícil postura, percibió mi presencia por primera vez. Ya era tarde para él. Salté por

encima de la motocicleta estrellando mi rodilla derecha en su pecho.

La moto circuló durante unos metros sin conductor, lijando el bordillo de la acera, para perder el equilibrio finalmente sin mayores consecuencias. Aterricé con los dos pies sobre el asfalto, adoptando instintivamente una posición en guardia frente a aquel desalmado.

—¡Arriba! ¡Vamos, arriba! ¡Coge el bolso, estás a tiempo! ¡Vamos! ¿Qué ocurre, se te han quitado las ganas?

Aquel impacto sobre mi rodilla debía dolerme por fuerza, la experiencia así lo dictaba; sin embargo, apenas sentía la percepción del violento contacto. Algo era distinto en mí, confirmado.

El casco, que parecía más militar que de motocicleta, le había salvado del impacto contra el suelo. Sus labios comenzaron a segregar una mezcla rosada de sangre y de saliva, e inmediatamente me sentí responsable de lo ocurrido. Me agaché sobre él para interesarme por su estado de salud. Su reacción fue protegerse de mí con un aspaviento atemorizado. Creí que había sido más grave.

Pienso que los rojizos habían minimizado las consecuencias de su «accidente». Un corrillo de personas lanzaba al aire una serie de frases injustas. Instantáneamente, regresé al ya lejano robo que también evité, perseguido por un ingente griterío de voces hostiles.

Me incorporé con seguridad en mí mismo, pausadamente, serio y tranquilo. Confiado. Alguien había llamado a emergencias desde la cabina de una cafetería que estaba allí mismo. El hombre de corbata y pantalones de pinzas lo proclamó orgulloso, seguramente sin haber presenciado lo ocurrido un minuto antes. El bolso continuaba en el suelo, a pocos centímetros de unos pies calzados con unos zapatos de tacón relucientes como espejos negros.

Sin retirarme el pelo de la cara, recogí su bolso y se lo entregué en la mano. Lo recibió obedeciendo algún reflejo profundo, pero todavía victimizada por la extraña vivencia que había protagonizado. En esta ocasión, creo que debido a mi propia calma el ambiente urbano se había transformado en una silenciosa biblioteca abierta. Los curiosos me miraban expectantes, presentes y ausentes al mismo tiempo. El silencio espesaba el aire, lo hacía incómodo. El sonido cruzado de varias sirenas ganaba intensidad, y unas luces rojas y azules aparecieron en el horizonte. Caí en la cuenta de que la jefatura de policía estaba a pocas manzanas de ahí.

Claudia no se había movido del lugar en el que le solté la mano, y lo más inquietante era que ella también albergaba esa especie de parálisis en su mirar.

Levanté la motocicleta del suelo apretando la manilla del embrague, sus ruedas giraban en vacío con el motor todavía arrancado. Los coches de policía estaban llegando y una ambulancia doblaba la esquina, inclinándose peligrosamente.

Pude ver que el bombín del arranque había desaparecido, y en su lugar asomaba un lío de cables pelados y mal conectados. Necesitaba salir de allí, simplemente. No fue nada premeditado. Me monté en la Triumph y le di un poco al puño para comprobar que el motor funcionara bien, y de paso llamar la atención de Claudia, que continuaba paralizada como si observara a un desconocido.

Los agentes de policía ya habían bajado de los coches patrulla. Una pareja atendía al herido, como si fuera víctima de un simple accidente, y otros, recién llegados,

preguntaban a los presentes por lo ocurrido. Claudia y yo nos miramos, inmóviles, ajenos a los apocalípticos sonidos de la ambulancia y a la muchedumbre cada vez más abundante. Una sonrisa enorme inundó su rostro. Yo se la devolví haciéndole un gesto ladeado con la cabeza. Nuestra complicidad era hechizante. Ella esquivó al ordenado coro de cotillas indiferentes, adentrándose hasta el núcleo del meollo. Con un movimiento rápido, desplegué los estribos y ella se subió a la Triumph con la agilidad de una gacela.

Un sonido subyacente se detuvo justo a mi lado. Los tacones de la mujer respetaron las distancias conmigo, y la correa de su bolso unía sus manos ofreciendo una imagen de inocente aproximación.

—Gracias por ayudarme. Al principio, no me había dado cuenta, pero después… Bueno, ha sido increíble. Gracias de corazón.

Por el espejo retrovisor pude ver que se acercaba un agente de policía; solo tenía unos segundos.

—No hay de qué. Pero necesito pedirte algo. —Me miró extrañada, con esa luz de quien está deseando escuchar—. Cuéntales lo que ha pasado, si quieres, pero no compartas nuestra descripción. Nunca me has visto, ¿vale?

Y retiré todo el pelo que caía sobre mi rostro para que pudiera cruzar la mirada conmigo. Sin apartar la vista de los ojos azules de aquella mujer, atraje el antebrazo de Claudia hacia mí y noté cómo se ceñía a mi espalda. Apreté el puño derecho y solté el embrague, alejándonos de allí sin mirar atrás, a toda velocidad.

Sentía que estaba haciendo lo correcto. Encontraba mi camino.

Mi destino.

CAPÍTULO 45. **EL PROPÓSITO**

- *NUEVA YORK, NOVIEMBRE DE 1996*

Esa motocicleta era realmente veloz. Entregaba su potencia de un modo tan preciso, tan intuitivo que inmediatamente uno la sentía como una extensión de su cuerpo. Al circular sin casco, la sensación de velocidad se multiplicaba. No pensé adónde nos dirigíamos, quería alejarme de allí con Claudia; nada más.

Dicen que solo usamos un pequeño porcentaje de nuestra capacidad cerebral. Puede que no sea del todo cierto. Sin permiso, una parte de mí ya había decidido el itinerario a tomar. Me quedé sorprendido ante esa realidad, achacándolo a un deseo inconsciente del que no sabía nada.

Me detuve unos segundos en el primer refugio que vi en la carretera. Necesitaba pensar si sería capaz o no de continuar. En ocasiones no es la suerte, ni los caprichos del destino, ni los desafíos de la vida lo que nos pone a prueba. A veces es uno mismo.

Algo me había guiado por aquella ruta y, aunque el dolor aterrador de la vivencia parecía insuperable, decidí seguir los designios de aquella fortuita casualidad. Cuando reinicié la marcha, aturdido por mis pensamientos y el ensordecedor rugido de los camiones, pensé que era necesario. Era necesario regresar al lugar. Cerrar el círculo. Desafiar el miedo.

Quizá di algún rodeo de más para llegar, puede ser, pero lo encontré con facilidad. Desplegué la pata de la Triumph y Claudia se bajó de la moto, contemplando, sin pestañear, la gigantesca entrada a medio abrir y el letrero carbonizado en el que aún rezaba el eslogan Simon & Sons Storage.

Dejamos la motocicleta arrancada y nos adentramos en silencio, como si fuéramos una sola persona. Claudia observaba atentamente las paredes quemadas que todavía rezumaban el lejano olor de las cenizas. Se giró de vez en cuando para mirar el gigantesco espacio donde un día hubo un portón abatible. Necesitaba orientarse con referencias. Yo la seguía dos pasos por detrás, atento a sus reacciones.

Era increíble, caminábamos en la misma dirección de aquel día funesto. Su rostro expresaba el esfuerzo de recuperar algo perdido. Se detuvo un momento. Su piel se erizaba con sus diminutos vellos en vertical cuando fijó la vista en una placa de metal mal enrasada con el firme. Quizá fuera ahí donde se desolló el pie.

Recorrimos el pasillo tostado y repleto de restos caídos hasta llegar al vestuario. Unas ajadas y descoloridas cintas policiales ondeaban agitadas en el pasillo a merced del aire, como bailarinas rotas.

Entramos por él. Estaba cubierto por esa pátina desdeñada en la que el óxido marrón afloraba del metal en su batalla por ir ganando terreno. Se dirigió hasta una de las taquillas, una concreta entre decenas, y se quedó frente a ella, inmóvil, respirando con fuerza. Metió la yema de su dedo índice en el lugar donde algún día hubo una pequeña cerradura y tiró hacia fuera. Tuvo que hacer un par de intentos, pero finalmente la

puerta cedió.

El buen estado interior de la taquilla se presentaba utópico. Una expresión de incredulidad y tristeza se derramó lentamente por su mejilla sin alterar su semblante. Del pequeño estante superior recogió una cajita.

—¿Por qué me siento así? ¿Cómo podía saber que esto estaría aquí? —Su espalda se apoyó en las taquillas de atrás, debilitada de la emoción—. Hay algo que no me cuentas.

Me mantuve en silencio. Tardé un poco en reaccionar. No me lo esperaba. Una parte de mí quería gritarle toda la verdad, todo el secreto. Habría invertido menos de un minuto en resumirle todo, pero no podía. En cambio, me mantuve callado como un mero observador, uno que sentía un extraño reflujo en el vientre. Hasta que por azar vi lo que vi. Un objeto esférico de reducido tamaño. Plateado y similar a una pelota de tenis, con algo móvil en su interior, nos vigilaba sin hacer ruido. Había salido sigiloso por detrás de una hilera de taquillas. Se mantuvo durante un breve tiempo frente a nosotros, especialmente fijado en mí, y sin más, al detectar que lo habíamos advertido, salió disparado por la ventana en trayectoria ascendente.

Ni tan siquiera tuve oportunidad de hacer algo. Fue rapidísimo, pero estaba seguro de que ese dispositivo era de los extranjeros. Quizá lo dejaron allí como un sistema de alerta para recabar información. Quizá pretendían localizarme. Quizá me equivocaba. Demasiadas incógnitas. Lo que era obvio es que la tranquilidad se había acabado y aquel sentimiento de urgencia extenuante, que ya tenía bajo control, se apoderó nuevamente de mí.

—¿Qué era eso, David? ¿Cuándo vas a contarme algo?

Odiaba verla enfadada, y tenía toda la razón del mundo para estarlo. Me ponía en su lugar y yo habría sido menos paciente. Mi prioridad en ese preciso momento era protegerla, y para ello necesitábamos salir de allí cuanto antes. La cogí de las manos, sosteniendo entre los dos la pequeña cajita azul, y la miré fijamente, intentándole transmitir todo lo que sentía por ella. Junté mi frente con la suya sin pestañear, sumergido en el infinito de sus ojos. Quería decirle todo sin articular palabra, porque ninguna se acercaba a lo que realmente sentía por ella. Mi corazón trató de expresarse con un suave y prolongado beso lleno de afecto, lleno de frustración, lleno de ilusión, de temor y amor. Nuestras pestañas se cruzaron a la vez, y respiré el acelerado aire que salía de sus pulmones con la fugaz impresión de que nuestras vidas compartían el mismo latido.

—Tenemos que salir de aquí. No hay tiempo para explicaciones. Hay que irse. —Dedujo que el pequeño objeto volador había roto nuestro momento y, llegados a este punto, sabía que mis advertencias nunca eran infundadas—. Cuida lo que hay dentro de esa cajita.

Ella se la guardó sin tiempo de ver lo que albergaba, y volvimos a toda prisa sobre nuestros pasos.

Nos subimos a la motocicleta, y cuando la sentí abrazada hice girar la Triumph sobre sí misma, saliendo de allí como un relámpago sobre ruedas. Maldije por lo bajo a esas horribles criaturas que nos estaban haciendo la vida imposible. Esta fue la definitiva, la gota decisiva, la que desbordó el vaso y me empujó a tomar la determinación taxativa.

No podía continuar con esa actitud. Nunca había tenido un concepto mesiánico de mí

mismo, más bien todo lo contrario. Tampoco estaba seguro de lo que haría a continuación, pero tenía una cosa clara: toda esa persecución no iba a parar, ni para mí ni para todas las víctimas que hubiera por venir.

El fuerte coraje que sentí al padecer la ausencia de tranquilidad hizo que se enervara todo mi ser. Estaba a punto de llevar a cabo la decisión más dura de toda mi existencia. Alejarme del amor de mi vida de manera voluntaria, consciente y decidida.

Había recaído en la paranoia. Miraba al cielo en cada giro de esquina, en busca de cualquier elemento fuera de lugar. Me detuve en el acceso múltiple, frente a las distintas direcciones de la autopista. Vigilé atentamente, pero nada. Aun así, hice uso de las virtudes otorgadas por los guardianes para ponerme en modo invisible. Confiaba en que sirviera también para eludir mi presencia de su tecnología, pero desconocía el verdadero resultado.

Debía tener más cuidado que nunca, porque al conducir en esas condiciones ningún conductor podría vernos. El trayecto se me estaba haciendo largo y corto al mismo tiempo. No quería llegar, no quería enfrentarme a mi propia decisión, no podía soportar la idea.

Creo que, al irnos acercando, Claudia intuyó el propósito de mis planes. Se soltó de mi cintura y se despegó de mí. La desazón inundaba mi alma, y a esas alturas las lágrimas habían dibujado una línea horizontal que prolongaba la conjunción del filo de mis ojos. Apenas quedaba una cuadra para llegar a la residencia, y sus puños se estrellaban de modo intermitente y con rabiosa furia por toda mi espalda.

Detuve la motocicleta con suavidad, aunque ella se zarandeaba, agitada como una bestia salvaje en la lucha. Hice todo el esfuerzo del mundo para mantener la calma y no romperme en mil pedazos. Esa decisión estaba siendo lo más doloroso que había vivido nunca, y, sin embargo, tuve que fingir una entereza que no tenía.

—¡Escúchame! ¡Escúchame! ¡Escúchame, cariño, por favor! ¡Escúchame! ¡Te lo suplico, mi amor! —dije persiguiéndola.

Estaba siendo algo muy duro. En realidad, ni tan siquiera pude calcularlo porque fue una decisión precipitada, pero también macerada. Una decisión tan espantosa como necesaria.

—¡No! ¡No quiero escucharte! ¡No quiero escuchar nada! ¡Necesito estar contigo! Te necesito.

Los ojos de Claudia temblaban y sus palabras tropezaban al salir bajo un estado de terror encanado.

—Nada en este mundo me hace más feliz que estar contigo. ¡Nada! Pero has de escucharme. Tengo enemigos poderosos, y te juro que he hecho de todo para librarme de ellos. Me he escondido, he visto la muerte, he luchado por mi vida, he sufrido, he llorado, he escapado, me he vuelto loco de soledad y te he añorado tanto que he llegado a odiar al amor —atiné a decir de carrerilla—. Pero también he ganado, te he encontrado y te he rodeado entre mis brazos. Y por fin lo entiendo. No debo coger más desvíos. Voy a cumplir mi destino. Voy a ser la mejor versión de mí mismo. Es el único modo. Toca pelear y voy a prepararme para lo que viene. Necesito hacer lo que he venido a hacer. Proteger. —Cogí aire—. Proteger a cuantos pueda.

—¡No me separaré de ti! ¡Te quiero desde el primer momento en que te vi! Somos el uno para el otro, ¿no lo ves? ¿Qué debo decir? —gritaba al aire, mientras yo soportaba

el peor duelo de mi vida con una falsa firmeza, capaz de desmoronarme en cualquier momento.

—Claudia, no me voy a separar de ti. Esto no es un adiós, es solo un hasta pronto. Créeme, no tengo otra opción. Si de verdad queremos estar juntos, este es el único modo, créeme, lo sé —afirmé convencido—. Busca tu propio camino, sin ataduras. Hay una fuerza oculta que nos guía, llámala como quieras, pero nos susurra el camino. He tardado mucho en entenderlo; demasiado. —Claudia escuchaba el mensaje sin estar preparada, no discernía la idea y yo parecía un político de palabras huecas—. No dependas de nadie, de nada, ni siquiera de mí. —Me costó decir—. Con Paloma, con los nuestros, eso da igual, si oyes el dictado que hay de fondo en tu corazón, siempre verás el trazado. Creo que ese es el verdadero misterio por explorar. El sentido de nuestra presencia en el mundo.

Sostuve su rostro frente al mío, calmando su agitado descontrol, acariciándola con todo mi cariño.

—¡No! ¡No quiero! —bajaba la voz, esforzándose por recuperar una madurez demasiado lejana en ese momento—. Te ayudaré en lo sea que tengas que hacer. Ya lo hemos hecho antes y salió bien.

—Esto es distinto. Debes confiar en mí. Te lo pido por favor. Confía y todo saldrá bien. Estaremos juntos y viviremos nuestra vida con el mayor regalo que puede ofrecernos. Con amor y tranquilidad.

Sostuvimos nuestras miradas como dos negociadores incapaces de llegar a un acuerdo.

—¡Ni tan siquiera te dignas a contarme nada! ¡Qué vergüenza y qué triste! Es verdad, no quiero una vida llena de secretos.

La ira recorría su ser. Y comenzó a caminar en línea recta como una flecha hacia la residencia. Yo la seguía unos pasos por detrás y ella aceleraba el ritmo, escapando de mí, ofuscada en su arrebato de cólera.

Llegó hasta el timbre del portero automático sin mirar atrás, tocando con insistencia. Yo caminé los últimos pasos despacio, y al notar que me acercaba no le dio tregua al botón, lo mantenía pulsado constante, mirando fijamente a la cámara de seguridad, hasta que la puerta metálica emitió el sonido eléctrico de apertura.

En el último momento, cogí su mano con la fuerza justa, de un modo en que ella pudiera soltarse si así lo deseaba. Se quedó paralizada en el paso. Nunca su melena castaña me había parecido tan preciosa, ni había sentido tanto miedo de mí mismo, y jamás necesité tanto el apoyo de alguien. Ella se giró cabizbaja, ocultando su dolor.

—Te quiero, ¿me oyes? Te quiero, y nada de lo que ocurra podrá cambiar eso porque nuestro amor es eterno. Tú y yo somos infinitos. Simplemente, te pido un paréntesis, un instante de nuestra existencia. Necesito ponerme al servicio de los demás. Atender la llamada. Arreglar el desorden. Respetar. Respetarme.

—David, no me hables de eternidad. Ya te he perdido una vez —afirmó inquisitiva—. Esas noches de miedo, llorando por ti, pensando en que podrías estar muerto. Eso-eso sí que fue interminable. —Nunca la había visto tan enrabietada—. Me siento como una estúpida, una completa imbécil.

Retiré su castaña melena del rostro, contagiado de su angustia, del sentimiento de culpa.

—Nada de lo que a mí me pueda pasar te debe hacer sentir como una estúpida, ¿de acuerdo?

—Tú no lo entiendes. No entiendes nada, ¿vale? —Y entre los dos se hizo un silencio desconcertante, tenso y abrupto—. Fui una estúpida por no encontrar el momento de decirte lo mucho que te quiero, por no hablarte sobre lo que me estaba pasando contigo y por no preguntarte si te sucedía también conmigo. Desconocía si estaba perdiendo la razón, si mi brújula me engañaba, y no hice ninguna de esas preguntas porque sospechaba que tu corazón estaba distraído, buscando algo, otra cosa, y tuve miedo de declararme, de perder lo que ya tenía. —Las piernas me empezaron a fallar, como si toda mi sangre se hubiera detenido de golpe—. Y ahora que has vuelto, que algo ha cambiado en ti, ahora que lo tengo todo, que soy feliz, me dices que te marchas. Que debes alejarte de mí.

Me quedé algo aturdido. Sin embargo, unas palabras fluyeron desde mi interior como extraídas de una inteligencia superior, o quizá como una reflexión masticada por la experiencia y presentada en ese momento en forma de sabiduría, no estoy seguro.

—Llevo toda una vida buscándote, nunca he tirado la toalla, y al final te he encontrado, eres tú. Tú eres mi felicidad. Pero no puedo olvidar una realidad con la que estoy en línea, y es que el mismo don que nos alejó es el que me ha traído de nuevo hasta ti; es decir, estamos conectados, vivimos para estar juntos. —Parecía convencida a medias—. Pero si continúo eludiendo mi propósito, mi destino, mi entrega para con los demás, nuestra felicidad se verá interrumpida y me habré fallado a mí mismo. Habré fallado a mi deber, al propósito de mi existencia. He tardado varias vidas en entenderlo.

Cuando sabes que has encontrado la verdad, el universo conspira para que ocurra lo impensable. Aparecen las palabras apropiadas, con el tono perfecto, el tacto apropiado y la mirada concreta. El amor tiene curiosas expresiones, y el sacrificio que estábamos pactando era una prueba más de su inquebrantable resistencia.

Paloma caminaba despacio por el pasillo arenoso que dividía el verdor de la hierba cortada y que conectaba el acceso con la residencia. Sentía un gran respeto por Paloma y, en definitiva, por la sociedad secreta que sostenían, pero mi intuición me decía que no debía ser lo que ellos quisieran que fuera, no podía convertirme en su instrumento. Yo debía ser yo mismo y estaba convencido de que los obstáculos, los detalles, se irían resolviendo solos. No se trataba de empeñarme en hacer las cosas solo. Todo lo contrario. Nunca estaría solo si seguía el sendero de mi propósito.

—Prométeme que vendrás a verme de vez en cuando. Prométemelo y me daré por satisfecha.

El crepitar de la arena bajo los pies de Paloma se escuchaba cada vez más cerca, y de pronto la idea de Claudia inundó mi imaginación como una luz arrolladora.

—Te prometo que nos veremos todo lo que nos sea posible. Estés donde estés daré contigo, que eso no te preocupe. Pero tú debes prometerme que será nuestro secreto y que tendrás cuidado de no pensar en ello en público; existen personas muy sensitivas que podrían descubrirnos, y eso no nos conviene.

Una enorme sonrisa de alegría se dibujó en sus labios, a lo que siguió un abrazo abalanzado, sellando nuestro pacto con una serie de besos, desembocando finalmente en uno más suave, dulce y sosegado, que nos dejó a los dos con la impaciente llegada de ese encuentro furtivo.

Solté con aletargada suavidad la mano de Claudia. Me quité el colgante de Kingsley y lo sostuve en mi mano durante unos segundos; significaba mucho para mí. Se lo pasé por encima de la cabeza y me aseguré de que estuviera bien centrado en su pecho.

—Escúchame bien. No te lo quites nunca.

Y me dirigí a la motocicleta arrancada, improvisadamente aparcada junto a la acera. Retiré la pata de apoyo e introduje la marcha con calma, no sin la carga del peso por la decisión tomada, pero increíblemente contento por haber encontrado una solución para seguir juntos. Pasé lentamente frente a ella, deseando cruzar nuestras miradas cómplices durante esos metros. En lugar de eso, me quedé extrañado por la fragilidad de mi memoria al observarla ensimismada mirando la inscripción del anillo que había sacado de la cajita azul: Dustin & Angie-1977. Ella alzó su rostro buscando mis ojos, y aquellos metros cruzados arrojaron por su parte un aluvión de preguntas en silencio, a pesar de quedarse con la boca abierta.

Su despierta inteligencia estaba empezando a conectar las señales invisibles e imposibles, y una nube de escepticismo se instalaba en su rostro. Creo que empezó a entender que el seudónimo con el que la presenté a Chloe era algo más que una simple medida de autoprotección. Que nada de aquello tenía sentido porque fue ella quien intuyó la oculta presencia de la cajita azul, y ahora en su mente un millón de cuestiones se empujaban las unas a las otras, tratando de esclarecer el inesperado misterio que se le había presentado.

—¡¡¡Te quiero!!!

Moví los labios sin aire para que los leyera al pasar. Hice un saludo ligeramente reverencial a Paloma, que ya estaba detrás de ella, y finalmente miré al amor de mi vida antes de irme, guiñándole un ojo con una leve sonrisa, para reafirmar nuestra complicidad.

Sin embargo, la expresión de Claudia continuaba meditabunda cuando me alejé. Parecía absorta en sus pensamientos, pero, al mismo tiempo, mirándome con una suspicacia profunda y un escepticismo brillante.

Aceleré con fuerza, cogiendo velocidad, camino a cumplir mi destino. Iba a hacer aquello para lo que había nacido y sabía, no, tenía la clara certeza de que el plan oculto había sido revelado para mí.

—¡Espera! ¡Lo recuerdo! ¡Espera! —Detuve la moto al oír sus gritos, bloqueando la rueda trasera por el asfalto. Claudia venía corriendo, me apresuré a su encuentro y ella saltó sobre mí, abrazándonos en un baile de giros con sus pies flotando en el aire—. Me acuerdo de ti. El tren, me sacaste del tren. Lo recuerdo. Dime que no estoy loca, por favor, dímelo —me suplicó susurrando al oído, jadeando.

—No estás loca, Angie. No, no estás loca. —Me quedé sorprendido—. No podía contártelo, lo tenía prohibido. Lo siento, mi amor. —Nuestras frentes se solaparon con el abrazo—. Nadie más puede saberlo, nunca.

La posé en el suelo y nos miramos fijamente inspirando con emoción, reconociéndonos más allá de las pautas del tiempo.

—Tenemos pendiente una cita en París. —Y me devolvió el anillo. Lo apreté con fuerza bajo mis dedos y nos besamos estirando cada segundo, respirando juntos, sincronizando el ritmo de nuestro corazón—. Vete —me dijo.

Soltó mi mano acariciando la yema de mis dedos y caminó hacia Paloma, mirando

atrás de cuando en cuando, escéptica. Afilaba sus rasgos, incrédula, pero también con una madurez renovada, soslayada bajo su dulce apariencia. Permanecí allí de pie, sintiendo el vértigo de la emoción, masticando lo que acababa de ocurrir. Me subí a la Triumph y le di gas a la bestia de acero, alejándome con una sonrisa.

Sonreía porque sentía que había dejado de ser egoísta, hedonista e indeciso. Sentía que afinaba mi existencia con los designios de El Orden y esa fuerza inteligente del universo me lo demostraba, me enseñaba el camino. Estaba en lo cierto.

Lo sentía en el pecho.

CAPÍTULO 46. **EL AMOR ES SALVACIÓN**

- *NUEVA YORK, FINALES DE 1996*

Aquella motocicleta era, sencillamente, espectacular. Lo mejor que había conducido nunca. Pero había un problema: era robada y tenía dueño. Conduje sin prisa hasta el piso de Chloe. Necesitaba despedirme de ella, darle un abrazo y desearle toda la suerte del mundo en su nueva etapa. Me sentía muy identificado con ella.

Sin quererlo, se había hecho tarde y la noche comenzaba a robar la claridad del día. Se respiraba ese aire frío y húmedo de las plantas mezclado con la remanente fuerza del sol cada vez más ausente. No podía dejar la moto sola, así que timbré al portero automático sin recordar que no funcionaba.

Un grupo de chavales me miraba, algo indecisos conmigo. Dos rojizos se alimentaban de uno de los jóvenes. Los otros cuatro habían adoptado el rol sumiso de quienes depositan erróneamente sus anhelos y expectativas en la persona equivocada, en la referencia incorrecta, y era una cuestión de tiempo que todos ellos acabaran siendo lo que nunca estuvieron destinados a ser.

Tomé la iniciativa y me acerqué. Me puse frente a ellos. Todos teníamos aproximadamente la misma edad. Los chavales comenzaron a moverse inquietos cruzando las miradas entre ellos, solo por mi silenciosa presencia en el lugar. Finalmente, los cuatro se fijaron en el joven de los rojizos, buscando en él una solución ante lo que podía ser una provocación o, más bien, la insolente falta de respeto de un blanquito. Se puso de pie y bajó los cuatro peldaños hasta ponernos frente a frente, apretando los dientes y expresando una agresiva mueca de odio hacia mí, tan solo por el mero hecho de mirarlos. Eché un par de pasos hacia atrás; necesitaba que reinara la paz.

—Grandullón, voy a pedirte un pequeño favor, no sé si estarías dispuesto a ello.

Se echó a reír como si estuviera delante de un pirado.

—¡Lárgate de mi vista antes de que te saquen del barrio en una caja de pino!

Uno de los chicos se había acercado a la Triumph y se había dado cuenta de que la moto era robada.

—Eh, colega, ¿has chorado tú esta moto? ¡Qué fuerte, tío!

—Pues ya tenemos moto —se le ocurrió decir al enorme grandullón.

—No tenéis una mierda. Y tú aléjate ahora mismo de ella, si no quieres acabar llorando en casa con tu madre.

Estaban sorprendidos ante tan extraña situación, y murmuraban entre ellos preguntas y afirmaciones, como que si era un espagueti, o uno de no sé qué banda latina.

—Esa moto tiene dueño y se la pienso devolver. He venido a despedirme de una amiga y necesito que le echéis un ojo mientras subo, nada más que eso. Si me hacéis ese enorme favor, os estaré agradecido.

El grandullón se echó a reír otra vez y el resto se miraron desconcertados, arrancando

malamente unas falsas sonrisas que descubrían una inseguridad de fondo. El muchacho, rodeado de rojizos, apretó los puños y me dio un ultimátum.

—¡Te vas a largar de aquí y sin la moto! Este es nuestro barrio y mandamos nosotros. ¡Somos los Pumas!, ¿te enteras?

Y entonces no lo pude evitar. Me entró una risa como pocas veces he tenido en la vida. En realidad, no era tan gracioso, pero al decirme que su banda tenía ese nombre me los imaginé disfrazados de gatos grandes y me dio el ataque. Tantas eran mis risas que hasta el grandullón se contagió y empezó a reírse también, confesando.

—Bueno, lo de los Pumas fue idea de ese cretino. —Y señaló a un muchacho moreno y esmirriado que seguía sentado en la escalera.

—El puma es el *ninja* de la selva, y además es feroz, como nosotros. Yo lo veo guay y molón —se defendió como pudo el flacucho, mientras todos reíamos.

—Me caes bien, blanquito. Por eso no te daré una paliza, pero la moto no te la llevas.

—Y dale —dije contoneando la cabeza.

Las risas cesaron de golpe y una tensa atmósfera se adueñó del lugar. Hacía tanto que no me reía así que era incapaz de enfadarme con ellos. Intentó lanzarme un puñetazo, pero en realidad no consiguió, ni tan siquiera, alzar el puño por encima de su cintura porque ya le había agarrado yo de la cabeza. Sentía mucha compasión por aquel joven y necesitaba resolver aquello de la mejor manera posible. Extraje su alma, solo un par de centímetros, lo justo para que no se desconectara de su cuerpo. Y le orienté la vista hacia sus rojizos. Su cara reflejó el espanto más terrorífico y hablé con él, en ese otro universo paralelo tan pegado al nuestro.

—¿Los ves? ¡Dime si los ves! ¡Contesta! —le pregunté con vehemencia.

Era incapaz de hablar, solo un rasgado alarido se escuchaba emergiendo de su ser y lo continuó haciendo cuando retornó a su cuerpo. Se sentó en el suelo, demasiado afectado por la espantosa visión. Sus amigos me miraban descontrolados, cargados de sorpresa e inquietud, sin saber muy bien qué acababa de ocurrir. No hizo falta volver a pedírselo.

Así lo entendí.

Subí a toda prisa. Descansillos con puertas abiertas, personas mayores, niños y madres hacían su vida sin importarles su privacidad mientras yo corría por los rellanos. Llamé a la puerta, que temblaba por mis nudillos, y esta se abrió. Chloe apareció con cara de pocos amigos. Afortunadamente, era algo pasajero.

—Dustin, ¡ya está bien! ¡Siempre llamas a la puerta como lo hace la policía!

Era algo que no sabía, porque nunca habían llamado a la puerta de mi casa, pero no me quedó más remedio que creerle en vista de su reacción auténtica.

—Perdón. Creo que ya me lo habían dicho.

Y me pasé la mano por detrás de la cabeza frotándola avergonzado. Pasé al interior y pude ver que había interrumpido algún ensayo, por su cuaderno y el bolígrafo apresuradamente arrojados sobre el sillón.

—Vengo a despedirme de ti. Claudia ha vuelto a su lugar, y yo me voy a dedicar a lo que debo hacer. He escuchado a esa voz interior, esa a la que de vez en cuando he dejado un poco olvidada, pero que siempre ha sido la guía imperturbable de mi destino.

La respiración acelerada tras subir las escaleras reflejaba la ilusión de compartir mi decisión, especialmente con ella. Teníamos tanto en común. Enseguida, mi alegría se

hizo suya, y aunque ella no conocía los detalles, los dos nos vimos envueltos en esa aura de bondad y belleza que puedes compartir con los afines.

Nos dimos un fuerte abrazo. Nos deseamos toda la suerte del mundo y prometimos volver a vernos, porque algunas relaciones, por mucho que pase el tiempo, se hacen inalterables. Bajé las escaleras con pausa. Disfrutando de aquel edificio que a ojos de cualquiera sería penoso, pero que, para mí, se había vuelto uno de los lugares más bonitos de este mundo porque en su interior podía respirarse humildad, afán de superación y creatividad.

Al llegar al portal, quedé satisfecho por encontrar la motocicleta en el mismo lugar donde la había dejado. Junto a ella, de pie, aguardaba el grandullón de los rojizos. Su expresión había cambiado. Ya no reflejaba esa chulería altiva del principio; en cambio, un gesto escéptico, temeroso y extrañamente amable se había instalado en su rostro. No quise decir nada; creí que sobraban las explicaciones, y subí a la moto arrancada, comprobando que el depósito de gasolina estaba llegando a la reserva.

—Un momento, un momento, por favor. ¿Quién eres? ¿Qué es lo que he visto?

Sus preguntas salían en avalancha de su garganta, cuya voz ya era la de un hombre. Crucé las manos sobre el depósito y me puse cómodo, equilibrando la Triumph sobre sus ruedas. Hice adrede una pausa de silencio. Necesitaba transmitirle la fuerza del vacío, la energía del sosiego.

—Soy el que te ha mostrado la verdad, quédate con eso. Y lo que has visto es tu porvenir. Eres joven, sano, fuerte, y me aventuro a pensar que incluso bastante inteligente. Nadie necesita cometer actos de maldad, esta vida te provee de todo y en abundancia, pero debes comportarte como ella: con generosidad. Todos nacemos siendo puros. De ti depende regresar al camino correcto; es tu oportunidad, no la desperdicies. Cuida de ti y cuida a cuantos puedas. Ah, y gracias por vigilarme la moto.

Miré por el retrovisor y arranqué rápidamente.

Fue la primera vez que hacía algo así, y lo hice movido por la intuición de que funcionaría. Los guardianes me habían confiado más poderes de los que había tenido tiempo de explorar, pero, en ese momento, tenía asuntos más importantes en que pensar.

Después de varios cruces y un par de kilómetros, un edificio de ladrillo con portones azules y una enorme antena sobre él llamó mi atención. En su azotea ondeaba, con fuerza y en discreta soledad nocturna, la bandera americana, y frente a él, las furgonetas y los coches de policía se acercaban peligrosamente entre ellos aprovechando el espacio. No tuve más remedio que interpretarlo como una señal. Me paré frente a la comisaría.

Los agentes pasaban, salían y entraban; paradójicamente, demasiado ocupados en sus tareas como para advertir que, en la acera de enfrente, un joven los observaba atentamente sobre una motocicleta sustraída. Retiré el empalme de los cables y el motor se detuvo lentamente, como si no quisiera hacerlo realmente. Puse la marcha neutral y la empujé, cruzando, hasta un hueco que había junto al acceso. Una voz me sorprendió.

—No puedes dejar la moto ahí. —Su voz sonaba áspera y tajante.

—Verá, agente. Buenas noches. Creo que esta motocicleta es robada, la he traído hasta aquí para que se la entreguen a su dueño.

—¿Y dónde la has encontrado, muchacho? —me preguntó el policía, extrañado.

—No muy lejos —respondí con ambigüedad para evitar inventarme algo.

Porque, aunque para mí hacía lo correcto, y de eso no cabía duda, desconocía los entresijos de las leyes. El policía miró la motocicleta y después me miró otra vez, y creo que llegó a la conclusión de que era imposible que yo fuera el responsable de su robo. Entonces la energía de su voz, su actitud y su amabilidad hacia mí cambiaron radicalmente.

—Quedan pocos chavales como tú. No te conozco de nada, pero me siento orgulloso. —Y me rodeó con su brazo, empujándome a entrar en la comisaría—. Pasa por aquí.

El cartel de aquella puerta decía: «Solo policías». Se sentó frente a un ordenador amarillento, que delataba la ingente cantidad de cigarrillos fumados en ese cuarto.

Mientras operaba en el ordenador, yo no dejaba de pensar en que debía salir de allí, e incluso empecé a preguntarme cómo pasaría esa noche, y qué cenaría, porque de nuevo estaba ahí fuera, nuevamente solo y sin nada.

—Bueno, agente, si no necesita nada de mí, yo me voy.

Finalmente, el reloj de arena rotatorio desapareció, y en su lugar un mensaje rojo acaparaba toda la atención de la pantalla.

—¡Bingo! Aquí lo tenemos. Su dueña se va a poner muy contenta —exclamó el policía.

—Me alegro mucho, agente. Si me lo permite, me gustaría no figurar en ningún lado. Ya sabe, no quiero follones.

—No te lo vas a creer. ¿Has visto? Los buenos actos siempre traen cosas buenas. La dueña ofrece una recompensa de mil dólares a quien encuentre su moto. Y no te preocupes por eso, no hace falta que te cojamos los datos, ni nada. Ahora, sí o sí, te tienes que quedar —afirmó levantando el entrecejo.

Me pareció extraño ver a un agente de policía sonreír tanto y abrir los ojos de ese modo tan chistoso. Me dio la risa, y a él también. Últimamente, me daba cuenta de que sonreía más. Algo estaba cambiando en mi interior.

Pude ver una sala repleta de personas. Era el lugar donde esperaban los denunciantes. La energía que se respiraba era de frustración, negatividad e incluso pude percibir deseos de venganza, que no es lo mismo que justicia. El agente Romansky me llevó a otra estancia solo para ellos; era un comedor con cafetera, máquina de refrescos y un televisor, al que cariñosamente llamó el inmortal.

Tenía vergüenza, no quería abusar de su hospitalidad, pero tampoco deseaba que se ofendiera, así que me puse un café bien cargado. Desconocía lo que la noche pudiera tenerme preparado. Llevaba tanto tiempo sin ver la televisión que me quedé enganchado mirando esa caja luminosa.

Tenían puesto el canal de las noticias; todo era malo: protestas violentas, guerras, catástrofes, y para colmo anunciaban lluvias en Nueva York. Algunos agentes se sentaron cerca de mí. Saludaron con naturalidad y prosiguieron su conversación. No era la primera vez que alguien como yo estaba entre ellos. Me levanté y cambié el canal, porque ninguno lo estaba mirando. Al Equipo A lo encontré en la primera muesca a la derecha, y me quedé embobado viendo a tan variopinto grupo de salvadores. Perdí la noción del tiempo y el espacio.

El agente Romansky apareció con una señora. Había terminado un capítulo y

empezaba otro nuevo, igual de interesante o más, pero se me acabó el entretenimiento. Ella tendría no más de treinta y cinco años. Demasiado elegante para conducir una motocicleta. Era una mujer sencilla, discreta. Aun así, hasta un ciego podría adivinar su inmensa fortuna. El policía nos presentó y ella extrajo directamente de su monedero un pequeño fajo de billetes.

—Señora, por favor, no es necesario. No ha sido nada, yo me doy por satisfecho con su alegría. No se enfade, pero no deseo aceptar su dinero.

Ella me revisó de arriba abajo, y por mi aspecto, extrajo sus propias conclusiones y todavía se quedó más sorprendida.

—Ni te imaginas lo que esa motocicleta significa para mí. No es solo goma y metal, para mí es la materialización presente de un recuerdo.

Un recuerdo. Sus palabras me resultaron tan acertadas que me pareció casi imposible que se tratara de una eventualidad. ¿Me estaba volviendo loco? Escuchaba mensajes demasiado personales en boca de otras personas. Imaginariamente retiré de mi mente esa idea, como si fuera un despropósito. Luego me daría cuenta de que esas casualidades no eran tales.

Romansky, con esa libertad que solo una autoridad puede aprovechar, cogió el dinero de la señora y me lo metió a la fuerza en el bolsillo, y, claro está, no era apropiado impedirlo.

—No puedes ser desagradecido, muchacho. Te mereces eso y mucho más.

La voz de Romansky eclipsaba el sonido de las aventuras del Equipo A, las campanillas de las máquinas de escribir, las conversaciones de la muchedumbre y las sirenas de los coches que salían de la comisaría en su eterna prisa.

Salí del departamento con una dudosa emoción. Por alguna razón, sentía vergüenza de haber aceptado ese dinero, pero, por otro lado, me pareció que era innegable que El Orden había dispuesto que no me faltara de nada en adelante.

Finalmente, me quedé con ese pensamiento, y supe que al haber aceptado el propósito de mi existencia también me había ajustado con el universo. Con la energía. Con el todo. Y, de ese modo, hallé la inagotable fuente de la abundancia que hasta entonces había esquivado: dedicándome a los demás.

Dedicándome a El Orden.

- *NUEVA YORK, 21 DE DICIEMBRE DE 1996*

Las semanas habían ido pasando deprisa. Ese tiempo, tan ocupado, se me pasó como un chasquido de dedos. A la vez, me daba la impresión de que el último encuentro con Saya se había enterrado en mi memoria lejana, y, a decir verdad y para ser honesto, una parte de mí no quería volver a verla. Supongo que todos debemos pelear con esas barreras internas; y es que perdonar de corazón es una cosa, pero un dolor tan agudo siempre deja huella.

De todas formas, estaba trabajando en ello, y me sobrepuse a esa idea tan poco elevada. Me había convertido en un experto enfermero de mí mismo. Durante ese período no tuve descanso, y es que había tanta gente necesitada, tantas vidas que

proteger y tanta injusticia que a veces se me juntaban la noche y el día.

Nunca estaba en el mismo lugar, rotando por la ciudad, por los suburbios, identificando y solucionando los casos más peliagudos. Me centraba en aquellos que pudieran provocar grave daño hacia las personas. El único momento del día que me dedicaba a mí mismo, y no lo tengo yo tan claro, era entrenando, en los tatamis, en cuadriláteros, en hexágonos. Combatía en tantas disciplinas que, en ocasiones, y con el perdón de esos oponentes, olvidaba algunas reglas del combate; pero es que en la vida real no existe ese honor tan inculcado en las artes marciales y tampoco esa deportividad.

La vida real contra el mal es un combate a vida o muerte, sin normas, sin escrúpulos, sin conciencia ni remordimiento. Así actúa. Yo sentía la necesidad de ser lo opuesto. Vida, respeto, empatía y clemencia. De modo que mi tarea se hacía doblemente difícil. Doblemente necesaria. Mi cuerpo se estaba transformando en un museo de cicatrices, pero también en un instrumento material de El Orden, más fuerte, más duro, más rápido, más sigiloso y con una mente más despierta. Con un objetivo.

Pero ese día…, ese día era distinto. Iba a reencontrarme con Saya, y algo muy brillante y profundo de mi ser me decía que era imprescindible, que así debía ser, que algo mayor que yo, que ella, que los guardianes lo había dispuesto. Y me sentía empujado, animado e ilusionado por servir, en absoluto silencio, a la humanidad, o al menos a una pequeña parte de ella.

El caso es que llegué muy temprano. La nieve había caído durante días y se había formado en el suelo una potente capa compacta, blanca y espesa. Algunos copos perdidos flotaban en el aire, como movidos por el resonar de las bocinas marítimas y el apesadumbrado aleteo de las gaviotas ateridas.

No dejaba de observar la imponente estatua turquesa sin sustraerme de la icónica idea que suscitaba. En realidad, era la misma por la que estaba allí esperando a Saya, en alerta, consciente de todos los poderes que los guardianes me habían entregado por si me tendían una emboscada, y a la vez sin la certeza de que acudiera.

Una silueta femenina se confundió con las decenas de farolas victorianas alzadas sobre pedestales hormigonados. Debía de ser ella. Según me iba acercando, su imagen me suscitaba la apariencia de una bella y elegante mujer llegada de la Europa del Este, ataviada con un ceñido abrigo negro de cierto corte militar cuyo color hacía resaltar el dorado tono de su cabello. Mis pasos sobre la nieve crujían como plástico de burbujas mientras su abrigo ondeaba al aire por el viento al tiempo que unos copos de nieve se derretían sobre su rostro impasible.

—Bien. Veo que estás bien, mejor que la última vez que te vi —rompí el incómodo silencio entre los dos.

—Los dos sabemos por qué estamos aquí —afirmó con extraño ímpetu de preocupación—. Sabemos que van a volver. Van a volver más y van a llegar hasta ti, y para ello harán todo lo que sea necesario.

Hizo una pausa esperando que dijera algo.

—No sé qué decir a eso.

Necesitaba conectar los últimos acontecimientos. Escuchar lo que tuviera que decir.

—Estáis en peligro. Toda la humanidad está en peligro; en realidad, van a centrar gran parte de sus recursos en llegar aquí para buscar la solución a la trascendencia,

están sedientos por saber lo que hay más allá y tú eres una llave que abre esa puerta.

Volvió a hacer otro pequeño descanso, esperando mi participación en su conversación, una conversación en la que yo solo podía añadir dudas desconocidas. Me limité a encogerme de hombros.

—Casi todos los Gobiernos han tenido contacto con nuestra civilización. Es prácticamente un secreto a voces. Nuestro plan es crear caos, guerra, violencia y desastre, y para conseguirlo os hemos dado tecnología, herramientas y armas cada vez más crueles y poderosas, y aunque no me lo quieras preguntar, te diré el porqué. La explicación es muy sencilla: solo en un contexto de fatalidad surge la necesidad interventora de los protectores y de vez en cuando, entre todo el bullicio, aparece alguien como tú. Y puedo asegurarte algo, esta regla rige en todos los mundos conocidos de esta dimensión en la que los míos están eternamente atrapados. Y añadiré más, es la primera vez que ven a un ejemplar tan conectado con el otro lado. Por eso sé que invertirán y cometerán los actos que sean necesarios para poseerte y usarte como un portal hacia ese desconocido y lejano universo tan cercano para ti.

Mi rostro permaneció inmutable durante la escucha; sentía el agua gélida y estática sobre la piel de mi rostro, pero yo solo interiorizaba la información como un preciado tesoro, me estaba asustando. Saya dio unos pasos hacia mí, nuestros rostros estaban separados por un palmo, y estas últimas palabras sonaron en mis oídos con un ligero y suave tinte amenazante, aunque Saya se hubiera desligado de ellos.

—Van a ir a por ti, van a ir a por mí, van a ir a por tu familia, tus amigos, tus conocidos, hasta irán a por tu mascota si hace falta para conseguir lo que quieren, y no pararán hasta conseguirlo.

No dejaba de ser paradójico que de una persona tan bella emanaran esas palabras tan afiladas. Por fin me propuse preguntar.

—¿Y cuánto tiempo tenemos hasta que vuelvan? —pregunté con sorprendente calma, aunque en mi interior no hacía más que pensar en Claudia, mis padres, Kingsley y todos los demás.

—Puede que seis meses, ocho a lo sumo, según vuestro calendario. —Esbocé media sonrisa que no pasó inadvertida para ella—. ¿Qué te hace tan feliz? —me preguntó con nervioso escepticismo.

—Puede que para ti ese acotado tiempo, en comparación con la eternidad que llevas viva, te parezca poco; pero para mí es un respiro enorme. Tenemos tiempo de sobra para prepararnos, para mejorar, para protegernos, para amar. —Torció el gesto, sin entender la relación de esa última palabra—. Saya, existen muchas clases de amor, y todas ellas, sin excepción, están conectadas con el universo del que hablas. El amor es lo que nos hace fuertes, lo que nos conecta a ese otro lado, y tú, aunque no te lo creas, ya has empezado a fortalecerte.

—Hablas como si pensaras que vamos a sobrevivir. Que podremos escondernos.

Y por primera vez vi el reflejo del miedo en sus ojos.

—No tengas miedo. No sufras, ni te anticipes a un dolor que no existe. Estoy trazando un plan. Voy a contarte un secreto, uno que quiero compartir contigo. Tus pensamientos son un producto libre de tu esencia creativa, aquello que imaginas se crea en tu mente, y la realidad responde y se corresponde deformándose hasta cumplir tu deseo. Por eso te garantizo, no solo que vamos a sobrevivir; sé que vamos a vencer,

y sé que el proceso ya ha comenzado. —Sonreí tranquilo y aseguré con firmeza—. No estamos solos.

Y descubrí que, bajo esa carcasa con aspecto de dulce, bella y resistente mujer, habitaba un ser asustadizo, frágil y desamparado de otro mundo, y la abracé con todo mi amor para que sintiera por vez primera esa incomparable energía. La energía de la creación. La energía de la vida.

—La realidad es nuestra. La podemos moldear. Somos aliados de El Orden.

Confía.

AGRADECIMIENTOS

A mi infatigable guardiana, Loli, incansable luchadora alegre. A mi añorado tío, allá donde esté. A mi querido hermano Tope, a Belón, a Antonio, a Raúl, a Javier, a Juanillo; y, en especial, a Victoria Andrés Parada, mi estimada escudera, hechicera y maestra. Os quiero.

Y, cómo no, este agradecimiento va dirigido a ti, que, como sea que haya llegado esta historia a tus manos, le has dado luz, movimiento, sonido y color, haciendo algo prodigioso: transformar las palabras en experiencias propias. Así de asombrosa es la imaginación. Cuando le prestas atención, con cierto reposo, y permites que ese tesoro te guíe, terminas percibiendo la poderosa presencia de El Orden y sus guardianes. Es sencillo, conecta con el límite racional. Es algo que empieza al observar las señales, al cuestionar la sincronicidad. La aparente casualidad que nos rodea, en esta vida y en la otra.

Gracias de todo corazón.

Hasta pronto.

ÍNDICE

Capítulo 1. **Esta pieza no es del puzle**
Capítulo 2. **El reencuentro**
Capítulo 3. **Se avecina el cambio**
Capítulo 4. **Rumbos perdidos**
Capítulo 5. **La revelación**
Capítulo 6. **De vuelta**
Capítulo 7. **El visitante**
Capítulo 8. **La conversación**
Capítulo 9. **Negación voluntaria**
Capítulo 10. **Navegantes sin rumbo**
Capítulo 11. **Cuestión de actitud**
Capítulo 12. **demonios en la fragua**
Capítulo 13. **Más que mosca**
Capítulo 14. **Hermanos**
Capítulo 15. **Premonición**
Capítulo 16. **Reflejo lejano**
Capítulo 17. **Proyección**
Capítulo 18. **Método científico**
Capítulo 19. **Mezclado**
Capítulo 20. **Enlace**
Capítulo 21. **Días de luz**
Capítulo 22. **Uno de los nuestros**
Capítulo 23. **A correr**
Capítulo 24. **No estoy solo**
Capítulo 25. **Sobrehumano**
Capítulo 26. **¿Dustin?**
Capítulo 27. **Universos cercanos**
Capítulo 28. **El enigma**
Capítulo 29. **Tocando fondo**
Capítulo 30. **Controversia**
Capítulo 31. **Otras formas de vida**
Capítulo 32. **Hallazgos**
Capítulo 33. **grises**

Capítulo 34. **Irreversible**
Capítulo 35. **Traición y dolor**
Capítulo 36. **Alianza**
Capítulo 37. **Azul atlántico**
Capítulo 38. **Debate interno**
Capítulo 39. **El arte del disfraz**
Capítulo 40. **El mensaje**
Capítulo 41. **Chambres**
Capítulo 42. **Burla**
Capítulo 43. **Destino incierto**
Capítulo 44. **Respuestas**
Capítulo 45. **El propósito**
Capítulo 46. **El amor es salvación**
AGRADECIMIENTOS